# NOAH GORDON

# EL RABINO



Michael Kind, descendiente de judíos criado en un barrio marginal de Nueva York, se debate entre el antagónico legado recibido por su abuelo y su educador, y el proporcionado por su padre. El abuelo le trasmitió su conciencia de pertenencia a la comunidad judía, mientras que su educador se encargó de la enseñanza religiosa. Como contrapunto a esa instrucción anclada en los orígenes de su pueblo, Michael conoció de la mano de su padre a valorar la libertad y a atreverse a cuestionar las normas.

Las dos caras de esa formación se reflejarán en la vida de Michael adulto, quien decidirá convertirse en un rabino tolerante y abierto, dispuesto a enfrentarse a todos aquellos obstáculos religiosos y sociales que se opongan a su relación con una mujer que no pertenece a la comunidad judía.

»Con El rabino —a la que *The Saturday Review* calificó como «Una obra épica sobre el judaísmo en América»— Noah Gordon confirma una vez más ser uno de los referentes del género de narrativa histórica.

Lectulandia

Noah Gordon

# El Rabino

ePUB v1.0

**CharlyRB** 01.07.12

Título original: *The Rabbi*
Autor: Noah Gordon, 1979
Traducción: Adolfo Martín

Editor original: CharlyRB (v1.0)
ePub base v2.0

*A mis padres: Rose y Robert Gordon*
*y a Lorraine*

*Cuando contempló los cielos, obra de tus manos,*
*la luna y las estrellas que tú has establecido*;
*«¡Qué es el hombre para que de él te acuerdes,*
*o el hijo del hombre para que cuides de él?»*
*Y le has hecho poco menor que los Ángeles*;
*le has coronado de gloria y honor*.
*Les diste el señorio sobre las obras de tus manos*;
*todo lo has puesto bajo sus pies…*

*SALMO VIII*

# PRIMERA PARTE

## LOS PRINCIPIOS DE LAS COSAS

# 1

*Woodborough, Massachusetts*
*Noviembre de 1964*

En la invernal mañana del día de su cuadragésimo quinto cumpleaños, el rabino Michael Kind se hallaba tendido solo en la ancha cama de latón que en otro tiempo había pertenecido a su abuelo, aferrándose a la modorra del sueño, pero escuchando contra su voluntad los ruidos que hacía la mujer en la cocina del piso inferior.

Por primera vez en muchos años, había soñado con Isaac Rivkind.

Una vez, cuando Michael era un niño, el viejo le había dicho que cuando los vivos piensan en los muertos, éstos, en el Paraíso, saben que son amados y sienten alegría.

—Te amo, Zaydeh, abuelo —dijo.

Michael no se dio cuenta que había hablado en voz alta hasta que su oído captó una momentánea pausa en los ruidos que sonaban abajo. La señora Moscowitz no comprendería que un hombre que acababa de franquear la frontera de la madurez encontrara consuelo en hablar a un hombre que había muerto hacía casi treinta años.

Rachel ya estaba sentada a la anticuada mesa del comedor cuando él bajó la escalera. Era una costumbre familiar que las mañanas de cumpleaños se celebraran con tarjetas y pequeños regalos apilados sobre la mesa del desayuno. Pero la fuerza perpetuadora de esta costumbre era Leslie, la esposa del rabino, y ésta se hallaba ausente desde hacía casi tres meses. El espacio existente junto a su plato se encontraba vacío.

Rachel, con la cabeza agachada y la barbilla rozando el mantel, seguía con los ojos el texto del libro que había apoyado contra el azucarero. Llevaba su vestido azul de marinero, con todos los botones abrochados y calcetines limpios, pero, como de costumbre, la rebeldía de sus espesos cabellos rubios era superior a la paciencia de sus ocho años. Estaba leyendo con furiosa concentración, pasando rápidamente los ojos de una línea a otra mientras trataba de atiborrarse de la mayor cantidad posible de lectura antes de la interrupción que sabía inevitable. Ganó unos pocos segundos gracias a la entrada en el comedor de la señora Moscowitz con el zumo de naranja.

—Buenos días, rabbi —dijo calurosamente la asistenta.

—Buenos días, señora Moscowitz.

Michael fingió no darse cuenta de su fruncimiento de cejas.

Hacía varias semanas que ella le insistía para que la llamara Lena. La señora Moscowitz era la cuarta asistenta que habían tenido en las once semanas transcurridas desde la marcha de Leslie. Tenía la casa llena de polvo, preparaba unos huevos fritos que parecían de goma, hacía caso omiso de sus peticiones de tsimmis y kugel, y todos

sus guisos procedían de latas de conservas, para las que esperaba encendidas alabanzas.

—¿Cómo quiere los huevos, rabbi? —preguntó, poniéndole delante un vaso de zumo de naranja helado, que él sabía estaría aguado y mal diluido.

—Pasados por agua, por favor, señora Moscowitz.

Centró su atención en su hija, que, entretanto, había ganado dos páginas.

—Buenos días. Tendré que cepillarte el pelo yo mismo.

—Buenos días.

Volvió una página.

—¿Cómo está el libro?

—Psé…

Lo cogió y miró el título. Ella suspiró. Sabía que el juego había terminado. Era una obra juvenil de misterio. El rabino dejó el libro en el suelo, junto a su silla. Del piso de arriba llegó una explosión de sonidos, indicadora de que Max se había despertado lo suficiente como para coger su armónica. Cuando disponía de tiempo, el rabino Kind disfrutaba representando a Saul y David con su hijo de dieciséis años, pero sabía que, a menos que le interrumpiese, Max no desayunaría.

Le llamó, y la música cesó en medio de uno de aquellos pretendidos cantos populares. Un par de minutos después, Max estaba sentado a la mesa con ellos, con la cara recién lavada y el pelo mojado.

—No sé por qué, esta mañana me siento viejo —dijo el rabino.

Max sonrió.

—Vamos, papá, si todavía eres un chiquillo —dijo, cogiendo una tostada.

El rabino dio unos golpecitos con la cuchara en la cáscara del huevo, mientras la autocompasión se instalaba a su alrededor como el perfume de la señora Moscowitz. Los huevos pasados por agua estaban duros. Los niños comían los suyos sin quejarse, aplacando su apetito, y él comió el suyo sin saborearlo, satisfecho con sólo verles. Afortunadamente, pensó, se parecían a su madre: sus cabellos tenían el color de la luz de las velas al reflejarse sobre el cobre, los dientes eran blancos y sanos, y el cutis, pecoso. Por primera vez reparó en que Rachel estaba pálida. Se inclinó y le cogió la cara con la mano.

—Sal esta tarde —dijo—. Súbete a un árbol. Siéntate en el suelo. Que te entre un poco de aire fresco en los pulmones. —Miró a su hijo—. Quizá tu hermano, el gran atleta, quiera llevarte a patinar.

Max movió la cabeza.

—Imposible. Oye, ¿Puedo comprarme unos patines de hockey cuando llegue mi cheque de *Janukká* del abuelo Abe?

—Todavía no lo has recibido. Pregúntamelo cuando llegue.

—Papá, ¿Puedo ser María en nuestra procesión de Navidad?

—No.

—Eso es lo que dijo la señorita Emmons que dirías.

Echó hacia atrás su silla.

—Sube y trae tu cepillo, Rachel, para que te arregle el pelo.

Date prisa, no quiero ser causa de que se queden sin *Minyán* en el templo.

Atravesó la ciudad bajo la grisácea luz matinal del invierno de Massachusetts. Bet *Shalom*, «la casa de la paz» se hallaba sólo a dos manzanas al norte del distrito comercial de Woodborough.

Era un edificio anticuado, construido hacía veintiocho años, de sólida planta, y hasta el momento había conseguido impedir que se llevara a la práctica la idea de algunos miembros de la congregación, que querían construir un templo más moderno en los suburbios.

Aparcó el coche bajo los arces, subió las escaleras de ladrillo rojo y penetró en el templo, como venía haciendo todas las mañanas desde hacía ocho años. Una vez en su despacho, se quitó el abrigo y cambió su vieja fedora marrón por un casquete negro. Luego, murmurando la bendición, rozó con los labios el borde de su *Tal Lit*, se echó el manto de oración sobre los hombros y se dirigió por el sombrío corredor hacia el templo, contando automáticamente con los ojos a los hombres sentados en los blancos bancos mientras les daba los buenos días. Seis, incluyendo los dos enlutados. Joel Price, que acababa de perder a su madre, y Dan Levine, cuyo padre había muerto hacía seis meses.

Con el rabino, eran siete.

Mientras subía al *Bemá* cruzaron la puerta principal dos hombres más, que golpearon el suelo con los pies para desprender la nieve de sus zapatos.

—Uno más —dijo Joel, suspirando.

Michael sabía que estaba nervioso por la posibilidad de que no se reunieran los diez hombres necesarios para recitar el *Qaddish*, la oración que los judíos piadosos ofrecen cada mañana y cada noche durante los once meses siguientes a la muerte de un pariente. El décimo hombre era el que siempre le hacía sudar.

Pasó la vista por el templo vacío y pensó: «¡Santo Dios! —Haz, Señor, que ella mejore hoy. Ella lo merece de ti. Yo la amo. —Ayúdala, Señor. Ayúdala. Amén».

Dio comienzo al servicio con las bendiciones matutinas, que no son oraciones de comunidad y no requieren un *Minyán* de diez hombres:

—Bendito eres Tú, oh Señor Dios nuestro, Rey del Universo, que has dado al gallo inteligencia para distinguir entre el día y la noche…

Bendijeron a Dios por concederles fe, libertad, masculinidad y vigor. Estaban alabándole por alejar el sueño de sus ojos y la pesadez de sus párpados cuando llegó el décimo hombre, Jake Lazarus, el recitador, soñolientos todavía los ojos y pesados los párpados. Los hombres sonrieron al rabino y se tranquilizaron.

Cuando hubo terminado el servicio y los otros nueve hombres hubieron echado unas monedas en el pushkeh para transeúntes indigentes, despidiéndose y marchando apresuradamente a sus ocupaciones, Michael bajó del *Bemá* y se sentó en el banco de la primera fila. Un chorro de sol penetraba por una alta ventana y se vertía sobre el lugar. Cuando él llegó a Bet *Shalom*, aquel rayo de sol le había sorprendido por su belleza; ahora le gustaba, porque sentarse a su calor en una mañana de invierno era mejor que la lámpara solar de la Ymha.

Permaneció cinco minutos contemplando las motas de polvo que danzaban a lo largo de la columna de sol. En el desierto templo, reinaban el silencio y la tranquilidad. Él cerró los ojos y pensó en el suave oleaje de Florida y en los naranjos en flor de California; luego, en los otros lugares en que había estado, en la espesa capa de nieve que se formaba en los Ozarks, en el sonido de los saltamontes en los campos de Georgia y en los húmedos bosques de Pensilvania. Por lo menos, se dijo, el fracaso en muchos lugares proporciona a un rabino una buena cultura geográfica.

Luego, sintiéndose culpable, se levantó de un salto y se dispuso a hacer sus visitas pastorales.

La primera, afectaba a su mujer.

Los terrenos del hospital estatal de Woodborough eran confundidos muchas veces por los forasteros por un parque universitario, pero la presencia de Herman a mitad de camino de la larga y serpenteante avenida no dejaba duda alguna acerca de la identidad del hospital.

Michael tenía un recargado programa matutino. Herman se encargaría de que le llevara diez minutos a recorrer el resto de la avenida y acomodar el coche en un espacio destinado a aparcamiento, proceso que, de otra manera, habría requerido unos sesenta segundos.

Herman llevaba unos pantalones anchos, abrigo color guisante, una gorra de béisbol y gruesas orejeras que en otro tiempo habían sido blancas. Tenía en cada mano una anaranjada paleta de ping pong recubierta de una fina lámina de goma. Caminaba hacia atrás, guiando el avance del coche con concentrada atención, consciente de que la vida del rabino y el destino de un costoso avión del Gobierno dependían de él. Veinte años antes, durante la guerra, Herman había sido oficial de operaciones de vuelo de un avión de transporte. Había decidido continuar en su tarea. Durante los últimos cuatro años había estado recibiendo coches y guiando a los conductores por las zonas de aparcamiento del hospital. Era un fastidio, pero resultaba atractivo. Por mucha prisa que tuviese, Michael se encontraba desempeñando un papel que le convertía en parte voluntaria de la enfermedad de Herman.

Michael era el capellán judío del hospital, puesto que le ocupaba medio día de su rutina semanal, y había previsto trabajar en el despacho del capellán hasta que se

notificase que Dan Bernstein, psiquiatra de Leslie, estaba libre.

Pero Dan le estaba esperando.

—Siento haberme retrasado —dijo Michael, después de saludar al doctor—. Siempre me olvido de calcular un par de minutos más para Herman.

—Me preocupa —dijo el psiquiatra—. ¿Qué hará usted si un día decide despedirle en el último momento y le hace señales para que dé la vuelta y se acerque de nuevo?

—Echaré hacia atrás con fuerza la palanca, y mi furgoneta se lanzará a toda velocidad hacia el edificio de las oficinas.

El doctor Bernstein se instaló en un confortable sillón, se quitó las oscuras zapatillas y movió los dedos de los pies. Luego suspiró y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo está mi mujer? —preguntó Michael.

—Igual.

Había esperado mejores noticias.

—¿Habla?

—Muy poco. Está esperando.

—¿A qué?

—A que desaparezca su tristeza —repuso el doctor Bernstein, frotándose los dedos de los pies por encima de los calcetines—. Alguna cosa resultó demasiado fuerte para soportarla, y ella se retiró. No es nada infrecuente. Si llega a comprender lo ocurrido, saldrá de sí misma para hacerle frente y podrá olvidar lo que le causa su depresión.

—Esperábamos haberla ayudado a hacerlo mediante la psicoterapia —prosiguió—. Pero no habla. Yo creo que está indicado el electroshock.

Michael sintió una opresión en el estómago. El doctor Bernstein le miró a la cara y resopló con no disimulado desprecio.

—¿Y se llama usted a sí mismo capellán de un hospital mental? ¿Por qué diablos tiene que asustarle el shock?

—A veces se agitan con terribles sacudidas. Y se rompen los huesos.

—Hace años que no ocurre tal cosa, desde que empleamos drogas que paralizan los músculos. Hoy en día es un tratamiento humano. Usted lo ha visto, ¿No?

Asintió con la cabeza.

—¿Experimentará efectos secundarios?

—¿Después del tratamiento? Probablemente, una ligera amnesia, pérdida parcial de la memoria. Nada grave. Recordará todo lo que es importante en su vida. Se habrán esfumado cosas pequeñas, cosas sin importancia.

—¿Qué clase de cosas?

—Quizás el título de una película que ha visto recientemente, o el nombre del protagonista. O la dirección de una persona con la que mantenga una amistad

superficial. Pero éstos serán incidentes aislados. Conservará la mayor parte de su memoria.

—¿No puede usted intentar lograr algún progreso con la psicoterapia antes de probar con el shock?

El doctor Bernstein mostró una expresión de fastidio.

—¡Pero si no habla! ¿Cómo puede hacerse uso de la psicoterapia sin comunicación? No tengo ni idea de qué es lo que realmente la hace sentirse deprimida. ¿Y usted?

—Ella es una conversa, como usted sabe. Pero lleva mucho tiempo siendo completamente judía.

—¿Otras opresiones?

—Hemos viajado mucho antes de venir aquí. A veces, hemos vivido en situaciones difíciles.

Dan Bernstein encendió otro cigarrillo.

—¿Viajan tanto todos los rabinos?

Michael se encogió de hombros.

—Algunos hombres van a un templo y se quedan allí para el resto de su vida. Otros continúan viajando. La mayoría de los rabinos son contratados por períodos cortos. Si uno trabaja de firme, rompe demasiadas lanzas en la delicada piel de la congregación, o, si ellos rompen demasiadas en la propia, uno tiene que marcharse.

—¿Cree usted que por eso se ha trasladado tan a menudo? —preguntó el doctor Bernstein con voz monótona e impersonal—. Michael comprendió intuitivamente que el tono formaba parte de su sesión técnica—. ¿Ha roto usted las lanzas o las ha recibido?

Cogió un cigarrillo del paquete que Dan había dejado sobre la mesa. Observó con disgusto que le temblaba ligeramente la mano mientras sostenía la cerilla.

—Un poco de cada cosa —repuso.

Los ojos del doctor Bernstein, grises y directos, se hallaban fijos en su cara. Le hacían sentirse incómodo. El psiquiatra se guardó el paquete de cigarrillos.

—Yo creo que el electroshock es lo mejor para su esposa. Podríamos empezar con un tratamiento de doce sesiones, tres veces a la semana. He visto resultados maravillosos.

Michael asintió, accediendo de mala gana.

—Si cree que es lo mejor… ¿Qué puedo hacer yo por ella?

—Tenga paciencia. No puede usted tenderle la mano. Lo único que puede hacer es esperar a que ella se la tienda a usted. Cuando lo haga, sabrá usted que ha dado el primer paso hacia su recuperación.

—Gracias, Dan.

Se puso en pie, y Michael le estrechó la mano.

—¿Por qué no se deja caer por el templo algún viernes por la noche? Podría sacar alguna terapia interesante de mi servicio del sábado. ¿O es usted otro hombre de ciencia ateo?

—No soy ateo, rabbi —repuso, introduciendo un gordezuelo pie en una zapatilla y, luego, el otro—. Soy unitario —dijo.

Las mañanas del lunes, miércoles y viernes siguientes Michael se mostraba muy irritable cuando alguien le abordaba. Maldecía en silencio el hecho de haber llegado a ser capellán; todo habría sido mucho más fácil si los detalles hubiesen permanecido ocultos en el misterio.

Pero sabía que a las siete comenzarían los tratamientos en Templeton Ward.

Su Leslie estaría aguardando con otros pacientes en la sala de espera a que llegara su turno. Entonces, las enfermeras la llevarían a una cama, y ella se tendería. El ayudante le quitaría los zapatos y los deslizaría debajo del delgado colchón. El anestesista le introduciría una cánula en la vena.

Siempre que él había contemplado los tratamientos, había habido varios pacientes cuyas venas eran tan pequeñas que no podían ser perforadas, y el doctor había sudado, gruñido y maldecido. Las venas de Leslie no les ocasionarían contratiempos, pensó con una sensación de agradecimiento. Eran delgadas, pero bien delineadas. Cuando se las tocaba con los labios, podía sentirse en ellas el latido de la sangre.

La cánula vertería un barbitúrico en su corriente sanguínea, y, gracias a Dios, su mujer quedaría dormida. Luego, el anestesista inyectaría un relajante muscular, y se aflojarían las tensiones que la mantenían en funcionamiento como a una máquina viviente Sus músculos pectorales caerían flácidos, dejando de accionar los adorables fuelles de su pecho. En su lugar, le sería fijada a intervalos una ventosa negra sobre la boca y la nariz, y el anestesista introduciría oxígeno en sus pulmones, respirando por ella. Le sería colocada entre las mandíbulas una cuña de goma para proteger su lengua de sus finos y blancos dientes. El ayudante le frotaría las sienes con gelatina, y, luego, los electrodos, del tamaño de medio dólar, serían aplicados sobre su cráneo.

El anestesista diría «listo», con voz aburrida, y el psiquiatra oprimiría con el dedo un botón de una pequeña caja negra. La corriente alterna penetraría violentamente en su cabeza durante cinco segundos, una tormenta que, en la fase tónica, agitaría rígidamente sus brazos, pese al relajante, y en la fase clónica retorcería y sacudiría sus miembros como los de la víctima de un ataque epiléptico.

Cogió unos libros de la biblioteca y leyó todo lo que pudo encontrar acerca de los tratamientos por electroshock. Se enteró, con estremecido horror, que ni el doctor Bernstein ni ningún otro psiquiatra del mundo sabían exactamente qué sucedía cuando sometían el cerebro de su mujer a un bombardeo eléctrico. Lo único que poseían eran teorías y la evidencia de que los tratamientos daban resultado. Una de estas teorías afirmaba que la carga eléctrica suprimía circuitos anormales en el cuadro

de mandos del cerebro. Otra decía que el shock era algo lo suficientemente próximo a la experiencia de la muerte como para satisfacer la necesidad de castigo que sentía el paciente y mitigar los sentimientos de culpabilidad que le habían sumido en la desesperación.

Eso era suficiente. Abandonó sus ejercicios de lectura.

Cada día que había tratamiento, llamaba al hospital a las nueve de la mañana, y una enfermera le informaba, con voz nasal e indiferente, de que no se había producido ninguna novedad en el tratamiento y de que la señora Kind descansaba apaciblemente.

Deseaba evitar a la gente. Se dedicaba a sus papeles, poniendo se al día con su correspondencia por primera vez en su vida, e incluso limpió los cajones de su escritorio. Sin embargo, el décimo día desde el comienzo del tratamiento por electroshock de Leslie, su cargo de rabino le absorbió por entero. Aquella tarde, asistió a un bris, bendiciendo a un niño llamado Simon Maxwell Shutzer, mientras el *Mohel* cortaba el prepucio del pequeño y ensangrentado pene y el padre temblaba y la madre lloraba silenciosamente y reía luego de alegría. Después, abarcando en el breve lapso de dos horas el espacio vital que va desde el nacimiento a la muerte, ofició en el funeral de Sarah Myerson, una anciana cuyos nietos lloraron al ver que la bajaban a la tumba. Había caído ya la noche cuando regresó a casa. Estaba mortalmente cansado. En el cementerio, el cielo había comenzado a escupir una fina aguanieve que les punzaba en el rostro hasta sentirlo arder, y él se sintió helado hasta los huesos. Se dirigía al armario para tomar una copa de whisky, cuando vio la carta sobre la mesa. Al cogerla y ver la letra del sobre, la abrió con manos torpes. Estaba escrita a lápiz en un ordinario papel azul de cartas, probablemente prestado.

*Mi querido Michael:*

*Anoche, una mujer del otro extremo del pasillo gritó que un pájaro estaba batiendo sus alas, batiendo sus alas contra su ventana, y finalmente acudieron y le pusieron una inyección, y ella se quedó dormida. Y esta mañana un ayudante ha encontrado el pájaro, un gorrión cubierto de hielo, tendido en el camino, y cuando le dieron leche caliente con un cuentagotas revivió, y se lo llevó a la mujer para demostrarle que estaba perfectamente. Lo dejaron en una caja en el dispensario, pero esta tarde ha muerto.*

*Yo me tendí en la cama y recordé los sonidos de los pájaros en los bosques frente a nuestra cabaña de los Ozarks, y cómo solía acurrucarme entre tus brazos y escucharlos después de haber hecho el amor. Nuestros corazones eran la única cosa que podíamos oír en la cabaña, y los pájaros, la única cosa que podíamos oír afuera.*

*—Quiero ver a mis hijos.*

*—Están bien.*

*Ponte ropa interior de lana cuando hagas tus visitas pastorales. Come verduras y abstente de las especias.*

*Feliz cumpleaños, pobrecillo mío.*

*LESLIE*

Entró la señora Moscowitz para anunciar que la cena estaba lista, y se quedó mirando, asombrada, el humedecido rostro del rabino.

—¿Pasa algo malo, rabbi?

—Acabo de recibir una carta de mi esposa. Va mejorando, Lena.

La cena estaba quemada. Dos días después, la señora Moscowitz anunció que la necesitaba su cuñado viudo, cuya hija se encontraba enferma en Willimantic, Connecticut. Su puesto fue ocupado por una gruesa mujer de grises cabellos llamada Anna Schwartz. Anna padecía asma y tenía un lobanillo en la barbilla, pero era muy limpia y sabía guisar cualquier cosa, incluso un lochsen kugel con dos clases de pasas, claras y oscuras, y un pan tan bueno que daba pena masticarlo.

## 2

Cuando los niños preguntaron qué había escrito su madre, les dijo que le había deseado, con un poco de retraso, un feliz cumpleaños. No estaba insinuando nada con ello —o tal vez sí—, pero el día siguiente le trajo una tarjeta dibujada a lápiz de Rachel y otra comprada de Max, además de una chillona corbata, obsequio de los dos. La corbata no iba bien con ninguno de sus trajes, pero la llevó al templo aquella mañana.

Los cumpleaños le hacían sentirse optimista. Eran puntos de inflexión, se dijo a sí mismo esperanzadamente. Recordó el decimosexto cumpleaños de su hijo, tres meses antes.

Aquel día, Max había perdido su fe en Dios.

En Massachusetts, un muchacho puede obtener permiso de conducir a los dieciséis años de edad.

Michael había enseñado a Max a conducir el Ford, y el muchacho debía presentarse en el Registro de Vehículos a Motor para el examen de conducir la mañana anterior a su cumpleaños, que caía en sábado. El sábado por la noche tenía una cita con Dessamae Kaplan, una joven de ojos azules y rojos cabellos que a Michael le hacía envidiar a su hijo.

Venían pensado ir a un baile en un granero de la orilla del lago. Leslie y Michael habían invitado a un grupo de amigos de su hijo a una pequeña fiesta de cumpleaños antes del baile, y habían proyectado entregarle las llaves del coche para que pudiera celebrarlo conduciendo por primera vez sin escolta paterna.

Pero el miércoles anterior al cumpleaños de Max, Leslie cayó en la profunda depresión emocional que la envió al hospital, y para el viernes por la mañana Michael había sido ya informado de que permanecería allí durante un período indeterminado de tiempo. Max canceló su examen de conducir y suspendió su fiesta. Cuando Michael le oyó anular también su cita con Dessamae, hizo notar que el hecho de que Max se convirtiera en un eremita no contribuiría a mejorar el estado de salud de su madre.

—No quiero ir —dijo, simplemente, Max—. ¿Sabes lo que hay al otro lado de aquel lago?

Michael lo sabía, naturalmente, y dejó de instar a Max para que asistiese al baile. No sería ningún placer para un muchacho pasear con su amiga al borde del agua y contemplar en la otra orilla el sanatorio en que su madre había ingresado unos días antes.

Max se pasó la mayor parte del día en la cama, leyendo. Michael podía haber utilizado la habilidad de su hijo para hacer el payaso, porque estaba pasando un mal rato con Rachel, que quería estar con su madre.

—Si ella no puede venir aquí, vamos nosotros a visitar a mamá.

—No podemos hacerlo —le repitió de nuevo—. Va contra las reglas. No hay horas de visita ahora.

—Nos colaremos. Puedo estar callada.

—Ve a vestirte para los servicios —dijo él con suavidad—. Tenemos que estar en el templo dentro de una hora.

—Podemos hacerlo, papá. No hace falta que demos toda la vuelta al lago. Conozco un sitio en que hay un bote. Podemos cruzarlo, ver a mamá y volver en seguida. Por favor —dijo.

No pudo hacer más que darle una palmada en las nalgas y salir de la habitación para no oírla llorar. Asomó la cabeza en el cuarto de Max al pasar.

—Será mejor que te prepares, hijo. Vamos a ir en seguida al templo.

—¿Te importaría que yo no fuese?

Michael se le quedó mirando. Nadie de su familia había dejado nunca de asistir a los servicios, a menos que estuviese enfermo.

—¿Por qué? —preguntó.

—No quiero ser un hipócrita.

—No comprendo.

—He estado pensando en ello todo el día. No estoy seguro de que exista Dios.

—¿Dios es algo inventado?

Max miró a su padre.

—Quizá. ¿Quién lo sabe realmente? Nadie ha tenido jamás ninguna prueba. Puede ser una leyenda.

—¿Crees que he pasado más de la mitad de mi vida sirviendo a una nube de humo? ¿Perpetuando un cuento de hadas?

Max no respondió.

—¿Porque tu madre ha caído enferma —dijo Michael— y tú, en tu sabiduría, has razonado que si hubiera un Dios, Él no te la habría arrebatado?

—Exacto.

Su argumentación no era nada nuevo, y Michael no había aprendido nunca a refutarla, ni deseaba hacerlo tampoco. Un hombre o cree en Dios o no cree.

—Entonces, quédate en casa —dijo.

Lavó los enrojecidos ojos de Rachel y la ayudó a vestirse. Cuando, poco después, salían de casa, oyó la armónica de Max interpretando un blue. De ordinario, su hijo se abstenía de tocar el viernes por la noche por respeto al *Shabbat*. Pero aquella noche Michael comprendió. Si, como Max sospechaba, no existía Dios, ¿Por qué observar ninguna de las reglas sin sentido garabateadas en el poste del tótem?

Michael y Rachel fueron los primeros en llegar al templo. Él abrió de par en par las ventanas, tratando de atraer una ligera brisa. Llegó después Billy O’Connell, el

organista, y luego Jake Lazarus, el recitador. Como de costumbre, Jake se apresuró a entrar en el cuarto de los hombres tan pronto como se hubo puesto su túnica negra y su casquete. Siempre permanecía allí diez minutos exactamente, inclinado sobre el lavabo mirándose al espejo mientras practicaba las escalas.

A las ocho y media, hora en que estaba previsto el comienzo del servicio, sólo habían llegado otras seis personas. Jake miró interrogativamente al rabino.

Michael le hizo una seña para indicarle que comenzarían: Dios no debía tener que esperar a los rezagados.

Fue entrando gente durante los treinta y cinco minutos siguientes, hasta que fueron veintisiete personas en total; era fácil contarlas desde el *Bemá*. Sabía que bastantes familias habían salido de vacaciones.

También sabía que podía reunirse por lo menos un *Minyán* en una bolera situada a poca distancia de allí, que aquella noche se estaban celebrando varios cócteles y que los teatros ambulantes, los clubes y varios restaurantes chinos albergaban, sin duda, más miembros de su congregación que el templo.

Años antes, el conocimiento de que sólo un puñado de su pueblo había acudido a la sinagoga para recibir el *Shabbat* habría sido un cuchillo hincado en sus entrañas. Pero desde hacía mucho tiempo había aprendido que para un rabino hasta un solo judío constituye compañía satisfactoria en la oración. Se hallaba en paz consigo mismo mientras dirigía el servicio para un minúsculo grupo que apenas llenaba las dos primeras filas de bancos.

La noticia de la enfermedad de Leslie se había propalado, como siempre ocurre con estas cosas, y varias de las señoras se mostraron notablemente solícitas con Rachel durante el Oneg *Shabbat*, el período de descanso siguiente al servicio. Michael se sintió agradecido. Se quedaron hasta bastante tarde, deseando la compañía del rebaño.

Cuando llegaron a casa, la luz en el cuarto de Max estaba apagada, y Michael no le molestó.

El sábado fue una repetición del viernes. El *Shabbat*, por regla general, era un tiempo de descanso y meditación, pero aquel día no había paz en la casa de los Kind. Cada uno de ellos sufría a su manera. Poco después de cenar, Michael fue avisado de que había muerto la esposa de Jack Glickman. Eso quería decir que tendría que pasar la velada en una visita de condolencia. Detestaba la idea de dejar a los niños.

—¿Quieres salir? —preguntó a Max—. Si quieres, llamo a alguna persona para que se quede con Rachel.

—No voy a ir a ninguna parte. Ella estará perfectamente.

Más tarde, Max recordó que, después de salir su padre, él había dejado su libro y se había detenido un momento en la habitación de Rachel mientras iba al baño. Apenas si había oscurecido, pero ella estaba ya con el pijama puesto, echada de cara a

la pared.

—Rachel —dijo con suavidad—, ¿Estás dormida?

No hubo contestación, por lo que se encogió de hombros y siguió adelante. Volvió a su libro, esta vez sin dejarlo, hasta que, una hora después, sintió las punzadas del hambre. Al dirigirse a la cocina, pasó de nuevo junto a la habitación de Rachel.

La cama estaba vacía.

Perdió cinco minutos recorriendo la casa y, luego, el patio, llamándola por su nombre y sin atreverse a pensar en el lago y en el bote al que ella había estado deseando subir para lanzarse en brazos de su madre. Ni siquiera sabía si se trataba de un bote real o imaginario, pero sabía que tendría que llegarse al lago. Su padre se había llevado el coche, por lo que solamente podía disponer de la odiada bicicleta. La descolgó de los dos oxidados clavos de que se hallaba suspendida en la pared del garaje, observando, con una mezcla de ira y de miedo, que la bicicleta de Rachel faltaba de su acostumbrado lugar junto a la segadora mecánica. Luego, pedaleó a través de la húmeda noche de agosto a toda la velocidad de que era capaz Vivían a menos de ochocientos metros del lago Deer, pero sudaba abundantemente cuando llegó allí. Una carretera rodeaba el lago, pero no corría junto a la orilla, y los árboles ocultaban el agua incluso durante el día. Un estrecho sendero discurría paralelamente al borde del agua. Tenía una superficie irregular, surcada por las raíces de los árboles, y era imposible recorrerlo en bicicleta. Pero permaneció sobre su bicicleta tanto tiempo como Rachel había permanecido sobre la suya. Vio el rojizo resplandor de la luna sobre el reflector de la bicicleta de Rachel, donde ella la había dejado apoyada junto a un árbol, al borde del sendero, y dejó caer la suya a su lado.

—¡Rachel! —llamó.

Los grillos chirriaban entre la hierba y el agua chasqueaba contra las rocas. Brillaba débilmente la luna, y escudriñó con atención las aguas próximas a la orilla.

—¡Rachel!

Alguien se echó a reír debajo de un árbol cercano, y por un momento creyó que la había encontrado. Pero luego distinguió tres figuras, dos hombres en traje de baño y una mujer que no era muchos años mayor que él. Llevaba un sostén y una falda de algodón y estaba sentada con la espalda apoyada contra un árbol con las rodillas al aire. La luna brillaba suavemente en sus muslos.

Volvió a reírse.

—¿Has perdido a tu chica, hijito?

—Mi hermana —dijo Max—. ¿Han visto a una niña? Tiene ocho años.

Los tres tenían en la mano latas de cerveza abiertas. La mujer se acercó la suya a los labios y bebió, mientras su blanca garganta se movía al tragar.

—Ah, está estupenda —murmuró.

—No hemos visto ninguna niña —dijo uno de los hombres.

Echó a correr por el camino. El otro hombre dijo algo mientras se alejaba, y los tres soltaron la carcajada.

Recordó que dos veranos antes había estado nadando una tarde en aquella parte del lago, cuando se descubrió el cadáver de un hombre ahogado. El pelo del hombre chorreaba cuando lo sacaron, y su carne parecía de pasta. Rachel solamente sabía chapotear a estilo perro y cuando intentaba hacer el muerto se le metía agua en la nariz.

—¡Por favor, Dios! —exclamó—. ¡Oh, Dios, por favor, por favor, por favor!

Continuó corriendo y corriendo, tropezando en el áspero sendero, demasiado jadeante ya para gritar, rezando silenciosa e incesantemente.

El bote estaba a unos sesenta metros de distancia de la orilla cuando lo vio. Era un viejo esquife. Parecía negro a la luz de la luna y estaba mal enfilado, apuntando con la proa a la orilla próxima. Una pequeña figura con pijama blanco se hallaba sentada en un rincón de la popa.

De dos nerviosas patadas, Max se quitó los zapatos y, luego, se sacó los pantalones, que, hechos una bola cuando los apartó de sí, rodaron por la borrosa línea de la orilla y cayeron al agua, pero él no se preocupó en buscarlos. En lugar de ello, se arrojó al lago. El agua era poco profunda junto a la orilla, con un fondo rocoso a un metro y medio, a donde fue a parar en su zambullida. Su pecho rozó ligeramente las rocas; luego, se elevó y empezó a nadar hacia el bote, moviendo rápidamente las piernas. Llegó hasta él y subió a bordo.

—Hola, Max —dijo Rachel, como en sueños.

Estaba hurgándose la nariz.

Él se dejó caer despatarrado en el fondo del bote y trató de recobrar el aliento. Había mucha agua sucia en el esquife, que era muy viejo y tenía abundantes grietas.

—Mamá está allí —dijo Rachel.

Max miró la franja de luces amarillas que señalaba Rachel. Se hallaban en la orilla más alejada, a unos cuatrocientos metros de distancia. Se acercó a su hermana y la rodeó con sus mojados brazos. Los dos permanecieron inmóviles unos minutos, contemplando las luces del hospital. No hablaban. Reinaba una gran quietud. De vez en cuando, llegaban sobre las aguas ráfagas de música del baile que se estaba celebrando en el granero. Más cerca, una muchacha empezó a reír estridentemente, y luego, a gritar. «Los bebedores de cerveza», pensó Max.

—¿Dónde están los remos? —dijo por fin—. Los dos remos.

—Sólo había uno, pero lo he perdido. Creo que se ha hundido.

¿Por qué estás en calzoncillos? Es gracioso cómo se te pegan a la piel.

Él llevaba un rato observando el agua que había en el fondo del bote, y se advertía claramente que iba subiendo.

—Rachel —dijo—, este bote se está hundiendo. Voy a tener que llevarte nadando

hasta la orilla.

Rachel miró las negras aguas.

—No —dijo—. No quiero.

Él la había remolcado muchas veces jugando en el agua, pero estaba cansado y dudaba de que pudiera llevarla a la orilla si ella oponía resistencia.

—Rachel, si me dejas llevarte a la orilla te daré medio dólar —dijo.

Ella movió la cabeza.

—Lo haré con una condición.

Max miró al agua. Estaba empezando a subir suavemente.

—¿Cuál?

—Que me dejes tocar tu armónica dos días enteros.

—Bueno, vamos —dijo.

Se deslizó por la borda del bote y se sostuvo en el agua mientras levantaba los brazos para recibir a Rachel. Ésta dio un chillido al meterse en el agua, pero se quedó quieta mientras él se ponía de espaldas, sujetándole con una mano la barbilla, y la llevaba a la orilla.

Sus zapatos estaban donde los había dejado, pero sus pantalones no se veían por ninguna parte. Se metió en el barro y tanteó el agua con las manos.

—¿Qué estás buscando?

—Mis pantalones.

—Mira a ver si puedes encontrar el remo.

Max buscó infructuosamente durante diez minutos, obsequiando a su hermana con varias adiciones a su vocabulario, y, luego, desistió.

La llevó de la mano hasta el lugar en que habían dejado las bicicletas, manteniéndose atento por si veía a los dos hombres y a la mujer, pero la única señal de ellos fue un montón de latas de cerveza vacías bajo el árbol donde habían estado bebiendo.

Tardaron bastante tiempo en volver a casa. Los calzoncillos de Max no tenían cierre de cremallera. Eligió las calles más oscuras que pudo encontrar, y dos veces se ocultó tras unos matorrales próximos para hurtarse a la luz de los faros de los automóviles.

Finalmente, cansado y lleno de arañazos, se encontró en la oscuridad del garaje. Dejó a un lado las bicicletas. No encendió las luces. No había cortinas en las ventanas del garaje.

—No escupiré en tu armónica, Max —dijo Rachel. Se quedó afuera, en el camino, rascándose—. Date prisa —añadió, bostezando—. Quiero un vaso de leche.

Max se había vuelto a medias para salir cuando el sonido de unas pisadas en el camino le dejó clavado donde estaba. Eran pasos ligeros, femeninos, y había adivinado de quién eran aun antes de oír la voz de Dessamae Kaplan.

—¿Rachel? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Max?

—Hemos estado nadando y montando en bici. Yo he ido en pijama, y Max lleva su ropa interior. ¿Ves?

Con el dedo pulgar accionó el conmutador de la luz, y apareció Max, con sus embarrados calzoncillos amarillos, como si hubiera echado raíces en el suelo manchado de grasa del garaje. Se tapó el bajo vientre con las manos, mientras el amor de su vida lanzaba un chillido y se esfumaba en la oscuridad.

Todo esto se lo contó Max al rabino Kind la noche del viernes siguiente, cuando se dirigían juntos al servicio del sábado en el templo.

Y tres meses después, Michael pensaba en el cumpleaños de su hijo, mientras se hallaba sentado, con su carta de felicitación, sus tarjetas y su regalo extendidos delante de él, escribiendo una carta a su mujer, hospitalizada en la clínica desde la que se dominaba la orilla en que su hijo había encontrado a Dios y perdido sus pantalones.

# 3

Una oscura noche, en que los copos de nieve, grandes como plumas de ave, volaban horizontalmente impulsados por el viento del nordeste, sacó tres brazadas de leña del cobertizo trasero y encendió el fuego en la chimenea, procurando que las llamas se elevaran bastante para que irradiasen su calor en la habitación. Luego se preparó un vaso grande de whisky con soda y cogió el tratado *Berakot*, sumergiéndose en las intrincaciones del *Talmud* babilónico como un hombre que se refugia en un sueño.

Era la clase de velada que no había pasado hacía mucho tiempo. Permaneció leyendo hasta después de las once, levantándose de su silla sólo para echar más leña al fuego y darles las buenas noches a sus hijos.

Luego, bostezando y desperezándose, se sentó para examinar la correspondencia del día.

El joven Jeffrey Kodetz había pedido que le suministrara referencias para acompañar su solicitud para el «Mit». Era la clase de asunto que quedaría olvidado si esperaba a dictárselo a Debora Cantor, su secretaria; tomó la pluma y escribió un borrador que podía entregarle a la mañana siguiente para que lo pasara a máquina.

Había también una carta de la Asociación de Alumnos del Columbia College, informándole que dentro de dieciocho meses el y sus compañeros de promoción celebrarían su vigésima quinta reunión. Además de tomar las medidas necesarias para su asistencia, ¿Sería tan amable de remitirles, dentro de los tres meses siguientes, una autobiografía para su inclusión en el Libro de Clase del Cuarto de Siglo?

Volvió a leer la carta, moviendo aturdido la cabeza. ¿Un cuarto de siglo?

Se sentía demasiado cansado para hacer nada más que escribir a Leslie. Cuando hubo cerrado el sobre, se dio cuenta de que se le habían acabado los sellos; era un problema, ya que echaba la carta al correo todas las mañanas, cuando se dirigía a los servicios matutinos, antes de que se abriera la oficina postal.

Recordó que Max solía llevar un librito de sellos en la cartera. Cuando entró en la habitación de su hijo, éste estaba profundamente dormido, despatarrado en la cama y roncando suavemente. Una pierna le asomaba por debajo de la manta. El pijama le estaba demasiado corto, y Michael observó con regocijo que sus pies eran ya muy grandes.

Sus pantalones estaban colgados con descuidada eficiencia en el cajón superior de su cómoda. Michael sacó la cartera del bolsillo. Estaba llena de toda clase de extraños y resobados papeles. Mientras buscaba el librito de sellos, sus dedos tropezaron con algo distinto. Era un objeto pequeño, de forma oblonga y cubierto por una fina lámina de aluminio. Resistiéndose a creer lo que le indicaban las yemas de sus dedos, lo llevó a la puerta y leyó a la luz de la bombilla que brillaba en el pasillo las letras impresas en él:

¿A su edad?, se preguntó a sí mismo temerosamente. ¿Aquel adolescente, aquel muchachuelo que esa misma mañana le había llamado papá? ¿Y con quién? ¿Con alguna mujerzuela ajada y posiblemente enferma? ¿O, peor aún y Dios no lo quiera, con aquella bonita muchacha pelirroja? Levantó el objeto para que le diese la luz. La cubierta estaba gastada y resquebrajada. Recordó que, hacía mucho tiempo, él mismo había considerado como señal de madurez juvenil llevar, ya que no usar, semejante artilugio.

Volvió a entrar en la habitación, y, al guardar de nuevo la cartera en los pantalones de Max, hizo caer un montón de monedas del bolsillo lateral. Repiquetearon contra el suelo, rodando y desparramándose por la habitación. Contuvo el aliento, esperando que el muchacho se despertara, pero Max dormía como si estuviera drogado.

¿Drogado? Encima eso, se dijo sombríamente. Se agachó, apoyando en el suelo las manos y las rodillas, no para rezar como un cristiano, sino para barrer el suelo con los dedos. Debajo de la cama encontró dos níqueles, un cuarto de dólar, un centavo, tres calcetines y abundante polvo. Localizó la mayoría de las monedas y las volvió a meter en el bolsillo de los pantalones. Luego bajó la escalera, se lavó las manos y puso a calentar café.

Mientras, tomando su segunda taza, escuchaba el boletín de noticias de medianoche, oyó el nombre de uno de sus fieles. Gerald I. Mendelsohn figuraba en la lista de casos graves del hospital General de Woodborough.

Su pierna derecha había quedado aprisionada entre dos piezas de maquinaria pesada durante el turno de noche en la Fundición Los Mendelsohn eran un matrimonio nuevo en la ciudad, probablemente con pocos amigos todavía, pensó lleno de fatiga.

Afortunadamente, no llevaba aún el pijama. Se puso la corbata, la chaqueta, el abrigo, el sombrero y sus botas de hebillas y salió de la casa lo más silenciosamente posible. Las calles se encontraban en mal estado. Condujo lentamente el coche por entre las oscuras casas, a cuyos dormidos ocupantes envidió.

Mendelsohn estaba sin afeitar, y su pálido rostro parecía el de un cuadro sobre la crucifixión. Se hallaba tendido en una cama del hospital, en una habitación de la sala de urgencia, inconsciente por las drogas que le habían sido administradas, pero lanzando fuertes gemidos.

Su esposa estaba sufriendo. Era una mujer menuda y atractiva, de pelo castaño, ojos grandes, pecho liso y uñas largas y rojas.

Se concentró desesperadamente y logró recordar su nombre:

Jean. Creyó recordarla llevando sus hijos al templo para las clases de hebreo.

—¿Hay alguien en casa con los niños?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Tengo muy buenos vecinos. Irlandeses.

Su acento parecía de Nueva York. ¿Brooklyn?

Era de Flatbush. Se sentó con ella y habló de los barrios que recordaba. El hombre tendido en la cama gemía a intervalos regulares.

A las dos y cuarto se lo llevaron. Mientras se le amputaba la pierna, Michael y la mujer aguardaron en el pasillo. Después, la mujer pareció aliviada. Cuando finalmente se despidió de ella, sus hinchados ojos estaban soñolientos y tranquilos, como los ojos de una mujer apasionada después del amor.

Mientras volvía a casa dejó de nevar. Las estrellas, sazonadas y brillantes, colgaban bajas en el oscuro cielo.

Por la mañana, mirando su imagen reflejada en el espejo mientras se afeitaba, descubrió que ya no era joven. Le clareaba el cabello, su nariz se estaba tornando aguileña y encorvada, como la del judío de los chistes antisemitas, su carne estaba floja y sus mejillas cedían bajo la capa de jabón. Era como una hoja que se sintiera a sí misma volverse quebradiza y frágil, pensó. Algún día, caería del árbol, y el mundo proseguiría su marcha, sin reparar apenas en su desaparición de la escena. Se dio cuenta de que había olvidado casi por completo el sabor de la primavera de su vida, pero ahora era ya otoño sin lugar a dudas.

Cuando sonó el teléfono, se separó del espejo con una sensación de alivio. Era el doctor Bernstein. Era la primera vez que el psiquiatra le llamaba en las cuatro semanas que Leslie llevaba recibiendo tratamiento de electroshock, y sintió una inquietud que Dan desvaneció inmediatamente.

—Su mujer puede ir a casa a hacer una visita, si quiere —le informó con tono indiferente.

—¿Cuándo?

—Cuando usted diga.

Canceló dos citas y se dirigió inmediatamente al hospital. Ella se hallaba sentada en su pequeña habitación cuando entró Michael. Llevaba los rubios cabellos estirados hacia atrás y recogidos sobre la nuca con una gruesa y fea banda elástica, en el estilo de cola de caballo que él no le había visto llevar desde hacía muchos años. En vez de darle un aspecto juvenil, la hacía parecer una matrona. Llevaba un limpio vestido azul de algodón, y el carmín de sus labios había sido aplicado recientemente. Había ganado mucho peso, pero le favorecía.

—Hola —dijo él.

Al principio, temió que todo iba a ser como en los primeros días de su enfermedad. Ella le miró y no emitió ningún sonido. Pero luego sonrió y empezó a llorar.

—Hola —dijo.

Se sintió a gusto entre sus brazos. Él aspiró con ansia el olor a Leslie que durante

tanto tiempo había estado echando de menos, una combinación de jabón Camay, crema para las manos Paquin y cálida carne, y la apretó contra sí.

«Gracias, Señor. Amén».

Se besaron con torpeza, sintiéndose de pronto muy tímidos; luego, cogidos de las manos, se sentaron en el borde de la cama. La habitación olía a un fuerte desinfectante.

—¿Y los niños? —preguntó ella.

—Muy bien. Quieren verte. En cuanto tú digas.

—He cambiado de opinión. No quiero verlos. Aquí, de esta manera, no. Quiero ir a casa lo antes posible.

—Acabo de hablar con el doctor Bernstein. Puedes ir a casa, de visita, Si quieres.

—Oh, sí.

—¿Cuándo?

—¿Ahora?

Michael habló por teléfono con Dan, y todo quedó arreglado.

Cinco minutos después, él la ayudó a subir al coche y se alejaron del hospital como dos mozalbetes que se dirigen a una cita. Leslie llevaba su viejo abrigo azul y un pañuelo blanco. Nunca había estado más bella, pensó él; su rostro estaba animado y lleno de excitación.

Eran poco más de las once.

—Hoy es el día libre de Anna —dijo él.

Leslie le miró con el rabillo del ojo.

—¿Anna?

Le había hablado de Anna en sus cartas más de media docena de veces.

—La asistenta. ¿Paramos en algún sitio para comer?

—Oh, no. Vamos a casa. Ya encontraré algo que pueda preparar.

Cuando llegaron, él dejó el coche en el camino, y entraron por la puerta principal. Leslie erró por la cocina, el comedor y la salita de estar, enderezando cuadros y descorriendo cortinas.

—Quítate el abrigo —dijo él.

—Los niños se llevarán una sorpresa. —Leslie miró el reloj de la chimenea—. Estarán aquí dentro de tres horas. —Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario del vestíbulo—. ¿Sabes lo que quiero? Un buen baño caliente. Quiero estar dentro del agua un buen rato. No me importa que no vuelva a ducharme mientras viva.

—Como quieras.

Michael subió y le preparó el agua del baño, echando en ella parte de las sales, que no habían sido usadas desde su marcha. Mientras ella se bañaba, él se quitó los zapatos y se tendió en la cama, escuchando los ocasionales chapoteos y las tonadas que ella cantaba y tarareaba mientras se lavaba. Era un bello sonido.

Ella salió, enfundada en su albornoz, y cruzó la fría habitación en dirección al armario, donde empezó a mover una tras otra las perchas buscando un vestido que ponerse.

—¿Qué me pongo para esta tarde? —dijo—. Ven y ayúdame a elegir.

El se acerco.

—El jersey verde de punto —propuso.

Ella golpeó el suelo con el pie.

—Me estará pequeño. ¡Oh, cuánto he engordado en ese lugar!

—Déjame ver.

Abrió el albornoz. Ella permaneció inmóvil, dejando que la mirase.

Leslie le rodeó con sus brazos y apretó la cabeza contra su pecho.

—Oh, Michael, me estoy helando.

—Ven, yo te calentaré.

Leslie esperó mientras él se despojaba apresuradamente de sus ropas; luego, tiritaron juntos sobre la fría sábana, rodeándose mutuamente con los brazos. Por encima de su hombro, él vio sus imágenes reflejadas en el amplio espejo que estaba apoyado contra la pared. Contempló sus blancos cuerpos en el amarillento cristal, y se sintió rejuvenecer. La hoja ya no era frágil y quebradiza. Estaba llena de verano, en lugar de otoño. Al poco rato, dejaron de temblar y entraron en calor. Él le pasó suavemente la mano por la espalda y acarició toda la riqueza de su fragante y blando cuerpo. Y ella lloraba silenciosamente de una forma que le partía el corazón, triste y desesperanzadamente.

—Michael, no quiero volver allí —dijo—. No puedo volver.

—Erá sólo por poco tiempo —respondió él—. Muy poco tiempo. Te lo prometo.

Leslie apoyó su boca contra la de él, cálida y amorosa.

Después, ella le secó los ojos con la sábana; luego, hizo lo mismo con los suyos.

—Vaya par de tontos —dijo.

—Bienvenida a casa.

—Gracias.

Apoyó la cabeza en una mano y se le quedó mirando unos momentos; luego, sonrió, con la misma sonrisa que él veía todos los días en el rostro de su hija, pero ésta más madura, más sazonada. Michael saltó de la cama y se dirigió a la cómoda para coger un peine y un cepillo, volviendo a meterse bajo las sábanas mientras ella se reía al verle. Luego, le quitó la fea banda elástica y dejó que el cabello le cayera libremente sobre el cuello, mientras ella se incorporaba en la cama con la colcha subida hasta la barbilla. Michael le cepilló el pelo y lo separó cuidadosamente, como solía hacer con Rachel; luego, tiró contra la pared más lejana la banda elástica. Leslie volvió a ser de nuevo la esposa que él tan bien conocía.

Max y Rachel hablaron muy poco aquella noche, pero permanecieron junto a su

madre como dos sombras gemelas.

Después de cenar se sentaron a escuchar discos, Leslie en una silla, con Max a sus pies y Rachel en su regazo, mientras Michael estaba tendido en el sofá, fumando.

Resultaba difícil decir a los niños que debía regresar al hospital, pero ella lo hizo con aire de naturalidad y con la clase de eficiencia que Michael había admirado siempre en ella. Rachel se fue a la cama a las nueve. Max, ante la insistencia de Leslie, la besó Y subió a hacer sus trabajos.

Leslie guardó silencio durante la mayor parte del viaje de vuelta.

—Ha sido un día magnífico —dijo a su marido. Le cogió la mano y la sostuvo largo rato—. ¿Vendrás mañana?

—Vendré.

Regresó lentamente a casa. Max estaba tocando la armónica, y Michael se quedó un rato fumando y escuchando. Finalmente, subió, hizo que Max se acostase, se duchó y se puso el pijama. Luego, se tumbo en la oscuridad. El viento soplaba a ráfagas que sacudían la casa hasta hacer crujir las ventanas. La cama parecía tan grande y desierta como todo el mundo exterior. Permaneció despierto largo rato, rezando.

A poco de dormirse, Rachel gritó asustada y, luego, sollozó. Volvió a gritar. Esta vez él la oyó y echó a correr descalzo por los fríos suelos hasta la habitación de la niña. La cogió en brazos y la colocó al otro lado de la cama, junto a la pared, para hacerse sitio.

Rachel continuó sollozando en sueños, con el rostro humedecido de lágrimas.

—Shah —dijo él, meciéndole suavemente los hombros en la oscuridad—. Shah, shah, shah.

Rachel abrió los ojos, blancas ranuras en su rostro en forma de corazón. De pronto, sonrió y se apretó contra él, que sintió en el cuello el húmedo contacto de su cara.

Feigileh, pensó, pajarillo. Recordaba los problemas que había tenido él a su edad, cuando su propio padre tenía cuarenta y cinco años. Santo Dios, recordaba a su Zaydeh, su abuelo, cuando él no tenía muchos más años que ahora Rachel.

Se quedó inmóvil en la oscuridad, tratando de recordarlo todo.

# 4

*Brooklyn, Nueva York*
*Septiembre de 1925*

La barba de su abuelo debía de haber sido negra cuando Michael era niño. Pero sólo la recordaba tal como era siendo él ya adolescente: un amplio y frondoso matorral que Isaac Rivkind lavaba cuidadosamente cada tres noches y peinaba con cariño y vanidad, de modo que pendía bajo su correoso y atezado rostro hasta el tercer botón de su camisa. Su barba era lo único suave que había en él. Tenía la nariz ganchuda y los ojos de águila enfurecida. La parte superior de su cabeza era calva y tan brillante como un hueso pulimentado, rodeada por un círculo de pelo rizado que nunca alcanzó la blancura de la barba, sino que conservó un color gris oscuro hasta el día de su muerte.

La verdad en cuanto al abuelo de Michael era que mostraba hacia el mundo tanta ternura como una madre hacia su hijo enfermo. Pero un invencible miedo a los gentiles ocultaba ese amor bajo una gruesa capa. Había adquirido ese miedo en la ciudad besarabia de Kichinev, donde había nacido.

Kichinev tenía 113.000 habitantes. Casi ochenta mil de ellos eran judíos. Varios miles, gitanos. El resto eran rumanos moldavos. Aunque constituían mayoría en la ciudad, los judíos de Kichinev se sometían con resignación a las maldiciones, insultos y mofas de los moldavos, conscientes de que Kichinev era un guetoisla rodeado por un mar de hostilidad. Si un judío quería salir de la c1udad para trabajar en la recogida de fruta o en el comercio de uvas en las vides o en las bodegas de la comarca, se veía impedido de hacerlo por la prohibición del Gobierno. La administración imponía pesados impuestos sobre los judíos, los confinaba estrechamente y sostenía un periódico diario —el Bessarabetz—, editado por un fanático antisemita llamado Pavolachi Krushevan, cuyo único objetivo era incitar a sus lectores al derramamiento de sangre judía.

Michael se familiarizó con el nombre de Krushevan siendo todavía niño, aprendiendo en las rodillas de su zaydeth a odiarlo con el mismo sentimiento que inspiraba el nombre de *Hamán*. En vez de cuentos de hadas o canciones de cuna, cuando se acurrucaba en el regazo del Zaydeh en la misteriosa penumbra de la pequeña tienda de comestibles, oía las leyendas de cómo había llegado su abuelo a América.

El padre de Isaac había sido Mendel Rivkind, uno de los cinco herreros de Kichinev, un hombre que siempre tenía en la nariz el olor a sudor de caballo. Mendel era más afortunado que la mayoría de sus paisanos judíos: era propietario. Contra la pared norte de la pobre y combada estructura de madera que llamaba su casa había

dos fraguas de fabricación casera. En ellas quemaba carbones que se hacía él mismo en un hoyo de tierra, avivando el fuego con un enorme fuelle de cuero, confeccionado con la piel de un toro.

En Kichinev había gran número de personas sin trabajo. Nadie podía permitirse pagar mucho por hacer herrar a sus animales, y la familia Rivkind era tan pobre como sus vecinos. Era difícil hasta la mera existencia, y ahorrar dinero era algo que los judíos de Kichinev nunca se detenían a considerar, porque no había dinero sobrante que ahorrar. Pero un mes antes del nacimiento de Isaac, dos de los primos de Mendel Rivkind fueron salvajemente apaleados por una turba de jóvenes moldavos borrachos. El herrero decidió que algún día, como fuese, él y su familia huirían a una parte mejor del mundo.

Si antes habían sido pobres, esta decisión les dejó en la miseria. Se negaron todo lujo y suprimieron gastos que antes habían considerado necesarios. Rublo a rublo, fue creciendo un pequeño montón de dinero detrás de un ladrillo suelto en la base de una de las fraguas. Nadie, fuera de Mendel y Sonia, su mujer, conocía su existencia; no se lo dijeron a nadie porque no querían ser asesinados cualquier noche mientras dormían por un campesino cargado de cerveza.

Transcurrieron los años, y cada año el montón de dinero aumentaba en una cantidad lastimosamente pequeña. Después de que Isaac fue *Bar misvá*, su padre le llevó a la fragua una noche oscura y helada y, apartando el ladrillo, le permitió palpar los rublos acumulados y le habló de su sueño.

Era difícil formar el capital de la libertad con la suficiente rapidez como para mantener el ritmo de crecimiento de la familia. Primero había llegado Isaac; luego, tres años más tarde, una hija, a la que habían puesto el nombre de Dora, como su abuela, Alehá ha *Shalom*, que en paz descanse. Para 1903, se había ahorrado un número de rublos suficiente para pagar tres pasajes de cubierta a Estados Unidos. Pero Dora tenía para entonces dieciocho años, e Isaac, veintidós y llevaba ya un año casado. Su mujer, Itta Melnikov, sentía ya una vida en su vientre, un niño que necesitaría fueran guardados más rublos detrás del ladrillo en los años siguientes.

Los tiempos empeoraban. Krushevan iba haciéndose más estridente. Una muchacha cristiana, internada en el hospital judío de Kichinev, se suicidó. En un shtetl próximo, el tío de un muchacho le mató a palos en un ataque de furor provocado por la embriaguez. Krushevan se lanzó ansiosamente sobre los dos incidentes Cada una de las víctimas había sido muerta por los judíos, que practicaban la abominable ceremonia del asesinato ritual, informaba su periódico.

Evidentemente, había llegado el momento de que se marcharan los que podían hacerlo. Mendel le dijo a Isaac que cogiera el dinero y se fuese; el resto de la familia podía seguirle más tarde. Isaac tenía otras ideas. Era joven y fuerte, y su padre le había enseñado el oficio de herrero. Itta y él se quedarían en Kichinev y continuarían

ahorrando rublos para el día en que pudieran marcharse. Entretanto, Mendel, Sonia y Dora podían ir a Estados Unidos y ahorrar dinero para contribuir al viaje de Isaac, Itta y su hijo al Nuevo Mundo. Cuando Mendel se opuso, Isaac le recordó que Dora estaba en edad de contraer matrimonio. ¿Quería su padre que se casara con un judío pobre de Kichinev y contara la clase de vida que implicaba semejante matrimonio? Ella era una muchacha hermosa. En América podía hacerse un shtdduj, un casamiento que le diese un futuro maravilloso… e incluso ayudase a toda la familia.

Mendel accedió de mala gana. Se rellenaron laboriosamente las solicitudes necesarias y fueron presentadas con ayuda de un recaudador de impuestos judío, que aceptó entre protestas los seis rublos que Menchel le puso a la fuerza en sus manos, pero que no hizo el menor gesto para devolver el dinero. Iban a marchar el 30 de mayo. Mucho antes de que llegaran los valiosos pasaportes y fueran colocados detrás del ladrillo con el dinero de la libertad, Sonia, Itta y Dora comenzaron a hacer colchones de plumas y almohadas, revisando una vez y otra los pocos objetos de propiedad personal, tratando de decidir qué debían llevarse y qué debían dejar.

A primeros de abril, los hombres empezaron a andar escasos de carbón con el que alimentar las fraguas. Mendel obtenía su madera en los bosques situados a veinte kilómetros de Kichinev, duros troncos de castaño que compraba baratos a los campesinos que talaban los árboles para crear tierras de labor. Él mismo cargaba, serraba, partía y quemaba el carbón vegetal. Era un trabajo interminable. Aunque los judíos se hallaban confinados en el gueto, el Gobierno reconocía la importancia de mantener los animales en condiciones de trabajar, y se concedían permisos a los herreros para salir de la ciudad con el fin de comprar madera. Puesto que Isaac iba a ser el nuevo dueño del negocio, aquella vez decidió ir él a comprar la madera. Cuando Itta se enteró, le suplicó que le permitiera acompañarle. Salieron a la mañana siguiente, sentándose, felices y orgullosos, en el elevado pescante del carro, detrás de los dos viejos caballos.

Fue un viaje maravilloso. La primavera estaba en el aire. Isaac dejó que los caballos caminaran lentamente a su propio aire, y la pareja disfrutó con la contemplación del paisaje a medida que avanzaban. Cuando llegaron a la zona de bosques que estaban siendo talados, era ya mediodía. Los campesinos quedaron complacidos ante la perspectiva de un dinero inesperado que les ayudara a pagar las deudas que habían contraído con motivo de la Pascua. Permitieron a Isaac recorrer el bosque y marcar los árboles que mejor servían a sus propósitos. Eligió madera joven, que le sería más fácil serrar cuando se la llevara a casa. Aquella noche, Itta y él comieron opíparamente kasher, la comida autorizada por la ley judía, que les había preparado Sonia. Los campesinos estaban acostumbrados a eso y comprendieron. Durmieron en una pequeña choza próxima a los campos, excitados y contentos con la novedad de estar juntos fuera de casa, ella con la cabeza apoyada en su hombro y él

con la mano sobre su hinchado vientre.

Por la mañana, Isaac trabajó en mangas de camisa con los aldeanos, derribando los árboles y cortando las ramas y cargando luego los troncos en el carro. Cuando hubieron terminado, el sol brillaba alto en el cielo. Isaac pagó al labriego ocho rublos por la madera, le dio calurosamente las gracias y recibió un agradecimiento igualmente sincero; luego, saltó al pescante, al lado de Itta, y arreó a los caballos, que se pusieron en marcha, remolcando la pesada carga.

El sol se estaba poniendo cuando llegaron a la vista de Kichinev. Se habían dado cuenta de que algo marchaba mal cuando estaban aún a varios kilómetros de distancia de la ciudad. Un criador de cerdos, cliente desde hacía mucho tiempo de la herrería, llegó por la carretera en dirección a ellos, montado en una yegua cuyas herraduras habían sido ajustadas por el martillo de Mendel la semana anterior. Cuando Isaac le saludó alegremente, el hombre palideció. Espoleó salvajemente a su cabalgadura y se lanzó a través de los campos.

Al acercarse más, vieron las primeras hogueras; ascendían hacia el cielo largas columnas de humo, teñidas de púrpura por el sol poniente. Al poco rato, oyeron los lamentos. No se dijeron nada el uno al otro, pero Isaac podía oír la respiración silbante de su mujer, un aterrorizado sonido que era más bien un sollozo, mientras los caballos arrastraban el cargado carro a través de calles flanqueadas a ambos lados por largas filas de edificios que aún ardían.

En la herrería no quedaban en pie más que las fraguas de ladrillo, ennegrecidas ahora por fuera igual que por dentro. La casa estaba casi por completo destruida, carbonizada y sin tejado. Junto a ella estaba el hermano de Itta, Solomón Melnikov. Lanzó un grito de alegría al verles vivos e ilesos. Y luego, como un niño, apoyó la cabeza en el hombro de Isaac y se echó a llorar.

Isaac e Itta se alojaron en casa de los Melnikov durante el funeral y los siete días de luto. Todo Kichinev observó el shiva. Cuarenta y siete judíos habían sido muertos en el pogrom. Casi seiscientos estaban heridos. Dos mil familias habían sido sumidas en la mas completa ruina por las enloquecidas turbas que habían recorrido la ciudad, violando y mutilando antes de dedicarse a cortar gargantas y aplastar cráneos. Setecientas casas habían sido destruidas. Igual número de tiendas judías fueron saqueadas.

La última noche de la semana de luto, Isaac se dirigió solo a la destruida herrería a través de las oscuras calles, entre calcinados restos de casas que parecían los huecos dejados por los dientes en una mandíbula. El ladrillo suelto de la base de la fragua salió casi con demasiada facilidad, y, por un momento, estuvo seguro de que los pasaportes y el dinero habrían desaparecido. Pero estaban allí. Se los guardó en los bolsillos, volviendo a colocar en su sitio el ladrillo de modo que cerrase el agujero de la base.

Dio a los Melnikov el pasaporte de su madre; nunca supo si lo usó alguien para salir de Kichinev. Solamente se despidieron de los Melnikov y de los primos de su padre, que también habían sobrevivido a la matanza.

La familia Melnikov fue exterminada por la epidemia de gripe que en 1915 arrasó a Besarabia. Pero, como solía decir el Zaydeh de Michael, ésa es otra historia, de la que no son conocidos todos los hechos.

Su abuelo refería estos sucesos una y otra vez, hasta que su madre, que siempre pasaba por alto las partes más horribles de la historia y cuya paciencia estaba agotada por la presencia en su casa de un hombre viejo y quisquilloso, saltaba: «Lo sabemos. Ya nos lo has dicho. ¡Contar esas cosas a los niños…!» Por eso la mayoría de los relatos que oyó contar a su Zaydeh lo fueron dentro de los límites de la tienda de comestibles de Rivkind, un lugar lleno de maravillosos olores a ajo, queso de granja, pescado ahumado y conservas en escabeche. También su abuelo olía bien cuando Michael se acurrucaba en su regazo. Su barba exhalaba una fragancia que era una mezcla de jabón Castile y del fuerte tabaco Prince Albert que fumaba seis días a la semana, y su aliento contenía vestigios de jengibre azucarado y whisky de centeno, a los que era muy aficionado. Era uno de los escasos judíos consumados bebedores de alcohol. El licor era un lujo al que había sucumbido en su soledad y la única expansión que se permitía después de la muerte de su mujer. Bebía un trago cada dos horas de la botella de whisky canadiense, proporcionada por un farmacéutico enemigo de la Ley Seca y que él creía guardar en secreto en un barril de habichuelas.

Michael no necesitaba el estímulo de los héroes literarios. Tenía un héroe viviente que era una combinación de Don Quijote, Tom Swift y Robinson Crusoe labrándose una nueva vida en un mundo extraño.

—Cuéntame lo del meiseh en la frontera, Zaydeh —rogaba hundiendo la cara en la suave barba y cerrando los ojos.

—¿Quién tiene tiempo para esas tonterías? —gruñía Isaac.

Pero ambos sabían que había tiempo más que de sobra. La vieja mecedora que él guardaba detrás del mostrador de la tienda empezaba a balancearse, rechinando como un grillo, y Michael hundía más profundamente aún la cara en la barba.

—Cuando salí de Kichinev con mi Itta, Alehá ha *Shalom*, que en paz descanse, viajamos en tren hacia el norte, rodeando las montañas. No encontramos ninguna dificultad para entrar en Polonia. Entonces, era parte de Rusia. Ni siquiera le miraban a uno el pasaporte.

—Yo estaba nervioso por mi pasaporte. Era de mi padre, que en paz descanse. Sabía que no molestarían a Itta. Ella llevaba los papeles de mi hermana muerta. Pero yo era joven y llevaba el pasaporte de un anciano.

—Nuestros apuros empezaron cuando llegamos a la frontera entre Polonia y Alemania. Era una época de sorris entre los dos países. Siempre hay líos entre

Polonia y Alemania. Pero esta vez el sorris era peor. Cuando llegamos a la frontera, el tren paró, y tuvimos que bajar todos. Se nos dijo que sólo se permitía cruzar a un determinado número de personas y que se acababa de completar el cupo.

Al llegar a este punto, cesaba el balanceo de la mecedora, señal de que Michael debía formular una pregunta para contribuir a acentuar el interés de la narración. Así que él hablaba, sin separar la cara de la barba, sintiendo sus pelos cosquillearle en los labios y rodearle la nariz. De vez en cuando, la barba en la que él apoyaba el rostro quedaba humedecida por su aliento, obligándole a buscar una zona seca.

—¿Qué hiciste, Zaydeh?

—No estábamos solos. Había quizás otras cien personas más en la misma situación. Polacos, alemanes, rusos, judíos. Varios rumanos y unos cuantos bohemios. Algunos de ellos salieron de la estación, buscando un lugar por el que pudieran cruzar la frontera. Se nos acercaron gentes de la pequeña ciudad y nos dijeron que por dinero nos enseñarían un camino seguro para cruzar. Pero no me gustaba su aspecto; parecían criminales. Y, además, tu abuela, Alehá ha *Shalom*, tenía abultada la barriga. Como una sandía. Llevaba en su seno a tu padre. Me daba miedo emprender un largo viaje a pie. Así que nos pasamos todo el lía esperando en la frontera. El sol era ardiente, como una bola de fuego, y me preocupaba que tu abuela se pusiera mala. Teníamos un poco de pan y de queso, y lo comimos, pero al poco rato estábamos hambrientos. Y teníamos mucha sed. No había nada que beber. Esperamos todo el día. Cuando se puso el sol nos quedamos allí porque no sabíamos a dónde ir.

—¿Quién os salvó, Zaydeh?

—Esperando también en la frontera había dos hermosas muchachas *Yiddish*. Shayneh maydlach. Y al otro lado de la frontera, dos soldados alemanes de caras coloradas. Las maydlach se acercaron a los soldados, les cuchichearon algo y rieron con ellos. Y ellos levantaron la barrera para dejar pasar a las muchachas. Y, luego, todos nosotros, judíos, polacos, alemanes, rusos, bohemios y rumanos, tu abuela con su abultado vientre y yo, todos juntos, como las manadas de reses que se ven en las películas, nos pusimos en marcha y cruzamos la barrera hasta encontrarnos al otro lado de la frontera; luego, nos quedamos mezclados con la multitud que había en la estación hasta quedar libres de los soldados. Y, al poco rato, llegó un tren, subimos a él y se puso en marcha.

Michael se revolvía, porque aún faltaba la parte mejor de la historia.

—¿Y por qué les abrieron los soldados la barrera a las muchachas, Zaydeh?

—Porque les prometieron algo a los soldados.

Las glándulas de su boca empezaron a fabricar saliva.

—¿Qué? ¿Qué les prometieron a los soldados?

—Les prometieron algo dulce y cálido. Algo que los soldados deseaban mucho.

—¿Qué era Zaydeh?

El vientre y el pecho de su abuelo empezaban a temblar. La primera vez que le había contado la historia, Michael había hecho la misma pregunta, y, buscando desesperadamente una contestación conveniente para el niño, había dado exactamente con la adecuada.

—Confites. ¡Como esto!

En su bolsillo llevaba siempre una arrugada bolsita de papel oscuro, y en la bolsa, inevitablemente, había jengibre azucarado. La ardiente raíz estaba cubierta por una capa de azúcar. Mientras uno chupaba el azúcar, era dulce, pero después era tan fuerte que hacía lagrimear los ojos. A Michael le gustaba tanto como a su abuelo, pero siempre que comía demasiado lo pasaba mal a la mañana siguiente, quemándole de tal manera el tush cuando iba al cuarto de baño que se sentaba allí y lloraba en silencio, temeroso de que le oyera su madre y prohibiera al Zaydeh darle más jengibre.

Mientras comía el jengibre en la tienda, pedía otra historia.

—Cuéntame lo que sucedió después del tren, Zaydeh.

E Isaac le contaba cómo el tren les había llevado solamente hasta Mannheim, donde de nuevo habían estado esperando, bajo el cálido sol de primavera. El patio de la estación daba sobre el río Rin. Isaac había entablado conversación con un barquero holandés que, con su vigorosa y corpulenta mujer, estaba cargando su embarcación con sacos de carbón. El barquero había rechazado la petición de Isaac de pagarle un pasaje para los dos río abajo. Itta, sentada en un tronco de árbol próximo, con las faldas arrastrando por el arenoso fango, se había puesto a llorar. La mujer del barquero había mirado el hinchado vientre de la judía y a su pálido rostro. Había hablado ásperamente a su marido, y éste, aunque con expresión de fastidio en sus ojos y un silencioso movimiento de su dedo pulgar ennegrecido por el carbón, les había indicado que subiesen a bordo.

Era para ellos una forma extraña de viajar, pero descubrieron que era buena. A pesar del cargamento de carbón, los camarotes eran limpios. El humor del barquero cambió en cuanto vio que Isaac estaba dispuesto a trabajar, además de pagar su pasaje. Los días eran soleados, y el río se deslizaba verdoso y limpio. Isaac veía retornar el color a las mejillas de Itta.

Por la mañana, solía ponerse en la cubierta bañada por el rocío, Junto a los sacos de carbón, con su *Tal lit* en torno a los hombros y sus *Filacterias*: sobre la frente y el brazo desnudo, cantando suavemente, mientras el barco pasaba en silencio ante grandes castillos de piedra que alzaban sus torres hacia el blanco azulado firmamento, ante casas de pan de jengibre, en donde dormían los alemanes, ante pueblos y riscos y ondulados pastizales. La cuarta mañana, después de recitadas las oraciones, levantó la mirada y vio al holandés que, apoyado en la barandilla, le estaba contemplando. El hombre sonrió respetuosamente y llenó su pipa. Después de aquello, Isaac se sintió en

la embarcación como en su propio hogar.

Desaparecieron los castillos del Rin medio. Cuando llegaron a Bingen, Isaac trabajó como un marinero, obedeciendo las órdenes que le gritaba el patrón, mientras la embarcación navegaba a toda velocidad a través de los rápidos. Luego, el río se convirtió en un perezoso arroyo, y durante dos días avanzaron lentamente. Al noveno día, el Rin torció al oeste, entrando en los Países Bajos. Enseguida, el río se convirtió en el Waal. Dos días después, llegaron a Rotterdam. El barquero y su mujer les acompañaron a los muelles donde atracaban los vapores transatlánticos. El aduanero holandés miró fijamente al joven emigrante cuando vio la edad —cincuenta y tres años— que figuraba en el pasaporte. Luego, se encogió de hombros y estampó rápidamente el sello. Itta lloró cuando se alejó el matrimonio holandés. «Eran como judíos», decía el Zaydeh de Michael cada vez que refería la historia.

A menos que entrara un cliente en la tienda, Isaac contaba después a Michael la historia del nacimiento de su padre en alta mar, durante una violenta tempestad en el Atlántico, con olas «tan altas como el edificio Chrysler», y cómo el médico del buque había elegido aquella noche para emborracharse, por lo que su tembloroso abuelo sacó el niño del cuerpo de Itta con sus propias manos.

La entrada de un cliente durante el relato de una de las historias era una catástrofe, pero si el comprador era italiano o irlandés y estaban cerca del final, Isaac dejaba que esperase y terminaba la narración. El barrio de Borough Park, de Brooklyn, era predominantemente judío, pero había bloques enteros de casas habitados por irlandeses y bloques enteros habitados por italianos. Su bloque judío estaba situado entre dos de estos bloques cristianos. Había un mercado regido por un hombre llamado Brady en el bloque irlandés, y una abacería de un tal Alfano en el bloque italiano, y, casi siempre, cada grupo étnico se abastecía con su propio proveedor. A veces, sin embargo, una de las tiendas carecía de algún artículo, por lo que el cliente se veía obligado a dirigirse a alguna de las otras dos, donde era recibido cortésmente pero sin cordialidad por un propietario que sabía se trataba de un comprador esporádico, inducido por la necesidad.

El abuelo de Michael había comprado su tienda de Borough Park después de la muerte de Itta, cuando el niño tenía tres años de edad. Con anterioridad, Isaac había poseído otra pequeña tiendecita en el barrio de Williamsburg, de Brooklyn, donde se habían establecido él y su mujer a su llegada a Estados Unidos. El bloque de Williamsburg en que habían vivido era un barrio pobre infestado de cucarachas, pero era tan ortodoxo como cualquier gueto europeo, y probablemente ésa era la razón de que le gustase y no quisiera abandonarlo. Mas, para el padre de Michael, la idea de que su anciano progenitor viviese solo y falto de cuidados resultaba intolerable. A ruego de Abe Rivkind, Isaac vendió su tienda le Williamsburg y se fue a vivir a Borough Park con la familia de su hijo. Llevó consigo sus libros de oración, cuatro

botellas de whisky, un colchón de plumas que Itta había hecho con sus propias manos y la amplia cama que había sido su primera adquisición en América y en cuyas relucientes superficies convenció a sus nietos de que podían ver reflejadas sus almas si se hallaban libres de pecado.

Isaac podía haberse retirado en aquel momento, ya que Abe Rivkind estaba obteniendo buenos ingresos como modesto fabricante de corsés y fajas para señoras. Pero quería comprarse él mismo su whisky, y su hijo y su nuera cedieron ante la fiereza de su mirada. Adquirió la pequeña tienda a la vuelta de la esquina de su apartamento de Borough Park.

Para Dorothy Rivkind debió de ser un día aciago aquel en que su suegro se trasladó a su casa. Era ella una mujer rolliza, rubia oxigenada, de plácidos ojos. En teoría, gobernaba un hogar puro, sin servir nunca cerdo ni criaturas del mar carentes de escamas, pero su conciencia no le quitaba jamás el sueño por las noches si, después de cenar, deslizaba un plato de carne entre la porcelana del aparador. Isaac, por el contrario, era un hombre para quien la ley era la ley. Bajo los mostradores de su tienda guardaba un montón de manoseados y anotados comentarios, y observaba los estatutos religiosos igual que respiraba, dormía, veía y oía. Las infracciones de su nuera le llenaron al principio de horror y, luego, de ira. No se veía libre ningún miembro de la familia. Los vecinos se acostumbraron al sonido de su voz, tronando en justiciero e indignado *Yiddish*. El día en que se trasladó a casa de la familia, Michael y su hermana acudieron a la mesa, sobre la que había un asado de vaca, llevando unos trozos de pan con manteca que el hambre les había sugerido que se preparasen en la cocina.

—¡Goyzm! —gritó el abuelo—. ¿Traéis manteca a una mesa pura? —se volvió a la madre, que se había puesto pálida—. ¿Qué clase de niños estás educando?

—Ruth, coge el pan con manteca de Michael y tíralo —dijo Dorothy, sin alterarse.

Pero Michael era un niño, y le gustaba lo que estaba comiendo. Se resistió cuando su hermana intentó quitarle el pan, y un trozo le manteca cayó sobre el plato que había en la mesa. Era un plato de carne, y los nuevos rugidos de su abuelo hicieron salir corriendo a los dos chiquillos hacia su cuarto. Se apretujaron asustados uno contra otro y escucharon fascinados la magnificencia del furor de su abuelo.

En la casa Rivkind, el suceso trazó la norma de vida con el Zaydeh. Cada día pasaba el mayor número de horas posible en la tienda. Haciendo caso omiso de las protestas de Dorothy, se preparaba su propia comida en un pequeño hornillo eléctrico que tenía en la trastienda. Cuando por la noche regresaba al apartamento, sus ojos de halcón les sorprendían en pequeñas transgresiones rituales, y el grito de águila, airado y fiero, destruía la paz de su hogar.

El sabía que les hacía desdichados, y ello le entristecía. Michael se daba cuenta de

eso, porque era el único amigo de su abuelo. Varias semanas después de que fuera a vivir con ellos, Michael miraba todavía atemorizado al barbudo anciano. Y, una noche, cuando todos dormían y a Isaac le resultaba imposible conciliar el sueño, entró en el cuarto de su nieto para asegurarse de que el niño estaba bien tapado. Michael se encontraba despierto. Cuando Isaac lo vio, se sentó en el borde de la cama y le acarició la cabeza con una mano encallecida por los largos años de transportar cestos de latas de conservas y sacos de verduras.

—¿Has hablado con Dios esta noche? —susurró roncamente.

Michael no había rezado, pero, comprendiendo que ello complacería a su abuelo, asintió desvergonzadamente, y cuando Isaac le besó los dedos, notó que los labios del anciano sonreían. Con el dedo pulgar y el nudillo del índice, Isaac pellizcó la juvenil mejilla.

—Dos is gut —dijo—. Habla con Él a menudo.

Antes de volver a cruzar la silenciosa casa en dirección a su habitación, metió la mano en el bolsillo de su descolorida bata de franela. Se oyó un crujido de papel, y, luego, los ásperos dedos acercaron el trozo de jengibre a los jóvenes labios. Michael se durmió, lleno de felicidad. El lazo entre Michael y su Zaydeh se hizo más fuerte a primeros de otoño, cuando los días empezaron a acortarse y fue aproximándose la fiesta de *Sukkot*. Todos los otoños durante sus cuatro años de estancia con los Rivkind, el Zaydeh construía en el diminuto patio trasero una sukká, o cabaña ceremonial. La sukká era una pequeña casa de planchas de madera cubiertas con ramas y gavillas. Su construcción constituía un duro trabajo para un anciano, especialmente si se tiene en cuenta que no abundaban en Brooklyn los hierbales, maizales y árboles. A veces, tenía que ir hasta Jersey en busca de materiales, y se pasó varias semanas insistiéndole a Abe, hasta que fue llevado por fin al campo en el Chevrolet de la familia.

—¿Por qué se molesta? —le preguntó Dorothy una vez al llevarle un vaso de té al lugar en que él se esforzaba y sudaba para levantar la cabaña—. ¿Por qué trabaja tanto?

—Para celebrar la cosecha.

—Pero, por amor de Dios, ¿Qué cosecha? No somos campesinos. Usted vende latas de conserva. Su hijo hace corsés para señoras de trasero grande. ¿Quién tiene una cosecha?

Él miró compasivamente a aquella mujer, que su hijo le había dado como hija.

—Durante miles de años, desde que los judíos salieron del desierto, en guetos y en palacios han observado el *Sukkot*. No es preciso cultivar berzas para tener una cosecha. —Con su manaza cogió a Michael por la nuca y le empujó hacia su madre —. Aquí está tu cosecha.

Ella no comprendió. Para entonces el Zaydeh llevaba viviendo con ellos el tiempo

suficiente como para no esperar comprensión por su parte. Pero si su madre no se alegraba por la sukká, Michael se sentía lleno de emoción. El Zaydeh tomaba sus comidas entre sus embardadas paredes y, cuando el tiempo lo permitía, dormía también allí, en un catre plegable colocado sobre el sucio suelo. Aquel primer año, Michael les rogó tanto a sus padres, que éstos cedieron y le dejaron que fuera a dormir con su abuelo. Era el veranillo de san Martín, una época de días cálidos y noches frescas, y durmieron bajo un grueso edredón de plumas que el Zaydeh se había traído de Williamsburg.

Años más tarde, cuando Michael durmió por primera vez en las montañas al aire libre, recordó vívidamente la imagen de aquella noche. Rememoró el sonido del viento susurrando entre las cañas de maíz del tejado de la sukká, los dibujos que trazaba la luz de la luna al atravesar el entramado de ramas y proyectar sus sombras sobre el sucio suelo. Y, de forma incongruente, pero en cierto modo bella, los ruidos del tráfico, amortiguados y fantásticos, llegaban hasta el patio trasero desde la 13ª. Avenida, a dos manzanas de distancia.

Fue la única noche que pasaron así, un anciano desdichado y un maravilloso chiquillo apretujándose juntos para defenderse del frió aire de la noche y simulando encontrarse en otro mundo Intentaron dormir fuera otra vez durante aquel *Sukkot*, pero llovía. Y todos los demás años, hasta que se marchó su Zaydeh, su madre decidió que hacia demasiado frío.

Era inevitable que Isaac se marchara. Pero cuando sucedió, su nieto fue incapaz de comprenderlo. La gota final fue un niño italiano de nueve años llamado Joseph Morello. Estaba en el quinto grado, con Ruthie, y ésta estaba enamorada de él. Un día, Ruthie volvió extasiada de la escuela con la noticia de que Joey le había invitado a su fiesta de cumpleaños el sábado siguiente. Infortunadamente, se lo anunció a Michael en un momento en que el Zaydeh estaba sentado a la mesa de la cocina tomando un vaso de té y leyendo el Jewish Forward. Levantó la mirada y se subió hacia la frente sus gafas de montura de acero.

—¿En *Shabbat*? ¿En sábado celebra una fiesta ese chico? ¿Qué le pasa a su gente?

—¡Oh, Zaydeh! —dijo Ruthie.

—¿Cómo se apellida su padre, el de ese Joey?

—Se apellida Morello.

—¿Morello? ¿Un italiano? —Volvió a ponerse las gafas sobre la nariz y sacudió el Forward—. No irás.

El angustiado grito de Ruthie rasgó el aire, haciendo que su madre acudiese apresuradamente desde su cuarto, con un pañuelo de hierbas alrededor de la cabeza y un trapo en la mano. Escuchó mientras su hija sollozaba y, luego, dejó el trapo en el suelo.

—Vete a tu cuarto, Ruth —dijo.

Cuando hubo salido su hija, Dorothy miró a su suegro, que había vuelto de nuevo la vista al Jewish Forward.

—Va a ir a esa fiesta de cumpleaños —dijo.

—En sábado, no.

—Si usted quiere quedarse en casa en sábado, quédese, o váyase a la shu, la sinagoga, con los otros viejos. Ella es una niña que ha sido invitada a una fiesta de cumpleaños. Va a sentarse a una mesa con otras niñas y niños a tomar pasteles y helado. No hay ningún pecado en ello.

Él volvió hacia Dorothy sus ojos de águila.

—¿Con shkosim? ¿Cristianos?

—Con chicos y chicas.

—El primer paso —dijo Isaac Rivkind—. El primer paso, y tU le empujas a darlo. Y cuando sea un poco mayor y tenga pechos, y un italiano venga un día y le ponga entre ellos una cruz colgada de una cadena de oro, ¿Qué dirás entonces? —Dobló el periódico y se levantó—. ¿Qué dirás entonces, mi querida nuera?

—Por amor de Dios, es una fiesta infantil de cumpleaños, no una boda —replicó Dorothy.

Pero él estaba ya saliendo de la cocina.

—No irá —dijo, dando un portazo.

Dorothy se quedó en medio de la cocina, con el rostro intensamente pálido. Luego, corrió a la ventana y la abrió. Dos pisos más abajo. Isaac salía en aquel momento a la acera.

—¡Irá! —gritó Dorothy—. ¿Me oyes, viejo? ¡Irá!

Luego, cerró de golpe la ventana y se echó a llorar.

Aquella noche, el Zaydeh de Michael se quedó hasta muy tarde en su tienda, que mantuvo abierta hasta mucho después de la hora habitual de cierre. Cuando el padre de Michael llegó a casa, él y Dorothy hablaron largo rato en su cuarto. Ruth y Michael podían oírles discutir. Finalmente, su padre salió, con su redondo rostro torcido en una mueca, como un niño que quiere llorar pero no puede. Sacó un plato del frigorífico y se lo llevó al Zaydeh. Los niños se quedaron dormidos antes de que regresara.

Al día siguiente, fue Ruthie quien informó a su hermano de qué habían estado discutiendo sus padres.

—Ese viejo apestoso no va a estar aquí mucho tiempo —le anunció.

Él sintió una súbita rigidez en el pecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Se va a ir a un sitio donde sólo hay viejos y viejas. Mamá lo ha dicho.

—Eres una mentirosa.

Fue hasta ella y le dio una patada en las espinillas. Ella lanzó un grito, le pegó en la cara y le clavó las uñas en el brazo.

—¡Tú no me llamas mentirosa, mocoso!

Aunque tenía los ojos llenos de lágrimas, no quería darle la satisfacción de que le viera llorar. Pero ella le había hecho daño, y él sabía que se echaría a llorar si se quedaba, así que echó a correr y salió de la casa. Bajó las escaleras, salió a la calle y, dando la vuelta a la esquina, entró en la tienda. El Zaydeh estaba sentado en la mecedora, sin leer ni hacer nada. Michael subió al regazo de su abuelo y hundió su cara en la barba. Cada vez que latía el corazón del Zaydeh, un pequeño mechón de barba le cosquilleaba al niño en la oreja.

—¿Vas a marcharte, Zaydeh?

—No, no. Es una tontería.

Su aliento olía a whisky canadiense.

—Si alguna vez te marchas, yo me iré contigo —aseguró Michael.

Isaac apretó contra su barba la cabeza del niño y empezó a mecerse, y Michael comprendió que todo tenía que estar bien. En medio de la historia del inspector de aduanas, entró en la tienda la gruesa señora Jacobson. El Zaydeh de Michael la miró.

—Váyase —dijo.

La señora Jacobson sonrió cortésmente, como si se tratara de una broma que el comprendía. Se quedó donde estaba, esperando.

—Váyase —repitió el abuelo—. No quiero despacharla. Tiene usted un culo muy gordo.

En el rostro de la señora Jacobson se pintó la incredulidad.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. ¿Se ha vuelto loco?

—Váyase. Y no apriete los tomates con sus dedazos. Hace mucho que tenía ganas de decírselo.

Media docena de veces durante la tarde dirigió palabras parecidas a los clientes, haciéndoles salir apresurados e iracundos.

Finalmente, durante el relato de cómo había comprado su primera tienda, entró el padre de Michael. Se detuvo, miró a los dos, y ellos le miraron a él. El padre de Michael era de mediana estatura, pero de cuerpo bien proporcionado que se preocupaba de mantener en forma. Tenía en su habitación un juego de pesas, y a veces Michael se sentaba a ver hincharse sus bíceps mientras flexionaba los brazos una y otra vez con una pesa de doce kilos en cada mano. Llevaba muy corto y cuidadosamente peinado su espeso cabello negro, y su piel se hallaba intensamente bronceada. En verano por el sol y en invierno por la lámpara de rayos ultravioleta. Agradable y de buen ver, tenía éxito entre las compradoras de fajas y corsés. Era un hombre atractivo, de ojos azules y perennemente risueños.

Ahora, sin embargo, sus ojos estaban serios.

—Es hora de cenar. Vámonos a casa —dijo.

Pero Michael y su abuelo no se movieron.

—¿Has comido, papá? —preguntó su padre.

El Zaydeh frunció el ceño.

—¡Claro que he comido! ¿Te figuras que soy un niño? Podía estar cuidando de mí mismo como un señor en Williamsburg si tú y tu bella esposa no hubierais metido la nariz. Vosotros me sacasteis de allí y ahora queréis llevarme a un museo.

Su padre se sentó sobre un saco de naranjas.

—Papá, hoy he ido al asilo Hijos de David. Es un lugar maravilloso. Un auténtico lugar *Yiddish*.

—No quiero ni pensar en ello.

—Papá, por favor.

—Escúchame, Abe. Me mantendré apartado de tu bella esposa.

Ella puede servir trafe cada lunes y cada martes; yo no diré ni una palabra.

—El señor Melnick está allí.

—¿Reuven Melnick, de Williamsburg?

—Sí. Te envía sus saludos. Dice que le encanta estar allí. Dice que la comida es como la de Catskills. Todo el mundo habla *Yiddish*, y tienen una shul en el mismo edificio, con un rabino y un recitador que van allí cada *Shabbat*.

El Zaydeh separó a Michael de sus rodillas y le dejó en pie sobre el suelo.

—Abe, ¿Quieres que me marche de tU casa? ¿Quieres que me marche?

Hablaba en *Yiddish*, en voz tan baja que Michael y su padre apenas podían oírle.

La voz de su padre tampoco era alta.

—Papá, sabes que no quiero. Pero Dorothy quiere que estemos solos. Ella es mi mujer, papá…

Apartó la vista.

El Zaydeh se echó a reír.

—Está bien —dijo, casi alegremente.

Cogió una caja de cartón y metió en ella sus volúmenes de los comentarios, sus pipas, seis latas de Prince Albert, varios tacos de papel y un paquete de lápices. Se acercó al barril de habichuelas y rebuscó en él hasta sacar la botella de whisky, que agregó a las cosas contenidas en la caja. Luego, salió de la tienda sin volver la vista atrás.

A la mañana siguiente, Michael y su padre fueron con él al asilo Hijos de David para ancianos y huérfanos. En el Chevrolet, su padre se esforzó por mantener una animada conversación.

—Te gustará tu habitación, papá. Está al lado mismo de la del señor Melnick.

—Eres un estúpido, Abe —replicó el Zaydeh—. Reuven Melnick es un viejo que habla, habla y habla. Tendrás que hacer que me cambien de habitación.

—Está bien, papá —concedió carraspeando nerviosamente.

—¿Y qué hay de la tienda? —preguntó inexpresivamente el Zaydeh.

—No te preocupes por la tienda. La venderé y depositaré el dinero en tu cuenta. Ya has trabajado mucho tiempo. Te mereces un descanso.

El asilo Hijos de David era un gran edificio de ladrillo amarillo, situado en la 11ª. Avenida. Había varias sillas en la acera. Cuando llegaron, tres ancianos y dos ancianas se hallaban sentados al sol, sin leer ni hablar, simplemente sentados. Una de las ancianas sonrió al Zaydeh cuando bajaron del coche. Llevaba un *Sheitel* color canela y una peluca que le sentaba bien; tenía la cara llena de arrugas.

—*Shalom*: saludó cuando entraron, pero ellos no le contestaron.

En la oficina de admisión, un hombre llamado Rabinowitz cogió las manos del Zaydeh.

—He oído hablar mucho de usted —dijo—. Lo pasará bien aquí.

El abuelo sonrió de modo extraño y cambió de brazo la caja que llevaba. El señor Rabinowitz atisbó en su interior.

—Oh, no podemos tener esto —declaró, alargando la mano y sacando una botella de whisky—. Va contra el reglamento, a menos que sea prescripción médica.

La sonrisa se hizo más amplia en el rostro del Zaydeh.

El señor Rabinowitz empezó a enseñarles el asilo. Les llevó a la capilla, en la que había abundancia de velas colocadas en vasos, ardiendo por los muertos, y a la enfermería, donde se hallaban acostados en cama media docena de ancianos, y a la sala de terapia, donde unos cuantos ancianos jugaban a las damas, hacían punto o leían el periódico judío. El señor Rabinowitz hablaba mucho. Tenía la voz ronca, y estaba continuamente aclarándose la garganta.

—Tenemos un viejo amigo que le está esperando —comunicó el señor Rabinowitz al Zaydeh cuando llegaron a una habitación.

En el interior de ésta había un hombre bajo y canoso que le echó los brazos al cuello a Isaac.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó.

—Hola, Reuven —dijo el abuelo.

—Tiene usted una bonita habitación, señor Melnick —observó el padre.

La habitación era muy pequeña. Había una cama, una mesa, una lámpara y una cómoda. De la pared colgaba un calendario judío Morrison Schiff. Sobre la cómoda se veía una Biblia, un mazo de cartas y una botella de coñac. Reuven Melnick se dio cuenta de que Isaac levantaba las cejas al ver el licor.

—Tengo prescripción facultativa. De mi hijo Sol, el médico.

—Un muchacho magnífico, tu Solly. Quiero que él me examine. Tú y yo vamos a ser vecinos de habitación —anunció el abuelo de Michael.

Abe Rivkind abrió la boca, recordando que Isaac le había dicho que le cambiaran

de habitación, pero luego miró a la botella de coñac y volvió a cerrar la boca. Pasaron a la habitación contigua, abrieron la maleta del Zaydeh y pusieron sobre la cómoda las cosas de la caja. Luego se quedaron unos minutos en el pasillo. El suelo estaba cubierto con un brillante linóleo de color pardo. Todas las personas que había allí eran de edad avanzada, pero Michael se quedó sorprendido al ver a tres chicos, de su misma edad aproximadamente, que correteaban jugando en el pasillo y en dos habitaciones próximas. Llegó una mujer de uniforme blanco y les dijo que se retiraran, pero ellos se rieron de ella y le hicieron burla. Michael estiró a su padre de la manga.

—¿Qué están haciendo aquí? —cuchicheó.

—Viven aquí —repuso Abe—. Son huérfanos.

Michael recordó que había dicho a su Zaydeh que si Isaac se marchaba él le acompañaría, y se sintió muy asustado. Cogió la mano de su padre y la apretó con fuerza.

—Bueno, papá, será mejor que nos vayamos ya —indicó su padre.

El abuelo sonrió como antes.

—¿Vendrás a verme, Abe?

—Papá, nos verás tanto que acabarás diciendo que dejemos de molestarte.

El abuelo metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsita de papel llena de jengibre azucarado. Isaac cogió un pedazo y se lo llevó a la boca, luego cogió la mano de Michael y la cerró en torno al cuello de la bolsa.

—Vete a casa, mine kind —se despidió.

Michael y su padre se alejaron rápidamente, dejándole solo sobre el reluciente piso de linóleo.

Durante el camino de regreso, su padre no habló una sola palabra. En cuanto se hubieron acomodado en el Chevrolet, Michael perdió el miedo y echó en falta a su Zaydeh. Se sintió triste porque no había rodeado con sus brazos al anciano ni le había dado un beso de despedida. Abrió la bolsa de papel y empezó a comer el jengibre. Aunque sabía que al día siguiente le ardería el tush, se lo comió todo, trozo a trozo. Acabó el contenido de la bolsa, en parte por causa del Zaydeh, y en parte porque tenía la impresión de que no iba a disponer de mucho jengibre en lo sucesivo.

## 5

En la fiesta de Joey Morello, su hermana Ruthie se peleó con una chica italiana y volvió a casa llena de arañazos y llorando. Michael sintió alegría e irritación al mismo tiempo. Le alegró que le hubiera pasado aquello a su hermana, y le irritó que su abuelo hubiera tenido que marcharse por causa de una fiesta en la que ella ni siquiera había disfrutado.

Al cabo de una semana, su padre había vendido la tienda a un joven inmigrante alemán, que instaló nueva iluminación y toda una serie de alimentos impuros. Las luces convirtieron la tienda, de una cueva misteriosa, en un gris y deseado establecimiento expendedor de artículos alimenticios. Michael nunca entraba allí, a menos que se lo ordenaran. Sin embargo, no fue sólo la tienda lo que se Vi0 afectado por la marcha del Zaydeh. En la casa de Rivkind, el cambio fue aún más acentuado. Dorothy iba de un lado a otro tarareando a media voz y pellizcando las mejillas de sus hijos. Complaciéndose culpablemente en su nueva libertad, ya no separaba los platos de leche de los de carne. Dejó de encender velas los viernes al atardecer y, en lugar de ello, programó una partida semanal de canasta para esa noche.

Abe Rivkind aprobaba aparentemente la nueva atmósfera. La separación de la acusadora mirada de su padre le permitía hacer varias cosas en que él había estado pensando durante algún tiempo. Su negocio de corsés llevaba una marcha floreciente («Toca madera, las fajas se están extendiendo rápidamente, y los sostenes se mantienen»), y había llegado a un punto en su vida comercial en que resultaba provechoso llevar a comer a un buen restaurante de Manhattan a un cliente si quería arrancarle un pedido. Le agradó la experiencia y, a veces, al llegar a casa por la noche, contaba a su mujer y a sus hijos las extrañas y maravillosas cosas que había comido. Se hizo un apasionado de la langosta, y sus descripciones del sabor de la rosada carne empapada eh mantequilla derretida excitaban sus imaginaciones.

—¿Sabe a pollo?

—Un poco. Pero, en realidad, no.

—¿Sabe a pescado?

—Un poco.

—¿A qué sabe en realidad?

Finalmente, un sábado por la tarde llegó a casa llevando una bolsa de papel grande y húmeda.

—Toma —dijo a Dorothy—. Ess gezunteh hait.

Ella cogió la bolsa y, al instante, lanzó un chillido, mientras la dejaba caer sobre la mesa de la cocina.

—Hay algo vivo ahí dentro —dijo.

Él abrió la bolsa y se echó a reír a carcajadas al ver la cara de su mujer cuando

miró a las langostas. Había tres de estas criaturas, grandes y verdosas, con pequeños y abultados ojos oscuros, que le pusieron a Dorothy la carne de gallina. Cuando llegó el momento de echarlas en el puchero de agua hirviendo, se vio claramente que Abe estaba más que asustado de los ondulantes tentáculos y las crueles garras, y entonces le tocó a ella reírse. Ni siquiera quiso probar la langosta. Aunque se había rebelado contra la severidad de su suegro e iniciado la insurrección de la familia contra las cosas que él defendía, era mucha la diferencia entre mezclar platos en el aparador y masticar y tragar carne que, según había oído decir toda la vida, era prohibida y repugnante. Estremeciéndose, salió corriendo de la habitación. Pero llegó a gustarle el tocino fresco cuando Abe lo llevó a casa y se lo frió, y no tardó en servirlo con huevos como desayuno varias veces a la semana.

El padre de Michael fue uno de los primeros fabricantes de fajas que presentó su mercancía en estrechos tubos llenos de colorines. El entusiasmo con que sus clientes recibieron la innovación le hizo pensar en una expansión en línea rápidamente ascendente. Un día, llegó a casa e indicó a Dorothy que se quitase el delantal y se sentara.

—Dorothy, ¿Qué te parecería si te cambiara el apellido?

—Mishugineh, ya lo hiciste hace catorce años.

—Hablo en serio, Dorothy. Me propongo cambiar el apellido Rivkind. Legalmente.

Ella le miró alarmada.

—¿Por cuál? ¿Y por qué?

—Por la empresa Fajas y Sostenes Rivkind. Por eso. Suena simplemente como lo que es. Un taller de confección que nunca se pondrá a la cabeza de la industria corsetera. La nueva presentación de los productos exige un nombre distinguido.

—Pues cambia el nombre de la compañía. ¿Qué tiene eso que ver con nuestro apellido?

—Mira. Todo lo que hay que hacer es cortar nuestro apellido por la mitad. —Le enseñó el eslogan mecanografiado en un trozo de papel—. «Pórtese bien con su silueta».

Ella le miró y se encogió de hombros. Así, porque la palabra iba bien a un slogan sobre un delgado tubo, pero, sobre todo, porque algo en el interior del padre de Michael le exigía imperativamente ser el señor Kind, de Fajas Kind, el apellido familiar Rivkind iba a ser cambiado legalmente por los tribunales.

La reforma, aun en cuestiones personales, es difícil de mantener dentro de estrechos límites. Varios de sus vecinos se habían trasladado al nuevo barrio de Queens. Por fin, Abe hizo caso a las insistentes peticiones de Dorothy, y compraron un apartamento en un edificio de ladrillo amarillo que acababa de ser levantado en Forest Hills.

Isaac no pareció afectarse cuando supo que se habían trasladado de Brooklyn a un barrio situado a varios kilómetros de distancia del asilo Hijos de David. Las visitas habían ido haciéndose cada vez menos frecuentes, y cuando Abe, impulsado por un repentino remordimiento de conciencia, llevó a Michael a ver a su Zaydeh, los tres se encontraron con que tenían poco de qué hablar. El Zaydeh había conseguido que el hijo del señor Melnick le examinara y le hiciera una prescripción médica, y Abe pagó de buena gana la botella de whisky canadiense medicinal, que pasó a ocupar un puesto de honor en la cómoda de su padre. El whisky de centeno y el estudio profundo de la *Torá* llenaban ahora la vida de Isaac Rivkind, y los visitantes agotaron pronto la conversación sobre estos dos temas.

Sin embargo, una visita que hicieron al asilo poco después de su éxodo a Queens suministró al Zaydeh un tema del que hablar. Se acercaba *Sukkot*, y, como siempre en ese tiempo, Michael pensaba mucho en su abuelo. Durante varias semanas había estado rogándole a su padre que le llevara a ver al Zaydeh, y cuando llegó el día, tenía un montón de dibujos hechos a lápiz, que eran su regalo especial para el anciano.

Cuando Isaac se sentó en su cama y miró los dibujos, uno de ellos le llamó particularmente la atención.

—¿Qué es esto, Micheleh? —preguntó.

—Eso es la casa en que vivimos —repuso Michael, señalando una mancha de color—. Y eso es un árbol que tiene castañas y una ardilla. Y eso es la iglesia de la esquina.

Era esta última, adornada con una cruz, lo más fielmente reproducido de todo el dibujo, lo que había captado el interés de Isaac. La cruz y la nueva firma, cuidadosamente escrita, de Michael.

—¿No sabes cómo se escribe tu apellido? —preguntó.

—Lo ha escrito bien, papá —intervino rápidamente Abe—. Lo he cambiado legalmente.

Esperaba el estampido de los viejos truenos, pero Isaac apenas si parpadeó.

—¿Ya no te apellidas Rivkind?

Escuchó, sin el menor comentario, la larga explicación de su hijo acerca de las razones comerciales que justificaban el cambio y, luego, una entusiástica descripción de la nueva línea de fajas y sostenes. Cuando llegó el momento de despedirse, Isaac besó a Michael en la mejilla y estrechó la mano de su hijo.

—Gracias por haber venido, Abraham —se calló bruscamente—. ¿Te llamas todavía Abraham?

—Claro que sí —respondió Abe.

Durante todo el camino de regreso a casa, le soltó un gruñido a Michael cada vez que éste abría la boca.

Dos días después, Abe recibió una carta de su padre. Había sido escrita en papel rayado, a lápiz y en *Yiddish*, por una mano que la edad y el alcohol habían dejado temblorosa. Abe tardó varias horas en traducir la carta, gran parte de la cual resultó estar formada por referencias talmúdicas que no significaban nada para él. Pero entendió perfectamente el mensaje principal de la carta. Isaac indicaba a su hijo que había renunciado a la esperanza de que los miembros de la familia salvaran a su nieto. Las dos terceras partes de la carta eran una ferviente súplica de que Michael recibiera educación judía.

Dorothy se echó a reír y movió la cabeza cuando su marido le leyó todo lo que pudo traducir al inglés de la carta. Pero, con desagradable sorpresa por parte de Michael, su padre pareció tomar muy en serio la petición.

—Es el momento. Está en la edad adecuada para el *Jéder* —dijo.

Y, así, Michael empezó a asistir a la escuela hebrea todas las tardes después de salir de la escuela pública. Estaba ya en el tercer grado y no tenía absolutamente ningún deseo de aprender hebreo. No obstante, fue matriculado en la *Talmud Torá*: de la congregación de la sinagoga Hijos de Jacob. Hijos de Jacob estaba situada a unos ochocientos metros de la escuela pública. Era una sinagoga ortodoxa, pero esto no había desempeñado ningún papel en la elección de la escuela. Habría sido matriculado aunque hubiera sido conservadora o *Reformista*. Sucedía que era la única escuela hebrea a la que podía ir andando todos los días desde la escuela pública. El hecho de que el camino hasta la escuela hebrea pasara a través de uno de los barrios más acentuadamente polacos de Nueva York, no había sido tenido en cuenta por los adultos que regían su destino.

Al tercer día de su asistencia a la escuela hebrea, se encontró con Stash Kwiatkowski cuando se dirigía a casa. Stash estaba en su misma clase en la escuela pública. Era el tercer año que repetía el tercer grado. Por lo menos dos años mayor que Michael, era un muchacho rubio, de cara ancha, grandes ojos azules y una medio avergonzada sonrisa que llevaba como una máscara. Michael le conocía en clase como chico que cometía un montón de divertidas equivocaciones durante el recitado de las lecciones. Cuando vio a Stash, le sonrió.

—Hola, Stash —dijo.

—Hola, muchacho. ¿Qué llevas ahí?

Lo que tenía allí eran sus tres libros, un Alefbet, en el que estaba aprendiendo el alfabeto hebreo, un cuaderno y un libro de historia de los judíos.

—Unos libros —repuso.

—¿De dónde los has sacado?

—De la escuela hebrea.

—¿Y eso qué es?

Se dio cuenta de que la idea intrigaba a Stash, así que le explicó que era un sitio

adonde él iba cuando todos los demás de la clase salían de la escuela pública.

—Déjame verlos.

Miró las manos de Stash, que estaban mugrientas después de tres horas de jugar a la salida de la escuela. Sus libros estaban nuevos e inmaculados.

—Prefiero no dejártelos.

La sonrisa de Stash se amplió mientras aferraba con su mano la muñeca de Michael.

—Vamos, déjame verlos.

Era por lo menos diez centímetros más bajo que Stash, pero éste era de movimientos tardos. Michael se soltó y echó a correr. Stash le siguió durante un corto trecho y luego abandonó la persecución.

Pero, la noche siguiente, cuando Michael se dirigía a casa, apareció de pronto, saliendo de detrás de una cartelera de anuncios, en la que había tendido su emboscada.

Michael trató de sonreírle.

—Hola, Stash.

Esta vez, Stash no hizo ninguna simulación de amistad. Echó mano a los libros, y el Alefbet cayó al suelo. Una de las cosas que habían impresionado a Michael pocos días antes, fue ver a un joven rabino que había dejado caer al suelo un montón de libros de oración besar reverentemente cada uno de ellos a medida que los recogía. Poco después, había de enterarse, para confusión suya, que la práctica estaba reservada a los libros que contenían la palabra de Dios, pero a la sazón creía que se trataba de algo que hacían los judíos con todo volumen impreso en hebreo. Alguna perversa obstinación le hizo coger el libro del alfabeto y oprimir contra él sus labios mientras Stash le miraba.

—¿Por qué haces eso?

Esperando que el vislumbre de otra forma de vida apaciguara la beligerancia de Stash, le explicó que el libro estaba escrito en hebreo, y que, por eso, había que besarlo siempre que cayera al suelo. Fue un error. Descubriendo una fuente de inagotable diversión, Stash dejó caer el libro al suelo tan rápidamente como él podía cogerlo y besarlo. Cuando su mano se cerró, Stash se la volvió a la espalda y la retorció hasta hacerle gritar.

—Di «soy un puerco judío».

Guardó silencio hasta que creyó que Stash le iba a romper el brazo, y entonces lo dijo. Dijo que los judíos comían mierda, que los judíos mataron a Nuestro Salvador, que los judíos se cortaban la punta del pito y se la comían asada el sábado por la noche.

Luego, Stash arrancó la primera página de su libro de alfabeto e hizo con ella una pelota. Cuando se agachó para coger el arrugado papel, Stash le dio con toda su

fuerza una patada en el trasero que le hizo gemir de dolor mientras se alejaba corriendo. Aquella noche, en la intimidad de su habitación, alisó la página lo mejor que pudo y la volvió a colocar en el libro.

Durante los días siguientes, la inquisición en Queens se convirtió en una rutina. Stash no hacía el menor caso de él en la escuela, y Michael era libre de reírse tan estrepitosamente como cualquiera de los demás cuando el muchacho balbuceaba torpemente durante el recitado de la lección. Cuando sonaba la campanilla, Michael salía a toda prisa para cruzar el barrio de Stash antes de que él llegara. Y, al volver a casa desde la escuela hebrea, trató de variar el camino en un esfuerzo por escapar a su torturador. Pero si durante un par de días Stash no le encontraba, el muchacho avanzaba una o dos manzanas probando una posición diferente cada tarde, hasta que, inevitablemente, Michael caía en una de sus emboscadas. Luego, añadía alguna tortura adicional para compensar la diversión que Michael le había hecho perderse con sus tácticas evasivas.

Sin embargo, tenía otros problemas, además de Stash. La escuela hebrea había resultado ser un lugar nada divertido y de rígida disciplina. Los profesores eran seglares que recibían el título honorario de reb, palabra que les daba una categoría aproximadamente intermedia entre la de rabino y la de bedel. El reb que estaba al frente de su clase era un hombre joven y delgado, con gafas y barba oscura, llamado Hyman Horowitz. Pero nunca se le llamaba otra cosa que Reb Jaim. La j gutural de su nombre *Yiddish* fascinaba a Michael, que mentalmente le apodaba Jaim Joroqejitz el Jazador, porque solía estar sentado detrás del pupitre, con los ojos cerrados y los dedos hurgando entre su espesa barba, como si continuamente estuviese jazando, jazando, jazando piojos.

En la clase había veinte chicos. Como alumno nuevo, a Michael se le asignó un puesto situado delante de Reb Jaim, y pronto se dio cuenta de que aquél era el puesto peor de la clase. Ningún alumno permanecía en él mucho tiempo, a menos que fuese estúpido o archicriminal. Era el único puesto de la clase en que la victima podía ser alcanzada por la vara de Reb Jaim. Delgada y flexible, intermedia entre junco y bastón, yacía ante él sobre el pupitre. Cualquier infracción del buen comportamiento, desde un simple cuchicheo hasta un defectuoso recitado, la hacía hender el aire con un silbido hasta aterrizar —¡zas!— sobre los hombros del culpable. A pesar de que la ropa interior, la camisa y el jersey podían amortiguar el efecto del golpe, la vara era el arma más perversa que los alumnos habían conocido jamás, y le profesaban un justificado temor.

Jaim el Jazador le hizo probar a Michael el sabor de la vara al final de la primera clase, cuando vio que el muchacho paseaba la mirada por la destartalada aula en vez de prestar atención a sus estudios. El profesor se hallaba recostado en su silla, a punto de dormirse al parecer, con los ojos cerrados y los dedos hurgando entre la barba. Y,

al instante, un breve silbido como el de una bomba al caer por el aire y… ¡zas! Ni siquiera abrió los ojos, pero la vara golpeó a Michael exactamente en el centro del hombro izquierdo. Se sintió demasiado admirado por la demostración del reb para gritar, y el ahogado murmullo de las risas de sus compañeros disipó de su castigo el carácter de tragedia personal.

El golpe había sido una operación de rutina, y Michael no fue catalogado como Enemigo Público hasta su quinto día en la escuela hebrea. Reb Jaim estaba encargado de enseñar religión a sus alumnos, además de hebreo, y aquel día acababa de contarles la historia de Moisés y la zarza ardiente. Dios, les informó solemnemente, era todopoderoso.

Michael se sintió dominado por una idea fascinadora. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya había levantado la mano.

—¿Significa eso que Dios puede hacer cualquier cosa?

Reb Jaim le miró con impaciencia.

—Cualquier cosa —dijo.

—¿Puede hacer una gran roca? ¿Una tan pesada que un millón de hombres no puedan moverla?

—Claro que puede.

—¿Y Él puede moverla?

—Desde luego.

Michael se fue excitando.

—Entonces, ¿Puede hacer una roca tan pesada que ni Él mismo pueda moverla?

Reb Jaim le miró, satisfecho de haber estimulado tanto celo en su nuevo alumno.

—Ciertamente —dijo—, si quiere, puede hacerla.

Michael se sentía tan excitado, que gritó:

—¡Pero si Él no puede moverla, entonces no puede hacerlo todo! ¡No es todopoderoso!

Reb Jaim abrió la boca y, luego, la cerró. Su rostro enrojeció al contemplar la triunfante sonrisa de Michael.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! La vara cayó sobre los hombros del muchacho en una lluvia de golpes que debía de ser tan apasionante de contemplar como un partido de tenis, pero que era terriblemente dolorosa de recibir. Esta vez lloró, pero se había convertido, sin embargo, en un héroe para sus compañeros y en Enemigo Público Número Uno para su profesor hebreo.

Resultaba deprimente. Entre Stash y Reb Jaim, su vida se convirtió en una serie de pesadillas. Probó a hacer novillos. Por la tarde, al salir de la escuela pública, se fue a una bolera que había a cuatro manzanas de distancia y se quedó tres horas sentado en un banco de madera, mirando a los jugadores. No era mal sitio para esperar. Hizo esto durante cuatro días, y cada día se sentaba detrás de la calle usada por la misma

mujer gruesa, de enormes pechos y grandes nalgas. Levantaba sin el menor esfuerzo la gran bola y avanzaba de puntillas con menudos pasos que la hacían agitarse y temblar de tal modo, que uno se daba cuenta del inmenso provecho que podría obtener llevando algunos de los productos de su padre. Mascaba chicle constantemente, con rostro inexpresivo, y cuando soltaba la bola y la enviaba a toda velocidad calle abajo, dejaba de mascar hasta que habían caído los bolos. Esto significaba generalmente que se quedaba apoyada sobre un solo pie y con la boca abierta, como una estatua hecha con demasiado barro por un escultor loco. Era interesante y educativo mirarla, pero le fallaban los nervios, y, además, cuando se sentaba delante de él en el banco, el olor de su cuerpo le daba náuseas. Al quinto día, volvió a la escuela hebrea, después de haber falsificado una nota de su madre diciendo que había tenido un acceso de sinusitis, cuyos síntomas conocía porque su hermana Ruthie los sufría vociferantemente durante la mayor parte del año.

La presión a que estaba sometido empezó a manifestarse en él. Fue tornándose más tenso y nervioso y perdió peso. Por la noche se agitaba en la cama, sin poder dormir. Cuando dormía, soñaba que Reb Jaim le pegaba, o que Stash le estaba esperando a la salida, un tipo un metro más alto que su estatura real.

Una tarde, mientras estaba en la clase de hebreo, el muchacho que se sentaba detrás de él le pasó un pedazo de papel por encima del hombro. Reb Jaim, vuelto de espaldas a la clase, escribía en la pizarra la lección de gramática del día siguiente. Michael pues, miró con toda tranquilidad al papel. Era una tosca caricatura de su profesor, inconfundible por la barba, las gafas y el casquete. Sonriendo, Michael le añadió una verruga en la nariz —tenía una realmente— y dibujó un brazo con la mano hurgando en la barba, escribiendo debajo Jaim Jorowitz el Jazador.

El hecho de que el reb estaba de pie junto a él mirando el papel en que estaba escribiendo le fue comunicado por el temeroso silencio que reinaba en la clase. Era un silencio que superaba con mucho al exigido por el propio Reb Jaim. Ningún lápiz se movía, ningún pie restregaba el suelo, nadie se sonaba la nariz. Sólo se oía el tictac del reloj, lento, sonoro y sombríamente ominoso.

Se quedó esperando a que la vara descendiera sobre sus hombros, rehusando levantar la vista hacia los oscuros ojos que brillaban detrás de las gafas. La mano de Reb Jaim entró lentamente en el campo visual de sus abatidos ojos. Era una mano delgada y de largos dedos, con pecas e hirsutos pelos negros en la muñeca y entre los nudillos. La mano cogió el trozo de papel y desapareció de su vista.

Y la vara no golpeaba todavía.

—Te quedarás después de clase —le dijo reposadamente Reb Jaim.

Faltaban dieciocho minutos para que terminara la clase, y cada uno de ellos se adhería a la tarde, como si estuviera pegado con cola. Por fin, transcurrieron los dieciocho minutos, y fueron despedidos los alumnos. Podía oír a los otros chicos

correr y gritar mientras salían del edificio. En el aula reinaba un absoluto silencio. Reb Jaim ordenó algunos papeles, los sujetó con una goma y los guardó en su segundo cajón. Luego, salió de la clase y avanzó por el pasillo hasta el retrete de los profesores. Cerró la puerta tras de sí, pero el edificio estaba tan silencioso que Michael le podía oír orinar, un tamborileo parecido al sonido de una pequeña ametralladora en otro sector del frente.

Michael se levantó de su asiento y se acercó al pupitre del profesor. Allí estaba la vara. Era de color oscuro y parecía barnizada, pero él sabía que su brillo había sido adquirido mediante su constante aplicación a la delicada piel de jóvenes muchachos judíos. Cogió la vara y la flexionó. Costaba sorprendentemente poco hacerle cortar el aire, produciendo un ruido como el de dos piezas de pana al frotarse. De pronto, empezó a temblar y a llorar. Sabía que no podía recibir más daño de Reb Jaim ni de Stash Kwiatkowski, y sabía que iba a abandonar la escuela hebrea. Giró sobre los talones y salió del aula, con la vara todavía en la mano y dejando sus libros sobre el pupitre. Salió lentamente del edificio y se dirigió a casa, pensando en cómo le llevaría a su madre la vara y en cómo se quitaría la camisa para enseñar a su madre las amoratadas marcas de sus hombros, igual que Douglas Fairbanks se había bajado la camisa para enseñar a su novia las marcas dejadas por el látigo de su padre en la película que había visto el sábado anterior por la tarde.

Estaba saboreando la forma en que su madre le compadecería, cuando Stash se adelantó desde detrás del tablero de anuncios y le cerró el paso.

—Hola, Mikey —le dijo con suavidad.

Michael no se dio cuenta de que quería pegar a Stash hasta que la vara hendió el aire con un zumbido de abeja y le cruzó la mejilla derecha y los labios.

Lanzó un grito de asombro.

—¡Maldito!

Se abalanzó ciegamente contra él, y Michael volvió a pegarle, alcanzándole en los brazos y los hombros.

—¡Estáte quieto, bastardo! —gritó Stash. Instintivamente, levanto los brazos para protegerse la cara—. Voy a matarte —rugió, pero al volverse a medias para esquivar la silbante vara, Michael le cruzó el grueso y carnoso trasero.

Oyó que alguien lloraba y se dio cuenta con incredulidad de que no era él. Stash tenía la cara contraída, y su barbilla parecía una patata arrugada; las lágrimas se mezclaban con la sangre que le goteaba del labio. Cada vez que Michael le pegaba, profería un pequeño grito, y Michael seguía pegándole sin parar mientras corrían hasta que, finalmente, dejó de perseguirle, porque tenía cansado el brazo. Stash dio la vuelta a una esquina y desapareció.

Durante el resto del camino de regreso a su casa, estuvo pensando en que debía haber obrado mejor, en que debía haber dejado de pegarle mucho antes para hacerle

decir que los judíos no mataron a Cristo, ni comían mierda, ni se cortaban la punta del pito y se la comían asada el sábado por la noche.

Cuando llegó a casa, escondió la vara detrás del horno existente en el sótano del apartamento, en vez de llevársela a su madre. A la mañana siguiente, la sacó de su escondrijo y la llevó a la escuela pública. La señorita Landers, su maestra, se fijó en ella y le preguntó qué era. Él le dijo que era un puntero que su madre había pedido prestado a la escuela hebrea. Ella se le quedó mirando y abrió la boca, pero luego volvió a cerrarla, como si hubiera cambiado de opinión. Al salir de la escuela pública, echó a correr en dirección a la escuela hebrea, hasta que perdió el aliento y sintió una punzada en el costado; luego, continuó andando lo más deprisa que podía.

Llegó quince minutos antes de que comenzara la clase. Reb Jaim estaba solo en el aula, corrigiendo ejercicios. Miró fijamente a Michael, mientras éste avanzaba hacia él llevando la vara en la mano. Michael se la entregó.

—Lo siento, la cogí prestada sin su permiso.

El reb le dio varias vueltas entre sus manos, como si la viese por primera vez.

—¿Por qué te la llevaste?

—La he usado. Contra un antisemita.

Michael hubiera jurado que se le contraían los labios al profesor detrás del camuflaje de barba. Pero no era hombre que se dejara apartar fácilmente del asunto que tenía entre manos.

—Agáchate —dijo.

Reb le golpeó seis veces en el trasero. Dolía mucho, y él lloró, pero todo el rato estuvo pensando que él había pegado a Stash Kwiatkowski con mucha más fuerza de la que Reb Jaim le estaba pegando a él.

Cuando llegaron los restantes alumnos y se sentaron, ya había dejado de llorar. Una semana después, fue trasladado del asiento delantero. Robbie Feingold tomó posesión permanente de él, porque era un muchacho estúpido que siempre suscitaba risas durante el recitado de la lección. Reb Jaim no le volvió a pegar más.

## 6

A las tres de la madrugada del día en que iba a ser *Bar misvá*, nervioso y sin poder dormir, se sentó en la cocina del apartamento de Queens y rozó con los imaginarios flecos de un *Tal lit* imaginario una imaginaria *Torá* y, luego, sus labios.

—Barkú et adonai hameborok —murmuró—. Bark adonai hameborok leolain voed.

—¿Michael?

Su madre entró en la cocina con aire soñoliento y arrastrando los pies. Tenía los ojos entornados para resguardarse de la luz, y con una mano se sujetaba el pelo. Llevaba una bata de franela azul sobre un pijama rosado de algodón que le estaba demasiado corto. Había empezado hacía poco a teñirse el pelo de un detonante color rojo que la hacía parecer una mujer de circo. Michael, aun en medio de su nerviosismo, sintió, mientras la miraba, que el embarazo y el amor pasaban sobre él en sucesivas oleadas.

—¿Te encuentras mal? —preguntó ella con ansiedad.

—No tenía sueño.

La verdad era que, mientras yacía despierto en su cama, había repasado su papel en las ceremonias de *Bar misvá*, como había estado haciendo cincuenta veces al día, por lo menos, durante los últimos meses. Había descubierto, horrorizado, que no sabía decir la brocha, la corta bendición que precedía a la larga lectura de la *Torá* llamada *Haftará*. Se sabía la brocha tan bien como su propio nombre, pero alguna parte de su mente, cansada del constante martilleo por un único conjunto de sonidos, se había rebelado y borrado por completo las palabras de su memoria.

—Tienes que levantarte dentro de unas horas —cuchicheó ella con vehemencia —. Vete a la cama.

Más dormida que despierta, dio media vuelta y se volvió, arrastrando los pies, a su lecho. Él oyó a su padre que le preguntaba, mientras crujían los muelles bajo su peso:

—¿Qué ocurre?

—Tu hijo está loco. Un auténtico mishugineh.

—¿Por qué no duerme?

—Ve a preguntárselo.

Abe lo hizo. Caminó descalzo hasta la cocina, con su revuelto pelo negro cayéndole sobre la frente. Sólo llevaba los pantalones del pijama, como hacía todo el año porque se sentía orgulloso de su cuerpo. Michael observó por primera vez que el ensortijado vello de su pecho empezaba a tornarse gris.

—¿Qué diablos pasa? —dijo. Se sentó en una silla y se alisó el pelo con las dos manos—. ¿Cómo esperas ser *Bar misvá* mañana?

—No puedo recordar la brocha, la bendición.

—¿Querrás decir que no puedes recordar la *Haftará*?.

—No, la brocha. Si recuerdo la brocha, la *Haftará* sale sola.

Pero no puedo recordar la primera línea de la brocha.

—¡Santo Dios! Cuando tenías nueve años te sabías de maravilla la brocha, hijo.

—Ahora no puedo recordarla.

—Escucha, no tienes que recordarla. Estará en el libro. Todo lo que tienes que hacer es leerla.

Michael sabía que eso era cierto, pero no por eso se sentía mejor.

—Quizá no sepa encontrar el lugar —aventuró.

—Habrá en el estrado más ancianos de los que tú quisieras ver. Ellos te enseñarán el lugar. —Su voz se endureció—. Ahora, vete a la cama Ya está bien de esta mishugahss.

Michael se acostó de nuevo, pero permaneció despierto hasta que las persianas de su ventana se vieron enmarcadas en una luz grisácea Luego, cerró los ojos y se durmió. Pero su madre lo despertó al cabo de lo que le pareció un segundo. Ella le miró con ansiedad.

—¿Te encuentras bien?

—Supongo que sí.

Michael fue tambaleándose al cuarto de baño y se echó agua fría en la cara. Estaba tan cansado que apenas se daba cuenta de lo que sucedía mientras se vestía, desayunaba en un santiamén y acompañaba a sus padres a la sinagoga.

Su madre le despidió con un beso en la puerta y subió apresuradamente la escalera que conducía a la sección de las mujeres. Parecía asustada. Él acompañó a su padre a un asiento de la segunda fila. La sinagoga estaba abarrotada de parientes, pero su madre pertenecía a una familia muy extendida, y parecía como si todos sus miembros estuviesen allí. Él se hallaba encerrado dentro de una envoltura de temor que se movía al moverse su cuerpo y de la que no había huida.

Pasó el tiempo. Confusamente, se dio cuenta de que su padre había sido llamado al *Bemá* y, desde muy lejos, oyó la voz de Abe recitando en hebreo. Luego, fue pronunciando su propio nombre en hebreo. —Michael Ben Abraham— y, caminando sobre unas piernas insensibles, subió a la plataforma. Rezó con su *Tal lit* la *Torá* y besó los flecos. Luego, se quedó mirando las letras hebreas sobre el amarillento pergamino. Se retorcían como serpientes ante sus ojos.

—Barkú! —le siseó uno de los ancianos que había a su lado.

Una voz temblorosa que no podía ser la suya, comenzó el canto.

—¡Barkú et adonai hameborok. Barkú…

—Baruk.

Los ancianos gruñeron o rezongaron la corrección todos al mismo tiempo, y el

brusco coro de sus voces le abofeteó la cara como si le hubieran golpeado con una toalla mojada. Levantó deslumbrado los ojos y vio pintada la desesperación en los de su padre. Volvió a empezar la segunda frase.

—Baruk adonai hameborok leolan voed. Baruk atá adonai, elohenu melek haolam.

Terminó con voz ronca la brocha, se sumergió ciegamente en la lectura de la *Torá* y en las bendiciones siguientes y empezó la *Haftará*. Durante cinco minutos, siguió balbuceando. Su voz sonaba huecamente en medio de un silencio que él sabía provocado por el convencimiento de los circunstantes de que en cualquier momento se extraviaría irremediablemente en la complejidad del pasaje hebreo o en la vieja melodía. Pero, como un torero herido, cuya experiencia y disciplina se resistían a dejarle en misericordioso olvido bajo los cuernos del toro, se resistía a morir. Su voz se hizo más firme. Sus rodillas cesaron de temblar. Continuó cantando, y los asistentes se echaron hacia atrás en sus asientos, sintiéndose a medias decepcionados al ver que no iban a ser testigos de un fracaso para su diversión.

Al poco rato, había olvidado al círculo de barbudos críticos que le rodeaban y al gran auditorio de amigos y parientes. Captado por la melodiosa sinfonía y la belleza del hebreo, se balanceaba a un lado y a otro, siguiendo el ritmo de su propio canto. Al llegar al final del pasaje, estaba disfrutando inmensamente, y lanzó con pena la última nota, prolongándola tanto como se atrevió.

Levantó la mirada. El rostro de su padre ostentaba la expresión que hubiera adoptado si la Primera Dama le acabara de decir personalmente que quedaba nombrado proveedor oficial de sostenes para la Casa Blanca. Abe echó a andar en dirección a su hijo, pero, antes de que pudiera llegar hasta él, Michael se vio rodeado por un bosque de manos, todas alargadas para alcanzar su húmeda palma, mientras un coro de voces le deseaban mazal tob, buena suerte.

Caminó con su padre por el pasillo central hacia el fondo de la sinagoga, donde su madre esperaba al pie de las escaleras. Mientras avanzaban, estrecharon las manos de una docena de personas, y él aceptó sobres conteniendo dinero de hombres cuyos nombres ignoraba. Su madre, con el rostro cubierto de lágrimas, le besó, y él estrechó sus gruesos hombros.

—Mira quién está aquí, Michael —le dijo ella, apuntando con el dedo.

Levantó la mirada y vio a su abuelo, que se acercaba hacia ellos por el pasillo central de la sinagoga. Isaac había dormido en el cercano apartamento de uno de los planchadores de Abe, con el fin de poder ir andando hasta la sinagoga y evitar de esta manera la violación de la ley del *Shabbat*, que prohíbe montar en un vehículo.

Hasta varios años más tarde, no se le ocurrió a Michael pensar en lo astutamente que su abuelo había dirigido su guerra contra Dorothy y en lo grande que había sido su victoria. Su estrategia había requerido paciencia y el transcurso del tiempo. Pero,

sirviéndose de estas armas, y sin levantar una sola vez la voz, había vencido a su nuera y convertido su casa en el observante lugar que el quería que fuera.

Por supuesto, Michael, sin él mismo darse cuenta, había sido su agente.

La derrota de Stash Kwiatkowski le había proporcionado un ímpetu que, durante varios meses, le hizo desear ir hasta la escuela hebrea y volver de ella todos los días. Cuando este placer se hubo agotado y dejó de sentirse ya Jack el Mata gigantes, había quedado prendido en el ritmo de un proceso de aprendizaje. Reb Yazle siguió a Reb Jaim, y Reb Doler sustituyó a Reb Yazle. Luego, durante dos años, se sumergió todas las tardes en la cálida aura emitida por los ojos azul eléctrico de la señorita Sophie Feldman, simulando empaparse en sabiduría y temblando cada vez que ella pronunciaba su nombre. La señorita Feldman tenía el pelo color de miel y una hilera de pecas al borde de una nariz deliciosamente respingona. Durante las clases, ella se sentaba con los tobillos cruzados, moviendo la punta del pie en un perezoso círculo que él contemplaba con una fascinación que, de alguna manera, le permitiría recitar la lección cuando era llamado.

Cuando ella se convirtió en la señora Hyman Horowitz y salió de la clase por última vez con su vacilante paso de embarazada, él no encontraba satisfacción en lujos como el de sentir celos, porque tenía ya trece años y el *Bar misvá* asomaba ante él. Pasaba todas las tardes en la clase especial de *Bar misvá* de Reb Moishe, el director de la escuela, estudiando su *Haftará*. Cada dos domingos, cogía el metro hasta Brooklyn y le cantaba la *Haftará* a su abuelo, sentado junto a la cama en la habitación de Isaac. Ambos llevaban *Tal lit* y, con la cabeza cubierta, seguían las palabras del libro con un dedo sudoroso, mientras él las cantaba lentamente y dándose mucha importancia.

Su abuelo permanecía con los ojos cerrados, igual que Reb Jaim, y cuando Michael cometía un error, volvía a la vida y cantaba la palabra correcta con débil y cascada voz. Después de la recitación de Michael, Isaac le formulaba sutiles preguntas acerca de la vida en el hogar, y lo que oía debía de llenarle de satisfacción. La exposición de Michael a la influencia de la sinagoga Hijos de Jacob había incidido en el espíritu *Reformista* que penetrara en la casa de los Kind.

A Dorothy Kind no le iba bien el papel de revolucionaria. Cuando Michael empezó a interrogar sobre la presencia en su casa de carnes y pescados que sus rebs de la escuela hebrea le decían que estaban prohibidos a los buenos judíos, su madre aprovechó la excusa para alejarlos de la casa. Desafiada por su suegro, había luchado con energía por su derecho a ser una librepensadora. Interrogada inocentemente por su hijo, se conformaba con mansedumbre y con vivificada conciencia. Las luces del *Shabbat* volvieron a encenderse en el apartamento los viernes por la noche, y la leche fue leche, y la carne, carne, y los dos no se mezclaron.

Ahora, cuando su abuelo hubo llegado lentamente hasta ellos a través de la

atestada sinagoga, Dorothy le sorprendió dándole un cariñoso beso.

—¿No ha estado maravilloso Michael? —preguntó.

—Una buena *Haftará* —admitió ceñudamente.

Besó a Michael en la cabeza. El servicio había terminado, y los miembros de la congregación se acercaban a ellos. Recibieron las felicitaciones hasta que les hubo estrechado la mano la última persona. Después se dirigieron al interior, en donde se habían dispuesto mesas con trocitos de hígado, sardinas en escabeche y botellas de whisky escocés de contrabando.

Antes de reunirse con los invitados, su abuelo retiró del cuello de Michael el pequeño manto de oración que éste llevaba. Isaac se quitó su propio *Tal lit* y pasó los pliegues de seda en torno a su nieto. Michael conocía bien aquel *Tal lit*. No era el que Isaac llevaba todos los días. Había comprado aquel manto de oración poco después de su llegada a América, y lo llevaba sólo en las grandes fiestas y ocasiones especiales. Todos los años era cuidadosamente lavado, y envuelto y guardado después de ponérselo cada vez. La seda, aunque ligeramente amarillenta, estaba bien conservada, y el bordado azul se mostraba todavía brillante.

—Papá, tu *Tal lit* bueno —protestó su madre.

—Él lo cuidará —respondió el Zaydeh—. Como un buen judío.

# 7

A los trece años, en una fría mañana de invierno, se convirtió en miembro de las masas trabajadoras. Fue en coche hasta Manhattan con su padre, saliendo de casa antes de que se levantara de la cama el resto de la familia. Desayunaron zumo de naranja, crema de queso y crujientes panecillos, y se entretuvieron un rato charlando agradablemente ante unas tazas de café. Luego, salieron de la cafetería y cruzaron la calle en dirección al viejo edificio en cuyo cuarto piso se albergaban los talleres de Fajas Kind.

Los sueños en que se había complacido Abe cuando cambió la denominación de la firma y su propio apellido no habían llegado a materializarse. Cualquiera que sea el ingrediente que transforma un saludable negocio en una rica empresa se le había escapado a Abraham Kind. Pero si bien el negocio no había prosperado brillantemente, continuaba suministrando aceptables ingresos.

Las instalaciones se componían de dieciséis máquinas atornilladas a un grasiento suelo de madera y rodeadas por mesas sobre las que había abundancia de paños, copas, ballenas, ligas y otros materiales que habían de convertirse en corsés, ligueros, fajas y sostenes. La mayoría de los empleados de su padre eran diestros trabajadores que llevaban muchos años con él.

Michael conocía ya a muchos de los trabajadores de su padre, pero éste le llevó de una máquina a otra y se los fue presentando con cierta solemnidad.

Un cortador de pelo blanco llamado Sam Katz se quitó el cigarro de la boca y se dio unas palmadas en el redondo vientre.

—Soy el representante del sindicato —dijo—. ¿Quieres que negocie los asuntos sindicales contigo o con tu padre? Abe sonrió.

—Oye, deja en paz a este chico con tu propaganda sindical.

Por lo que te conozco, serías capaz de incluirle en la comisión negociadora.

—No es mala idea. Gracias. Creo que lo haré.

La sonrisa de su padre se esfumó cuando se dirigían hacia el despacho.

—Gana más dinero que yo —dijo.

Una pared separaba el despacho del recinto de las máquinas. El recibidor, alfombrado, tenía una suave iluminación y había sido bien amueblado en los días en que Abe alimentaba todavía grandes ilusiones sobre el futuro. Por la época en que Michael empezó a trabajar allí, los muebles estaban un tanto destartalados, pero todavía de buen ver. Un cubículo de cristal existente en un rincón contenía dos mesas, una para su padre y otra para Carla Salva, la contable.

Estaba sentada detrás de sus libros de contabilidad, arreglándose las uñas. Les dio los buenos días con una resplandeciente sonrisa. Tenía unos dientes increíblemente blancos y una boca que la naturaleza había dotado de finos labios y que Max Factor

había vuelto a modelar con roja jugosidad. Junto a la nariz tenía un lunar oscuro. Era una muchacha portorriqueña de piel cremosa, opulentos senos y esbeltas caderas.

—¿Hay correo? —preguntó Abe.

Ella señaló con la uña recién pintada de su dedo índice, tan afilada y roja como un ensangrentado estilete, un montón de papeles que había a un extremo de su mesa. Su padre los cogió, los llevó a su mesa y empezó a separar los pedidos de las facturas.

Michael permaneció en pie unos minutos, luego, carraspeó.

—¿Quieres que haga algo? —preguntó.

Abe levantó la mirada. Había olvidado que el muchacho estaba allí.

—Oh —dijo. Le llevo a un pequeño armario y le enseñó una desvencijada aspiradora Hoover que había allí—. Limpia las alfombras.

Estaban muy necesitadas de limpieza. Después de haber limpiado las alfombras con la aspiradora, regó las dos grandes plantas y luego se puso a dar brillo al soporte metálico del cenicero. Estaba haciendo esto a las diez y media, cuando entró el primer cliente. Abe salió del cubículo de cristal en cuanto le vio.

—¡Señor Levinson! —exclamó. Se estrecharon calurosamente las manos—. ¿Qué tal van las cosas por Boston?

—Podrían ir mejor.

—Aquí también, aquí también. Pero esperemos que no tarden en ir viento en popa.

—Traigo un nuevo pedido para usted.

Entregó una hoja de pedido a Abe.

—¿No habrá venido hasta Nueva York sólo para repetir el pedido anterior? Tengo varias cosas preciosas para enseñarle.

—Tendría que ser muy bueno el precio, Abe.

—Señor Levinson, usted y yo podemos hablar de precios más tarde. Lo único que le pido es que tome asiento y contemple estas cosas nuevas.

Volvió la mirada hacia el cubículo.

—Carla, la nueva línea —dijo su padre.

Ella asintió y dirigió una sonrisa al señor Levinson. Entró en el almacén y a los pocos minutos pasó al vestuario, llevando dos cajas. Cuando salió, sólo llevaba puesto un corsé.

Las manos de Michael se helaron en torno al soporte de metal que estaba abrillantando. Nunca había visto una parte tan grande del cuerpo de una mujer. Las copas del corsé moldeaban los pechos de Carla en dos elevadas bolas de carne que le hacían flaquear las rodillas. Tenía un lunar en la cara interior del muslo izquierdo que hacía juego con el de la cara.

Su padre y el señor Levinson no parecieron darse cuenta de la existencia de ella. Levinson miraba al corsé, y su padre miraba al señor Levinson.

—No me convence —dijo finalmente el comprador.

—¿Ni siquiera le interesa saber lo baratos que pueden resultar?

—Sería una extravagancia a cualquier precio. Tengo ya demasiados en el almacén.

Su padre se encogió de hombros.

—No discutiré.

Carla volvió al vestuario y salió con una faja y un sostén negro. La faja era lo suficientemente baja como para que el ombligo de la muchacha le hiciera guiños secretamente a Michael, mientras ella paseaba de un lado a otro delante de los dos hombres. El señor Levinson no pareció sentir más interés por la faja del que había sentido por el corsé, pero se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Cuánto?

Parpadeó cuando Abe se lo dijo. Discutieron acaloradamente varios minutos. Luego, su padre se encogió de hombros e hizo una mueca mientras accedía a la última oferta del señor Levinson.

—Bueno, ¿Y cuánto por los corsés?

Su padre sonrió, y comenzó de nuevo el regateo. Cuando el trato quedó cerrado, ambos hombres parecían satisfechos. Tres minutos después, el señor Levinson se había marchado, y su padre y Carla estaban de nuevo sentados a sus mesas. Él se quedó frotando vigorosamente, mirando a hurtadillas la aburrida cara de Carla y deseando ardientemente que cruzara la puerta otro cliente.

Le gustaba trabajar con su padre. Los sábados, en que el establecimiento cerraba a las cinco de la tarde, los dos solían ir a cenar a un restaurante y, luego, al cine o, a veces, al Garden, a ver un partido de baloncesto o un combate de boxeo. Varias veces fueron a la YMHA, hicieron ejercicio juntos y se sentaron luego en el baño de vapor.

Su padre podía estar respirando vapor indefinidamente y salir luego con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Michael tenía que salir de la habitación a los cinco o diez minutos, con las rodillas débiles y extraída de su cuerpo toda la vitalidad.

Una noche, se hallaban sentados en el baño de vapor, con el humo culebreándoles por la cara.

—Pégame en la espalda, ¿Quieres? —dijo su padre.

Él se acercó al grifo que había en la pared y empapó una toalla en agua helada; luego, se estremeció mientras golpeaba el cuerpo de Abe. Gruñendo de placer, Abe cogió la toalla y se enjugó el rostro y las piernas.

—¿Quieres que te dé yo.

Michael le dio las gracias, pero declinó la oferta. Abe hizo girar la espita, y nuevas nubes de vapor comenzaron a penetrar en el pequeño recinto. La respiración de su hijo se tornó trabajosa, pero la suya continuó lenta y tranquila.

—Voy a comprarte un juego de pesas —dijo. Estaba tendido de espaldas sobre un

banco, con los ojos cerrados—. Te compraré un juego de pesas, y haremos ejercicio los dos juntos.

—Bueno —dijo Michael, sin entusiasmo.

La verdad era que no podía levantar la mayoría de las pesas que su padre tenía en su dormitorio, ni tampoco sentía especiales deseos de hacerlo. A sus trece años, había empezado ya a desarrollarse, y era alto y muy delgado. Miró el espléndido físico de su padre y pensó en su madre, baja y rechoncha, y se maravilló de las increíbles travesuras de la naturaleza.

—¿Qué pasa? ¿No quieres las pesas?

—No es que tenga muchas ganas.

—¿Quieres alguna otra cosa?

—Nada en particular.

—Eres un chico raro.

Eso no parecía exigir contestación, así que continuó sentado, respirando con dificultad.

—Quería tener una conversación contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre el sexo.

Se sintió violento, pero trató de disimularlo.

—¿Tienes algún problema, papá?

Abe se incorporó en el banco, sonriendo.

—No te hagas el listo. Nunca he tenido esa clase de problemas.

Bueno… ¿Qué es lo que sabes?

Le era imposible sostener la regocijada mirada de su padre.

—Lo sé todo acerca de eso.

Por un momento, no se oyó otro sonido que el del silbante vapor.

—¿Dónde has obtenido tu información?

—Con los amigos. Hablamos.

—¿Tienes alguna duda?

Había varias cuestiones que le venían intrigando desde hacía algún tiempo.

—No —contestó.

—Bueno, si se te ocurre alguna, acude a mí. ¿Me oyes?

Esperó otros dos minutos y escapó luego a la ducha. Al poco rato, salió Abe, que se situó bajo la ducha de agua fría mientras Michael haraganeaba bajo la de agua caliente. Empezaron a cantar a coro El jeque de Arabia. Abe tenía mala voz, poco modulada e insegura.

Abe disfrutaba con tener a su hijo en sus talleres, pero le trataba como a cualquiera de los otros empleados. Cuando Michael empezó a trabajar, su padre le pagaba tres dólares los sábados.

Pasó un tiempo, y al cabo de un año de estar allí, Michael pidió a Sam que le negociara un aumento de sueldo. El representante sindical se sintió complacido con la petición. Él y Abe se reunieron en una sesión que duró veinte minutos, y el resultado fue un aumento de un dólar.

Después de obtener su aumento, ahorró durante un par de semanas y llevó a su padre a ver una obra de teatro. Era Maria de Escocia, de Maxwell Anderson, con Helen Hayes y Philip Merivale como intérpretes. Su padre se quedó dormido en la mitad del segundo acto. La semana siguiente, Abe le llevó al teatro *Yiddish* a ver una revista titulada El Greené Coziné, que versaba sobre una familia americana que se transformaba por la llegada de un primo inmigrante. No comprendió todo el *Yiddish*, pero los chistes que entendió le hicieron reír hasta saltársele las lágrimas.

Padre e hijo fueron intimando cada vez más gracias a las tardes que pasaban juntos los viernes. Poco antes del *Bar misvá*, Abe había empezado a preocuparse por la cuestión de si su hebreo sería lo suficientemente correcto como para permitirle una buena actuación cuando fuese llamado al *Bemá*; así que, a sugerencia suya, asistieron a un servicio del viernes por la noche en la sinagoga Hijos de Jacob.

El servicio no fue demasiado largo, y, para su sorpresa, Abe descubrió que recordaba la mayor parte del hebreo que había aprendido de chico. Volvieron al viernes siguiente, y pronto se convirtió en costumbre semanal. Los habituales de la sinagoga empezaron a contar con su presencia.

Michael se sentía orgulloso de su padre cuando estaba a su lado, un hombre duro y musculoso con ojos que sonreían al cantar las alabanzas de Dios.

A los quince años, ingresó en la Escuela Superior de Ciencias de Bronx, haciendo gustoso, todas las mañanas, el largo viaje en metro desde Queens. Sabía que era la escuela más exigente de Nueva York. El primer ejercicio que le pusieron le preocupaba. Era de biología y versaba sobre la reproducción masiva de las tripeditas, a cuya familia pertenece la mosca de la fruta. Cuando le fue imposible encontrar suficiente material de consulta en la biblioteca pública, su profesor de biología consiguió procurarle un permiso especial para utilizar la biblioteca de la Universidad de Nueva York. Así, varias tardes a la semana se iba en metro hasta Manhattan y tomaba abundantes notas, algunas de las cuales comprendía.

Una noche, consciente de que su trabajo debía estar terminado en el plazo de diez días, se sentó a una mesa de la biblioteca de la Universidad de Nueva York y trabajó febrilmente en varios sentidos. Se sentía cansado y notaba como si le estuviera comenzando un resfriado. Tenía la cabeza caliente, y empezaba a dolerle la garganta al tragar saliva. Permaneció tomando notas sobre los prodigiosos esfuerzos reproductores de la mosca de la fruta y de algunos de sus competidores:

*Según los cálculos de Hodge, el pulgón San José produce de cuatrocientas a*

*quinientas crías. La mosca Dobson pone de dos mil a tres mi huevos. La abeja reina puede poner dos mil a tres mil huevos al día. El paguro reina puede poner sesenta huevos por segundo hasta un total de varios millones.*

La lectura de todo aquello le hizo experimentar una sensación extraña. La única muchacha que había al alcance de su vista tenía dientes feos y una espesa capa de caspa sobre su arrugado suéter negro. Desanimado, continuó tomando notas:

*Herrick afirma que una pareja de moscas, comenzando en abril, habrían producido para agosto la cantidad de 191.010.000.000.000.000.000 de huevos. Si por algún capricho de la naturaleza, sobreviviera toda la prole, y asignando un centímetro cúbico a cada mosca, habría suficientes para cubrir la Tierra hasta una altura de catorce metros.*

Se quedó pensando en cómo sería el mundo cubierto por catorce metros de moscas, todas zumbando y desparramando gérmenes y copulando, con lo que la marea de moscas continuaría creciendo. ¿Copulan las moscas? Le costó doce minutos descubrir el hecho de que las hembras ponían huevos y los machos los fertilizaban. ¿Era divertida esa especie de organización sexual? ¿Había alegría en el acto de fertilización, o era la mosca macho una especie de lechero sexual que hacía regularmente sus repartos conforme a un plan establecido? Trató de averiguarlo en el índice de materias del libro. Miró en «sexo», en «copula», en «apareamiento», e incluso, aunque sin mucha esperanza, en «placer». Pero no encontró nada que le aclarase la cuestión. El proceso duró, sin embargo, hasta las diez, y, como la biblioteca cerraba a esa hora, dejó el libro y bajó en el ascensor. Hacía mal tiempo. Una fina llovizna había fundido los montones de nieve sucia que había a lo largo de la cuneta hasta dejarlos convertidos en ligeros bultos, más de suciedad que de nieve. Era la salida de las clases nocturnas, y se vio impelido hacia el quiosco del metro por una impetuosa marea humana. Se apretujaba en dirección a la entrada del metro. De pronto, se encontró aplastado, pecho contra pecho, contra una atractiva muchacha de cabello castaño, que llevaba un abrigo de gamuza y una boina. Por un momento, se olvidó de su resfriado. Era una bonita situación. Ella le miró a los ojos y, luego, a los libros que llevaba.

—¿Qué eres? ¿Un niño prodigio?

Su voz sonaba regocijada. Él se echó hacia atrás, tratando de evitar el contacto con ella, odiándola súbitamente por no ser tres años más joven. La multitud se movió, pero no por eso se encontró más cerca de la entrada del metro. Por el rabillo del ojo, vio el autobús de la Quinta Avenida acercándose a menos de una manzana de distancia. Dio un codazo a un joven gordo y barbudo y echó a correr hacia el autobús, pensando en cogerlo hasta la calle 34, donde, con toda seguridad, la estación del

metro estaría menos concurrida.

Pero, al pasar por la calle 20 y levantar maquinalmente la mirada hacia el edificio en que se albergaban los talleres Kind, vio que las dos ventanas delanteras estaban encendidas. Eso podía significar que su padre estaba trabajando todavía. Estiró el cordón de la campanilla, encantado ante la perspectiva de cambiar un largo viaje de pie en el metro por un cómodo viaje en el Chevrolet.

El edificio estaba opresivamente caliente, como ocurría siempre en invierno. El ascensor se hallaba desconectado, y, cuando hubo subido los tres empinados tramos de escaleras hasta el cuarto piso, estaba sudando abundantemente y le dolía la garganta. Abrió la puerta y se quedó en el umbral al ver a su padre, completamente desnudo, haciendo el amor con Carla Salva sobre el raído sofá que él limpiaba con la aspiradora tan laboriosamente todos los sábados por la mañana. Uno de los alargados y finos pies de Carla estaba en el suelo, reposando sobre la arrugada seda de sus bragas. El otro pie se movía suavemente contra el dorso de la pantorrilla de su padre. Su boca Max Factor estaba ligeramente abierta, y tenía dilatadas las aletas de la nariz. No emitía ningún sonido bajo los atléticos esfuerzos de su padre. Tenía los ojos cerrados. Los abrió perezosamente, miró a Michael y lanzó un grito.

El se volvió y echó a correr por el oscuro vestíbulo hacia las escaleras.

—¿Quién era? —oyó preguntar a su padre.

Y, luego:

—¡Oh, Dios mío!

Estaba ya en el segundo descansillo cuando Abe empezó a gritarle por el hueco de la escalera.

—Mike, Mike, tengo que hablarte.

Continuó corriendo escaleras abajo hasta que estuvo fuera del caluroso edificio y bajo la helada lluvia. Luego, corrió. Resbaló y cayó sobre el hielo mientras aullaba la bocina de un taxi y un chofer le maldecía con acento sureño. Se levantó y echó de nuevo a correr, dejando sus libros y sus notas donde habían caído.

Cuando llegó a la calle 34 se sentía enfermo y jadeaba. Dando tropezones, se dirigió hacia el quiosco del metro.

No recordaba cómo había llegado a casa. Pero sabía que estaba en la cama. Sentía la garganta como si se la hubieran frotado con un rallador, le palpitaba la cabeza y la fiebre le abrasaba. Se sentía como un mechero Bunsen. «Cuando me apaguen —pensó—, no quedará más que el recipiente».

A veces, soñaba con Carla, con su boca abierta, lánguida y húmeda, y con las aletas de la nariz, dilatándose de pasión como el lento movimiento de las alas de una mariposa. La había imaginado así recientemente y se sentía avergonzado.

A veces, soñaba con la mosca de la fruta, reproduciéndose con sorprendente facilidad, obteniendo mucha más eficiencia con el procedimiento de la cópula que el

hombre, pero sin éxtasis, la pobrecilla.

A veces, oía un tambor que le redoblaba en el oído a través de su caliente almohada.

Dos días después de caer enfermo recuperó el sentido. Su padre, sin afeitar y despeinado, estaba sentado en una silla junto a la cama.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —respondió roncamente Michael.

Lo recordaba todo como si las escenas estuvieran esculpidas en bloques de cristal y puestas en fila delante de él.

Abe miró a la puerta y se humedeció los labios con la lengua.

Michael podía oír a su madre preparando la cena en la cocina.

—Hay muchas cosas que tú no comprendes, Michael.

—Vete a jugar con tus pesas.

La ronquera le hacía parecer como si estuviera al borde de las lágrimas. El hecho era que esto le llenaba de rabia. Lo que sentía no era tristeza, sino un frío odio, y quería que su padre lo supiera.

—Eres un chiquillo. Eres un chiquillo y no debes juzgar. He sido un buen padre y un buen marido. Pero soy humano.

Le dolía la cabeza y tenía la boca seca.

—Nunca intentes decirme lo que debo hacer —dijo—. Nunca.

Su padre se inclinó hacia delante y le miró fijamente.

—Algún día lo sabrás. Cuando lleves veinte años casado.

Oyeron a su madre dirigirse hacia el dormitorio.

—¿Abe? —llamó—. Abe, ¿Está despierto? ¿Cómo se encuentra?

Entró apresuradamente en la habitación. Esa mujer gorda, de pechos colgantes, gruesos tobillos y ridículos cabellos rojos. El simple hecho de mirarla lo empeoraba todo.

Volvió la cara hacia la pared.

# 8

La muchacha que vivía en el apartamento situado al otro lado del pasillo era Miriam Steinmetz. Una noche de primavera, en el último año de su estancia en la Escuela Superior de Ciencias, Mimi y él estaban echados sobre la espesa alfombra del cuarto de estar de los Steinmetz, leyendo las columnas de anuncios de colocaciones para la temporada de verano en The New York Times.

—¿No sería estupendo que pudiéramos encontrar empleo los dos en el mismo sitio? —preguntó Mimi.

—Claro.

En realidad, la idea le hacía estremecerse. Aquel verano, sentía la necesidad de ir a algún sitio nuevo, pero, sobre todo, la de conocer nuevas gentes, de mirar caras que no le resultasen familiares. La cara de Mimi, aunque bonita y vivaz, le era sobradamente familiar. Los Steinmetz vivían en el apartamento 3D cuando los Kind habían ido a vivir al apartamento 3C; ella ignoró ostentosamente a Michael hasta que, a los dieciséis años, aceptó una invitación para ingresar en la hermandad Mu Sigma de la Escuela Superior. Ella era una muchacha Iota Phi, y las ventajas eran evidentes, así que, le adoptó. Se invitaron mutuamente a los bailes organizados por sus respectivas hermandades, y, al cabo de algún tiempo, se besuqueaban con una indiferencia casi asexual. Lo malo de sus relaciones con Mimi era que sabía de ella mucho más que de su hermana Ruthie. La había visto con el pelo recién lavado y pegado a las sienes, con pomada por la cara para combatir el acné y con un pie sumergido en agua caliente para curar un dedo infectado. Nunca podrían ser Cleopatra y Marco Antonio. No quedaba entre ellos ni el más leve velo de misterio.

—Éste parece bueno —dijo ella.

El anuncio ofrecía plazas de ayudante de cocina en un hotel de los Catskills. Él se hallaba más interesado en el anuncio que figuraba inmediatamente debajo. Era para ayudante de cocina en un lugar llamado Las Arenas, en las afueras de Falmouth, Massachusetts.

—¿Contestamos los dos a éste? —preguntó Mimi—. Sería divertido pasar el verano en los Catskills.

—De acuerdo —dijo él—. Apunta el número del anuncio, y yo me llevo el periódico a casa.

Ella garrapateó las cifras en el bloc que había junto al teléfono; luego, se acercó a él y le besó levemente en la boca.

—La película me ha encantado.

La galantería le obligaba a tomar la iniciativa. Trató de besarla con tanto abandono como Clark Gable había besado a Claudette Colbert en la película que acababan de ver juntos.

Luego, involuntariamente, sus manos empezaron a interesarse en su suéter. Ella no ofreció resistencia. Sus pechos parecían pequeños cojines que algún día se convertirían en cojines grandes.

—La escena en que cuelgan la manta entre ellos en el motel era estupenda —le dijo ella al oído.

—¿Dormirías tú con un chico si estuvieses enamorada de él?

Ella guardó silencio un momento.

—¿Quieres decir realmente dormir con él? ¿O hacer el amor?

—Hacer el amor.

—Creo que sería una tontería. Desde luego que no, hasta que estuviésemos prometidos para casarnos… Y aun entonces, ¿Por qué no esperar?

Dos minutos después, él entraba en su apartamento al otro lado del pasillo. Cuidando de no hacer ningún ruido innecesario que pudiera despertar a su familia, sacó papel y pluma y escribió una carta de solicitud de empleo a Las Arenas.

Un coche esperaba en la estación de autobuses de Falmouth. El conductor era un hombrecillo canoso de cara hosca que dijo llamarse Jim Ducketts.

—Te esperábamos en el otro autobús —dijo acusadoramente.

El hotel Las Arenas se levantaba a la orilla del mar. Era una estructura blanca, grande, circundada de amplios porches que daban a bellas extensiones de césped y a una playa carente de blancas arenas.

Había un barracón en la parte trasera de los terrenos del hotel, para albergar al personal contratado. Ducketts señaló un desvencijado catre de hierro.

—El tuyo —dijo, y salió por la puerta sin decir adiós.

El barracón estaba construido con planchas de madera sujetas con clavos y cubiertas de papel alquitranado. El catre de Michael estaba en un rincón. El rincón estaba habitado también por una enorme tela de araña que contenía, como una iridiscente joya situada en su mismo centro, una araña negra de largas y peludas patas y motas azules y anaranjadas.

Se le puso la carne de gallina. Miró a su alrededor en busca de algo que le permitiese matar al monstruo, pero no vio nada que pareciera servir para ello.

La araña no se movió.

—Está bien —le dijo—. Mantente alejada de mí, y yo haré lo mismo contigo.

—¿Con quién estás hablando?

Michael se volvió en redondo y, luego, sonrió con aire avergonzado. El otro muchacho estaba de pie en el umbral de la puerta y le miraba con suspicacia. Era un joven rubio, de pelo muy corto, con una piel tan intensamente curtida como la de Abe Kind. Iba vestido con zapatos de lona, pantalones ajustados y una camiseta que tenía impresa la palabra «Yale» en grandes letras azules.

—Con la araña —dijo Michael.

Le miró asombrado, pero Michael decidió que cuanto más lo explicase más ridículo parecería. El otro muchacho se presentó y le estrechó la mano con innecesaria fuerza.

—Al Jenkins —dijo—. ¿Tienes algo de comer?

Michael tenía una barra de caramelo que había estado guardando, pero la dio por espíritu de comunidad. El muchacho se tendió sobre el colchón de Michael y mordió la mitad de la barra, después de tirar la envoltura debajo del catre de Michael.

—¿Estudias? —preguntó.

—En otoño voy a empezar a ir a Columbia. ¿Cuánto tiempo llevas tú en Yale?

El otro echó hacia atrás la cabeza y soltó una risotada.

—Diablos, no voy a Yale, voy a la Nordeste. Eso está en Boston.

—¿Por qué llevas la camiseta de Yale?

—Para darme pisto. Para ligar.

—¿ligar?

—Sí, hombre; para montármelo, echar un polvo, ponerme las botas. ¿Es la primera temporada que pasas en un lugar de veraneo?

Michael confesó que así era.

—Tienes mucho que aprender, amigo.

Terminó la barra de caramelo. Luego, se incorporó de repente en la cama de Michael.

—¿Estabas de verdad hablando con esa condenada araña?

Se levantaban a las cinco y media de la mañana. En el barracón, eran veinte. Los chicos y las chicas gruñían y maldecían al personal de la cocina por despertarles varias horas antes de tener que ir a trabajar. Después de las primeras mañanas, el personal de la cocina no se molestó en devolver las maldiciones.

El cocinero era un hombre alto y enjuto llamado señor Bousquet. Michael nunca oyó su nombre de pila, ni se le ocurrió preguntar cuál era. El señor Bousquet tenía un rostro alargado, de velados ojos e inmóviles rasgos, y pasaba el tiempo probando los guisos y dando de vez en cuando órdenes con tono monótono.

La primera mañana, fueron llevados a la cocina por el jefe de personal del hotel. Michael fue puesto a las órdenes de un coreano de edad indeterminada que le fue presentado como Bobby Lee.

—Yo soy empleado de despensa —dijo—. Tú eres chico de despensa.

Había tres cestas de naranjas sobre una mesa. Bobby Lee le dio unas pinzas y un cuchillo. Abrió las cestas y cortó naranjas por la mitad hasta que llenó tres grandes tinas.

Descubrió con alivio que el exprimidor era automático. Apretó media naranja contra el cilindro giratorio hasta que no quedó dentro de la naranja nada más que piel blanca. Luego, la tiró a un cesto y cogió otra media naranja. Una hora después,

todavía estaba apretando naranjas contra el exprimidor. Tenía agarrotados los músculos del brazo, y sus dedos estaban tan rígidos que se hallaba seguro de que iba a parecer como si su mano derecha estuviera dispuesta a agarrar el pecho de cualquier mujer lo suficientemente estúpida como para ponerse a su alcance. Cuando terminó con el zumo de naranja, tuvo que cortar melones y racimos de uvas, abrir latas de higos y llenar mesitas de servicio con zumo, frutas y trocitos de hielo. Cuando, a las siete y media, llegaron los cocineros, Bobby y él estaban cortando verduras para la ensalada del almuerzo.

—Enseguida desayunamos —dijo Bobby.

Como mientras trabajaba estaba frente a la puerta de la despensa, había podido ver a las camareras bullir de un lado a otro a través de la puerta oscilante que separaba el comedor de la cocina. Las había de todas clases, desde feas hasta deslumbrantemente hermosas. Le agradaba mirar a una de ellas en particular. Tenía un cuerpo fuerte y bello que al andar se movía bajo el uniforme, y espesos cabellos dorados recogidos en un moño que la hacían parecer salida de un anuncio de cerveza sueca.

Bobby vio que la miraba y sonrió.

—¿Comemos con las camareras? —preguntó Michael.

—Ellas comen en el zoo.

—¿En el zoo?

—Lo que llamamos comedor para la servidumbre. Nosotros comemos hache mismo, en la despensa.

Advirtió la decepción de Michael, y su sonrisa se ensanchó.

—Alégrate. La comida del zoo es para animales. Nosotros comemos lo mismo que los huéspedes.

Demostró sus palabras unos minutos después. Michael desayunó higos y leche cuajada, huevos revueltos con salchichas, fresas azucaradas del tamaño de pelotas de tenis de mesa y dos tazas de excelente café caliente. Volvió a ponerse al trabajo lleno de satisfacción.

Bobby le miró aprobadoramente mientras partía rajas de pepinos.

—Trabajas bien. Comes bien. Eres un buen tipo.

Él asintió modestamente.

Aquella tarde, se sentó en un taburete de piano alabeado por el agua de lluvia frente a la puerta del barracón. Estaba cansado y se sentía muy solo. En el interior, alguien tocaba vacilantemente un banjo, alternando entre En lo alto de una nube de humo y Me paso toda la noche soñando contigo. Tocó cuatro veces cada pieza.

Michael observó la fusión de la servidumbre masculina y la femenina. Se les había prohibido mezclarse con huéspedes, pero él se dio cuenta inmediatamente de que la dirección no tenía por qué temer nada. La mayoría de los contratados parecían

ser veteranos de veranos anteriores que habían vuelto a Cape Cod para reanudar relaciones amorosas en el punto en que habían quedado interrumpidas al final de las vacaciones anteriores. Él era un testigo envidioso de numerosas y sucesivas reuniones.

El barracón estaba separado de la sección destinada a las mujeres por una arboleda de pinos, la cual cruzaban senderos que conducían al interior del bosque. Todos los encuentros seguían inevitablemente el mismo patrón. Chico y chica se reunían en la arboleda, charlaban unos minutos y, luego, se alejaban paseando por el sendero. No vio a la chica de las trenzas suecas. «Tiene que haber alguien —pensó— que esté sin pareja».

Estaba empezando a oscurecer cuando una muchacha salió del sendero, andando en dirección a él. Era una morena alta y segura de sí misma que llevaba un jersey Wellesley. La primera y la última «l» de su «Wellesley» estaban como mínimo un palmo más cerca de él que el resto de las letras.

—Hola —dijo—, soy Peggy Maxwell. Eres nuevo esta temporada, ¿No?

Él se presentó.

—Te he visto hoy en la despensa —dijo ella. Se inclinó hacia delante. Resultaba una mujer impresionante cuando se inclinaba—. ¿Querrías hacerme un favor? La comida del zoo es espantosa. ¿Podrías traerme algo de la despensa mañana por la noche?

Se disponía él a brindarle sus servicios de abastecimiento para todo el verano, cuando el banjo que sonaba en el interior del barracón enmudeció y Al Jenkins apareció en la puerta. Llevaba un jersey con la insignia de Princeton.

—¡Peggy! —gritó alegremente.

—¡Allie!

Se echaron uno en brazos del otro, riendo y balanceándose mientras se sobaban. A los pocos segundos, desaparecieron, cogidos de la mano, por uno de los senderos. Michael se les quedó mirando mientras quedaban ocultos por el follaje, preguntándose si Peggy Maxwell iba realmente a Wellesley, o si el jersey no sería más que un cebo para ligar. Podía morirse de hambre; le tenía sin cuidado.

Permaneció sentado en el taburete de piano hasta que anocheció; luego, entró en el barracón y encendió la desnuda bombilla.

Michael tenía un libro en su cartera: Las obras de Aristóteles. Lo sacó y se tendió sobre la cama. Dos moscas zumbaban en torno a un pedazo de chocolate que Al Jenkins había dejado en su colchón cuando se comía la única barra de caramelo. Michael las aplastó con el libro y echó los cadáveres en la tela tejida por su amiga. Una pequeña polilla había caído en la red y yacía allí rígida, aprisionada mortalmente cerca de la araña.

—Escucha:

Difícilmente se encuentran personas que desdeñan los placeres y se complacen en ellos menos de lo que deben, pues tal insensibilidad no es humana. Incluso los demás animales distinguen diferentes clases de alimentos y gustan de unos y no de otros; y si existe alguno que no encuentra nada especialmente agradable o atractivo, tiene que ser algo completamente distinto de un hombre; esta clase de persona no ha recibido un nombre porque es muy difícil de encontrar.

Cuando hubo terminado el párrafo, las dos moscas habían desaparecido y la araña estaba de nuevo inmóvil. La polilla continuaba ilesa.

—Escuchas bien. Comes bien. Eres un buen tipo —dijo.

La araña no lo negó.

Apagó la luz, se desnudó y se metió en la cama. Se quedaron los dos dormidos, la araña y él.

Durante tres semanas, trabajó en la despensa, comió, durmió y se sintió solo. En cuanto Al Jenkins le vio leyendo a Aristóteles, no pudo por menos de difundir la noticia de que Michael hablaba también a las arañas, y al cabo de cinco días se vio estigmatizado como el tipo raro del hotel. Ello no le importaba en absoluto. No había uno solo entre todos aquellos cretinos con quien deseara mantener una conversación de cinco minutos.

El nombre de la chica de trenzas era Ellen Trowbridge. Lo descubrió tragándose su orgullo y preguntándoselo a Jenkins.

—Ese bomboncito no es para ti, muchacho —dijo Jenkins—. Es una frígida de Radcliffe que no está disponible. Hazle caso a uno que sabe.

Ella tenía libres los martes por la tarde. Obtuvo la información sobornando a Peggy Maxwell con una chuleta de cordero. Él tenía libres los jueves, pero Bobby Lee accedió al cambio de día libre sin la menor objeción.

Aquella noche fue al barracón de las chicas, llamó a la puerta y preguntó por ella. Cuando salió, se la quedó mirando con el ceño ligeramente fruncido formándole dos pliegues en la frente.

—Soy Mike Kind. Los dos tenemos libre la tarde de mañana; así que he pensado que podríamos ir juntos a un picnic.

—No, gracias —dijo ella en tono tajante.

Alguien se rió en el interior del barracón.

—En la playa de la ciudad —dijo él—. Suele haber mucha gente, pero no está mal.

—No pienso salir con nadie este verano.

—Oh. ¿Estás segura?

—Estoy segura —contestó—. Gracias por invitarme.

Se metió dentro. Mientras él empezaba a marcharse, salieron Peggy Maxwell y una pequeña pelirroja que se las daba de graciosa.

—¿Quieres otra compañía distinta para mañana por la tarde? —preguntó Peggy.

La otra chica soltó una risita, pero él estaba ya en guardia. Se lo había preguntado con demasiada dulzura.

—No, gracias —dijo.

—Iba a sugerirte la de Aristóteles. O la de tu araña. ¿Es una araña hembra, o se trata de unas relaciones homosexuales?

Las dos se echaron a reír a carcajadas.

—Iros al infierno —dijo él.

Giró sobre sus talones y echó a andar por el sendero.

—¡Señor Kind!

Era la voz de Ellen Trowbridge. Se detuvo y la esperó, pero no dijo nada cuando ella le alcanzó.

—He cambiado de opinión —dijo ella.

Él sabía que había oído las palabras cruzadas con Peggy.

—Mira, no quiero que me hagas favores.

—Me gustaría salir mañana contigo. De veras.

—Bueno, entonces…, estupendo.

—¿Nos encontramos en la arboleda? ¿A las tres?

—Te recogeré en tu barracón.

Ella asintió con la cabeza y sonrió. Luego, se alejaron cada uno en direcciones opuestas.

Boby Lee le había preparado una generosa cesta de merienda, y él la miró con temor mientras ella comía.

—¿Tan mala es la comida del zoo?

—Peor —repuso, dejando de morder una pata de pollo—. ¿Tan groseramente estoy comiendo?

—No, no. Pareces sólo… hambrienta.

Ella sonrió y volvió a comer. Michael se alegró de que se mantuviera absorta en lo que comía. Eso le daba una oportunidad de estudiarla. Estaba generosamente formada, su cuerpo era prieto y firme en un traje de baño de una pieza. Cuando terminó con la última migaja de comida, él miró sus gruesas trenzas rubias y se hizo a sí mismo una apuesta.

—¿Svenska? —preguntó, tocándole suavemente una de las trenzas—. ¿Sí?

Ella pareció desconcertada; luego comprendió y se echó a reír.

—No. Germano escocesa por parte de mi madre y anglo yanqui por la de mi padre. —Le examinó a él—. Tú eres judío.

—Según los sociólogos, no podrías asegurarlo con sólo mirarme. ¿Cómo lo has sabido? ¿Por mi nariz? ¿Por mi cara? ¿Por la forma de hablar?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente, lo he sabido.

Ella tenía la piel muy blanca.

—Te vas a quemar —le dijo él con inquietud.

—Mi Diel no está acostumbrada al sol. Cuando termino de trabajar, el sol ya se ha puesto.

Sacó de su bolso un frasco de loción.

—¿Quieres que te la ponga yo?

—No, gracias —respondió cortésmente.

Tenía las uñas cortas y usaba esmalte incoloro. Cuando se aplicó la loción en la parte interior de sus muslos, Michael sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Por qué me dijiste ayer que no ibas a salir con chicos este verano? ¿Tienes novio? ¿Algún chico de Harvard?

—No. Acabo de ingresar. Ni siquiera he empezado todavía en Radcliffe. Quiero decir que no, que no hay nadie.

—Entonces, ¿Por qué?

—Acepté cuatro citas con cuatro chicos diferentes la primera semana que estuve aquí. ¿Sabes lo que ocurrió cada vez que nos adentramos una docena de pasos en esos malditos bosques? ¿Con cuatro chicos que había conocido cinco minutos antes?

Había dejado de aplicarse la loción, pero permaneció con la palma de su mano derecha suspendida a poca distancia de su pantorrilla izquierda, el cuerpo rígido y mirándole directamente a los ojos. Sus pupilas eran realmente verdes. Michael quiso apartar la vista, pero no había ningún otro sitio donde mirar.

Ella bajó los ojos y se echó más loción en la palma de la mano. Tenía la cabeza baja, pero podía verle la rosada nuca. El sol calentaba mucho. La playa estaba llena de niños cuyos gritos sonaban con estrépito. No lejos de la orilla se oyó el zumbido de una motora, pero ellos se encontraban en una isla de silencio. La muchacha debía de haberse echado demasiada loción en la mano. Cuando volvió a frotarse la pantorrilla, produjo un sonido íntimo y acuoso sobre su carne. Él anhelaba poner su mano sobre ella, en cualquier sitio, sólo para tocarla. Tenía piernas largas y esbeltas, pero muy musculosas.

—¿Eres bailarina? —preguntó.

—De ballet. Simple aficionada. —Se puso las manos bajo las pantorrillas—. ¿No son horribles? Es el precio que una tiene que pagar.

—Sabes que no lo son. ¿Por qué cambiaste de opinión y has salido conmigo?

—Me di cuenta de que tú eras diferente.

Las rodillas le temblaron y le invadió el deseo.

—No lo soy —dijo con vehemencia.

Sorprendida, ella levantó la vista y, luego, se echó a reír a carcajadas. Por un momento, él se sintió avergonzado y furioso, pero la alegría de ella era contagiosa. Se

sonrió, aun contra su voluntad. Al poco rato, reía con ella, y la tensión desapareció, llevándose consigo, desgraciadamente, la voluptuosidad.

—Digamos —dijo ella, tratando de recobrar el aliento— que parecías bueno y solitario como yo, y pensé que no había peligro en venir contigo a esta desierta franja de playa.

Se levantó y le alargó la mano, que él cogió mientras se ponía en pie. Los dedos de ella eran fuertes, pero suaves y cálidos. Serpentearon por entre mantas de playa y cuerpos tendidos en la arena.

Por el rabillo del ojo, vieron a una gruesa mujer de piel morena entrar en el mar. Avanzó dentro del agua hasta que ésta tocó la parte inferior de sus bamboleantes senos. Ahuecando las manos, cogió un poco de agua y se la echó en la parte superior de su traje de baño. Cuando tuvo el pecho mojado, empezó a alzarse y descender, ya estirándose hacia arriba, ya sumergiéndose ligeramente, adentrándose más cada vez, hasta que la inmensidad de su cuerpo desapareció y no quedó fuera del agua nada más que su redonda cabeza.

—Vamos a la orilla —dijo él—. Tenemos que hacer eso.

Se alejaron lo suficiente para quedar ocultos a la vista de la gruesa señora e imitaron su actuación. La muchacha se eche agua incluso en el sostén de su traje de baño. Él procuró no sonreír. Era una cuestión seria y, descubrieron, muy divertida. Cuando no quedó sobre el océano nada más que sus dos cabezas, se acercaron uno a otro hasta que sus bocas estuvieron a unos centímetros de distancia sobre la superficie del mar.

Ella se había criado en una granja de pavos en Clinton, Massachusetts.

Detestaba el pavo y cualquier otra clase de volatería.

Y los huevos.

Le encantaba la carne roja.

Y Utrillo.

Y Gershwin.

Y Paul Whiteman.

Y Sibelius.

Detestaba el whisky.

Le encantaba el buen jerez.

Y el ballet, pero no era lo suficientemente buena como para ser profesional.

Quería ir a Radcliffe y, luego, hacerse asistenta social, esposa y madre, por ese orden.

Aunque el agua estaba tibia, los labios acabaron por ponérseles azulados. La gente empezó a abandonar la playa, pero ellos continuaron en el agua, dejándose mecer por las olas. A veces, tenían que moverse un poco para mantenerse en la profundidad que querían. Ella empezó a hacerle preguntas.

«¿Dónde iba a estudiar?» En Columbia.

«¿En qué iba a licenciarse» En física.

«¿A qué se dedicaba su padre» A la fabricación de fajas.

«¿Le gustaba Nueva York?» Supongo.

«¿Era un judío religioso?» No lo sé.

«¿Cómo era un servicio de sinagoga?» Como un servicio de iglesia realizado en hebreo, quizá. Pero no podía asegurarlo realmente porque nunca había visto un servicio de iglesia.

«¿Qué significaba que algo fuese kosher?».

—¡Santo Dios! —dijo él—. No necesitas estudiar para hacerte asistenta social. Ya estás desarrollando una eficiente historia clínica étnica.

Los ojos de ella se tornaron fríos.

—Te lo he dicho. Todo lo que me has preguntado. Habría contestado a cualquiera de tus preguntas. Estúpido, lo has estropeado todo.

Dio media vuelta para salir del agua, pero él la cogió del brazo y se excuso.

—Pregúntame lo que quieras —dijo.

Se quedaron en el agua. Ella tenía los labios casi blancos y el rostro tostado por el sol.

«¿Tenía hermanos o hermanas?» Una hermana menor. Ruthie.

«¿Cómo era Ruthie?» Como un grano en el culo. Estaba pasando el verano en Palestina.

«¿Era necesario que fuera tan vulgar?» A veces, sienta bien.

«¿Dónde vivían?» En Queens.

«¿Tenía ascensor el apartamento?» Sí.

«¿Había montado alguna vez en él cuando era niño?» Claro que no. Mi madre lo tiene cerrado con llave para que uno no se caiga y se mate.

«¿Le gustaba la ópera?» No.

«¿Le gustaba el ballet?» Nunca había visto ninguna función.

«¿Quién era su escritor favorito?» Stephen Crane.

«¿Eran realmente atrevidas las chicas de Nueva York?» Las que él había conocido, no.

«¿Había estado enamorado alguna vez?» Nunca hasta ahora.

—No te las des de listo —dijo ella—. No podría aguantarlo.

Lo digo en serio.

—No me las doy de listo.

Tal vez se debió a la sorpresa, pero ella dejó de hacerle preguntas y, por mutuo acuerdo, salieron del agua. La playa estaba casi desierta. Se estaba poniendo el sol, y el aire se había enfriado lo bastante como para ponerles carne de gallina en los brazos y en las piernas. Cuando echaron a correr en un intento de entrar en calor, los

guijarros de la playa comenzaron un pequeño pogromo en las plantas de sus pies.

Ella levantó una pierna y se mordió el labio, mientras examinaba la magulladura producida por un guijarro.

—¡Malditas piedrecillas! —exclamó—. Prefiero mil veces la playa del hotel. Allí la arena parece seda.

—Estás bromeando —dijo él.

La playa del hotel estaba reservada a los huéspedes.

Constantemente se les decía que si eran descubiertos utilizándola, serían despedidos inmediatamente.

—Me baño allí de noche. Cuando el hotel y el resto del mundo está dormido.

Se estremeció ligeramente.

—¿Puedo acompañarte alguna vez?

Ella le miró y sonrió.

—¿Crees que estoy loca? No me acercaría por nada a la playa del hotel.

Cogió la toalla y empezó a secarse. Tenía la cara muy tostada por el sol.

—Dame tu loción —dijo él.

Ella se sometió mientras él le extendía la loción sobre la frente, las mejillas y el cuello. Su carne era cálida y elástica, y la frotó con las yemas de los dedos hasta mucho tiempo después de haber desaparecido la loción.

Volvieron lentamente a Las Arenas y llegaron allí al anochecer.

En la arboleda, ella le dio la mano.

—Ha sido una tarde maravillosa, Mike.

—¿Puedo verte esta noche? ¿Vamos al cine a la ciudad?

—Mañana tengo que madrugar.

—Entonces, podemos dar sólo un paseo.

—Esta noche, no.

—Mañana por la noche.

—Nada de citas nocturnas —dijo ella con firmeza. Vaciló un momento—. Estaré libre otra vez el martes que viene. Me encantará volver a la playa contigo.

—Es una cita.

Se quedó mirando cómo se alejaba por el sendero hasta que ya no pudo verla. Tenía una forma de andar maravillosa.

No podía esperar toda una semana. El miércoles la invitó a salir de nuevo y recibió una firme negativa. El jueves, cuando ella le respondió con un seco «¡no!», en el que había lágrimas además de ira, él se alejó enfurruñado como un chiquillo. Aquella noche no pudo dormir. Algo que ella había dicho dos días antes —acerca de bañarse en la playa del hotel cuando todo el mundo estaba dormido— se le aferraba con insistencia a la imaginación. Trató de alejar el pensamiento recordando que ella había convertido la observación en una broma sin sentido, pero eso le obsesionó aún

más. La broma no tenía sentido, y Ellen Trowbridge no era chica que hablara por hablar.

A eso de la una, se levantó de la cama y se puso unos pantalones y unas zapatillas de lona. Salió del barracón y bajó por el sendero que conducía, por delante del hotel, hacia la oscura playa. Al llegar a ésta, se descalzó y llevó las zapatillas en la mano. Ellen tenía razón; la arena era como seda.

La noche era nublada, pero cálida y húmeda. «Si ella viene —pensó— será por el extremo de la playa, lejos del hotel». Se dirigió a la caseta de salvavidas que había en aquella zona y se sentó detrás de ella en la suave arena.

Las Arenas era un hotel familiar, con escasa población nocturna. Brillaban todavía unas cuantas luces a través de las ventanas del hotel, pero, mientras las miraba, fueron apagándose una a una, como ojos que se cerraran para dormir.

Se quedó escuchando el susurro de las aguas sobre la arena y preguntándose qué estaba haciendo allí. Sentía unos deseos locos de fumar un cigarrillo, pero no quería que nadie viese la luz de la cerilla o el fulgor de la brasa. Se durmió un par de veces, sólo para volver a despertarse con un sobresalto.

Muy pronto dejó de sentir impaciencia. Era agradable estar allí, escarbando con los dedos de los pies en la sedosa arena. Se trataba de una noche en que también el aire era sedoso, y sabía que el agua produciría la misma sensación. Pensó mucho, no en cosas concretas, sino en la vida, en sí mismo, en Nueva York, en Columbia, en su familia, el sexo, los libros que había leído y los cuadros que había visto, con una serenidad y un sosiego que resultaban tonificantes y agradables. Estaba muy oscuro. Tras largo tiempo de estar allí sentado, oyó un pequeño ruido en la orilla del agua, y sintió miedo de que ella estuviese allí sin que él lo supiera.

Se levantó y echó a andar hacia el lugar de donde provenía el ruido, y a punto estuvo de pisar tres cangrejos. Se detuvo en seco, pero los animalitos se vieron más afectados por su presencia que él por la suya y echaron a correr en la oscuridad.

Ella surgió al borde del agua, a sólo tres o cuatro metros de donde él estaba arrodillado mirando alejarse a los cangrejos. La arena había ahogado sus pisadas, de modo que no la oyó hasta que hubo cruzado casi toda la playa.

Temía llamarla por miedo a asustarla, y cuando se decidió, era ya demasiado tarde.

Oyó el sonido de una cremallera y, luego, un susurro de ropas. En sólo un par de segundos percibió el murmullo de las ropas al caer sobre la arena y pudo ver la blanquecina mancha de su cuerpo. Oyó el rasp-rasp de sus uñas sobre su piel mientras se rascaba; no podía ver dónde se estaba rascando, pero era un sonido intensamente personal, y comprendió que si Ellen Trowbridge le descubría entonces, arrodillado en la arena, como un sucio fisgón, no volvería jamás a dirigirle la palabra.

La muchacha penetró en el agua con un chapoteo semejante al producido por una

roca al caer. Después, silencio. Era entonces cuando debería haberse marchado, tan rápida y silenciosamente como le fuera posible. Pero sintió miedo por ella. Ni siquiera los mejores nadadores se sumergen solos en el océano en medio de la noche.

Pensó en los cangrejos, en la resaca e incluso en los tiburones, que, según estaba informado, cada par de años atacan a los bañistas. Estaba a punto de llamarla, cuando oyó su chapoteo y divisó su blancura al salir del agua.

Sintiéndose culpable, aprovechó el sonido de una ola al romper para tenderse de bruces, la cara sobre los brazos y el estómago sobre la arena, mientras el mar le subía por las piernas, humedeciéndole el pantalón.

Cuando levantó la mirada ya no podía verla. Debía de encontrarse no lejos de allí, dejando que la cálida brisa secara su cuero. Reinaba una completa oscuridad, y un gran silencio sólo turbado por el rumor del océano Atlántico. De pronto, ella se dio una palmada en la nalga. Luego, la oyó correr y saltar, correr y saltar Un par de veces se acercó peligrosamente al lugar en que él se hallaba tendido, una blanca figura que se alzaba y descendía en el aire como una gaviota traviesa. Aunque jamás había visto una representación de ballet en un escenario, sabía que ella estaba bailando al compás de una música que sonaba sólo en su mente. Escuchó el acelerado jadeo de su respiración mientras saltaba, y sintió deseos de poder accionar un conmutador que encendiera brillantes luces y le permitiera verla bailar, ver su rostro, su cuerpo, el temblor de sus pechos al saltar, el lugar en que ella se había dado la palmada y los lugares donde no lo había hecho. Pero no había ningún conmutador, y ella no tardó en cansarse y cesó de saltar. Permaneció en pie un par de minutos más, respirando con fuerza; luego, recogió sus ropas y caminó desnuda hacia el lugar de donde había venido. Había una ducha abierta casi al borde de la playa, donde los huéspedes del hotel se quitaban la arena y el salitre. Oyó el silbido, semejante al de una serpiente, cuando ella se puso debajo y tiró de la cuerda. Luego, la noche quedó en silencio.

Esperó un poco más, para asegurarse de que ella se había marchado; después, volvió a la caseta de salvavidas y cogió sus zapatillas de lona. Cuando estuvo de vuelta en el barracón, se quitó los pantalones y los colgó para que se secaran. A la luz de una cerilla vio que el reloj señalaba las cuatro y diez. Se tendió en su litera y escuchó los ronquidos de demasiados varones durmiendo bajo el mismo techo. Le ardían los párpados, pero estaba desesperadamente despierto.

«Santo Dios —pensé—. Estoy enamorado de una gentil, de una shickseh».

# 9

El martes siguiente amaneció lloviendo. Al despertarse por la mañana escuchó con una especie de fatalista resignación el tamborileo de la lluvia sobre el alquitranado techo. No había intentado ver a su palomita rubia, a su desnuda amazona, a su bailarina de la noche —a su Ellen— desde que estuvo espiándola en la playa. En lugar de ello, había estado soñando en cómo sería la tarde del martes. Y ahora lo sabía: lluviosa.

Bobby Lee se le quedó mirando cuando le preguntó si podría prepararle una merienda de picnic.

—¿Adónde vas a ir hoy de picnic?

—Tal vez escampe.

—No escampará.

Pero le preparó la merienda. Al mediodía, la lluvia había cambiado, se había vuelto más fina y suave, pero seguía cayendo con descorazonadora regularidad y el firmamento presentaba una uniforme y oscura tonalidad gris.

Había pensado pasar a recogerla a las dos. Pero no parecía tener objeto. No había ningún sitio adónde llevarla.

—Al diablo con ello —le dijo a la araña, y cogió el libro de Aristóteles. Reinaba un gran silencio en el barracón. Estaban solamente la araña, él y Jim Ducketts, el viejo conductor, que se hallaba tendido en su litera cerca de la puerta, hojeando una revista femenina. Ducketts estaba libre de servicio, y cuando, a eso de las tres, sonaron unos golpecitos en la puerta, se levantó de un salto y fue a abrir. Un segundo después, volvía a dejarse caer en la litera.

—Es para ti —dijo.

Ella llevaba un impermeable rojo, sombrero del mismo material y zapatos de goma. Sus mejillas estaban humedecidas por la lluvia, y diminutas gotas colgaban de sus cejas y sus pestañas.

—He estado esperando y esperando —dijo.

—La playa estará muy mojada…

Se sentía un poco azorado, pero muy contento de que ella hubiera ido a buscarle.

—Podríamos ir a dar un paseo. ¿Tienes impermeable?

Él asintió.

—Póntelo.

Lo hizo y cogió la merienda al salir. Caminaron juntos en silencio.

—Estás enfadado —dijo Ellen.

—No.

Torcieron por un sendero que atravesaba la arboleda en dirección al bosque. Sin poder contenerse, Michael dijo:

—¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—El venir aquí sola. Conmigo.

Ella le miró tristemente.

—No te enfades. Trata de comprender cómo son las cosas.

Se detuvieron en medio del sendero. El agua de las ramas les goteaba sobre la cabeza.

—Voy a besarte —dijo él.

—Quiero que lo hagas.

Resultaba extraño. Ella tenía la cara mojada y ligeramente fría y la carne firme y con olor a limpio cuando él le aplicó la boca sobre la mejilla. La boca de ella era blanda y estaba ligeramente abierta. La muchacha le devolvió el beso.

—Tal vez esté enamorado —dijo él.

Era la primera vez que decía aquello a una chica.

—¿No estás seguro?

—No. Pero… me asusta un poco. Nunca he sentido esto antes.

Ni siquiera te conozco.

—Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

Ellen puso la mano en la de él, como si le estuviera dando algo, y Michael la retuvo aun en lugares en donde el sendero se estrechaba tanto que tenían que andar en fila india.

Llegaron hasta un enorme pino cuyas ramas formaban una especie de techo. Había bajo él una espesa alfombra de agujas secas, y se sentaron allí a comer la merienda. Hablaron muy poco. Después de merendar, ella se tendió sobre las agujas de pino y cerró los ojos.

—Me gustaría apoyar la cabeza en tu regazo.

Ellen se desabrochó el impermeable. Llevaba pantalones cortos y un jersey. Él apoyó cuidadosamente la cabeza.

—¿Pesa demasiado?

—No.

Empezó a acariciarle el pelo. Su regazo era cálido y mullido. Cuando él volvió la cabeza, su mejilla se apoyó en la increíble piel de su muslo.

—¿No tienes frío? —preguntó él, sintiéndose culpable.

Ellen retiró la mano de su cabeza y le tapó suavemente la boca.

Tenía un gusto ligeramente salobre.

Durante toda la mañana siguiente, mientras hacía zumo y cortaba frutas y verduras, estuvo sentado de cara a las puertas oscilantes para poder verla. La primera vez que ella cruzó las puertas le dirigió una sonrisa. Después, ya no tuvo tiempo de fijarse en él. Las camareras trabajaban frenéticamente como esclavas, patinando

prácticamente a través de las puertas con su pedido; luego, con la bandeja sostenida sobre las puntas de los dedos por encima de la cabeza, utilizaban sus caderas como arietes para abrir las puertas en el otro sentido y salían patinando de nuevo.

Ellen, entraba de vez en cuando en la despensa y, mientras cogía ensaladas o uvas, Michael se las arreglaba para decirle unas palabras:

—¿Esta noche?

—No puedo —respondió ella—. Voy a acostarme después de cenar.

Volvió a marcharse, dejándole como un puchero sobre el fuego.

Se sintió hervir. «¿Qué diablos es esto? —pensó—. Ayer estábamos hablando de amor, y hoy se preocupa de dormir».

La siguiente vez que Ellen se acercó, estaba enfurruñado. Ella se inclinó sobre él mientras cortaba limones. Tenía bajo la barbilla un suave repliegue que parecía ser el último de su vestigio de niñez.

—Voy a acostarme temprano para poder levantarme antes de amanecer e ir a bañarme en la playa del hotel. ¿Quieres venir?

Sus ojos estaban excitados con el secreto.

Se la habría comido.

—Supongo que sí —dijo.

Un insecto le zumbaba en el oído, y por mucho que moviera la cabeza no se marchaba. Abrió los ojos. El barracón estaba a oscuras. Introdujo la mano bajo la almohada. El despertador estaba envuelto en dos camisetas y una toalla, y su zumbido había quedado amortiguado, pero después de silenciarlo se quedó escuchando para observar si había despertado a alguien más. Sólo se oían ruidos de durmientes.

Se deslizó fuera de la cama. Había colgado su traje de baño sobre la cabecera de su catre, lo encontró en la oscuridad y lo sacó afuera antes de ponérselo. Todo estaba en silencio.

Ellen estaba esperándole en la arboleda. Se cogieron de las manos y echaron a correr hacia la playa.

—No grites ni chapotees demasiado —le dijo ella en un contenido susurro.

Entraron como ladrones, haciendo del océano Atlántico su piscina particular, no permitida a nadie más. Nadaron uno al lado del otro. Luego, él se volvió boca arriba y ella hizo lo mismo, y se quedaron flotando, cogidos de las manos y mirando al oscuro firmamento y a la luna menguante que sólo tenía ya una hora de vida.

Cuando salieron del agua se abrazaron, estremeciéndose bajo la brisa. Él empezó a hurgarle con los dedos en la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Soltándote el pelo.

Había un número increíble de horquillas y alfileres. Algunos cayeron en la arena.

—Cuestan dinero —dijo Ellen.

Michael no respondió.

Después de hurgar en ellas, las trenzas de Ellen quedaron libres. Ella sacudió la cabeza, y se desparramaron en una rubia melena que le llegaba más abajo de los hombros. El agarró dos puñados de espeso cabello mientras la besaba. Luego, soltó el pelo. Cuando la tocó con las manos, ella apartó la boca.

—No hagas eso —dijo, y le sujetó la mano.

—¿Quién lo va a decir primero?

—¿Decir qué?

—Te quiero.

Ellen dejó caer las manos a los costados. Pero sólo momentáneamente.

Y así fueron pasando los días. Michael hacía montañas de ensaladas de frutas y océanos de zumo. Después de cenar daban un paseo por el bosque. Luego se iban temprano a la cama, para despertarse mientras el mundo entero dormía aún, y nadar, besarse, acariciarse y atormentarse mutuamente con un deseo recíproco pero al que Ellen se resistía con firmeza.

En sus días de permiso visitaron Cape Cod. Un martes, hicieron a pie todo el camino hasta el Canal y vuelta, terminando el último tramo de su viaje a bordo de un carro tirado por un caballo, propiedad de un buhonero portugués, bajo una fuerte lluvia. Los dos iban acurrucados uno contra otro. Michael tenía la mano entre los cálidos muslos de Ellen, bajo una lona que olía a estiércol húmedo y a la colonia que ella usaba.

No pasaron inadvertidos. Una noche, mientras se cambiaba de pantalones, Al Jenkins se paró a charlar junto a la litera de Michael.

—Hola, hombre araña. ¿Estás liado de veras con ese carámbano de Radcliffe?

Michael se limitó a mirarle.

—Bueno —prosiguió el otro—, ¿Cómo está?

Uno de los chicos le dio a otro un codazo. Michael se sintió tenso y alerta. No había pegado a otro ser humano desde que era niño, pero ahora sabía para qué se había estado reservando. Se abrochó los pantalones y dio la vuelta alrededor de la litera.

—Di una palabra más y… —amenazó.

Jenkins había empezado a dejarse bigote. Michael sabía que le pegaría allí, en el leve vello que tenía entre la nariz y los sonrientes labios. Pero Jenkins le defraudó.

—Bueno —dijo, alejándose—, la gente se está volviendo muy sensible por aquí.

Se oyó un abucheo de los demás muchachos, pero no había duda ninguna de que no era a Michael a quien abucheaban.

Debería haberse sentido de buen talante, pero un par de minutos después se encontró caminando en dirección a la ciudad con un humor de mil demonios. Éste no se había disipado cuando llegó a la farmacia. Detrás del mostrador había una

muchacha delgada y granujienta, y un hombre de pelo gris.

—¿Qué desea? —preguntó la muchacha.

—Deje que me atienda el patrón.

Ella asintió fríamente y se alejó.

—¿Tres o una docena? —le preguntó calmosamente el hombre.

Faltaban todavía tres semanas para que terminara la temporada.

—Una docena —dijo.

Aquella noche, al reunirse con Ellen, llevaba una cartera azul de cremallera.

—¿Piensas escaparte de casa?

Michael le dio la vuelta para que oyera el gorgoteo.

—Jerez, cariño. Para ti y para mí. Después del baño.

—Eres estupendo.

Nadaron un rato y permanecieron en el agua mientras se besaban y se acariciaban mutuamente murmurándose su amor. Luego, regresaron a la playa. Michael había contado con emplear el vino, pero se encontró quitándole el traje de baño sin que ella opusiera resistencia y sin que hubiera sido abierta la cremallera de la cartera.

—No, Michael, no —dijo ella como en sueños, mientras el bañador se deslizaba a lo largo de sus caderas.

—Por favor —susurró él—, por favor.

La mano de Ellen retuvo la suya. Los dedos de ella eran firmes.

Le besó, y las puntas de sus pechos le rozaron la piel.

—Oh, Dios mío —dijo él. Cogió uno de sus pechos, suave y cálido—. Sólo desnudarnos —añadió—. Nada más. Sólo quiero estar desnudo contigo.

—No me lo pidas —dijo ella.

Michael empezó a enfurecerse.

—¿De qué te crees que estoy hecho? —exclamó—. Si realmente, me quisieses…

—No te atrevas a poner esa clase de precio sobre nosotros.

Pero estaba haciendo algo con las manos en las caderas, y el traje de baño cayó sobre la arena en torno a sus pies.

Con dedos torpes, él se quitó el pantalón. Cayeron juntos sobre la suave arena. En la oscuridad, el cuerpo de Ellen estaba lleno de pequeñas sorpresas. Sus nalgas encajaban, suaves y firmes, en las manos de Michael. Eran mucho más pequeñas de lo que él había imaginado. Ella las flexionó, y él jadeó junto a su boca. No podía hablar. Alargó la mano para tocarla, pero ella le contuvo.

—Ahora, no. Por favor, ahora no.

Michael no podía creerlo. Sintió deseos de gritar. Deseos de descargarle un puñetazo en la boca y violarla. Le hundió los dedos en los hombros.

—¿Ahora, no? Bueno, ¿Cuándo? ¿Cuándo, por los clavos de Cristo?

—Mañana por la noche.

—¿Qué tiene de diferente mañana?

—Trata de comprender. Por favor.

Michael le sacudió ligeramente los hombros.

—¿Qué infiernos hay que comprender?

—No sé nada acerca del sexo. Casi nada.

Su voz era tan baja que él apenas podía entender lo que decía. Sentía bajo sus manos un estremecimiento que le hacía desear estrecharla contra sí hasta que desapareciese, y se sintió avergonzado y extrañamente temeroso. Atrajo la cara de ella hacia su hombro.

—¿De veras, Ellen?

—Quiero que me lo expliques todo. Todo. Cómo será exactamente. No dejes nada. Quiero pensar y pensar en ello desde ahora hasta mañana, sin parar. Entonces, estaré dispuesta.

El gimió.

—Ellen.

—Dímelo —dijo ella—. Por favor.

Quedaron tendidos juntos en la oscuridad, desnudos, ella con los labios sobre el hombro de Michael, y éste moviendo la mano en pequeños círculos en el hermoso hueco del final de la espalda de ella, que era el lugar menos inflamatorio que pudo encontrar. Cerró los ojos y empezó a hablar. Habló durante largo tiempo. Cuando terminó, continuaron tendidos, sin moverse, un par de minutos. Luego, ella le besó en la mejilla, recogió su traje de baño y echó a correr.

Michael continuó echado sobre la arena hasta mucho después de haber cesado el silbido de la ducha. Luego, sacó la botella de vino de la cartera, la abrió y se acercó al agua. El jerez sabía a corcho. Quiso decir una brocha, pero sospechó que sería sacrílego. La cálida marea alcanzó sus desprotegidos genitales y le hizo sentirse muy pagano. Bebió un largo trago de la botella y, luego, vertió un poco en el mar, una libación.

Ella había tenido razón. Pensar en lo que iba a suceder aquella noche era una tortura, pero era un dolor de la más placentera variedad. Vivía en un estado de éxtasis mientras esperaba el momento en que la divisara desde la despensa.

¿Se habría sentido Ellen disgustada por su pequeña conferencia? ¿Habría contribuido a aumentar sus lágrimas?

En cuanto la vio, comprendió que todo marchaba bien. Ella llegó apresuradamente en busca de una bandeja de zumo de naranja y le miró. Su mirada era cálida y suave, y sus labios le obsequiaron con una pequeña y secreta sonrisa antes de que se marchara con el zumo.

De pronto, él se dio cuenta de que había sangre sobre el aguacate que estaba cortando.

Los minutos siguientes fueron de cierta confusión. El corte estaba en la parte carnosa del dedo índice de su mano izquierda. Apenas le dolía, pero se sentía débil a la vista de la sangre, incluso aunque fuera de otra persona. Notó que se estaba poniendo pálido.

—Voy a curarte —dijo Bobby Lee.

Colocó la mano de Michael debajo del grifo, vertió un poco de agua oxigenada en una taza y metió en ella la mano, hasta que se formó sobre el corte una espuma de pequeñas burbujas.

Sonó el teléfono de la cocina. Un segundo después, el señor Bousquet asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué diablos…? —exclamó el cocinero al ver la herida.

—Un cortecito de nada. Limpio como el culito de un bebé. Ahora se lo vendo —dijo Bobby Lee.

—Le llaman al teléfono señor Kind. Conferencia —dijo cortésmente el señor Bousquet.

En aquella época de su vida, una conferencia telefónica significaba sin duda alguna que algo muy importante ocurría. Dio un salto y se dirigió presurosamente hacia el teléfono que colgaba en la pared de blancos azulejos, dejando a su paso una estela de gotas de sangre. Bobby Lee iba en pos de él diciendo cosas que Michael no entendía, probablemente juramentos coreanos.

—¿Diga?

—¿Michael?

—¿Quién es?

—Michael, soy papá.

Bobby Lee le puso una palangana bajo la mano y se marchó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael.

—¿Cómo estás, Michael?

—Muy bien. ¿Pasa algo malo?

—Quisiéramos que vinieras a casa.

—¿Por qué?

—Michael, creo que vas a ser necesario aquí.

Apretó con fuerza el aparato y miró al micrófono.

—Escucha, papá, dime qué diablos pasa.

—Es tu abuelo. Se ha roto la cadera. Se cayó en el asilo.

—¿En qué hospital está?

—Está en la enfermería del asilo. Allí hay de todo, incluso sala de operaciones. He llamado a un buen especialista. Le ha puesto un pasador. Una especie de clavo para sujetar el hueso.

Bobby Lee había vuelto a su lado con un frasco de yodo y vendas.

—Bueno, es una desgracia, pero no parece demasiado grave.

—Sabía que Abe no le habría puesto una conferencia telefónica si la situación no fuese grave, pero se sentía dominado por un gigantesco egoísmo—. No puedo ir hoy, pero puedo coger el primer autobús que salga mañana.

—Hoy —dijo con voz fuerte su padre.

—No hay autobuses —respondió.

Hasta pasado algún tiempo, no se sintió culpable y avergonzado.

—Alquila un coche o algo. Te está llamando constantemente.

—¿Se encuentra muy mal? Dime la verdad.

Bobby Lee sostuvo la palangana bajo su mano y le echó yodo en la herida.

—Tiene pulmonía de estar tanto tiempo tendido de espaldas.

Son va ochenta y siete años los que tiene. A esa edad, los pulmones se llenan de líquido.

Sintió el agudo resquemor del remordimiento y el punzante dolor del yodo casi en el mismo instante, y expulsó el aliento con un sibilante sonido que su padre oyó en Nueva York.

Unos ruidos extraños le contestaron en el auricular, y enseguida se dio cuenta de que se trataba de un sonido que nunca hasta entonces había oído. Los roncos y ásperos gruñidos eran producidos por Abe Kind al llorar.

# 10

Caía la noche sobre el barrio de Brooklyn cuando bajó del taxi y subió corriendo las escaleras del asilo Hijos de David para ancianos y huérfanos. Una enfermera le llevó sobre el brillante linóleo pardo hasta la enfermería, donde, en una pequeña habitación individual, su padre se hallaba sentado en una silla al lado de la cama La persiana estaba echada ante la ventana, y sólo una pequeña luz disipaba la oscuridad de la habitación. Una tienda de oxígeno cubría la mitad anterior de la cama. A través de sus ventanillas de transparente plástico, pudo ver el ensombrecido rostro y la blanca barba de su Zaydeh.

Su padre levantó la mirada hacia el.

—No. Michael.

Abe estaba sin afeitar y tenía los ojos enrojecidos, pero parecía conservar un perfecto dominio de sí mismo.

—Lo siento, papá.

—¿Sentirlo? Todos lo sentimos —suspiró con fuerza—. La vida es un jelem, un sueño. Antes de que te des cuenta, ha terminado.

—¿Cómo está?

—Se está muriendo.

La voz de Abe tenía su intensidad normal, y las palabras cayeron sobre ellos como los mazazos del Destino, haciendo que Michael sintiera miedo de mirar a la figura tendida en la cama.

—Te va a oír —susurró.

—No oye nada. No oye nada y no se da cuenta de nada.

Su padre dijo esto con tono de resentimiento y un extraño fulgor en sus inflamados ojos.

Michael se acercó a la cama y apoyó la cara en la ventanilla de celuloide. Su Zaydeh tenía las mejillas hundidas, y largos pelos le asomaban por las aletas de la nariz. Sus ojos miraban sin ver. Sus labios estaban secos y agrietados. Se estaban moviendo, pero Michael no pudo descifrar lo que decían.

—¿Está intentando decirnos algo?

La cabeza de su padre hizo un fatigado movimiento negativo.

—Balbucea y desvaría. A veces cree que es un niño. A veces habla a personas de las que yo nunca he tenido noticia. La mayor parte del tiempo duerme. Cada vez va durmiendo más.

—Ayer, te llamaba mucho —dijo Abe al cabo de un momento—. A mí no me llamaba en absoluto.

Estaban pensando en esto, cuando volvió su madre de cenar, con un tamborileo de tacones altos.

—¿Has cenado? —preguntó a Michael mientras le besaba—. Hay un buen establecimiento en la manzana de al lado. Ven, te acompañaré. Hacen una sopa excelente.

—He cenado —mintió—. Hace un momento.

Hablaron brevemente, pero no había nada que decir, nada que se comparara con el anciano tendido en la cama. Había otra silla cerca de la ventana; su madre se sentó en ella, y él permaneció de pie, apoyándose ya en una pierna, ya en la otra. Su padre empezó a chascar los nudillos.

Primero, una mano.

Pop.

Pop.

Pop.

Pop.

Pop.

Luego, la otra.

Pop.

Pop.

Pop.

El pulgar de Abe se resistía a crujir. Forcejeó denodadamente con él.

—Oh, Abe —dijo la madre de Michael con un estremecimiento. Miró las manos de su hijo y contuvo el aliento, al reparar por vez primera en el vendado dedo—. ¿Qué te has hecho?

—No es nada. Un pequeño corte.

Pero ella insistió en verlo; luego, se deshizo en exclamaciones de inquietud, hasta que él la acompañó con sumisa obediencia a lo largo del corredor hacia el despacho de un tal Benjamin Salz, un hombre de edad madura, con una incipiente calva y un bigote al estilo inglés, que, tendido en mangas de camisa en un sofá, estaba leyendo un manoseado ejemplar de Esquire.

El doctor se incorporó con aire cansado después que Dorothy le hubo explicado el motivo de su visita, echó una mirada indiferente al dedo de Michael y, luego, le puso dos puntos de sutura en la carne. Para entonces, el dolor que sentía se había amortiguado mucho, pero con los puntos revivió.

El doctor miró con nostalgia el número de Esquire, mientras Dorothy le hacía preguntas, primero en relación a Michael y, luego, en relación a su abuelo. Aplicaciones de sal para Michael, dijo. No podía determinar cuánto tiempo viviría aún el señor Rivkind.

—Es un anciano muy fuerte. Les he visto aguantar mucho.

Cuando regresaron, su padre se había quedado dormido, con la boca abierta y la cara cenicienta. Una hora después, Michael convenció a su madre de que cogiera un

taxi para ir a casa, diciéndole que él quería quedarse y que necesitaba su silla. Ella se marchó a las diez y media. Michael acercó la silla al lado del anciano y permaneció sentado en ella mirándole. El dedo le palpitaba dolorosamente a intervalos regulares, su padre roncaba, el oxígeno silbaba suavemente en la tienda y el líquido burbujeaba en los pulmones de su Zaydeh, ahogándole con infinita lentitud.

A medianoche se quedó dormido, y fue despertado por una débil vocecilla que pronunciaba su nombre en *Yiddish*.

—¡Micheleh! ¡Micheleh! —y de nuevo—: ¡Micheleh!

Sabia que Isaac estaba llamando al pequeño Micheleh Rivkind y, más dormido que despierto, se dio cuenta de que él era Michael Kind y que no podía contestar. Finalmente, se incorporó con un respingo, se inclinó hacia delante y miró a través de la ventanilla de celuloide.

—Zaydeh… —dijo Michael.

Los ojos de Isaac rodaron violentamente.

«¿Se morirá —pensó Michael— estando sólo yo para cuidarle?» Pensó en despertar a su padre, o en ir a buscar al médico, pero, en vez de hacerlo, tiró de la cremallera que había en una esquina de la tienda de oxígeno y la abrió. Introdujo la cabeza y los hombros y cogió la mano de su abuelo. Era suave y cálida, pero ligera y reseca como papel de arroz.

—Hola, Zaydeh.

—Micheleh —murmuró él—. Ich shtarb.

Tenía los ojos velados. Estaba diciendo que sabía que iba a morir. ¿Qué habría oído de las conversaciones anteriores? Michael se sintió irritado contra su padre, que continuaba roncando, reprochándose a sí mismo el haber inventado la certidumbre de que el anciano estaba ya muerto, un cadáver sin oídos que podía escuchar las palabras de los vivos.

Detrás de la película que velaba los ojos de Isaac había algo, un destello, una luz… ¿Qué era? Y entonces comprendió sin lugar a dudas lo que era: miedo. Su abuelo tenía miedo. A pesar de toda una vida transcurrida en la búsqueda de Dios, ahora que se encontraba en el límite estaba lleno de terror. Michael apretó con fuerza la mano de su abuelo hasta que notó sus huesos, frágiles como espinas de pescado, y aflojó la presión por miedo a que se quebraran.

—Zaydeh, no tengas miedo —dijo en *Yiddish*—. Estoy aquí, contigo. Nunca te dejaré.

Los ojos estaban ya cerrados. Su boca se movía como la de un niño.

—Nunca te dejaré —dijo Michael.

Mientras repetía las palabras, comprendió que nunca podría borrar los largos años en que el anciano había paseado de un lado a otro de los corredores cubiertos de brillante linóleo pardo, teniendo la botella de whisky como única compañía y

consuelo.

Michael sostuvo su mano, mientras él deliraba, hablando a algunas de las personas que habían dejado huella en su recuerdo al cruzarse en su vida. A veces, sollozaba. El muchacho dejó que las arrugadas mejillas del abuelo se empaparan de lágrimas; le daba la impresión de que enjugarlas sería invadir su intimidad. Estaba reviviendo la discusión con Dorothy que había dado lugar a que se marchara de la casa. Desvarió acerca de la hermana de Michael, Ruthie, y de un pequeño llamado Joey Morello. De pronto, retorció con fuerza los dedos de su nieto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se le quedaron mirando.

—Ten hijos, Micheleh —dijo—. Muchos hijos *Yiddish*.

Cerró los ojos y durante unos cinco minutos pareció dormir plácidamente. La respiración era sosegada y tenía coloreadas las mejillas. Luego, abrió de par en par los ojos y casi se salió de la cama en un ataque de furor. Trató de gritar, pero no tenía fuerza; en vez de ello, sus palabras sonaron como un apagado murmullo.

—¡No una shickseh! —dijo—. ¡No una shickseh!

Sus dedos se clavaron como garras en la mano de Michael. Se cerraron sus párpados, y su cara se retorció en una mueca casi cómica. Luego, la sangre huyó de sus mejillas, que adquirieron una tonalidad grisácea bajo la transparente piel. Cayó hacia atrás pesadamente, sin respirar ya.

Michael soltó sus dedos uno a uno de la mano de su Zaydeh y sacó la cabeza de la tienda de oxígeno. Se quedó en pie en medio de la habitación, temblando y frotándose el dedo vendado. Luego, se acercó al lugar en donde su padre roncaba con la cabeza apoyada contra la pared. En su sueño, parecía completamente desvalido. Por primera vez, Michael se dio cuenta de cómo se parecía Abe a su Zaydeh, con su nariz que se iba haciendo más ganchuda a medida que envejecía y las entradas en las sienes que dejaban ya al descubierto el calvo cráneo. El rastrojo que cubría su cara era más blanco que gris; si no se afeitaba durante la semana de *Shivá*, tendría una verdadera barba.

Alargó la mano y tocó el hombro de su padre.

# 11

El funeral se celebró en la capilla del asilo Hijos de David, con un panegírico pronunciado por un anciano y asmático rabino ortodoxo y un largo viaje en limusina hasta el abarrotado cementerio de Long Island. Acudieron muchos de los ancianos del asilo. Por el camino, sentado entre su padre y su madre en el coche alquilado que olía a coronas de flores, Michael contempló los barrios que atravesaban y se preguntó cuántas veces habría recorrido su abuelo aquel camino para dar el último adiós a sus amigos.

Isaac fue enterrado en la sencilla caja de madera del judío devoto, Juntamente con un libro de oraciones nuevo de marfileñas pastas y un puñado de tierra de Eres Yisrael, la Tierra Prometida. Michael le habría enterrado con el viejo y manoseado *Siddur* con el que había rezado durante tantos años y habría incluido una bolsa de jengibre azucarado y una botella de whisky. Cuando el rabino echo la primera paletada de tierra, las piedras resonaron sobre la tapa del ataúd, y su padre sintió doblársele las rodillas. Él y su madre tuvieron que sostener a Abe mientras el rabino cortaba la negra cinta que llevaba prendida en la solapa. Recitó el *Qaddish* entre agitados sollozos, mientras Dorothy volvía la cabeza y lloraba como una niña.

Observaron los siete días de *Shivá* en el apartamento La segunda noche de luto, regresó de Palestina su hermana Ruthie. No le habían telegrafiado. Ella miró los cubiertos espejos y sufrió un ataque de nervios que provocó de nuevo el llanto de sus padres Pero, gradualmente, las cosas se fueron calmando. Siempre había demasiada gente y demasiada comida en el apartamento. Todos los días les llevaban obsequios de comida, y todos los días había que tirar gran cantidad de alimentos del día anterior. La mayoría de los verdaderos amigos del Zaydeh habían muerto. Las personas que visitaban a los Kind eran sus amigos, sus vecinos y los clientes y empleados de Abe. Llevaban pasteles, fruta, entremeses fríos, filetes de hígado, nueces y confites. Mimi Steinmetz acudió también y estrechó la mano de Michael, mientras su padre decía al de éste que contratara el cuidado perpetuo de la tumba, porque así no tenía que preocuparse de los detalles todos los años y podía olvidarse del asunto.

Michael pensó mucho en las cosas que había dicho su abuelo antes de morir. Sabía que eran la clase de cosas que podría haberse esperado que dijera el Zaydeh, y que su consejo no tenía nada que ver con Ellen Trowbridge. Pero se sentía afectado por el hecho de que Isaac hubiera fallecido lleno de miedo a la muerte y a los gentiles, aun cuando el primero era inevitable y el segundo ya no volvería a acosarle más.

Trató de decirse a sí mismo que el Zaydeh era un anciano perteneciente a un mundo que ya no existía. La quinta noche, mientras sus padres y sus visitantes se hallaban sentados en el cuarto de estar escuchando la descripción que Ruthie hacía de

la recogida de naranjas en Rehovob, entró en la cocina y descolgó el teléfono. Marcó el número de la Central. Sonó dos veces el zumbido de la línea y se oyó luego la voz de la telefonista.

—Quiero poner una conferencia —dijo.

—¿Con qué número quiere hablar?

Su madre entró en la cocina.

—Voy a hacer un poco de té —dijo—. Ah, tengo ganas de que termine todo esto. Gente todos los días y gente todas las noches.

Michael volvió a colgar el aparato.

La noche siguiente al final de la semana de luto, fueron a cenar a un restaurante. Mientras comía el filete, se sintió incapaz de tragar. Se excusó y salió del comedor. Dio tres dólares a la cajera y tomó el cambio en monedas pequeñas.

Luego, se dirigió a la cabina telefónica. Se sentó en la pequeña banqueta y apoyó la cabeza contra el cristal, pero no llegó a hacer la llamada.

Al día siguiente, cuando su madre le pidió que se quedara en casa en vez de volver a Las Arenas, se sintió aliviado.

—Será una gran ayuda para tu padre tenerte cerca —dijo.

Llamó a la agencia de colocación, y le dijeron que le enviarían un cheque. Le debían 426 dólares y 19 centavos.

Su padre reanudó su trabajo, Michael le veía muy poco. Daba largos paseos y empezó a frecuentar pequeños teatros donde proyectaban películas viejas. Cuando llegó el momento, se inscribió en la universidad. En su tercer día de estudiante, fue a su buzón y encontró una carta de Ellen Trowbridge. Era una carta breve, amistosa, pero un poco ceremoniosa. No le preguntaba por qué no se había puesto en contacto con ella. Decía, simplemente, que estaba viviendo en un lugar llamado Whitman Hall, por si quería escribirle, y que lamentaba mucho lo de su abuelo. Se guardó la carta en el bolsillo.

Dos noches después, acudió a una reunión del club estudiantil para considerar su posible ingreso. Se bebió cuatro copas y decidió que no quería ingresar, porque sería vivir en casa y, de todas maneras, los miembros del club no le parecían particularmente interesantes. Salió y estuvo andando hasta llegar a un pequeño bar, en el que entró y pidió un vaso de whisky. Tomó dos más, recordando la botella del Zaydeh en el barril de habichuelas. Luego, caminó hasta que se encontró en los terrenos de la universidad. Rodeó la Biblioteca Butler y se sentó en un banco de piedra, junto a una cantarina fuente.

Todos los edificios estaban a oscuras, excepto la biblioteca, situada a su espalda, y el edificio de la prensa. Debajo de él, la estatua de John May emergía como un *Golem*. Sacó la carta del bolsillo y la rompió cuidadosamente en dos pedazos, luego en cuatro y luego en pequeños trocitos que cayeron a sus pies sobre el cemento.

Alguien estaba sollozando. No tardó en darse cuenta de que era él.

Dos muchachas bajaron por las escaleras de la biblioteca. Se detuvieron y se le quedaron mirando.

—¿Estará enfermo? —preguntó una de ellas—. ¿Voy a llamar a un guardia?

La otra se acercó a él.

—Evelyn —dijo la primera—, ten cuidado.

«Qué embarazoso resulta esto», pensó él.

La muchacha acercó su rostro al de él. Llevaba gafas. Tenía los dientes salientes y la cara llena de pecas. Su suéter era azul y de pelusa. Olfateó y, luego, hizo una mueca.

—Está borracho como una cuba —dijo—. La ha cogido llorona.

Sus tacones se alejaron repiqueteando airosamente en la oscuridad.

Sabía que ella tenía razón. No había lágrimas en sus mejillas. No lloraba porque su Zaydeh estuviese bajo tierra, ni porque tuviera miedo de amar a Ellen Trowbridge. Hipaba y sollozaba porque quería que el viento llevara los trocitos de la carta hacia Amsterdam Avenue, y, en vez de ello, los estaba impulsando hacia Brooklyn. Luego, el viento cambió, y los fragmentos revolotearon velozmente en la dirección adecuada. Pero él siguió sollozando. Le venía bien.

# SEGUNDA PARTE

ERRANDO POR EL DESIERTO

# 12

*Woodborough, Massachusetts*
*Noviembre de 1964*

Mary Margaret Sullivan acomodó sus enormes caderas en la silla situada tras la mesa en el despacho de la enfermera jefe y suspiró. Alargó la mano y cogió del archivador una carpeta de tapas metálicas. Durante varios minutos garrapateó con la pluma el papel, registrando un incidente ocurrido en la sala de Templeton y provocado por una tal señora Felicia Serapin, que había pegado a otra mujer en la cara con el tacón de su zapato.

Cuando terminó, miró pensativamente el recipiente del café y el hornillo eléctrico colocados encima de un archivador, al otro lado de la habitación. Había decidido que el café no merecía el esfuerzo necesario para levantar su cuerpo de su lugar de reposo cuando el rabino Kind asomó la cabeza por la puerta.

—Ah, el padre judío —dijo.

—¿Qué está haciendo, Maggie?

Entró en el despacho y se quedó parado con un montón de libros en las manos.

Ella se levantó con gran esfuerzo y se acercó al archivador para coger dos tazas, enchufando el hornillo al pasar. Puso las tazas sobre la mesa y echó en ellas una cucharada de un polvo marrón que sacó de un bote guardado en el primer cajón.

—No puedo tomar café. Quiero darle estos libros a mi mujer.

—Está en la sesión de terapia ocupacional. La mayoría de ellas están. —Volvió a sentarse pesadamente—. Tenemos una nueva paciente judía, a la que usted podría saludar. Se llama Hazer Birnbaum. Señora Birnbaum. La pobrecilla piensa que todas están conspirando contra ella. Esquizofrenia.

—¿Donde está?

—En la diecisiete. ¿No quiere primero un poco de café?

—Gracias, pero voy a visitarla. Si luego hay tiempo, me puede vender una taza.

—Se habrá acabado. Vea al capellán.

Sonriendo, cruzó la semidesierta sala. Todo se hallaba deprimentemente limpio: el resultado del paciente trabajo.

En la habitación 17, una mujer se hallaba tendida en la cama.

Sus negros cabellos estaban desparramados sobre la blanca almohada. «¡Dios mío —pensó—, se parece una barbaridad a mi hermana Ruthie!».

—¿Señora Birnbaum? —dijo, sonriendo—. Soy el rabbi Kind.

Unos grandes ojos azules le contemplaron por un momento y, luego, desviaron la mirada hacia el techo.

—Sólo quería saludarla. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Márchese —dijo ella—. No quiero molestar a nadie.

—De acuerdo. No me quedaré. Suelo venir regularmente por la sala. La volveré a ver.

—Le ha enviado Morty —dijo ella.

—No, no. Ni siquiera le conozco.

—¡Dígales que me deje en paaaz!

«Gritos no —pensó—. Me siento indefenso ante los gritos».

—Volveré a verla pronto, señora Birnbaum.

La mujer estaba descalza y con las piernas descubiertas. En la habitación hacía frío. Cogió la manta gris que estaba a los pies de la cama y la tapó, pero ella se la quitó de una patada como una niña malcriada.

Él se marchó apresuradamente.

La habitación de Leslie estaba a la vuelta del recodo, al final del pasillo. Dejó los libros sobre la cama y, luego, arrancó una página de su libreta de notas y escribió: Volveré esta tarde. Estabas en la terapia ocupacional. Espero que te siente bien, como un par de calcetines sin agujeros.

A la vuelta, echó una ojeada al despacho de Maggie para despedirse, pero la enfermera jefe se había marchado. El agua puesta sobre el hornillo despedía una columna de vapor que estaba humedeciendo el techo.

Desenchufó el hornillo y, decidiendo que tenía tiempo, echó agua en una de las tazas.

Mientras bebía lentamente el café, escribió una lista:

*COSAS PARA HACER.*

*En el Hosp. General:*

*Susan Wreshinsky en Maternidad (¿Niño? ¿Niña?). Dar la mazal tob.*

*Lois Gurwitz (nieta de la señora Leibling), apéndice.*

*Jerry Mendelsohn, pierna.*

*En la biblioteca pública:*

*Pedir Biog. de Bialik.*

*Microfilm de artículos del New York Times sobre vigilantes judíos en los disturbios raciales, para sermón.*

Sus ojos vieron el nombre de su mujer en una de las tapas metálicas del archivo, y, sin que interviniera su voluntad, sus manos cogieron la carpeta. Vaciló un momento y, luego, la abrió. Tomó otro trago de café y empezó a leer.

*Woodborough State Hospital.*

*Paciente: Señora Leslie (Rawilings) Kind.*

*Historia clínica presentada en*
*sesión médica de*
*21 de diciembre de 1964.*
*Diagnóstico: Melancolía involutiva.*

*La paciente es una atractiva y bien formada mujer de raza blanca, de cuarenta anos de edad, con aspecto de buena salud. Su cabello es rubio oscuro. Mide 1,69 m. Pesa 65Kg.*

*Fue traída al hospital el 28 de agosto de 1964 por su marido. Los síntomas anteriores a la admisión eran los de un estado «neurasténico», durante el cual se quejaba de que las cosas eran demasiado pesadas para ella, que se cansaba con facilidad, tanto mental como físicamente, que se encontraba irritable, agitada e incapaz de dormir.*

*Durante las once primeras semanas de hospitalización, la paciente permaneció muda. Con frecuencia, presentaba el aspecto de querer llorar, sin que al hacerlo obtuviera alivio.*

*Comenzó a hablar al final del segundo de una serie de doce tratamientos electroconvulsivos, nueve de los cuales le han sido ya administrados. La torazina parece haberle proporcionado un buen alivio sintomático. Se está sustituyendo su uso con pirrolazota en dosis gradualmente crecientes hasta 200mg.*

*La amnesia resultante del tratamiento parece ser mínima. En conversaciones con su psiquiatra durante la semana pasada, la paciente ha dicho que recuerda haber observado silencio a consecuencia de una aversión a compartir con nadie su culpabilidad, dimanante de un desvío hacia su padre y de la suposición de que no era buena madre y esposa debido a una experiencia sexual premarital cuando era estudiante hace más de dos décadas. Su marido tuvo conocimiento de esta experiencia antes de su matrimonio, y la paciente no recuerda haber sido molestada por remordimientos —ni siquiera haber pensado en el incidente— hasta hace varias semanas. Si bien recuerda claramente la reciente aparición de sentimientos de culpabilidad en relación tanto al incidente sexual de su juventud como a la pérdida del amor de su padre, estos sentimientos de culpabilidad no la atormentan ya.*

*La paciente se muestra ahora tranquila y optimista.*

*Describió como buenas sus relaciones sexuales con su marido. Su ciclo menstrual ha sido irregular durante casi un ano. Su actual enfermedad parece ser una ansiosa y agitada depresión de la menopausia.*

*Hija de un ministro congregacional, la paciente se convirtió al judaísmo antes de su matrimonio, hace dieciocho años, con su marido rabino. Su compromiso con la religión judía parece ser fuerte, y sus sentimientos de culpabilidad no parecen centrarse en el abandono de sus creencias cristianas, sino, más bien, en lo que*

*ella consideraba como traición a su padre. La paciente, educada en un hogar en el que la doctrina bíblica formaba parte integrante del medio ambiente, se ha convertido desde su matrimonio en una estudiosa del Talmud que, según su marido, goza de la amistad y admiración de reconocidas autoridades de las escuelas rabínicas.*

*Su vida ha sido la existencia intermitente nómada de la familia de un clérigo con ideas un tanto rígidas respecto al comportamiento de sus fieles. Esto, al parecer, ha impuesto ciertas cargas emocionales, tanto sobre la paciente como sobre su marido.*

*A pesar de estas cargas, el pronóstico de este caso es favorable.*

*Yo recomendaría que se relevara a la paciente del internamiento en el hospital después del duodécimo tratamiento electroconvulsivo. Se recomienda la continuación del tratamiento por un psiquiatra del que pueda recibir psicoterapia intermitente, a ser posible con la colaboración de su marido en la terapia.*

*(Firmado) DANIEL L. BERENSTEIN,*
*Psiquiatra Decano.*

Estaba empezando a leer el siguiente informe psiquiátrico, cuando vio que Maggie estaba en el umbral de la puerta, mirándole.

—Anda usted como si llevara zapatillas de goma —le dijo él.

Ella se acercó pesadamente a la mesa, le quitó de las manos la carpeta de Leslie y volvió a ponerla en el archivador.

—No debe hacerlo, rabbi. Si quiere saber algo acerca del estado de su mujer, pregúnteselo a su psiquiatra.

—Tiene razón, Maggie —respondió.

Ella inclinó silenciosamente la cabeza cuando él se despidió Michael se guardó sus notas en el bolsillo y salió del despacho caminando rápidamente por el corredor demasiado limpio, en el que sus pasos resonaban huecamente.

La carta llegó cuatro días más tarde.

*Querido Michael:*

*Cuando visites de nuevo el despacho del capellán, te darás cuenta de que falta de tu mesa tu ejemplar de la Cábala. Le dije al doctor Bernstein que utilizara una llave maestra para abrir la puerta y cogerlo para mi. Él cometió el robo, pero yo fui el cerebro inspirador.*

*El bueno de Max Gross insistía en que un hombre debía tener por lo menos cuarenta anos antes de intentar asimilar el misticismo cabalístico. ¡Cuánto se sorprendería Max si supiera que yo llevo ya diez anos esforzándome con él, yo, una simple mujer!*

*He estado reuniéndome regularmente con el doctor Bernstein para lo que tú solías llamar sesiones «psicoquímicas». Ya nunca volveré a caer en la presunción de reírme de la psicoterapia. Es curiosa, pero lo recuerdo casi todo acerca del periodo de enfermedad. Siento grandes deseos de hablarte de ello. Creo que será más fácil hacerlo por carta, no porque no te quiera lo bastante como para hablar de estas cosas mirándote a los ojos, sino porque soy tan cobarde que no sé si llegaría a decir todas las palabras necesarias.*

*Así, pues, te las escribiré ahora, antes de que pierda el valor.*

*Como sabes muy bien, me he encontrado mal durante el año pasado. Lo que no sabes, porque yo no podía decírtelo, es que casi un mes antes de que me llevaras al hospital no dormía apenas nada. Tenia miedo de dormir, miedo de los dos sueños que tenia una y otra vez, como si estuviese en alguna Casa de los Horrores de uno de esos parques de atracciones y no pudiera salir de ella.*

*El primer sueño tenía lugar en el salón de la vieja rectoría de la calle de Elm en Hartford. Veía cada detalle con tanta claridad como si los estuviese contemplando sobre una pantalla de televisión. Veía el raído sofá de pelo escarlata y las dos sillas gemelas de terciopelo, con los frívolos antimacasars que la señora Payton regalaba anualmente. Veía la gastada alfombra oriental y la barnizada mesita de caoba, sobre la que había dos desconchados canarios de porcelana bajo una cúpula de cristal. Veía las cosas que había en las paredes; una fotografía coloreada a mano de un pequeño riachuelo que serpenteaba juguetón a través de un prado, los patines de «Currier Ives», un ramo de flores artificiales de mi primer corte de pelo, y, sobre la gran chimenea de mármol, en la que jamás se encendía fuego, un pequeño letrero:*

---

La Belleza de la Casa es el Orden.
La Bendición de la Casa es el Contento.
La Gloria de la Casa es la Hospitalidad.
La Corona de la Casa es la devoción a Dios.

---

*La más fea sala dispuesta jamás por los temerosos de Dios, pero avarientos feligreses.*

*Y podía ver a las personas.*

*Mi tía Sally, delgada, de grises cabellos y consumida por el trabajo de cuidar de nosotros después de la muerte de mi madre, y llena de tanto amor hacia el marido de su fallecida hermana que todo el mundo se daba cuenta menos él.*

*Y mi padre. Ya entonces tenia el pelo blanco, y las mejillas más suaves y sonrosadas que ningún hombre haya tenido jamás. Nunca vi que necesitara*

*afeitarse. Veía sus ojos, azules y claros, que podían penetrar directamente hasta la mentira que una ocultaba en su cabeza.*

*Y me veía a mí, de unos doce años, con el pelo partido en largas trenzas, flaca y desgarbada, y con gafas de montura de acero, porque fui miope hasta el ano en que ingresé en la universidad.*

*Y, en todos los sueños, mi padre se erguía de pie ante la chimenea, me miraba a los ojos y me decía las palabras que debía de haberme dicho ochocientas veces en aquel horrible salón todos los sábados por la noche, después de cenar.*

*«Creemos en Dios Padre, infinito en sabiduría, bondad y amor, y en Jesucristo, su hijo, nuestro Señor y Salvador, que por nosotros y por nuestra salvación vivió y murió, y resucitó y vive eternamente, y en el Espíritu Santo, que toma las cosas de Cristo y nos las revela a nosotros, renovando, confortando e inspirando las almas de los hombres».*

*Luego, el sueño se fundía en negro, como si mi padre fuese un predicador de la televisión que hubiera sido interrumpido por los anuncios. Y yo me despertaba en nuestra cama, lleno el cuerpo de picores y con la carne de gallina, como me ocurría siempre que mi padre me miraba fijamente a los ojos y hablaba de cómo Jesús había muerto por mi.*

*Al principio, no di ninguna importancia a este sueno.*

*Todo el mundo tiene sueños, toda clase de sueños. Pero empecé a tenerlo cada dos noches; el mismo sueño, la misma habitación, las mismas palabras pronunciadas por mi padre mientras me miraba a los ojos.*

*Esto no hizo flaquear nunca mi judaísmo, que era cuestión resuelta hacia mucho tiempo. Me convertí por ti, pero fui una de las afortunadas y encontré, además, otras cosas. No es necesario que vuelva ahora sobre todo eso.*

*Pero empecé a pensar en lo que debía de haber supuesto para mi padre que yo despreciara las cosas que él me había enseñado y me hiciese judía. Empecé a pensar en lo que supondría para ti que uno de nuestros hijos decidiera convertirse, hacerse católico, por ejemplo. Me quedaba tendida en la cama, mirando al oscuro techo, y recordaba que mi padre y yo éramos casi extraños el uno para el otro. Y recordaba cómo le había querido cuando yo era pequeña.*

*El sueño duró mucho tiempo. Luego, empecé a tener otro. Esta vez, yo tenia veinte años. Me hallaba en un descapotable aparcado en una sucia y oscura carretera de las afueras de los terrenos de Wellesley, y no llevaba encima ninguna ropa.*

*Como en el primer sueño, cada detalle y cada impresión se me representaba con toda claridad. No recuerdo el apellido del muchacho —su nombre era Roger —, pero veía su rostro, excitado, joven y un poco asustado. Llevaba una camiseta azul de fútbol con el número 42 en blanco. Sus pantalones de tenis y su ropa*

*interior yacían en el suelo juntamente con mis ropas. Yo le miraba con gran interés: el suyo era el primer cuerpo masculino que veía. Lo que sentía no era amor, ni deseo, ni tan siquiera afecto. La razón por la cual yo no había necesitado absolutamente ninguna persuasión para permitirle que aparcara su coche en aquel oscuro lugar y me desnudara era que sentía una gran curiosidad y que abrigaba la convicción de que había cosas que necesitaba saber. Y, mientras yacía tendida con la cabeza apoyada en la portezuela del coche y el rostro vuelto hacia el agrietado cuero del respaldo del asiento, y mientras lo sentía ocupándose de mi con la misma estúpida diligencia que hubiera puesto para jugar al fútbol, y mientras me sentía dolorosamente rasgada como una vaina, mi curiosidad quedó satisfecha. Ladró un perro a lo lejos, y en el coche el muchacho produjo un ruido parecido a un suspiro, y noté que me convertía en un receptáculo. Y todo lo que podía hacer era escuchar el distante ladrido del perro, con la conciencia de que había sido engañada, de que aquello no era sino una lamentable invasión de la intimidad personal.*

*Y, cuando despertaba en la oscuridad de nuestra habitación y me encontraba acostada a tu lado en nuestra cama, sentía deseos de despertarte y pedirte perdón, decirte que aquella estúpida muchacha del descapotable está muerta, y que la mujer en que yo me he convertido sólo te había conocido a ti en el amor. Pero, en vez de hacerlo, permanecía allí tendida toda la noche, insomne y temblorosa.*

*Los sueños se repetían una y otra vez, unas veces uno, otras veces otro, con tanta frecuencia que llegaron a mezclarse con mi vida en estado de vigilia y había ocasiones en que no podía distinguir el sueño de la realidad. Cuando mi padre me miraba a los ojos y me hablaba de Dios y de Jesús, aunque sólo tenia yo doce años, sabia que me estaba viendo como una adúltera y sentía deseos de morir. Mi periodo se había retrasado cinco semanas, y una tarde en que comenzó, me encerré en el cuarto de baño, me senté en el borde de la bañera y me estremecí porque no podía llorar, y no sabia si yo era una colegiala que recibía con alborozo la maldición, o una gruesa mujer de cuarenta años, feliz porque no iba a tener un hijo que no era tuyo.*

*Durante el día, no podía ya sostener tu mirada ni dejar que los niños me besaran. Y, por la noche, yacía rígida en la cama, pellizcándome en los brazos para que no me quedara dormida y me pusiera a soñar.*

*Y entonces tú me llevaste al hospital y me dejaste en él, y comprendía que debía ser así, porque yo era mala y debía ser expulsada y muerta. Y esperé a que me mataran hasta que empezaron los tratamientos de electroshock, y las borrosas líneas de mi mundo comenzaron de nuevo a encajar en su sitio.*

*El doctor Bernstein me aconsejó que te hablara de los sueños, si realmente quería hacerlo. Él cree que, una vez que lo haya hecho, tal vez no vuelvan a*

*molestarme más.*

*No dejes que te causen dolor, Michael. Ayúdame a eliminarlos de nuestro mundo. Sabes que tu Dios es mi Dios, y que yo soy tu esposa y tu mujer, en cuerpo, alma y realidad. Me paso el tiempo tendida en la cama, con los ojos cerrados, pensando en cómo serán las cosas cuando abandone este lugar, en los muchos años buenos que he dejado contigo.*

*Besos a los niños de mi parte. Te quiero mucho.*

*LESLIE*

La leyó muchas veces.

Resultaba notable que hubiera olvidado el apellido del muchacho. Era Phillipson. Roger Phillipson.

Leslie se lo había dicho una vez solamente, pero él no lo había olvidado nunca. Hacía siete años, mientras esperaba la hora de la cena en casa de un colega rabínico de Filadelfia, se le había ocurrido echar un vistazo al décimo anuario de la promoción de su anfitrión en Harvard. El apellido había saltado hacia él desde debajo de una fotografía que sonreía con la sinceridad del agente de seguros. Agencia de Seguros Partner, Folger, Phillipson, Paine Yeager. Esposa, la antigua no sé qué de Springfield, Massachusetts. Tres hijas, nombres nórdicos. Edades, seis, cuatro y un año y medio. Aficiones: navegación a vela, pesca, caza, estadística. Club: el de la universidad, el de los Leones, el Rotario y dos o tres más. Objetivo en la vida: jugar al fútbol en la reunión de los compañeros de promoción.

Unas semanas después, durante los servicios de *Yom Kippuré* celebrados en su propio templo, se había arrepentido, buscando la expiación en su vacío vientre y pidiendo perdón a Dios por el sentimiento que había experimentado hacia la sonriente fotografía.

Había rezado por Roger Phillipson, deseándole larga vida y corta memoria.

# 13

La carta aumentó la preocupación que sentía por Max.

Aquella noche, se tendió en la amplia cama, tratando de recordar qué aspecto había tenido su hijo de pequeño. Max había sido un niño vulgar, que sólo dejaba de ser feo cuando sonreía. Sus orejas le sobresalían de la cabeza como… ¿Qué eran aquellas cosas: receptores de sonar?, en vez de mantenerse pegadas a ella. Sus mejillas habían sido carnosas y suaves.

«Y hoy —pensó Michael—, le coge uno la cartera para sacar un sello y descubre que es un grosero macho con deseos sexuales. Se quedó rumiando la idea».

Su imaginación no se aplacaba por el hecho de que Max y Dessamae Kaplan hubiesen entrado en la casa veinte minutos antes y estuviesen haciendo ruidos en el cuarto de estar. Risas contenidas. Y muchos otros sonidos. «¿Qué sonido hace una cartera al ser sacada de un bolsillo? —se encontró aguzando los oídos para captarlo —. Conserva la cartera en el bolsillo, hijo mío», suplicó en silencio. Luego, empezó a sudar. «Si has de ser tan estúpido, hijo mío —pensó— asegúrate y saca del bolsillo la cartera.

«Dieciséis años», pensó.

Finalmente, se levantó y se puso la bata y las zapatillas. Empezó a bajar las escaleras. Podía oírles con claridad.

—No quiero —dijo Dessamae.

—Anda, Dess.

Se detuvo en las oscuras escaleras, helado. Al cabo de un segundo, oyó un pequeño sonido, regular y rítmico. Sintió deseos de huir.

Qué bien… ¡Ah, qué gusto!

—¿Así?

—Ay… Ay…

Ella se echó a reír con un sonido gutural.

—Ahora, ráscame la espalda, Max.

«Ah, viejo asqueroso se dijo a sí mismo. Pícaro, sucio y avejentado». Bajó presuroso las escaleras, dando ligeros traspiés, y entró en el cuarto de estar, parpadeando ante la luz.

Estaban sentados con las piernas cruzadas sobre la alfombra, delante de la chimenea. Dessamae tenía en la mano el rascador chino de marfil.

—Hola, rabbi —dijo ella.

—¿Qué hay, papá?

Les saludó. No podía mirarles a ninguno de los dos. Entró en la cocina y preparó un poco de té. Luego, entraron ellos también y se sumaron a la segunda taza.

Cuando Max salió para acompañar a la muchacha a su casa, él subió la escalera y

se metió en la cama, quedándose dormido como un hombre amodorrado en un baño caliente.

Le despertó el timbre del teléfono. Reconoció la voz de Dan Bernstein.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Es decir, creo que no. ¿Está Leslie con usted?

—No —respondió, desagradablemente despierto.

—Salió de aquí hace un par de horas.

Se sentó en el borde de la cama.

—Ha habido un pequeño alboroto. Una paciente, la señora Serapin, hirió a otra llamada Birnbaum con una de esas navajas pequeñas de bolsillo. Dios sabe de dónde la sacó. Estamos tratando de averiguarlo. —El doctor Bernstein hizo una pausa y luego dijo rápidamente—: El incidente no tiene nada que ver con Leslie. Pero es el único momento en que pudo salir. Tiene que haber sido entonces.

—¿Cómo está la señora Birnbaum?

—Se pondrá bien. Suelen pasar cosas de éstas.

—¿Por qué no me llamó en seguida? —preguntó.

—Verá, acabamos de darnos cuenta de su desaparición. Estaría ya ahí si hubiera ido a casa —dijo pensativamente el psiquiatra—. Aunque hubiera ido andando.

—¿Está en peligro?

—No, no creo —dijo el doctor Bernstein—. La he visto hoy.

No le he observado ninguna tendencia al suicidio. Ni tampoco es peligrosa para nadie. En realidad, es una mujer de buena salud. Habría sido enviada a casa dentro de dos o tres semanas.

Michael gimió.

—Cuando vuelva, ¿Habrá de quedar hospitalizada más tiempo?

—Tendremos que esperar a conocer más datos —repuso el doctor Bernstein—. Algunas pacientes se despiden a la francesa por buenas razones. Esperemos a saber sus motivos.

—Será mejor que salga yo a buscarla.

—He destacado ya un par de ayudantes. Desde luego, puede que para ahora esté ya en un autobús o en un tren.

—No lo creo —dijo él—. ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—No sé por qué se marchó —dijo el doctor Bernstein—. Veremos. Vamos a dar parte a la policía como medida de rutina.

—Como usted diga.

—Le llamaré cuando tengamos alguna noticia.

Cuando hubo colgado el aparato, Michael se vistió, se puso ropas de abrigo y cogió la linterna que había en el armario.

Rachel y Max estaban dormidos. Entró en la habitación del muchacho.

—Hijo, despierta —dijo. Le tocó en el hombro, y Max abrió los ojos—. Voy a salir. Asuntos del templo. Cuida de tu hermana.

Max movió afirmativamente la cabeza, comprendiendo a medias.

En el piso bajo, el reloj señalaba las doce y media. Se puso las botas para la nieve en el porche y dio la vuelta a la casa para coger el coche, haciendo crujir la tersa nieve con sus pasos.

Oyó un ruido.

—¿Leslie? —dijo.

Encendió la linterna. Un gato saltó del cubo de la basura y desapareció en la oscuridad.

Dio la vuelta al coche e hizo todo el recorrido desde su casa hasta el hospital muy lentamente, deteniéndose tres veces para proyectar hacia las sombras la luz de su linterna.

No vio a nadie andando, sólo a dos coches. Alguien podría haberla recogido en su vehículo, pensó.

Cuando llegó al hospital, aparcó frente al lago y caminó sobre la nieve hasta la orilla y luego hacia el hielo. Dos inviernos antes, dos muchachos, en una ceremonia de iniciación en la fraternidad estudiantil, se habían extraviado con los ojos vendados por el lago, se había roto el hielo y uno de ellos había muerto; el sobrino de Jake Lazarus, recordó. Pero el hielo parecía fuerte y grueso. Paseó la luz de la linterna por la blanca extensión y no vio nada.

Con la espalda encorvada, regresó al coche y se dirigió hacia el templo. Pero Bet *Shalom* estaba sin luces. El santuario se hallaba vacío.

Volvió a casa.

Una vez en ella, miró todas las habitaciones, una a una. En el cuarto de estar, recogió el rascador. «Nosotros nunca fuimos así de jóvenes», pensó cansadamente.

El teléfono no sonaba.

La carta de Columbia estaba sobre la repisa de la chimenea. Le recordaba el anuario de Harvard en que había visto a Phillipson, pero la cogió y la leyó; luego, se sentó a su mesa y, al poco rato, empezó a escribir. Era algo que hacer.

*Asociación de Alumnos del Columbia College*
*Calle 116y Broadway*
*Nueva York, Nueva York 10027*
*Muy señores míos:*

*Lo que sigue es mi aportación autobiográfica al Libro del Cuarto de Siglo de la promoción de 1941.*

*Es increíble que hayan pasado ya casi veinticinco años desde que abandonamos Mormingside Heights.*

*Soy rabino. He ocupado púlpitos Reformistas en Florida, Arkansas, Georgia, California, Pensilvania y Massachusetts, donde vivo en la actualidad en Woodborough con mi esposa, de soltera Leslie Rawlins (Wellesley, año 1946), de Hartford, Connecticut, nuestro hijo Max, de dieciséis años, y nuestra hija Rachel, de ocho.*

*Me encuentro ahora pensando con sorprendente anticipación en la vigésima quinta reunión. Estamos tan ocupados en el presente que no solemos tener oportunidad de volver la mirada al pasado…*

## 14

*Queens, Nueva York*
*Febrero de 1939*

Una tarde de invierno, durante el segundo año de Michael en Columbia, su madre dio minuciosas instrucciones a Lew, que desde hacía años tenía a su cargo sus tratamientos de belleza, y él le aplicó unos líquidos malolientes que dieron una tonalidad gris a su cabello. La vida entera de Dorothy experimentó un sutil cambio. Quizás el hecho de que Abe Kind dejara poco después de perseguir a otras mujeres se debiera exclusivamente a que estaba ya dejando atrás su juventud. Michael prefería pensar que se debía a que su madre se había puesto de acuerdo consigo misma. En primer lugar, usaba menos maquillaje. El cabello gris enmarcaba un rostro en vez de una máscara. Aprendió a hacer punto, y toda la familia empezó a llevar jersey de casimir y calcetines de lana escocesa. Tanto Abe como Dorothy comenzaron a acudir con su hijo a los servicios religiosos los viernes por la noche. Por primera vez los Kind se convirtieron en una verdadera familia.

Un domingo por la mañana, mientras sus padres dormían todavía, Michael se levantó de la cama para reunirse con su hermana, que se había echado una bata sobre su pijama y estaba acurrucada en el sofá del cuarto de estar, comiendo una tostada con crema de queso, mientras hacía el crucigrama del New York Times. Él cogió la sección literaria y el resumen de noticias de la semana y se dejó caer en un sillón. Durante diez minutos, permaneció sentado, leyendo y oyendo a Ruthie comer la tostada y el queso. Luego, no puedo aguantar más; se levantó, se limpió los dientes y se preparó también una tostada con queso. Ella le miró mientras él comía sin hacerle caso. Por fin, levantó la mirada. Ruthie tenía los ojos de su madre, pero brillaba en ellos la inteligencia de su padre.

—Por poco me quedo en Palestina —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Michael.

—Conocí allí a un chico. Me pidió que me casara con él. Yo deseaba hacerlo. ¿Me habrías echado mucho en falta si no hubiese vuelto?

Michael dio otro mordisco y la miró fijamente. Estaba diciendo la verdad, decidió. Si hubiera estado gastándole una broma, habría echado más dramatismo al asunto.

—Si querías casarte con él, ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no sirvo. Porque no soy más que una vulgar neoyorquina en vez de una mujer pionera.

El le preguntó cómo era el palestino. Ella se levantó y echó a andar descalza hacia su cuarto. Michael oyó el chasquido de su bolso al abrirse. Cuando volvió, llevaba en

la mano la fotografía de un joven de ondulados cabellos castaños y barba del mismo color. Llevaba solamente unos pantalones cortos de color caqui y estaba de pie junto a un tractor, con una mano apoyada en él, la cabeza inclinada a un lado y los ojos entornados para protegerse del sol. No sonreía. Su cuerpo era bronceado y musculoso, tal vez excesivamente delgado. Michael no sabía si le agradaba o no el hombre de la fotografía.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Saul More. Antes se llamaba Samuel Polansky. Es de Londres. Lleva cuatro años en Palestina.

—Se cambió de nombre. ¿Se dedica a la fabricación de fajas?

Ella no sonrió.

—Es un idealista —dijo—. Quería un nombre que significara algo. Eligió el de Saul porque, a su llegada a Palestina, pasó tres meses luchando contra los guerrilleros árabes. Y More porque significa profesor, y eso es lo que él quería ser, lo que es.

Michael miró al tractor.

—¿No es un campesino?

Ella movió la cabeza.

—Enseña en la escuela *Kibutz*. La colonia se llama Tikveleé Mashar. Está en medio del desierto, con sólo unos cuantos árabes amigos como vecinos. El sol es tan fuerte que hace daño a los ojos. El cielo no tiene apenas nubes. El desierto no es más que blanqueadas arenas y abrasadas rocas, y el aire es muy seco. Lo único verde que allí existe son las zanjas de riego. Si dejan de llevar agua, las plantas se agostan y mueren.

Se produjo un silencio. Él se dio cuenta de lo seria que estaba y no supo qué decirle.

—Hay un teléfono en la oficina del *Kibutz*. A veces funciona.

Deberías ver los lavabos. Parecen algo salido de la vieja historia americana. —Recogió un pedacito de tostada que había caído sobre su bata y le dio vueltas entre los dedos, examinándolo—. Me pidió que me casara con él, y yo lo deseaba con toda mi alma. Pero no podía soportar los lavabos, así que volví a casa. —Le miró y sonrió —. ¿No es una extraña razón para rechazar una propuesta de matrimonio?

—¿Qué vas a hacer?

Ruthie había abandonado los estudios después de seguir durante dos años la carrera de comercio en la Universidad de Nueva York. Ahora estaba trabajando como secretaria en la Columbia Broadcasting System.

—No lo sé. Estoy un poco aturdida. Me escribe desde hace más de un año. Y yo contesto a todas sus cartas. No puedo cortarlo. —Le miró—. Tú eres mi hermano. Dime qué debo hacer.

—Nadie puede decirte lo que debes hacer, Ruthie. Tú lo sabes, —carraspeó—.

¿Qué hay de los chicos con los que sales continuamente? ¿No hay ninguno que…?

La sonrisa de ella era triste.

—Tú conoces a la mayoría de los chicos con los que salgo. Estoy destinada a casarme con alguien que escriba guiones publicitarios. O con alguien cuyo padre posea una agencia de automóviles. Alguien celoso, alguien que pueda darme un lavabo, que interprete a Brahms cuando esté en la iglesia y derrame Chanel al tirar de una cadena dorada.

Michael miró a su hermana y, por un momento, la vio tal como aparecía ante los demás hombres. Una morena de ojos claros, con una bella sonrisa que dejaba al descubierto dientes blancos y regulares. Una muchacha de altos senos con un cuerpo atractivo. Una mujer hermosa. Se sentó junto a ella y, por primera vez desde su niñez, la rodeó con su brazo.

Su propia vida romántica no era mucho más feliz que la de Ruthie. Salía con Mimi Steinmetz porque ella estaba allí, al otro lado del pasillo. De vez en cuando, se enzarzaban en un juego sexual de colegiales, conteniéndole ella con las manos, pero sin demasiada energía, queriendo en el fondo ser vencida. Él no obtenía ninguna victoria, porque se daba cuenta de que lo que ella sentía no era tanto deseo de tenerle como de poseerle. Y él no sentía ningún deseo de poseer ni de ser poseído.

Su energía sexual carecía de válvula de escape, y se tornó agitado y nervioso. A veces, cuando se quedaba estudiando hasta horas avanzadas de la noche, paseaba de un lado a otro en su habitación. Los Friedman, que vivían en el apartamento situado justamente debajo del de los Kind, se quejaron tímidamente a Dorothy. Y, entonces, Michael empezó a dar largos paseos al aire libre. Sus pies recorrían incansablemente el pavimento de Manhattan. Caminaba por Queens. Un día tomó el ferrocarril elevado en Brooklyn, pensando al principio apearse en el parque de Borough pero, en lugar de ello, continuó pegado a su asiento hasta que el tren lo hubo dejado atrás y descendió en Bensonhurst, donde caminó manzana tras manzana ante las viejas casas. El andar se convirtió para él en algo parecido al alcohol; se emborrachaba entregándose a su vicio secreto, mientras sus amigos dormían, escuchaban música, estudiaban o trataban de conquistar a una chica.

Una noche de enero, después de estar estudiando hasta las diez, salió de la Biblioteca Butler y echó a andar hacia el metro. Nevaba con grandes copos blancos que ocultaban el mundo. Pasó por delante del quiosco del metro como un sonámbulo. A los diez minutos, se dio cuenta de que se había extraviado, pero no le importó. Dio la vuelta a una esquina y penetró en una calle oscura y estrecha, demasiado ancha para ser un callejón, carente de toda iluminación y flanqueada de viejas casas. En una isla de luz, bajo una lámpara de un cruce, se hallaba un corpulento policía, con su roja cara vuelta hacia los copos de nieve que caían. Cuando Michael pasó a su lado, le saludó con una inclinación de cabeza.

Hacia la mitad de la manzana, Michael oyó a su espalda unos pasos rápidos y suaves. El corazón le empezó a latir aceleradamente en el pecho y se volvió, lamentando haber sido lo bastante estúpido como para andar solo de noche por Manhattan; luego, el hombre pasó, rápidamente pero lo suficientemente cerca de Michael para que éste le viera fugazmente. Un hombre bajo, de cabeza grande y con una barba a la que se adhería la nieve, nariz larga, ojos entornados, abrigo oscuro desabrochado a pesar del frío, y las manos enlazadas a la espaldas. Murmuraba en voz baja. ¿Rezaba? A Michael le pareció que pronunciaba palabras hebreas.

A los pocos segundos, Michael ya no podía verle. Oyó el ataque más que lo vio: el sonido de golpes, el gemido de aire expulsado al ser pegado en el estómago, el chasquido de puños.

—¡Policía! —gritó Michael—. ¡Policía!

A lo lejos, el guardia que estaba bajo la lámpara se volvió y empezó a correr. Estaba muy gordo y se movía con gran lentitud. Michael sintió deseos de ir hasta él y llevarle de la mano, pero no había tiempo. En lugar de ello, echó a correr hacia delante, dándose de boca con ellos dos, arrodillados sobre una forma inmóvil.

Una de las figuras arrodilladas se levantó silenciosamente y desapareció en la oscuridad. La otra, más próxima, se lanzó contra Michael, cuyo puño derecho rozó la mejilla sin afeitar del hombre. Michael vio unos ojos llenos de odio y de miedo, una nariz aplastada, una boca delgada. Joven, chaqueta negra de piel. Guantes de piel.

Uno de los puñetazos se estrelló contra su boca, y lo, sintió con alivio: no había navaja. En la mano izquierda tenía el libro «Estudio de la civilización americana» de Ferguson y Braun, que pesaba por lo menos dos kilos. Se lo pasó por la mano derecha y lo blandió con toda la fuerza que pudo. El libro produjo un intenso chasquido, y el asaltante cayó sobre la nieve soltando un taco. Se arrastró unos metros apoyándose en las manos y en las rodillas, se levanto y huyo.

El hombre bajo y barbudo se estaba incorporando. Se había quedado sin resuello, y el aliento le silbaba en la garganta al aspirar. Por fin, respiró profundamente y sonrió, señalando con la cabeza al libro.

—El poder de la palabra impresa.

Hablaba con acusado acento.

Michael le ayudó a ponerse en pie. Una oscura burbuja en la blanca nieve resultó ser una gorra, una yarmulka. Estaba llena de nieve. Con nieve y todo, se la metió en el bolsillo del abrigo con un azorado gesto de agradecimiento.

—Estaba recitando la Shema. La oración vespertina —aclaró el agredido.

—La conozco.

Jadeando horriblemente, llegó el agente de policía. Michael le contó lo que había sucedido, sorbiéndose la sangre que manaba de su labio partido. Los tres hombres regresaron al haz de luz que había bajo la lámpara.

—¿les ha visto la cara? —preguntó el policía.

El hombre bajo movió la cabeza.

—No.

Michael había visto unos cuantos rasgos, borrosos a causa del movimiento. El policía preguntó si podría identificar al hombre en una fila de varios.

—Estoy seguro de que no podría.

El policía suspiró.

—En ese caso, será mejor que lo olviden. Ahora, ya estarán lejos. Probablemente, son de otra parte de la ciudad. ¿Se han llevado algo?

El hombre barbudo tenía una moradura debajo del ojo izquierdo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y cuando la sacó la tenía cerrada. La abrió y mostró en la palma una moneda de medio dólar, otra de un cuarto de dólar y dos níqueles.

—No —dijo.

—¿Eso es todo lo que llevaba? —preguntó con suavidad el policía—. ¿No tiene cartera?

Denegó con la cabeza.

—Le matarían a uno por un centavo —declaró el policía.

—Voy a coger un taxi —dijo Michael al hombre barbudo—. Permítame que le lleve.

—No, no. Vivo a sólo dos manzanas. En Brooklyn.

—Entonces, iré andando con usted y cogeré allí el taxi —concluyó Michael.

Dieron las gracias al policía y caminaron en silencio sobre la nieve, sintiendo el dolor de sus moraduras. Finalmente, el hombre se detuvo delante de un viejo edificio de ladrillos que mostraba en la puerta una ilegible placa de madera.

Cogió la mano de Michael.

—Le estoy muy agradecido. Soy Gross, Max Gross. El rabino Max Gross. ¿No quiere tomar una taza de té conmigo?

Michael sentía curiosidad y accedió, presentándose a su vez. Al entrar, el rabino Gross se puso de puntillas para tocar una *Mezuzá* colocada sobre el dintel, y después se besó las yemas de los dedos. Sacó del bolsillo su yarmulka, empapada ya por la nieve fundida, y se la puso sobre la cabeza. Una pequeña caja de cartón contenía un montón de casquetes y se los señaló a Michael.

—Ésta es la casa de Dios.

Michael se puso uno, pensando que, si era así, Dios necesitaba una limosna. La estancia era pequeña y estrecha, más parecida a un pasillo que a una sala, lo suficientemente ancha para acomodar solamente diez filas de sillas plegables colocadas ante el altar. Un agrietado linóleo cubría el suelo. En un extremo del recinto, una pequeña dependencia contenía una destartalada mesa de despacho y varias sillas de mimbre. Gross se quitó el abrigo y lo echó sobre la mesa. Llevaba un

traje azul marino, sin planchar. Michael no podía asegurar si llevaba corbata bajo la barba. El rabino iba muy pulcro, pero a Michael le dio la impresión de que si no tuviera barba estaría todo el tiempo necesitando un afeitado.

Sonó un estruendo que hizo estremecer al edificio entero. La desnuda bombilla que colgaba al extremo de su cordón se bamboleó, haciendo danzar grandes sombras sobre el techo.

—¿Qué es eso? —preguntó sobresaltado Michael.

—El metro.

En el lavabo, llenó de agua un abollado puchero de aluminio y lo puso a hervir en un hornillo eléctrico. Las tazas eran gruesas y estaban resquebrajadas. Coloreó las dos tazas de agua con una sola bolsita de té. Utilizaron azúcar en terrones.

El rabino recitó una brocha. Se sentaron en las sillas de mimbre y bebieron.

La magulladura de la cara del rabino estaba adquiriendo una tonalidad purpúrea. Sus ojos eran grandes y oscuros, y brillaba en ellos la inocencia, como en los de un niño o un animal. Un santo o un necio, se dijo Michael.

—¿lleva mucho tiempo aquí, rabbi?

Él sopló sobre el té. Reflexionó largo rato.

—Dieciséis años. Sí, dieciséis.

—¿Cuántos miembros tiene usted en su congregación?

—No muchos. Unos cuantos. La mayoría, viejos.

Permaneció sentado, sorbiendo el té, sin manifestar ninguna curiosidad hacia Michael ni hacerle preguntas. Terminado el té, se estrecharon la mano, y Michael se puso el abrigo. En la puerta, se volvió y miró hacia atrás. El rabino Gross parecía no darse cuenta de que no estaba solo. De espaldas a su visitante, oscilaba de un lado a otro, terminando la *Shemá* vespertina que había sido interrumpida en la calle: «¡Escucha, oh, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno!» Retumbó el metro. Se estremeció el edificio. Se bamboleó la bombilla. Danzaron las sombras. Michael salió.

Una noche, poco antes de los exámenes, se hallaba sentado en el sindicato estudiantil tomando café con otros dos estudiantes uno de los cuales era una apetecible mujer. Los tres estaban encontrando ciertas dificultades con la filosofía americana.

—¿Qué me dices de Orestes Brownson y de la decepción que sufrió con la Ilustración? —preguntó Edna Roth.

Tenía una lengua roja que aleteaba mientras se lamía las yemas de los dedos, pegajosos por el pastel.

—¡Dios mío! Lo único que recuerdo de él es que se convirtió al catolicismo — respondió con un gemido.

—He estado pensando en tu padre —dijo de pronto Chuck Farley—. Los

pequeños capitalistas como tu padre son los mayores enemigos del obrero.

—La mayoría de las semanas, mi padre se ve apurado para poder pagar los salarios —dijo secamente Michael. Farley no había conocido nunca a Abe Kind. Un par de veces le había preguntado cosas acerca de la empresa de su padre, y Michael había respondido a sus preguntas—. El sindicato le está provocando una úlcera. ¿Qué tiene eso que ver con la filosofía americana?

Farley enarcó las cejas.

—Todo —respondió—. ¿No te das cuenta?

Farley era muy feo con una nariz roja, prominente y llena de pecas, y cejas y pestañas también rojas. Llevaba lentes octogonales sin montura y vestía de forma atildada. Siempre que pronunciaba un discurso en clase, se sacaba del pantalón un enorme reloj de oro y lo ponía sobre la mesa delante de él. Michael solía tomar café con él muy a menudo en el local del sindicato de estudiantes, porque Edna Roth solía sentarse a su lado.

Edna era una mujer morena, tenía un lunar en su pómulo izquierdo y un ligero abultamiento en el labio inferior que Michael deseaba coger entre sus dientes. Un poco entrada en carnes, ligeramente desaliñada, ni bonita ni fea, llevaba cómodamente su femineidad en sus oscuros ojos y exhalaba un calor bovino y un débil y desconcertante olor a leche.

—A partir de ahora se acabaron las borracheras —dijo, aunque Michael nunca había bebido con ellos—. Nada de siestecitas, ni juego, ni extravagancias a lo Cecil B. de Mille. Necesitamos estudiar mucho para ese examen. —Parpadeó ansiosamente en dirección a Farley. Era miope, y eso le daba a su cara un aire soñoliento—. ¿Tendrás tiempo suficiente para estudiar, cariño?

Él asintió con la cabeza.

—En el tren.

Se dirigía a Danbury, Connecticut, donde estaba ayudando a formar piquetes de huelgas en la industria sombrerera. Edna se mostraba muy comprensiva hacia estas actividades. Era viuda. Su difunto marido, Seymour, había sido también miembro del partido. Sabía todo lo que había que saber acerca de piquetes de huelga.

Farley rozó con sus delgados labios la carnosa boca de Edna y se marchó. Michael y Edna terminaron su café y se retiraron a un cubículo del tercer piso de la Biblioteca Butler, donde, hasta la hora de cerrar, forcejearon con Brownson y Theodore Parker, los trascendentalistas, los filósofos cósmicos, los empiristas radicales, el calvinismo, Borden Parker Browne, Thoreau, Melville, Brook Farn, William Torrey Harris…

Cuando salieron, él guiñó los enrojecidos ojos.

—Hay demasiados detalles.

—Sí. Oye, cariño, ¿Quieres venir a mi casa y estudiar una o dos horas mas?

Cogieron el metro. Edna vivía en un edificio de apartamentos de ladrillo rojo situado en Washington Heights. Abrió la puerta con su llave, y el se quedó sorprendido al ver a una joven negra sentada junto a la radio, estudiando en unos libros que empezó a recoger en cuanto les Vi0 entrar.

—¿Qué tal está, Martha? —preguntó Edna.

—Muy bien. Es un niño muy bueno.

La muchacha se marchó, llevándose sus libros. Michael siguió a Edna al interior del pequeño dormitorio y se inclinó sobre la cuna. Imaginaba que todo lo que Seymour le había dejado el dinero suficiente para volver a sus estudios y pagarse el ticket de la comida. Pero allí había un legado diferente.

—Es un niño muy guapo —dijo Michael cuando volvieron al cuarto de estar—. ¿Qué edad tiene?

—Gracias. Catorce meses. Se llama Alan.

Edna entró en la cocina y empezó a preparar café. Michael miró a su alrededor. Había una fotografía sobre la repisa de la chimenea. Supo, sin necesidad de preguntarlo, que aquél era el difunto Seymour, un hombre apuesto con un ridículo bigote y una sonrisa forzada. Los muebles eran de estilo colonial. Con un poco de suerte durarían hasta que ella obtuviera su título de profesora o volviera a casarse. Al asomarse a la ventana, vio el río. El edificio estaba más cerca de Broadway que el Drive, pero la tierra bajaba bruscamente hacia el Hudson, y el apartamento de Edna estaba en el octavo piso. Las diminutas luces de varias embarcaciones se movían lentamente sobre el agua.

Tomaron café en la minúscula cocina. Luego, estudiaron sin moverse de la mesa, tocando él el muslo de Edna con su rodilla Antes de que hubieran pasado cuarenta minutos, él no podía ya más, y ella había cerrado también el libro. Hacía calor en la cocina. Volvía a percibirse el lechoso olor de ella, débil pero nítido.

—Puedes quedarte, si quieres, cariño. Quiero decir, toda la noche.

Michael llamó por teléfono mientras ella limpiaba las tazas del café. Contestó su madre, con voz ronca por el sueño. Él le dijo que iba a quedarse estudiando con un amigo y dormiría luego en su casa. Su madre le agradeció que la llamara para que no estuviese preocupada.

La alcoba era contigua a la habitación del niño, y la puerta se hallaba abierta. Se desnudaron, de espaldas uno a otro, a la luz de la lamparita que brillaba a la cabecera del niño. Él cogió suavemente entre sus dientes el labio inferior de ella, como se había prometido a sí mismo. En la cama, apretado contra ella, el débil olor a leche era muy real. Se preguntó si amamantaría al niño. Pero sus pezones estaban secos, pequeños y duros. Todo lo demás era suave y cálido, sin sobresaltos ni sorpresas, un suave alzarse y descender, como el mecerse de una cuna. Ella era cariñosa. Michael se quedó dormido con la cabeza apoyada en la mano de Edna.

A las cuatro de la mañana, el niño empezó a llorar; un débil sonido que les hizo despertarse. Edna retiró la mano de debajo de su cabeza, saltó de la cama y corrió a calentar un biberón. Vista de espaldas, sus nalgas eran grandes y ligeramente caídas. Cuando sacó el biberón de la cacerola de agua caliente, quedó resuelto el misterio del olor a leche; se echó un pequeño chorro en la suave y sensible piel de la cara interior de su antebrazo. Encontrando satisfactoria la temperatura de la leche, introdujo la tetina en la boca del niño. El llanto cesó.

Cuando ella se metió de nuevo en la cama, Michael se inclinó sobre su cuerpo para besar el lugar en que había caído la leche. Estaba todavía húmedo y caliente. Exploró con la lengua la suavidad de la piel. La leche estaba dulce. Edna suspiró profundamente. Alargó la mano hacia él. Esta vez, Michael se mostró más confiado, y ella menos maternal. Cuando Edna se quedó dormida, Michael se levantó silenciosamente de la cama, se vistió a oscuras y salió del apartamento. Afuera en la calle, reinaba la oscuridad. Una fresca brisa soplaba del río. Se levantó el cuello del abrigo y empezó a andar. Se sentía ligero y feliz, aliviado de la carga de la inocencia.

—Por fin —dijo en voz alta.

Un muchacho que pasó pedaleando junto a la cuneta, llena de paquetes la cesta de su bicicleta, le lanzó una mirada dura y reluciente. En cualquier otro lugar del mundo, a las cinco y cinco de la mañana, la gente aún estaría durmiendo. Manhattan bullía de actividad. Gente por la acera, coches particulares y taxis por la calzada. Caminó largo tiempo. Hacía unos minutos que había amanecido, cuando reconoció uno de los edificios a cuyo lado pasaba. Era la pequeña shul donde el metro hacía bambolearse las luces: la sinagoga del rabino Max Gross.

Se acercó a la puerta y aproximó sus ojos a unos centímetros de las casi borradas letras de la pequeña placa de madera. A la grisácea luz del alba, las desvaídas letras hebreas parecían caracolear y retorcerse, pero, aunque con dificultad, consiguió descifrarlas. Shaéaré Shamáytm. Las Puertas del Cielo.

# 15

A los cuatro años de edad, en la ciudad polaca de Vorka, Max Gross sabia leer ya trozos diversos del *Talmud*. A los siete años cuando la mayoría de sus pequeños amigos estaban todavía aprendiendo el idioma y los relatos bíblicos, él se había sumergido ya en las profundas complejidades de la Ley. Su padre, Jaim Gross, el mercader de vinos, se sentía contento de que su simiente de comerciante hubiera producido un ilui, un prodigio talmúdico, que atraería las bendiciones de Dios sobre el alma de Sorelé, su difunta esposa, que había sido enviada al Paraíso por la gripe cuando su hijo andaba todavía a gatas. Desde el momento en que supo leer, Max acompañaba a su padre y a los otros *Jasidim* cuando se reunían ante el rabino Label, su director. Todos los sábados por la noche, el rabino de Vorka «ofrecía su mesa». Los judíos piadosos cenaban temprano en sus casas, sabiendo que el rabino les esperaba. Cuando se habían reunido en torno a su mesa, el rabino empezaba a comer, entregando de vez en cuando una golosina —un blanco pedazo de pollo, una gustosa medula de hueso, una porción de pescado— a un judío merecedor de ello, que lo mordisqueaba con arrobo, consciente de que el alimento recibido de la mano del rabino era alimento que había sido tocado por Dios. Max, el prodigio, llevando un caftán de terciopelo blanco, se sentaba entre sus mayores. Delgado, con los grandes ojos muy abiertos y una perpetua expresión de concentración en su rostro mientras se estiraba uno de los mechones de pelo de sus sienes, escuchaba atentamente las palabras de sabiduría del rabino.

Además de ser un prodigio, era un niño, y disfrutaba en las festividades. En la noche de cualquier fiesta, los *Jasidim* se reunían para la celebración. Las mesas quedaban cubiertas con tazas de los garbanzos hervidos llamados nahit, bandejas de pasteles y kugels y botellas de ginebra. Las mujeres, por ser criaturas inferiores, no se inmiscuían en la escena. Los hombres comían poco y bebían con frecuencia. Conscientes de que el mal sólo podía ser vencido con la alegría y no con la tristeza, y en la creencia de que el éxtasis les acercaba más a Dios, dejaban que la felicidad inundara sus almas.

Pronto, uno de los barbudos *Jasidim* se levantaba y hacía una seña a un camarada. Apoyándose mutuamente las manos en los hombros, comenzaban a danzar por la habitación. Se emparejaban también otros y empezaban a bailar, hasta que el recinto quedaba lleno de barbudas parejas. El ritmo era ligero y triunfante. La música era la formada por las voces de los bailarines cantando una vez y otra una solo frase bíblica. Alguien le daba a Max un trago de ardiente ginebra en plan de broma, y alguien, tal vez el propio rabino, elegía como compañero de baile al muchacho. Con la cabeza ligera y los pies inseguros, impulsado por grandes manos que le aferraban los hombros, giraba por la habitación con jadeante alegría, levantando los pies como su

compañero, mientras las voces profundas de los barbudos hombres entonaban un rítmico y repetido estribillo: «Vetáhair libanu léavdejó beehmes». «Purifica nuestros corazones para servirte en la verdad».

Max Gross se convirtió en una leyenda para su comunidad antes que llegara a ser *Bar misvá*. A medida que ahondaba con más intensidad en el mar del *Talmud*, fue siendo elegido con más frecuencia para tomar los bocados selectos de la mesa del rabino, y los amigos de su padre le paraban en la calle para darle unas palmaditas en la espalda o tocarle la cabeza. A los ocho años, fue sacado del *Jéder*, donde estudiaban el resto de los chicos, y colocado con Reb Yankel Cohel, un erudito tuberculoso cuyos ojos brillaban con enfermizo fulgor, para recibir una instrucción privada. Era casi como estudiar solo. El muchacho recitaba durante largas horas, mientras el delgado hombre permanecía sentado en una gran alfombra, tosiendo constantemente. No conversaban. Cuando la cansada voz de Max se extraviaba en una falsa filosofía o en una defectuosa interpretación, saltaba como una garra la mano del hombre, y unos dedos que parecían tenazas le retorcían la carne del antebrazo. Sus brazos estuvieron llenos de rosetones rojos hasta después de ser enterrado Reb Yankel. Cuatro meses antes de morir, el profesor había informado a Jaim Gross de que había enseñado al muchacho todo lo que sabía. Desde aquel día hasta que fue *Bar misvá*, Max acudió todas las mañanas a la Casa de Estudio de la comunidad, donde se sentaba en torno a una mesa con varios hombres, algunos de ellos de pobladas barbas grises. Cada día estudiaban una parte diferente de la Ley, enzarzándose en acaloradas discusiones acerca de su interpretación. Cuando, a los trece años, Max hubo alcanzado la virilidad judía, el propio rabino Label tomó a su cargo la responsabilidad de la educación del prodigio. Era un honor singular. El único estudiante que había además de él en la casa del rabino era su yerno, un hombre de veintidós años que estaba esperando ser ordenado como rabino.

Jaim Gross daba diariamente gracias a Dios por la bendición que había recibido en su hijo. El futuro del muchacho estaba asegurado. Sería rabino, y sus brillantes dotes le permitirían reunir a su alrededor una distinguida corte rabínica que le depararía fama, honor y riqueza. ¡Y se trataba del hijo de un vendedor de vinos resinosos! Soñando una noche de invierno en el futuro de Max, Jaim Gross murió, sonriendo, de un ataque al corazón.

Max no recriminó a Dios por haberse llevado a su padre. Pero, de pie junto a la tumba abierta en el pequeño cementerio judío, sintió por primera vez la cortante incisión del viento y la mordedura del frío.

Por consejo del rabino Label, contrató a un dependiente polaco llamado Stanislaus para que cuidara de la tienda de vinos. Una vez a la semana, Max revisaba superficialmente los libros para mantener a un nivel razonable los hurtos de Stanislaus. La tienda le daba mucho menos dinero del que había ganado su padre,

pero le permitía continuar su vida de estudio.

Tenía veinte años, estaba preparándose para rabino y trataba de encontrar una esposa conveniente, cuando duros tiempos empezaron a abatirse sobre Polonia. Aquel verano, el calor había sido extremado, y no había llovido nada. En los campos, el trigo y la cebada se quemaban al sol, y las plantas se resquebrajaban en vez de inclinarse bajo el soplo del viento. La escasa remolacha que se recogió aquel año estaba blanda y arrugada, y las patatas eran pequeñas y de sabor amargo. A la llegada de las primeras nieves, los campesinos se congregaron en las fábricas textiles, de papel y de vidrio, donde rivalizaban para trabajar por salarios cada vez más bajos. Pronto, salvajes luchas jalonearon los cambios de trabajo, y se empezaron a formar en las calles masas hambrientas que escuchan las alocuciones de hombres de gesto fosco que agitan los puños y gritan.

Al principio, sólo fueron apaleados unos cuantos judíos. No tardaron, sin embargo, en organizarse incursiones regulares contra los guetos. Los polacos olvidaban los gritos de hambre de sus hijos en la momentánea excitación de golpear a los hombres que habían matado al Salvador. En Vorka, Stanislaus comprendió que, como encargado de la tienda de un judío, le sería difícil convencer a una multitud entregada al pillaje de que él no era judío. Una tarde, huyó de la tienda, sin molestarse en cerrar la puerta y llevándose consigo la recaudación de la semana. Lo hizo a tiempo. La noche siguiente, una alborotadora partida de borrachos irrumpió en el gueto de Vorka. En las calles, la sangre corría como el vino; en la tienda del difunto Jaim Gross, el vino corría como sangre. Lo que no pudieron beber ni llevarse, lo derramaron y chapotearon sobre él. Al día siguiente, mientras los judíos curaban sus heridas y enterraban a sus muertos, Max comprendió que su tienda había quedado destruida. Aceptó la pérdida con una sensación de alivio. Su verdadero trabajo estaba con su pueblo y con Dios. Ayudó al rabino a la celebración de los funerales y rezó con sus hermanos para obtener el amparo de Dios.

Cuando hubo pasado la crisis, el rabino Label le mantuvo durante tres meses. Estaba dispuesto a hacerse rabino con un rebaño. Pero cuando empezó a buscar una congregación, resultó claro que los judíos de Polonia no necesitaban nuevos rabinos. A decenas de millares, los judíos estaban abandonando el país, en su mayor parte para dirigirse a Inglaterra o a Estados Unidos.

El rabino Label trató de ocultar su preocupación.

—Entonces, tú serás mi hijo. Lo que nosotros comamos comerás tú. Ya vendrán tiempos mejores.

Pero cada día Max veía marcharse más judíos. ¿Quién les ayudaría a encontrar a Dios en ambientes extraños? Cuando le hizo esta pregunta al rabino Label, el profesor se encogió de hombros.

Pero el alumno conocía ya la respuesta.

Llegó a Nueva York en agosto, en plena ola de calor, llevando su larga y pesada gabardina y un redondo sombrero negro. Durante dos días y dos noches, se hospedó en el piso de dos habitaciones de Simon y Buni Wilensky, que habían salido de Vorka con sus tres hijos seis semanas antes de que él emprendiera el viaje a América. Wilensky trabajaba en un taller donde se confeccionaban pequeñas banderas americanas. Cosía. Aseguró a Max que en cuanto Buni dejase de llorar también a ella le gustaría América. Cuando Max hubo escuchado durante dos días el llanto de Buni y no pudo aguantar por más tiempo los gritos y los olores de los hijos de Wilensky, salió de la casa y caminó al azar por el East Side hasta que llegó a una sinagoga. En ella, un rabino le escuchó; luego, le metió dentro de un taxi y le llevó a la Asociación de Rabinos Ortodoxos. No tenían congregaciones vacantes en aquel momento, le dijo un rabino. Pero había muchas solicitudes de recitadores para cantar en las grandes festividades. ¿Era él un jahzen, un recitador? En tal caso, podrían enviarle a la congregación Bet Israel, en Bayonne, Nueva Jersey. La shul estaba dispuesta a pagar setenta y cinco dólares.

En cuanto empezó a cantar en Bayonne, los fieles le miraron estupefactos. Siendo niño, se había aprendido el servicio de memoria y conocía cada nota de la melodía como si se tratara de un amigo íntimo. En su mente, la música sonaba clara y verdadera, pero lo que salía de su boca no podía ser llamado canto. Tenía la voz de una rana instruida. Al terminar el primer servicio, un adusto tesorero de la congregación, llamado Jacobson, le hizo una imperiosa seña con el dedo para que se acercase. Era demasiado tarde para que la shul encontrara otro recitador. Pero en una breve conversación Max fue informado de que no recibiría setenta y cinco dólares por cantar durante las fiestas. Recibiría diez dólares y un lugar para dormir. Por diez dólares nadie podía exigir un ruiseñor, dijo Jacobson.

Su actuación como cantor era tan desdichada que la mayoría de los concurrentes a la sinagoga le eludía.

Pero Jacobson se tornó más amistoso. Era un hombre gordo y calvo, de tez pálida y dientes de oro. Del bolsillo superior de la chaqueta de su traje a cuadros asomaban siempre tres cigarros puros. Le hizo un montón de preguntas personales, que Max contestó cortésmente. Por fin, el amerikané le reveló que era un shadjen, un agente matrimonial.

—La solución a tus males es una buena esposa —dijo—. «Pues los creó hombre y mujer». Y dijo: «Creced y multiplicaos y llenad la Tierra».

Max le escuchaba con atención. Como joven estudioso de gran reputación, había esperado casarse con una muchacha de una de las acomodadas familias judías de Vorka. Con una bella muchacha que le proporcionara un hogar, y con influyentes parientes políticos que le suministraran una buena dote, la vida en América sería mucho más agradable.

Pero Jacobson le miró fijamente y le habló en inglés, idioma que sabía que Max no comprendía aún.

—Eres un pardillo y vistes como si estuvieras invitando a un pogromo. No eres ningún gigante, ninguna chica se va a sentir pequeña a tu lado —suspiró—. No tienes la cara picada de viruelas; es lo mejor que puede decirte una persona.

Le explicó, en *Yiddish*, que el mercado para judíos polacos no era tan bueno en América como en Polonia.

—Haga lo que pueda —dijo Max.

Leah Masnick era cinco años mayor que Max. Huérfana, vivía con su tío Lester Masnick y su esposa Ethel. Los Masnick tenían un establecimiento de venta de carne de pollo. La trataban con ternura, pero ella imaginaba que sus cuerpos, aunque estuvieran recién bañados, olían a sangre y plumas. Americana de segunda generación, nunca habría admitido la posibilidad de casarse con un inmigrante si no fuera porque habían pasado varios años desde que ningún hombre la solicitara. No era fea, aunque tenía los ojos pequeños y la nariz larga, pero carecía de femineidad; no sabía cómo sonreír a un hombre, ni cómo hacerle reír. Últimamente, incluso se sentía menos mujer. Le parecía que sus poco abultados pechos se estaban volviendo más lisos. Sus períodos se hicieron irregulares, y tardaban a veces varios meses. En ocasiones, imaginaba que su alto y delgado cuerpo se estaba convirtiendo, por falta de uso, en el de un muchacho. Tenía $2.843 dólares en la New Jersey Guarantee Trust Company.

Cuando Jacobson llegó una noche a casa de su tío y le dirigió una sonrisa por encima de su taza de café, comprendió que aceptaría para ella quienquiera que fuese, pues, no podía permitirse el lujo de perder ninguna oportunidad. Cuando supo que el hombre era un rabino, sintió un estremecimiento de esperanza. Había leído novelas inglesas en que salían clérigos y sus esposas, y se imaginó a sí misma viviendo en una pequeña pero pulcra parroquia inglesa, con *Mezuzás* sobre las puertas. Cuando lo vio, un hombrecillo barbudo y vestido con extrañas y arrugadas ropas, con femeninos rizos cayéndole sobre las orejas, hizo un esfuerzo por mostrarse agradable con él, mientras le brillaban los ojos de lágrimas.

Aun así, sufrió un ataque de histeria diez días antes de la boda y gritó que no se casaría con él a menos que se cortara el pelo a la americana. Max se quedó sorprendido, pero había observado que los rabinos americanos que había conocido no llevaban rizos sobre las orejas. Resignadamente, se sentó en el sillón de una barbería y dejó que un italiano le cortara, entre contenidas risitas, los payés que Max había llevado toda su vida. Sin ellos se sentía desnudo. Cuando Lester, el tío de Leah, le llevó a unos grandes almacenes y le compró un traje gris de chaqueta cruzada con cuadradas hombreras, sintió que podía pasar ya por un auténtico goy.

Pero su aparición no causó ningún revuelo cuando volvió a la oficina de la

Asociación de Rabinos Ortodoxos. Su visita era muy oportuna, le dijeron. Se estaba formando en Manhattan una nueva congregación, y sus miembros solicitaban que la Asociación les procurase los servicios de un rabino. Shaéaré Shamáyim era pequeña, con sólo unos pocos miembros y una sala alquilada para celebrar los servicios, pero crecería, le dijeron los rabinos. Max se sintió lleno de alegría. Tenía su primer rabinato.

Alquilaron un piso de cuatro habitaciones a dos manzanas de distancia de la shul, gastando en muebles una gran parte de la dote Allí pasaron la primera noche de su matrimonio. Ambos estaban fatigados por la excitación del día y débiles por la falta de alimento, pues se habían mostrado incapaces de comer los pollos de boda preparados por tía Ethel Masnick. Max se sentó en su nuevo sofá y se puso a accionar el dial de su nueva radio, mientras su esposa se desnudaba en la habitación contigua y se metía en la nueva cama Cuando él se acostó a su lado, se dio cuenta de que la parte superior de su cabeza tocaba la oreja de ella, mientras que los helados dedos de sus pies se apoyaban en sus temblorosos tobillos.

Su himen era resistente como el cuero. Él forcejeó con ahínco, murmurando breves oraciones, intimidado por el hecho de que no cedía y por los agudos y pequeños gritos de miedo y de dolor de su esposa. Lo consiguió por fin, y la membrana se rasgó, acompañada por un penetrante grito de Leah. Cuando todo hubo terminado, ella se quedó tendida junto al borde de la cama y lloró, en parte por el dolor y la humillación, y en parte porque su extraño y pequeño marido yacía extendido sobre los dos tercios de la cama, entonando cantos triunfales en hebreo, idioma que ella no entendía.

Al principio, todo atosigaba a Max Gross, amenazándole Las aceras estaban llenas de gentes desconocidas que empujaban y daban codazos, caminando siempre con apresuramiento. En las calzadas, coches, autobuses, tranvías y taxis atronaban el espacio con sus bocinas y llenaban el aire con sus escapes de gas. Todo era ruido y suciedad. En su propia casa, donde debía haber reinado la paz, había una mujer que se negaba a hablar en *Yiddish* con él, aunque era su esposa. Él nunca le hablaba más que en *Yiddish*; ella nunca le contestaba más que en inglés. Era un lío. Sorprendentemente, ella había esperado que hubiera conversación durante las comidas, y lloraba cuando él insistía en estudiar mientras comía. Una noche, poco después de la boda, él le dijo con suavidad que era la esposa de un rabino que había sido educada por los *Jasidim*. La esposa de un jasid, explicó, debía cocinar, coser, lavar y rezar, en vez de estar continuamente hablando, hablando y hablando de todo y de nada.

Todos los días se iba temprano a la shul y regresaba tarde. Allí encontraba paz. Dios era el mismo que había sido en Polonia, las oraciones eran las mismas. Era capaz de estar todo el día estudiando y rezando, sumiéndose en la contemplación

mientras crecían las sombras del día. Los miembros de su congregación le encontraban lleno de sabiduría, pero retraído. Respetaban su ciencia, pero no le amaban.

Una tarde, cuando llevaban casi dos años casados, Leah metió sus ropas en una maleta de cuero de imitación y escribió una nota a su marido diciendo que le abandonaba. Cogió un autobús hasta Bayonne, Nueva Jersey, donde se instaló en su antigua habitación de la casa de los Masnick y empezó de nuevo a llevar los libros de su tío Lester en el mercado de pollos. Después de la marcha de ella, Max descubrió que tenía que levantarse media hora antes todas las mañanas para llegar a la shul a tiempo para el *Qaddish*. No prestaba ninguna atención al apartamento. El polvo aumentaba en el suelo, y los platos se amontonaban en la pila.

Leah había olvidado el olor a sangre y a plumas de la pollería. Durante su ausencia, los libros de su tío habían sido llevados de cualquier manera, y se hallaban plagados de errores. Le acometía dolor de cabeza cuando se sentaba ante la vieja mesa escritorio de la trastienda y se esforzaba por cuadrar las cuentas, mientras cloqueaban las gallinas y cacareaban los gallos. Por la noche no podía dormir. El extraño hombrecillo barbudo con el que se había casado era fuerte y vigoroso, y durante dos años había usado su cuerpo a voluntad. Ella había pensado que se sentiría libre sin él. Pero ahora, tendida en la cama de su antigua doncellez, descubría para su asombro que mientras dormía se llevaba la mano entre los muslos y soñaba con sorprendente detallismo con el pequeño tirano.

Una mañana, mientras se hallaba tecleando afanosamente en la sumadora, tratando de ignorar el olor a excrementos de aves, empezó a vomitar. Se encontró mal durante varias horas. Por la tarde, un médico le dijo que su hijo nacería dentro de siete meses. Cuando, a la noche siguiente, Max regresó de la sinagoga, encontró a su mujer trabajando en la cocina. El apartamento había sido limpiado. Atractivos aromas surgían de los pucheros que borboteaban sobre el fuego. La cena estaba casi lista, le dijo. Ella procuraría que nada turbara su estudio en lo sucesivo, pero durante la comida no tenía que haber libro alguno sobre la mesa, o se volvería a Bayonne.

Él asintió con una sensación de felicidad. Por fin le estaba hablando como debía hablar una esposa judía, en *Yiddish*.

La congregación Shaéare Samáyim no se convirtió en una grande y poderosa sinagoga. Max no era un administrador, ni tampoco la clase de rabino que veía la sinagoga como una institución social. Shaéaré Shamáyim no tenía nada de hermandad. No celebraba ningún picnic anual. No organizaba sesiones de cine. Las familias que buscaban esta clase de sinagoga se vieron pronto decepcionadas.

Cuando en las barriadas vecinas se fundaron nuevas congregaciones, la mayoría de estas familias fueron transfiriendo a ellas su fidelidad y sus aportaciones anuales. Finalmente, sólo quedó en su rebaño un puñado de hombres que deseaban mantener

su religión en toda su pureza.

La mayor parte de su vida transcurría en la pequeña y oscura habitación con la *Torá*. Los profetas eran su familia. Leah había dado a luz un hijo, al que llamaron Jaim. Vivió tres años antes de morir de apendicitis. Sosteniendo en sus brazos al niño durante las horas finales, sintiendo cómo iba huyendo la vida mientras el pequeño rostro ardía bajo sus labios, Max había dicho a su mujer que la amaba.

Él nunca volvió a decirlo, pero Leah había de recordarlo siempre. No era bastante para compensar la soledad que nunca la abandonaba, la aflicción, la vaciedad de sus días, la conciencia de que no podía competir con Dios; pero era algo.

A medida que pasaban los años y la shul se tornaba más destartalada y decrépita, los ancianos de la congregación comenzaron a mirarle con una lealtad que le sorprendió porque contenía amor. Nunca pensó en buscar un público más próspero. La pitanza que le entregaban como sueldo anual le era suficiente. Dos veces hizo montar en cólera a Leah por rehusar pequeños aumentos; decía al presidente de la shul que todo lo que un judío necesitaba era alimento y una túnica con flecos. Finalmente, Leah fue a la congregación y aceptó por él el aumento.

Únicamente se sentía solitario cuando pensaba en los *Jasidim*. Una vez, oyó hablar de varias familias de Vorka que vivían en Williamsburg. Hizo el largo viaje en metro y las encontró. Afortunadamente, le recordaban, no como un rostro o una persona, sino como una leyenda, el ilui, el prodigio que había sido el favorito del rabino Label, que en paz descanse. Tomó asiento con ellos. Las mujeres sirvieron nahit, y algunos de los hombres llevaban todavía barba, pero no eran *Jasidim*. Carecían de dirigente, un gran rabino en torno a cuya mesa pudieron reunirse para escuchar la sabiduría y tomar selectos bocados de alimento sagrado. No danzaban hombre con hombre, ni sentían alegría, sino que, simplemente, permanecían sentados y suspiraban, hablando de cómo había sido en der alte hame, en el viejo hogar que habían abandonado hacía años. No volvió nunca a visitarles.

A veces, discutía vivamente acerca de la Ley con los ancianos de la congregación, pero sostenía sus mejores debates cuando se hallaba solo en la sombría y pequeña shul, con una botella de whisky sobre la mesa junto a sus libros abiertos. Al tercer o cuarto trago sentía iluminársele el espíritu, y su mente se remontaba feliz y liberada. Enseguida, empezaba a oír la voz. Su oponente era siempre el rabino Label. Max no veía nunca al gran hombre, pero su sabia y serena voz estaba allí, en su mente ya que no en la habitación; y los dos luchaban con sus inteligencias a la manera de antes, esgrimiendo la voz sus quites y contraataques a cada estocada filosófica de Max, repleta de fuentes bíblicas y precedentes legales. Cuando se sentía excitado y exhausto por la discusión, la voz se desvanecía, y él bebía hasta que la habitación empezaba a moverse y girar. Luego, se recostaba en su silla, cerraba los ojos y se convertía de nuevo en niño, sintiendo que unas manos se posaban sobre sus hombros

mientras él se movía por la habitación a los tonantes sones de un canto bíblico. A veces, la música que sonaba en su mente le hacía dormir.

Una tarde, al abrir los ojos después de uno de estos sueños, pensó, con un impulso de alegría, que por primera vez podía ver la presencia del rabino Label en la habitación. Luego, se dio cuenta de que era un joven alto quien estaba de pie ante él, alguien que había visto con anterioridad.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Había algo en los ojos del muchacho. Los ojos del muchacho podían pasar por los ojos del rabino de Vorka. Permanecía en pie delante de la mesa de Max, mostrando en sus manos un pastel contenido en una caja, como si fuese un boleto de admisión.

—Hábleme de Dios —dijo Michael.

# 16

En las vacías horas de la madrugada, Michael había empezado a tener dudas acerca de la existencia de Dios, ociosamente al principio y, luego, con obsesiva desesperación. Agitándose y revolviéndose hasta arrugar por completo las sábanas, yacía tendido, parpadeando en la oscuridad. Había rezado desde su niñez. Ahora se preguntaba a dónde iban dirigidas sus oraciones. ¿Y si sólo rezaba a la susurrante quietud de su dormitorio, proyectaba sus ambiciones y sus temores sobre millones de kilómetros de nada, o daba gracias a un poder no mayor que los gatos, que producían suaves y apagados sonidos al arañar con sus zarpas los postes de la calle que había bajo su ventana?

Después de que sus preguntas se hubieron hecho demasiado persistentes y su agitado insomnio le hubo conducido a Max Gross, luchó amargamente con el rabino, odiando su serena certidumbre. Los dos se hallaban sentados a la baqueteada mesa y se contemplaban mutuamente sobre las humeantes tazas de té, atentos al inminente combate.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cómo puede estar seguro de que el hombre no imaginó a Dios porque tenía miedo de la oscuridad y el frío, porque necesitaba la protección de algo, aunque fuese su propia y estúpida imaginación?

—¿Qué te hace pensar que fue eso lo que sucedió? —preguntó Max en tono sosegado.

—No sé lo que sucedió. Pero sé que ha habido vida sobre la Tierra durante más de mil millones de años. Y siempre, si se contemplan las culturas, encontramos algo a lo que rezar, una estatua de madera manchada de barro, o el sol, o un hongo, o un gran falo de piedra.

—¿Falo?

—Un potz.

—Ah. —Para un hombre que discutía con la voz de Label de Vorka, aquello era poco más que un ejercicio—. ¿Quién hizo a la gente que adoraba ídolos obscenos? ¿Quién creó la vida?

Un estudiante avanzado de Columbia podía contestar fácilmente a aquello.

—Un ruso llamado Oparin dice que la vida pudo haber empezado con la generación accidental de compuestos de carbono. —Miró a Gross, esperando ver la turbación del profano al ser llevado a una discusión científica, pero lo único que vio fue interés—. En el principio, la atmósfera de la Tierra carecía de oxígeno, pero tenía abundancia de metano, amoníaco y vapor de agua. Oparin cree que los relámpagos, al enviar electricidad a través de estas cosas, crearon aminoácidos sintéticos, de los cuales está hecha la vida. Luego, las moléculas orgánicas se desarrollaron durante

millones de años en las charcas, y la selección natural dio como resultado complicadas criaturas, unas que se arrastraban por la tierra, otras que tenían pies palmeados, otras que inventaron a Dios. —Miró retadoramente al rabino Gross—. ¿Comprende lo que estoy diciendo?

—Comprendo lo suficiente —repuso Max Gross, pellizcándose la barba—. Supongamos que es así. Entonces, déjame preguntarte: ¿Quién suministró el…, cómo lo llamas…, el metano, sí, y el amoníaco y el agua? ¿Y quién envió los relámpagos? Y el mundo en que pudo suceder todo esto tan maravilloso, ¿De dónde procedía?

Michael guardó silencio.

—¿De verdad no crees en Dios? —preguntó sonriente y con suavidad Gross.

—Creo que me he vuelto agnóstico.

—¿Qué es eso?

—Alguien que no está seguro de si Dios existe o no.

—No, no, no. Entonces, llámate ateo. Porque, ¿Cómo puede nadie estar seguro de que Dios existe? Por tu definición, todos somos agnósticos. ¿Crees que yo tengo un conocimiento científico de Dios? ¿Puedo retroceder en el tiempo y estar allí cuando Dios habla a Israel o entrega los Mandamientos? Si pudiera hacerse esto, sólo habría una religión en el mundo; todos sabríamos qué grupo está en lo cierto.

—Pero los hombres suelen tomar partido por una u otra cosa.

El hombre tiene que tomar una decisión. Acerca de Dios, tú no sabes, y yo no sé. Pero he tomado mi decisión a favor de Dios. Tú has tomado una decisión contra Él.

—No he tomado ninguna decisión —replicó Michael un poco hoscamente—. Por eso estoy aquí. Estoy lleno de preguntas. Quiero estudiar con usted.

El rabino Gross acarició los libros apilados sobre la mesa.

—Muchas grandes cosas están contenidas aquí —dijo—. Pero no se contiene la respuesta a tu pregunta. Los libros no pueden ayudarte a decidir. Primero, toma una decisión. Luego, estudiaremos.

—¿No importa lo que decida? Supongamos que decido que Dios es una fábula, un bubbémeysir.

—No importa.

Fuera, en el oscuro pasillo, Michael volvió la vista hacia la cerrada puerta de la shul. «Vete al diablo», pensó. Luego, pese a todo, se sonrió de sus propias palabras.

# 17

Ruthie, la hermana de Michael, se convirtió en alguien con quien ya no podía intercambiar pullas verbales. De noche, el sonido de sus sollozos ahogados por la almohada llegó a ser casi un ruido habitual, como el zumbido del motor del frigorífico. Sus padres trataron sin resultado de tentarla con fines de semana en las pistas de esquí, con psiquiatría y con los atractivos hijos y sobrinos de amigos suyos. Finalmente, Abe remitió un giro postal y una larga carta a Tikveh leé Mashar, Palestina, y seis semanas después Saul Moreh entraba en el departamento de guiones publicitarios de la Columbia Broadcasting System, haciendo que Ruthie se levantara de un salto, exhalara un grito y se desmayara con gran sinceridad. Para decepción de la familia, Saul resultó ser un extranjero; era más pequeño de lo que habían imaginado por sus fotografías, muy británico, con su pipa, sus trajes de tweed, su acento y sus títulos de la Universidad de Londres. Pero le tomaron afecto en seguida y se acostumbraron a él, y Ruthie vio esfumarse su abatimiento y revivió de nuevo. El segundo día de la estancia de Saul en Nueva York, él y Ruth dijeron a su familia que iban a casarse. No se consideró en ningún momento la posibilidad de que se quedaran en Estados Unidos. Los judíos alemanes que podían huir se dirigían a Palestina. No era ocasión adecuada para que un sionista desertara de Eres Yisrael, dijo Saul; regresarían al kibut del desierto al cabo de tres semanas.

—Ésta es la historia del éxito americano —dijo Abe—. Trabajo durante toda mi vida, ahorro dinero y al cabo de los años doy mi hija a un campesino.

Les propuso a elegir entre una boda lujosa o una pequeña juppá familiar, más tres mil dólares con los que comenzar su vida matrimonial en Palestina. Saul experimentó un visible placer al rechazar el dinero.

—Todo lo que necesitamos nos será dado por el *Kibutz*. Todo lo que tengamos será propiedad del *Kibutz*. Así que guárdese sus dólares.

Él habría preferido una juppá antes que una ceremonia formal, pero Ruthie se impuso, haciéndole aceptar una boda en el Waldorf, pequeña pero muy elegante, como última concesión al lujo. Costó $2.400 dólares. Saul accedió a tomar los otros 600 dólares a nombre del *Kibutz*. Fue la base de un fondo bastante mayor, formado con los regalos de boda, que o fueron hechos en dinero o fueron cambiados, ya que no hay muchos regalos adecuados para una pareja que va a comenzar su vida en común en una aldea socializada del desierto. Michael dio a Ruth un tibor antiguo y añadió veinte dólares para el fondo del *Kibutz*. En la boda bebió demasiado champaña y bailó muchas piezas con su pierna derecha entre los muslos de Mimi Steinmetz, haciendo que se encendieran sus mejillas y brillara una chispita de luz en sus ojos de gata.

La ceremonia fue oficiada por el rabino Joshua Greenberg, de la sinagoga Hijos

de Jacob. Era un hombre delgado y bien vestido, con una perilla cuidadosamente recortada, un suave estilo declamatorio y la costumbre de recalcar las erres en los momentos de gran emoción, como cuando preguntó a Ruthie si amaría, honraría y obedecería. En medio de la ceremonia, Michael se encontró comparando al rabino Greenberg con el rabino Max Gross. Ambos eran ortodoxos, pero ahí cesaba la semejanza con una brusquedad casi cómica. El rabino Greenberg disfrutaba de un sueldo de trece mil dólares al año. Sus servicios eran atendidos por hombres de la clase media que gruñían cuando llegaba el momento de hacer donaciones a la shul, pero, no obstante, las hacían. Llevaba un sedán Plymouth de cuatro puertas, que cambiaba por un coche nuevo cada dos años. Él, su mujer y su rolliza hija pasaban tres semanas todos los veranos en un balneario de los Catskills, donde pagaba parcialmente sus gastos dirigiendo los servicios cada *Shabbat*. Cuando celebraban una fiesta en su apartamento de Queens, los manteles eran de un blanco purísimo, y los cubiertos, de plata de ley.

«Hay que reconocerlo —se dijo Michael, contemplando cómo el rabino daba la copa nupcial de vino primero a Ruthie y luego a Saul—, comparado con el rabino Greenberg, el rabino Gross es un pordiosero».

Luego, la copa, envuelta en una servilleta para recoger los fragmentos, fue hecha pedazos por el poderoso talón de Saul. Su hermana beso al extranjero y la gente avanzó hacia delante. Mazal tob!

No contento con asesinar al pueblo de Michael, Hitler consiguió arruinar su vida sexual. La industria sombrerera empezó a fabricar gorras militares para el Ejército y la Marina, y el sindicato expulsó a los comunistas y se negó a formar piquetes en las industrias de defensa, por lo que Farley dejó de viajar a Danbury, y Edna no volvió a invitarle a su apartamento. Finalmente, a petición suya, les acompañó en la fría mañana de un viernes al Ayuntamiento para ser testigo de su boda. Les regaló una bandeja de plata con una pequeña tarjeta en la que había escrito: «El conocerte ha significado una de las experiencias más importantes de mi vida». Farley levantó sus espesas cejas y dijo que Michael debería acudir a la comida. Edna enrojeció, frunció el ceño y apretó la bandeja contra sus senos.

Después de aquello, Michael vio muy poco al matrimonio Farley, incluso en el sindicato de estudiantes. Finalmente, el episodio sucedido en la cama de Edna vino a ser como un incidente que hubiera leído en un libro; y él volvió a ser de nuevo virgen, inquieto y lleno de deseo.

Uno de sus amigos, un individuo llamado Maury Silverstein estaba tratando de obtener un puesto en el equipo de boxeo del Queens College. Una noche, Michael fue con él al gimnasio y se prestó a boxear con él. Maury tenía la misma complexión que Tony Galento, pero su izquierda se movía como la lengua de una serpiente, y su derecha parecía un columpio.

La idea de Michael de calzarse los guantes contra él respondía al propósito de darle un poco de práctica contra un boxeador más alto y con mucha más envergadura en sus brazos. Al principio, Silverstein trató cuidadosamente a Michael, y durante unos minutos fue una experiencia agradable. Luego, Maury se entusiasmó; el ritmo de los martilleantes guantes desbordó toda contención. Michael sintió su cuerpo golpeado desde todas las direcciones. Algo le explotó en la boca. Levantó los guantes, y otra explosión en su diafragma le lanzó fulminante sobre la lona.

Se quedó allí e hizo un esfuerzo por recobrar el aliento. Por encima de él, Silverstein se balanceaba sobre las puntas de los pies, con los ojos velados y las enguantadas manos todavía levantadas. Luego, lentamente, el velo se descorrió y sus manos se bajaron.

—Gracias, asesino —dijo Michael.

Silverstein se arrodilló, balbuceando excusas. En la ducha, Michael se sentía mal, pero después, cuando se secaba en el vestuario, vio en el espejo la imagen de su rostro y sintió un estremecimiento de extraño orgullo. Tenía un labio hinchado y un verdugón rojo bajo el ojo izquierdo. A instancias de Maury, fueron a un bar situado en un sótano no lejos de allí, un lugar llamado El Ojo de Cerdo. Su camarera era una muchacha pelirroja y delgada, con pechos erguidos y dientes salientes. Mientras les servía, miró la maltratada cara de Michael y movió la cabeza.

—Un fulano quiso propasarse con una camarera encantadora y lo derribé.

—Oh, claro —dijo ella en tono cansado—. De todas maneras, debía haberte matado. ¿Es que no pueden divertirse las camareras?

Cuando les llevó la segunda ronda de cervezas, retiró un poco de espuma de su vaso y acarició la magulladura de su mejilla con la fría y húmeda yema de su dedo.

—¿A qué hora terminas el trabajo? —preguntó él.

—Dentro de veinte minutos.

Se la quedaron mirando cómo se contoneaba al alejarse.

Silverstein estaba intentando ocultar su excitación.

—Escucha —dijo—, mi familia ha ido a visitar a mi hermana, que vive en Hartford. El apartamento está vacío, todo el apartamento. Quizá pueda agenciarme otra cerda para mí.

Se llamaba Lucille. Mientras Michael telefoneaba a su madre para decirle que no iría a casa, Lucille encontró otra muchacha para Maury, una rubia llamada Stella. Tenía gruesos tobillos y mascaba chicle, pero Maury pareció completamente satisfecho. En el taxi, mientras se dirigían al apartamento, las muchachas se sentaron en las rodillas de los hombres y Michael descubrió una pequeña verruga en la nuca de Lucille. En el ascensor se besaron, y cuando ella abrió la boca, él notó gusto a cebolla en la punta de su lengua.

Maury sacó de un armario una botella de whisky, y, después de tomar dos copas

juntos, se separaron. Maury y su chica entraron en lo que Michael supuso era el dormitorio de los Silverstein, ya que había en él una gran cama de matrimonio. Lucille y Michael se acomodaron en el sofá del cuarto de estar. Él se dio cuenta de que tenía unos lunares en la barbilla. La muchacha levantó la cabeza para que la besara. Al poco rato, apagó la luz.

De la otra habitación llegaba el sonido de los gruñidos de Silverstein y un murmullo de risas.

—¿Ya, Lucille? —gritó Stella.

—Todavía no —respondió Lucille con irritación.

Michael descubrió que tenía que pensar en otras mujeres: Edna Roth, Mimi Steinmetz, incluso en Ellen Trowbridge. Durante todo el acto subsiguiente, ella permaneció inmóvil, canturreando con voz nasal. Abril en Paris, pensó él, aturdido, mientras forcejeaba. Cuando terminó, se quedaron adormecidos, hasta que Lucille se escurrió de debajo de él.

—Ya —gritó alegremente, echando a andar desnuda hacia el dormitorio.

Al entrar ella, salió Stella. La maniobra fue realizada con la experiencia suministrada por muchas reuniones similares, comprendió él súbitamente. El cambio le excitó. Pero cuando la menuda y regordeta Stella llegó junto a él, sus dedos tocaron una carne pastosa, se vio asaltado por el olor no de mujer, sino de carne sin lavar, y se sintió repentinamente impotente.

—Espera un momento —dijo.

Sus ropas yacían en montón sobre la alfombra que había junto al sofá. Las recogió y cruzó sigilosamente el oscuro apartamento hasta llegar al vestíbulo, donde se vistió rápidamente, sin molestarse en abrocharse los zapatos.

—¡Eh! —gritó la muchacha, cuando salía del apartamento.

Bajo en el ascensor y se alejó a rápidos pasos del edificio. Eran las dos de la madrugada. No vio ningún taxi hasta después de haber andado durante más de media hora. Aunque estaba ya a sólo dos manzanas de distancia de su casa, cogió el coche.

Afortunadamente, sus padres dormían cuando entró en el apartamento. En el cuarto de baño se limpió los dientes durante largo tiempo y se dio una ducha caliente, utilizando gran cantidad de jabón.

No sentía ninguna necesidad de dormir. En pijama y batín salió del apartamento y, con el sigilo de un ladrón, subió las escaleras hasta el tejado. Caminando de puntillas para no despertar a los Waxman, que vivían en el último piso, fue hasta una chimenea y se sentó de espaldas a los ladrillos.

Sentía en el viento el gusto a primavera. El cielo estaba salpicado de estrellas. Echó hacia atrás la cabeza y las miró, hasta que la brisa le llenó los ojos y los resplandecientes puntos blancos giraron y le nublaron la vista. «Tiene que haber algo más que eso», se dijo. Maury había llamado cerdas a las chicas, pero en ese caso él y

Maury habían sido cerdos también. Juró que no tendría más relaciones sexuales hasta que se enamorase. Las estrellas brillaban con insólito fulgor. Encendió un cigarrillo y trató de imaginar qué aspecto ofrecerían sin la interferencia de las luces de la ciudad. ¿Qué las sostenía allí? se preguntó, y llegaron automáticamente las respuestas; recordó vagamente las atracciones mutuas, la fuerza de la gravedad, las leyes del movimiento, de Newton. Pero había muchos millares, dispersas en vastas inmensidades, equilibradas, con uniforme comportamiento, describiendo precisos círculos en sus órbitas como los engranajes de un gigantesco y bellamente construido reloj. Las leyes de los libros de texto no bastaban, tenía que haber algo más. En otro caso, la hermosa complejidad carecía de sentido para él, como la sexualidad sin amor.

Encendió otro cigarrillo con el anterior y, luego, tiró la colilla por el borde del tejado. Brilló como una nova mientras caía, pero él no se fijó. Permaneció con la cabeza echada hacia atrás, mirando a las estrellas, tratando de ver algo más de ellas.

Aquella tarde, cuando abrió la puerta de la sinagoga Shaéaré Shamáyim, un anciano estaba hablando sosegadamente con Max Gross ante la mesa de estudio. Michael se sentó en una silla plegable de madera en la última fila, y esperó pacientemente hasta que el anciano suspiró, dio unas palmadas en el hombro del rabino, se puso en pie y salió de la shul. Entonces, Michael se acercó a la mesa. El rabino le miró fijamente.

—¿Y bien? —dijo.

Michael no respondió. El rabino continuó mirándole. Luego movió la cabeza con satisfacción.

—Bien.

Alargó la mano hacia el montón de libros que había sobre la mesa y eligió una *Guemará* y el comentario al Pentateuco de *Rashí*.

—Ahora, estudiaremos —dijo amablemente.

# 18

Pasaron cinco meses antes de que rompiera su voto de castidad. Con ocasión de acompañar a Maury a un *Bar misvá* en Hartford —el *Bar misvá* del hijo de la hermana del cuñado de Maury—, conoció a la hermana del confirmado, una esbelta muchacha de pelo negro, piel muy blanca y suave y fina nariz. Mientras bailaban en la fiesta por la noche, Michael observó que sus cabellos exhalaban un olor grato y limpio, como de agua jabonosa que se hubiera secado al sol. Salieron los dos de la casa, y él condujo el Plymouth de Maury hasta una carretera secundaria. Detuvo el coche bajo un enorme castaño cuyas ramas más bajas rozaban la capota del vehículo, y se estuvieron besando largo rato hasta que las cosas sucedieron sin plan ni proyecto. Después, mientras compartían un cigarrillo, él le dijo que había quebrantado una promesa que se hiciera a sí mismo de que aquello no volvería a su ceder hasta que fuese con una chica que él amase.

Esperaba que ella se echara a reír, pero la muchacha pareció pensar que aquello era muy triste.

—¿lo dices en serio? —preguntó—. ¿De veras?

—De veras. Y yo no te amo —respondió, añadiendo apresuradamente—. ¿Cómo podría amarte? Quiero decir que apenas te conozco.

—Yo tampoco te amo a ti. Pero me gustas mucho —dijo ella—. ¿No basta eso?

Los dos se mostraron de acuerdo en que, en defecto de lo primero, era lo mejor que podía ocurrir.

Aquel verano, el verano de su penúltimo año de carrera, trabajó como ayudante en un laboratorio de la universidad, lavando recipientes de cristal, limpiando y guardando microscopios, y preparando el equipo necesario para experimentos de los que nunca llegó a conocer ni la finalidad ni sus resultados.

Tres veces por semana, como mínimo, estudiaba con el rabino Max Gross. Abe le interrogaba ansiosamente cuando regresaba a casa:

—Bueno, ¿Qué tal, Einstein?

Sus contestaciones no lograban ocultar su falta de entusiasmo, su decepcionado desinterés hacia la física y la ciencia en general. En estas ocasiones, varias veces sintió la impresión de que Abe tenía algo que decirle, pero su padre se contenía siempre antes de empezar, y Michael no le apremiaba. Finalmente, un domingo por la mañana, dos semanas antes de que comenzaran de nuevo las clases, se dirigieron, por sugerencia de Abe, a Sheepshead Bay, donde alquilaron un bote y compraron una caja llena de gusanos de mar. Cuando Michael hubo remado hasta una distancia que su padre estimó conveniente, echaron los aparejos, y los rodaballos cooperaron al deseo de conversación de Abe negándose a mordisquear siquiera los cebos.

—Bueno, ¿Qué ocurrirá el año que viene por estas fechas?

Michael abrió dos botellas de cerveza y dio una a su padre. No estaban muy frías, y la espuma se derramó.

—¿A quién, papá?

—A ti —repuso, mirando a Michael—. Has pasado tres años estudiando física, todo lo referente a cómo está hecho todo de pequeñas partículas que no se pueden ver. Y ahora vas a volver para otro año. Pero no te gusta. Estoy seguro. ¿Verdad o mentira?

—Verdad.

—Entonces, ¿Qué será? ¿Medicina? ¿Derecho? Tienes capacidad. Eres inteligente. Yo tengo dinero suficiente para que puedas ser médico o abogado. Elige.

—No, papá.

Dos desesperadas sacudidas estiraron el sedal que Michael tenía en las manos, y empezó a halarlo, alegrándose de tener algo que hacer.

—Michael, ahora eres mayor. Tal vez puedas comprender mejor ciertas cosas. ¿Me has perdonado?

«Maldita sea», pensó furiosamente.

—¿El qué?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Lo de la chica.

No había ningún sitio al que mirar más que el agua, pero el brillo del sol al reflejarse le hería los ojos.

—Olvídalo. No sirve de nada volver sobre cosas como ésa.

—No. Tengo que preguntártelo. ¿Me has perdonado?

—Te he perdonado. Y ahora… Dejémoslo.

—Escucha. Escúchame. —Notaba el alivio en la voz de su padre, la excitación y la naciente esperanza—. Eso demuestra lo próximos que estamos realmente tú y yo para poder superar una cosa como ésa. Tenemos un negocio en nuestra familia que siempre nos ha dado lo mejor de todo. Un buen negocio.

Al extremo del sedal había un pez de gran tamaño. Cuando Michael lo izó al bote, se agitó, derribando la botella de cerveza y vertiendo el espumoso líquido sobre uno de sus zapatos de lona.

—En otro tiempo pensé que podía hacerlo —dijo Abe—. Pero soy de la vieja escuela. No conozco los grandes negocios. Tengo que reconocerlo. Pero tú…, tú podías estudiar Técnicas Comerciales en Harvard durante un año, volver lleno de métodos modernos, y la empresa Kind podría ponerse a la cabeza de la industria. Es algo en lo que siempre he soñado.

Para dominar las sacudidas del pez, Michael apoyó el pie, calzado con el zapato húmedo de cerveza, sobre el moteado lomo del rodaballo, sintiendo los agitados espasmos a través de la delgada suela de goma. El pez estaba profundamente enganchado. Sus oscuros y bizcos ojos, todavía brillantes y no vidriados, le miraban.

Michael habló, pronunciando rápidamente las palabras.

—No, papá. Lo siento.

Empezó a sacar el anzuelo, esperando no producir daño, pero notando cómo se rasgaba la carne a medida que iba saliendo la púa.

—Voy a ser rabino —dijo.

# 19

El templo Emanuel, de Miami Beach, era un gran edificio de ladrillo con blancas columnas georgianas y anchos escalones de mármol blanco. Con el paso de los años, los cristales del mármol habían sido desgastados por los pies de los fieles hasta que quedaron pulidos, de modo que las escaleras resplandecían bajo el fuerte sol de Florida. Dentro del edificio había un sistema de acondicionamiento de aire casi silencioso, un templo con filas, aparentemente interminables, de rojos asientos de felpa, una sala de baile con paredes impermeables al ruido, una cocina completa, una incompleta biblioteca de libros judíos y un pequeño despacho alfombrado para el rabino ayudante.

Michael se hallaba sentado con aire mustio tras una pulida mesa que era sólo unos cuantos centímetros cuadrados menor que la mesa del despacho, más grande, situado al otro extremo del pasillo, propiedad del rabino Joshua L. Flagerman. Frunció el ceño al sonar el teléfono.

—¿Diga?

—¿Puedo hablar con el rabino?

—¿El rabbi Flagerman? —vaciló—. No está aquí —dijo finalmente.

Dio al que llamaba el número del teléfono de la casa del rabino.

El hombre le dio las gracias y colgó.

Llevaba tres semanas en aquel puesto, el tiempo suficiente para haber adquirido la certeza de que había cometido un error al hacerse rabino. Sus cinco años como estudiante rabínico en el Instituto Judío de Religión le habían desorientado lamentablemente.

Había brillado en la escuela rabínica. «Como joya entre los guijarros *Reformistas*», había comentado amargamente Max Gross en una ocasión. Gross no trató de ocultar su sensación de haber sido traicionado ante el hecho de que Michael hubiera elegido la Reforma como vehículo para su rabinato. Continuaban ligados por lazos espirituales, pero sus relaciones nunca fueron lo que podrían haber sido si Michael se hubiera hecho rabino ortodoxo. Le resultaba difícil explicar su elección. Sólo sabía que el mundo estaba cambiando rápidamente y que la Reforma le parecía el mejor método disponible para manejar el cambio.

Durante los veranos, trabajaba en una casa de beneficencia del bajo Manhattan, tratando de echar briznas de fe a los niños que se estaban ahogando en invisibles mares. Algunos de ellos eran niños cuyos padres estaban cumpliendo sus deberes militares y cuyas madres trabajaban turnos dobles en fábricas pertenecientes a la industria bélica, o llevaban a casa una gran diversidad de desconocidos y muy temporales «tíos» de uniforme. Aprendió a reconocer el agitado caminar y las dilatadas pupilas de los jóvenes abandonados y el espasmódico movimiento de los

miembros de los muchachos torturados que carecían de apoyo. Contemplaba la niñez quebrantada por la fealdad. Una sola vez en mucho tiempo se sintió consciente de haber ayudado a alguien. Ello le indujo a no abandonar su puesto para ir a ocupar otro de consejero en un campamento de verano.

Había cumplido tres semestres en la escuela rabínica cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor. La mayoría de sus amigos se alistaron o fueron rápidamente absorbidos en el embudo del Servicio Selectivo. Los estudiantes de Teología fueron exceptuados de la movilización; media docena de muchachos abandonaron la escuela y vistieron el uniforme. Los otros, entre los que figuraba Michael, fueron convencidos por sus asesores de que los rabinos serían más necesarios que nunca en el futuro. Pero él se sintió defraudado, como si hubiera sido privado de una aventura a la que tenía derecho. En aquellos tiempos, creía en la muerte, pero no en morir.

Sin embargo, cuando en ocasiones recibía cartas de lugares desconocidos y con nombres a veces impronunciables, le parecían excitantes y románticas. Maury Silverstein se mantuvo en contacto con él. Ingresado como voluntario en la Marina, le destinaron a la Academia de Oficiales de Quántico en cuanto hubo terminado el período de instrucción. Boxeó un poco en Paris Island, y durante un asalto él y su instructor quedaron profunda e irreconciliablemente enemistados, detalles de lo cual nunca le fueron descritos a Michael. Lo que Maury le dijo en una carta fue que, varias semanas después, él y su enemigo se enfrentaron con los puños desnudos fuera del ring.

En realidad, ocurrió fuera del gimnasio o, para ser más exactos, detrás de él, con toda la pandilla vociferando su aprobación cuando le partió la mandíbula al otro hombre, que era cabo. El cabo se había quitado la camisa en que llevaba prendidos sus galones, y no fue emprendida ninguna acción disciplinaria formal, pero, a partir de entonces, los demás cabos se cebaron en el recluta que había dejado inútil a uno de sus compañeros. Se daba parte de Silverstein al menor indicio de una infracción de las reglas, y pronto se desvanecieron sus esperanzas de llegar a ser oficial.

Cuando abandonó el campamento de infantería, recibió unas pocas semanas de instrucción como mulero y le fue asignado el cuidado de una mula de cortas patas y redonda grupa. Puso al animal el nombre de Stella por razones sentimentales, dijo a Michael en la última carta que escribió en Estados Unidos. Él y Stella fueron embarcados juntos rumbo a una anónima y presumiblemente montañosa isla del Pacífico, donde languidecía, insinuando en sus cartas un fenomenal libertinaje con las mujeres nativas. El respeto al hábito, decía, le impedía revelar estas hazañas en todos sus detalles.

Durante su último año en el Instituto, Michael fue designado para ayudar en las ceremonias de los días festivos en un templo de Rockville, Long Island. Los servicios se desarrollaban sin tropiezos, y, por fin, tuvo conciencia de que era verdaderamente

un rabino. Empezó a exudar una arrogante confianza en sí mismo. Entonces, tres semanas antes de la graduación y ordenación, el servicio de colocación del Instituto le preparó una entrevista con el Templo Emanuel, de Miami, donde estaban buscando un rabino ayudante. En el servicio del viernes por la noche, predicó un sermón. Lo había escrito cuidadosamente y ensayado sus gestos delante del espejo de su dormitorio. Recibió el elogio de su asesor docente. Estaba convencido de que el sermón tenía fuerza y estilo. Cuando fue presentado en Miami, se sintió dispuesto. Con voz firme, dio las gracias al rabino Flagerman y a la congregación. Luego agarró con ambas manos la barandilla del estrado y se inclino ligeramente hacia delante.

—¿Qué es un judío? —empezó.

Los rostros vueltos hacia arriba en la sala le miraban con tal muda expectación, que sintió la necesidad de apartar la vista. Pero, adondequiera que mirase, en cada fila de sillas, había rostros vueltos hacia él. Unos eran viejos, otros, jóvenes; unos lozanos, otros, llenos de las arrugas de la experiencia. Se quedó paralizado al reflexionar sobre, lo que estaba haciendo. «¿Quién soy yo, se preguntó; para decirles nada, nada en absoluto?».

La pausa se convirtió en silencio, y él seguía sin poder hablar. Era peor que el día en que fue *Bar misvá*. Se sentía embotado. La lengua se le pegaba al paladar. Al fondo de la sala, una muchacha rió entre dientes, y el pequeño sonido motivó que los concurrentes restregaran los pies contra el suelo.

Hizo un poderoso esfuerzo para obligarse a sí mismo a hablar. Tropezando y balbuceando en ocasiones, dijo apresuradamente su sermón. Después, soportó unas breves conversaciones y, por fin, tomó un taxi hasta el aeropuerto. Lleno de desesperación y con el rostro impasible, estuvo mirando por la ventanilla durante la mayor parte de su viaje de regreso a Nueva York, limitándose a gruñir sus negativas cuando la pelirroja azafata le ofrecía café o licor. Aquella noche, fatigado por el viaje, encontró la huida en el sueño; pero, a la mañana siguiente, permaneció tendido en la cama, preguntándose cómo había llegado a verse atrapado en una profesión para la que no tenía ni un ápice de talento.

Durante la semana siguiente, consideró las alternativas que existían al rabinato. La guerra con Alemania había terminado ya, y Japón no podría resistir mucho tiempo. Así, pues, no sería apropiado alistarse ahora. Podía dar clases, pero la perspectiva le llenaba de melancolía. Quedaba solamente la empresa de su padre. Estaba haciendo acopio del valor necesario para una conversación con Abe, cuando recibió un telegrama del comité de contratación de la congregación de Florida. No estaban muy seguros; ¿Querría visitarles de nuevo, con gastos pagados, y predicar otro sermón el próximo fin de semana?

Sintiéndose lleno de desprecio hacia sí mismo, hizo otro viaje a Miami. Esta vez, aunque se le doblaban las rodillas y estaba seguro de que le temblaba la voz,

pronunció el sermón previsto.

Dos días después llegó el nombramiento.

Sus obligaciones eran poco complicadas. Dirigía el servicio infantil. Ayudaba al rabino el *Shabbat*. Leía los números atrasados del boletín del templo. A petición del rabino Flagerman, trabajó sobre un catálogo de literatura rabínica. Durante el día, cuando tanto el rabino mayor como su secretario se hallaban presentes Michael no contestaba al teléfono, que sonaba simultáneamente en las tres líneas. Pero, si se hallaba en el despacho por la noche cuando los otros dos no estaban allí, respondía a las llamadas. Si alguien quería hablar con el rabino, le daba el número de teléfono de la casa de Joshua Flagerman.

Hacía varias visitas pastorales a los miembros de la congregación que se encontraban enfermos. Como no conocía Miami, solían acompañarle los miembros del grupo juvenil del templo. Una tarde, su chofer era una rubia de dieciséis años llamada Toby Goodman. Su padre era un rico fabricante de embutidos que poseía rebaños propios en las tierras de pasto próximas a St. Petersburg. La muchacha tenía la piel muy curtida, llevaba pantalones cortos blancos y conducía un largo descapotable azul. Ella le hacía preguntas acerca de la Biblia, que él contestaba con gran seriedad, aunque sabía que se estaba riendo de él. Mientras hacía sus visitas ella esperaba pacientemente en el coche, aparcado a la sombra si había encontrado sitio, comiendo dulces y leyendo una revista de portada atractiva y picaresca.

Cuando Michael terminó las visitas, emprendieron en silencio el camino de regreso al templo. Él la contemplaba mientras conducía lentamente el coche a través de las atestadas calles.

No se veían más que uniformes. Miami estaba lleno de veteranos de ultramar que acudían a los centros de descanso y rehabilitación de los famosos hoteles alineados a lo largo de la playa Llenaban las calles, paseando solos o en grupos y marchando perezosamente en dobles filas para asistir a una conferencia o a ver una película.

—Quitaos de en medio —murmuró la muchacha.

Accionó la palanca de cambios y aceleró, obligando a tres soldados de las Fuerzas Aéreas a hacerse precipitadamente a un lado. —Tómatelo con calma —dijo Michael con suavidad—. No han vuelto a la patria sólo para ser atropellados por un rabino en visita pastoral.

—Lo único que hacen es tomar el sol, silbar y hacer observaciones acerca de cómo le han visto a una en una película. —Emitió una risita—. Tengo un amigo en la Marina, ¿Sabe? Volvió el mes pasado. Siempre ha ido de paisano. Les volvemos locos a estos chicos.

—¿Cómo?

Ella le miró apreciativamente, con los ojos entornados. Luego, decidiéndose, frenó suavemente y alargó la mano por delante de él hacia la guantera. Al

incorporarse, tenía una botella medio llena de ginebra en la mano. A unos doce metros, una doble fila de hombres, muchos de los cuales llevaban los distintivos de la infantería de combate, avanzaban lentamente bajo el ardiente sol. Levantaron la mirada cuando ella lanzó un agudo silbido. Antes de que Michael se diera cuenta de lo que estaba haciendo, le pasó por los hombros un brazo, al extremo del cual la mano agitaba tentadoramente la botella.

Lanzó una exclamación burlona, dirigiéndose a los hombres, y luego, le besó en la cabeza.

El descapotable dio una sacudida tan violenta que Michael se vio echado hacia atrás, contra el asiento, mientras el coche ganaba bruscamente velocidad. De todas maneras, él lo prefirió. La fila de soldados se había roto al instante. Algunos de ellos persiguieron durante media manzana al largo coche azul. La muchacha reía a carcajadas, sin que pareciera oír las palabras que gritaban los soldados.

Michael guardó silencio hasta que ella detuvo el coche delante del templo.

—Está furioso, ¿Eh?

—Eso no lo describe exactamente —respondió con lentitud.

Se apeó del coche.

—¡Eh! Esa botella es mía.

Él la había recogido del asiento, donde ella la había dejado caer, y la llevaba agarrada por el cuello.

—Muy bien; si es tuya puedes reclamarla cuando tengas veintiún años.

Subió las escaleras y penetró en el templo. Estaba sonando el teléfono. Al descolgarlo, una mujer dij0 que quería hablar con el rabino, y él le dio el número de la casa del rabino Flagerman.

Había un paquete de vasos de papel en el cajón inferior de su mesa. Inclinó sobre uno de ellos la botella de la muchacha y echó tres dedos de líquido. Se lo bebió de un trago y se quedó inmóvil, con los hombros caídos y los ojos cerrados.

Era agua caliente.

Dos noches después Toby Goodman le telefoneó y le presentó sus excusas. Él las aceptó, pero rechazó su ofrecimiento de llevarle en su coche al día siguiente. Pocos minutos después volvió a sonar el teléfono.

—Rabbi? —La voz era extrañamente ronca.

Cuando Michael le dio el número del rabino Flagerman, sonó en el auricular un jadeo que parecía el acezar de un perro fatigado.

Empezó a sonreír.

—¿A quién crees que estás engañando, Toby? —dijo.

—Voy a suicidarme.

Era una voz de hombre.

—¿Dónde está usted? —preguntó Michael.

La dirección estaba confusa. Michael se la hizo repetir. Conocía la calle; estaba sólo a un par de manzanas de distancia.

—No haga nada. Estaré ahí en seguida. Por favor.

Salió corriendo y se detuvo sobre las escaleras de mármol, rezando, mientras hacía señas a los taxis que pasaban.

Cuando encontró uno libre, se sentó en el borde del asiento y trató de pensar en algo, cualquier cosa, que decir a un hombre que tenía miedo de seguir viviendo. Pero tenía la mente vacía cuando el taxi se detuvo delante de un bungalow estucado. Alargó un billete al taxista y, sin esperar la vuelta, cruzó un agostado y arenoso jardincillo, subió tres escalones y atravesó un resguardado porche.

En la placa que había sobre el timbre se veía el nombre de Harry Lefcowitz. La puerta estaba abierta y la persiana sin echar.

—¿Señor Lefcowitz? —llamó con suavidad.

No hubo contestación.

Empujó la puerta y entró. Se percibía un olor acre en el cuarto de estar. En los alféizares de las ventanas se veían botellas abiertas y vasos medio llenos de cerveza. Sobre la mesa, en una fuente de cristal, se pudrían unos plátanos. Los ceniceros estaban llenos de colillas. Del respaldo de una silla colgaba una camisa del Ejército. Tenía galones de sargento en las mangas.

—¿Señor Lefcowitz?

Se oyó un ruido detrás de una de las puertas que daban al cuarto de estar. La abrió de un empujón.

Un hombre bajo y delgado, con pantalones caqui y camiseta, se hallaba sentado en la cama. Estaba descalzo. Tenía un fino bigote que casi desaparecía en la maraña de su cara sin afeitar. Sus ojos estaban enrojecidos y tristes. Tenía en la mano una pequeña pistola negra.

—Usted es un policía —dijo.

—No. Soy un rabino. Usted me ha llamado, ¿Recuerda?

—Usted no es Flagerman.

Se oyó un sonoro «clic» cuando soltó el seguro de la pistola. Michael gimió en su interior, al comprender que había dado una prueba más de su ineptitud rabínica. No había llamado a la policía. Ni siquiera había dejado una nota en el templo para informar de su paradero.

—Soy el ayudante del rabino Flagerman. Quiero ayudarle.

La pistola subió lentamente hasta apuntarle directamente a la cara. La redonda abertura de su extremo resultaba obscena. El hombre jugueteaba con la aleta del seguro, haciéndola sonar.

—Lárguese de aquí —dijo.

Michael se sentó en la desordenada cama, temblando sólo ligeramente.

Afuera, reinaba la oscuridad.

—¿Qué arreglaría eso, señor Lefcowitz?

El hombre le miró fijamente.

—¿Cree que no le mataré, héroe? ¿Es que eso iba a cambiar algo después de lo que he visto? Le mataré y, luego, me suicidaré. —Miró la cara de Michael y se echó a reír—. Usted no sabe lo que yo sé. Eso no supondrá ninguna diferencia. El mundo seguirá rodando.

Michael se inclinó hacia él. Tendió la mano en un gesto de compasión, pero el hombre vio en ello una amenaza. Apretó fuertemente el cañón de la pistola contra la mejilla de Michael, hasta hacerle daño.

—¿Sabe de dónde saqué esta pistola? Se la cogí a un alemán muerto. Su cabeza estaba casi volada de un disparo. Puedo hacer lo mismo con usted.

Michael no dijo nada. A los pocos minutos, el hombre retiró la pistola de su mejilla. Con las yemas de los dedos, Michael se acarició el pequeño círculo que el cañón había marcado en su carne. Permanecieron mirándose uno a otro. Se oía el sonoro tictac del reloj de Michael.

El hombre se echó a reír.

—No es verdad lo que acabo de decir. He visto muchos alemanes muertos y he escupido sobre algunos, pero nunca he cogido nada de sus cadáveres. Compré la pistola por tres cartones de Lucky Strike. Quería tener algo que darle al chico, algo que pudiese conservar.

Lefcowitz se rascó el pie con la mano libre. Sus pies eran largos y huesudos, con hirsutos pelos negros en las articulaciones de los dedos.

Michael le miró a los ojos.

—Todo esto es un tanto falso, señor Lefcowitz. ¿Por qué iba usted a querer hacerme daño? Yo sólo quiero ser su amigo. Y todavía sería peor que se causara daño a sí mismo. —Trató de sonreír—. Yo creo que esto es una especie de broma. Que la pistola ni siquiera esta cargada.

El hombre levantó el arma y, en el mismo instante en que el estampido resonaba con monstruoso estruendo en la pequeña habitación, su mano se estremeció con una ligera sacudida y un pequeño agujero negro apareció en el blanco techo sobre sus cabezas.

—Había siete —dijo Lefcowitz—. Ahora hay seis. Más que suficientes. Así que no piense cosas. Quédese quieto y mantenga cerrada la boca.

Permanecieron largo tiempo en silencio. Era una noche tranquila. A los oídos de Michael llegaba de vez en cuando el bocinazo de algún automóvil y el pausado y persistente sonido de los rompientes en la cercana playa. «Alguien tiene que haber oído el disparo —se dijo a sí mismo para tranquilizarse». Tienen que venir pronto.

—¿Se ha sentido solo alguna vez? —preguntó de pronto Lefcowitz.

—Constantemente.

—A veces yo me siento tan solo que me dan ganas de gritar.

—A todos nos pasa eso, a veces, señor Lefcowitz.

—¿Sí? Entonces, ¿Por qué no? —Miró a la pistola y la sacudió—. ¿Por qué no voy a hacerlo? —sonrió sin alegría—. Ahora tiene su oportunidad de hablar de Dios.

—No. Hay una razón más sencilla. —Michael tocó la pistola con la yema de los dedos, apartándola ligeramente para que dejara de apuntarle—. Que es definitivo, irreversible. No habría posibilidad de decidir que se había equivocado. Y, aunque exista sobrada fealdad en el mundo, hay ocasiones en que es maravilloso estar vivo. El simple hecho de beber un vaso de agua cuando se tiene mucha sed, o el ver algo hermoso, cualquier cosa que sea bella. Los buenos ratos compensan los malos.

Por un momento Lefcowitz pareció dudar. Pero de nuevo apuntó a Michael con el arma.

—No suelo tener sed muy a menudo —dijo.

Permaneció silencioso largo rato, y Michael no trató de hacerle hablar. Dos chiquillos pasaron corriendo, entre risas y gritos, junto a la casa, y en el rostro del hombre se dibujó la curiosidad.

—¿Es usted aficionado a la pesca?

—No mucho —respondió Michael.

—Estaba pensando que he pasado buenos ratos, como decía usted, mientras pescaba. Con el agua y el sol y todo eso.

—Si.

—Por eso vine aquí, sobre todo. Cuando yo era chico trabajaba en una zapatería de Erie, Pensilvania. Bajé a Hialeah con una pandilla de amigos y gané 4.800 dólares. El dinero era estupendo, pero en aquella época yo no tenía responsabilidades. Lo que me gustaba era pescar. Me pasaba todo el día pescando truchas. Aquellos amigos se figuraron que yo estaba loco cuando vieron que no me volvía con ellos. Obtuve empleo como camarero en un bar de la playa. Tenía pesca, sol y gente en traje de baño, y sabía que estaba en el paraíso.

—¿Trabajaba en el bar cuando le movilizaron?

—Tenía mi propio establecimiento. Estaba allí el tipo aquel que trabajaba conmigo, Nick Mangano. Él había ido guardando las propinas, y, con lo que yo tenía, adquirimos un bar con licencia para expender licores en ese espigón de pesca que llaman el Muelle de Murphie. ¿lo conoce?

—No.

—Ahorramos dinero y, unos años después, adquirimos un establecimiento mayor, con varias cabinas y un pianista. El negocio resultó muy bien. Para entonces yo estaba casado y me encargué del turno de día. El público estaba formado por pescadores, la mayoría viejos. Hay mucha gente de edad por aquí. Son buenos

clientes. Un par de tragos todos los días, y nunca dan molestias. Por las noches, Nick atendía el local, ayudado por un chico que habíamos contratado.

—Parece un buen negocio.

—¿Está usted casado?

—No.

Lefcowitz guardó silencio unos instantes.

—Yo me casé con una shickseh —dijo—. Una chica irlandesa.

—¿Está usted todavía en el Ejército?

—Sí, me concedieron un período de descanso y rehabilitación y, luego, otro de licencia. —Sus labios se movieron sin emitir ningún sonido—. Cuando me movilizaron, nombré a Nick apoderado mío en el negocio. Es un hombre animoso y durante cuatro años ha estado llevando él solo el establecimiento, manteniéndolo abierto las veinticuatro horas del día.

Empezó a desanimarse. Su voz se tornó ligeramente temblorosa.

—Yo esperaba que, a mi regreso, mi compañero Nick me ofreciera por lo menos una fiestecita de bienvenida. Es curioso; en Nápoles, yo trataba a los chicos con respeto. Imaginaba que a Nick le gustaría cuando se lo contase. Y me encuentro con el local cerrado a cal y canto. Los fondos de la cuenta corriente han desaparecido. —Miró a Michael y sonrió. Tenía los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas—. Pero eso es la parte divertida. Todo el tiempo que yo pasé en ultramar, él estuvo viviendo aquí mismo, en esta casa.

—¿Está seguro?

—Me lo han dicho. En una ocasión como ésta, se sorprendería usted del gran número de amigos comunicativos que tiene. Salían hasta de debajo de las piedras.

—¿Dónde están ahora?

—El chico ha desaparecido. Ella ha desaparecido. Él ha desaparecido. No han dejado dirección. Lo han dejado todo tan limpio como un hueso roído por un perro.

Michael luchó por encontrar palabras que le pudieran servir de consuelo, pero no se le ocurrió nada.

—Verá, yo ya sabía que era un pendón cuando me casé, pero imaginé que, al fin y al cabo, ninguno somos ángeles. Yo también había vivido mi vida y quizá pudiéramos salir juntos adelante. Bueno, pues no resultó, así es la vida. No me importa por ella. Pero el chico se llamaba Samuel. Shemuel, como mi padre, que en paz descanse. Los dos son católicos. Ése es un chico que nunca será *Bar misvá*.

Gimió, y fue como si se derrumbara una presa.

—Dios mío, no volveré a ver más a ese muchacho.

Se echó hacia delante, golpeando con su cabeza el hombro de Michael y haciéndole caerse casi de la cama. Michael le sostuvo con fuerza y le meció sin decir nada. Al cabo de un rato, alargó la mano y, con gran suavidad, retiró la pistola de

entre los laxos dedos.

Nunca hasta entonces había cogido una pistola. Era sorprendentemente pesada. Por encima de la cabeza del hombre, leyó las letras grabadas en el cañón: «Sauer U. Sohn, Suhl, Cal. 7’65». La dejó sobre la cama, a su lado. Continuó meciendo al hombre. Con la mano derecha, apretaba contra su pecho la cabeza del hombre, acariciando los desgreñados cabellos.

—Llore —dijo—. Llore, señor Lefcowitz.

Era todavía de noche cuando la Policía Militar le dejó en el templo. Descubrió que se había marchado sin cerrar la puerta ni apagar las luces, y se alegró de haber vuelto en lugar de haber ido directamente a la casa en que se alojaba. El rabino Flagerman podría haberse enfadado. En su despacho, el aire acondicionado continuaba funcionando a toda potencia. El aire nocturno era frío, y la temperatura de la habitación era desagradablemente baja. Apagó el aire acondicionado.

Se quedó dormido sentado a su mesa, con la cabeza sobre los brazos.

Cuando le despertó el timbre del teléfono, el reloj que había sobre la mesa señalaba las nueve menos cinco. Le dolían los huesos y tenía la boca seca. Afuera, el sol era cálido y luminoso. La humedad resultaba ya desagradable. Conectó el aire acondicionado antes de descolgar el teléfono.

Era una mujer.

—¿Puedo hablar con el rabino? —preguntó.

Contuvo un bostezo y se enderezó.

—¿Con cuál? —dijo.

# 20

No había transcurrido un año desde su ida a Miami, cuando Michael fue a Nueva York para ayudar al rabino Joshua Greenberg, de la sinagoga Hijos de Jacob, en la ceremonia nupcial de Mimi Steinmetz y un contable público que acababa de convertirse en socio de la firma comercial de su padre. Cuando la ceremonia terminó y los novios se besaron, sintió una punzada de tristeza y de deseo, no de la muchacha, sino de una esposa, de alguien a quien amar. Bailó el kezatski con la novia y, luego, bebió demasiado champaña.

Uno de sus antiguos profesores del Instituto, el rabino David Sher formaba parte a la sazón de la Asociación de Congregaciones Hebreas Americanas. Dos días después de la boda, Michael fue a visitarle.

—¡Kind! —exclamó el rabino Sher, frotándose vigorosamente las palmas de las manos—. Precisamente el hombre que estaba buscando. Tengo un trabajo para usted.

—¿Un buen trabajo?

—Un trabajo piojoso. Miserable.

«¡Qué diablos! —pensó Michael—. Estoy terriblemente cansado de Miami».

—Lo aceptaré —dijo.

Él había imaginado que los ministros religiosos ambulantes eran una curiosidad propia del pasado protestante.

—¿Montañeros hebreos? —preguntó.

—Judíos en los Ozarks —dijo el rabino Sher—. Setenta y seis familias en las montañas de Missouri y Arkansas.

—Hay templos en Missouri y Arkansas.

—En las tierras bajas y en las grandes comunidades. Pero ninguno en la región a que me refiero. Las tierras salvajes, donde un judío solitario posee un almacén o dirige una pesquería.

—Pero usted dijo «piojoso». Parece maravilloso.

—Realizará usted un sinuoso circuito de ochocientos kilómetros a través de las montañas. No habrá hoteles donde los necesite. Tendrá que hacer la vida al aire libre. La mayor parte de los miembros de su congregación le recibirán con los brazos abiertos, pero algunos le echarán con cajas destempladas. Estará usted continuamente en la carretera.

—Un rabino nómada.

—Un vagabundo rabínico. —David Sher se acercó a un armario y sacó una hoja de papel—. Aquí tiene una lista de las cosas que necesita comprar; puede cargarlas en la cuenta de la Asociación. Le hará falta una furgoneta. Necesitará un saco de dormir y otros materiales de campamento. —Sonrió abiertamente—. Y, cuando le den el coche, procure que le pongan las ballestas más resistentes que tengan.

Cuatro semanas más tarde, se encontraba en las montañas, después de haber recorrido en dos días los dos mil quinientos kilómetros que había desde Miami. La furgoneta había sido comprada hacía un año, pero era una resistente Oldsmobile verde y había sido equipada con ballestas de gran resistencia que parecían lo suficientemente fuertes como para sostener un tanque. Las sombrías predicciones del rabino Sher no se habían materializado hasta el momento; las carreteras eran buenas y bastante fáciles de seguir sobre su mapa, y el clima era tan benigno que continuaba llevando las mismas ropas que en Florida, haciendo caso omiso de los montones de prendas de invierno apiladas en la trasera del vehículo. El primer nombre que figuraba en su lista era el de George Lilienthal, un maderero cuya dirección era Spring Hollow, Arkansas. Al adentrarse en las montañas e ir acentuándose el ángulo de elevación, se sintió más animado. Viajaba lentamente, disfrutando con la contemplación del paisaje: tierras de labor con cabañas de madera, casas de plateadas tablas, cercas, algún poblado minero o el edificio de una fábrica.

A las cuatro de la tarde, empezó a nevar ligeramente, y sintió frío. Se detuvo en un puesto de gasolina —un granero con dos surtidores— y se puso ropas de más abrigo. Mientras, un hombre de arrugado rostro le llenaba el depósito de gasolina. Las notas que Michael había tomado en la oficina de la Asociación indicaban que Spring Hollow se hallaba a veinticinco kilómetros por carretera más allá de Harrison.

Pero el hombre movió la cabeza cuando Michael trató de obtener confirmación a sus datos.

—No. Tiene que recorrer casi cien kilómetros hasta pasar Rogers y, luego, atravesar hacia el este unos cuantos kilómetros más allá del monte Ne. Carretera de guijarros. Si se pierde, pregunte a cualquiera.

Cuando, después de haber dejado atrás Rogers, se separó de la carretera principal, sólo podía suponer que la carretera estaba cubierta de guijarros, ya que su superficie se hallaba oculta por la nieve. El viento soplaba a ráfagas que sacudían la furgoneta y hacían penetrar gélidas bocanadas de aire por la parte superior de las ventanillas. Observó, con una sensación de agradecimiento, que las ropas que figuraban en la lista del rabino Sher eran adecuadas. Llevaba pesadas botas, pantalones de pana, camisa de lana, un jersey, chaqueta de gamuza, guantes y una gorra con orejeras.

La nevada se intensificó al caer la noche. A veces, en las curvas, veía la luz de los faros proyectarse largamente en el oscuro vacío. Se daba cuenta de que no sabía nada acerca de las montañas, ni de cómo conducir por ellas de noche. Al principio, se arrimó a un lado de la carretera y detuvo allí el coche, en espera de que pasase la tormenta. Pero empezó a hacer mucho frío, Puso en marcha el motor y conectó el sistema de calefacción, sólo para encontrarse preguntándose a sí mismo si habría suficiente ventilación, si no sería descubierto su cuerpo rígido a la mañana siguiente («con el motor todavía en marcha, ha declarado la policía»). Se le ocurrió que, en

todo caso, el coche aparcado suponía un obstáculo para cualquier vehículo que se acercara a través de la nieve y la oscuridad. Por ello, reanudó la marcha, muy lentamente, hasta que remontó una loma y vio a lo lejos un cuadrado de luz amarilla que resultó ser la ventana de una casa. Detuvo el coche bajo un frondoso árbol y llamó con los nudillos a la puerta.

El hombre que le abrió no se parecía en nada a Liél Abner Llevaba pantalones ajustados y una camisa de trabajo de color os curo. Cuando Michael le expuso su situación, el hombre le invitó a entrar.

—¡Jane! —llamó, dirigiéndose al interior—. Aquí hay un hombre que necesita una cama para pasar la noche. ¿Podemos ayudarle?

La mujer entró lentamente en la habitación delantera de la cabaña. Detrás de ella, Michael vio brillar una luz amarillenta a través de las rendijas de una panzuda estufa que había en la cocina. La casa estaba muy fría. Había una linterna colgada de un clavo.

—¿Trae usted una baraja? —preguntó, ajustándose con las manos la chaqueta de lana sin botones que llevaba.

—No —respondió—. Lo siento, no tengo naipes.

El rictus de su boca era de severidad.

—Éste es un buen hogar cristiano. No permitimos naipes ni whisky.

—Sí, señora.

En la cocina, se sentó a una desvencijada mesa que parecía construida a mano. La mujer le calentó un plato de guisado. La carne tenía un sabor extraño y fuerte, pero no se sintió con valor para preguntar qué era. Cuando hubo comido, el hombre cogió la linterna y le condujo a un cuarto trasero sumido en la oscuridad.

—Eh, largo de ahí —gruñó el hombre. Un gran perro amarillo abandonó bostezando y de mala gana el estrecho catre—. A su disposición, señor —dijo.

Cuando el hombre se marchó, cerrando la puerta tras de sí y llevándose la linterna, Michael decidió no quitarse la ropa. Hacía mucho frío. Se descalzó y se metió en la cama, bajo unas raídas mantas que no daban suficiente calor. Despedían un intenso olor a perro.

El colchón era delgado y lleno de pliegues y abultamientos. Estuvo varias horas tendido en él, sin dormir. Sentía en el boca el grasiento gusto del guiso, estaba helado de frío y lleno de incredulidad respecto al lugar en que se encontraba. A medianoche, oyó que alguien arañaba en la puerta. El perro, pensó, pero se abrió impulsada por una mano humana, y vio, no sin alarma, que era el dueño de la casa.

—¡Chist! —dijo el hombre, llevándose un dedo a los labios.

En la otra mano llevaba una jarra. La dejó y desapareció sin pronunciar palabra.

Era la peor bebida que Michael había tomado jamás, pero fuerte como una explosión y muy reconfortante. Bastaron solamente cuatro tragos para hacerle dormir

tan pesadamente como si estuviese muerto.

Cuando se despertó por la mañana, no se veía en la casa ni mujer, ni hombre, ni perro. Dejó tres dólares al pie de la cama. Le dolía la cabeza, y no quería beber más licor, pero temió que la mujer lo encontrase. Llevó la jarra a los bosques, al otro lado de la cabaña, y la dejó en la nieve, esperando que el hombre pasara por allí antes de que la descubriera su mujer.

El coche arrancó sin muchas dificultades. Antes de recorrer un kilómetro, se dio cuenta de lo sensatamente que había obrado al detenerse para pasar la noche. La carretera se estrechaba progresivamente. Ascendía. A la izquierda del coche se elevaba siempre la ladera de la montaña. A la derecha, se abría casi verticalmente un precipicio, al fondo del cual se extendía un nevado valle rodeado de afilados picos y cadenas montañosas. Las cerradas curvas estaban fangosas y cubiertas a trechos por hielo fundido. Él las tomaba con precaución, seguro de que a cada recodo la carretera terminaba en un precipicio por el que se despeñarían él y su coche.

Llegó a Spring Hollow después de mediodía. George Lilienthal estaba en los bosques con los trabajadores, pero su mujer, Phyllis, recibió a Michael como a un pariente al que no hubiese visto en mucho tiempo. Llevaban varios días esperando la llegada del rabino, le dijo.

Los Lilienthal vivían en una casa de tres habitaciones propiedad de la Ozarks Lumber Corporation. Tenía un buen sistema de agua caliente, frigorífico y congelador, y un aparato de alta fidelidad que afirmaban se estaba desgastando. Cuando George Lilienthal volvió a casa a la hora de la cena, el rabino se había pasado una hora en un baño de agua caliente, se había afeitado y cambiado de ropa. Con un vaso en la mano, estaba escuchando a Debussy. George, que tenía treinta y siete años, era un hombre corpulento y vivaz que había trabajado anteriormente en los servicios de repoblación forestal de Syracuse. Phyllis era una pulcra e inmaculada ama de casa que delataba en la suave redondez de sus caderas lo mucho que le gustaban las comidas que ella misma cocinaba. Durante la cena, Michael recitó las bendiciones.

Después, dirigió la oración, compartiendo un *Siddur* con Bobby, el hijo del matrimonio. El chico tenía ya once años; le faltaban solamente veinte meses para su *Bar misvá*; sin embargo, era incapaz de leer una sola palabra en hebreo. Al día siguiente, Michael pasó con él toda la tarde enseñándole el alfabeto hebreo. Le dejó un Alefbet y le señaló unas tareas que debía realizar antes de su siguiente visita.

A la mañana siguiente, George le llevó a una carretera que le conduciría hasta su próximo destino.

—No tendrá mal viaje —dijo ansiosamente el maderero mientras se estrechaban las manos—. Desde luego, tendrá que vadear dos o tres arroyos, y el agua está un poco alta en esta época del año…

En un lugar llamado Swift Bend, el almacén daba al río, cuyas frías aguas se

movían rápidamente, moteadas de grises trozos de hielo. Un hombre barbudo, vestido con una cazadora marrón, estaba descargando fardos de la trasera de un cupé Ford modelo de 1937. Los fardos se componían de montones de pieles, atadas con cuerdas, de alguna especie de pequeño animal, o quizá de varias especies. Las pieles estaban rígidas por el frío, y el hombre iba disponiendo los fardos en montones en el porche del almacén.

—¿Es éste el almacén de Edward Gold? —preguntó Michael.

El hombre continuó trabajando.

—Sí.

Dentro, había una estufa y se notaba calor. Michael esperó, mientras la mujer que estaba al otro lado del mostrador metía tres libras de harina sin refinar en una bolsa de papel y se la daba a una muchacha. Cuando ella le miró, Michael se dio cuenta de que era una mujer sumamente corpulenta, o, más bien, una muchacha, flaca y llena de pecas, pero con piel áspera y labios resquebrajados.

—¿Está por aquí Edward Gold?

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy el rabbi Michael Kind. El señor Gold recibió una carta diciéndole que yo vendría a visitarle.

Ella le miró con frialdad.

—Está usted hablando con su mujer. No queremos aquí ningún rabino.

—¿Está aquí su marido, señora Gold? ¿Podría hablar con él unos instantes?

—No necesitamos su religión —contestó ella, agresivamente—. ¿Es que no lo comprende?

Michael se llevó la mano a la gorra y salió.

Al subir a la furgoneta, el hombre que estaba amontonando pieles en el porche le llamó suavemente. Michael se sentó y dejó que el motor se calentara mientras se acercaba el hombre.

—¿Es usted el rabino?

—Sí.

—Yo soy Edward Gold.

El hombre se sacó el grueso guante de la mano derecha estirando de él con los dientes y rebuscó en el bolsillo del pantalón, debajo de la cazadora. Le puso algo a Michael en la mano.

—Es todo lo que puedo hacer —dijo, mientras volvía a ponerse el guante—. Será mejor que no vuelva más por aquí.

Echó a andar rápidamente hacia el Ford y se alejó en él.

Michael se quedó mirándole. En la palma de la mano tenía dos billetes de un dólar.

En el primer poblado al que llegó se los devolvió al hombre por correo.

Al completar su circuito, tenía diecinueve estudiantes de hebreo, cuya edad oscilaba entre los siete y los sesenta y tres años, este último un campero que no había sido *Bar misvá* de niño y que quería serlo antes de cumplir sesenta y cinco años. Dondequiera que Michael encontraba un judío con buena disposición, dirigía los servicios religiosos. Los miembros de su «congregación» se hallaban separados por grandes distancias. En una ocasión tuvo que recorrer ciento cuarenta difíciles kilómetros entre un hogar judío y otro. Aprendió a abandonar la carretera al primer indicio de nieve, y encontró cobijo en una gran variedad de albergues de montaña. Una noche en que habló de eso con Stan Goodstein, un molinero cuya casa era uno de sus habituales puntos de parada. Goodstein le dio una llave y varias direcciones.

—Cuando pase por Big Cedar Hill, quédese en mi cabaña de caza —dijo—. Está provista de latas de conserva en abundancia. Lo único que debe recordar es que si nieva tiene que marcharse al instante, o quedarse hasta que la nieve se funda. Hay que pasar por un puente colgante. Cuando éste se cubre de nieve, resulta imposible pasar en coche por él.

En su siguiente viaje, Michael se detuvo en la cabaña. El puente salvaba una sima abierta a lo largo de los años por un riachuelo de raudas y blanquecinas aguas. Al cruzarlo, se mantuvo rígido, apretando fuertemente el volante y esperando que Goodstein hubiera hecho revisar recientemente el puente. Éste superó la prueba sin manifestar señales de debilidad. La cabaña se alzaba en lo alto de una montaña. La cocina y el armario se hallaban bien provistos. Se preparó una comida adecuada, a la que puso fin con tres tazas de té fuerte y caliente que bebió delante del rugiente fuego encendido en la chimenea de piedra. Al caer el crepúsculo, se puso prendas de abrigo y echó a andar hacia el cercano bosque, preparándose para recitar la *Shemá*. Los corpulentos árboles que daban nombre al lugar respondían con murmullos y suspiros al empuje del viento contra sus ramas. Las frondas se alzaban y descendían, como si los árboles fuesen ancianos entregados a la plegaria. Caminando bajo ellos y rezando en voz alta, no se sentía en absoluto desplazado.

En la cabaña, encontró una docena de pipas sin usar, puestas en una taza, y un recipiente lleno de tabaco rancio. Se sentó delante del fuego, fumando y pensando. Afuera, el viento aumentó un poco de intensidad. Se sentía cómodo, abrigado, sereno. Cuando le empezó a entrar sueño, atizó el fuego y acercó la cama.

Poco después de las dos de la madrugada, algo le hizo despertarse. Al mirar por la ventana comprendió enseguida de qué se trataba. Comenzaban a caer ligeros copos de nieve. Se dio cuenta de que la nevada podía hacerse más intensa en cuestión de unos minutos. Se echó hacia atrás en la cama y gimió. Por un momento, sintió la tentación de cerrar los ojos y volver a dormirse. Si quedaba bloqueado por la nieve, podría descansar hasta que la nieve se fundiese dentro de tres o cuatro días. La perspectiva resultaba seductora; había provisiones de sobra en la cabaña, y estaba cansado.

Pero sabía que si quería alcanzar éxito en las montañas, tenía que convertirse en una figura familiar para las personas a las que visitaba. Hizo un esfuerzo, abandonó el caliente lecho y se vistió rápidamente.

Cuando llegó al puente, éste se hallaba ya cubierto por una delgada capa blanca. Conteniendo el aliento y rezando en silencio, condujo lentamente el coche sobre la sima. Las ruedas se mantenían firmes; al cabo de unos instantes, había cruzado.

Veinte minutos después, llegó hasta una cabaña cuyas ventanas estaban iluminadas. El hombre que le abrió la puerta era moreno, delgado y con escaso cabello. Escuchó imperturbable la explicación que le dio Michael acerca de cómo no quería conducir sobre la nieve y, luego, le invitó a entrar. Eran ya casi las tres de la madrugada, pero en la cabaña brillaban tres linternas, ardía el fuego de la chimenea y, a su alrededor, se hallaban sentados un hombre, una mujer y dos niños.

Michael había esperado encontrar una cama. Le ofrecieron una silla. El hombre que le había abierto la puerta se presentó a sí mismo como Tom Hendrickson. La mujer era su esposa. La niña, Ella, era su hija. El hermano de Tom, Clive, estaba sentado con su hijo Bruce.

—Éste es el señor Robby Kind —dijo Hendrickson a los otros.

—No, rabbi Kind —aclaró Michael—. Mi nombre es Michael.

Soy rabino.

Se le quedaron mirando.

—¿Qué es eso? —preguntó Bruce.

Michael dirigió una sonrisa a los adultos.

—Lo que hago para ganarme la vida —dijo al chico.

Volvieron a sentarse en sus sillas. De vez en cuando, Tom Hendrickson echaba un leño al fuego. Michael echó una ojeada a su reloj y se preguntó qué iría a pasar.

—Estamos levantados con nuestra madre —dijo Hendrickson.

Clive Hendrickson cogió del suelo, junto a su silla, un violín y su arco. Se echó hacia atrás, con los ojos cerrados, y empezó a tocar suavemente, llevando el compás con los pies. Bruce sacaba virutas con una navaja a un pedazo de blanca madera de pino, dejándolas caer en el fuego, junto al que se hallaba sentado. La mujer estaba enseñando a su hija a hacer una labor de punto. Se hallaban inclinadas sobre sus agujas, hablando en susurros. Tom Hendrickson contemplaba el fuego.

Sintiéndose más solo de lo que había estado nunca en los bosques, Michael sacó una pequeña Biblia del bolsillo de su chaqueta y empezó a leer.

—Señor…

Tom Hendrickson estaba mirando fijamente la Biblia.

—¿Es usted predicador?

En la estancia, cesó bruscamente todo movimiento. Cinco pares de ojos se clavaron en él.

Michael comprendió que no sabían qué era un rabino.

—Podríamos llamarlo así —dijo—. Una especie de predicador del Antiguo Testamento.

Tom Hendrickson cogió una de las linternas y le hizo una seña con la cabeza para que le acompañase. Desconcertado, Michael le siguió. Al entrar en una pequeña habitación situada en la parte posterior de la cabaña, quedó explicado el hecho de que en la casa no durmiera nadie. La anciana era alta y delgada, como sus hijos. Tenía el pelo blanco, cuidadosamente peinado y recogido en un moño. Sus ojos se hallaban cerrados. Sus inmóviles facciones mostraban un aire de serenidad.

—Lo siento —dijo Michael.

—Tuvo una vida buena —dijo Hendrickson con voz clara—. Fue una buena madre. Vivió setenta y ocho años. Es mucho tiempo. —Miró a Michael—. La cosa es que tenemos que enterrarla. Lleva muerta dos días. El predicador que frecuentaba estos parajes falleció hace un par de meses. Clive y yo estábamos pensando llevarla montaña abajo por la mañana.

—Ella quería ser enterrada aquí —prosiguió—. Le quedaría muy agradecido si usted tuviera la bondad de rezar las preces por…

Michael sintió ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Naturalmente, no hizo ninguna de las dos cosas. En su lugar, en tono indiferente, dijo:

—¿Se da cuenta de que soy un rabino? ¿Un rabino judío?

—El nombre no importa. ¿Es usted un predicador? ¿Un hombre de Dios?

—Sí.

—Entonces le agradeceríamos su ayuda, señor —dijo Hendrickson.

—Será un honor —dijo resignadamente Michael.

Regresaron a la habitación delantera.

—Clive, tú eres el mejor carpintero. En el cobertizo tienes todo lo necesario para hacer la caja. Yo bajaré a cavar la fosa.

—Hendrickson se volvió a Michael—. ¿Necesitará algo especial?

—Sólo unos libros y varias cosas que tengo en el coche.

Hablaba con más confianza de la que sentía. Había ayudado en dos funerales; los dos, judíos. Aquél sería el primero en que actuase como clérigo oficiante.

Fue hacia la furgoneta y regresó con su cartera. Luego, se sentó de nuevo frente al fuego, esta vez solo. Bruce había salido con su padre para hacer el ataúd. Ella y su madre estaban en la cocina preparando una masa de pastel para el desayuno del funeral. Michael hojeó sus libros, buscando pasajes que resultaran apropiados.

Desde el exterior, llegaba el ahogado sonido de un instrumento que golpeaba la helada tierra.

Leyó largo rato la Biblia, sin decidirse. Luego, atraído por el ruido, cerró el libro y se puso la chaqueta, la gorra y las botas. Una vez fuera, echó a andar en dirección al

lugar en que se oía el ruido, hasta que vio el resplandor de la linterna de Hendrickson.

El hombre dejó de cavar.

—¿Necesita algo?

—Vengo a ayudar. No soy carpintero, pero puedo cavar.

—No, señor. No es necesario.

Pero cuando Michael le cogió el pico de las manos, no opuso resistencia.

Había quitado ya la nieve y la helada capa de la superficie. Debajo, la tierra era blanda, pero estaba llena de piedras. Michael soltó un gruñido al levantar una de considerable tamaño.

—Suelo pedregoso —dijo en voz baja Hendrickson—. Muchas rocas. La única cosecha que da es de piedras.

Había dejado de nevar, pero no aparecía la luna. La linterna parpadeó, pero continuó brillando.

A los pocos minutos, Michael estaba jadeando. Le dolía la espalda y tenía los bíceps agarrotados.

—Olvidé preguntárselo —dijo—. ¿Cuál era la religión de su madre?

Hendrickson bajó al agujero y le hizo seña a Michael de que saliese.

—Era metodista. Temerosa de Dios, pero no tenía nada de beata. Mi padre recibió una educación baptista, pero, que yo recuerde, nunca fue un gran practicante. —Señaló con la pala en dirección a una tumba situada a poca distancia del agujero que estaban cavando—. Está enterrado ahí. Murió hace siete años. —Cavó en silencio unos momentos. Graznó un cuervo, y él movió la cabeza con aire de decepción—. Es un cuervo de lluvia. Significa que tendremos humedad por la mañana. No me gusta que llueva durante un funeral.

—A mí tampoco.

—Yo fui su penúltimo hijo. El último se llamaba Joseph. Mu rió cuando yo tenía tres años. Se cayó de un árbol al que estábamos trepando los dos. —Miró a la tumba de su padre—. Él ni siquiera estuvo en el funeral. Una mañana, se levantó y desapareció sin decir nada. Estuvo fuera catorce meses.

—Ella cuidó de nosotros exactamente igual que si estuviera aquí nuestro padre. Cazaba conejos y ardillas, así que siempre teníamos carne. Y cuidaba del jardín. Luego, un día, él regresó, con tanta naturalidad como si nunca se hubiera marchado. Hasta el día en que murió no averiguamos dónde había estado aquellos catorce meses.

Cambiaron nuevamente de puesto. Estaban ya a más profundidad, y Michael se dio cuenta de que había menos piedras.

—Señor, ¿Es usted de esos predicadores que se muestran enemigos mortales de la bebida?

—No. En absoluto.

La botella había sido colocada en la sombra, un poco más allá de la luz proyectada por la linterna. Hendrickson le ofreció cortésmente el primer trago. Estaba sudando a consecuencia del esfuerzo desarrollado, pero había comenzado a soplar una fresca brisa, y se agradecía el licor.

Comenzaba a clarear cuando Michael ayudó a Hendrickson a salir de la tumba ya terminada. Se oyó a lo lejos el ladrido de un perro. Hendrickson suspiró.

—Tengo que hacerme con un buen perro —dijo.

La mujer había calentado agua, y se lavaron y se cambiaron de ropa. Tal vez había sido acertado el cuervo de lluvia, pero prematuro. Aunque nubarrones grises se deslizaban sobre las cumbres de las montañas, no llovía. Mientras acarreaban la caja de madera de pino desde el cobertizo, Michael seleccionó los textos, marcando las páginas de la Biblia con pequeños trozos de papel de periódico. Cuando hubo terminado, se puso una yarmulka sobre la cabeza y se echó el abrigo alrededor de los hombros.

El cuervo graznó de nuevo mientras llevaban el ataúd a la fosa. Los dos hijos bajaron el féretro. Luego, los cinco quedaron allí inmóviles, mirándole.

—El Señor es mi pastor —dijo—. Nada me falta.

—Él me pone en verdes pastos y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas por amor de su nombre.

La niña movió con el pie una pila de tierra removida, que resbaló y cayó en la fosa. Dio un salto hacia atrás, intensamente pálida.

—Aunque haya de pasar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu clava y tu cayado son mi consuelo. Tú pones ante mí una mesa, enfrente de mis enemigos. Has derramado el óleo sobre mi cabeza, y mi cáliz rebosa.

—Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y estaré en la casa del Señor por muy largos años.

La niña se había cogido de la mano de su madre.

—La mujer virtuosa, ¿Quién la hallará? —preguntó Michael—. Vale mucho más que las perlas.

—En ella confía el corazón de su marido, y no tiene nunca falta de nada. Le da siempre gusto, nunca disgustos, todo el tiempo de su vida. Ella se procura lana y lino y hace las labores con sus manos. Es como nave de mercader, que desde lejos trae su pan. Todavía de noche se levanta y prepara a su familia la comida y la tarea de sus criadas.

Clive Hendrickson miraba a la tumba de su madre. Había pasado el brazo alrededor de su hijo. Tom Hendrickson tenía los ojos cerrados. Se había cogido un pellizco de carne del antebrazo entre las yemas de los dedos y la uña del pulgar.

—Ve un campo y lo compra, y con el fruto de sus manos planta una viña. Se ciñe de fortaleza y esfuerza sus brazos. Ve alegre que su tráfico va bien y ni de noche

apaga su lámpara. Coge la rueca en sus manos y hace bailar el huso. Tiende su mano al miserable y alarga la mano al menesteroso.

—Se reviste de fortaleza y de gracia; y sonríe ante el porvenir.

La sabiduría abre su boca, y en su lengua está la ley de la bondad.

Vigila a toda su familia y no come su pan de balde.

La primera gota de lluvia rozó como un helado beso la mejilla de Michael.

—Álzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada, y su marido la ensalza: «Muchas hijas han hecho proezas, pero tú a todas sobrepasas». Engañosa es la gracia, fugaz la belleza; la mujer que teme a Dios, ésa es de alabar. Dadle los frutos del trabajo de sus manos, y alábenla sus hechos en las puertas.

Comenzaba ya a llover con fuerza. Las gotas producían sonoros chasquidos en la húmeda tierra.

—Recemos cada uno a nuestra propia manera por el alma de la difunta, Mary Bates Hendrickson —dijo Michael.

Los dos hermanos y la mujer se postraron de hinojos sobre el fango. Tras intercambiar una asustada mirada, los dos niños hicieron lo mismo. La mujer lloraba con la cabeza inclinada. Michael, de pie, recitó en voz alta y clara las viejas palabras arameas de la oración hebrea por los muertos. Poco antes de terminar, las persistentes gotas de lluvia tenían ya el tamaño de monedas de medio dólar.

Mientras la mujer y los niños echaban a correr con débiles gritos, Michael se guardó la Biblia en el bolsillo de la chaqueta.

Seguidamente, Michael ayudó a los dos hermanos a echar de nuevo en la fosa las piedras y la húmeda tierra, protegiendo la tumba contra la acción del tiempo.

Después del desayuno, Clive empezó a tocar alegres melodías con su violín, y los niños rieron. Al despedir a Michael, parecían sentirse aliviados.

—Ha sido un funeral magnífico —dijo Tom Hendrickson. Le tendió un dólar y medio—. Esto es lo que solíamos pagarle a nuestro predicador. ¿Es suficiente?

Algo en los ojos del hombre le impidió a Michael rechazar el dinero.

—Demasiado. Muchas gracias.

Hendrickson le acompañó hasta el coche. Mientras se calentaba el motor, se inclinó sobre la entreabierta ventanilla.

—Un tipo con el que estuve trabajando una vez en una granja de Missouri me dijo que los judíos tenían el pelo negro y dos pequeños cuernos en la cabeza —dijo—. Siempre supe que era un maldito mentiroso.

Se estrecharon con fuerza las manos.

Michael puso en marcha el coche y se alejó lentamente. La lluvia había fundido la nieve. Al cabo de unos cuarenta minutos, llegó a un poblado, donde se detuvo ante el único surtidor gasolina, delante del Almacén de Provisiones de Cole (semillas, piensos, especias, comestibles), para llenar el depósito, porque sabía que el siguiente

surtidor estaba casi a tres horas de distancia. A la salida del poblado había un caudaloso río. El barquero cogió el cuarto de dólar cuando hubo llevado su coche a la balsa, y movió la cabeza cuando Michael le preguntó por las condiciones en que se encontraba la carretera a partir de allí.

—No lo sé —dijo—. Hoy no ha venido todavía nadie de esa dirección.

Dio un latigazo en la grupa a la mula delantera, y los dos animales se pusieron en movimiento, haciendo girar un cabrestante que por medio de un cable arrastraba a la balsa.

Llevaba veinte minutos conduciendo por el terreno situado al otro lado del río, cuando se detuvo e hizo girar en redondo al coche.

Al llegar de nuevo al río, el hombre salió de su pequeña casamata y se detuvo bajo la lluvia.

—¿Está cortada allá la carretera?

—No —dijo Michael—. He olvidado algo.

—No puedo devolverle el dinero.

—No importa.

Le pagó otro cuarto de dólar y cuando llegó al Almacén de Provisiones de Cole detuvo el coche y entró.

—¿Tienen teléfono público?

Estaba colocado dentro de una bodega que olía a patatas mohosas. Llamó a la Central y dio el número con el que quería hablar.

Tenía muchas monedas, pero no eran suficientes, y tuvo que cambiar el billete de dólar que le había dado Hendrickson. Luego, echó por la ranura todas las monedas.

Afuera, empezó a llover; podía oír el tamborileo del aguacero sobre el tejado.

—¿Oiga? Soy Michael. No, no pasa nada. Sólo quería hablar contigo. ¿Cómo estás, mamá?

# 21

Como las montañas de Arkansas no podían ser visitadas desde Massachusetts durante los fines de semana, y Hartford estaba sólo a dos horas de distancia de la Universidad de Wellesley, Deborah Marcus había ido a Connecticut con Leslie Rawlins media docena de veces durante los tres años que duraba su amistad. En una fiesta de Año Nuevo, durante el último curso de su carrera, mientras besaba al hombre que amaba y, simultáneamente en otro plano de conciencia, mientras pensaba en si les gustaría a sus padres Deborah había concebido la idea de que Leslie podía acompañarla a Mineral Springs durante sus vacaciones de primavera con el fin de tener su apoyo moral mientras contaba a sus padres lo de Mort.

Cinco semanas después, un sábado por la noche que no había salido, mientras se secaba con la toalla sus largos y cobrizos cabellos en la ducha del desierto dormitorio, Leslie observó que alguien había vuelto a atascar el retrete haciendo que desbordara. Esta circunstancia, aunque nada infrecuente, la enfureció lo bastante como para considerar sumamente atractiva cualquier variación en la rutina diaria. Así, a la mañana siguiente, mientras intercambiaban con aire soñoliento las páginas del Boston Sunday Herald, dijo a su compañera de habitación, tendida en la cama de al lado, que iría con ella a los Ozarks.

—¡Oh, Leslie!

Deborah se estiró, bostezó y, luego, sonrió radiantemente. Era una muchacha alta y delgada, de cabeza ligeramente grande, de cabellos castaños y facciones que parecían feas hasta que sonreía.

—¿Tendremos Pascua judía? —preguntó Leslie.

—Con todos los detalles. Este año, mi madre recibirá incluso a un rabino. Cuando terminen las vacaciones, estarás convertida en una auténtica judía.

«¡Oh!», pensó Leslie.

—Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos —dijo, cogiendo la sección humorística del periódico.

Mineral Springs resultó ser simplemente lo que su nombre indicaba: tres manantiales que brotaban de la tierra en lo alto de una colina, sobre la que Nathan Marcus, padre de Deborah, había construido una casa de baños contigua a su pequeña posada. Una limitada pero regular clientela, compuesta en su mayoría de señoras judías artríticas procedentes de las ciudades populosas del Medio Oeste, acudía todos los años a la posada para tomar las aguas, que olían a huevos podridos y a azufre y sabían sólo un poco mejor de lo que olían. Pero Nathan, un hombrecillo canoso y bonachón, aseguraba a las gentes de ciudad que las aguas contenían azufre, cal, hierro y otras cosas que lo curaban todo, desde la ciática hasta los males de amor, y las señoras estaban siempre seguras de que sus dolores habían disminuido después de

una inmersión de diez minutos. Una cosa que olía tan mal, solía decirles jocosamente, no podía por menos de ser buena.

—Está subiendo la temperatura de los manantiales —dijo Nathan al joven rabino, mientras se hallaban sentados sobre el césped en sillas forradas de lana, con Deborah y Sarah, esposa de Nathan. Leslie, vestida con una blusa y unos ajustados pantalones, estaba echada a sus pies sobre una manta, contemplando los prados y los bosques que se extendían bajo ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva subiendo la temperatura? —preguntó el rabino.

Se parecía un poco a Henry Fonda, decidió Leslie, pero no era tan ancho de hombros, y un poco más delgado. Necesitaba imprescindiblemente un corte de pelo. El día anterior, al verle por primera vez saliendo de aquella sucia furgoneta, con botas altas y arrugadas ropas que parecían no haber sido lavadas jamás, había pensado que era algún habitante de las montañas, un campesino o un trampero. Pero ahora llevaba un traje deportivo y parecía más aceptable e igual de interesante. El único reparo era que tenía el pelo demasiado largo.

—Ha estado subiendo desde hace seis años, alrededor de medio grado cada año. Llega ya a los setenta grados.

—¿Qué es lo que calienta el agua? —preguntó ella perezosamente, levantando la mirada.

Podría ser italiano. O español, pensó, o incluso irlandés.

—Hay varias teorías. Tal vez el agua encuentra bajo tierra roca fundida o gases calientes. O quizá se produce allá abajo alguna reacción química que calienta el agua. O radiactividad.

—Sería estupendo que el agua se volviera caliente de verdad —dijo esperanzadamente Sarah Marcus.

—¿Por qué? —preguntó Leslie.

—Nos haría ricos como reyes. No hay nada parecido desde aquí hasta Hot Springs. Y estos terrenos son propiedad del Gobierno. Con agua mineral caliente en nuestras tierras, esto se convertiría en un balneario de categoría. La verdad es que hay que calentar el agua antes de que esas malditas mujeres se metan en ella. No sé por qué. Hace más de doscientos años, los indios utilizaban estos manantiales para curar todas sus enfermedades. Eran de la tribu Quapaw. Según tengo oído, solían acampar aquí un par de semanas todos los veranos.

—¿Qué fue de ellos por fin? —preguntó su hija con aire inocente.

—Murieron casi todos —repuso, mirándola con el ceño fruncido—. Tengo que ir a tomar la temperatura —concluyó y, levantándose, se alejó.

Sarah se agitaba a impulsos de la risa.

—Oh, no debes burlarte de tu padre —dijo a Deborah. Se levantó de la silla—. No han traído suficiente harina de *Masot*. Si tengo que preparar mañana fritos de

*Masot*, será mejor que la haga yo misma.

—Te ayudaré —dijo Deborah.

—No, quédate aquí con los jóvenes. No necesito ayuda.

—Quiero hablar contigo. —Se levantó—. Os veré luego —dijo, y le guiñó un ojo a Leslie.

Cuando se hubieron marchado, Leslie rió entre dientes.

—Su madre quería que se quedara contigo. La señora Marcus es toda una casamentera, ¿Verdad? Pero su hija está ya comprometida. Imagino que eso es lo que Deb va a decirle ahora, mientras desmigajan *Masots*.

—¡Vaya! —dijo él. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció; luego cogió otro para sí y encendió el mechero—. ¿Quién es el afortunado?

—Se llama Mort Beerman. Es estudiante de arquitectura. Va a venir aquí dentro de un par de días. Seguro que les gusta.

—¿Cómo lo sabes?

—Es muy atractivo. Y es judío. Deb me ha dicho varias veces que se sienten culpables y temerosos por haberla educado lejos de jóvenes judíos.

Se levantó de la manta, frotándose los brazos, que se le habían puesto de carne de gallina. Cuando él se quitó la chaqueta, ella le permitió que se la pusiera sobre los hombros, sin darle las gracias. Luego se sentó en la silla contigua a la de él, la misma en la que había estado sentada Deborah con las piernas recogidas.

—Deben de resultarte difíciles las cosas aquí —dijo ella—. No puede haber muchas chicas judías por estos alrededores.

Procedente de la cocina de la posada, se oyó un breve grito, seguido de una alegre conversación.

—Mazal tob —dijo Michael, y la muchacha se rió—. No —prosiguió—. No hay muchas chicas judías aquí. No hay ninguna con la edad adecuada para salir con ella.

Leslie le miró burlonamente.

—¿Cuál es la palabra que usáis para denominar a una mujer gentil?

—¿Nosotros? ¿Te refieres a shickseh?

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Soy yo una shickseh? ¿Es esa la palabra en que tú piensas al mirarme?

Sus ojos se encontraron. Se miraron fijamente uno a otro largo rato. El rostro de ella destacaba pálido en la creciente oscuridad. Él se fijó en las suaves y carnosas mejillas de Leslie, los salientes pómulos, y en su boca de gruesos labios, de trazo firme y quizás un poco demasiado grande.

—Sí, supongo que sí —dijo Michael.

Se marchó al día siguiente después del *Séder*, con intención de no volver a la posada de Marcus hasta pasadas cuatro o cinco semanas. Pero tres días después se encontró enfilando el coche en dirección a Mineral Springs. Luego, se encolerizó y

pensó que al diablo con las excusas, que no había tenido un solo día de verdadera vacación desde que comenzara aquella extravagante existencia en las montañas, ni había hablado a una mujer como ser humano en vez de hacerlo como rabino. De todas formas, quizá tuviese ella un amigo que acompañaría a Beerman o tal vez hubiera dado ya por terminada su visita.

Pero cuando llegó a la posada, Leslie estaba todavía allí, y no se veía ningún amigo más que Beerman. Éste tenía cabellos ralos, gran sentido del humor y un Buick de segunda mano, y los Marcus le habían aceptado orgullosos como hijo una vez les fue presenta do. Aquella noche, Leslie y Michael jugaron al bridge contra la pareja de novios, y Michael jugó muy mal, confundiendo incluso la cuenta de sus tantos, pero a nadie le importó, porque estaban bebiendo el excelente coñac que Nathan Marcus les había subido de su bodega, y riéndose a carcajadas por cosas que no podían recordar una hora después.

A la mañana siguiente, cuando fue a desayunar, la muchacha estaba comiendo sola. Llevaba una falda de algodón y una blusa aldeana sin mangas que le hizo apartar la vista automáticamente.

—Buenos días. ¿Dónde está todo el mundo?

—Hola, la señora Marcus está adiestrando a una nueva asistenta. El señor Marcus ha salido a comprar verduras.

—¿Y tu amiga y su novio?

—Quieren estar solitos —le dijo en voz baja.

Él sonrió.

—No puedo decir que se lo censure.

—Claro.

Leslie dedicó toda su atención al racimo de uva que estaba comiendo.

—Oye, ¿Te gustaría ir a pescar?

—¿lo dices en serio?

—Claro. Le he estado dando lecciones de hebreo a un chiquillo, y él me ha estado dando a mí lecciones de pesca. Me ha abierto todo un nuevo mundo.

—Me encantaría.

—Excelente. —Michael volvió a mirarle la blusa—. Será mejor ponerse ropa vieja. En algunos sitios, esta región es muy desapacible.

Michael condujo lentamente el coche en dirección a Big Cedar Hill, deteniéndose en un embarcadero del río para comprar un pozal de plateados pececillos. Había bajado todas las ventanillas del coche, y el cálido aire primaveral, impregnado de un excitante olor a hielo fundido, les daba con fuerza en el rostro. La muchacha se había puesto zapatos de lona, pantalones y un viejo jersey gris. Sentada a su lado, se desperezó y bostezó, gruñendo de satisfacción.

Cruzaron el puente colgante. Luego, Michael detuvo el coche. Leslie llevaba una

manta; él sacó la caña y el cebo, y caminaron por la estrecha senda que seguía el curso del río. El camino estaba flanqueado de floridos arbustos, cargados de pequeños capullos rojos y de otros blancos, mayores. Los pantalones que llevaba Leslie se hallaban descoloridos por efecto de los muchos lavados, hasta el punto de que algunas de las hebras aparecían casi blancas; además, le estaban muy ajustados. Michael se la imaginaba con ellos, inclinada sobre el manillar de una bicicleta, transitando por los terrenos de la universidad. Los rayos de sol que se filtraban por entre el follaje encendían pequeñas lucecitas en sus cabellos.

Siguieron la senda hasta llegar a un punto en que quedaba al mismo nivel que el río, el cual, dejando de fluir encajonado, se ensanchaba, moviéndose sus aguas más lentamente. Por fin, encontraron un lugar apropiado, y extendieron la manta sobre la hierba de un cantil que daba sobre un claro y profundo remanso. Leslie le contempló en silencio mientras él sacaba un pececillo del pozal y le hundía el anzuelo en un costado, cuidando de hacerlo por encima de la columna vertebral para que el cebo continuara vivo.

—¿le hace daño eso al bicho?

—No lo sé.

Lo lanzó al centro del remanso, y se lo quedaron mirando mientras se iba hundiendo hasta que, a los pocos momentos, llegó a una profundidad en que las aguas eran ligeramente verdosas y dejaron de verlo.

Leslie se inclinó para recoger una flor que flotaba en la orilla del agua. Al hacerlo, se levantó el jersey, dejando al descubierto unos centímetros de carne en la cintura y el comienzo de sus redondeadas caderas, que asomaban sobre los pantalones. Luego, se le volvió a bajar al incorporarse ella, sosteniendo en la mano la goteante flor, grande y blanca, pero con un pétalo roto.

—¿Qué es? —preguntó ella.

Y le miró con admiración cuando él le dijo que era un cornejo.

—Mi padre solía contarme cosas del cornejo —dijo.

—¿Qué clase de cosas?

—Religiosas. Decía que la Cruz estaba hecha de cornejo. Mi padre es clérigo. Congregacional.

—Eso está bien —dijo Michael, dando un tirón a la caña.

—Eso es lo que tú crees —objetó ella—. Era mi padre espiritual, como lo era para todo el mundo, pero estaba tan ocupado sirviendo a Dios y a la gente que nunca tuvo tiempo para ser un padre de verdad para mí. Si alguna vez tienes una hija, rabbi, ten cuidado con eso.

Se disponía él a contestarle, pero levantó la mano y señaló al flotante hilo, que estaba empezando a desaparecer bajo la superficie, arrastrado por algo invisible. Se puso en pie, cobró hilo velozmente, y el pez emergió del agua, un magnífico pez

verde dorado, de unos treinta centímetros de largo, de blanquecino vientre y ancha cola que agitó un par de veces antes de desprenderse del hilo y desaparecer de nuevo en el agua. Él enrolló el hilo apresuradamente.

—Lo he cogido demasiado pronto y olvidé afianzar el anzuelo.

Mi profesor se sentiría avergonzado.

Leslie le miró mientras ponía nuevo cebo y volvía a arrojar el anzuelo.

—Casi me alegro —dijo—. ¿Te reirás si te digo una cosa?

Michael denegó con la cabeza.

—Desde los catorce años hasta mi último curso en la escuela superior, he sido vegetariana. Simplemente, decidí que estaba mal comer cosas vivientes.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—No cambié, en realidad. Pero empecé a salir con chicos, y solíamos ir en grupo a cenar. Mientras los demás comían carne, yo me conformaba con ensaladas, pero el olor de la carne me volvía loca. Así que acabé comiendo carne yo también. Pero sigo detestando la idea de que los seres vivientes sufran.

—Claro —dijo Michael—. Lo comprendo. Pero harás bien en desear que ese ser viviente vuelva a picar, o alguno de sus primos. Porque ese pez es tu comida.

—¿No has traído otra cosa para comer? —preguntó Leslie.

Michael volvió a negar con la cabeza.

—¿Hay algún restaurante por aquí cerca?

—No.

—Dios mío —exclamó Leslie—. ¡Eres terrible! Me siento muerta de hambre.

—Toma, prueba tú —dijo él, dándole la caña.

Leslie se quedó mirando al agua.

—Kind es un nombre extraño para un rabino, ¿No? —dijo al cabo de un rato.

Michael se encogió de hombros.

—Quiero decir que no parece judío.

—Era Rivkind. Mi padre lo cambió cuando yo era pequeño.

—A mí me gustan los originales. Prefiero Rivkind.

—Yo también.

—¿Por qué no lo vuelves a cambiar?

—Me he acostumbrado ya. Sería tan tonto como el cambiarlo la primera vez. ¿No te parece?

Leslie sonrió.

—Comprendo lo que quieres decir.

De pronto el sedal desapareció, unos sesenta centímetros bajo el agua. Ella le agarró del brazo. Pero se trataba de una falsa alarma; no sucedió nada más.

—Debe de resultar incómodo ser judío, mucho peor que ser vegetariano —dijo Leslie—, con toda esa gente odiándote, y sabiendo lo de los campos de exterminio,

los hornos crematorios y todo eso.

—Si estás en los hornos o en un campo de concentración, sí, debe de ser incómodo —respondió Michael—. En cualquier otro lugar puede ser maravilloso, o imagino que puede ser incómodo si lo permites, si dejas que la gente eche a perder un hermoso día, por ejemplo hablando cuando deberían centrar toda su atención en la tarea de llenar sus hermosos pero hambrientos y ruidosos vientres.

—Mi vientre no está haciendo ruido.

—Lo oigo claramente, un ruido de fiera.

—Me gustas —dijo Leslie.

—Tú también me gustas. Tengo tanta confianza en ti que voy a echar una cabezada.

Se tendió sobre la manta y cerró los ojos. Sorprendentemente, aunque no había tenido en absoluto intención de hacerlo, se quedó dormido. Cuando despertó, no tenía ni idea del tiempo transcurrido, pero la muchacha continuaba sentada en la misma postura, y habría pensado que no se había movido lo más mínimo si no fuera por el detalle de que ahora estaba descalza. Tenía pies bien conformados, pero había dos durezas amarillentas en el talón del pie derecho y un pequeño callo en la planta del mismo pie. Ella volvió la cabeza y le sorprendió mirándola. Le dirigió una sonrisa. En ese mismo instante picó el pez, y giró el carrete con un zumbido.

—Toma —dijo ella, dándole la caña, pero él la obligó a conservarla.

—Cuenta despacio hasta diez —susurró—. Luego, da un buen tirón de la caña para que prenda el anzuelo.

Ella contó en voz alta, temblándole la voz con nerviosa risa a partir del cuatro. Al llegar a diez, dio un fuerte tirón. Empezó a enrollar el carrete, pero el pez corría de un lado a otro del agua, sin salir a la superficie y debatiéndose furiosamente. En su excitación, Leslie soltó la caña y haló el sedal con las manos hasta hacer salir del agua al pez, una magnífica lubina, mejor que la primera, ancha y gruesa y de unos treinta y cinco centímetros de longitud. El pez saltó y se agitó sobre la manta, tratando de volver al agua. Michael y Leslie se esforzaron por sujetarlo hasta que quedó atrapado entre ellos. Michael rodeó con su brazos a Leslie, y ésta le acarició el pelo. Él sintió contra su pecho los senos de Leslie, separados y palpitantes, y el pez, más palpitante aún, entre los senos, mientras la besaba y fluía a su boca la burbujeante risa de sus carnosos labios.

Temía que Leslie se enfadara con él cuando viese la cabaña de Stan Goodstein en lo alto de la colina, pero ella empezó de nuevo a reírse cuando Michael le enseñó los estantes llenos de latas de conservas. Le dijo que calentara judías cocidas mientras él llevaba el pescado al pozo situado detrás de la casa. Ésta era la parte que no había tenido en cuenta al trazar sus planes para el día. Excepto una pequeña lubina que había pescado con Bobby Lilienthal dos semanas antes, los únicos peces que había

cogido jamás eran lenguados, que él y su padre solían llevar triunfalmente a una pescadería del barrio para su conversión en alimento. Había visto a Phyllis Lilienthal preparar la pesca de su hijo para la cena y, ahora, armado con unas mohosas tijeras, unas tenacillas y un romo cuchillo de carnicero, trató de recordar punto por punto lo que ella había hecho.

Con el cuchillo, practicó dos profundas pero vacilantes incisiones a ambos lados de la aleta dorsal; luego, utilizó las tenacillas para arrancarla. Cuando Phyllis Lilienthal hizo eso, el pez aún estaba vivo y casi se le había escapado de las manos. Michael había golpeado contra una roca la cabeza del pez con fuerza suficiente como para decapitar a un hombre, pero el recuerdo de la dramática resurrección del otro pez le hizo estremecerse. Utilizó las tijeras para abrir el blanco vientre desde el orificio anal hasta la mandíbula. Luego, quitó la piel con las tenacillas y se quedó asombrado de la facilidad con que salían las vísceras, sin apenas desgarro. Le costó cortar la cabeza. Mientras forcejeaba y serraba con el cuchillo de un lado a otro, los rojos ojos parecían mirarle acusadoramente, pero luego cayó la cabeza, y pasó la hoja del cuchillo a lo largo de la espina dorsal y de las costillas. Aunque las rodajas resultantes eran un tanto desiguales e irregulares, no dejaban de parecer satisfactorias. Las lavó en el agua de la bomba y las llevó dentro.

—Estás un poco pálido —dijo Leslie.

La madre de Bobby había rebozado su pescado en huevos batidos y migajas de galletas y, luego, lo había frito con mantequilla. Él no tenía huevos ni mantequilla, pero encontró galletas y una botella de aceite de oliva. Abrigaba sus dudas en cuanto a la propiedad de la omisión y la sustitución, pero al terminar el pescado parecía un anuncio de «Cristo» en el Ladies and Home Journal. Ella se le quedó mirando, escuchando con atención mientras decía la brocha. Las judías estaban buenas, y el pescado, exquisito. Leslie había abierto por su cuenta otra lata y calentado su contenido, zucchini, que él detestaba de ordinario, pero que esta vez comió de buena gana. Para postre, abrieron una lata de melocotón Elberta, y se bebieron el jugo.

—¿Sabes qué me encantaría hacer?

—¿Qué?

—Cortarte el pelo.

—¿Qué más te gustaría hacer?

—No. De veras. Te hace mucha falta. Y, tal como lo tienes, alguien que no te conociese podría pensar que eras… ya sabes.

—No lo sé.

—Invertido.

—Tú apenas me conoces. ¿Cómo sabes que no lo soy?

—Lo sé —afirmó ella.

Continuó gastándole bromas. Al poco rato, él cedió y sacó al exterior una de las

sillas de madera de arce de Stan Goodstein. Se quitó la camisa, y ella cogió las tijeras y empezó a manejarlas. Luego, él olisqueó un par de heces y se enfureció.

—Santo Dios, ¿Es que no las has lavado? Apestan a pescado.

Se disponía ya a levantarse, cuando Leslie volvió a la bomba de agua, lavó las tijeras y se las secó sobre la tela de los pantalones. «Nunca me he divertido tanto en mi vida», pensó él.

Volvió a sentarse, cerró los ojos y saboreó el calor del sol, mientras las herrumbrosas tijeras le recorrían la cabeza, criscras, criscras.

—Te estoy muy agradecida —dijo Leslie.

—¿Por qué?

—Te he correspondido cuando me has besado. He correspondido con fuerza.

—¿Es tan raro eso?

—Lo es para mí desde una aventura que tuve el verano pasado.

—Oye. —Michael se inclinó hacia delante, de modo que ella tuvo que dejar de cortarle el pelo—. No tienes necesidad de hablarme de una cosa así.

Ella le agarró del pelo y le echó hacia atrás la cabeza.

—Sí, no comprendes. No he podido decírselo a nadie, pero esta vez no hay ningún riesgo. Tú eres un rabino, y yo soy una… una shickseh, y probablemente no volveremos a vernos. Es incluso mejor que si yo fuese una católica que se lo contara a un sacerdote oculto tras la rejilla de un confesionario, porque sé la clase de persona que eres.

Michael se encogió de hombros y permaneció inmóvil. Mientras, las tijeras se movían y el pelo le caía sobre la desnuda espalda.

—Fue con ese chico de Harvard, que ni siquiera me gustaba. Se llama Roger Phillipson. Su madre fue a la escuela con mi tía, y para complacerlas salimos juntos un par de veces, y así podíamos escribir a casa acerca de ello. Dejé que me hiciera el amor en su coche, sólo una vez, sólo para ver cómo era eso. Fue simplemente espantoso. Nada. Desde entonces, nunca he disfrutado besando a un chico y nunca he podido sentirme apasionada. Pero cuando tú, después de coger el pez, me has besado, me he sentido tan apasionada como la que más.

Él se sintió halagado y, a la vez, intensamente turbado.

—Me alegro —dijo.

Y los dos quedaron un momento silenciosos.

—No te gusto tanto como antes de contarte esto —dijo ella.

—No es eso. Es, simplemente, que me has hecho sentir como algo que define el color de tu papel tornasol.

—Perdóname —dijo Leslie—. He estado deseando hablar de eso a alguien desde que me sucedió. Me quedé muy disgustada conmigo misma y arrepentida de haberme dejado dominar por mi curiosidad.

—No deberías permitir que esa sola experiencia supusiera una gran diferencia en tu vida —dijo Michael con lentitud.

Le estaba empezando a doler la espalda, y varios mechones de pelo se le habían introducido dentro de los pantalones.

—No lo intento —dijo Leslie en voz baja.

—Ninguno de nosotros puede pasar por la vida totalmente indemne. Todos nos herimos, a nosotros mismos y a los demás.

Nos sentimos aburridos y ponemos una pequeña criatura en un anzuelo, sentimos hambre y comemos carne, sentimos deseo y hacemos el amor.

La muchacha se echó a llorar.

Michael se volvió a mirarla, conmovido y asombrado de que sus palabras produjeran tan intenso efecto, pero ella le estaba mirando a la cabeza mientras lloraba.

—Es la primera vez que le corto el pelo a alguien —dijo.

Marcharon con lentitud, por las carreteras de las montañas, hablando sosegadamente hasta que se hizo de noche. Una vez, Leslie se cubrió el rostro con las manos y se derrumbó en el asiento, pero en esta ocasión él sabía que se estaba riendo. Cuando llegaron a la posada, Michael la dio el beso de despedida en el coche.

—Ha sido un día estupendo —dijo Leslie.

Él se deslizó hasta su habitación sin ser visto. A la mañana siguiente, se levantó y salió muy temprano, después de haber dado instrucciones a Leslie para que le excusara. Para encontrar un barbero —uno al que había estado evitando desde hacía semanas porque era negligente y poco diestro en su oficio—, tenía que ir hasta cincuenta kilómetros más allá del próximo lugar en que tenía previsto detenerse.

El hombre no dejó de mover la cabeza mientras le cortaba el pelo.

—Hay que cortar mucho para igualarlo —dijo.

Cuando terminó, la yarmulka no bastaba para ocultar el hecho de que todo lo que quedaba era una especie de oscura pelusa. En una tienda contigua a la barbería, Michael se compró una gorra caqui de cazador, que llevó continuamente durante las cuatro semanas siguientes, incluso en los días en que el calor resultaba abrasador. Se consideró afortunado al no tener que descubrirse para rezar.

## 22

Cuando por fin llegó realmente el verano, Michael dejó de buscar cobijo por las noches y desenrolló el saco de dormir, que era uno de los objetos incluidos en la lista del rabino Sher. Lo encontró ligeramente enmohecido, pero muy útil. Por la noche, se tendía bajo las estrellas, esperando ser devorado por un lobo o por un lince y escuchando los silbidos del viento en las cumbres de las montañas y entre las hojas de los árboles. Por las tardes, cuando las distantes colinas refulgían azuladas bajo el ardiente sol, detenía el coche e imitaba a los peces en vez de intentar cogerlos, tendiéndose desnudo y solo en un riachuelo poco profundo y gritando y riendo al sentir el helado contacto del agua. En una ocasión, se sumo a un grupo de silenciosos muchachos en una hoya de un río.

El pelo le iba creciendo; todas las mañanas se lo empapaba de agua, se lo cepillaba y se lo peinaba hacia atrás, eliminando la raya que había llevado antes de su rapado Se afeitaba regularmente, y hacía uso de la bañera o de la ducha siempre que se detenía en alguna casa. Los miembros de su congregación le mantenían bien alimentado —todo el mundo preparaba opíparas comidas para las visitas del rabino— y dejó de lavarse él mismo la ropa después de recibir cuatro ofrecimientos de otras tantas amas de casa domiciliadas a lo largo de su ruta. Dejó que se fueran turnando.

Bobby Lilienthal estaba aprendiendo bastante hebreo como para empezar a trabajar sobre su *Haftará*, en preparación para su bar mlsvá. La madre de Stan Goodstein murió, y celebró el primer funeral judío de su congregación; luego, el señor Marcus reservó sus servicios para el 12 de agosto, y celebró su primera boda.

Fue una boda muy concurrida, abusando casi de las facilidades de la posada, y sorprendentemente formal para las montañas Ozark. Procedentes de Chicago, Nueva York, Massachusetts, Florida, Ohio y dos ciudades de Wisconsin, acudieron los parientes de Marcus y Beerman. No asistieron los amigos de Mort, pero sí cuatro condiscípulas de Deborah, entre ellas Leslie Rawlins, que era dama de honor.

Antes de la ceremonia, Michael estuvo casi una hora sentado en el dormitorio del piso superior con Mort y su hermano menor, que iba a ser el padrino. Los dos hermanos se hallaban sumamente nerviosos y habían estado dándole tientos a una botella de whisky para tranquilizarse. Michael se llevó consigo la botella al salir de la habitación. Se paró en lo alto de la escalera, preguntándose dónde podría guardarla. En la sala que había al pie de la escalera, se había reunido una multitud de hombres vestidos con chaquetas blancas y mujeres ataviadas con vestidos que seguían los dictados recién impuestos por Dior. Con sus largos guantes, sus delicados sombreritos y sus vestido de peau de soie de suaves colores, y vistas desde lo alto de la escalera, más parecían flores que mujeres, incluso las gordas. Evidentemente, decidió, no podía cruzar entre ellas llevando una botella de whisky. Por fin, la escondió en un

armario del desván, detrás de una aspiradora y delante de una gran lata de cera para el suelo.

Cuando comenzó la ceremonia, todo se desarrolló como si hubiera sido ensayado previamente. Mort estaba sereno y con talante gravé. El blanco velo de Deborah, coronado por una diadema de albas flores que envolvía como un halo su cabeza, suscitó los clásicos murmullos cuando entró del brazo de su padre, con los ojos recatados tras el espeso velo. Sólo la rigidez con que sostenía su libro de oraciones desmentía su aplomo.

Cuando la ceremonia terminó y hubo felicitado a todo el mundo, Michael se encontró a sí mismo cogiendo una copa de champaña, mientras los ojos de Leslie Rawlins le miraban por encima de la suya.

Ella bebió y le dirigió una sonrisa.

—Vaya —dijo—, eres un tipo impresionante.

—¿Ha salido bien? —preguntó él—. Te diré un secreto, si me prometes no contárselo a nadie. Es la primera boda que he oficiado yo solo.

—Mi enhorabuena. —Leslie le alargó la mano, y él se la estrechó—. Ha sido maravilloso, de verdad. Me has hecho sentir escalofríos de emoción a lo largo de la espina dorsal.

El champaña estaba seco y frío, exactamente lo que él necesitaba ahora que había terminado la ceremonia.

—Tú eres quien tiene que recibir la enhorabuena —recordó de pronto—. Tú y Deborah os graduasteis en junio, ¿No?

—Oh, sí —respondió Leslie—. La verdad es que ya tengo un empleo. Después de las vacaciones voy a empezar como investigadora en Newsweek. Estoy muy animada. Y un poco asustada.

—Lo único que necesitas es contar hasta diez y tirar del anzuelo —dijo él, y los dos se echaron a reír.

Su vestido y accesorios eran de color azul, exactamente el mismo que el de sus pupilas. Las restantes damas de honor, que eran las otras tres muchachas de Wellesley y una de las primas de Deborah, llegada de Winnetka, iban de rosa. El azul acentuaba el color rubio de su pelo, decidió.

—Me gustas de azul. Pero estás más delgada.

Leslie no trató de ocultar su satisfacción.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. He estado siguiendo un régimen.

—No hagas tonterías. Has dicho Newsweek, no Vogue. Estabas perfectamente antes. —Cogió la copa vacía de Leslie y volvió al cabo de un momento con dos copas llenas—. Estoy pensando en noviembre. Tres semanas de vacaciones. Iré a Nueva York. Estoy deseando que llegue el momento.

—Todavía no tengo domicilio fijo allí. Pero si te aburres llámame a la revista. Te

llevaré a pescar.

—De acuerdo —dijo Michael.

El rabino Sher estaba muy complacido.

—Muy complacido —repitió—. No puedo expresarle cuánto me satisfacen los resultados obtenidos con sus viajes. Tal vez esto dé ocasión a que se envíen otros rabinos a zonas más alejadas.

—La próxima vez me gustaría una jungla salvaje —dijo Michael—. Algún lugar lleno de pantanos, con mucha malaria.

El rabino Sher se echó a reír, pero miró fijamente a Michael.

—¿Está cansado? —dijo—. ¿Quiere ceder su puesto a otro?

—Tengo a dos chicos casi listos para el *Bar misvá*. He aprendido a abrirme paso por las montañas. Estoy planeando la celebración de un *Séder* en comunidad para la próxima Pascua, con participación, tal vez, de cuarenta familias en Mineral Springs.

—Deduzco que la contestación es que no.

—Todavía no.

—Bien, pero recuerde que nunca he considerado esto como el esfuerzo de toda su vida. Por toda América hay templos que desean contratar rabinos. Y fuera del país, también. Cuando se canse de su labor de explorador, dígamelo.

Los dos estaban contentos cuando se estrecharon las manos.

Nueva York. Nueva York estaba algo más sucio de lo que él recordaba, pero era mucho más excitante. El paso preocupado de los transeúntes de Manhattan; la forma indiferente con que las gentes se rozaban en las aceras; la perversa belleza de las mujeres a lo largo de la Quinta Avenida y en Madison; la sofisticación de una blanca perrita francesa poniéndose en cuclillas para defecar en la cuneta de la calle 57, frente al parque, mientras un portero negro de grises cabellos se estiraba los puños y miraba en otra dirección, cogiendo el extremo de la correa… Todas estas cosas se le antojaban nuevas, aunque las había estado viendo casi toda la vida sin haber reparado especialmente en ellas. En su primer día de estancia en la ciudad, después de hablar con el rabino Sher, anduvo mucho. Luego, cogió el metro para regresar a Queens.

—Come —le dijo su madre.

Trató de explicarle que había estado bien alimentado, pero ella sabía que mentía para ahorrarle gastos.

—¿Y qué te parecen los chicos? —le preguntó su padre.

El hijo de Ruthie tenía siete años. Se llamaba Mosté. La niña, Cané, tenía cuatro. El año anterior sus abuelos maternos habían pasado dos meses con ellos, a pesar de las incursiones árabes y del bloqueo británico, que habían franqueado con sus pasaportes americanos en las manos. Tenían una caja llena de fotografías de los dos pequeños y curtidos extranjeros para enseñárselas.

—Figúrate —dijo su madre—, tan pequeños y duermen solos, separados de sus

padres. En un edificio apartado, sólo con otros pisilés. ¡Vaya sistema!

—Socialistas, todo el *Kibutz* —dijo su padre—. Y, fuera, los árabes lanzando miradas de odio. ¿Te imaginas a tu hermana conduciendo un camión con un fusil sobre el asiento?

—Un autobús. Para los niños —rectificó su madre.

—Un camión con asientos en la trasera —afirmó su padre—. Me alegro de ser republicano. Y esos soldados británicos, metiendo las narices en todas partes. Y sin comida. ¿Sabías que es imposible comprar allí una docena de huevos?

—Come —le insistió su madre.

La tercera noche, empezó a pensar en algunas de las muchachas que había conocido. Sólo recordaba dos de las que no supiese que estaban casadas. Llamó a la primera; estaba casada. La madre de la otra le informó que su hija estaba en la sección de psicología clínica de la Universidad de California.

—En Los Ángeles —recalcó—. No le escribas a la otra, porque tal vez no le llegue la carta.

Llamó a Maury Silverstein, que tenía ahora su propio apartamento. Maury se había especializado en química, en Queens, pero trabajaba como agente de televisión; había ingresado en una de las mas importantes agencias.

—Oye, salgo para California dentro de cuarenta minutos —dijo—. Pero volveré la semana que viene. Tengo que verte. El jueves doy una fiesta en mi casa y quiero que vengas. Hay mucha gente estupenda que quiero que conozcas.

Llamó a la señora Harold Popkin, de soltera Mimi Steinmetz. Acababan de comunicarle que el análisis había dado resultado positivo.

—Deberías sentirte halagado —le dijo—. Mi madre no lo sabe todavía. Sólo Hal. Te lo digo a ti porque eres un viejo amigo.

Charlaron unos momentos acerca del embarazo.

—Oye —dijo Michael finalmente—, ¿Conoces alguna chica guapa con la que pueda salir mientras estoy en Nueva York? Me parece que he perdido el contacto con mis antiguas relaciones.

—¿Ves lo que les pasa a los solterones? —Guardó silencio unos momentos, saboreando lo que había sido de él sin ella—. ¿Qué te parece Rhoda Lewitz? Nos hemos hecho muy buenas amigas.

—¿Era una chica muy gorda? ¿Con mucho acné?

—No es tan gorda —repuso Mimi—. Mira, pensaré en ello.

Estoy segura de que podré encontrar a alguien. Nueva York está lleno de chicas solteras.

La telefonista de Newsweek no sabía cómo localizar a Leslie, pero cuando le dijo que la señorita Rawlins había ingresado hacía poco y estaba en el departamento de investigaciones, consultó una lista y le puso con su línea.

La esperó ante el edificio, en la calle 42. A las cinco y diez, ella salió con aire ligeramente excitado.

—De modo que ésa es otra cualidad tuya —dijo Michael, cogiéndola de la mano —. Llegas tarde a las citas.

—De modo que ésa es otra cualidad tuya. Eres exageradamente puntual.

Michael miró en derredor, buscando un taxi. Leslie le preguntó a dónde iban y, cuando él le propuso Miyako, dijo que quería ir andando. Fueron paseando a lo largo de catorce manzanas. No hacía mucho frío, pero el viento soplaba a ráfagas, abriéndole el abrigo y ciñendo su falda contra las esbeltas piernas. Cuando llegaron al restaurante, la sangre les circulaba velozmente por las venas y estaban dispuestos a tomar un Martini.

—Por tu trabajo —dijo él, cuando entrechocaron sus copas—. Y, a propósito, ¿Qué tal te va?

—Ah. —Arrugó la nariz—. No es tan excitante como me parecía al principio. Me paso el tiempo en las bibliotecas e inclinada sobre volúmenes dramáticos, como la guía de teléfonos. Y saco recortes de periódicos de ciudades totalmente desconocidas.

—¿Vas a probar alguna otra cosa?

—No creo —repuso, comiendo una aceituna—. Todo el mundo decía que yo hacía muy bien mi trabajo como directora del Wellesley News. Un artículo que escribí acerca de la carrera de aros ganada por una mujer casada fue adquirido por la Associated Press. Yo creo que sería buena redactora de noticias. Aguantaré hasta que me den una oportunidad.

—¿Qué es una carrera de aros?

—En Wellesley, todos los años, las chicas del último curso, vestidas con sus túnicas y sus birretes, hacen rodar unos aros. Es una tradición muy antigua. La creencia es que la ganadora será la primera chica de la clase que encontrará marido. Eso es lo que resultó tan divertido en nuestra promoción. Lois Fenton se había casado en secreto hacía seis meses con un estudiante de medicina de Harvard. Cuando ganó, se sintió tan aturdida que rompió a llorar y lo contó todo, y así fue como anunciaron su matrimonio.

Llegó la comida, tempura y una sopa delicadamente sazonada y guarnecida con finas hebras de verduras cortadas en complicados dibujos, seguidos de sukiyaki, que preparó en la misma mesa un camarero diestro y teatral. Michael pidió una jarra de saki, pero Leslie no lo quiso, porque estaba caliente, y se la bebió él solo.

Después, mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, rozó suavemente sus hombros con las palmas de las manos. Ella volvió la cabeza y le miró.

—No creí que me llamaras —dijo.

Quizá fuera debido al licor, pero sintió la necesidad de mostrarse completamente sincero con aquella muchacha.

—No quería hacerlo —dijo.

—Los rabinos no deben salir con chicas gentiles, ya lo sé —comentó Leslie.

—Entonces, ¿Por qué aceptaste mi invitación?

Ella se encogió de hombros y, luego, movió la cabeza.

Una vez fuera, Michael llamó a un taxi, pero Leslie no quería ir a ningún sitio más.

—Mira, es una tontería. Somos adultos y somos modernos.

¿Por qué no hemos de ser amigos? Es muy temprano —dijo—. Vámonos a alguna parte a escuchar buena música.

—No —respondió Leslie.

No hablaron apenas hasta que el coche se detuvo frente a la casa de ella, un edificio de ladrillo rojo situado en el extremo oeste de la calle 60.

—No te apees —dijo Leslie—. A veces es terriblemente difícil encontrar otro taxi en esta zona.

—Ya encontraré uno —respondió Michael.

Vivía en el segundo piso. El descansillo estaba pintado de un triste color marrón. Tuvo la impresión de que ella no quería que entrase en el apartamento.

—Empecemos de nuevo mañana por la noche. —dijo—. ¿En el mismo sitio y a la misma hora?

—No —respondió ella—. Gracias.

Le miró, y él se dio cuenta de que probablemente se echaría a llorar cuando estuviese sola.

—Escucha —dijo Michael, inclinándose hacia delante para besarla, pero ella se volvió y sus cabezas chocaron.

—Buenas noches —dijo Leslie, y entró en el apartamento.

Michael encontró un taxi sin ninguna dificultad, como sabía que ocurriría.

A la mañana siguiente se despertó tarde, y cuando al fin se levantó, pasadas ya las once, se tomó un copioso desayuno.

—Tu apetito ha mejorado —dijo su madre con aire satisfecho—. Esta noche, debes de haberte divertido con todos tus viejos amigos.

Michael decidió llamar a Max Gross. Hacía dos años que no había estudiado con un buen experto talmúdico, y así es como pasaría el resto de sus vacaciones, pensó.

Pero cuando se acercó al teléfono marcó el número de la revista y preguntó por Leslie.

—Soy Michael —dijo cuando oyó su voz.

Ella guardó silencio.

—Me gustaría mucho verte esta noche.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Leslie.

Su voz sonaba de un modo extraño, y comprendió que debía de estar formando

campana con la mano sobre el aparato para impedir que oyera la conversación alguien situado cerca de su mesa.

—Sólo quiero ser tu amigo.

—Es por lo que te dije de la primavera pasada, ¿Verdad? Tienes una especie de complejo de asistente social. Me consideras un caso interesante.

—No seas tonta.

—Bueno, si no es eso debes de considerarme una curiosidad.

¿Es eso lo que quieres, Michael? ¿Un poco de sexo furtivo antes de tu regreso a las montañas?

Se encolerizó.

—Mira, te ofrezco mi amistad. Si no la quieres, al diablo contigo. Y ahora dime, ¿Estoy ahí a las cinco, sí o no?

—Sí —respondió ella.

Volvieron a cenar juntos, esta vez en un restaurante sueco. Luego, fueron a oír música, la orquesta de Eddie Condon en el Village. Al despedirse delante de la puerta de su casa, ella le estrechó la mano, y él la besó en la mejilla.

El día siguiente era viernes, Michael fue con sus padres a la sinagoga, rechinando los dientes a lo largo de todo el Oneg *Shabbat*, mientras su madre le presentaba a media docena de personas que ya conocía: «Éste es mi hijo, el rabino», igual que en los chistes.

El sábado, empezó a llamarla. Después de haber marcado las dos primeras cifras de su número de teléfono, se detuvo y se preguntó qué estaba haciendo, como un hombre que despierta súbitamente de un sueño.

Marchó en su coche largo tiempo, y cuando pensó en mirar a su alrededor se encontraba ya en Atlantic City. Aparcó el coche, se subió el cuello del abrigo y caminó a lo largo de la playa, muy cerca de la orilla. Se entretuvo con lo que siempre hacía cuando paseaba por una playa; dejó que el agua se acercara a sus pies, esperando hasta el último instante para saltar hacia atrás y evitar mojarse. Si persistía en ello mucho tiempo, acabaría ganando al mar. Sabía que era un juego de tontos, como el juego de un rabino que sale con la hija de un clérigo perteneciente a otra confesión religiosa. La manera de ganar en ambos juegos consistía en mantenerse alejado y de forma permanente. No más invitaciones a cenar, no más bromas, no más estudiar en secreto su perfil o desear su carne. No volvería a salir con ella, no volvería a verla, no volvería a hablarle, la alejaría por completo de su mente. La decisión le alivió, y se apartó del agua con una especie de melancólico orgullo, caminando a grandes pasos y llenando sus pulmones de aire salino mientras marchaba sobre la endurecida arena. El viento proyectaba sobre su rostro la espuma marina y acabó venciendo la protección que le deparaba el abrigo. Al cabo de un rato, abandonó la playa y tomó una insípida cena en un restaurante lleno de congresistas,

fabricantes de frigoríficos o de alimentos congelados; no logro enterarse bien.

Dio una vuelta por Nueva Jersey, y era ya casi medianoche cuando regresó a Nueva York. La llamó desde la cabina telefónica de un establecimiento nocturno, sintiéndose dominado por el sueño mientras sonaba insistentemente la llamada.

—¿Te he despertado?

—No.

—¿Quieres tomar una taza de café?

—No puedo. Acabo de empezar a lavarme la cabeza. Creí que no ibas a llamarme esta noche.

Él guardó silencio.

—No voy a trabajar mañana —dijo Leslie—. ¿Te gustaría venir aquí a comer?

—¿A qué hora? —preguntó.

Leslie vivía en una gran habitación amueblada.

—Esto es lo que llaman de un solo ambiente —dijo, mientras se quitaba el abrigo —. Lo que le salva de ser un estudio es la cocinita. O quizá todo lo contrario —sonrió —. Podría haberme permitido alquilar algo mejor si lo hubiera compartido con otra u otras dos chicas, pero después de cuatro años de dormir en comunidad la intimidad significa mucho para mí.

—Es bonito —mintió él.

Era una sombría habitación, con una sola y gran ventana que ella había tratado de hacer atractiva adornándola con unas alegres cortinas. Había una alfombra oriental no muy raída; feas y viejas lámparas; un destartalado sillón; una mesa pintada y dos sillas de respaldo recto; una buena mesa de caoba que, probablemente, se había comprado ella misma, y dos librerías que contenían libros de texto, así como buen número de novelas, ninguna de ellas histórica. La cocina era diminuta, y apenas si había en ella el sitio suficiente para que pudiera desenvolverse la persona que preparara las comidas en el fogón de dos fuegos. El minúsculo frigorífico estaba colocado debajo de la fregadera. Leslie le sirvió un Martini. Michael se sentó en el sofá plegable, y bebió mientras ella preparaba la comida.

—Espero que te agradará una comida abundante —dijo Leslie.

—En efecto. Luego, puedo invitarte a una cena exigua. Piensa en el dinero que ahorraré.

Comieron queso, galletas, jugo de tomate, anchoas, chuletas de ternera a la parmesana, pastel de limón y café turco.

Después de comer, empezaron a sacar juntos el crucigrama del Times y, cuando se atascaron, ella lavó los platos y él los secó.

Una vez que acabaron con los platos, Michael se sentó en el sofá y fumó su pipa, mientras observaba la forma en que se aplastaban los pechos de Leslie al tenderse boca abajo tratando de resolver el crucigrama.

Desvió la vista hacia los libros.

—Predomina la poesía —observó.

—Me encanta. He extraído mis conocimientos de poesía y de los hombres y las mujeres del mismo sitio, el sitio de donde los extraen los hijos de los clérigos.

—¿la Biblia?

—Hum. —Sonrió y cerró los ojos—. Cuando era pequeña, soñaba despierta con que en mi noche de bodas mi marido recitaría el Cantar de los cantares.

Michael deseaba, simplemente, rozarle la cara con las manos para apartar el cabello de la suave y sonrosada carne de sus orejas y besarla allí.

En lugar de ello, cogió un cenicero, pasando la mano por delante de ella, y vació la cazoleta de su pipa.

—Espero que lo haga —dijo en voz baja.

El lunes, Leslie se las arregló para salir temprano de la oficina. Fueron al zoo del Bronx, donde pasaron largo rato riéndose con los monos y del horrible hedor que llenaba el recinto, que, según juraba ella, envolvía la cara de Michael en una atractiva luz verde. El martes, fueron a ver Aida en el Metropolitan y luego a cenar a Luchowés. Leslie se entusiasmó con la cerveza negra.

—Sabe como si hubiese sido destilada de setas —dijo—. ¿Te gustan las setas?

—Me apasionan.

—Entonces, tú abandonarás el rabinato, yo dejaré la revista, nos haremos granjeros y cultivaremos miles y miles de setas en deliciosas y humeantes capas de estiércol.

Él no dijo nada, y ella sonrió.

—¡Pobre Michael! Ni siquiera puedes bromear acerca de la posibilidad de dejar el rabinato, ¿Verdad?

—Así es —respondió él.

—Me alegro. Así es como debe ser. Algún día, cuando yo sea vieja y tú te hayas convertido en un gran dirigente espiritual de tu pueblo, recordaré cómo te ayudé a pasar tus vacaciones cuando los dos éramos jóvenes.

Él contempló sus labios acercarse al borde del vaso y beber la oscura cerveza.

—Serás una vieja dama encantadora —dijo.

El miércoles, comieron temprano y visitaron el Museo de Arte Moderno, mirando, charlando y caminando hasta que se cansaron. Michael le compró un pequeño grabado con marco para ayudar a las cortinas a combatir la monotonía de la habitación, y tres botellas pintadas en tonos naranja, azulados y pardos por un artista desconocido para ellos. Luego fueron a su apartamento, donde colgaron el grabado de la pared. A Leslie le dolían los pies. Echó agua caliente en la bañera, mientras se quitaba los zapatos y las medias en la otra habitación. Luego, se subió la falda por encima de las rodillas, se metió en la bañera y se sentó en el borde de la misma.

Agitaba los dedos de los pies en el agua con tal satisfacción retratada en el rostro, que Michael se quitó los zapatos y los calcetines, se remangó las perneras de los pantalones y se sentó a su lado, mientras Leslie reía con tantas ganas que tuvo que agarrarse al borde da la bañera para no caerse. Empezaron a hacerse señas bajo el agua con los dedos de los pies. Michael adelantó su pie izquierdo para tocar el derecho de ella, quien levantó a su vez el pie derecho hasta mitad de camino; y ambos pies juguetearon primero como niños y luego como amantes. Michael la besó con fuerza. Su pernera derecha se desenrolló, y la parte inferior de la misma quedó bajo el agua. Ella se rió todavía más cuando él salió de la bañera para secarse los pies. Cuando Leslie salió también, tomaron café en la mesa, mientras Michael sentía en el tobillo la humedad del pantalón.

—Si no fueras rabino —dijo Leslie con lentitud—, ya hace tiempo que me habrías pretendido en serio, ¿Verdad?

—Soy rabino.

—Desde luego. Pero me gustaría saberlo. ¿lo habrías hecho?

¿A pesar de la diferencia de religión, si nos hubiésemos conocido antes de ordenarte?

—Sí —respondió Michael.

—Lo sabía.

—¿Dejaremos de vernos? —preguntó él con aire entristecido—. Lo he pasado maravillosamente contigo.

—Claro que no —respondió Leslie—. Ha sido magnífico. Es inútil negar la presencia de una atracción física. Pero, si bien esta… reacción química es de carácter recíproco…, bueno, ¿Sientes lo mismo hacia mí?

—Sí.

—Bueno, aunque esto dice mucho en favor de nuestros gustos sobre los sexos contrarios, no significa que tenga que haber una relación física, ni nada parecido. No hay razón por la que no podamos elevarnos por encima del nivel puramente físico y continuar una amistad que estoy empezando a valorar muchísimo.

—Yo siento exactamente lo mismo —dijo él con ansiedad.

Ambos dejaron sobre la mesa las tazas de café y se estrecharon las manos.

Después de eso, hablaron durante largo rato sobre las más variadas cosas. La pernera del pantalón se le había ya secado, y ella se inclinó hacia delante para escucharle, con los brazos extendidos sobre la mesa.

Mientras hablaba, Michael le pasaba suavemente la yema del dedo por el antebrazo, en el que crecían unos cortos pelillos que de tan dorados resultaban casi transparentes, rebasaba la delgada y huesuda muñeca, seguía el perfil de cada uno de los nudillos y pasaba a la fina y cálida superficie interna de su brazo, mientras ella enrojecía de placer, le hablaba y le escuchaba, riéndose a menudo por las cosas que él

decía.

El jueves, la llevó a la fiesta de Maury Silverstein. Había dejado el coche en un garaje de Manhattan para una revisión general, y fue a recogerlo antes de ir a buscarla. Como todavía era temprano, condujo primero en dirección a la parte alta de la ciudad, hacia las Morningside Heights, pero al llegar al lugar en que estaba situada la sinagoga Shaéaré Shamáyim aparcó el coche, le indicó la shul a Leslie y le contó todo lo referente a Max.

—Parece maravilloso —dijo ella. Luego, guardó silencio—. Le tienes un poco de miedo, ¿lo sabías? —preguntó por fin.

—No. Estás equivocada —respondió él con cierta turbación.

—¿le has visto en los diez últimos días?

—No.

—Es por mi causa, ¿Verdad? Porque sabes que desaprobaría que salieses conmigo.

—¿Desaprobarlo? Le daría un ataque de apoplejía. Pero él vive en su mundo, y yo en el mío.

Volvió a poner el coche en marcha.

El apartamento de Maury era pequeño. Cuando llegaron, había ya en él muchas personas. Se abrieron paso a través de una muchedumbre de bebedores y gentes con un vaso en la mano en busca del anfitrión. Michael no conocía a nadie, salvo a un hombrecillo moreno que era un famoso cómico de la televisión. Rodeado de un grupo de personas, estaba contando chistes a la misma velocidad con que trataban de confundirle con extraños temas.

—¡Vaya, si está aquí! —bramó Maury, agitando la mano.

Michael y Leslie se abrieron paso hasta el lugar donde él se encontraba de pie con otro hombre—. Hola, bala perdida —añadió, agarrando el brazo de Michael con la mano libre, ya que en la otra sostenía un vaso.

Maury, más corpulento que Michael, tenía unas pequeñas bolsas bajo los ojos, pero su estómago era liso y firme. Michael se lo imaginaba yéndose al gimnasio todas las tardes al salir de su trabajo; o, tal vez, tenía uno de los armarios de su apartamento lleno de mazas indias y un juego de pesas, como las que Abe Kind había utilizado durante tantos años.

Michael presentó a Leslie, y Maury presentó a su jefe, Benson Wood, un hombre sonriente, de cara ancha y con las gafas de montura de hueso más grandes que Michael había visto jamás. Wood ignoró a Michael y sonrió con aire ebrio a Leslie, cuya mano retuvo largo rato en la suya al estrechársela.

—Así que amiga de M. S. —le dijo, pronunciando cada sílaba con esmerada claridad.

—Hay alguien a quien tienes que conocer, uno de mis talentos —dijo Maury,

cogiendo del brazo a Michael y llevándole hacia el grupo formado en torno al hombrecillo—. Aquí está, George —dijo al actor—. El tipo del que te hablé el otro día. El rabino.

El cómico cerró los ojos.

—Rabino. Rabino. ¿Sabe el del rabino y el sacerdote…?

—Sí —repuso Michael.

—¿… que eran amigos, y el sacerdote le dice al rabino: «Oye, deberías probar el jamón, es delicioso», y el rabino le dice al sacerdote: «Oye, deberías probar a las chicas; son mejores que el jamón»?

—Sí —repitió Michael, mientras los demás se echaban a reír.

—¿Sí? —El hombre cerró los ojos y se tocó la frente con los dedos—. Sí. Sí… ¿Sabe el de aquel tipo que llevó a una lánguida dama del sur a un cine de coches y le solicitó sus favores, y para cuando ella logró pronunciar «sí» había terminado la película y tenían que sacar el coche?

—No —respondió.

El hombre cerró los ojos.

—No. No. —meditó.

Michael volvió al lado de Leslie, que estaba mirando ferozmente a Wood.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Michael.

—Vamos a tomar una copa primero.

Se alejaron, dejando plantado a Wood.

Las botellas estaban sobre una mesa adosada a la pared. Se encontraban allí dos muchachas, y Michael esperó pacientemente mientras se preparaban sus bebidas. Eran altas, una pelirroja y la otra rubia, de figura excepcional y rostros perfectos, aunque excesivamente maquillados. Modelos o actrices de televisión, pensó.

—Se convirtió en un hombre diferente cuando se le estranguló la hernia —decía una de ellas.

—Me lo imagino —contestó la pelirroja—. Yo no podía aguantar tomarle al dictado cuando llamaba a la oficina, y la bruja me mandaba a mí. No sé cómo lo has aguantado tú todos estos meses. Entre su carácter y su aliento, casi me muero.

Detrás de ellos, una mujer lanzó un chillido. Al volverse, vieron a Wood, que estaba vomitando, mientras la gente se apretujaba en la abarrotada habitación para hacerle hueco, derramando bebidas al huir. Maury se presentó en el acto.

—No te apures, B. W. —dijo.

Le sostuvo, sujetándole la frente, mientras Wood vomitaba. Maury parecía acostumbrado a hacer aquello, pensó Michael. La muchacha que había gritado se estaba sosteniendo el vestido separado del pecho, al tiempo que emitía breves sonidos de repugnancia e indignación.

Michael cogió a Leslie de la mano y la llevó hacia la salida.

Poco después, de nuevo en el apartamento de ella, tomaron una copa.

—¡Uf! —exclamó Leslie, moviendo la cabeza.

—Fue terrible. ¡Pobre Maury Silverstein!

—Ese chabacano patán… Y aquel horrible hombrecillo de los chistes. Apagaré mi aparato de televisión la próxima vez que salga él.

—Te olvidas del protagonista.

—No. Ese cerdo asqueroso de nombre cambiado…

Michael se había llevado la copa a los labios, pero no bebió.

Volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Nombre cambiado? ¿Wood? —Michael se la quedó mirando—. ¿Quieres decir que crees que su nombre fue en otro tiempo algo parecido a Rivkind?

Leslie no respondió.

Michael se levantó y cogió el abrigo.

—Era un goy, cariño. Un sucio, puerco y lascivo goy. Un borracho cristiano que se revolcaba en sus propios vómitos. Uno de los tuyos.

Leslie permaneció sentada con expresión atónita cuando Michael se marchó dando un portazo.

El sábado por la noche Michael se quedó en casa jugando a las cartas con su padre. Abe era buen jugador. Sabía en todo momento cuántas picas habían salido y si estaban todavía en el mazo el dos y el diez de diamantes.

Cuando resultaba derrotado, era uno de esos oponentes que golpean las cartas sobre la mesa con un sentimiento de frustración, pero cuando jugaba contra su hijo raras veces se veía obligado a perder su compostura.

—Tengo cartas y picas. Cuenta los puntos —dijo, dando una chupada a su cigarro.

Sonó el teléfono.

—Lo único que tengo son dos ases —dijo Michael—. Tú sacas nueve puntos más.

—Michael —llamó su madre—. Es la Western Union.

Se dirigió apresuradamente al teléfono. Sus padres se quedaron en la cocina y aguardaron mientras él hablaba.

—¿Diga?

—¿Rabbi Kind? Hay un telegrama para usted. Dice así: «Estoy avergonzada. Gracias por todo. Si puedes, perdóname». Firmado, Leslie. ¿Quiere que se lo repita?

—No, gracias, lo he entendido —respondió, y colgó.

Sus padres le siguieron a la mesa.

—¿No? —dijo su padre.

—No era nada importante.

—¿Y es tan poco importante que hace falta un telegrama?

—Uno de mis discípulos de Arkansas va a ser *Bar misvá*. Su familia está un poco nerviosa. Me recordaban sólo algunos detalles.

—¿No pueden dejarte en paz ni siquiera cuando estás de vacaciones? —Su padre tomó asiento a la mesa y barajó las cartas—. Me parece que no es éste tu juego. ¿Qué tal si tomamos una ginebra?

Sus padres se acostaron a las once. Michael fue a su habitación y trató de leer, primero la Biblia, luego a Mickey Spillane y, finalmente, su viejo libro de Aristóteles. Pero no logró el grado de concentración necesario, y se dio cuenta de que la encuadernación del libro de Aristóteles estaba agrietada y rota. Se puso el abrigo y salió del apartamento. Una vez fuera, abrió la portezuela del coche, subió y lo puso en marcha, tomando la dirección del puente de Queensboro en vez del túnel, porque quería ver las luces del East River. Maniobró entre el tráfico que abarrotaba Manhattan; luego, como un buen presagio, vio un espacio libre para aparcar directamente enfrente de la casa de apartamentos.

Se detuvo unos momentos, vacilante, en el oscuro pasillo.

Después, llamó a la puerta y oyó el rumor de las pisadas de Leslie.

—¿Quién es?

—Michael.

—Oh, Dios. No puedo recibirte.

—¿Por qué no? —exclamó él con irritación.

—Estoy horrible.

Él se echó a reír.

—Déjame entrar.

Se descorrió el cerrojo. Cuando entró, vio que Leslie estaba vestida con un pijama color verde pálido y una bata de franela tan vieja que tenía deshilachados los bordes de las mangas. Iba descalza y tenía el rostro libre de maquillaje. Su ojos estaban ligeramente enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Michael la rodeó con sus brazos, y ella apoyó la cabeza contra él.

—¿llorabas por mi causa? —preguntó Michael.

—En realidad, no. Me duele el estómago.

—¿Puedo hacer algo? ¿Quieres que llame a un médico?

—No. Me sucede siempre que hay luna nueva.

Sus palabras sonaban ahogadas sobre el hombro de Michael.

—¡Oh!

—Dame tu abrigo —dijo Leslie, pero al cogerlo puso un gesto de dolor y empezó a llorar con tal intensidad que él se asustó.

Leslie se tendió en el sofá y volvió la cara hacia la pared.

—Ve —dijo—. Por favor.

Michael recogió el abrigo, lo echó sobre el respaldo de una silla y, luego, se la

quedó mirando. Ella había encogido las rodillas y estaba balanceándose de un lado a otro con insistente ritmo, como si tratara de adormecer su dolor acunándolo.

—¿No puedes tomar algo? —preguntó él—. ¿Aspirina acaso?

—Codeína.

El frasco estaba en el botiquín. Michael le hizo tragar una de las tabletas con un poco de agua; luego, se sentó a los pies del sofá. Al poco tiempo, la codeína hizo su efecto y Leslie dejó de balancearse. Michael le tocó el pie con su mano; estaba frío.

—Deberías llevar zapatillas —dijo, cogiéndole un pie entre sus manos y restregándoselo.

—¡Qué agradable! —dijo ella—. Tienes las manos calientes. Es mejor que una bolsa de agua caliente.

Michael continuó frotándole los pies.

—Ponme la mano en el estómago —dijo Leslie.

Michael deslizó la mano bajo su bata.

—Es agradable —dijo ella con tono soñoliento.

A través de la tela del pijama percibía la suavidad de su piel Con la yema del dedo medio se dio cuenta de que la hendidura de su ombligo era sorprendentemente ancha y profunda. Ella movió la cabeza.

—Cosquillas.

—Lo siento. Tu ombligo es como una copa redonda en la que no hace falta escanciar ningún vino.

Ella sonrió.

—No quiero ser tu amiga —murmuró.

—Lo se.

Permaneció mirándola hasta mucho después de que se hubiera dormido. Finalmente, retiró la mano de su estómago, cogió la manta que había en el armario y se la echó encima, envolviéndole bien los pies. Luego, regresó a Queens y preparó la maleta.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, dijo a sus padres que un asunto imprevisto surgido en su congregación le obligaba a interrumpir sus vacaciones. Abe soltó un juramento y le ofreció dinero. Dorothy se deshizo en lamentaciones y, mientras se secaba los ojos con el delantal, le preparó una caja de zapatos llena de emparedados de pollo y un termo de té.

Enfiló el coche en dirección sudoeste y condujo a marcha regular. Cuando sintió hambre comió los emparedados.

No hizo ninguna parada hasta después de las cuatro de la tarde, en que llamó a Leslie desde la cabina telefónica de un restaurante de carretera.

—¿Dónde estás? —preguntó ella cuando se extinguió el tintineo de la última moneda.

—En Virginia. Creo que en Staunton.

—¿Estás huyendo?

—Necesito tiempo para pensar.

—¿En qué hay que pensar?

—Te quiero —dijo él bruscamente—. Pero me gusta lo que soy. No sé si puedo prescindir de ello. Es demasiado precioso para mí.

—Yo también te quiero —dijo Leslie.

Permanecieron silenciosos unos momentos.

—¿Michael?

—Estoy aquí —respondió con voz suave.

—¿Casarte conmigo implicaría necesariamente que tendrías que prescindir de ello?

—Creo que sí. Sí.

—No hagas nada todavía, Michael. Espera.

Él volvió a quedar silencioso.

—¿No quieres casarte conmigo? —dijo por fin.

—Sí. Y sólo Dios sabe cuánto lo deseo. Pero tengo ciertas ideas y quiero desarrollarlas. No me hagas ninguna pregunta ni te precipites en nada. Espera, simplemente. Escríbeme todos los días, y yo lo haré también. ¿De acuerdo?

—Te quiero —dijo él—. Te llamaré el martes. A las siete.

—Te quiero.

El lunes por la mañana, Leslie recortó los periódicos de Boston y Filadelfia. Luego, se dirigió a la habitación de la revista y retiró seis gruesos sobres de papel de Manila rotulados con la palabra «Judaísmo». Durante el almuerzo, leyó los recortes contenidos en los sobres y, aquella noche, al irse a casa, se llevó un fajo de recortes seleccionados que había sujetado con una banda elástica y guardado en su bolso. El martes por la mañana, recortó los periódicos de Chicago y, luego, preguntó a Phil Brennan, su jefe, si podía disponer de un par de horas para ocuparse de un asunto personal. Al recibir una respuesta afirmativa, se puso el abrigo y el sombrero y bajó en el ascensor. En Times Square, aguardó bajo la cartelera que despedía auténticos anillos de humo, estudiando los rostros de los transeúntes y tratando de adivinar quiénes eran y quiénes no. Cuando llegó el autobús de Broadway, se dirigió en él hacia la parte alta de la ciudad, hasta llegar al bloque de edificios en que estaba situada la extraña iglesia judía; no, la sinagoga.

## 23

Max Gross miró a la muchacha de elegante vestido finas piernas y descarados ojos americanos y sintió que le invadía una oleada de incomodidad. Sólo cuatro veces durante su rabinato en Shaéaré Shamáyin había ido algún goy a buscarle para pedirle que le convirtiera en judío. Y todas las veces, reflexionó, la petición había sido hecha como si él pudiera agitar las manos en el aire y ¡puf! en medio de una nube de humo cambiar el hecho de su nacimiento. Nunca había sido apto para emprender la tarea de una conversión.

—¿Qué ve usted en los judíos que le haga desear ser uno de nosotros? —preguntó fríamente—. ¿Se da cuenta de que los judíos son perseguidos y se hallan solos en el universo? ¿Sabe que son despreciados como individuos por los gentiles y mantenidos aparte como pueblo?

Leslie se puso en pie y recogió sus guantes y su bolso.

—No esperaba que me aceptase —dijo y alargó la mano hacia su abrigo.

—¿Por qué no?

Los ojos del anciano eran vivos y penetrantes, como los de su padre. Al pensar en el reverendo John Rawlins se sintió aliviada por el hecho de que aquel rabino la estuviera despidiendo.

—Porque no creo que yo pueda sentir como una judía. No, aunque viviese un millón de años —respondió—. Es inconcebible para mí que nadie pueda desear realmente causarme daño, matar a mis futuros hijos, expulsarme del mundo. Yo misma, debo admitirlo, tengo ciertos prejuicios contra los judíos. Me siento indigna de unirme a un pueblo que soporta semejante carga de odio.

—¿Se siente indigna?

—Sí.

El rabino se la quedó mirando.

—¿Quién le ha dicho que dijera eso? —preguntó.

—No sé a qué se refiere.

Max Gross se puso pesadamente en pie y se acercó al arca. Descorriendo las azules cortinas y abriendo la deslizante puerta de madera, dejó al descubierto dos *Torás* recubiertas de terciopelo.

—En estos rollos está 13 ley —dijo—. No reclutamos adeptos al judaísmo; les desanimamos. Está escrito en el *Talmud* que los rabinos deben decir determinadas cosas cuando vienen a buscarnos los apóstatas de otras religiones. La *Torá* dice que el rabino debe prevenir al gentil acerca del destino del judío en este mundo. La *Torá* especifica también otro detalle. Si el gentil contesta: «Sé todo esto y, sin embargo, me siento indigno de ser judío», debe ser aceptado inmediatamente para la conversión.

Leslie se sentó.

—¿Quiere decir que me acepta? —preguntó con suavidad.

Él asintió.«Ah —pensó ella—, ¿Qué puedo hacer ahora?».

Se reunía con él los martes y los jueves por la noche. Él hablaba, y ella escuchaba con mayor atención de la que había puesto nunca en la disciplina más dif1cil de la universidad, sin hacer preguntas ociosas, interrumpiendo solamente cuando ello era indispensable para comprender su explicación.

Esbozaba para ella los principios fundamentales de la religión.

—No te enseñaré el idioma —dijo—. Nueva York está lleno de profesores de hebreo. Si quieres, ve a uno de ellos.

En The Times vio un anuncio que la llevó a la YMHA de la calle 92, y eso le ocupó las noches de los miércoles. Su profesor de hebreo era un joven doctor, de expresión preocupada y aspirante en la universidad de *Yeshivá*. Se llamaba señor Goldstein. Cenaba en la cafetería de la planta baja, siempre lo mismo, observó ella; crema de queso sobre una tostada y una taza de café. Total, treinta centavos. Los puños de su camisa estaban deshilachados, y Leslie sabía que su cena era modesta porque no podía pagar más. Su bien provista bandeja le parecía, en comparación, pura glotonería, y durante un par de semanas trató de comer menos. Pero la clase duraba dos horas, y luego iba a otra, al otro extremo del pasillo, ésta sobre historia judía, y descubrió que, a menos que comiese bien, el hambre le daba vahídos.

El señor Goldstein se tomaba en serio su labor de enseñanza, y los estudiantes nocturnos estaban renunciando a un valioso tiempo libre, así que acudían por buenos motivos.

Uno de los estudiantes, una mujer de edad madura, asistió a una sola clase y ya no se la volvió a ver más. Los otros catorce miembros de la clase aprendieron las treinta y dos letras del alfabeto hebreo en una semana. A la tercera semana leían ya por turno, en voz alta, las breves y tontas frases de su limitado vocabulario hebreo.

—Rabbi baé —leyó Leslie, y tradujo, «viene mi rabino», con tono tan exultante que el profesor y los demás discípulos se la quedaron mirando.

Pero cuando le tocó de nuevo el turno de leer en voz alta, el ejercicio era: Mi rabbi? Ahbá rabbi.

—¿Quién es mi rabbi? Mi padre es mi rabbi —tradujo.

Se dejó caer rápidamente en su asiento y, cuando volvió a mirar al libro, fue como si estuviese viendo la página a través de un vaso de leche.

Una noche, mientras escuchaba la voz del rabino Gross hablándole acerca de los ídolos y advirtiéndole que el cristiano encuentra sumamente difícil visualizar a Dios sin una imagen, se dio cuenta de que no era un hombre viejo. Pero lo parecía y se comportaba como tal. El propio Moisés no habría tenido seguramente un aspecto más austero. Ahora, al mirar el cuaderno de Leslie por encima de su hombro, el rictus de su boca se hizo más duro.

—Nunca escribas el nombre de Dios. Escribe siempre D-s.

Esto es muy importante. Uno de los mandamientos es que su nombre no debe ser tomado en vano.

—Lo siento —dijo Leslie—. Hay tantas reglas…

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Él la miró con aire disgustado y reanudó sus paseos, al tiempo que volvía a sonar el zumbido de su voz y los nudillos de su mano derecha golpeaban suavemente, a su espalda, en la palma de su mano izquierda.

Una noche, cuando llevaba ya trece semanas estudiando con él, Max Gross le dijo que su definitiva conversión tendría lugar el martes siguiente. A menos, sugirió con delicadeza, que, por alguna razón, no pudiese soportar aquel día la inmersión en los baños rituales.

—¿Ya? —exclamó Leslie, asombrada—. ¡Pero si no llevo estudiando mucho tiempo! Sé muy poco todavía.

—Joven, no he dicho que poseas ya la sabiduría. Pero has asimilado suficientes conocimientos para hacerte judía. Una judía ignorante. Si quieres ser una judía instruida, eso es algo que tendrás que lograr por ti misma con el paso del tiempo. —Sus ojos se suavizaron y se le alteró la voz—. Eres una muchacha muy trabajadora. Lo has hecho muy bien.

Le dio la dirección de la *Miqvá* y algunos detalles preliminares.

—No lleves joyas. Y tampoco vendas, ni siquiera un esparadrapo. Tus uñas deben estar muy cortas. Nada, ni siquiera un poco de algodón en un oído, debe impedir que las aguas toquen todas las células exteriores de tu cuerpo.

El viernes, sentía ya un continuo nerviosismo en el estómago. No sabía cuánto durarían las ceremonias, así que decidió preparar el terreno para faltar a la oficina todo el día.

—Phil —dijo a Brennan—. Necesito permiso para el martes.

Él la miró cansadamente y, luego, volvió la vista hacia el montón de periódicos sin recortar.

—Se nos está atrasando el trabajo.

—Es importante.

Brennan conocía todas las importantes razones por las que las empleadas necesitaban un día de permiso.

—¿El funeral de tu abuela?

—No, voy a hacerme judía, y el martes es mi conversión.

—¡Cristo! —exclamó—. Iba a decir que no, pero, ¿Cómo puedo oponerme a una decisión así?

El martes amaneció un día gris. Leslie se había tomado las cosas con tiempo y llegó con quince minutos de anticipación a la sinagoga en que estaba situada la *Miqvá*. El rabino era un hombre de edad madura, barbudo como Max Gross, pero

mucho más amable y cariñoso. Le indicó un asiento en su despacho.

—Estaba tomando café —comentó—. Permítame ofrecerle una taza.

Leslie se disponía a rehusar, pero se dio cuenta de que el café exhalaba un aroma excelente. Cuando llegó el rabino Gross, les encontró sentados y charlando como viejos amigos. Poco después, llegó otro rabino, un joven sin barba.

—Seremos testigos de tu inmersión —dijo Max Gross. Vio la cara que ponía y se echó a reír—. Nos quedaremos fuera, naturalmente. Con la puerta ligeramente entornada. Así podremos oír chapoteo cuando entres en el agua.

La condujeron escaleras abajo. La *Miqvá* estaba emplazada e un anexo de un piso situado en la trasera de la sinagoga. La lleva ron a un vestuario, donde le dijeron que se pusiera cómoda y esperara a una mujer llamada señora Rubin. Luego, los rabinos s marcharon.

Leslie tenía ganas de fumar, pero no se sentía muy segura de que fuera correcto hacerlo. La habitación resultaba deprimente en grado sumo. Era pequeña, con un suelo de madera que crujía al andar y una pequeña estera que había sido echada delante de una cómoda de madera situada junto a la pared. Sobre ella había un espejo que mostraba pequeñas manchas amarillas en el ángulo inferior derecho y otras azuladas en el superior del mismo lado; devolvía una imagen ondulada y deformada al mirarse en él, como los espejos curvos de una caseta de parque de atracciones. El resto del mobiliario lo constituían una mesa de cocina pintada de blanco y una silla de madera, en la que se sentó. Estaba contando las melladuras que había en la superficie de la mesa cuando entró la señora Rubin.

La señora Rubin era una mujer rolliza de grises cabellos. Llevaba una bata de casa y un delantal azul, y sus zapatos, de medio tacón, mostraban dos abultamientos en el cuero a causa de otros tantos juanetes.

—Quítate la ropa —dijo.

—¿Toda?

—Toda —respondió la señora Rubin sin sonreír—. ¿Te sabes las brochas?

—Sí. Por lo menos, me las sabía hace un momento.

—Te las dejaré. Puedes repasarlas.

Saco del bolsillo un trozo de papel mimeografiado y lo dejó sobre la mesa, luego salió de la habitación.

No había perchas. Leslie dejó sus ropas sobre el respaldo de la silla y se sentó. El asiento de la silla era muy suave. Cogió el papel y lo miró.

*Bendito eres, Señor Dios*
*nuestro, Rey del Universo,*
*que nos has santificado con*
*tus mandamientos y nos has*

*ordenado lo referente a la inmersión.*

*Bendito eres, Señor Dios nuestro, Rey del Universo, que nos has mantenido en la vida y nos has sostenido y nos has dado la posibilidad de llegara este trascendental momento. Amén.*

Estaba repasando las brochas cuando llegó de nuevo la señora Rubin. Sacó unas tijerillas de uñas del bolsillo de su delantal.

—Las manos —le dijo.

—Me las he cortado yo misma —dijo Leslie.

Levantó las manos, y la señora Rubin cortó de cada dedo otra pequeña brizna de uña. Desdobló una sábana limpia y cubrió con ella la desnudez de Leslie; luego, le entregó una pastilla de jabón y una toalla y la condujo a través de una puerta hasta un cuarto de duchas con siete compartimientos.

—Límpiate, mine kind —dijo.

Leslie colgó la sábana de un gancho que había en la pared y se lavó, aun cuando, la noche anterior, se había duchado con el mismo detenimiento en su apartamento, y sólo hacía dos horas se había vuelto a enjabonar en su bañera.

Mientras se lavaba, podía ver por otra puerta la superficie de la piscina, inmóvil y densa como el plomo, reluciente bajo la amarilla luz de una bombilla. En una de sus explicaciones, el rabino Gross le había dicho que los judíos practicaban la inmersión ritual miles de años antes de que Juan Bautista se apropiara del rito. Las aguas de la *Miqvá* tenían que ser aguas naturales; originariamente, la ceremonia se había celebrado en lagos y ríos. Puesto que la moderna necesidad de intimidad había obligado a celebrarla bajo techo, se recogía el agua de lluvia en recipientes colocados sobre el tejado y se la conducía luego hasta un depósito recubierto de baldosas. Al cabo de un tiempo relativamente corto, esta agua inerte quedaba estancada y muerta, por lo que se agregó otro depósito al primero. En este segundo depósito se vertía continuamente agua fresca procedente de las redes de distribución de la ciudad, la cual era calentada para mayor comodidad de la inmersión. Un pequeño tapón existente en la pared que separaba los dos depósitos era quitado cada vez que el segundo de ellos había sido llenado con agua fresca, permitiendo que las aguas de ambos se mezclaran durante una fracción de segundo antes de volver a poner el tapón. Esto santificaba el agua de ciudad sin contaminarla de bacterias, le había asegurado Max Gross. Sin embargo, contemplando aprensivamente la superficie de la

piscina mientras se restregaba el cuerpo, Leslie se confesó a sí misma que si no veía que el agua estaba completamente limpia, sería incapaz de introducirse en ella.

Al salir de la ducha, la estaba esperando la señora Rubin. Volvió a meter la mano en el bolsillo de su delantal, y esta vez sacó un pequeño peine de concha. Lo pasó lentamente por los largos cabellos de Leslie, estirando suavemente cada vez que encontraba enredado el pelo.

—No tiene que haber ni un solo nudo que mantenga el agua apartada de tu persona —dijo—. Levanta los brazos.

Leslie hizo sumisamente lo que le decía. La mujer miró los afeitados sobacos.

—Nada de vello —dijo, como un comerciante que estuviera haciendo inventario.

Luego, la señora Rubin señaló con su dedo índice y le dio el peine a Leslie.

Ésta permaneció inmóvil unos momentos, mirándola incrédulamente.

—¿Es realmente necesario? —preguntó tímidamente.

La señora Rubin movió afirmativamente la cabeza. Leslie manejó el peine sin mirar, sintiendo que la sangre fluía a sus mejillas y que los párpados se le cubrían de lágrimas.

—Vamos —dijo finalmente la mujer, volviendo a ponerle la sábana sobre los hombros.

Un corredor alfombrado de goma negra conducía desde la ducha a la piscina. La señora Rubin la hizo detenerse en lo alto de los tres escalones que descendían al agua. La mujer caminó por la cinta de cemento que bordeaba la piscina hasta la puerta situada en el extremo. La abrió y asomó por ella la cabeza. Desde la puerta, que daba al patio trasero de la sinagoga, llegó hasta Leslie una corriente de aire.

—Yedst —llamó la señora Rubin—. Ya está lista.

Leslie oyó a los rabinos conversando en *Yiddish* mientras se acercaban a la puerta. La mujer volvió a su lado, tras dejar la puerta ligeramente entreabierta.

—¿Quieres el papel con las oraciones?

—Ya me las sé —repuso Leslie.

—Tienes que meterte completamente debajo del agua y, después, decir las oraciones. Es la única vez en que una brocha se dice después de un acto en lugar de hacerlo antes. La razón es que la inmersión te purifica de todas las religiones anteriores para que en lo sucesivo puedas rezar a Dios como judía. Probablemente, tendrás que sumergirte varias veces para asegurarte de que lo haces bien. ¿No tienes miedo al agua?

—No.

—Excelente —dijo la señora Rubin, quitándole la sábana.

Leslie bajó los escalones. El agua estaba caliente. En medio de la piscina le llegaba justo hasta los pechos. Se quedó en pie unos momentos y la miró. Parecía limpia y clara, con un fondo de temblorosos azulejos blancos. Cerró los ojos y se

sumergió, conteniendo el aliento mientras se sentaba, y sintió contra sus muslos las junturas de los azulejos del fondo.

Luego, se levantó, resoplando ligeramente, y recitó las oraciones con voz temblorosa.

—Ohmain —cantó la señora Rubin.

Y oyó que los rabinos también decían amén al otro lado de la entornada puerta.

La señora Rubin hizo un movimiento hacia abajo con ambos brazos, y Leslie volvió a sumergirse, esta vez con más confianza. Era tan fácil, que sentía ganas de reír. Se sentó en el agua, flotantes los cabellos, y, milagrosamente, se sintió purgada de todo peso físico y espiritual, liberada de la culpa de haber vivido veintidós años como ser humano. Lavada en la sangre del Cordero, pensó vertiginosamente, y se alzó como un pez desde el fondo. «Escuchad, hijos míos —pensó—, y os contaré cómo se hizo mamá una sirena judía y por eso lleva cola». Esta vez dijo las brochas con más seguridad, pero la señora Rubin no estaba satisfecha todavía. Los brazos volvieron a bajarse, y de nuevo Leslie se sumergió. Esta vez mantuvo los ojos abiertos, mirando la reluciente bombilla que proyectaba su luz a través del agua, iluminándola y calentándola, como el ojo de Dios. Emergió a la superficie y permaneció en pie, jadeando ligeramente y sintiendo que se le endurecían los pezones bajo la fría corriente de aire que penetraba por la rendija de la puerta tras la que escuchaban los rabinos. Y esta vez dijo las oraciones con alegre certidumbre.

—Mazal tob —dijo la señora Rubin.

Y, mientras Leslie salía de la piscina, chorreando agua por los costados, la mujer la envolvió en la sábana y la besó en las dos mejillas.

Estaba de pie en el despacho del rabino. El maquillaje había desaparecido de su rostro y sentía en la nuca la humedad de sus cabellos, experimentando la misma sensación que si hubiese dado diez vueltas a la piscina de la universidad. El rabino que le había dado café le dirigió una sonrisa.

—¿Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas? —preguntó.

—Sí —murmuró ella, sin sentir ya alegría.

—Y estas palabras —dijo— que yo te mando este día estarán sobre tu corazón; y las enseñarás diligentemente a tus hijos, y les hablarás de ellas cuando estés en tu casa, y cuando andes por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes. Y las impondrás como señal sobre tu mano, y serán venda en tu frente entre tus ojos. Y las escribirás en las jambas de tu casa y sobre tus puertas; recuerda y cumple todos mis mandamientos y sé santa para tu Dios.

El rabino Gross se acercó a ella y le impuso las manos sobre la cabeza.

—En señal de tu admisión en la Casa de Israel —dijo—, este tribunal rabínico te da la bienvenida imponiéndote el nombre de Leah bat Abraham, por el que de aquí en

adelante serás conocida en Israel.

—Que Él, que bendijo a nuestras madres, Sara, Rebeca, Raquel y Leah, te bendiga a ti, nuestra hermana Leah bat Abraham, con motivo de tu aceptación a la herencia de Israel y de tu conversión en verdadero prosélito en medio del pueblo del Dios de Abraham. Que, bajo la dirección de Dios, prosperes en todas tus actividades y sea bendecido el trabajo de tus manos. Amén.

Luego, el rabino más joven le entregó el certificado de conversión. Ella lo leyó:

*EN PRESENCIA DE DIOS Y DE ESTE TRIBUNAL RABINICO*

> *Por la presente, declaro mi deseo de aceptar los principios del judaísmo, de adherirme a sus prácticas y ceremonias y de convertirme en miembro del pueblo judío.*
>
> *Hago esto por mi propia y libre y voluntad y con plena comprensión del verdadero significado de los dogmas y prácticas del judaísmo.*
>
> *Ruego para que mi presente decisión me guíe a lo largo de la vida y que ésta sea digna de la sagrada comunidad en que ahora tengo el privilegio de ingresar. Ruego para que permanezca siempre consciente de los privilegios y los correspondientes deberes que me impone mi adhesión a la Casa de Israel. Declaro mi firme decisión de llevar una vida judía y de dirigir un hogar judío.*
>
> *Si soy bendecida con hijos varones, prometo educarles en la Alianza de Abraham. Prometo, además, educar a todos los hijos con que Dios quiera bendecirme en la lealtad a las creencias y prácticas judías, en la fidelidad a las esperanzas judías y en la forma judía de vida.*
>
> *¡Escucha, oh Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno!*
>
> *Eternamente bendito es su glorioso y soberano Nombre.*

Lo firmó con mano que no temblaba más de lo que era comprensible y justificado. Los rabinos firmaron como testigos y la señora Rubin volvió a besarla; ella la besó a su vez y dio las gracias a los rabinos, y se estrecharon las manos. El rabino más joven le dijo que era la conversión de aspecto más atractivo en que había esperado participar jamás. Todos se rieron, y ella volvió a darles las gracias y se marchó de la sinagoga.

Soplaba el viento, y el cielo seguía estando gris. No se sentía cambiada, pero sabía que su vida iba a ser muy distinta de cualquier existencia que ella hubiera soñado jamás para sí. Por un momento, pero sólo por un momento, pensó en su padre y la invadió un sentimiento de tristeza por el hecho de que su madre no existiera. Luego, mientras caminaba a pasos rápidos por la calle, sintió una creciente urgencia, la necesidad de una cabina telefónica en la que pudiese abrir los labios y murmurar su tremendo secreto.

# 24

Michael llegó a Nueva York al día siguiente, después de dirigirse en coche a Little Rock y tomar allí un bamboleante avión de línea que osciló violentamente en medio de una tormenta de primavera durante todo el trayecto hasta La Guardia. Leslie le estaba esperando en el aeropuerto. Mientras corría hacia ella, a Michael le pareció que siempre que la veía era como si fuese la primera vez, que nunca se acostumbraría a mirarla a la cara.

—Lo que no comprendo es lo de la *Miqvá* —dijo en el taxi cuando dejó de besarla—. Si hubieras sido convertida por un rabino *Reformista*, habrías prescindido de todo eso.

—Fue maravilloso —dijo ella tímidamente—. Quería hacerlo de la manera más difícil. Así sería algo perdurable.

Pero, a la tarde siguiente, cuando fueron juntos a la Shaéaré Shamáyim, Max Gross palideció.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó a Leslie—. Créeme que, si hubiese sabido que el hombre con quien estabas relacionada era Michael Kind, nunca te habría convertido.

—Pero no me lo preguntó —replicó ella—. No trataba de engañarle.

—Max —dijo Michael—, estoy haciendo solamente lo que hizo Moisés. Es judía. Tú la has hecho judía.

El rabino Gross movió la cabeza.

—Tú no eres Moisés. Tú eres un nahr, un necio. Y yo te he ayudado a cometer este error.

—Quiero que nos cases tú, Max —dijo Michael—. Nos gustaría mucho a los dos.

Max Gross cogió una Biblia de la mesa y la abrió. Balanceándose, empezó a leer en voz alta, desentendiéndose de ellos, como si estuviera solo en la shul.

Michael apretó los labios al escuchar las palabras hebreas.

—Vámonos —dijo a Leslie.

Cuando se encontraron en la calle, ella le miró.

—¿No pueden… volverse atrás ni nada, Michael?

—¿Te refieres a la conversión? No, claro que no. —Cogió su mano y se la apretó —. No te apures, querida.

Mientras volvían en el taxi, Leslie sentía aún en sus dedos la presión de la mano de él.

—¿A quién le pedirás ahora que realice la ceremonia?

—A uno de mis compañeros del Instituto, supongo. —Reflexionó unos momentos y, luego, decidió—. Milt Greenfield tiene una congregación en Bethpage.

Le llamó aquella tarde desde la cabina telefónica de un establecimiento de la

avenida de Lexington. Milt Greenfield se mostró afectuoso al principio, deshaciéndose en felicitaciones; luego, guardó silencio unos momentos y, sopesando las palabras, le dijo:

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres, Michael?

—No seas tonto. Si no estuviese seguro, no te habría llamado.

—Bueno, entonces me halaga que me hayas llamado, bala perdida —dijo, por fin, Greenfield.

Aquella noche, después de que sus padres se hubieron acostado, Michael se sentó en su vieja habitación y buscó en la Biblia del lector moderno la traducción inglesa del pasaje que Max Gross le había leído en voz alta para expulsarle de la sinagoga. Al cabo de un rato, lo encontró. Proverbios 5, 3.

*… Miel destilan los labios de la mujer extraña,*
*y es su boca más suave que el aceite.*
*Pero su fin es más amargo que el ajenjo,*
*punzante como espada de dos filos.*
*Van sus pies derechos a la muerte,*
*llevan sus pasos al sepulcro.*
*No va por el camino de la vida,*
*va errando por el camino sin saber adónde.*

Pensó que le costaría conciliar el sueño, pero se quedó dormido mientras rezaba. Si soñó algo, cuando a la mañana siguiente se despertó no recordaba nada.

Durante el desayuno miró a su madre con inquietud.

Leslie había telefoneado a su padre y, luego, había estado llorando largo rato en silencio. Cuando Michael sugirió que visitasen al reverendo John Rawlins y hablaran de la cuestión, ella había movido la cabeza. Con una sensación de alivio, Michael no la había instado a que cambiase de opinión.

Él, por su parte, no quería decírselo inmediatamente a sus padres, ya que sabía que se produciría una escena, y prefería retrasar el momento.

Cuando empezaba a tomar su segunda taza de café, sonó el teléfono. Era el rabino Sher.

—¿Cómo sabías que estaba en Nueva York? —preguntó Michael después de intercambiar los saludos de rigor.

—Me lo comentó Milt Greenfield —respondió el rabino Sher.

«El bueno de Milt», pensó Michael.

—¿Puedes pasar por las oficinas de la Asociación para charlar un rato?

—Estaré ahí esta tarde —respondió.

—Estoy seguro de que has enfocado la cuestión desde todos los puntos de vista —dijo rabbi Sher con mucha suavidad—. Sólo quiero cerciorarme de que te das

cuenta de las posibles consecuencias de semejante matrimonio.

—Voy a casarme con una judía.

—Estás echando a perder lo que, indudablemente, sería una brillante carrera pastoral. Siempre que te des cuenta de ello, tu decisión es válida, aunque, tal vez…, imprudente. Simplemente, quiero cerciorarme de que no has pasado por alto las consecuencias en un estado de… —Pugnó por encontrar las palabras adecuadas.

—Irreflexiva pasión.

El rabino Sher asintió con la cabeza.

—Algo así.

—Durante toda nuestra vida insistimos, frente a la corrupción que se extiende en todas las sociedades del mundo, en que los judíos son tan buenos como cualquier otro grupo, en que, como individuos, todos nosotros somos iguales a los ojos de Dios. En respuesta a las fantásticas historias tejidas en torno a los Protocolos de los Sabios de Sión, explicamos cuidadosamente a nuestros hijos que somos Elegidos solamente para llevar la gran carga de la Alianza entre Dios y el hombre. Pero, en el fondo, el miedo nos ha convertido en el pueblo más lleno de prejuicios que existe sobre la faz de la Tierra. ¿Por qué es así, rabbi?

Desde la calle, llegaba lejano un rumor de bocinas. Milt Sher se acercó a la ventana y miró el embarullado tráfico de la Quinta Avenida. Taxis. «Demasiados taxis. Menos cuando se necesita uno un día de lluvia», pensó. Se volvió.

—¿Cómo crees que hemos sobrevivido durante más de cinco mil años?

—La muchacha con la que voy a casarme es judía. Su padre no.

Pero, ¿Es el judaísmo una estirpe de sangre? ¿O una ética, una teología y un estilo de vida?

El rabino Sher cerró los ojos.

—Nada de discusiones, Michael, por favor. Tu situación no es única, como sabes. Nos hemos enfrentado a otras similares antes de ahora. Siempre ha presentado grandes dificultades. —Se apartó de la ventana—. ¿Estás decidido?

Michael afirmó con la cabeza.

—Entonces, buena suerte.

Le tendió la mano, y Michael se la estrechó.

—Otra cosa —dijo Michael—. Será mejor que encuentres a alguien para los Ozarks.

Sher asintió.

—Con una esposa, no querrás estar viajando todos los días —dijo, juntando las yemas de los dedos—. Eso plantea la cuestión de tu empleo futuro. Tal vez te interesara probar algo de tipo académico. Una capellanía o un puesto en una de nuestras fundaciones culturales. Tenemos muchas solicitudes en ese sentido. —Hizo una pausa—. La mentalidad universitaria es más comprensiva.

—Quiero una congregación.

Michael sostuvo su mirada.

El rabino Sher suspiró.

—Los Consejos de templo están formados por padres de familia. Lo más probable es que vean tu matrimonio, prescindiendo de cómo lo veas tú, como un mal ejemplo para sus hijos.

—Quiero una congregación.

El viejo rabino se encogió de hombros.

—Haré todo lo que pueda por ayudarte, Michael. Déjate caer por aquí con tu mujer cuando te sea posible. Me gustaría conocerla.

Volvieron a estrecharse las manos.

Cuando Michael se hubo marchado, Milt Sher se sentó en su silla y permaneció varios minutos sin moverse, tarareando distraídamente con la boca cerrada la «Canción del toreador», de Carmen. Luego, oprimió el timbre que tenía sobre la mesa.

—Lillian —dijo a su secretaria cuando ésta apareció—, rabbi Kind abandona el circuito de los Ozarks.

—¿Quiere que ponga su ficha en el fichero de disponibles? —preguntó ella.

Era una mujer de edad madura, que había empezado ya a marchitarse, y el rabino Sher nunca dejaba de sentir piedad hacia ella.

—Sí, por favor —respondió.

Cuando ella salió del despacho, continuó sentado y canturreó todo lo que pudo recordar de la música de Bizet. Luego, volvió a pulsar el timbre.

—Conserva un poco más de tiempo esa ficha de los Ozarks, —le dijo a su secretaria—. Tal vez no la rellenemos, a no ser que encontremos un hombre casado para hacer el circuito.

Ella le dirigió una mirada de extrañeza.

—No es probable —dijo.

—No —admitió él—, no lo es.

Se acercó a la ventana y miró hacia abajo, apoyando las manos en el alféizar. El tráfico de la Quinta Avenida era un campo de batalla, en el que las bocinas semejaban los lamentos de los heridos.

«Los taxis —pensó— están embrollando toda la ciudad».

# 25

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que no existía ninguna congregación judía en Cypress, Georgia. Antes de la guerra —de la Segunda Guerra Mundial, no de la guerra civil—, sólo había unas cuantas docenas de familias judías en toda la ciudad. Su dirigente era Dave Schoenfeld, propietario y director del semanario de Cypress, News, y tataranieto del capitán Judah Schoenfeld, que recibió un balazo en la garganta mientras mandaba sus tropas, a las órdenes de Hood, en Peachtree Creek. Así que Dave era más sudista que judío, casi igual que cualquiera de los obstinados baptistas de Cypress, con la sola diferencia, tal vez, de que poseía un poco más de influencia en tiempo de elecciones.

Dave Schoenfeld se hallaba cumpliendo sus deberes militares en Sondrestrom, Groenlandia, como teniente coronel del Servicio de Inteligencia, cuando tuvo lugar en su ciudad natal el primer servicio nocturno del viernes. Un rabino llamado Jacobs, que era capellán en Camp Gordon, llegó allí con un grupo de soldados judíos y ofició la ceremonia de *Yom Kippur* en la Primera Iglesia Baptista por especial autorización de los diáconos. Al servicio acudieron prácticamente todos los judíos de la ciudad, y resultó ser tan popular que se repitió al año siguiente. En el *Yom Kippur* siguiente a aquél no había ningún rabino para dirigir el servicio, ya que el capellán Jacobs había sido destinado a ultramar antes de que llegara su sustituto. Las grandes festividades transcurrieron sin que se celebrara ningún servicio religioso en Cypress, y la falta fue observada y comentada en la localidad.

—¿Por qué no celebramos nosotros mismos el servicio del *Shabbat*? —Sugirió el joven Dick Kramer, que padecía cáncer y pensaba mucho en Dios.

Los demás mostraron su conformidad, por lo que el viernes siguiente se reunieron catorce personas en el desván de la casa de Ronnie Levitt. Fueron recitando el servicio de memoria. Ronnie, que había estudiado canto en Nueva York después de la Primera Guerra Mundial y antes de regresar a su ciudad para ingresar en el negocio de fabricación de trementina de su padre, actuó como cantor. Entonaron los fragmentos del servicio que recordaban con vigor y entusiasmo ya que no con armonía. En la cocina, Rosella Barker, la criada de Sally Levitt, enarcó las cejas y dirigió una sonrisa a su hermano Mervin, de catorce años, que estaba sentado a la mesa tomando café, y esperaba volver a casa con su hermana.

—Esta gente ha nacido con el sentido del ritmo, encanto —dijo, arrastrando cadenciosamente las sílabas—. Estos tipos blancos parece que tienen la música revoloteando sobre ellos, incluso en la forma de andar.

Y rió en silencio ante la expresión de la cara del muchacho.

Dave Schoenfeld fue ascendido un grado y licenciado como coronel en 1945. El Ejército le había robado sus años jóvenes. Sus músculos habían perdido elasticidad y

sus pasos se habían hecho más pesados. Se le había aclarado el cabello, que adquirió, además, una tonalidad grisácea. Su próstata había comenzado a funcionar mal, necesitando atenciones periódicas, que, cosa muy propia de él, había obtenido enredándose con la enfermera más deseable de la base. Dos semanas después de su regreso a la vida civil, había recibido una carta de un compañero en la que éste le informaba de que la muchacha había ingerido una dosis excesiva de somníferos, se le había practicado un lavado de estómago y había sido enviada al hospital Walter Reed para ser sometida a observación psiquiátrica. Schoenfeld había tirado la carta al cesto de los papeles, juntamente con un pliego de pruebas de imprenta y varias invitaciones para acontecimientos sociales a los que no pensaba asistir.

Al volver a Georgia, había encontrado Cypress con casi un millar de habitantes más, con una maderería, una pequeña fábrica de material electrónico y la promesa de que una empresa textil iba a trasladarse allí con todas sus existencias y maquinarias desde Fall River, Massachusetts. Él era un soltero de cuarenta y ocho años, rico y atractivo. Las numerosas mujeres a quienes había conocido a lo largo de los años, y los numerosos hombres a quienes, en una ocasión u otra, había beneficiado con su influencia política, se congregaron para darle una cálida bienvenida. Le hicieron alegrarse de volver a casa. Gastó 119.000 dólares en modernizar el News, instalando offset en la imprenta, un sistema que había llegado a admirar grandemente cuando se encontraba en la milicia. Comenzó a lanzar dos tiradas a la semana, en vez de una solamente, para aprovechar el aumento potencial de circulación, y contrató a un dinámico joven, recién salido de la escuela de periodismo, Henry W. Grady, para que realizara casi todo el nuevo trabajo. Luego, disminuyó su dedicación al periódico y reanudó sus partidas de póquer, dos veces a la semana, con el juez Boswell, Nance Grant, Sunshine Janes y el sheriff Nate White.

Durante veinte años, los cinco hombres habían compartido muchas aficiones, además del póquer. Juntos, habían controlado el algodón, los cacahuetes, la ley, el poder y la opinión pública de Cypress. Su boyante asociación les había convertido hacía mucho tiempo en hombres ricos.

Acogieron de nuevo gustosos a Dave Schoenfeld en su círculo.

—¿Qué tal por Groenlandia? —preguntó el sheriff.

—Allí se le congela a uno hasta el culo —respondió Dave, barajando las cartas.

Sunshine cortó.

—¿Te has llenado bien la panza de esa grasa esquimal?

—¿Quién? ¿Yo?

Sunshine soltó una risotada, y los otros hombres sonrieron.

—Vamos a ver si ha cambiado mi suerte —dijo Dave, mientras empezaba a repartir las cartas.

Había sacado muchas fotografías y, siete semanas después de su vuelta, fue

invitado a dar una charla en el club masculino de la iglesia metodista. Las diapositivas en color del casquete polar y de los farallones nevados fueron muy celebradas, así como sus anécdotas acerca de la vida de los esquimales. Al día siguiente, Ronnie Levitt le llamó por teléfono y le preguntó si querría repetir la charla el sábado por la noche, después del Oneg *Shabbat*, en su casa.

El desván estaba abarrotado de fieles judíos, a todos los cuales no conocía, según observó con sorpresa el viernes por la noche. Pese a la deficiente dirección de Ronnie, el servicio fue cantado con entusiasmo. No hubo sermón. Después, su charla fue acogida con corteses aplausos.

—¿Cuánto tiempo hace que dura esto? —preguntó él.

—Mucho —respondió ansiosamente Dick Kramer—. Compramos solamente libros de oración. Pero usted mismo puede darse cuenta de lo que necesitamos. Deberíamos tener un lugar más adecuado para reunirnos y un rabino que acudiese con regularidad.

—No pensaba que se me hubiera invitado a venir aquí a causa de un repentino interés hacia los osos polares —dijo Dave con sequedad.

—En la actualidad, somos unas cincuenta familias judías en la ciudad —dijo Ronnie—. Lo que necesitamos es una pequeña casa que podamos comprar barata y arreglarla de modo que quede un templo decente. Los servicios de un rabino no costarían mucho. Todos podemos aportar algo.

—¿Pueden obtener de los miembros de la congregación el dinero necesario para costear todo el programa? —preguntó, consciente de que, si pudiesen, no estarían haciéndole la corte.

—Necesitamos unos cuantos donantes de categoría, gente que pueda aportar contribuciones importantes para los dos primeros años —dijo Ronnie—. Yo puedo ayudar en ese aspecto. Si usted asume la misma responsabilidad, podemos empezar a funcionar.

—¿Cuánto?

Levitt se encogió de hombros.

—Cinco o diez mil.

Dave pareció reflexionar unos momentos.

—No lo creo —dijo, finalmente—. Yo opino que servicios como estos son estupendos y me gustaría asistir de nuevo alguna otra vez. Pero de nada sirve tratar de desarrollarlo con excesivas prisas. Opino que deberíamos esperar a que hubiese más miembros, de modo que todos sepan que participan por igual en la compra del edificio y en la contratación del rabino.

Permanecieron agrupados en torno a él, mostrándose reacios a alejarse. En sus rostros había expresiones de desolada decepción.

El sábado por la noche, Schoenfeld ganó 131 dólares jugando al póquer.

—¿Qué efecto tendrá esa nueva industria sobre nuestra asociación? —preguntó.

—Ninguno —repuso el juez.

—Si permitimos que se instalen más fábricas en esta ciudad, empezaremos a tener líos con los obreros —dijo Dave.

Nance Grant mordió la punta de un grueso cigarro y escupió al suelo la brizna de tabaco.

—No vendrá nadie más. Dejamos entrar sólo los suficientes para que nos ayuden un poco en algunas cuestiones.

Schoenfeld estaba asombrado.

—¿Desde cuándo necesitamos ayuda? ¿Y en qué?

El juez le apoyó en el brazo una cuidada mano.

—Has estado fuera algún tiempo, Dave. El maldito Gobierno nos va a dar más preocupaciones que la sarna de cinco años. No nos hará ningún daño tener cerca algunos amigos para combatir a los socialistas.

—Nuestros gastos han estado aumentando también todo el tiempo —dijo Nance—. Estará bien tener a alguien con quien compartirlos.

—¿Qué clase de gastos?

—Billie Joe Raye, por ejemplo. Es predicador. Fuego y azufre e imposición de manos.

—¿Un curandero? —preguntó Schoenfeld—. ¿Y por qué tenemos que pagarle?

El sheriff carraspeó.

—Si no los mantiene a raya, ya podemos dedicarnos a otra cosa.

Schoenfeld rechazó cortésmente uno de los largos y deformes cigarros de Nance, y sacó un habano del bolsillo interior de su chaqueta.

—Bueno —dijo, soplando sobre la cerilla después de haber prendido cuidadosamente el cigarro—, no puede costarnos mucho un predicador.

El juez le miró con calma.

—Cien de los grandes.

Todos sonrieron al ver la expresión de su cara.

—Una tienda de aire acondicionado cuesta casi tanto —intervino Sunshine—. Y un programa de radio. Y de televisión.

—Lo que le damos es sólo una minucia para él. Sus colectas son ya lo bastante cuantiosas para mantenerle en buena posición —dijo Nance—. Y cuanto más reputación de religiosa tenga esta ciudad, como comunidad temerosa de Dios, mejor para nosotros.

—Que me aspen si necesita hacerse una reputación —dijo el juez. Esta es ya esa clase de comunidad. ¡Diablos, si hasta los judíos celebran ahora reuniones de oración! —se hizo un silencio—. Perdona —dijo, dirigiéndose a Dave.

—No necesitas excusarte —contestó Schoenfeld.

Aquella noche, telefoneó a Ronnie Levitt.

—No he dejado de pensar en el templo —dijo—. ¿Qué le parece si nos reunimos y charlamos acerca de ello?

Encontraron una pequeña villa en buen estado y la compraron, aportando cinco mil dólares cada uno para la adquisición del edificio y de los dos acres de tierra. Quedó entendido que el resto de la congregación contribuiría con una suma suficiente para pagar las renovaciones y el sueldo del rabino.

Ronnie Levitt sugirió, en tono vacilante, que el templo se llamase Sinaí. Dave se encogió de hombros y mostró su conformidad. No hubo ninguna voz que mostrara su disentimiento.

—El mes que viene tengo que ir a Nueva York para entrevistarme con los representantes de la industria del papel —dijo Schoenfeld—. Veré lo que puedo hacer para encontrar un rabino.

Había intercambiado correspondencia con un hombre llamado Sher, y, cuando llegó a Nueva York, llamó a la Asociación de Congregaciones Hebreas Americanas e invitó al rabino a comer el día siguiente. Sólo después de despedirse se le ocurrió pensar en que el clérigo podría sentirse coartado por los alimentos impuros.

Pero cuando se reunieron en el despacho de la Asociación, el rabino Sher no hizo mención alguna del lugar adonde debían comer. Una vez en el taxi, Dave se inclinó hacia el conductor y dijo:

«Voisin». Miró rápidamente de reojo al rabino Sher, pero no vio en su rostro nada más que serenidad.

En el restaurante, pidió crepes con langosta. El rabino pidió sauté échalote de pollo. Dave sonrió y le dijo que se había sentido preocupado por no haber elegido un restaurante judío.

—Puedo comer de todo menos mariscos —dijo Sher.

—¿Hay una regla?

—No, no. Es sólo la forma en que fui educado. Cada rabino *Reformista* toma su decisión al respecto.

Durante la comida, hablaron del nuevo templo.

—¿Cuánto costará contratar un rabino? —preguntó Schoenfeld.

El rabino Sher sonrió. Citó un nombre que resultaba sobradamente conocido para las dos terceras partes de los judíos residentes en Estados Unidos.

—Para él, cincuenta mil dólares anuales. Quizá más. Para un joven recién salido de la escuela rabínica, seis mil. Para un rabino de cierta edad que haya tenido muchas congregaciones, seis mil. Para un buen elemento con un par de años de experiencia, unos diez mil.

—Podemos olvidarnos del gran hombre. ¿Puede indicarme usted uno o dos hombres pertenecientes a las otras categorías?

El rabino partió cuidadosamente su panecillo.

—Conozco a alguien que es muy bueno. Estuvo breve tiempo de ayudante en una gran congregación de Florida y, luego, ha trabajado como rabino ambulante en una extensa congregación de Arkansas. Es joven, dinámico, de mucha personalidad y sumamente brillante.

—¿Dónde está ahora?

—Aquí, en Nueva York. Se dedica a enseñar hebreo a los niños.

Schoenfeld le dirigió una penetrante mirada.

—¿Dedica a ello todo su tiempo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ha tropezado con ciertas dificultades para encontrar una congregación. Hace varios meses se casó con una joven convertida del cristianismo.

—¿Católica?

—Creo que no.

—No me parece que el matrimonio nos importe mucho a ninguno de nosotros —murmuró Schoenfeld—. Vivimos en estrecha comunicación con nuestros vecinos cristianos. Y, dado que el hombre está en esa situación, podremos contratarle por siete mil, ¿Qué le parece a usted?

Algo, Schoenfeld no hubiera sabido decir exactamente qué, revoloteó fugazmente por el rostro del rabino y, luego, desapareció.

—Eso tendrá que ser tratado entre ustedes y él —dijo cortésmente Sher.

Schoenfeld sacó un cuaderno de pastas de cuero y una pluma.

—¿Cómo se llama?

—Rabbi Michael Kind.

# 26

En el Bronx compraron un descapotable azul Plymouth usado, fabricado hacía dos años, y un juego de neumáticos casi nuevos. Luego, volvieron al apartamento de la calle 60 Oeste y tomaron las medidas necesarias para que les fueran enviadas por ferrocarril la mesa de Leslie y su biblioteca.

Cenaron por última vez con los padres de él en una incómoda velada que se arrastró bajo el peso de las cosas pasadas, tanto de las dichas como de las silenciadas. («Maldito imbécil —había exclamado su padre al comunicarle la noticia—, no te cases». Y él había visto en los ojos de Abe Kind, por detrás de las sombras de desesperación, el brillo de la parpadeante llama alimentada durante largos años en brasas de culpabilidad). Dorothy y Leslie estuvieron charlando toda la noche sobre recetas de cocina. Cuando, finalmente, se besaron para despedirse, Dorothy tenía los ojos secos y el semblante preocupado. Abe lloraba.

A la mañana siguiente, se dirigieron en coche a Hartford.

En el interior de la iglesia congregacional de Hastings, permanecieron sentados en un banco de madera de nogal, en un sombrío vestíbulo, hasta que el reverendo señor Rawlins salió de su despacho despidiendo a la pareja de jóvenes.

—Las bodas con poca gente son las mejores —decía mientras les acompañaba a la puerta—. Más cálidas e íntimas.

Volvió la vista hacia ellos.

—Hola, Leslie —dijo el reverendo mirando a su hija y sin cambiar de tono.

Michael y Leslie se pusieron en pie. Ella les presentó.

—¿Queréis tomar un poco de té?

Les hizo pasar a su despacho, donde se sentaron y tomaron té con pastas, servido por una mujer de edad madura y rostro inexpresivo. Sostuvieron una pequeña conversación, durante la cual experimentaron cierta sensación de embarazo.

—¿Recuerdas las pastas de especias que hacía tía Sally? —preguntó Leslie a su padre mientras era retirado el servicio del té—. A veces, pienso en ella y me parece que todavía noto el gusto que tenían.

—¿Pastas de especias? —dijo él. Se volvió a Michael—. Sally era mi cuñada. Una buena mujer. Murió hace dos años.

—Lo sé —dijo Michael.

—Le dejó a Leslie mil dólares. ¿Todavía tienes ese dinero, Leslie?

—Sí —respondió Leslie.

El clérigo llevaba gafas sin montura; desde detrás de ellas, sus azules ojos observaron a Michael.

—¿Crees que te gustará el sur?

—He pasado varios años en Florida y Arkansas —repuso Michael—. Creo que

las personas son iguales en todas partes.

—A medida que uno envejece empieza a notar significativas diferencias.

Los tres permanecieron unos instantes en silencio.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Leslie besando la suave y pálida mejilla—. Cuídate, padre.

—El Señor cuidará de mí —dijo, acompañándoles a la puerta.

—El cuidará también de nosotros —repuso Michael.

Su suegro pareció no haberle oído.

Dos días después, Leslie y Michael llegaron a Cypress, Georgia, en una calurosa tarde de principios de verano que presagiaba lo que sería el mes de agosto en aquella ciudad. En la plaza mayor, el calor vibraba en ondas visibles, que ascendían desde la superficie de bronce de la estatua ecuestre del general Thomas Mott Lainbridge.

Michael condujo lentamente el coche en torno al musgoso pedestal que sostenía la estatua, y lo miraron bajo la radiante luz del sol. Sólo pudieron distinguir el nombre.

—¿Has oído hablar de él? —preguntó Michael.

Leslie negó con la cabeza. Él acercó el coche al bordillo de la acera. Cuatro muchachos estaban a la puerta de un bar, protegidos del sol por el toldo.

—Oye —dijo Michael a uno de ellos. Señaló con el pulgar al general Thomas Mott Lainbridge—. ¿Quién es?

El chico miró a sus amigos, y éstos sonrieron.

—Lainbridge.

—Su nombre, no —dijo Leslie—. ¿Que hizo?

Uno de los chicos salió de la sombra proyectada por el toldo y caminó lentamente hacia la estatua. Acercó la cara a la placa que había en el pedestal y se detuvo, moviendo silenciosamente los labios. Luego, volvió.

—General en jefe del Segundo Regimiento de fusileros de Georgia.

—Los fusileros eran de infantería —objetó Leslie—. ¿Qué está haciendo a caballo?

—¿Cómo?

—Gracias dijo Michael. ¿Sabes dónde podemos encontrar el 18 de la calle Piedmont?

Estaba a tres minutos en coche. Resultó ser una casita verde, con un abombado porche y un descuidado jardín. Las ventanas estaban sucias.

—Parece bonita —dijo ella en tono vacilante.

Él la besó en la mejilla.

—Bienvenida al hogar.

Michael se quedó en el asiendo delantero del descapotable y escrutó el lado de los impares de la calle, ya que el templo tenía el número 45. No logró averiguar cuál de

los edificios alineados a lo largo de la calle podría ser la sede de su nuevo cargo.

—Espera un momento —dijo Leslie. Bajó del coche y subió ágilmente los escalones. La puerta no estaba cerrada—. Ve tú delante —añadió—. Contémplalo tú solo la primera vez. Luego, ven a buscarme.

—Te quiero —dijo Michael.

Los números habían sido quitados cuando pintaron el templo, por lo que pasó por delante de él sin darse cuenta. Pero el 47 estaba claramente marcado en la casa siguiente. Dio la vuelta al coche y aparcó en el terreno del templo. No había ningún letrero. Tendría que haber alguno, una placa pequeña y sobria.

Al entrar, sacó una yarmulka del bolsillo y se la puso.

Hacía fresco en el interior. Los tabiques divisorios habían sido derribados para dar mayor amplitud al templo. Subsistían la cocina y el baño, y había dos pequeñas habitaciones que podrían acondicionarse como oficina general y despacho del rabino. Los suelos estaban recién barnizados. Caminó sobre un sendero de periódicos extendidos que le condujo de habitación en habitación.

No había *Bemá*, pero sí un arca apoyada contra una pared. La abrió y vio que contenía una *Torá*. Sobre la cubierta de terciopelo había una delgada placa de plata que le informó de que la *Torá* había sido donada por el señor y la señora Ronald G. Levitt en memoria de Samuel y Sara Levitt. Acarició el rollo de pergamino y, luego se besó las yemas de los dedos, como le había enseñado su abuelo hacía tanto tiempo.

—Gracias por mi primer templo —dijo en voz alta—. Trataré de hacer de él una verdadera casa del Señor.

Las desnudas paredes le devolvieron los ecos de su voz. Todo olía a pintura.

El número 18 de la calle Piedmont no estaba pintado. Y tampoco había sido limpiado desde hacía mucho tiempo. El polvo lo cubría todo. Pequeñas arañas rojas se movían por los techos, y una larga hilera de secos excrementos de aves mancillaba la ventana delantera.

Leslie encontró un cubo. Lo llenó de agua y lo colocó sobre el hornillo de gas, que estaba tratando, en vano, de encender.

—No hay agua caliente —dijo—. Necesitamos estropajo, cepillo y jabón. Será mejor que haga una lista.

Su voz era demasiado tranquila; una advertencia para Michael de lo que podía esperar al recorrer la casa. El mobiliario estaba destartalado y necesitaba algo más que pintura. A una de las desvencijadas sillas le faltaba un travesaño; a otra, un pedazo de respaldo. En el dormitorio, el sucio colchón estaba doblado, exhibiendo los muelles oxidados. El papel de las paredes parecía ser de antes de la guerra.

Cuando Leslie volvió a la cocina, Michael se sintió incapaz de sostener su mirada. Ella había gastado su última cerilla tratando de encender el gas.

—No sé qué le pasa a este cacharro —dijo Leslie.

—Espera un momento —dijo Michael—. ¿Tienes un alfiler?

Lo único que ella pudo encontrar fue el imperdible de un camafeo, que él utilizó para limpiar los pequeños agujeros del quemador. Luego, encendió una de sus cerillas, y el gas prendió con blanco azulada llama.

—Cuando vuelvas con el jabón, el agua estará ya caliente —dijo ella.

Pero Michael apagó el gas.

—Esta noche trabajaremos los dos. Pero hay que cenar primero.

Al subir al coche, cada uno de ellos sabía que el otro experimentaba una sensación de alivio al salir de la destartalada y sucia casa.

Aquella noche, mientras el sudor les escocía en los ojos y chorreaba de sus rostros, fregaron los muebles y las paredes. Cuando terminaron, pasada ya la medianoche, entraron en el cuarto de baño y se lavaron el uno al otro. Había una ducha, pero no tenía cortina. Leslie abrió por completo la llave del agua fría, sin importarle que el líquido rebotara sobre sus cuerpos y mojara todo el cuarto de baño.

—Deja que se seque —dijo cansadamente. Se dirigió desnuda al dormitorio y gimió—. No hay sábanas. —Señaló el manchado colchón, y, por primera vez, sus labios temblaron—. No puedo dormir encima de eso.

Michael se puso los pantalones y, descalzo y sin camisa, fue hasta el coche, en el que había dos mantas azules de la Armada compradas en un almacén de géneros sobrantes de Manhattan. Llevó las mantas a la casa y las extendió sobre el colchón. Leslie apagó la luz. Quedaron tendidos juntos en la oscuridad, y él, en su deseo de consolarla, la rodeó con sus brazos y atrajo hacia sí su desnudez. Pero ella emitió un breve sonido gutural, medio gemido, medio suspiro.

—Hace calor —dijo.

Él la besó en la cabeza y se dejó caer hacia atrás. Era la primera vez que Leslie se le negaba. Hizo un esfuerzo por pensar en otras cosas: el templo, su primer sermón, proyectos de una escuela de hebreo… Con el calor y las ásperas mantas de lana debajo, acabaron durmiéndose.

Por la mañana, Michael fue el primero en despertarse. Miró a su mujer, que continuaba dormida; sus cabellos, lacios y desordenados por la ducha de la noche anterior y por la humedad; las aletas de su nariz, que se movían casi imperceptiblemente cada vez que exhalaba aire; el oscuro lunar que rodeaba a un solitario pelo dorado que le nacía bajo el seno derecho; su carne, pálida y suave por el húmedo calor. Por fin, Leslie abrió los ojos. Estuvieron largo rato mirándose uno a otro. Luego, ella se estiró el cabello sobre el pecho y saltó de la cama.

—Vamos, rabbi, tenemos por delante un día muy atareado.

Quiero convertir este basurero en un hogar.

Volvieron a ducharse y, luego, completamente empapados, descubrieron que las otras toallas limpias estaban todavía en el coche. Se pusieron la ropa interior sobre

sus chorreantes cuerpos y dejaron que se les secara la piel al aire, mientras desayunaban la leche y los panecillos que habían comprado la noche anterior.

—Lo primero que quiero hacer es comprar sábanas —dijo Leslie.

—Me gustaría tener una cama decente. Y una mesa para comer.

—Habla primero con el propietario. Al fin y al cabo, los muebles entran también en el alquiler. Tal vez sustituya algunos.

—Frunció el ceño—. ¿Cuánto dinero hemos dejado en el banco?

Vamos a tener que pagar noventa dólares al mes por este palacio, según su carta.

—Tenemos suficiente —dijo él—. Voy a telefonear a Ronald Levitt, el presidente de la congregación, para averiguar qué establecimientos de la ciudad son propiedad de miembros del templo. Podría comprar todo lo que necesitamos a quienes me pagan mi sueldo.

Se afeitó lo mejor que pudo con agua fría; luego, se vistió y se despidió de ella con un beso.

—No te preocupes por mí hoy —dijo Leslie—. Compra lo que necesitemos y déjalo en el coche, pues estarás ocupado en el templo. Iré a comer a la plaza del General.

Cuando él se hubo marchado, Leslie sacó sus viejos pantalones y un jersey de la maleta y se los puso. Se recogió el pelo hacia atrás y utilizó una cinta elástica para hacerse una cola de caballo. Luego, calentó agua y, con los pies descalzos, se arrodilló y empezó a fregar los suelos.

Hizo primero el cuarto de baño y la alcoba y, después, el cuarto de estar. Había fregado ya la tercera parte del suelo de la cocina y se encontraba de espaldas a la puerta, cuando experimentó la impresión de que la estaban mirando. Volvió la vista por encima del hombro.

El hombre estaba de pie en el porche trasero, sonriéndole a través de la persiana de la puerta. Ella dejó caer el estropajo en el cubo y se puso en pie, secándose las palmas de las manos en los muslos.

—¿Sí? —dijo débilmente.

El hombre llevaba pantalones a rayas blancas y azules, camisa blanca de manga corta, corbata y un sombrero panamá, pero iba sin chaqueta. «Tendré que decirle a Michael —pensó— que probablemente es correcto aquí no llevar traje completo».

—Soy David Schoenfeld —dijo—. El dueño de la casa.

Schoenfeld. Pertenecía al consejo del templo, recordó.

—Pase —dijo—. Lo siento, estaba fregando con tanta fuerza que no le he oído llamar.

El sonrió mientras entraba.

—No he llamado. Estaba usted tan bonita trabajando de esa manera que he estado mirándola un rato.

Leslie le miró cansadamente. Sus antenas femeninas captaron ciertas sutiles emanaciones, pero la sonrisa del hombre era amistosa, y la expresión de sus ojos, impersonal.

Se sentaron a la mesa de la cocina.

—Siento no poder ofrecerle un refresco —dijo ella—. Aún no estamos instalados del todo.

Él hizo un pequeño movimiento de protesta con la mano en que sostenía el sombrero.

—Sólo quería darles la bienvenida a Cypress a usted y al rabino. El templo Sinaí es nuevo en estas cosas. Supongo que deberíamos haber nombrado un comité para que se lo prepararan todo. ¿Necesitan algo?

—Unas vacaciones. Desde luego, esta casa necesitaba un repaso. —Y se rió.

—Lo supongo —contestó Schoenfeld—. No he estado en ella desde la guerra. Durante mi permanencia en el Ejército cuidó de ella un agente. No esperaba que viniesen ustedes tan pronto. En otro caso, habría procurado que estuviera dispuesta. —Miró el cuello de Leslie, perlado de sudor—. Tenemos por aquí chicas de color que ayudan a las personas como usted en esta clase de trabajos. Le mandaré una esta tarde.

—No es necesario —dijo ella.

—Insisto. Un servicio gratuito del propietario.

—Se lo agradezco. Pero ya he terminado casi —dijo Leslie con firmeza.

Él desvió primero la mirada, con una sonrisa.

—Bueno —dijo, haciendo rechinar la silla en que estaba sentado—, por lo menos puedo reemplazar estos travesaños. Veré qué más cosas podemos hacer respecto a los muebles.

Se levantó, y Leslie vio que se dirigía hacia la puerta.

—Hay otra cosa, señor Schoenfeld —dijo.

—¿Sí?

—Le agradecería que cambiase el colchón.

Él no sonrió, pero Leslie se sintió aliviada cuando apartó los ojos de su cara.

—Con mucho gusto —dijo, ladeándose el sombrero.

Al día siguiente, el futuro ya no parecía insoportable, ni siquiera en la intimidad de sus pensamientos.

Michael había señalado a Ronnie Levitt la falta de un *Bemá*, y al día siguiente llegó al templo un carpintero para construir una plataforma baja de acuerdo con las instrucciones del rabino. Llegaron sillas plegables para el templo y muebles para el despacho. Michael colgó en la pared sus diplomas y pasó largo rato pensando en cómo dispondría un estudio.

Llegó un camión a la casa, y dos negros sacaron de ella la mayor parte de los

viejos muebles, sustituyéndolos con otros más atractivos. Mientras Leslie estaba dirigiendo la colocación de los nuevos muebles, acudió de visita Sally Levitt. Cinco minutos después, estando todavía allí la señora Levitt, llamaron al timbre dos señoras más de la congregación. Las tres llevaban regalos: un pastel de piña, una botella de jerez de California y un ramo de flores.

Esta vez, Leslie estaba preparada para recibir visitas. Ella ofreció el jerez, sirvió té frío y cortó el pastel.

Sally Levitt era menuda y morena, de labios finos y cuerpo juvenil, al que traicionaban las patas de gallo de sus ojos.

—Conozco una fábrica de tejidos donde se pueden encontrar cortinas maravillosas —dijo a Leslie, echando una mirada apreciativa en torno a la habitación —. Esta casa ofrece grandes posibilidades.

—Estoy empezando a creerlo así —dijo Leslie, sonriendo.

Aquella noche, mientras preparaba la cena, llegaron de Nueva York su mesa y sus libros.

—Michael, espero que podamos quedarnos aquí el resto de nuestra vida —exclamó Leslie cuando, tras desembalar los libros, los hubieron colocado en los estantes.

Aquella noche, sobre el nuevo colchón, los Kind hicieron el amor por primera vez en la nueva casa.

El templo Sinaí fue consagrado el domingo siguiente por la mañana. El juez Boswell fue el orador. Disertó larga y elocuentemente acerca de la herencia judeocristiana, sobre la ascendencia común de Moisés y de Jesús y acerca del espíritu de democracia imperante en Cypress, «como un vino delicado en el pacífico aire de Georgia, que permite a los hombres vivir como hermanos, independientemente de la religión que profesen». Mientras, un grupito de chiquillos negros se reunía al otro lado de la calle y señalaba entre risas, o contemplaba con silenciosa curiosidad, a los blancos de la acera opuesta.

—Me siento honrado —concluyó el juez— de haber sido invitado por mis conciudadanos hebreos para participar en el bautizo de su nueva casa de culto.

Hizo una pausa, comprendiendo que aquello no estaba del todo bien; luego, enrojeció de satisfacción al iniciarse los aplausos.

Durante las ceremonias, Michael había empezado a observar una riada de coches que se movían lenta y constantemente por delante del templo.

La cortesía había mantenido sus ojos pegados a los rostros de los oradores. Sin embargo, al terminar la consagración, fue llamado a recitar la bendición. Cuando acabó, parpadeando para protegerse los ojos del ígneo sol, miró por encima de las cabezas de la multitud que se disgregaba ya.

La hilera de coches seguía moviéndose.

Había vehículos de todas las marcas y modelos. Algunos de ellos ostentaban matrículas de Alabama y de Tennessee. Coches grandes, pequeños, furgonetas y, de vez en cuando, un Cadillac o un Buick.

Ronnie Levitt se acercó a él.

—Rabbi —dijo—, las señoras están sirviendo café dentro. El juez se va a agregar a nosotros. Así tendrán ocasión de charlar ustedes dos.

—Esos coches —dijo Michael—, ¿Adónde van?

Ronnie sonrió.

—A la iglesia. En una tienda. Hay un sacerdote que celebra una reunión de oración a unos cinco kilómetros de la ciudad. Atrae a gente de toda la comarca.

Michael contempló cómo los coches continuaban apareciendo por un extremo de la calle y desapareciendo por el otro.

—Tiene que ser muy bueno —dijo, intentando en vano disimular su envidia. Ronnie se encogió de hombros.

—Yo creo que a algunos de ellos sólo les gusta salir en la televisión —dijo.

Aquel viernes por la noche, el templo Sinaí estaba lleno, lo cual le agradaba, pero no le sorprendía.

—Vendrán esta noche por la novedad —había dicho Michael a su esposa—. Lo que ocurra a la larga es lo que cuenta.

Había elegido como su primer texto un fragmento del «Canto de confianza», Salmo 11, 4.

*Está Yahve en su sagrado templo,*
*Tiene Yahve su trono en los cielos;*
*Sus ojos miran y sus párpados escudriñan*
*a los hijos de los hombres.*

Había preparado cuidadosamente el sermón. Al terminarlo, comprendió que había logrado mantener el interés de su congregación.

Cuando cantaron Ain Kailohainu, pudo oír la voz de su esposa, mezclarse suavemente con las otras. Mientras cantaba, Leslie le sonreía desde la primera fila.

Después de la bendición, se agruparon, a su alrededor, expresándole sus alabanzas y sus felicitaciones. En la cocina, las mujeres prepararon té y café, emparedados y pastelillos; el Oneg *Shabbat* tenía tanto éxito como el servicio.

Ronnie Levitt pronunció un breve discurso, dando las gracias al rabino y a los diversos comités por hacer posible la apertura del templo.

Señaló hacia la sala, donde había una mesa cubierta de ramos de flores.

—Nuestros vecinos cristianos han demostrado su amistad hacia nosotros —dijo —. Creo que sería adecuado que nosotros demostráramos nuestra amistad hacia ellos. Por ello, yo haré donación de cien dólares anuales para la compra de dos placas, que

serán entregadas cada año a los hombres elegidos para recibir los Premios de Hermandad del templo Sinaí.

Aplausos.

Dave Schoenfeld se puso en pie.

—Quiero felicitar a Ron por su magnífica idea y su magnánimo gesto. Y quisiera proponer a los primeros receptores de nuestros Premios de Hermandad. El juez Harold Boswell y el reverendo Billie Joe Raye.

Grandes aplausos.

—¿Qué han hecho por la hermandad? —preguntó Michael a Sally Levitt.

Ella cerró sus ojos de largas pestañas.

—¡Oh, rabbi —dijo en un susurro gutural—, son los hombres más brillantes del mundo!

# 27

La congregación quería una escuela de hebreo cuyas clases se limitasen a los domingos por la mañana. Cuando Michael insistió en que las clases se celebraran también los lunes y los miércoles, después de las sesiones de la escuela pública, se opusieron débilmente y acabaron transigiendo. Fue la única fricción, y la victoria, aunque pequeña, le hizo sentirse seguro de sí mismo.

Comenzó a desarrollarse la vida social de los Kind. Las noches de Michael eran muy atareadas, y nunca sabía lo que habían de depararle, y trataron de limitarse. Se hicieron socios de tres clubes de bridge, y Leslie empezó a jugar a la canasta con Sally Levitt y otras seis mujeres los miércoles por la noche, en que Michael dirigía en el templo un cursillo sobre judaísmo.

Una noche, en un cóctel ofrecido por los Larry Wolfson en honor de su hermana y cuñado de Chicago, le preguntaron a Leslie a qué se dedicaba antes de casarse, y ella mencionó su empleo en la revista.

—Podríamos tener una buena colaboradora en el News —dijo Dave Schoenfeld, cogiendo hábilmente al paso una copa de la bandeja que llevaba un camarero—. No podemos pagar precios como los de Nueva York, naturalmente, pero me agradaría que lo intentara.

—Ya tiene usted una chica —dijo ella—. ¿Cuáles son sus temas tabúes?

—Puede escribir acerca de cualquier cosa, excepto sobre los embarazos precoces y los negros de las Naciones Unidas.

—Eso es demasiado restrictivo para mí —repuso ella.

—Venga al despacho mañana por la mañana —dijo él, alejándose—. Le prepararemos su primer trabajo.

Aquella noche, mientras Michael y Leslie se disponían a acostarse, ella le habló del asunto.

—Suena bien —dijo Michael—. ¿Aceptarás?

—Supongo que sí —repuso Leslie—. Pero no sé si tendré éxito. Son enormemente quisquillosos en lo que se refiere al color de la piel. El miércoles pasado, durante la partida de bridge, las chicas se pasaron media hora contándose una a otra lo imposibles que se habían vuelto los schwartzen, después de la guerra. Y no se molestaron en bajar la voz a pesar de que la criada de Lena Millman estuviera trabajando en la habitación de al lado. La pobre chica prosiguió su tarea con cara completamente inexpresiva, como si estuviesen hablando en indostaní.

—O en *Yiddish* —suspiró Michael—. La verdad es que algunos de nuestros miembros observan actitudes muy elogiables respecto a la cuestión racial.

—En privado. Muy en privado. Se sienten tan intimidados que tienen miedo a hablar de ello, a menos que estén cerradas todas las ventanas. Querido, ¿No tendrás,

tarde o temprano, que enfrentarte con esto desde el púlpito? —dijo ella.

—Más adelante —respondió Michael, cerrando tras de sí la puerta del cuarto de baño.

Había admitido ya su derrota en el campo de las relaciones interraciales.

El shamus, o portero, del templo Sinaí, que en Brooklyn habría sido un piadoso y viejo judío que utilizaría el empleo como excusa para dedicarse a una vida de estudio y oración, era un rollizo negro llamado Joe Williams.

Michael observó desde el principio que el cubo de la basura no era vaciado nunca, que las piezas de metal no brillaban nunca, que los suelos permanecían sin limpiar y sin encerar, a menos que él insistiese repetidamente en que se hiciera. Williams también era poco dado a hacer otras cosas, como lo demostraba el acre olor que exhalaba su cuerpo y que hacía juego con las manchas de blanquecinos bordes que aparecían en los dos sobacos de su camisa.

—Deberíamos despedirle y coger a otra persona —insistió Michael a Saul Abelson, presidente del comité de conservación.

Abelson sonrió con tolerancia.

—Todos son iguales, rabbi —dijo—. El siguiente sería tan malo como éste. Siempre hay que estar encima de ellos.

—¿Pretende decirme que no veo todos los días negros limpios, cuidadosos y esmerados en esta ciudad? ¿Por qué no intentamos contratar a alguien así?

—Aún no comprende —dijo pacientemente Abelson—. Si Joe se ha mostrado perezoso, tendré que hablar con él.

Un día, irritado porque los objetos de plata destinados al culto no habían sido abrillantados, Michael invadió los dominios del shamus.

El sótano era sombrío y olía a humedad y a periódicos mohosos. Encontró a Joe Williams durmiendo borracho sobre un mugriento catre del Ejército. Le sacudió; el hombre murmuró algo y se humedeció los labios con la lengua, pero no se despertó. A su lado, en el suelo, había un cuaderno de notas y un trozo de lápiz. Michael lo recogió.

Leyó solamente la única línea garrapateada en la primera página.

El negro tiene dos metros de estatura. Él mundo es como una habitación con el techo a una altura de metro y medio.

Dejó el cuaderno donde lo había encontrado y no volvió a molestar más a Joe Williams.

En vez de ello, todos los viernes por la tarde se encerraba durante media hora en su estudio. Extendiendo varios periódicos sobre la mesa, utilizaba un trapo y el sistema internacional de pulimento para dejar resplandeciente el cáliz de plata del *Shabbat* que había de usar en el servicio de la noche. Y, a veces, mientras frotaba y sentía dentera al metérsele entre las uñas la arenilla, oía algún ruido o una esporádica

maldición, proveniente de los dominios del shamus y que indicaban que Joe Williams continuaba vivo.

Leslie escribía un artículo para cada edición del News. Eran artículos ligeros, humorísticos o históricos, enfocados siempre desde un ángulo de interés humano. Recibía por cada uno de ellos siete dólares y cincuenta centavos y un ejemplar que su marido miraba con cierto temor.

Sus vidas se desarrollaban en medio de una rutina que ambos encontraban agradable. Los días iban cayendo del mismo predecible modo que los patos de metal en una galería de tiro. Ambos sentían la impresión de que siempre habían estado casados el uno con el otro. Ella empezó a hacerle un grueso jersey de punto, como regalo de su primer aniversario de boda, que él no tardó en descubrir escondido en el armario trastero, del cual procuró en lo sucesivo mantenerse alejado.

Al sucederse las estaciones, las hojas fueron adquiriendo nuevos colores, no los brillantes de los árboles que se extendían a lo largo del Hudson y el Charles, sino desvalidos marrones y anémicos amarillos. Luego, en vez de las nieves de inviernos anteriores, llegaron las lluvias, la clase de lluvias a que estaban acostumbrados.

Un día, al caer la tarde, Leslie se vio sorprendida por un súbito aguacero cuando se dirigía, por delante de la estatua del general, hacia las oficinas del News. Echó a correr hasta que cruzó la puerta y se detuvo en el interior, chorreando agua y jadeando. La pequeña sala editorial estaba desierta, a excepción de Dave Schoenfeld, que estaba apagando las luces y se disponía a marcharse a casa, como había hecho ya el resto del personal.

—¿No ha aprendido a nadar? —pregunto, sonriendo.

Leslie se sentó a una mesa, ladeando la cabeza y sacudiéndose el agua del pelo.

—El océano Atlántico entero acaba de caer del cielo en trocitos no mayores que monedas de cinco centavos —dijo.

—Es una noticia, pero la edición está cerrada ya —contestó Schoenfeld—. Tendremos que hablar de ello el jueves.

Leslie se quitó el empapado abrigo y sacó su artículo del bolsillo. Varias de las páginas se habían mojado. Ella las alisó sobre un archivador y empezó a hacer una copia. El artículo trataba de un hombre que había sido guardafrenos de la Atlantic Coast Line durante treinta años. Al retirarse —le había confiado a ella—, había estado tres meses borracho en un vagón de mercancías situado en un apartadero de las afueras de Macon, bajo los cuidados y protección de sus anteriores colegas. «No publique eso, por favor —había dicho con gran dignidad—; diga sólo que pasé el tiempo recorriendo mi pasado ferroviario». Y Leslie se lo había prometido, pese a experimentar la vaga sensación de que estaba infringiendo un código periodístico. Recuperado ya el estado de sobriedad, el hombre había cogido un día un trozo de madera de pino y una navaja y, por puro aburrimiento, había empezado a tallar.

Ahora, sus águilas americanas se vendían a la misma velocidad con que podía tallarlas, y a sus setenta y ocho años todavía estaba constituyendo depósitos bancarios.

Era un buen tema, y pensó que podría tratar de vendérselo a la Associated Press o a la North American Newspaper Alliance y sorprender a Michael con el cheque. Lo copiaba cuidadosamente, emitiendo un leve gemido cada vez que la punta del lápiz se hundía en un lugar húmedo del papel.

Dave Schoenfeld se acercó a ella y estuvo unos minutos leyendo por encima de su hombro.

—Parece un tema muy bonito —dijo.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Ha estado muy ocupado el rabino estas noches?

Leslie asintió de nuevo, sin dejar de leer.

—Debe de sentirse muy sola.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo tiempo para escribir estos artículos.

—Hay una errata en el penúltimo párrafo —dijo él, señalándosela con el dedo.

Ella asintió e hizo la corrección. Estaba tan absorta copiando el artículo que tardó unos momentos en darse cuenta de que lo que sentía era el contacto de la mano de Schoenfeld. Cuando, por fin, estuvo dispuesta a admitir este un tanto asombroso hecho, él se había inclinado ya sobre ella, aplicando su boca contra la de Leslie. Ella permaneció completamente inmóvil, con los labios cerrados y las manos, en las que sostenía todavía el lápiz y una hoja de papel, colgando inertes a los costados, hasta que él retiró su boca.

—No se asuste —dijo Schoenfeld.

Leslie recogió cuidadosamente las páginas del artículo y se dirigió al lugar en que estaba su abrigo, sobre el mostrador de la sección de publicidad. Se lo puso y guardó el artículo en el bolsillo.

—¿Cuándo puedo verla? —preguntó él.

Leslie se limitó a mirarle fríamente.

—Cambiará de opinión —dijo él—. Tengo varias cosas que enseñarle, y pensará en ellas.

Leslie dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Yo no diría nada a nadie —dijo el hombre—. Puedo destrozar a su pequeño párroco *Yiddish* de una forma que jamás podría imaginar.

Una vez fuera, Leslie caminó muy despacio bajo la lluvia. No creía estar llorando, pero su rostro quedó de pronto tan mojado que no podía estar segura de ello. Deseó haber dejado el artículo. Pensó en el pobre viejo de la navaja y los trozos de madera esperando ver en el periódico su nombre y su fotografía.

Su aniversario cayó en domingo. Tuvieron que levantarse temprano, porque Michael daba una clase en el templo a las nueve. Durante el desayuno, intercambiaron sus regalos. Él se puso su jersey y ella se sintió muy contenta con los pendientes que él la había comprado hacía varios meses.

Después de comer, Michael cogió un rastrillo y se puso a trabajar en el jardín, sacando un cubo tras otro de hojas secas. Había terminado con un macizo y se hallaba ocupado en otro, cuando empezó el desfile de coches.

Esta vez se hallaba en un lugar adecuado de observación y tenía tiempo de sobra. Se olvidó del jardín y se sentó a observar a los coches.

Los enfermos estaban generalmente sentados en el asiento posterior.

Muchos de ellos llevaban muletas. Algunos coches llevaban sillas de ruedas sujetas en la baca o sobresaliendo del portamaletas.

De vez en cuando, pasaba una ambulancia alquilada.

Por fin, no pudo aguantar más. Dejó caer el rastrillo y entró en la casa.

—Ojalá tuviéramos un aparato de televisión —dijo a Leslie—. Me gustaría ver qué tiene ese individuo para atraer a tanta gente todos los domingos.

—Está a menos de cuatro kilómetros —dijo ella—. ¿Por qué no te das una vuelta hasta su carpa?

—¿En nuestro primer aniversario?

—Oh, no importa —respondió Leslie—. Será sólo para una o dos horas.

—Creo que iré —dijo Michael.

No tenía ni idea de dónde se celebraba la reunión, pero no era difícil encontrar el lugar. Esperó a que se produjera el primer claro en la hilera de vehículos y, luego, salió con su coche. La hilera serpenteaba por la sinuosa carretera, pasaba por delante de la estatua del general, salía al otro extremo de la ciudad, atravesaba un distrito negro de destartaladas casas y cabañas sin pintar y confluía en la autopista del Estado. En ella se unía a otra serpiente motorizada que llegaba de la dirección opuesta. Michael observó que la nueva hilera contenía, además de coches de Georgia, unos cuantos vehículos con matrículas de Carolina del Norte y Carolina del Sur.

Mucho antes de que se divisara la gran carpa, los coches empezaron a salirse de la carretera y, dando tumbos por los campos, aparcaban siguiendo las instrucciones de jóvenes negros y muchachos campesinos con sombreros de paja, que cogían el dinero y daban el cambio, de pie junto a unos letreros cuyos precios eran mayores cuanto más próximos estaban a la carpa.

APARCAMIENTO, 50 centavos.
APARQUE SU COCHE, 75 centavos.
APARQUE aquí, 1 dólar.

Varios de los coches, entre ellos el de Michael, continuaron por la autopista hasta

llegar a una gran zona de aparcamiento que había sido terraplenada en torno a la iglesia de lona. La zona de aparcamiento estaba separada de la autopista por unas cuerdas. Se entraba a través de una estrecha abertura por la que justamente cabía un coche, guardada por un hombre calvo que vestía pantalones negros brillantes, camisa blanca y corbata negra de algodón.

—Dios le bendiga, hermano —dijo a Michael.

—Buenas tardes.

—Son dos dólares y cincuenta centavos.

—¿Dos cincuenta? ¿Por aparcar?

El hombre sonrió.

—Procuramos mantener reservada esta zona para los cojos y los lisiados —dijo —. Para lograrlo, nuestro método consiste en cobrar dos dólares y cincuenta centavos por coche. El dinero se destina al Fondo de Predicadores Fundamentalistas para fomentar la obra del Señor. Si prefiere usted no pagarlo, puede volver y aparcar en uno de los campos.

Michael miró hacia atrás por encima del hombro. A la espalda del rabino la carretera estaba completamente bloqueada.

—Insisto —dijo.

Sacó el dinero que llevaba en el bolsillo y separó dos billetes de un dólar y una moneda de cincuenta centavos.

—Dios le bendiga —dijo el hombre, sin dejar de sonreír.

Michael aparcó su coche y echó a andar en dirección a la carpa. Delante de él, un chiquillo delgado y de carnoso rostro se apoyo contra el guardabarros de un coche, emitiendo gorgoteantes sonidos.

—Oye, Ralphie Johnson, quítate de ahí —dijo una mujer de edad madura, acercándose al muchacho—. Hemos recorrido todo el camino hasta aquí, y ahora que tenemos a ese predicador a un paso te pones a hacer el mono. Sigue adelante, ¿Me oyes?

El chico se echó a llorar.

—No puedo —murmuró.

Tenía los labios azulados, como si hubiera estado demasiado tiempo metido en el agua.

Michael se detuvo.

—¿Puedo ayudarle?

—Si quisiera llevarle… —dijo la mujer en tono vacilante.

El muchacho cerró los ojos cuando Michael le levantó. Dentro, la carpa estaba ya llena de gente. Michael dejó su carga sobre una de las sillas plegables de madera.

—Dale las gracias a este caballero tan amable, Ralphie —dijo con tono animado la mujer.

Los azulados labios no se movieron. Los ojos continuaron cerrados.

Michael hizo una inclinación de cabeza a la mujer y se alejó.

Las primeras filas estaban todas ocupadas. Se dirigió a una fila vacía del tercio posterior del recinto y se sentó en una silla del centro. A los tres minutos, estaba sentada una mujer gruesa cuya cabeza se movía a sacudidas, a la izquierda, a la derecha, espasmódicamente y con ritmo regular, como accionada por un muelle.

En la silla de su izquierda se había sentado un hombre ciego, de edad madura. Estaba comiendo un bocadillo, que sostenía en sus largas y delgadas manos, engarfiadas como garras por la artritis.

A su derecha, se hallaba sentada una mujer atractiva y bien vestida que parecía sana y cuerda. Estaba frotándose el pecho con la mano. Al poco rato, empezó a dar golpecitos con los dedos sobre el hombro de Michael.

—Joy —dijo suavemente la mujer sentada a su lado—. Deja en paz a ese caballero.

—Las hormigas… —dijo ella—. Ahora están todas sobre él.

—Déjale. A él le gustan.

La mujer hizo una mueca.

—A mí no —dijo, volviendo a frotarse el pecho y estremeciéndose.

El recinto se iba llenando rápidamente. Un hombre de rostro colorado y vestido con un traje de lino blanco pasó por el pasillo central, dirigiendo a dos negros que portaban una camilla. Sobre ésta yacía la rígida forma de una muchacha paralítica de unos veinte años de edad.

Un acomodador se acercó presuroso a ellos.

—Dejadla en el pasillo, junto a los asientos, y sentaos a su lado.

Para eso se reservan las sillas de los extremos —dijo.

Los negros depositaron la camilla en el suelo y se marcharon El hombre rebuscó en su bolsillo y sacó un billete.

—Dios le bendiga —dijo el acomodador.

En la parte delantera del recinto había una cortina y un escenario, del que bajaba hasta la sala una especie de pasillo.

Aparecieron después dos cámaras de televisión, conducidas por operadores que las cabalgaban como jockeys. Las enfocaron hacia el público, y los rostros pasaron como bandadas de peces por las pantallas de los aparatos monitores. Los espectadores se contemplaban a sí mismos. Algunos silbaban y agitaban las manos. El ciego sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Michael se lo explicó.

Luego, un elegante joven de oscuros cabellos se adelantó de entre la cortina con una trompeta en la mano. No usaban chaqueta. Su blanca camisa estaba almidonada,

y lucía una corbata de seda azul con nudo Windsor. Llevaba el pelo cuidadosamente alisado, y sus dientes relucían al sonreír.

—Soy Cal Justice —dijo ante el micrófono—. Algunos de vosotros tal vez me conozcáis mejor como «El trompetero de Dios».

—Sonaron unos aplausos—. Billie Joe saldrá dentro de unos minutos. Entretanto, me gustaría tocar una pequeña canción que todos conocéis.

Interpretó Los noventa y nueve. Sabía tocar la trompeta. Al principio, las notas eran lentas y tristes; pero, luego, la melodía se hizo más animada. Alguien empezó a llevar el ritmo con las palmas, y pronto el público que llenaba el recinto estaba batiendo palmas y cantando al compás de la vivaz melodía que iba creciendo en intensidad. Delante de Michael, la señora gruesa se había convertido en un metrónomo humano; su tic se acoplaba al ritmo de las palmadas.

Los aplausos que rubricaron la música fueron estruendosos y prolongados, pero su intensidad aumentó al salir de detrás de la cortina otro hombre en mangas de camisa, corpulento, de anchos hombros, cabeza grande y manos grandes. Tenía la nariz carnosa y la boca ancha, y los párpados parecían pesarle sobre los ojos.

El trompetero abandonó el escenario. El hombre corpulento se situó en el centro, sonriendo, mientras los espectadores batían con fuerza las manos y gritaban palabras de alabanza.

Luego, levantó las dos manos hacia el cielo, con los dedos extendidos. Se acalló el ruido. Desde arriba le fue acercado un micrófono sujeto al extremo de una pértiga, hasta que estuvo lo bastante cerca de su cara como para que un sonido de ronca y sobrehumana respiración llenase el recinto.

—Aleluya —dijo Billie Joe Raye—. Dios os ama.

—Aleluya —dijo el público que llenaba el local.

—Amén —murmuró el ciego.

—Dios os ama —repitió Billie Joe—. Decidlo tres veces conmigo: Dios me ama.

—Dios me ama.

—Dios me ama.

—Dios me ama.

—Muy bien —dijo Billie Joe, moviendo alegremente la cabeza—. Sé por qué estáis aquí, hermanos y hermanas. Estáis aquí porque os encontráis enfermos de cuerpo, mente y alma y necesitáis el salutífero amor de Dios.

Silencio. Se oyó, amplificado, el sonido de la respiración.

—Pero, ¿Sabéis por qué estoy yo aquí? —preguntó la boca del predicador desde el escenario y desde las dos docenas de aparatos de televisión colocados en la sala.

—¡Para curarnos! —gritó alguien cerca de Michael.

—¡Para devolverme la salud!

—¡Para ayudar a mi hijo a vivir! —gritó una mujer, echando hacia atrás su silla y

dejándose caer de rodillas.

—Amén —dijo el ciego.

—No —dijo Billie Joe—. Yo no puedo curaros.

Una mujer sollozó.

—No digas eso —gritó otra mujer—. No digas eso, ¿Oyes?

—No, hermana, yo no puedo curaros —repitió Billie Joe.

Se oyeron más sollozos.

—Pero Dios sí puede curaros. A través de estas manos.

Las levantó, con los dedos extendidos, para que todos pudiesen verlas.

Se reavivó la esperanza en medio de una oleada de hosannas.

—Dios puede hacerlo todo. Decidlo conmigo —dijo Billie.

—Dios puede hacerlo todo.

—Así que Dios puede curaros.

—Así que Dios puede curarme.

—Porque Dios os ama.

—Porque Dios me ama.

—Amén —susurró el ciego, llenándosele de lágrimas los ojos sin vista.

Billie Joe tomó aliento en un murmullo electrónicamente amplificado.

—Una vez, yo fui un muchacho agonizante —declaró.

Lenta y triste, sonaba ahora su respiración en los altavoces.

—El Diablo tenía ya mi alma, y los gusanos se disponían a abalanzarse sobre mi carne. Mis pulmones estaban devorados por la tuberculosis. Mi sangre se hallaba corrompida por la anemia. Mis padres sabían que me estaba muriendo. Yo sabía que me estaba muriendo y tenía miedo.

Respiraba como un ciervo perseguido, forcejeando por introducir un poco más de aire en los pulmones.

—Yo me había revolcado en el pecado. Había bebido whisky barato. Había jugado como los soldados que se sortearon la túnica del Hijo de Dios. Había fornicado con mujeres turbulentas y enfermas, tan lascivas como las meretrices de Babilonia.

—Pero, un día, mientras me hallaba tendido en la cama, lleno de desesperación, sentí que algo extraño sucedía dentro de mí. Algo en mi interior empezaba a agitarse, como el primer suave rebullir de un polluelo cuando sabe que tiene que empezar a salir de la dura cáscara del huevo.

—Y las yemas de los dedos de las manos y las puntas de los dedos de los pies me empezaron a hormiguear, y el lugar en que primero sentí aquella agitación se llenó de un ardiente calor que ningún whisky destilado por el hombre podría producir. Sentí que la luz de Dios me deslumbraba los ojos y salté de la cama y grité, henchido de júbilo y lleno de salud: «¡Mamá! ¡Papá! ¡El Señor me ha tocado! ¡Y estoy salvado!».

Por todo el recinto cruzó un estremecimiento de esperanza y de felicidad, y los concurrentes levantaron sus ojos y dieron gracias a su Dios.

Junto a la señora gruesa se hallaba sentado un joven que tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Por favor, Dios —estaba diciendo—. Por favor. Por favor.

Por favor. Por favor. Por favor. Por favor.

Michael vio entonces por primera vez la cara del joven y, con una sensación de irrealidad, se dio cuenta de que era Dick Kramer, un miembro de la congregación del templo Sinaí.

Desde el escenario, Billie Joe miró con benevolencia a los asistentes.

—A partir de aquel día, aunque no era más que un mozalbete, prediqué la palabra de Dios. Al principio, en reuniones celebradas en esta región, y, luego, como algunos de vosotros sabéis, como pastor de la Santa Iglesia Fundamentalista por todo Whalensville.

—Y hasta hace dos años no supe que yo no podía ser otra cosa que un predicador de la Palabra de Dios.

—Varios de nuestros hombres estaban construyendo un campo de baloncesto para los jóvenes de la escuela dominical en un terreno situado detrás de la iglesia. Y, llevado de su bondad de corazón, Bert Simmons había llevado su tractor y estaba nivelando unos montículos. De pronto, el tractor tropezó con una roca no mayor que una colmena y volcó, atrapando la mano del hermano Simmons bajo su terrible peso.

—Cuando me llevaron a la iglesia, vi que salía sangre de su guante de trabajo. Cuando conseguimos separar la máquina, comprendí, por la forma en que el guante estaba aplastado y liso, que a Bert habría que cortarle la mano. Me postré de hinojos sobre la tierra removida, levanté los ojos al cielo y dije:»Señor, ¿Debe ser castigado este buen servidor por haber ayudado en Tu obra?» De pronto, mis manos empezaron a agitarse, sentí en ellas un poder que bullía y crepitaba como la electricidad y que brotaba de las puntas de mis dedos; cogí en la mía la aplastada mano del hermano Simmons y dije: «Dios, cura a este hombre».

—Y, cuando el hermano Simmons se quitó el guante, su mano estaba entera e ilesa, y yo no pude negar que había tenido lugar un milagro.

—Y me pareció oír la voz de Dios que decía: «Hijo mío, una vez te curé yo a ti. Ahora, lleva tú mi poder de curación entre la familia de los hombres».

—Y, desde entonces, el Señor ha curado a miles de personas a través de mis manos. Por su bondad, los paralíticos han andado, los ciegos han visto y los afligidos se han visto aliviados de la carga del dolor.

Billie Joe inclinó la cabeza.

Un órgano empezó a tocar suavemente.

Luego, levantó la mirada.

—Quiero que todos los presentes toquen el respaldo de la silla que tienen delante e inclinen su cabeza.

—Vamos, bajad esas cabezas. Todos.

—Ahora, quiero que todo el que desee en lo profundo de su corazón encontrar a Jesucristo levante la mano. Mantened inclinadas las cabezas, pero levantad la mano.

Michael miró a su alrededor y observó unas veinticinco manos levantadas.

—Gloria, gloria, hermanos y hermanas —dijo Billie Joe—. En toda la extensión de este recinto, cientos de manos están apuntando hacia Dios.

—Ahora, los que tenéis la mano levantada poneos en pie. Poneos derechos. Todos los que tengan la mano levantada.

—Caminad ahora hacia delante, y diremos una oración especial.

Unas doce o quince personas, hombres, mujeres, tres jovencitas y un muchacho se dirigieron a la parte delantera del recinto. Fueron recibidos detrás de la cortina por uno de los ayudantes del predicador.

Luego, mientras sonaba el órgano, Billie Joe recorrió los pasillos, rezando sobre las camillas.

Mientras lo hacía, un equipo de acomodadores pasaba las bandejas de colecta, al tiempo que otro facilitaba tarjetas a todos los que querían ver al sanador. Por todo el recinto, los asistentes empezaron a firmar tarjetas.

—¿Quieres indicarme dónde? —preguntó el ciego.

Mientras el hombre firmaba, Michael leyó la tarjeta. Era una autorización para que la fotografía del firmante fuera utilizada en los periódicos y la televisión.

Cal Justice y el invisible organista tocaron dos himnos más, El rey del amor es mí pastor y Roca de los tiempos. Luego, Billie apareció de nuevo en el escenario.

—Si os ponéis en fila a lo largo del pasillo y tenéis paciencia hasta que os llegue el turno —dijo—, rezaremos a Dios para que alivie vuestras aflicciones.

En toda la extensión del recinto, numerosas personas se pusieron en pie.

Delante de Michael, Dick Kramer se levantó también. Miró a su alrededor mientras esperaba a que salieran los demás ocupantes de su fila, y sus ojos se encontraron con los de su rabino.

Por un momento, se miraron el uno al otro, y algo en el rostro del muchacho le hizo a Michael contener el aliento. Luego Kramer se volvió y se abalanzó ciegamente hacia el pasillo, dando un codazo en el costado a la señora gruesa.

—¡Eh! —exclamó ella, volviendo a sentarse.

—¡Dick! —llamó Michael—, ¡espérame!

Empezó a moverse en dirección al pasillo, repitiendo excusas al tiempo que empujaba a la gente.

Pero, al llegar, se encontró con que le bloqueaba el paso la camilla de la muchacha paralítica. El hombre colorado, con labios temblorosos, estaba inclinado

sobre ella.

—Maldita sea, Evelyn —decía—, mueve esas piernas! Puedes moverlas, si quieres. —Se volvió hacia el acomodador—. Vete a llamar al señor Raye, muchacho. Dile que vuelva aquí a rezar un poco mas.

# 28

Una despejada mañana de otoño, Dick Kramer supo por primera vez que no había escapado totalmente ileso de en medio de los pinares situados en las afueras de Athens. Él y su primo Sheldom habían estado adiestrando metódicamente a sus perros por varias pequeñas colinas. Como figuraban entre los mejores tiradores de la universidad, el comité de residencia de la fraternidad les había asignado la misión de suministrar pichones y codornices a su cocina, relevándoles de otros deberes menos atractivos para que pudiesen cazar. Los dos muchachos competían desde hacía tiempo entre sí en cuestiones cinegéticas, y ahora Dick se sentía especialmente en forma. Había contado solamente tres disparos desde el lugar en que se encontraba Sheldom, y sabía que, aunque cada disparo significase un pájaro en el zurrón de su primo, él le llevaba mucha ventaja. Era su primera salida con una Browning nueva del calibre 20. Su anterior escopeta había sido del 16, y había tenido miedo de que la menor amplitud de dispersión de sus perdigones supusiera un handicap para él; pero tenía ya un par de pichones y dos palomas en su zurrón, y, mientras se sentía confortado al pensar en esto, otra paloma remontó el vuelo con un rápido batir de alas que se recortaban borrosas, a causa del movimiento, contra el azul del cielo. Se llevó la escopeta al hombro y, en el instante preciso, oprimió el gatillo; sintió la sacudida del arma y vio cómo el pájaro detenía su ascendente vuelo y caía luego como una piedra.

Redhead recuperó la paloma. Dick cogió el pájaro, dio unas palmaditas al perro y rebuscó en su bolsillo. Su mano derecha se cerró en torno a un terrón de azúcar, pero cuando la sacó del bolsillo se encontró con que no podía abrir los dedos para darle a Red su premio.

Sheldom apareció caminando con dificultad, y con aire turbado, desde el otro lado de la colina. Su perro Bessie le seguía, jadeando y con la lengua fuera.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. Si esto sigue así, esos tipos van a tener que abrir un par de latas de judías. —Se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa—. Sólo he cogido dos. ¿Cómo te ha ido a ti?

Dick mostró la paloma que acababa de coger del hocico de Redhead. Lo que creyó decir luego fue: «He cazado cuatro, además de esta». Pero su primo le miró sonriendo.

—¿Qué?

Lo repitió, y la sonrisa se borró lentamente del rostro de Sheldom.

—Oye, Dick. ¿Estás bien?

Dijo algo más, y Sheldom le cogió por el codo y le sacudió ligeramente.

—¿Qué te pasa, Dickie? —dijo—. Estás blanco como el papel.

Siéntate aquí mismo.

Se sentó en el suelo. Redhead se le acercó y frotó contra su cara su húmedo

morro. A los pocos minutos, sus dedos se abrieron, y pudo darle al perro el terrón de azúcar. Su mano continuaba curiosamente entumecida, pero no dijo nada de ello a Sheldom.

—Creo que ahora me encuentro mejor —dijo.

Al oír el sonido de su voz, Sheldom pareció aliviado.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí.

—De todas maneras —dijo Sheldom—, será mejor que volvamos.

—Estoy muy bien —protestó Dick—. ¿Por qué hemos de irnos tan pronto?

—Dickie, hace unos minutos, cuando estabas tan pálido, ¿Recuerdas lo que me estabas diciendo?

—Sí. Creo que sí. ¿Por qué?

—Porque era…, completamente ininteligible. Decías incoherencias.

Sintió una punzada de temor, que como un fastidioso insecto ahuyentó con una carcajada.

—Bueno, te estás burlando de mí, ¿Verdad?

—No. En serio.

—Ahora me encuentro bien. Me comprendes, ¿Verdad?

—Te has sentido bien últimamente, ¿No? —preguntó Sheldom.

—Ya lo creo. Hace ya cinco años que me operaron —respondió Dick—. Tengo tanta salud como un caballo, y tú deberías saberlo. ¿Cuándo deja una persona de ser inválida?

—Quiero que vayas a ver a un médico —dijo Sheldom.

Su primo era un año mayor y era casi un hermano para él.

—Si eso te complace, no hay inconveniente —dijo Dick—. Mira esto. —Levantó el brazo derecho. No había el menor indicio de temblor—. Nervios de plutonio —concluyó, sonriendo.

Pero el entumecimiento continuaba, observó, mientras con Sheldon y los perros cruzaba los pinos en dirección al coche.

A la mañana siguiente fue a visitar al médico y le contó lo que había sucedido.

—¿Has sentido alguna otra molestia?

Vaciló, y el viejo doctor le miró apreciativamente.

—Has perdido peso, ¿No? Ponte en la báscula —cuatro kilos y medio—. ¿No has tenido otros dolores?

—Hace un par de meses se me hinchó un tobillo. La hinchazón desapareció al cabo de unos días. Y he tenido dolor aquí —se señaló la ingle derecha.

—Sospecho que has estado retozando con las chicas —dijo el médico, y se sonrieron los dos.

No obstante, el doctor descolgó el teléfono e hizo que le admitieran en el hospital

de la Universidad de Emory, en Atlanta, para observación.

—¿la tarde del partido del Alabama? —se quejó Dick.

Pero el médico se limitó a mover la cabeza.

En el hospital, el médico que le atendió observó en la hoja de inscripción que el paciente era un varón de unos veinte años, bien desarrollado, ligeramente pálido, con cierta debilidad facial y una expresión un tanto confusa. Vio, con un estremecimiento de entusiasmo, que había una interesante historia clínica. Los datos registrados mostraban que había sido practicada una laparotomía exploratoria cuando el paciente tenía quince años, la cual había dado como resultado el descubrimiento de un adenocarcinoma de la parte superior del páncreas. Se había practicado la resección del duodeno, la porción distal del conducto biliar, la cabeza del páncreas y un pequeño trozo del yeyuno.

—Te quitaron unas cuantas tripas cuando eras pequeño, ¿Eh? —dijo.

Dick asintió con la cabeza y sonrió.

La mano del paciente ya no estaba entumecida. Había un signo de Babinski en el lado derecho; el examen neurológico, por otra parte, no reveló nada.

—¿Puedo salir de aquí a tiempo para ver el partido? —preguntó Dick.

El médico frunció el ceño.

—No lo sé —respondió.

Su estetoscopio reveló que un suave soplo sistólico era audible sobre la región precordial. Hizo tenderse al paciente y empezó a explorar su abdomen con inquisitivos dedos.

—¿Crees que podemos ganar al Alabama este año? —le preguntó.

—Ese Stebbins los volverá locos —repuso Dick.

Los dedos localizaron una firme masa lobulada que se palpaba en la mitad y a la izquierda de la zona situada entre el ombligo y el cartílago xifoides. Parecía hallarse sobre la aorta. A cada latido del corazón, latía también la masa, hasta que fue como si, bajo las manos del médico, estuvieran latiendo dos corazones en el cuerpo del muchacho.

—No me importaría ver ese partido —dijo el doctor.

Fueron a visitarle Sheldom, varios de los chicos de la residencia y Betty Ann Schwartz, que llevaba un ajustado suéter blanco con largos mechones de lana. Nadie más fue a verle la tarde que ella estuvo allí, así que no podía mirar a ningún otro sitio, y la vista de la muchacha casi le descompuso.

—No importa lo que le digan —dijo—, aquí no echan nada en el café.

Había esperado que la observación resbalara sobre ella, pero la muchacha le miró a los ojos y sonrió, como si lo que acababa de decir la hubiese complacido.

—Tal vez puedas resolver el problema con una enfermera —dijo.

Dick tomó nota mentalmente de que tenía que citarse con ella en cuanto le dieran

de alta.

La quinta noche de su estancia en el hospital llegó su tío Myron.

—¿Por qué tenía que decirte nada Sheldom? —exclamó Dick con fastidio—. Me encuentro perfectamente.

—Esto no es una visita a un enfermo —dijo Myron—. Se trata de una reunión de negocios.

Durante largos años, Myron Kramer y su hermano Aaron habían estado al frente de sendos negocios idénticos en ciudades diferentes. Fabricaban muebles de comedor. Estando Myron en Emmetsburgh y Aaron en Cypress, disfrutaban de la independencia que supone el no estar ligados por lazos de sociedad; sin embargo, como eran hermanos, se sentían facultados para hacer economías tales como utilizar los mismos diseños de muebles y emplear un solo representante de ventas para la promoción de sus estilos en las exposiciones nacionales. Cuando, dos años atrás, Aaron falleció de trombosis coronaria, Myron se hizo cargo de la administración del negocio de su hermano, en la inteligencia de que Dick asumiría esta responsabilidad cuando se graduara en la universidad.

—¿Pasa algo malo con el negocio, tío Myron? —preguntó.

—El negocio marcha muy bien —repuso su tío—. ¿Qué de malo va a pasar?

Hablaron de fútbol, tema del que el mayor de los Kramer apenas sabia nada.

Myron Kramer buscó al médico de su sobrino antes de marcharse de Atlanta.

—Su madre murió cuando él era pequeño. Cáncer. Mi hermano murió hace un par de años —dijo—. El corazón. Así, pues, yo soy el único que queda y quiero que me diga cómo está mi sobrino.

—Me temo que hay una masa mediastina.

—Explíqueme qué quiere decir esto —dijo pacientemente Myron.

—Hay una excrecencia. En la espalda, detrás del corazón.

Myron hizo una mueca y cerró los ojos.

—¿Puede usted hacer algo?

—No sé hasta qué punto, con un tumor de este tipo —dijo cuidadosamente el doctor—. Y puede que haya otros. El cáncer desarrollado es una planta que rara vez arroja una sola semilla. Necesitamos averiguar qué otros puntos del cuerpo de su sobrino pueden estar también afectados.

—¿Se lo dirá a él? ¿Ssabrán?

—No; todavía no. Esperaremos algún tiempo y le observaremos.

—¿Y si hay otras… cosas? —preguntó Myron—. ¿Cómo lo sabrán?

—Si se ha producido una metástasis —repuso el doctor—, será demasiado fácil decirlo, señor Kramer.

Al noveno día, Dick fue dado de alta del hospital. Antes de que se vistiera, el médico le dio unos frascos de complejos vitamínicos y enzimas pancreáticas.

—Esto te vigorizará —dijo. Luego añadió otro frasco de cápsulas—. Estas rosadas son Darvon. Toma una siempre que sientas dolor. Cada cuatro horas.

—No tengo ningún dolor —dijo Dick.

—Ya lo sé —contestó el médico—. Pero es conveniente tenerlas en casa, por si ocurre algo.

Había perdido seis días de clases y tenía que recuperar el tiempo desperdiciado. Durante cuatro días estudió con ahínco. Luego, su ímpetu decreció. Aquella tarde, telefoneó a Betty Ann Schwartz, pero ella tenía un compromiso.

—¿Y mañana por la noche?

—También tengo una cita, Dick. Lo siento.

—Bueno, está bien.

—Dick, no te estoy dando calabazas. Tengo unas ganas terribles de salir contigo. El viernes por la noche estoy libre. ¿Qué te parece? Podemos hacer todo lo que quieras.

—¿Todo lo que quiera?

Ella se echó a reír.

—Casi todo.

—Te he oído la primera vez. De acuerdo.

La tarde siguiente, se sentía demasiado agitado para estudiar. Aunque sabía que no podía permitirse ese lujo después de haber estado ausente toda la semana anterior, dejó de asistir a dos clases y se fue en coche al club de tiro. Allí, utilizando por primera vez su nueva escopeta en competición, derribó 48 pichones de barro de cincuenta, de pie bajo el cálido sol y abatiéndolos uno a uno, bam, bam, bam, bam, bam, hasta ganar el primer premio. Cuando volvía, sintió que le faltaba algo y se esforzó por descubrir lo que era. Luego, con una sonrisa, se dio cuenta de que era la sensación de júbilo que generalmente acompañaba a la victoria. Se sentía decaído sin saber por qué. Notaba un ligero latido en la ingle derecha.

A las dos de la madrugada, el latido se había convertido en dolor. Abrió el cajón de su mesa y sacó el frasco de las cápsulas rosadas. Se echó una en la palma de la mano y la miró.

—Al diablo —dijo.

Volvió a meterla en el frasco y guardó éste de nuevo en el cajón. Se tomó dos tabletas de aspirina, y el dolor desapareció.

Dos días después, se presentó de nuevo.

Aquella tarde salió con Redhead al bosque a cazar pájaros, pero se volvió a casa porque tenía tan entumecida la mano que no podía cargar la escopeta.

Aquella noche se tomó una cápsula.

El viernes por la mañana fue al hospital. Betty Ann Schwartz le visitó por la tarde. Pero no pudo quedarse mucho tiempo.

El viejo doctor se lo explicó con mucha suavidad.

—¿Me operará igual que antes? —dijo Dick.

—Es una situación algo distinta —repuso el doctor—. Hay una cosa nueva que ha tenido cierto éxito en algunos casos. Se trata del gas mostaza, que en otro tiempo se utilizó en la guerra. Sólo que éste mata al cáncer, no a los soldados.

—¿Cuándo quiere empezar los tratamientos?

—Enseguida.

—¿Puede esperar a mañana?

El doctor titubeó y, luego, sonrió.

—Desde luego. Tómate un día de asueto.

Dick salió del hospital antes de comer y recorrió en coche el casi centenar de kilómetros que le separaban de Athens. Se detuvo en un restaurante, pero no tenía hambre y, en vez de pedir comida, entró en la cabina telefónica y llamó a Betty Ann Schwartz a la residencia femenina. Tuvo que esperar mientras la iban a buscar al comedor. Aquella noche estaba libre, le dijo, y le encantaría salir con él.

No quería encontrarse con ninguno de sus compañeros de residencia, y tenía por delante toda la tarde. Así que se fue al cine. En Athens había tres cinematógrafos, sin contar el reservado a los negros. En dos de ellos se proyectaban películas de horror, y en el tercero, Días sin huella, que ya había visto. Sin embargo, volvió a verla, comiendo palomitas de maíz en la oscuridad, sentado en su butaca. La primera vez, había disfrutado con la película, pero, la segunda, las escenas dramáticas parecían ridículas, y despreciaba a Ray Milland por perder todo aquel tiempo buscando botellas de whisky escondidas, cuando podía haber estado con Jane Wyman y escribiendo artículos para The New Yorker.

Al terminar la película, todavía era demasiado temprano. Compró una botella de whisky, sintiéndose como Milland, y salió de la ciudad. Buscó cuidadosamente en los alrededores y encontró un lugar ideal de aparcamiento en los bosques que dominaban el río Oconee, donde permaneció largo rato. El dolor era ahora muy intenso, y se sentía débil. Eso era porque no había comido, se dijo a sí mismo, sólo aquellas malditas palomitas de maíz, y le mortificó el pensar que a veces se comportara tan neciamente.

Cuando recogió a Betty Ann, la llevó a un buen restaurante, un lugar llamado Maxés, y tomaron un par de copas cada uno y un magnífico solomillo. Después de cenar, bebieron coñac. Al salir del restaurante, él condujo el coche directamente al lugar en que había estado antes, sobre el río.

Dick sacó la botella de whisky, la abrió, y ella bebió un trago y se la devolvió a él que bebió también Dick conectó la radio, cuya música sonaba suavemente. Bebieron otro trago, y, luego, él empezó a besarla. No hubo resistencia por parte de ella. Por el contrario, le animó más, mordisqueándole suavemente en la cara y en el cuello; y él

se dio cuenta, con cierta incredulidad, de que aquello era lo que finalmente iba a suceder, pero, cuando llegó el momento, no reaccionó como debería haber reaccionado, nada sucedió, y dejó, por fin, de intentarlo.

—Creo que será mejor que me lleves a casa —dijo ella, y encendió un cigarrillo.

Dick puso el motor en marcha, pero no hizo arrancar al coche.

—Necesito explicarte —dijo.

—No tienes que explicar nada —repuso ella.

—Hay algo que marcha mal en mí —dijo.

—Ya me he dado cuenta.

—No, algo realmente grave. Tengo cáncer.

La muchacha permaneció en silencio, fumando. Luego, dijo:

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Es alguna nueva clase de broma?

—Esto habría sido importante para mí. Si muero, tú podrías haber sido la única.

—¡Santo Dios! —exclamó Betty Ann en voz baja.

Dick acercó la mano a la palanca de cambios, pero ella le tocó con las yemas de dos dedos.

—¿Quieres probar otra vez?

—No creo que sirviera de nada —respondió él. Pero apagó el contacto—. Me gustaría saber realmente cómo está hecha una chica —dijo—. ¿Puedo mirarte?

Ella levantó los talones hasta el borde del asiento y se echó hacia atrás, con los ojos cerrados.

—No me toques —dijo.

Al cabo de un rato, Dick puso de nuevo el motor en marcha.

Cuando sintió que el coche empezaba a moverse, ella bajó los pies.

Mantuvo cerrados los ojos hasta que hubieron recorrido la mitad del camino y apartó el cuerpo mientras terminaba de vestirse.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó Dick, al pasar junto a un restaurante.

—No, gracias —contestó la muchacha.

Cuando llegaron a la residencia de Betty Ann, Dick empezó a decir algo, pero ella no quiso escucharle.

—Adiós —dijo—. Buena suerte, Dick.

Abrió la portezuela del coche y salió. Él se quedó mirando cómo corría por el sendero, subía los escalones de piedra y cruzaba el amplio porche, hasta que la puerta se cerró de golpe tras ella. No quería ir a su residencia, y le parecía absurdo irse a un hotel, así que volvió al hospital.

Permaneció en el hospital los diez días siguientes.

Una bella enfermera, de cabellos castaños cortados a la italiana, le administraba todos los días una inyección intravenosa. El primer día, él bromeó con ella, contempló su hermoso cuerpo y confió en que el fracaso de la noche anterior hubiese

sido un error, una alteración transitoria de tipo psicológico, algo que no fuera consecuencia de su enfermedad. Al tercer día, ni siquiera se daba cuenta de que ella estaba en la habitación. El gas mostaza le mareaba y le daba náuseas. Llegó el médico y rectificó la dosis, pero siguió sentándole mal.

Su tío Myron acudía a Atlanta tres veces a la semana. Se sentaba a su lado y se limitaba a mirarle, hablando muy poco.

Sheldom fue a verle una vez. Se quedó mirando fijamente a Dick y finalmente se marchó, murmurando que tenía que preparar los exámenes. No volvió más.

Al final del décimo día, fue dado de alta.

—Tendrás que volver al hospital dos veces a la semana, como paciente externo —dijo el viejo doctor.

—Vivirá en mi casa —dijo su tío Myron.

—No —replicó él—. Me quedaré en la universidad.

—Me temo que la universidad queda excluida —dijo el médico.

—También tu casa —le dijo a Myron—. Voy a ir a Cypress. No soy un inválido.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Quién piensa que lo seas? —preguntó Myron—. ¿Por qué tienes que ser tan obstinado?

Pero el médico comprendió.

—Déjele. Estará perfectamente solo durante algún tiempo tOdavía —dijo el médico.

Recogió sus cosas a eso del mediodía, cuando la residencia estaba casi desierta. Ni siquiera se despidió de Sheldom. Puso sus bultos en el coche, y a Redhead encima de los bultos, colocó la escopeta sobre una manta tendida en el suelo, detrás del asiento delantero, y condujo unos momentos por los terrenos de la universidad. Las hojas empezaban a cambiar de color. En una de las residencias femeninas, las chicas habían salido con cubos y brochas para pintar su edificio y habían atraído a una multitud de chicos que gritaban y silbaban.

Salió a la autopista. A los pocos minutos, la aguja del cuentakilómetros señalaba los ciento treinta kilómetros por hora. Los neumáticos rechinaban en las curvas, y se lanzaba a toda velocidad en las rectas. Mientras, a su espalda, Redhead gemía débilmente. Él esperaba que el coche patinara en una curva y se estrellara contra un árbol, una tapia o un poste de teléfonos. Pero nada interrumpió su carrera, ni la muerte, ni siquiera un policía para multarle por exceso de velocidad, y, como un hombre que cabalgara sobre un cohete, cruzó como una centella a través de medio Estado de Georgia.

Abrió de nuevo la casa de su padre y contrató a una mujer de color para hacer la limpieza y ocuparse de la cocina; era la mujer de uno de los camioneros que transportaban los muebles. El segundo día, bajó a la fábrica. Dos de los empleados le dijeron que tenía mal aspecto, y otro se le quedó mirando. Después de aquello, se

mantuvo alejado de la fábrica de muebles. A veces, paseaba por el bosque con Redhead; el perro gemía y saltaba cuando veía codornices o palomas, pero Dick no manifestaba deseos de cazar. Hubo días en que podía haberlo hecho, cuando el entumecimiento y el dolor no se dejaban sentir. Pero ya no le apetecía matar seres vivientes. Por primera vez, se le ocurrió pensar en que había estado destruyendo la vida de los pájaros que derribaba del cielo, y ya no disparaba ni siquiera a los pichones de barro.

Dos veces a la semana, hacía el largo viaje hasta Atlanta y el hospital, pero conducía lentamente, casi descuidado, sin tratar ya de apresurar nada.

Empezaba a hacer frío. Desaparecieron los grillotalpas que había en los campos situados detrás de la casa. ¿Habían desaparecido realmente, se preguntaba, o se recluían en alguna madriguera oculta para revivir de nuevo en la primavera?

Empezó a pensar en Dios.

Empezó a leer. Leía durante toda la noche, cuando no podía dormir, y durante casi todo el día, acabando por quedarse dormido sobre el libro al caer la tarde. Leyó en el News de Cypress que se iba a celebrar un servicio religioso judío, y asistió a él. Cuando empezaron a celebrarse servicios regularmente todos los viernes, Dick se convirtió en uno de los asistentes habituales. Sabía que la mayoría de la gente estaba enterada de que había vuelto de la universidad porque estaba enfermo. Todo el mundo le demostraba gran deferencia, y las mujeres flirteaban con él y le trataban maternalmente, asediándole con ofertas de refrescos en el Oneg *Shabbat*.

Pero no encontraba respuestas en los servicios. Quizá si tuviesen un dirigente religioso, pensó, un rabino que pudiera ayudarle a descubrir algunas de las respuestas… Por lo menos, un rabino podría decirle qué podía él, como judío, esperar de la muerte.

Pero, cuando el rabino llegó a Cypress, Dick vio que Michael Kind era joven y no parecía muy seguro de sí mismo. Aunque asistía puntualmente a todos los servicios celebrados en el templo, sabía que no podía esperar de un hombre tan común la clase de milagro que necesitaba.

Un domingo, sentado ante el aparato de televisión mientras esperaba a que comenzase el programa deportivo, Dick vio los diez últimos minutos de la función de Billie Joe Raye, transmitida en diferido. Vio a continuación a unos pescadores del lago Michigan cogiendo salmones a través del hielo y, luego, a bronceados hombres y doradas muchachas practicando el surf en Catalina, y se obligó a sí mismo a no pensar en el programa religioso anterior. Pero, el domingo siguiente, sin pensar reflexivamente en ello, se afeitó y se vistió cuidadosamente y, en vez de quedarse viendo la televisión, se introdujo con su coche en la hilera de vehículos que se dirigía hacia la carpa del curandero.

Permaneció sentado e inmóvil cuando Billie Joe preguntó por los que se habían

hecho adeptos de Jesús, pero aceptó firmar una tarjeta solicitando una entrevista personal con el curandero. Mientras, de pie en la cola, avanzaba lentamente hacia el escenario, observó a la gente que bajaba de la plataforma. Un hombre y, luego, una mujer arrojaron sus muletas en medio de una cacofonía de gritos triunfales, la mujer bailando realmente a lo largo del pasillo. Otros subían los escalones, lisiados, consumidos o delirantes, y no se advertía en ellos ningún cambio cuando bajaban los siete peldaños de madera situados al otro extremo de la plataforma. Una mujer dio dos vacilantes pasos y, luego, con los ojos brillantes, arrojó sus muletas, lanzando un grito. Dos minutos después, con el rostro contorsionado por el dolor, se arrastraba hacia el lugar en que habían caído las muletas. Pero no era ella, ni ninguno de los demás fracasos, lo que retenía la mente de Dick. Había visto el milagro de las manos de Billie Joe, y allí había nuevas pruebas.

Justamente delante de Dick, estaba una niña de diez años. Era sorda, y, después de haber rezado sobre ella, Billie Joe la volvió de cara a la multitud de modo que no pudiese ver los labios del curandero.

—Di «Te amo, Señor» —dijo a su espalda.

—Te amo, Señor —dijo la niña.

Billie Joe le cogió la cabeza con las dos manos.

—Ved lo que ha hecho Dios —dijo solemnemente a la multitud que aplaudía.

Ahora le tocaba el turno a Dick.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó el curandero.

Dick sintió el objetivo de la cámara fijo sobre su rostro como un ojo acusador, y vio la pequeña manivela que giraba sin cesar con ligero zumbido.

—Cáncer.

—Arrodíllate, hijo.

Vio los zapatos del hombre, de piel de cerdo color oscuro, los calcetines de seda, estirados como sólo las ligas pueden conseguirlo, y los dobladillos del pantalón, que parecía hecho a medida. Luego, la enorme mano del hombre le cubrió la cara y los ojos. Las puntas de los dedos se hincaron en sus pómulos y en su cuero cabelludo, y la palma de la mano, que olía al sudor de otras caras de tal modo que Dick sintió una ligera náusea, le oprimió la nariz y la boca, haciéndole echar hacia atrás la cabeza.

—Señor —exclamó Billie Joe, apretando los ojos—, este hombre está siendo devorado por los demonios de la corrupción. Célula a célula, le están devorando.

—Señor, muestra a este hombre que le amas. Salva su vida para que pueda ayudarme a realizar tu obra. Detén dentro de su cuerpo el progreso de la impura corrupción. Elimina la enfermedad con una oleada de tu amor e impide nuevos daños causados por el cáncer, el tumor u otra diabólica podredumbre.

—Señor…

Los dedos grandes, como salchichas y llenos de fuerza, se convirtieron en una

dolorosa garra sobre el rostro de Dick.

—¡Cúrale! —ordenó Billie Joe.

Extrañamente, aquella noche, ni durante el día siguiente, no sintió ningún dolor. Esto solía ocurrir a veces, y no se atrevió a albergar esperanzas hasta que pasó otro día y otra noche, y, luego, dos días más, unas vacaciones del sufrimiento.

Aquella semana, fue a Atlanta dos veces y se dirigió al hospital, donde dejó que un médico le insertara una cánula en las venas y esperó, mientras el gas mostaza goteaba en su corriente sanguínea. El domingo siguiente, volvió a la carpa y vio de nuevo a Billie Joe. Aquel martes no fue al hospital, ni tampoco el jueves. No recibió gas mostaza, pero el dolor continuaba ausente, y de nuevo empezó a sentirse fuerte. Rezaba mucho. Echado delante del fuego, rascándole a Redhead entre las orejas, prometió a Dios que, si le salvaba, se haría discípulo de Billie Joe Raye; y pasaba largas horas imaginándose a sí mismo dirigiendo reuniones de oración con la ayuda del Trompetero de Dios y de una muchacha. La cara de la muchacha cambiaba de un sueño a otro, y también el color de sus cabellos. Pero siempre era bien formada y hermosa, una muchacha a la que Billie Joe había salvado también y con la que Dick experimentaría la alegría de vivir para Dios.

Aquel domingo, después de la función, Dick se dirigió a uno de los ujieres.

—Quiero hacer algo para ayudar —dijo—. Efectuar una aportación, quizá.

El hombre le condujo a un pequeño despacho situado detrás del tabique divisorio. Era el tercero de la cola, y, cuando le llegó su turno, un hombrecillo rollizo, de rostro amable, le indicó dónde debía firmar para convertirse en «Amigo de la Salud por la Fe» y comprometerse a pagar seiscientos dólares durante los doce meses siguientes.

El martes siguiente, el médico telefoneó varias veces, comunicando a su tío Myron que Dick había interrumpido su tratamiento. Myron fue a la casa y hubo una escena entre los dos. Dick no quedó afectado por el incidente, diciéndose a sí mismo que, después de todo, era él quien estaba siendo salvado.

El sábado por la tarde, se desmayó. Al recuperar el conocimiento, apareció otra vez el dolor, más intenso que antes.

El domingo, había aumentado. Dentro de su pecho había algo que parecía empujar hacia el exterior, contra sus pulmones tal vez, haciéndole difícil la respiración. Se sentía débil.

Acudió a la reunión de la carpa, se sentó en la dura silla plegable de madera y rezó.

Al levantarse para aguardar su turno con el fin de entrevistarse con Billie Joe, se dio cuenta de que en la fila de atrás estaba sentado el rabino.

Al diablo con él, pensó. Pero, aun antes de acabar de pensarlo, estaba corriendo fuera de la carpa a través de la amplia zona de aparcamiento, con los codos torpemente levantados por el dolor que sentía bajo las costillas y notando una gran

pesadez en las piernas, que apenas podía levantar. Se daba cuenta de que no había realmente ningún sitio al que correr.

Cuando Michael llegó a la casa del muchacho, no había nadie en ella. Era una buena casa, anticuada, pero sólidamente construida. No estaba descuidada, pero parecía incompleta; era la clase de casa que debía haber sido ocupada por una gran familia.

Se sentó en los escalones que había en la puerta. Al poco rato, un setter irlandés que andaba como un león huraño dio la vuelta a la esquina y se acercó a unos pasos de él.

—Hola —dijo Michael.

El perro le miró sin moverse. Luego, aparentemente satisfecho, se aproximó más y se echó en uno de los escalones, apoyando su hocico pardo rojizo sobre la rodilla de Michael. Estaban así, rascando el rabino las orejas del perro, cuando llego el coche azul.

Durante unos momentos, Dick Kramer permaneció dentro del automóvil, mirándoles. Luego, salió y, cruzando el césped, se dirigió al porche.

—Esto le encantaba al chucho —dijo.

Saco del bolsillo un manojo de llaves y abrió la puerta. Sin esperar la invitación a hacerlo, el rabino y el perro le siguieron al interior.

El cuarto de estar era amplio y confortablemente amueblado más parecido a un cuarto de portero que a una salita de estar, con astas de ciervo sobre la gran chimenea de piedra y una vitrina de cristal en la que se veían varias escopetas.

—¿Una copa? —preguntó Dick.

—Si bebes tú también —dijo Michael.

—Oh, beberé. Dicen que un trago de vez en cuando es bueno para mis nervios. Tengo whisky. ¿Un poco de agua?

—Excelente.

Bebieron el licor y permanecieron sentados con los vasos vacíos en las manos. Luego Dick volvió a llenarlos.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Michael.

—Si quisiera hablar de ello, habría ido a verle, maldita sea. ¿No se le había ocurrido?

—Se me pasó por la imaginación —repuso, levantándose—. En ese caso, me voy. Gracias por la copa.

La voz del muchacho le detuvo en la puerta.

—Lo siento, rabbi. No se marche.

Volvió y se sentó. El perro se acurrucó a los pies de su amo y gimió suavemente. Michael cogió su vaso y bebió un largo trago. Al poco rato, Dick empezó a hablar.

Cuando terminó, hubo otro breve silencio.

—¿Por qué no acudiste a mí? —preguntó Michael, con humildad.

—Usted no tenía nada que ofrecerme —repuso Dick—. No lo que yo estaba buscando. Billie Joe, sí. Durante algún tiempo pareció como si lo hubiera conseguido. De haber sido cierto, no hay nada que yo no hubiese hecho por él.

—Creo que deberías volver a tu médico —dijo Michael—. Eso es lo primero.

—¿Pero no cree que deba volver a Billie Joe Raye?

—Eso es algo que sólo tú puedes decidir —respondió Michael.

Dick Kramer sonrió.

—Creo que si realmente hubiera podido creer, tal vez lo hubiera hecho. Pero mi escepticismo judío me mantenía apartado de él.

—No censures tu judaísmo. La medicina religiosa es un viejo concepto judío. Cristo fue miembro de los esenios, un grupo de santos hombres judíos que se consagraron a la tarea de curar. Y hace solamente unos años, los judíos enfermos de Europa y Asia recorrían largas distancias y soportaban grandes penalidades para ser tocados por las manos de rabinos que se suponía tenían grandes poderes curativos.

Kramer cogió la mano derecha de Michael, que sostenía el vaso. La levantó y miró los dedos encorvados en torno al cristal.

—Tóqueme —dijo.

Pero Michael movió la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Yo no puedo ayudarte de esa manera.

No tengo línea directa con Dios.

El muchacho sonrió y apartó de un empujón la mano del rabino. El licor se derramó por el borde del vaso.

—¿De qué manera puede ayudarme? —preguntó.

—Trata de no tener miedo —dijo Michael.

—Es algo más que tener miedo. Tengo miedo, lo reconozco.

Pero es saber todas las cosas que nunca haré. Nunca he poseído a una mujer. Nunca he ido a lugares lejanos. Nunca he hecho nada que deje en el mundo una huella de mi paso, nada que lo convierta en un lugar mejor de lo que era antes de llegar yo aquí.

Michael hizo un esfuerzo por pensar, lamentando haber bebido aquel licor.

—¿Has sentido alguna vez amor hacia alguien?

—Desde luego —murmuró Dick.

—Entonces, has incrementado el valor del mundo. Inconmensurablemente. En cuanto a la aventura, si lo que temes es verdad, pronto tendrás la mayor aventura que le es posible al hombre.

Dick cerró los ojos.

Michael pensó en su aniversario y en Leslie, que le estaba esperando, pero algo le retuvo en su silla. Se dio cuenta de que estaba contemplando los rifles de la vitrina y

una escopeta apoyada contra una esquina de la chimenea, de cuyo cañón emergía un trapo manchado de grasa. Estaba recordando una noche en Miami Beach, y al hombre que empuñaba una pistola alemana. Cuando levantó la mirada, Dick tenía los ojos abiertos y estaba sonriendo.

—No lo haré —dijo.

—Estoy seguro de ello —replicó Michael.

—Déjeme que le cuente una cosa —dijo Dick—. Hace dos años, yo tenía que salir a las marismas con un grupo de compañeros, que tenían allí un campamento de caza, para la apertura de la temporada del ciervo. Cuando llegó el momento, cogí un resfriado y les dije que no se preocuparan de mí. Pero, el día de la apertura, me entró el prurito de la caza y me levanté temprano, cogí el rifle y me adentré en los bosques, a no más de medio kilómetro de donde estamos sentados. Y, no me había separado de la carretera más de tres pasos, cuando vi un gamo y le descerrajé un tiro que le derribó. Cuando llegué a su lado, aún estaba vivo, así que saqué mi cuchillo de monte y le abrí la garganta. Pero continuaba con vida. Me miraba con sus grandes ojos oscuros, con la boca abierta y emit1endo sonidos que recordaban el balido de una oveja. Finalmente, apoyé el cañón del rifle en su cabeza y disparé. Pero, aun no estaba muerto, y yo no sabía qué otra cosa hacer. Le había herido muy cerca del corazón, le había disparado en la cabeza y le había cortado la garganta. No podía abrirle el vientre y despellejarle mientras todavía estuviera vivo. Y, mientras estaba allí tratando de decidirme a hacer algo, se incorporó y desapareció entre los árboles. Empezó a llover, y tardé dos horas en encontrarle en el lugar en que finalmente había caído muerto. Estuve a punto de coger una pulmonía.

—He pensado mucho en aquel viejo gamo —dijo.

Michael esperó hasta que llegó la mujer negra para preparar la cena del muchacho. Luego, se marchó, dejándole solo con el perro delante de la fría chimenea, bebiendo whisky.

Fuera, el aire era cortante y estaba lleno de un aroma dulzón. Se dirigió lentamente a casa, rezando y, al mismo tiempo, observando las sombras, las formas geométricas y las variaciones de color y tonalidad. En la casa, Leslie estaba de pie ante el fogón. Él se acercó y la rodeó con sus brazos, cogiéndole un pecho con cada mano y hundiendo el rostro en sus cabellos. Ella no opuso resistencia; luego, se volvió para besarle. Michael apagó el quemador del puchero y la empujó en dirección al dormitorio.

—¡Qué tonto eres! —rió ella—. La cena.

Pero él continuó empujándola hacia la cama.

—Por lo menos, déjame… —dijo ella, mirando hacia la mesa en donde guardaba el diafragma.

—Esta noche, no.

El pensamiento la excitó y dejó de forcejear.

—Vamos a tener un hijo —dijo, con los ojos relucientes a la débil luz que llegaba desde la cocina.

—Un rey de los judíos —dijo él, acariciándola—. Un Salomón.

Un Saul. Un David.

Ella se levantó para unirse a él, y, mientras Michael la besaba, estaba hablando.

—Un David no —pareció que dijo.

## 29

Los premios anuales de hermandad del templo Sinaí, dos bellas placas de madera de nogal recubiertas por una lámina de plata, llegaron en el correo de Atlanta. En una reunión de la junta directiva, se instó a Michael a que escribiera sin demora el discurso del Día de Hermandad.

—Estoy un poco turbado por la epidemia nacional de judíos que dan premios de hermandad a los *Goyim* —dijo Michael, pensativamente—. ¿Por qué los *Goyim* no dan nunca premios de hermandad a los judíos? O, mejor aún, ¿Por qué los judíos no dan premios de hermandad a otros judíos?

En el primer momento, los miembros de la junta parecieron desconcertados; luego, se echaron a reír.

—Usted escriba ese discurso, rabbi —dijo Schoenfeld—. Primero les damos una buena cena; después, usted les habla y yo entrego los premios.

Fijaron una fecha para la noche de un domingo, seis semanas después.

Dos días más tarde, mientras Michael se hallaba sentado en su estudio, puliendo su sermón para la semana siguiente, tuvo una visita.

Billie Joe Raye se sentó en el borde de la silla, con los pies apoyados en el suelo y el sombrero sobre los muslos. Sonrió.

—He pensado que ya era hora de que le hiciese una visita de cortesía como vecino, rabbi —dijo—. Le he traído un pequeño regalo.

Era un ejemplar del Nuevo Testamento en hebreo.

—Lo he mandado imprimir especialmente para nuestros amigos judíos —dijo Billie Joe.

—Bien —dijo Michael—. Gracias.

—El otro día me encontré con un joven amigo suyo en la calle.

Richard no sé cuántos.

—¿Kramer?

—El mismo. Me dijo que ya no iba a venir a verme más. Me dijo que usted y él tuvieron una larga conversación.

—En efecto.

—Un buen muchacho. Un muchacho excelente. Me da mucha pena. —Bajó la mirada y movió la cabeza—. Naturalmente, quisiera que comprendiese que yo no traté de obligarle a que acudiese a mis reuniones. Nunca le había visto antes de que fuera a mi carpa.

—Lo sé —dijo Michael.

—Sí. Bien sabe Dios que las personas como usted y como yo tenemos ya bastante trabajo sin necesidad de robarnos uno a otro el rebaño como dos negros disputándose unas gallinas.

Rió entre dientes, y Michael sonrió pensativamente mientras se ponía en pie para acompañarle a la puerta.

Transcurrieron tres semanas antes de que se obligara a sí mismo a pensar en los premios de hermandad. Durante los diez días siguientes, escribió tres borradores del discurso, trabajando lenta y laboriosamente. No se sintió satisfecho con ninguno de ellos y rompió los tres.

Dos días antes de la cena de la ceremonia, se sentó y escribió el discurso, rápidamente y con pocas correcciones. Era breve y conciso, pensó al releerlo. Y, con un estremecimiento de zozobra, llegó a la conclusión de que era justo.

Cuando fueron retirados los platos de postre y las tazas de café, se puso en pie y saludó a todos, a los miembros de su sinagoga, a los hombres que estaban siendo agasajados y a los eminentes gentiles sentados a la cabecera de la mesa.

—Cuando un clérigo llega a una ciudad extraña, siente preocupación por la atmósfera religiosa que va a encontrar —dijo.

—Debo confesar que yo estaba preocupado cuando llegué a Cypress.

—He aquí lo que encontré.

—Encontré una comunidad en la que las diversas Iglesias se comportan entre sí de una manera notablemente civilizada —añadió.

El juez Boswell miró a Nance Grant y sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Encontré una comunidad —prosiguió Michael— en la que los baptistas permiten a los judíos utilizar su iglesia, y en la que los metodistas compran bonos para las obras sociales de los baptistas.

—Encontré una comunidad en la que los episcopalinos respetan a los congregacionalistas, y en la que los luteranos trabajan en armonía con los presbiterianos.

—Encontré una comunidad que reconoce el Sabbat y lo tiene en muy alta estima. Una comunidad en la que todo hombre es animado a rendir culto a Dios a su propia manera.

El juez Boswell levantó las cejas en dirección a Dave Schoenfeld e inclinó la cabeza lenta y aprobadoramente, adelantando ligeramente el labio inferior, como hacía en el tribunal mientras escuchaba el justo veredicto de un jurado.

—Encontré que, en Cypress, la hermandad fluye desde una denominación a otra, como pozos de agua dulce otorgada por Dios que están conectados entre sí por túneles fabricados por el hombre —siguió diciendo Michael.

—Pero encontré también una cosa sorprendente.

—Estos túneles excluyen de su red casi al sesenta por ciento de la población de esta comunidad.

El juez Boswell, sonriente, se había llevado a los labios un vaso de agua. Cuando

volvió a dejarlo sobre la mesa, la sonrisa continuaba todavía en su rostro, como pintada sobre él. Fue desvaneciéndose lentamente, como una flor que se cierra.

—En Cypress, la hermandad es como una sustancia química selectiva que se desvanece, ¡puf! cuando entra en contacto con una piel de color —dijo Michael.

—Esta es mi impresión del macrocosmos.

—En cuanto al microcosmos, conozco bien a mi propia congregación.

—Consideremos a las cincuenta y tres familias que forman el templo Sinaí de Cypress, Georgia.

—Tres miembros de esta congregación poseen establecimientos que se niegan a vender alimentos o bebidas a todo hombre, mujer o niño cuya piel no sea tan blanca como lo era la piel de la mujer de Moisés.

—Dos miembros de esta congregación poseen negocios que rehúsan dar cobijo y alojamiento a una persona de color.

—Varios de nuestros miembros venden artículos de mala calidad a los negros, estipulando el pago aplazado y recargando por ello el precio en una cuantía que mantiene constantemente en deuda a sus clientes.

—Uno de nuestros miembros es propietario de un periódico que identifica a cada persona por el título de señorita, señora o señor, a no ser que tenga la piel de color.

—La congregación entera patrocina una línea de autobuses que obliga a los negros a sentarse en la parte posterior o permanecer de pie mientras hay asientos vacíos en la parte delantera.

—Esta congregación vive en una ciudad en la que existe un distrito negro, la mayoría de cuyas viviendas alquiladas deberían ser derribadas y vueltas a edificar por razones de salubridad.

—Esta congregación ayuda a mantener un sistema educativo en el que los niños negros son enviados cada mañana a escuelas miserables que suponen un desafío a la supervivencia de las mentes ávidas de conocimientos.

Hizo una pausa.

—¿Qué diablos…? —dijo Sunshine Janes el sheriff.

—Nos hemos reunido hoy para otorgar a dos eminentes miembros de la comunidad unos premios de hermandad —continuó Michael—. Pero ¿Poseemos nosotros títulos suficientes para concederlos?

—El acto de otorgarlos implica que nosotros mismos nos encontramos en un estado de hermandad.

—Yo os digo con toda seriedad que no es así. Y, hasta que nosotros mismos logremos la hermandad, no creo que seamos capaces de reconocerla en los demás.

—Aplaudo la intención de lo que nos hemos propuesto hacer aquí hoy. Sin embargo, como pone de relieve el único y grandísimo peligro que amenaza a nuestras almas humanas en los días y los años futuros, me veo obligado a manifestar una

solemne advertencia. Mientras no podamos mirar al negro y ver en él al Hombre, estamos marcados con el signo de Caín.

—Dostoievski dijo: «Mientras no os convirtáis real y verdaderamente en hermanos los unos para los otros, no existirá la hermandad».

Dos cosas percibió con claridad mientras abandonaba el *Bemá*. Una, la mirada que brillaba en los ojos del juez Boswell. La otra, el sonoro y solitario aplauso de su mujer, que formaba como un faro de sonido para guiarle hasta el hogar.

Dos noches después, Ronnie y Sally Levitt rompieron el muro de silencio que el resto de la comunidad había edificado en torno a los Kind.

—Debo admitir —dijo Ronnie Levitt— que yo estaba de acuerdo con todos los demás hasta hace unas horas. Después de todo, con mi dinero se compró y pagó esos malditos premios. Tiene usted que recordar que Cypress no es Nueva York —manifestó a Michael—. No, tampoco es Atlanta o Nueva Orleans. En esas grandes ciudades se podría, tal vez, mezclar a la gente y conservar todavía una oportunidad. Si aquí mezclamos a la gente, ya podemos ir cerrando nuestros negocios. Y no estamos dispuestos a dejar que usted nos prive de nuestro sustento.

—Me hago cargo, Ronnie —dijo Michael.

—Ahora bien, yo creo que todo esto puede arreglarse si usted actúa con habilidad. No creo que deba excusarse, como dicen algunos. Eso no haría más que empeorar las cosas. Explicaremos privadamente que es usted joven y procedente del norte y que de ahora en adelante vigilará cuidadosamente lo que dice, y tal vez acabe olvidándose el asunto.

—No, Ronnie —dijo Michael con suavidad.

Sally Levitt rompió a llorar.

Lo dejaron casi todo en la casa y sólo se llevaron consigo unas pequeñas maletas.

—Hace demasiado calor para ir conduciendo todo el camino —dijo Michael.

Habían ahorrado algo de dinero, y Leslie se mostró de acuerdo. Fueron en coche hasta Atlanta y allí cogieron el avión para Nueva York.

El rabino Sher suspiró al oír su relato.

—Nos haces muy difícil la vida a todos —dijo—. Si por lo menos estuvieses equivocado… —Le prohibió a Michael reanudar las clases—. Si no tienes cuidado, te pasarás toda la vida enseñando hebreo a los niños —añadió—. ¡Y qué horrible paz disfrutaría todo el mundo fuera de su clase!

Después de tres semanas de entrevistas, Michael fue a California para predicar un sermón como invitado. Luego, fue contratado como rabino del templo Isaías, de San Francisco.

—Allí, todos son inconformistas, y está a mil quinientos kilómetros de distancia de este despacho —dijo el rabino Sher—. Deberías quedarte allí hasta que te llegue la muerte en tu ancianidad.

Volvieron en avión a Augusta y entraron en Cypress conduciendo el Plymouth azul, exactamente once meses y dieciséis días después de haber llegado por vez primera a la ciudad.

La casa de Piedmont Road estaba tal como la habían dejado tres semanas antes.

Empaquetaron sus libros. Michael llamó a las oficinas del Railway Express y dispuso el traslado a California de la mesa y los libros. Habían comprado una alfombra y una lámpara y, después de mucha discusión, expidieron la alfombra y dejaron la lámpara.

—Voy a limpiar mi despacho del templo —dijo Michael a Leslie.

Lo primero que observó al aparcar su coche ante el templo Sinaí fueron los restos de la cruz que yacía sobre el césped. Salió del coche y la estuvo mirando largo tiempo. Luego, abrió la puerta. No había ni rastro de Joe Williams, el shamus. Michael supuso que Williams no encontraría muy agradables las faenas de limpieza después del paso del Ku Klux Klan o su equivalente. Encontró en el cobertizo un rastrillo y una azada; retiró cuidadosamente las cenizas y los chamuscados trozos de madera, cargó los despojos en una carretilla y los echó en el ya lleno cubo de basura que había en el patio trasero. Después, volvió a la parte delantera e inspeccionó lo que quedaba. Evidentemente, la parte superior de la cruz se había consumido antes de que toda la llameante estructura hubiera caído y ardido en el suelo. El resultado era una cicatriz en forma de T marcada en negro sobre el césped. Cada uno de los brazos de la T tenía tres metros y medio de longitud. Michael hundió la azada en el suelo y empezó a levantar el césped a lo largo de las líneas quemadas. Era un césped viejo, con una profunda capa de raíces entrecruzadas que cedía como una esponja antes de que pudiera cortarlo el filo de la azada. Al poco, comenzó a sudar.

Un Chevrolet verde, viejo, pero limpio y reluciente, se acercó lentamente. Tres casas más allá del templo, el conductor detuvo el coche y, luego, hizo marcha atrás. Se apeó de él un hombre muy negro que, subiéndose las mangas de su camisa azul, se apoyó en el guardabarros delantero. Era alto, delgado y con una incipiente calva. El pelo que le quedaba tenía una tonalidad gris. Contempló unos minutos a Michael en silencio y, luego, carraspeó.

—Lo malo de eso —dijo— es que los sitios que usted ha levantado tendrán que ser sembrados otra vez. Luego, quedarán con un verde más claro que el resto de la hierba. La cruz continuará ahí.

Michael se detuvo y se apoyó en la azada.

—Tiene razón —dijo, frunciendo el ceño. Miró a la T—. ¿Por qué no uno las puntas? —preguntó—. Así no quedará más que un triángulo verde.

El hombre asintió con la cabeza. Metió la mano por la ventanilla del coche, cogió las llaves del encendido, abrió la trasera del coche y sacó una azada. Se acercó al lugar donde había sido quemada la cruz y empezó a hincar la hoja en el césped.

Trabajaron juntos en silencio hasta que quedó completado el triángulo. Por el rostro del negro corrían pequeñas gotas de sudor que hacían brillar oscuramente su piel. Sacó un pañuelo del bolsillo posterior del pantalón y se secó cuidadosamente la cara, el cuello, la calva, el pequeño círculo de pelo y, luego, las palmas de las manos.

—Me llamo Lester McNeil —dijo.

Michael le tendió la mano, y se dieron un firme apretón.

—Yo me llamo Michael Kind.

—Sé quién es usted.

—Gracias por su ayuda —dijo Michael—. Ha hecho usted un buen trabajo.

El hombre agitó una mano.

—No tiene nada de particular. Soy jardinero de oficio. —Bajó la vista hacia el triángulo—. Voy a decirle una cosa —agregó—. Ahora, lo único que nos hace falta es añadir tres puntas más y convertir esto en una de esas estrellas de ustedes.

—Una estrella de David, sí —dijo Michael.

Se pusieron de nuevo a trabajar, y pronto quedó terminada.

McNeil se dirigió a su coche y regresó con una caja de cartón llena de paquetes de semillas.

—Las compro a precio de coste —dijo—. No es una tierra muy buena. Muchas no prenderán, pero otras sí. ¿Qué clase de flores plantamos?

Hicieron el centro de la estrella con verbenas blancas y las seis puntas con alisos azules.

—Un poco tarde para que empiecen a brotar —dijo McNeil—. Pero supongo que saldrán perfectamente si les echa usted mucha agua.

—Yo no estaré aquí —dijo Michael.

—Algo de eso habíamos oído —dijo McNeil—. Bueno, quizá llueva mucho. —Volvió a llevar la azada y las semillas al coche—. Voy a decirle una cosa —añadió—. Me dejaré caer de vez en cuando por aquí para echarles un poco de líquido.

—Será estupendo —dijo Michael. De pronto, se sintió animado—. Tal vez estemos inaugurando una costumbre. En todo lugar donde sea quemada una cruz, brotará un macizo de flores.

—Será bueno para mi negocio —dijo McNeil—. Y, a propósito, ¿Qué le parece si tomamos un trago? Cuando trabajo se me seca la garganta.

—Desde luego —asintió Michael.

En la cocina, miró en el frigorífico, pero sólo encontró media botella de naranjada que había quedado de un *Bar misvá* celebrado hacía seis semanas. Estaba pasada.

—Me temo que no va a haber más que agua —dijo, vertiendo la rancia naranjada por la fregadera.

—Nunca he bebido nada con burbujas, excepto una botella de cerveza todas las noches después de trabajar para desempolvar la garganta —dijo McNeil.

Dejaron correr el agua del grifo hasta que salió fresca. Luego, Michael bebió dos vasos y McNeil cuatro.

—Espere un momento —dijo Michael.

Se dirigió al *Bemá*, apartó la cortina de terciopelo negro que había detrás del facistol y sacó media botella de oporto.

Echó un poco en cada uno de sus vasos. Los entrechocaron y se sonrieron el uno al otro.

—*Lejáyim*! —dijo Michael.

—No sé lo que ha dicho, pero el doble por mi parte —dijo McNeil.

Volvieron a chocar los vasos y se bebieron de un trago los tres dedos de Manischewitz puro y caliente.

Cuando llegó el momento de marcharse, Leslie fue a ver a Sally Levitt. Las dos se echaron la una en brazos de la otra y lloraron y prometieron escribirse. Ronnie no salió, ni tampoco nadie más. A Michael no se le ocurría pensar en nadie a quien quisiera realmente ver, excepto Dick Kramer, y se dirigieron a su casa al salir de la ciudad. Estaba cerrada y tenía corridas las persianas. Una nota clavada en la puerta rogaba que el correo fuese remitido a Myron Kramer, calle de Laurel, 29, Georgia.

Con Leslie al volante, pasaron por delante de la estatua, mancillada por las palomas, del general Thomas Mott Lainbridge, por el distrito negro, enfilaron la autopista, dejaron atrás la carpa de Billie Joe Raye y salieron de los límites de la ciudad.

Michael apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y se durmió. Cuando despertó, habían salido ya de Georgia. Permaneció largo rato en silencio, contemplando el paisaje de Alabama que desfilaba lentamente ante sus ojos.

—No fue acertada la manera de abordar el problema —dijo, finalmente.

—Olvídalo. Ya ha pasado —le aconsejó Leslie.

—Nunca debí haberlo atacado de frente. Si hubiera tenido un poco más de tacto, podríamos habernos quedado allí y haberlo ido socavando lentamente a lo largo del tiempo.

—De nada sirve pensar en lo que podría haber sido —dijo ella—. Es asunto terminado. Tú eres un buen rabino, y estoy orgullosa de ti.

Guardaron silencio durante varios kilómetros. Luego, ella empezó a reír entre dientes.

—Me alegro de que nos hayamos marchado —dijo.

Y le contó cómo se había comportado con ella Dave Schoenfeld la noche en que había llovido tanto.

Michael golpeó el salpicadero del coche con la palma de la mano.

—No lo habría intentado con la mujer del rabino, si tú hubieras sido una muchacha judía —dijo.

—Soy una muchacha judía.

—Sabes lo que quiero decir —replicó él al cabo de un rato.

—Demasiado bien —dijo ella.

La cuestión quedó establecida entre ellos, como un pasajero no invitado y odiado, y durante casi dos horas intercambiaron sólo breves y contadas frases. Luego, después de detenerse en un surtidor de gasolina de las afueras de Anniston para que ella pudiera ir al cuarto de baño, Michael se puso al volante y, cuando estuvieron de nuevo en la carretera, le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí. Al poco rato, Leslie le dijo que iba a tener un hijo, durante los treinta kilómetros siguientes, de nuevo permanecieron en silencio. Pero esta vez se trataba de una clase distinta de silencio. Michael seguía enlazándola con el brazo, aunque se le había quedado dormido hacía tiempo, y Leslie apoyaba su mano izquierda, con los dedos extendidos, en el muslo de él, en una especie de ofrenda de amor.

# TERCERA PARTE

LA EMIGRACION

# 30

*Woodborough, Massachusetts*
*Diciembre de 1964*

La ayudante a quien llamaban señorita Beverly era una muchacha enérgica y vivaz que trabajaba en el hospital para pagarse los gastos del Sargent College de Educación Física, de la Universidad de Boston. Tenía una gran fe en la importancia del ejercicio. Con el permiso del doctor Bernstein, se había llevado a Leslie y a una paciente llamada Diane Miller a dar un largo paseo por el campo. Incluso se habían cogido de las manos y jugado un poco, así que, al volver al hospital, tenían frío, estaban contentas y se hallaban dispuestas a tomar el chocolate caliente que Beverly les había prometido preparar.

Leslie se disponía a quitarse el abrigo cuando la mujer llamada Serapin se abalanzó sobre la señora Birnbaum, chillando como una gata. Vieron alzarse y descender por dos veces su brazo, en cuya mano cerrada relucía bajo la amarillenta luz la pequeña hoja de acero; luego, vieron la increíble mancha roja que se extendía por el suelo y oyeron el estremecedor gemido de la señora Birnbaum.

La señorita Beverly había agarrado de la muñeca a la señora Serapin y le retorcía el brazo por detrás de la espalda como un luchador de la televisión, pero la señora Serapin era mucho más alta y no soltaba la navaja. Finalmente, Beverly empezó a gritar, y comenzaron a acudir enfermeras de todas partes. Rogan, la enfermera de noche, llegó corriendo con la otra ayudante desde el cuarto de guardia, y Peterson acudió a toda velocidad desde el vestíbulo, con los ojos desencajados y el rostro de color de crema agria.

La señora Birnbaum siguió gritando y llamando a un tal Morty, y la señora Serapin continuó chillando. En el forcejeo con ella alguien había pisado la sangre del suelo, de tal modo que una extensa zona del mismo se hallaba cubierta de huellas rojas, como un absurdo diagrama de Arthur Murray.

Leslie sintió que se mareaba. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, que Peterson había dejado entornada. Al llegar a ella, se detuvo. Sólo la estaba mirando Diane Miller. Leslie le dirigió una sonrisa tranquilizadora; luego, salió de la sala y cerró la puerta tras de sí.

Cruzó el vestíbulo, pasó por delante de la mesa donde debía haber estado sentada Peterson leyendo su revista de televisión y entró en el pequeño recinto existente entre la puerta del vestíbulo y la puerta exterior. Permaneció allí, en la oscuridad, aspirando el fresco aire que penetraba por debajo de la puerta exterior, esperando que llegara alguien para decirle que no debía estar allí.

Pero no llegó nadie.

Al cabo de unos minutos, abrió la puerta exterior y salió.

Daría otro paseo, esta vez sola, se dijo a sí misma.

Caminó por la larga y serpenteante carretera, dejando atrás la puerta de la verja y los dos pequeños leones sedentes de piedra con anillos de hierro en las narices. Respiraba profundamente, aspirando por la nariz y espirando por la boca, como la señorita Beverly insistía que debían hacer.

Ya no se sentía mareada, pero estaba cansada por el ejercicio anterior y por la tensión. Cuando llegó a la parada del autobús, se sentó a descansar en el banco existente en el iluminado compartimiento instalado por la compañía de autobuses.

Al poco rato, llego un coche, se detuvo, y una agradable mujer bajó la ventanilla y le preguntó si podía rescatarla del frío.

Leslie se levantó. La mujer le dijo que eran de Palmer y que el servicio de autobuses no era precisamente el mejor del mundo. Les encantaría llevarla a la ciudad, dijo la mujer.

Eran las once menos cuarto cuando salió de su coche. La calle Mayor de Woodborough no estaba muy animada a aquella hora. El restaurante Maneyés y el bar estaban abiertos, brillaba una luz en el escaparate de la YWCAI y estaba iluminada la estación de autobuses, pero los escaparates de las tiendas situadas a ambos lados de la calle se hallaban a oscuras.

Entró en el bar y pidió un café. La gramola automática sonaba a pleno volumen, y, detrás de ella, se hallaban sentados tres muchachos, golpeando la mesa con las manos al compás de la música.

—Llámala, Peckerhead —dijo uno de los muchachos.

—No.

—Seguramente te está esperando.

«Animo, Peckerhead, llámala, sal con una chica esta noche», pensó Leslie. Eran sólo un poco mayores que Max.

Llego el café en una taza exactamente igual que las del hospital; hasta el color era el mismo. Pensó en coger un taxi y volver al hospital, pero comenzaba a sentirse asustada ante la idea de que se había escapado. Se preguntó qué diría el doctor Bernstein.

—Llámala, Peckerhead. Eres un gallina, si no lo haces.

—Yo no soy un gallina.

—Bueno, pues llámala.

—¿Tienes un dime?

Evidentemente, le dieron la moneda, porque oyó levantarse al muchacho a su espalda. Sólo había un teléfono en el establecimiento, y todavía lo estaba utilizando cuando Leslie terminó el café. Pero había una cabina telefónica en la calle, delante del edificio de la YWCA y se dirigió hacia ella, después de asegurarse de que tenía un

dime en el monedero con el que llamar a Michael.

Pero, en el último momento, en vez de entrar en la cabina telefónica, pasó de largo y penetró en el edificio de la YWCA.

Una muchacha con pelos que parecían una peluca de los Beatles se hallaba sentada en la recepción, rascándose la cabeza con el extremo de un lápiz amarillo, mientras se inclinaba sobre un libro muy grueso que solamente podía ser un libro de texto.

—Buenas noches —dijo Leslie.

—Hola.

—Quisiera una habitación. Sólo para pasar la noche.

La muchacha le tendió una hoja de registro, y Leslie la rellenó.

—Son cuatro dólares.

Abrió su bolso. En el hospital, los gastos se pagaban directamente en administración. Los pacientes utilizaban vales. De vez en cuando, Michael le daba un par de dólares para la máquina de café y para comprar periódicos. En el bolso había tres dólares y 62 centavos.

—¿Puedo pagarle mañana con un cheque?

—Desde luego. O puede dármelo ahora.

—No puedo. No he traído el talonario.

—Oh —la muchacha apartó la vista—. Verá… No sé. Nunca me ha ocurrido esto antes.

—Soy miembro de la asociación. El año pasado estuve en las clases de gimnasia de la señora Bosworth —dijo Leslie, sonriendo—. Soy perfectamente respetable.

Rebuscó en el bolso y encontró su carnet de miembro de la asociación.

—Oh, estoy segura de eso —dijo la muchacha, examinando la tarjeta—. Lo único que pasa es que si usted se olvidara me despedirían, ¿Comprende? O tendría que pagar yo misma la habitación, lo cual está realmente fuera de mis posibilidades.

Sin embargo, le tendió una llave a la que iba unida una etiqueta con un numero.

—Gracias —dijo Leslie.

La habitación era pequeña, pero muy limpia. Colgó el vestido en el armario y se acostó en ropa interior. Se sentía muy agradecida a la muchacha de la recepción. A la mañana siguiente, lo primero que tenía que hacer era llamar a Michael, pensó soñolientamente.

Pero, a la mañana siguiente, el más absoluto silencio reinaba en la habitación; no había ninguno de los ruidos matutinos del hospital que la despertaban todos los días; así que permaneció durmiendo casi hasta las nueve.

Cuando abrió los ojos, continuó tendida en el cálido lecho y pensó en lo bueno que era no tener que sufrir un tratamiento de electroshock, que sabía era lo que habría sucedido aquella mañana si hubiera estado en el hospital.

Cuando fue a devolver la llave, en la recepción había una mujer madura de ojos dulces y cabellos blancoazulados.

Una vez fuera del edificio, llamó a un taxi. En vez de decirle al chofer que la llevara al hospital, le dio la dirección de su casa.

«Soy una fugitiva», pensó mientras subía al coche. La idea debía haberla aterrorizado, pero era tan absurda que le hizo sonreír.

La casa estaba silenciosa y desierta. Encontró la llave donde la dejaban siempre, en el pequeño reborde de la puerta trasera. Entró, se cepilló los dientes, se bañó y, luego, una vez que se hubo cambiado de ropa, se preparó un opíparo desayuno a base de huevos, bollos y café y se lo comió todo, sin dejar una migaja.

Sabía que tenía que volver al hospital, que casi había terminado su estancia allí, pero la idea le resultaba desagradable.

«Deberían tener previstas vacaciones de una semana para los pacientes que hubieran de permanecer mucho tiempo», pensó.

Cuanto más consideraba la idea, más atractiva le resultaba. En el tercer cajón de su cómoda, debajo de sus bragas, encontró el talonario de cheques de la cuenta en que tenía el dinero de tía Sally. Metió unas cuantas cosas en una maleta y, luego, escribió Te quiero en una hoja de papel, que colocó en la cómoda de Michael, sobre sus camisas blancas.

Llamó luego a otro taxi y dijo al chofer que la llevase a la ciudad. Después de pagar le quedaban once centavos, pero en el banco retiró casi seiscientos dólares.

En la YWCA averiguó que la joven empleada de noche se llamaba Martha Berg y dejó, para que se lo entregaran, un sobre conteniendo un billete de diez dólares.

Se le ocurrió pensar que la nota que le había dejado a Michael era muy poco tranquilizadora, por lo que se detuvo en la Western Union y le envió un telegrama.

El primer autobús que salía de la estación iba a Boston. Subió al vehículo y pagó el billete. No deseaba realmente ir a Boston, pero no había reflexionado sobre ello, no sabía en realidad adónde quería ir. Era un viejo autobús rojo. Se sentó en la parte izquierda, dos asientos detrás del chofer, tratando de decidirse entre Grossinger y un viaje a Miami.

Pero cuando el autobús llegó a Wellesley, se levantó y tiró del cordón. El chofer tenía una expresión hosca cuando ella le entregó el billete.

—Está pagado hasta Boston —dijo—. Si quiere rembolsarse la diferencia, tendrá que escribir a la compañía.

—No tiene importancia.

Bajó y caminó lentamente por la calle Mayor contemplando los escaparates de las tiendas. Cuando llegó a la estación del ferrocarril, tenía el brazo muy cansado. Entró y dejó la maleta en un armario de veinticinco centavos. Luego, desembarazada, se dirigió a los terrenos de la universidad.

Había muchas cosas nuevas, pero otras estaban exactamente igual. Continuó andando hasta llegar a Severance, y entró. Sólo se veían unas cuantas chicas; a aquella hora, la mayor parte de las muchachas tenían clase en alguna parte. En el segundo piso, se dirigió sin vacilar a la puerta de la derecha, como si hiciera solamente media hora que había salido para ir a la biblioteca.

En cierto modo, había esperado que no hubiese contestación a su llamada, y cuando la muchacha abrió la puerta, se quedó un momento sin saber qué decir.

—Hola —logró articular al fin.

—Hola.

—Siento molestarte. Hace mucho tiempo ocupé esta misma habitación y pensé que sería divertido volver a verla.

La muchacha era china. Vestía un camisón corto, y sus piernas, gruesas y musculosas, eran como columnas de marfil.

—Pase, por favor —dijo.

Cuando Leslie entró, cogió una bata del armario y se la puso.

El mobiliario era distinto, desde luego, y los colores, completamente diferentes. En realidad, no parecía la misma habitación. Se acercó a la ventana, y el panorama que desde ella se divisaba la hizo retroceder realmente en el tiempo. El lago Waban no había cambiado. Estaba helado y cubierto de nieve, y, cerca de la orilla, donde la nieve había sido retirada, unas cuantas muchachas patinaban sobre el hielo.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí? —preguntó cortésmente la muchacha.

—Dos años —sonrió—. ¿Siguen atascándose y desbordándose los retretes?

La muchacha pareció desconcertada.

—No. La instalación de fontanería parece ser muy buena.

Leslie experimentó de pronto la impresión de que se estaba portando como una tonta. Estrechó la mano de la muchacha y comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—¿No quiere quedarse a tomar una taza de café? —preguntó la muchacha. Leslie se dio cuenta de que sentía alivio al verse libre de ella, le dio las gracias y salió de la habitación.

«El viejo Grad —pensó—. ¡Uf!».

Había un edificio nuevo, el Centro de Arte Jewett. Entró y vio que tenía una buena sala de exposiciones. Había un pequeño Rodin y un pequeño Renoir, así como un busto en piedra de Baudelaire, con grandes ojos ciegos que le agradaron. Pasó largo rato delante de un San Jerónimo de Hendrik van Somer. El cuadro representaba a un anciano de rugosa piel, cabeza calva, nariz ganchuda, barba larga y feroces ojos, los ojos más feroces que ella había visto jamás.

Pensó inmediatamente en la forma en que Michael describía a su abuelo.

Pasó a la otra ala del edificio y, nada más cruzar la puerta, se dio cuenta exactamente de dónde se encontraba.

Allí estaba la vieja Galen Stone Tower, y el patio y los árboles y los bancos de piedra, la mayoría de ellos cubiertos de nieve. Se sentó en el único que estaba limpio, de frente a Severance Hill, en la que una solitaria patinadora tropezó y cayó al suelo. Recordó cómo estaba la colina en mayo, el Día del Árbol, cuando Debbie Marcus hacía el papel de virgen vestal cubriéndose con una sábana.

Un hombre vestido con un gabán negro y una mujer con abrigo gris de cuello de piel de zorro salieron del edificio de la administración. El colorado rostro del hombre hizo pensar a Leslie, aun sin saber nada de él, que se trataba de un bebedor empedernido.

—Parece que éste es el único banco limpio de nieve —dijo la mujer a su marido.

—Hay sitio de sobra —dijo Leslie, corriéndose hacia un lado.

El hombre se sentó al otro extremo del banco, y la mujer lo hizo en el centro.

—Hemos venido a ver a nuestra hija —dijo la mujer—. Una visita sorpresa —añadió, mirando a Leslie—. ¿Usted también ha venido a visitar a alguna de las chicas?

—No —respondió Leslie—. He estado viendo el museo.

—¿En qué edificio está el museo? —preguntó el hombre.

Leslie se lo señaló.

—¿Es todo de ese arte moderno? —preguntó el hombre—. ¿Desperdicios de chatarrería y trapos pintarrajeados puestos dentro de un marco?

Antes de que Leslie pudiera contestar, llegó corriendo por el sendero una muchacha morena que llevaba pantalones azules y un Jersey.

—¿Cómo estáis? —dijo, besando a la mujer en la mejilla.

El hombre y la mujer se pusieron en pie.

—Queríamos darte una sorpresa —dijo la mujer.

—Bueno, pues me la habéis dado. —Los tres empezaron a alejarse por el sendero —. La cuestión es que tengo un invitado que se hospeda en la posada hasta mañana. Jack Voorsanger, el amigo del que os escribí.

—Nunca he oído hablar de ningún Jack Voorsanger —dijo el hombre—. Bueno, ¿Por qué no podemos visitarle juntos?

—Claro que podemos —repuso alegremente la muchacha.

Se alejaron. La muchacha hablaba animadamente y sus padres se inclinaban hacia ella escuchándola.

Leslie levantó la mirada hacia la torre y recordó el carrillón, cómo tocaba por las mañanas y antes y después de la cena. Siempre terminaba con la misma canción. ¿Cómo se llamaba? No podía recordar el título. Permaneció un rato sentada, deseando que tocara en aquellos momentos; luego, se puso de pie, recordando lo que le dijo el primer muchacho que la había besado. Era un chico alto y estudioso, alumno destacado en la escuela dominical de su padre, y ella le había dicho,

lamentándose, que no lo había encontrado particularmente agradable ni desagradable, a lo que él había repuesto, enfadado: «¿Pues qué esperabas? ¿Un repique de campanas?».

Volvió a la estación del ferrocarril y cogió su maleta; luego, sacó un billete, y, al cabo de unos veinte minutos, llegó un tren, casi con el mismo aspecto que cuando ella solía tomarlo para ir a casa en vacaciones, pero un poco más sucio, como les ocurría ahora a todos los trenes. Inmediatamente después de que el revisor le taladrara el billete, se quedó dormida. Durmió intermitentemente, y cuando se despertó por última vez estaban ya a ocho minutos de Hartford. Entonces ella recordó, con una pequeña sensación de triunfo, el título de la canción; era El cambio de reina.

Leslie y su padre intercambiaron sus estupefactas miradas cuando él abrió la puerta en respuesta a su llamada. El estaba asombrado de su presencia, y ella se había quedado atónita ante el aspecto que ofrecía su padre. Llevaba una camisa azul marino y unos arrugados pantalones negros manchados de líneas blanquecinas y pequeños pegotes de algo que tal vez fuese cera. Sus blancos cabellos aparecían en desorden.

—Bien —dijo él—. Pasa. ¿Estás sola?

—Sí.

Pasó por delante de él y entró en el saloncito.

—Muebles nuevos —dijo.

—Los compré yo mismo. —Cogió su abrigo y lo colgó en el armario.

Durante unos embarazosos momentos, quedaron en pie el uno frente al otro.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó ella, mirando de nuevo a las ropas que llevaba.

—¡Oh, Dios mío!

Dio media vuelta y se alejó apresuradamente en dirección a la cocina. Leslie le oyó abrir la puerta del sótano y bajar luego las escaleras. Le siguió.

Era un sótano cálido y seco, brillantemente iluminado, porque él había encendido todas las luces. En una enorme olla de hierro fundido relucían unas brillantes brasas, sobre las cuales había otro puchero lleno de algo espeso que hervía y burbujeaba.

—Tengo que vigilar esto —dijo—. Dejarlo desatendido es casi provocar un incendio.

De una bolsa de papel oscuro sacó un puñado de cabos de vela y los echó en el puchero pequeño. Contempló ansiosamente cómo se fundían y, luego, fue extrayendo los pabilos con una horquilla.

¿Senilidad?

Leslie se repitió la pregunta, sin dejar de mirarle atentamente.

«Desde luego, alguna especie de cambio de personalidad», se dijo.

—¿Qué haces con eso? —le preguntó.

—Fabrico cosas. Mis propias velas. Y otras cosas en moldes.

¿Quieres que te haga tus manos?

—Sí.

Complacido, usó dos hierros para sacar del fuego la cera fundida. Después, cogió un bote de vaselina del cajón de un armario y la miró atentamente mientras ella, siguiendo sus instrucciones, se untaba abundantemente las manos y los antebrazos con la viscosa gelatina. Entretanto, no dejaba de echar ansiosas miradas al puchero. Finalmente, movió la cabeza.

—Mételas dentro. Si se enfría demasiado, no se podría hacer.

Leslie titubeó mientras miraba a la cera caliente.

—¿No quemará?

Él movió la cabeza.

—Para eso es la vaselina. No dejaré que las tengas dentro el tiempo necesario para que te quemes.

Leslie hizo una profunda inspiración y hundió las manos en la cera. Las sacó al cabo de un momento y vio que tenía las manos recubiertas de gruesos guantes de cera. La cera estaba todavía muy caliente, pero sentía cómo se iba enfriando y endureciendo, al mismo tiempo que notaba el calor y la suavidad de la vaselina que se iba derritiendo, la más extraña combinación de encontradas sensaciones. Se preguntó cómo iba a quitarle de las manos aquella envoltura de cera sin romperla, empezó a reír entre dientes.

—Es tan impropio de todo esto… —dijo, y él sonrió.

—Supongo que sí. Cuando uno se hace viejo necesita hacer cosas extrañas.

Llenó de agua un cubo, utilizando alternativamente agua caliente y fría, mientras comprobaba la temperatura del agua del cubo con las puntas de los dedos.

—Deberíamos haber hecho esto juntos cuando yo tenía ocho años —dijo Leslie, buscando con sus ojos los de su padre—. Me habría encantado.

—Bueno… —Metió las manos en el cubo de agua y esperó ansiosamente—. La temperatura es muy importante. Si el agua está demasiado fría, la cera se rompe. Si está caliente, la cera se derrite.

El agua estaba templada. La cera adquirió la suficiente plasticidad como para que él pudiera estirársela en las muñecas, permitiéndole sacar las manos. Dio un tirón con la mano izquierda, y la cera se rasgó.

—Con cuidado —dijo él, enojado. Leslie retiró lentamente la mano derecha, y el guante de cera resultante era perfecto—. ¿Quieres hacer otra vez la izquierda? —preguntó su padre.

Pero Leslie denegó con la cabeza.

—Mañana —dijo.

Su padre asintió.

Dejaron el molde bueno endureciéndose en un cubo de agua fría.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó él, mientras subían las escaleras.

—No lo sé —respondió Leslie. Entonces se dio cuenta de que no había cenado—. ¿Puedo tomar una taza de café, padre?

—Desde luego. Tendremos que hacérnosla nosotros mismos.

Hay una mujer que viene a preparar la cena y hacer la limpieza. El desayuno me lo preparo yo. Suelo comer fuera. —Se sentó en una silla de la cocina y la contempló mientras ella preparaba el café y las tostadas—. ¿Has reñido con tu marido?

—Nada de eso —respondió Leslie.

—Pero has tenido algún disgusto.

Leslie encontró tremendamente conmovedor que la comprendiera lo suficiente como para darse cuenta de ello; no lo había creído posible. Estaba a punto de decírselo cuando él volvió a hablar…

—Veo todos los días a personas afectadas por preocupaciones y disgustos.

Y se alegró de no haberlo hecho.

Su padre se echó un poco de sacarina en la taza de café que Leslie le sirvió y tomó un sorbo.

—¿Quieres hablar de ello conmigo?

—Creo que no.

—Estás en tu derecho.

Leslie sintió el primer impulso de ira.

—Podrías preguntarme qué tal están mi marido y mis hijos.

Tus nietos.

—¿Cómo está tu familia?

—Muy bien.

Guardaron silencio durante unos minutos, hasta que hubieron terminado el café y las tostadas y se encontraron sin nada más que hacer con las manos y la boca.

Ella probó de nuevo.

—Tendré que enseñarles a Max y a Rachel a hacer manos de cera —dijo—. Mejor todavía, tendré que traerles aquí para que tú les hagas una demostración.

—Excelente —dijo él, sin entusiasmo—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que les vi? ¿Dos años?

—Dieciocho meses. Hace dos veranos. La última visita no fue una experiencia agradable para ellos, padre. Están muy encariñados con su otro abuelo. También podrían estarlo contigo, si tú les dejases. Les sorprendió oíros a los dos.

—Ese tipo —dijo su padre—. Todavía no comprendo cómo pudiste pensar que me alegraría recibirle en mi casa. No tenemos nada en común. Nada.

Leslie guardó silencio, recordando una tarde terrible en que se produjo el choque de dos encontradas personalidades.

—¿Puedo dormir en mi vieja habitación? —preguntó finalmente.

—No, no —respondió él—. Está llena de cartones y cosas.

Dormirás en el cuarto de los invitados. Procuramos que siempre tenga sábanas limpias.

—¿El cuarto de los invitados?

—El segundo de la izquierda al subir la escalera.

La habitación de su tía Sally.

—Hay toallas limpias en el armario —dijo su padre.

—Gracias.

—¿Tienes…, ah…, necesidad de ayuda espiritual?

«Toallas y ayuda espiritual dispensadas generosamente», pensó ella.

—No, gracias, padre.

—Nunca es demasiado tarde. Para nada. A través de Jesús. No importa cuánto tiempo ni hasta qué punto haya estado uno descarriado.

Leslie no dijo nada; hizo un pequeño ademán de súplica con la mano, tan pequeño que quizás él no lo vio.

—Aun ahora, después de todo este tiempo. No me importa cuánto tiempo lleves casada con él. No puedo creer que la muchacha que creció en esta casa fuera capaz de renunciar a Cristo.

—Buenas noches, padre —dijo ella, débilmente.

Se levantó y subió la escalera con su maleta. Encendió la luz, cerró tras de sí la puerta de la habitación y apoyó la espalda contra ella unos momentos. Paseó la mirada por la habitación, que recordaba de tantas noches en que se había introducido en la cama de tía Sally para dormir acurrucada contra su cuerpo de virgen reseca. Recordaba exactamente el contacto de su tía en sus brazos; incluso el ligero olor que emanaba de ella, olor a cuerpo y a rosas viejas, probablemente el aroma de un jabón perfumado que tía Sally usaba en secreto.

Se puso el camisón, preguntándose si todavía habría que encender el gas para disponer de la suficiente agua caliente para el baño, pero se sentía demasiado cansada para averiguarlo. Oyó a su padre subir la escalera y, luego, el sonido de su indecisa llamada en la puerta.

—Te escapas cuando intento hablar contigo —dijo.

—Lo siento, padre.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo?

—Estoy cansada —dijo ella a través de la puerta cerrada.

—¿Puedes decirme que te sientes uno de ellos? —preguntó.

Leslie no respondió.

—¿Eres judía, Leslie?

Pero ella continuó en silencio.

—¿Puedes decirme que eres judía?

«Márchate», pensó Leslie, sentándose en la cama en que había muerto su tía.

Al poco rato, le oyó dirigirse a su habitación, al otro extremo del pasillo. Alargó la mano y estiró del cordón para apagar la luz. En vez de acostarse enseguida, se acercó a la ventana y se sentó en el suelo, con los pechos aplastados contra el alféizar y el rostro apoyado en el frío cristal, como solía hacer antes, contemplando a través de los vidrios la calle que en otro tiempo había formado parte de su prisión.

Por la mañana, cuando se reunieron para desayunar, era como si nada hubiera sucedido la noche anterior. Leslie le preparó huevos con tocino, que él comió con apetito, incluso un poco vorazmente. Cuando le sirvió el café, su padre carraspeó.

—Desgraciadamente —dijo—, tengo muchas cosas que hacer esta mañana en la iglesia.

—Entonces, será mejor que me despida ahora, padre. He decidido coger temprano el tren.

—¡Ah! Como quieras.

Antes de salir de la casa, él se detuvo en su habitación y le entregó dos largas velas amarillas.

—Un pequeño obsequio —dijo.

Cuando se hubo marchado, Leslie pidió un taxi por teléfono y se dirigió en él a la estación. En ésta, compró una novela de la colección Robert Frost y la estuvo leyendo durante veinte minutos. Cuando faltaban cinco minutos para la llegada del tren, puso la maleta sobre el banco de la sala de espera y la abrió, levantando las amarillas velas para colocar el libro. Una de las velas se le rompió en la mano, dejando al descubierto en su centro un trozo de cera mal fundida al resquebrajarse la cubierta exterior. Disgustada, recogió lo mejor que pudo los trocitos de cera que habían caído dentro de la maleta y los tiró, juntamente con los pedazos de vela, en una papelera.

Una vez en el tren, empezó a preguntarse qué podía hacerse con una sola vela y, al pasar por Stanford, la sacó de la maleta y la dejó caer por el hueco existente entre el brazo del sillón y la pared del departamento. Sin saber por qué, se sintió mejor después de haberlo hecho.

Mientras se acercaba a Nueva York, contemplaba el paisaje que discurría ante sus ojos, como si se tratara de un reportaje de televisión encaminado a propugnar la renovación urbana. Era un día cálido para ser de invierno. Una ligera neblina gris se levantaba de la nieve. Leslie pensó en las mañanas de San Francisco, donde mirar por las ventanas era saber que la tierra estaba vacía y desolada, y la oscuridad se tendía sobre la faz de la tierra, y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de la Tierra y la faz de las aguas, disfrazado de bruma color de madreperla.

# 31

*San Francisco, California*
*Enero de 1948*

La casa, un estrecho edificio de tres pisos rodeado por una cerca de blancas estacas, se aferraba con las garras de sus cimientos a la ladera de una empinada colina que dominaba la bahía de San Francisco. El hombre era de edad madura, bajo y corpulento. Tenía el pie apoyado en el estribo de un camión cargado de cuerdas, escaleras de mano y cubos manchados de tiznones de pintura. Tenía un cierto aire agranujado y vestía un mono blanco, limpio, pero con manchas de pintura, y una gorra de pintor con la palabra «Holandés» sobre la visera.

—Bueno —dijo, satisfecho pero sin sonreír, con voz de bajo profundo—, lo han conseguido. Han tenido suerte de encontrarme en casa. Ahora mismo iba a salir a trabajar.

—¿Puede decirnos cómo podemos llegar a nuestro nuevo domicilio, señor Golden? —preguntó Michael.

—No lo encontrarían nunca. Está muy lejos de aquí. Yo iré en mi camión, y ustedes me siguen.

—No queremos interrumpir su trabajo —dijo Michael.

—Lo interrumpo todos los días para ir al templo. Es la única manera de que allí se haga algo. No un oficial, como los machers, los tipos importantes que hablan, hablan y hablan todo el tiempo. Simplemente, un trabajador. —Abrió la portezuela y subió al camión. Apoyó el pie sobre el pedal, y el motor se puso en marcha—. Síganme —dijo.

Siguieron, agradecidos, al camión que marchaba delante, porque Michael encontraba dificultades para ver las luces de tráfico; estaban situadas en lugares que a un habitante del este le resultaban disparatados.

Marcharon durante largo rato.

—¿Dónde está? ¿En Oregón? —dijo Leslie, cuchicheando, como si el señor Golden estuviese sentado en el asiento de atrás en vez de en el camión que marchaba delante.

Penetraron, finalmente, en una calle de pequeñas casitas campestres, todas con su correspondiente trozo de recortado césped.

—Michael —dijo Leslie—, son todas iguales.

Calle tras calle, era la misma casa, construida de la misma manera sobre idénticos lotes de tierra.

—Los colores son diferentes —dijo Michael.

La casa delante de la cual se detuvo el señor Golden era verde. Estaba situada

entre una blanca a la derecha y otra azul a la izquierda.

Dentro, tenía tres dormitorios, una salita de estar bastante amplia, un comedor, una cocina y un cuarto de baño. Las habitaciones estaban amuebladas a medias.

—Es muy bonita —dijo Leslie—. Pero todos esos cientos de casas iguales que ésta…

—Un gran país —afirmó el señor Golden—. Todo producido en serie. Así sale todo más barato. —Se acercó a una pared y la acarició—. He pintado yo mismo estas habitaciones. Buen trabajo. No encontrarán paredes más bonitas si deciden echar un vistazo por ahí.

Estudió astutamente el rostro de Leslie.

—Si no se quedan, se la alquilaremos a otra persona. Pero éste sería un buen negocio para ustedes. El templo compró esta casa a nuestro anterior rabino, Kaplan, que marchó al templo Bené Israel, de Chicago. No tenemos que pagar impuestos por ella. Institución religiosa. Así que no les costará mucho.

Desapareció tras la puerta.

—Tal vez podamos vivir en una casa grande. O en un apartamento de una de las colinas altas —sugirió Leslie en voz baja.

—Según me han dicho, hoy en día es difícil encontrar buenas casas en San Francisco —contestó Michael—. Y son muy caras. Además, si nos quedamos con ésta, eso significará un quebradero de cabeza menos para la congregación.

—Pero todas esas copias idénticas…

Michael sabía lo que quería decir.

—A pesar de eso, es una casa muy bonita. Y, si luego resulta que no nos gusta vivir en ella, podemos buscar otra con tranquilidad y mudarnos.

—De acuerdo —asintió ella y, acercándose a él, le besó justo en el mismo momento en que Phil Golden volvía a la habitación—. Vamos a vivir aquí —dijo.

Golden movió la cabeza.

—¿Quiere ver el templo? —le preguntó.

Fueron a los coches y marcharon de nuevo hasta llegar a un edificio de ladrillo amarillo. Michael lo había visto solamente la noche de su servicio de prueba. A la luz del día parecía más viejo y destartalado.

—Era una iglesia. Católica. Santa Jerry Myer. Una santa judía.

El interior era espacioso, pero oscuro. Michael pensó que olía ligeramente a viejo y a confesionario. Había olvidado cómo era un templo feo. Trató de disipar la decepción que sentía. Un templo era gente, no un edificio. Pero algún día, pensó sin poder evitar cierta arrogancia, tendría un templo lleno de luz y de aire, de belleza y de maravillas.

Pasaron la tarde recorriendo tiendas en busca de muebles. Compraron varias piezas por más dinero del que habían pensado gastar, lo que produjo una alarmante

merma en la cuenta bancaria.

—Déjame utilizar los mil dólares que me dejó tía Sally —dijo Leslie.

Michael recordó la cara de su padre.

—No —replicó.

—¿Por qué no?

—¿Es importante el motivo?

—Creo que podría ser importante. Sí —respondió Leslie.

—Ahórralo y utilízalo algún día para algo que nuestros hijos necesiten realmente —dijo Michael.

Era la respuesta adecuada.

La casa estaba inmaculadamente limpia, y esta vez habían ido preparados con toallas y sábanas limpias. Sin embargo, al llegar la noche, yacieron tendidos en la oscuridad de la desconocida habitación, sin poder conciliar el sueño. Leslie se agitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael.

—Detesto reunirme con esas mujeres —respondió Leslie.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, regocijado.

—Sé de qué estoy hablando. Recuerda que ya he pasado por ello. Esas… yentehs… acuden al templo, no para rezar, ni siquiera para oír al nuevo rabino, sino para ver a la shickseh.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Michael.

—Es así. Le miran a una de pies a cabeza. «¿Cuánto tiempo lleva casada?», preguntan. Y, luego, «¿Tienen hijos?» Y una puede ver sus mentes dispuestas a funcionar como pequeñas computadoras para ver si su rabino tenía que casarse conmigo.

—No me daba cuenta de que lo pasaras tan mal —dijo él.

—Bueno, te das cuenta ahora.

Continuaron tendidos uno al lado del otro, en silencio.

Pero, un momento después, Leslie se volvió hacia él y le cubrió la cara de besos.

—Ah, Michael —dijo—. Lo siento. No sé qué es lo que me pasa.

Él hizo ademán de cogerla en sus brazos, pero ella se apartó súbitamente, saltó de la cama y corrió hacia el cuarto de baño. Michael escuchó unos momentos y, luego, la siguió.

—¿Estás bien? —preguntó, dando unos golpecitos en la puerta.

—Vete —dijo ella, con voz ahogada—. Por favor.

Volvió a la cama y se puso la almohada sobre los oídos, tratando infructuosamente de amortiguar el torturado ruido de sus náuseas. Se preguntó cuántas veces habría ocurrido eso mismo mientras él dormía tranquilamente.

«Lo que nos faltaba —pensó.

—Náuseas matutinas.

—Su hermoso vientre se hinchará como un globo.

—Está equivocada respecto a las mujeres —pensó—. Esto lo resolverá todo. Se sentará en la primera fila, y durante los servicios de los viernes por la noche, las mujeres pasarán la vista desde su abultado estómago hasta mí, y sus labios sonreirán con ternura, pero sus ojos dirán: Bestia, nos hiciste eso a todas nosotras».

Grande. Muy pronto ya.

—¿Tendremos que dejar de hacer el amor?

Cuando ella volvió, caminando con lentitud, sudorosa y con la boca oliendo a Listerina, él la abrazó y acarició cuidadosamente su estómago con las yemas de los dedos, descubriendo que continuaba liso y firme.

La miró a la creciente luz. La náusea había desaparecido. Inesperadamente, Leslie sonrió con una satisfecha sonrisa femenina, orgullosa de encontrarse en situación de tener náuseas matutinas. Mientras él la rodeaba con sus brazos y se juntaban sus mejillas, ella eructó en su oído y, en vez de excusarse, rompió a llorar. Había terminado la luna de miel, se dijo Michael, mientras le acariciaba la cabeza y besaba sus párpados, que estaban húmedos y suaves como dos pequeñas flores.

Pasó dos días reuniéndose y hablando con la gente, los empleados y los machers del templo. La secretaria del rabino anterior se había casado y vivía en San José. Pasó mucho tiempo, tratando, simplemente, de localizar las cosas. Encontró una lista de los miembros de la congregación y empezó a desarrollar un programa de visitas personales para conseguir relacionarse con los miembros menos activos de la congregación.

El segundo día, Phil Golden entró en el templo al mediodía.

—¿le gusta la comida china? Hay un restaurante muy bueno al otro extremo de la calle. Es de uno de nuestros miembros.

Golden llevaba un atildado traje azul que parecía hecho a medida.

—¿No va a trabajar hoy? —preguntó Michael.

Golden hizo una mueca.

—Hace años, cuando era joven, trabajaba como una mula.

Pintar, pintar, pintar. Total, para ganarme a duras penas la vida. Con el paso de los años, mi mujer y yo tuvimos cuatro hijos, todos chicos fuertes y sanos, gracias a Dios. Les enseñé a pintar casas. Soñaba que algún día sería contratista y mis chicos trabajarían para mí. Sólo que ahora todos los chicos son contratistas. Yo soy el presidente de la compañía familiar, pero eso es lo que es. Una compañía familiar. La única vez que cojo una brocha es cuando hago algo para el templo.

Soltó una breve risita entre dientes.

—Bueno, eso no es del todo verdad. Cada seis meses, o así, no puedo aguantar ya más y salgo como un ladrón y me encargo de algún pequeño trabajo. Alquilo un ayudante, un muchacho mexicano, y le doy todas las ganancias. No se lo diga a los

chicos.

—Descuide.

El restaurante se llamaba Moy Sheh.

—¿Está Morris? —preguntó Golden al camarero chino que les llevó el menú.

—Ha ido al mercado —repuso el camarero.

Tenían hambre, y los picantes alimentos eran buenos. Hablaron poco, pero, finalmente, Phil Golden se echó hacia atrás en su asiento y encendió un cigarro.

—Bueno, ¿Qué tal le va? —preguntó.

—Creo que esto va a gustarme.

El hombre movió la cabeza en silencio.

—Hay una cosa curiosa —dijo Michel—. He hablado con mucha gente. Y cuatro hombres diferentes me han dado el mismo consejo.

Golden exhaló una bocanada de humo.

—¿Qué consejo fue?

—«Vigile a Phil Golden —me dijeron—. Es un salvaje».

Golden examinó la ceniza de su cigarro.

—Podría decirle los nombres de los cuatro. ¿Y qué les contestó usted?

—Que le vigilaría.

El rostro de Golden se mantuvo inexpresivo, pero en las comisuras de sus ojos se dibujaron unas arruguitas.

—Para hacerle más fácil la vigilancia, rabbi, vengan mañana usted y su mujer para la cena de la noche del viernes —dijo.

Eran once personas en torno a la mesa del comedor. Además de Phil y Rhoda Golden, estaban dos de los hijos, Jack e Irving, sus esposas, Ruthie (la de Jack) y Florence (la de Irving), y tres de los nietos de Phil, cuyas edades oscilaban entre tres y once años.

—Henry, nuestro otro hijo casado, vive en Sausalito —explicó Phil—. Tiene dos chicos y una bonita casa. Se casó con una muchacha armenia. Tienen dos pequeños William Saroyan, de oscuros ojos, grandes y sensibles, y narices más grandes de lo que se pueden permitir los simples judíos. Les vemos muy poco. Están siempre en Sausalito, haciendo no sé qué, tal vez cogiendo uvas.

—Phil —dijo Rhoda Golden.

Phil recordó la presencia de Leslie y se sintió obligado a darle una explicación.

—El no se convirtió, ella no se convirtió, y los chicos no son nada. ¿A usted qué le parece? ¿Es bueno eso?

—Supongo que no —repuso Leslie.

—¿Cómo se llama su cuarto hijo? —preguntó Michael.

—Babe —respondió Ruthie, y los demás sonrieron.

—Hágase idea, rabbi —dijo Florence, que era rubia y bien formada, pero delgada

—, un hombre guapo de treinta y siete años.

Todavía conserva todo su pelo. Gana mucho dinero. Es una persona muy cariñosa, incluso demasiado. Le encantan los niños, y los niños le quieren. Es todo un hombre. Camina por las calles de San Francisco sobre corazones destrozados, en vez de adoquines. Sin embargo, no quiere casarse.

—Babe, Babe, Babe —dijo Rhoda, moviendo la cabeza—. Mi Babe. Si pudiera bailar en su boda… Aunque fuese con música armenia. ¿Tiene demasiada pimienta el pescado?

El pescado estaba excelente, así como la sopa, el pollo asado, el derma relleno, las dos clases de kugel y la compota de frutas. Las luces de *Shabbat* ardían en un candelabro de bronce colocado sobre un piano en la habitación contigua. Era la clase de apartamento que Michael recordaba, pero en el que no había estado hacía mucho tiempo.

Después de cenar, se sentaron a tomar una copa, mientras las mujeres lavaban la vajilla. Luego, los dos matrimonios jóvenes se despidieron y arrastraron a sus soñolientos hijos en dirección a su casa. Antes de marcharse, Florence Golden prometió llevar al día siguiente a Leslie a comer y al De Young Memorial Museum, lo cual hizo recaer la conversación sobre cuadros y, después, sobre fotografías. Rhoda sacó un álbum gigante sobre el que ella y Leslie se inclinaron en la cocina, haciendo llegar de vez en cuando ráfagas de risas a la salita de estar, donde Michael y Phil se hallaban tomando otra copa.

—Así que ya es usted un californiano —dijo Phil.

—Un viejo californiano.

Golden sonrió.

—Zehr viejo —dijo—. Yo soy lo que usted llama un viejo californiano. Llegué aquí cuando era pequeño, con mi padre y mi madre, desde New London, Connecticut. Mi padre era viajante.

Quincalla naval. Siempre llevaba un camión cargado con cincuenta kilos. Cuando llegamos aquí probamos una serie de shuls en el viejo barrio judío, cerca de la calle de Fillmore. En aquellos tiempos, los yiddléj vivían juntos, como los chinos. Eso no duró mucho, desde luego —siguió diciendo—. Apenas si se puede notar ya diferencia alguna entre judíos, católicos y protestantes. Tres buenas bocanadas de aire de California, y todos quedan homogeneizados. Ah, rabí, es muy distinto ser judío hoy que en los viejos tiempos.

—¿En qué sentido?

Golden resopló.

—El *Bar misvá,* por ejemplo. Era una gran cosa para un chico.

Es llamado por primera vez al *Bemá*, canta un trozo de la *Torá* en hebreo, y como por obra de magia se convierte en hombre a los ojos de Dios y de sus compañeros

judíos. Nadie ve a nadie más que a él, ¿Comprende?

—Hoy, en cambio, el muchacho está postergado. La función es lo importante. Se trata de un acto más profano que religioso. La congregación de su templo tiene más semejanza con la reunión de un cóctel. Jóvenes americanos modernos. ¿Qué saben ellos de la calle de Fillmore?

Movió la cabeza. Michael miró pensativamente y le preguntó a Golden.

—¿Por qué me previnieron contra usted?

—Soy la oveja negra del templo —repuso Phil—. Sigo insistiendo en que la razón de que construyéramos un templo fue para celebrar servicios en él. Que para ser judío hay que ser judaico. Eso no le hace a uno popular en el templo Isaías.

—Entonces, ¿Por qué es usted miembro de él?

—Le diré la verdad. Mis hijos ingresaron en él —respondió—. Mis hijos son tan malos como los demás. Pero yo pienso que una familia debe asistir a los servicios como tal familia. Pensé que no perjudicaría a los demás sentarse en el mismo templo, como un anticuado yiddel, cuando acuden a su servicio anual.

Michael sonrió.

—No pueden ser tan malas las cosas. Es imposible.

—Imposible, ¿Eh? —rió Golden—. Empezaron el templo Isaías hace ocho años. ¿Sabe por qué? Los otros templos *Reformistas* exigían demasiado tiempo. Demasiado compromiso personal. Las gentes que tiene usted en su congregación quieren ser judías, pero no hasta el punto de que ello les vaya a quitar nada del tiempo libre que vinieron a disfrutar a California. *Yom Kippur* y Rosh ha Shaná. Eso es todo, hermano.

—Pero —prosiguió, levantando su pesada mano, como un guardia de tráfico— no crea que no están dispuestos a pagar por este privilegio. Nuestras aportaciones son muy elevadas, pero esta es una joven y afortunada congregación. Los tiempos son buenos. Ganan dinero y pagan sus aportaciones para que usted pueda ser judío por ellos. Si quiere usted gastar dinero en algún proyecto razonable para el templo, le digo aquí y ahora que puede hacerlo. Sólo que no espere ver mucha gente en sus servicios. Sólo dése cuenta de que tiene enemigos, rabbi. Filas de asientos vacíos.

Michael reflexionó sobre ello.

—¿No les molesta el Ku Klux Klan?

Golden se encogió de hombros e hizo una mueca. ¿Bist mishugah?, decía su expresión.

—Entonces, no se preocupe por los asientos. Trataremos de llenarlos.

Phil sonrió.

—Eso haría de usted un taumaturgo —dijo con suavidad, alargando la mano hacia la botella. Volvió a llenar la copa de Michael—. Yo nunca he tenido dificultades con el rabino. Con el consejo directivo, sí. Con los miembros individuales de la congregación, también. Pero no con el rabino. Estaré allí si me necesita, pero no le

importunaré. El niño es suyo.

—Aún faltan seis meses —dijo Michael, mientras Leslie y Rhoda entraban en la salita.

Y cambiaron de tema.

Al día siguiente llegaron algunos de los muebles. Michael se sentó en una butaca nueva delante del aparato de televisión que anteriormente había sido del rabino Kaplan. En la CBS, el noticiario presentaba escenas en las que se veían unos ejércitos que representaban a cuarenta millones de árabes de seis países dirigiendo su odio militar combinado contra 650.000 judíos. Por la pantalla desfilaban arrasados *Kibutzim*, cadáveres tendidos en tierra y mujeres israelíes agrupadas en los olivares, respondiendo al fuego jordano con largas ráfagas de balas trazadoras. Michael contempló atentamente el programa. Sus padres recibían muy de cuando en cuando noticias de Ruthie. Ésta se mostraba evasiva cuando le preguntaban en sus cartas qué hacía durante los combates. Decía solamente que Saul y los niños estaban bien y que ella estaba bien. ¿Estaba su hermana Ruthie, pensó Michael, tendida detrás de un tronco de olivo e intentando atravesar con un reguero de balas la carne de un invasor? Permaneció todo el día delante de la pantalla de televisión.

Leslie pasó la tarde fuera con Florence Golden. Volvió a casa con el nombre de un tocólogo excelente y con una litografía, en su correspondiente marco, de El sombrero roto, de Thomas Sully. Pasaron largo rato colgándola; luego, se quedaron de pie, enlazados por la cintura, contemplando el grave y sereno rostro del muchacho del cuadro.

—¿Deseas tener un hijo varón? —preguntó ella.

—No —mintió Michael.

—A mí me da igual, en realidad. Todo lo que pienso es que nuestro amor está haciendo un ser humano. Eso es lo único que importa. Es indiferente que tenga pene o no.

—Si es un chico, preferiría que lo tuviese —dijo Michael.

Aquella noche, soñó con árabes y judíos que se mataban entre sí, y, en su sueño, vio también el cuerpo muerto de Ruthie. A la mañana siguiente, se levantó temprano y se dirigió descalzo al patio trasero. Había una bruma espesa y pegajosa. Aspiró profundamente una bocanada de aire y sintió el regusto salino del océano Pacífico, que se extendía a siete kilómetros de distancia.

—¿Qué haces? —preguntó Leslie a su espalda con voz soñolienta.

—Vivir —respondió él.

Mientras miraban, el sol, como una máquina quitanieves, se abrió paso a través de la bruma.

—Creo que haré un pequeño jardín y plantaré unos tomates —dijo Michael—. Y tal vez un naranjo. ¿Estamos demasiado al norte para tener un naranjo?

—Creo que sí —repuso Leslie.

—Yo creo que no —replicó él.

—Entonces, plántalo —dijo Leslie—. ¡Oh, Michael, esto va a ser magnífico! Me encanta vivir aquí. Teníamos intención de quedarnos aquí para siempre.

—Como quieras, nena —dijo él.

Volvieron al interior de la casa, Michael para preparar el café y los huevos revueltos, y Leslie, para soportar las náuseas del embarazo.

# 32

En aquel primer *Shabbat* en su nuevo templo, comprendió, con un estremecimiento de triunfo, que Phil Golden estaba equivocado.

Su sermón había sido breve, brillante e inteligente, y había destacado en él la importancia de la identificación y la participación de todos los miembros.

Los asientos estaban ocupados en sus cuatro quintas partes y la congregación se mantuvo atenta. Después del servicio, manos amistosas estrecharon la suya y cálidas voces acariciaron sus oídos con palabras de apoyo, incluso de incipiente afecto. Tuvo casi la seguridad de que la mayoría de los miembros de su congregación volverían.

Muchos de ellos lo hicieron a la semana siguiente.

La noche del tercer viernes asistieron menos.

Cuando llevaba ya seis semanas como rabino del templo Isaías, los asientos vacíos se distinguían con toda claridad desde el *Bemá*. Los respaldos de los asientos eran de chapa de madera pulimentada que reflejaba las luces, semejando una multitud de burlones ojos amarillos.

Michael hacía caso omiso de ellos, centrando su atención en los fieles que ocupaban los otros asientos. Pero el número de fieles disminuía cada semana y aumentaba el número de asientos vacíos, tantos ojos de mirada fija y amarilla en los respaldos de las sillas que ya no pudo ignorarlos por más tiempo, y comprendió finalmente que Phil Golden tenía razón.

Sus enemigos.

Leslie y él se dieron cuenta de que era fácil convertirse en californianos.

Aprendieron a no circular detrás de los funiculares que subían las empinadas colinas.

Visitaban el parque de Golden Gate los domingos por la tarde, cuando el aire era de color de polen, se sentaban en el suelo, manchándose la ropa de hierba, y miraban a las parejas de enamorados que paseaban haciéndose caricias, mientras a su alrededor los niños jugaban, reían y gritaban.

El vientre de su mujer aumentaba de volumen, pero no se convertía en la cosa hinchada y horrible que había temido. Florecía como un grande y cálido capullo de carne, empujado hacia fuera por la vida que crecía en su interior. A veces, Michael retiraba por la noche las sábanas de la cama, encendía la luz de la mesilla y lo contemplaba mientras ella dormía, sonriendo en silencio y conteniendo la respiración cuando veía estremecerse súbitamente el vientre al agitarse dentro de él la criatura. Se sentía obsesionado por pensamientos de cosas terribles, de abortos fatales, hemorragias, manos en forma de garras, muñones en vez de piernas, mentes débiles, y pasaba largas e insomnes noches rogando a Dios que no les enviara nada así.

El tocólogo se llamaba Lubowitz. Era un rechoncho abuelo de mucha experiencia

y sabía cuándo mostrarse cariñoso y cuándo áspero. Ordenó a Leslie un régimen de paseos y ejercicio que le daba un apetito voraz, y, luego, le impuso una dieta que la tenía hambrienta todo el tiempo.

A medida que progresaba su embarazo, Michael le hablaba lo menos posible acerca del templo, para no perturbarla. Él mismo se iba sintiendo cada vez más perturbado.

Su congregación le desconcertaba.

Podía confiarse en que la familia de Phil Golden y un puñado más de personas asistiesen regularmente a los servicios. Pero continuaba sin existir casi contacto alguno con el grueso de la gente que formaba parte de su templo.

Iba diariamente a los hospitales, en busca de judíos enfermos a los que pudiera confortar y llegar a conocer. Encontró algunos, pero rara vez eran de su congregación.

Al visitar las casas de los miembros del templo, los encontró corteses y amistosos, pero extrañamente remotos. En un apartamento de Russian Hill, por ejemplo, un matrimonio llamado Sternbane le miró con embarazo después de haberse presentado a sí mismo. Oscar Sternbane era importador de curiosidades orientales y poseía una pequeña participación en un café de la calle de Geary. Su esposa, Celia, daba lecciones de declamación. De cabellos negros y piel sonrosada, se sentía arrogantemente consciente de su tipo, con un pecho que abultaba suavemente el escotado suéter, flancos que merecían ser ceñidos por ajustados pantalones azules de Pucci y aletas de la nariz que costaban seiscientos dólares cada una.

—Estoy tratando de reorganizar la Hermandad —dijo Michael a Oscar Sternbane—. He pensado que podríamos empezar celebrando desayunos dominicales en el templo.

—Voy a serle franco, rabbi —dijo Sternbane—. Estamos muy contentos de pertenecer al templo. Nuestro hijo puede aprender hebreo todos los sábados por la mañana y todo lo referente a la Biblia. Eso está bien, eso es cultura. Pero, ¡esos desayunos! Nos alegramos de vernos libres de ellos cuando llegamos aquí desde Teaneck, Nueva Jersey.

—Olviden las cosas que se comen en ellos —dijo Michael—. Tenemos gente en el Templo. ¿Conocen a los Barrons?

Oscar se encogió de hombros. Celia movió la cabeza.

—Creo que les gustarían. Y hay otros. Los Pollock. Los Abelson.

—¿Freddy y Jan Abelson?

—¡Vaya! —dijo, complacido—. ¿Conocen a los Abelson?

—Sí —repuso Celia.

—Nosotros hemos estado allí una vez, y ellos han estado aquí otra —dijo Oscar—. Son muy buenas personas, pero…, para decirle la verdad, rabbi, demasiado

formales. No… —Levantó la mano y la hizo girar lentamente, como si estuviera enroscando una bombilla invisible—, no se mueven lo bastante para nosotros. ¿Comprende? Mire —dijo amablemente—, todos tenemos nuestros propios grupos de amigos, nuestros intereses y aficiones, y no giran exclusivamente en torno al templo. Pero, ¿A qué hora empiezan los desayunos? Veré si puedo ir.

No fue. El domingo por la mañana sólo se presentaron ocho hombres, cuatro de ellos apellidados Golden. Solamente Phil y sus hijos volvieron a la semana siguiente.

—Quizás un baile —sugirió Leslie, cuando él le confió, por fin, sus problemas después de haberse bebido tres Martinis una noche antes de cenar.

Pasaron cinco semanas entregados a los preparativos. Dispusieron un estrado, enviaron dos correos, dedicaron la primera página del boletín del templo al acontecimiento, alquilaron una orquesta, encargaron bebidas y, la noche del baile, contemplaron con heladas sonrisas cómo once parejas arrastraban los pies por el suelo de la amplia sala del templo.

Michael continuó visitando los hospitales. Dedicaba mucho tiempo a sus sermones, como si la gente se disputara cada una de las sillas del templo.

Pero esto le dejaba mucho tiempo libre. Había una biblioteca pública a dos manzanas de distancia. Tomó una tarjeta de lector y empezó a sacar libros. Al principio, volvió a los filósofos, pero pronto le tentaron las portadas de las novelas. No tardó en intercambiar sonrisas e inclinaciones de cabeza con las empleadas de la biblioteca.

Volvió al *Talmud* y a la *Torá*. Cada mañana estudiaba una parte diferente y la repasaba con Leslie cada noche. En la quietud de las tardes, cuando el edificio del templo yacía silencioso con el peso muerto del aire inmóvil, empezó a experimentar con la teosofía mística de la *Cábala*, como un chiquillo que metiera el pie en unas aguas peligrosamente profundas.

Santa Margarita, la parroquia católica en que vivían los Kind, estaba construyendo una nueva iglesia. Una mañana, al pasar por delante del lugar, detuvo el coche unos minutos para contemplar la excavadora, que arrancaba trozos gigantescos de tierra y rocas del agujero de los cimientos.

Volvió al día siguiente. Y al otro. Siempre que tenía un rato libre, cogió la costumbre de acercarse a mirar a los obreros de acerados cascos. Le resultaba sedante apoyarse contra la cerca de madera y contemplar los estruendosos monolitos mecánicos y el ajetreo de los obreros. Inevitablemente, conoció al párroco de Santa Margarita, el reverendo Dominic Angelo Campanelli, un viejo sacerdote de entornados ojos y un antojo de fresas, como un signo de divinidad, en la mejilla derecha.

—El templo Isaías —dijo, cuando Michael se presentó—. Antes era San Jeremías. Yo me eduqué en esa parroquia.

—¿De veras? —dijo Michael, añadiendo diez años a su primitiva estimación de la edad del templo.

—Canté en el coro para el padre Gerald X. Minehan, que después fue nombrado obispo coadjutor en San Diego —dijo el padre Campanelli. Movió la cabeza—. San Jeremías. Grabé mis iniciales en el campanario de esa iglesia. —Su mirada se perdió en lo lejos—. Justo debajo de una vieja lámpara de gas que colgaba de una de las paredes. —Se ruborizó y pareció hacer un esfuerzo por alejar sus recuerdos—. Sí —añadió—. Me alegro de conocerle.

Y se alejó, una ensotanada figura cuyos dedos se movían incansablemente sobre las ciento cincuenta cuentas del cordón que rodeaban su cintura.

Aquella tarde, Michael volcó sobre su mesa una vieja caja de zapatos, y fue examinando una a una las llaves que había contenido hasta que encontró una en cuya etiqueta ponía «campanario».

La estrecha puerta se abrió con un satisfactorio chirrido. El interior estaba oscuro, y se veía un tramo de escalones de madera, uno de los cuales crujió alarmantemente bajo su peso. «Resultaría muy embarazoso —pensó—, que se hundiera la escalera y me rompiese una pierna… o me ocurriera algo peor. ¿Cómo se lo explicaría a su congregación?».

La escalera de madera conducía a un descansillo. Una difusa luz gris penetraba a través de los sucios cristales de las ventanas, dejando ver pequeños platillos redondos de cebo para ratas, colocados en el suelo junto a las cuatro paredes.

Una escalera de caracol de hierro ascendía hasta una trampa en el techo que se abrió ruidosamente, pero sin dificultad. Varios pájaros aleteaban a su alrededor mientras subía. Contuvo el aliento ante el hedor que allí se respiraba. Las paredes estaban cubiertas de guano. Tres nidos de ramitas incrustadas de excrementos contenían gran cantidad de pajarillos increíblemente feos. Carecían de plumas, y eran del tamaño de un puño y con picos bulbosos.

La campana colgaba todavía. Era una campana grande. La golpeó con el dedo medio, consiguiendo solamente magullarse una uña y producir una sorda vibración. Al asomarse por un lado, cuidando de no tocar la sucia barandilla, divisó a sus pies la extensión de San Francisco, que le pareció más viejo de lo que le había parecido antes. Dos de los pájaros adultos regresaron aleteando ansiosamente a la par que emitían alarmados sonidos.

—Está bien —les dijo, caminando por entre la inmundicia.

Cerró sobre él la trampa mientras descendía, resoplando en un intento de ahuyentar de su nariz el penetrante hedor.

En el descansillo del campanario, se detuvo a mirar con más detenimiento. La vieja lámpara de gas continuaba todavía en la pared. Hizo girar la pequeña llave y se sintió alarmado al oír el silbido del gas y percibir su olor.

—Habrá que hacer algo respecto a esto —murmuró, volviendo a cerrarla.

La luz era demasiado escasa para que pudiese ver si continuaban allí las iniciales del sacerdote, pero sacó unas cerillas y, después de agitar enérgicamente las manos para dispersar el gas que pudiera quedar, encendió una.

Mientras sostenía la cerilla, vio a su oscilante llama un corazón grabado en la pared. Era un corazón muy grande. En su centro, figuraban, en efecto, las iniciales D A C.

—Dominic Angelo Campanelli —dijo, complacido, en voz alta.

Debajo de ellas, había otro grupo de iniciales. Pero habían sido tachadas con un lápiz negro, cuyos trazos mantenían su intensidad a lo largo de los años. En vez de ellas, escrita dentro del corazón con las iniciales de Dominic Campanelli, se veía la palabra Jesús.

La cerilla le quemó los dedos, y la dejó caer con un gruñido. Se llevó las yemas de los dedos a la boca hasta que desapareció el dolor y, luego, las pasó sobre las borradas iniciales. Aún se notaban las hendiduras. La primera letra era, sin lugar a dudas, una M. Había otra letra, una C o una O, no estaba seguro.

¿Cuál había sido su nombre?

¿María? ¿Myra? ¿Margarita?

Permaneció allí, preguntándose si el joven Dominic Campanelli habría llorado mientras tachaba las iniciales.

Después, bajó de la torre de la iglesia, salió del templo y se fue a casa para mirar el vientre de su mujer, cómicamente hinchado como un globo.

En la sosegada quietud de la madrugada, Michael y el sacerdote empezaron a hablar mientras se apoyaban en la cerca de madera, dejando que el humo de sus pipas se perdiera en la bruma y contemplando cómo la gigantesca excavadora arrancaba enormes pedazos de la colina. Mantenían su conversación al margen de la religión. Los deportes constituían un tema adecuado y nada peligroso; dependían de la forma de los Seals y de los partidos del equipo contra Los Ángeles. Mientras hablaban de tanteos y de goleadores, de la gracia animal de Williams y de la galantería de DiMaggio, contemplaban cómo iba tomando forma el agujero y se construían las estructuras.

—Interesante —dijo Michael, viendo emerger el esbozo de las formas: un cuadrilátero que conducía a un círculo mucho mayor.

El padre Campanelli no hizo ninguna indicación.

—Un alejamiento de lo estereotipado —dijo.

Y su cabeza se volvió involuntariamente para mirar a la calle donde la vieja iglesia de Santa Margarita marcada por el paso del tiempo y demasiado pequeña, pero construida de rojos ladrillos en líneas hermosas y sencillas, se alzaba en su majestuosa dignidad cubierta de yedra. Levantó la mano, y empezó a acariciarse con

los dedos el antojo de fresas que manchaba su aquilino rostro Michael había observado ya en él este gesto siempre que trataban temas que proyectaban ominosas sombras: los Seals en una racha de partidos perdidos; Williams mancillando su magnificencia con un dedo erguido para sus hinchas; un decadente DiMaggio dejando oscurecerse su fulgor con un amor sin esperanzas hacia Marilyn Monroe.

Un domingo, yendo en coche con Leslie por la península de Monterrey, vio, a la dorada luz de la tarde, un templo que había sido construido sobre un rocoso acantilado asomado al océano Pacifico.

El emplazamiento era magnífico. El edificio, no. Construido con roja madera de pino y cristales, parecía fruto de un matrimonio entre una barraca y un castillo de hielo.

—¿No es horrible? —preguntó a Leslie.

—Hum.

—Me pregunto cómo irá a ser esa iglesia que están construyendo en la ciudad.

Ella se encogió de hombros con aire soñoliento.

Unos momentos después, Leslie se estiró y le miró.

—Si tuvieras que solicitar a un arquitecto que te diseñara un nuevo templo, ¿Qué le pedirías?

Esta vez fue él quien se encogió de hombros. Pero reflexionó largo tiempo sobre aquella cuestión.

A la mañana siguiente, después de haber estudiado el *Talmud*, se sentó en su despacho, tomó una taza de café y empezó a bosquejar el templo ideal.

Descubrió que era más divertido que leer, pero estaba lleno de frustraciones, como una partida de ajedrez con uno mismo. Trabajó con papel y lápiz, trazando toscos planos que desechaba al instante, estableciendo listas de cosas que había de tener en cuenta. Acudió a la biblioteca y retiró varios libros de arquitectura. Se encontraba constantemente metido en callejones sin salida que le obligaban a revisar su imagen de lo que debía ser el templo; hizo tantas revisiones que vació todo un archivador de su despacho para guardar las notas, volúmenes y los toscos dibujos que hacía una y otra vez. Ahora, llenaba fácilmente las horas vacías, pero con una especie de personal juego de salón, una versión rabínica de los solitarios.

De vez en cuando se producía alguna interrupción. Una mañana, un marinero borracho, sin afeitar y con un corte debajo de un ojo, cruzó la puerta.

—Quiero confesarme, padre —dijo, derrumbándose en una silla con los ojos cerrados.

—Lo siento.

El marinero abrió un ojo.

—No soy sacerdote.

—¿Pues dónde está?

—Esto no es una iglesia.

—Déjese de bromas. Me he confesado aquí durante la guerra.

Lo recuerdo perfectamente.

—Era una iglesia antes.

Empezó a explicarle los hechos concernientes a la transformación del edificio, pero el marinero le interrumpió.

—Está bien —dijo—. Jesucristo. —Se puso en pie y se alejó con paso vacilante —. Si esto no es una iglesia, ¿Qué diablos hace usted aquí?

Michael se quedó inmóvil, mirando a la puerta por la que había salido tambaleándose el hombre a la radiante luz del sol que brillaba en el exterior.

—No es una broma —murmuró, finalmente—. No estoy muy seguro de saberlo.

# 33

Una noche, al llegar a casa, encontró a Leslie con los ojos enrojecidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras sus pensamientos pasaban de la familia de Ruthie a su padre y, luego, al padre de Leslie.

Ella le tendió un pequeño paquete.

—Es para ti. Lo he abierto.

Vio que había sido remitido por la Asociación de Congregaciones Hebreas Americanas. Contenía un libro de oraciones en hebreo encuadernado en bocací negro reblandecido por el tiempo. Había una nota escrita con finas letras spencerianas.

> *Estimado Rabino Kind:*
>
> *Lamento tener que comunicarle el fallecimiento del rabino Max Gross. Mi amado marido murió de un ataque fulminante en la sinagoga, el 17 de julio, mientras recitaba la Minjá.*
>
> *Max Gross no era un hombre muy comunicativo, pero me habló en varias ocasiones de usted. En cierta ocasión me dijo que, si nuestro hijo hubiese vivido, le habría gustado que fuese como usted, solamente ortodoxo.*
>
> *Me tomo la libertad de enviarle el adjunto Siddur. Es el que él usaba en sus oraciones diarias. Sé que le habría gustado que usted lo tuviera, y me consolará saber que el Siddur de Max seguirá siendo utilizado.*
>
> *Espero que usted y la señora Kind se encuentren bien y prosperen en un lugar tan encantador como California, con su clima tan agradable.*
>
> *Reciba un afectuoso saludo.*
>
> *LEAH M. GROSS*

Leslie le puso la mano sobre el brazo.

—Michael —dijo Leslie.

Él movió la cabeza, poco dispuesto a hablar de ello. Era incapaz de llorar como Leslie; nunca había podido llorar en presencia de la muerte. Pero se pasó toda la tarde solo, hojeando el *Siddur* página por página y recordando a Max.

Se arrastró finalmente hasta la cama y se tendió sin dormir junto a su esposa, rezando por Max Gross y por todos los que continuaban vivos.

Al cabo de un rato, Leslie le tocó ligeramente el hombro.

—Querido —dijo.

El despertador marcaba las dos y veinticinco de la madrugada.

—Duérmete —dijo él con suavidad—. No podemos ayudarle.

—Querido —volvió a decir ella, esta vez con un leve gemido.

Michael se incorporó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, con una clase diferente de oración.

—Tómalo con calma —dijo Leslie—. No hay necesidad de excitarse.

—¿Tienes dolores?

—Creo que es el momento de salir.

—¿Son muy fuertes? —preguntó, poniéndose ya los pantalones.

—Ni siquiera son dolores. Sólo…, contracciones.

—¿Con qué frecuencia?

—Cada cuarenta minutos al principio. Ahora, cada veinte minutos.

Michael llamó al doctor Lubowitz. Luego, sacó su maleta, volvió y la ayudó a subir al coche. La niebla era muy espesa, y se dio cuenta de que estaba muy nervioso. No podía hacer inspiraciones profundas y condujo muy lentamente, echado sobre el volante y con la cabeza junto al cristal del parabrisas.

—¿Cómo son? —dijo—. Me refiero a estas contracciones.

—No sé —respondió ella—. Como un ascensor que subiera muy despacio. Se quedan arriba unos momentos y, luego, empiezan a bajar otra vez.

—¿Como un orgasmo?

—No —dijo ella—. ¡Jesús!

—No digas eso —exclamó él, involuntariamente.

—¿Oh, Moisés? —dijo ella—. ¿Es mejor eso? —Movió la cabeza y cerró los ojos —. Hay veces que dices cosas de lo más necio.

Michael no respondió, conducía a través de las calles llenas de niebla, confiando en no perderse.

Leslie alargó la mano y le acarició suavemente la mejilla.

—Lo siento, querido —dijo—. Ah, otra vez.

Le quitó del volante la mano derecha y se la apoyó en el estómago. Mientras se la sostenía allí, la blanda carne se endureció y se puso rígida; luego, gradualmente, se ablandó de nuevo bajo las yemas de sus dedos.

—Dentro, lo noto igual —murmuró ella—. Como una pelota dura.

De pronto, Michael se dio cuenta de que estaba temblando. En una esquina, estaba aparcado un taxi bajo la luz de un farol, y se detuvo detrás de él.

—Me he perdido —dijo—. ¿Puedes salir del coche y pasar a ese taxi?

—Desde luego.

El taxista era un hombre calvo, que llevaba pantalones azules y una arrugada camisa hawaiana. Tenía un rostro colorado, abotargado por la falta de sueño.

—Al hospital Lane —dijo Michael.

El hombre asintió con la cabeza, bostezando mientras ponía en marcha el motor.

—Está en Webster, entre Clay y Sacramento —dijo Michael.

—Sé dónde está, amigo.

Estaba mirando la cara de Leslie y vio que se le dilataban los ojos.

—No irás a decirme que eso ha sido sólo una contracción, —dijo.

—No. Ahora son dolores.

El taxista volvió la cabeza y, de pronto completamente despierto, contempló detenidamente a Leslie por primera vez.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¿Por qué no lo han dicho?

Pisó el acelerador, conduciendo cuidadosamente, pero más deprisa.

A los pocos minutos, Leslie soltó un gemido. Era la clase de mujer que de ordinario se negaba a admitir el dolor; el sonido que brotó de sus labios era inhumano y extraño, y Michael se asustó.

—¿Estás cronometrando los dolores? —preguntó Michael.

Ella no dio muestras de haberle oído. Tenía los ojos ligeramente nublados.

—¡Ah, Jesucristo! —exclamó en voz baja.

Michael la besó en la mejilla.

Ella volvió a gemir, y él pensó en establos, en pajares, en el sonido de vacas sufriendo. Miró al reloj. Al poco rato, salió otro gemido bovino de los labios de su mujer, y él, volvió a consultar su reloj.

—Oh, Dios, no puede ser verdad —dijo—. ¿Cuatro minutos?

—Junte bien las piernas, señora —gritó el taxista, como si ella estuviese a media manzana de distancia.

—¿Y si lo tiene en el coche? —preguntó Michael.

Miró al suelo y reprimió un estremecimiento. Una gruesa y húmeda colilla de puro yacía aplastada en un rincón de la alfombrilla de goma como un maligno excremento.

—Espero que no ocurra eso —dijo el taxista—. Si rompe aguas aquí, encerrarán el coche durante treinta y seis horas mientras lo esterilizan. El Instituto de Higiene. —Dirigió el coche por una bocacalle—. Sólo un poco más, señora —agregó.

Leslie tenía ahora los pies apoyados contra el asiento de delante. A cada nuevo dolor se hundía más y empujaba con los hombros contra el respaldo y con los pies contra el asiento delantero, arqueando la pelvis hacia el techo mientras gemía. A cada esfuerzo, empujaba al conductor sobre el volante al hacer presión sobre el asiento.

—Leslie —dijo Michael—. El hombre no podrá conducir.

—No importa —dijo el taxista, satisfecho—. Ya hemos llegado.

Paró el motor y echó a correr hacia el edificio de rojos ladrillos, dejándoles en el coche, sacudido todavía por ligeros estremecimientos. Al cabo de unos momentos, salió acompañado de una enfermera y un ayudante que pusieron a Leslie en una silla de ruedas, cogieron su maleta y se alejaron, dejando a Michael de pie en la acera con el taxista. Echó a correr detrás de ella y la besó en la mejilla.

—La mayoría de las mujeres están hechas como frutas maduras —dijo el taxista,

cuando regresó a su lado—. El médico le dará un ligero apretón, y la criatura saldrá inmediatamente, como una pepita.

El taxímetro señalaba dos dólares y noventa centavos. El hombre se había dado prisa, pensó Michael, y no había hecho ningún chiste sobre padres expectantes. Le dio seis dólares.

—¿Tiene dolores por simpatía? —preguntó el taxista, guardándose los billetes en la cartera.

—No —respondió Michael.

—Nunca le ha pasado nada todavía a ningún padre —dijo, sonriendo, mientras daba la vuelta al coche para sentarse de nuevo al volante.

En el interior del hospital, el vestíbulo estaba desierto. Un mexicano de edad madura le llevó en el ascensor al piso de maternidad.

—¿Es su esposa la que acaban de traer? —preguntó.

—Sí —respondió Michael.

—No tardará mucho. Está ya casi a punto —dijo.

En la sala de maternidad, un médico interno empujó las batientes puertas.

—¿Señor Kind? —Michael asintió con la cabeza—. Se está portando muy bien. La tenemos en la sala de partos. —Se pasó la palma de la mano por sus cortos cabellos—. Puede irse a casa y dormir un poco, si quiere. Le llamaremos en cuanto haya alguna novedad.

—Preferiría esperar aquí —dijo Michael.

El médico frunció el ceño.

—Podría tardar mucho, pero no hay inconveniente, desde luego.

Le mostró el camino hacia la sala de espera.

La estancia era pequeña, con suelo de oscuro linóleo muy encerado, que le recordó el asilo en que había muerto su abuelo. Había dos revistas sobre el sofá de mimbre, un ejemplar de Time de hacía tres años y un número de Yachting de hacía un año. La única luz procedía de una lámpara provista de una bombilla inadecuada.

Michael se dirigió al ascensor y oprimió el botón. El ascensorista mexicano continuaba sonriendo.

—¿Hay algún sitio donde pueda invitarle a una copa? —preguntó Michael.

—No, señor, no puedo beber mientras estoy de servicio. Pero si quiere cigarrillos, revistas y cosas así, hay un establecimiento abierto toda la noche a dos manzanas al norte.

En la planta baja, detuvo a Michael cuando éste se disponía a salir del ascensor.

—Dígale que va de mi parte, así me dará un puro la próxima vez que caiga por allí.

—¿Cómo se llama usted?

—Johnny.

Caminó lentamente, rezando, a través de la neblinosa oscuridad. Llegó al establecimiento y compró tres paquetes de Philip Morris, un Oh Henry y un Clark Bar, un periódico, Life, The Reporter y una novela de bolsillo.

—Johnny me ha indicado que viniese aquí —dijo al mozo, mientras esperaba la vuelta—. El del hospital.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Qué tabaco fuma? —preguntó Michael.

—¿Johnny? No creo que fume más que cigarrillos mexicanos.

Compró tres paquetes de cigarrillos mexicanos para Johnny.

La niebla seguía siendo espesa, pero comenzaba ya a apuntar la primera luz cuando volvía al hospital. «Oh, Dios —dijo en silencio—, haz que ella salga bien. La criatura también, pero si ha de ser uno de los dos, sálvala a ella. Amén».

Johnny aceptó encantado los cigarrillos.

—Está aquí su médico. Ha roto aguas ya —dijo. Miró dubitativamente la carga que llevaba Michael—. No estará aquí tanto tiempo —dijo.

—El médico joven ha dicho que tardaría bastante —dijo Michael.

—El médico joven… —rezongó Johnny—. Lleva aquí ocho meses. Yo llevo ya veintidós años.

Sonó el timbre llamada, y cerró la puerta del ascensor.

Abrió el periódico y trató de leer la columna de Herb Caen. A los dos minutos, volvió el ascensor. Johnny entró en la sala de espera y se sentó en una silla próxima a la puerta, desde la que podía oír el zumbador. Encendió uno de los cigarrillos mexicanos.

—¿A qué se dedica? —preguntó—. De profesión.

—Soy rabino.

—¿De veras? —Fumó en silencio unos momentos—. Quizá pueda usted decirme una cosa. ¿Es verdad que cuando un niño judío llega a cierta edad, celebran una fiesta y se convierte en un hombre?

—¿El *Bar misvá*? Sí, a los trece años.

—Bueno, ¿Y es verdad que todos los demás judíos van a la fiesta y llevan dinero y se lo dan al niño para que abra un negocio?

Antes de que hubiera terminado de reírse, apareció en el umbral una enfermera.

—Señor Kind —apuntó.

—Es rabino —dijo Johnny.

—Bueno, rabbi Kind, entonces —dijo ella cansadamente—. Enhorabuena, su esposa acaba de tener un niño.

Cuando se inclinó sobre ella para besarla, el olor a éter casi le cortó el aliento. Leslie tenía el rostro colorado, los ojos cerrados y parecía como si estuviese muerta. Pero abrió los ojos, le sonrió y, cuando él le cogió la mano, se la apretó con fuerza.

—¿lo has visto? —preguntó ella.

—Todavía no —respondió Michael.

—Oh, es encantador —murmuró Leslie—. Tiene pene. Le he pedido al médico que lo comprobara.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Michael, pero ella se había quedado dormida.

Entró el doctor Lubowitz, que aún no se había quitado la bata.

—¿Cómo está mi mujer? —le preguntó Michael.

—Muy bien. Los dos están muy bien. Estas mujeres… —dijo—. No quieren darse cuenta de que es más fácil criarlo una vez el niño está fuera. Hacen trabajar al médico como una mula.

Estrechó la mano de Michael y se marchó.

—¿Quiere verlo? —preguntó la enfermera.

Esperó fuera de la sala de niños mientras la enfermera cogía la cunita correspondiente. Luego, mientras sostenía al niño junto al cristal, Vio con sorpresa que era una criatura muy fea, con ojos que no eran más que unas rendijas hinchadas y enrojecidas y una nariz ancha y aplastada. «¿Cómo voy a quererle?», pensó. El niño bostezó, estiró los labios y mostró los sonrosados bordes de sus diminutas encías; luego, empezó a llorar, y Michael sintió que ya le quería.

Cuando salió del hospital, el sol estaba ya alto en el cielo. Se detuvo junto a la cuneta y, al poco tiempo, llamó a un taxi. Iba conducido por una rolliza mujer de grises cabellos. El coche estaba muy limpio. Había un ramillete de olorosas flores en un pequeño jarrón sujeto al respaldo del asiento delantero.«Zinnias» pensó.

—¿Adónde, señor? —preguntó la mujer.

Él la miró estúpidamente unos momentos. Luego, echó hacia atrás la cabeza y se echó a reír, deteniéndose cuando ella le miró asustada.

—No sé dónde he dejado mi coche —explicó.

# 34

Cuando, por la tarde, volvió al hospital, encontró a Leslie despierta. Se había maquillado, llevaba puesto un camisón adornado con lazos y lucía una cinta azul en sus bien peinados cabellos.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó mientras la besaba.

—¿Qué te parece Max?

—Es el nombre más feo e inadecuado que se me ocurre —respondió él, tremendamente complacido.

—A mí me gusta.

Volvió a besarla.

Una enfermera introdujo al niño en la habitación. Leslie le cogió cuidadosamente.

—¡Qué guapo es! —musitó, mientras Michael la miraba lleno de compasión.

Pero, a los pocos días, el aspecto del niño se modificó. Desapareció la hinchazón de sus párpados, dejando al descubierto unos ojos grandes y azules. La nariz, menos aplastada, adquirió más aspecto de nariz. El color rojizo que cubría su cuerpo fue sustituido por una delicada tonalidad blanco rosada.

—No es nada feo —dijo Michael, asombrado, una noche, con lo que le dio a su mujer algo en qué pensar.

El Plymouth fue, por fin, hallado con ayuda de la policía de San Francisco, aparcado donde lo habían abandonado. Sólo le faltaban los tapacubos, cuyo coste, además de la multa de quince dólares que tuvo que pagar tres días después por aparcamiento en zona prohibida (parada de taxis), Michael lo anotó jocosamente como gastos de parto.

Abe y Dorothy Kind no pudieron llegar a California a tiempo para presenciar la circuncisión de su nieto. Pero, si se perdieron el bris, no se perdieron el *Pidyón haben*. Dorothy se negó a subir en avión. Tomaron un departamento en el tren Ciudad de San Francisco. Durante tres noches y dos días, Dorothy hizo labor de punto a través de todo el país. Tres pares de botitas y un gorrito. Abe leía revistas, bebía whisky, discutía de la vida y de política con un pecoso empleado del coche cama llamado Oscar Browning y como estudioso del comportamiento humano, observaba con interés y admiración los progresos de un cabo de las Fuerzas Aéreas que, dos horas después de haber salido el tren de Nueva York, se sentó en el coche restaurante junto a una altiva rubia y al llegar a San Francisco estaba compartiendo ya su departamento.

Dorothy pareció sumirse en éxtasis al ver a su nieto.

—Parece un pequeño artista de cine —dijo.

—Tiene las orejas como Clark Gable —asintió Abe.

El abuelo tomó a su cargo la tarea de canturrear a Max después de cada toma,

extendiendo cuidadosamente un paño limpio sobre el hombro y la espalda para protegerse de los posibles vómitos, y terminando invariablemente con un manchón húmedo en su manga, a la altura del codo.

—Pisherké —le decía al niño, pronunciando la palabra con cariño y encono a partes iguales.

Dorothy y él se quedaron diez días en California. Asistieron a dos servicios del viernes por la noche en el templo, sentados muy tiesos, con su nuera entre los dos, haciendo como si no existieran los asientos vacíos que había a su alrededor.

—Debería haber sido locutor de radio —dijo Abe a Leslie en voz baja, después del primer sermón.

La noche anterior a su regreso a Nueva York, Michael y su padre salieron a dar una vuelta.

—¿Vienes, Dorothy? —preguntó Abe.

—No, id vosotros. Yo me quedaré con Leslie y Max —respondió ella, llevándose una mano al pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre de Michael frunciendo el ceño—. ¿Lo mismo que antes? ¿Quieres que llame a un médico?

—No necesito un médico —respondió Dorothy—. Iros, iros.

—¿Qué es lo mismo de antes? —preguntó Michael, cuando él y su padre estuvieron en la calle—. ¿Se ha encontrado mal?

—Ah —suspiró Abe—. Ella kvtjes. Yo kvetj. Nuestros amigos kvetj. ¿Sabes lo que es? Nos estamos haciendo viejos.

—Todos nos hacemos viejos —dijo Michael—. Pero mamá y tú no sois viejos. Apuesto a que todavía levantas pesas en tu dormitorio.

—Así es —admitió Abe, golpeándose el liso vientre con la mano.

—Me ha alegrado mucho estar contigo, papá —dijo Michael—. Me da pena que te vayas. No nos vemos con la suficiente frecuencia.

—Nos veremos más a partir de ahora —dijo Abe—. Voy a vender la fábrica.

Michael se llevó una gran sorpresa.

—Vaya, eso es grande —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—Viajar. Disfrutar de la vida. Proporcionar a tu madre alguna satisfacción. —Abe quedó unos momentos silencioso—. Ya sabes que nuestro matrimonio fue de esos que tardan en empezar a funcionar. Nos costó mucho tiempo llegar a apreciarnos el uno al otro. —Se encogió de hombros—. Quiero que ahora disfrute. Florida en invierno. En verano, pasaremos unas semanas con vosotros. Cada par de años un viaje a Israel para ver a Ruthie, si nos dejan los malditos árabes.

—¿Quién va a comprar la fábrica?

—Dos grandes empresas me han hecho ofertas en los dos últimos años. La venderé al mejor postor.

—Me alegro por vosotros —dijo Michael—. Parece perfecto.

—Lo imaginaba —dijo Abe—. Pero no se lo digas a tu madre.

Quiero que sea una sorpresa.

Por la mañana, se suscitó una discusión sobre si Michael debía llevarles al tren.

—No me gustan las largas despedidas en la estación —dijo Dorothy—. Dame un beso aquí, como un buen hijo, y deja que tomemos un taxi como personas razonables.

Pero Michael impuso su voluntad. Les llevó a la estación, y compró revistas y cigarros para su padre y una caja de bombones para su madre.

—¡Pero si no puedo comer bombones! —objetó—. Estoy a régimen. —Le dio un pequeño empujón—. Ahora, vete a casa —dijo—. O a tu templo. Márchate.

Él la miró, y decidió que sería mejor hacer lo que le decía.

—Adiós, mamá. Adiós, papá —dijo, besándoles en la mejilla. Se alejó rápidamente.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Abe, molesto—. Podría haberse quedado con nosotros otros diez o quince minutos.

—Porque no quiero echarme a llorar en una estación —respondió ella, echándose a llorar.

Se sentía mejor cuando subieron al tren. Dorothy estuvo haciendo punto, sin hablar apenas, hasta la hora de comer. Cuando se dirigían al coche restaurante, Abe vio que Oscar Browning, el mozo pecoso, iba también en el mismo tren.

—Hola, señor Kind —dijo el mozo—. Me alegro de que vuelva con nosotros.

—¿Cuánto le diste de propina al venir? —preguntó Dorothy al llegar al coche siguiente.

—No más de lo acostumbrado.

—Entonces, ¿Cómo es que te recuerda?

—Sostuvimos una larga conversación. Es un hombre inteligente.

—Seguro que sí —dijo ella.

En el restaurante, Abe pidió un filete y una botella de cerveza; Dorothy, sólo té y tostadas.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

Dorothy cerró los ojos. Tenía una línea blanca alrededor de la boca.

—No me encuentro bien. Náuseas. Es este tren. No deja de bambolearse de un lado a otro.

—Ya te dije que debíamos ir en avión —dijo Abe. La miró ansiosamente. Al poco rato, desapareció la línea blanca, y su rostro recuperó el color normal—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Dorothy le dirigió una sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano.

Llegó el camarero y dejó sobre la mesa lo que habían pedido.

Dorothy miró cómo comía Abe.

—Ahora me está entrando hambre —dijo.

—¿Quieres un filete? —preguntó Abe, aliviado—. ¿O un poco de éste?

—No —respondió ella—. Pídeme unas fresas, ¿Quieres?

Abe lo hizo, y las fresas llegaron cuando él estaba terminando su solomillo.

—Cuando te veo comer fresas pienso en aquella cesta y el ovillo de cuerda —dijo él.

—¿Te acuerdas, Abe? Entonces, tú me estabas cortejando, y salíamos siempre con aquella Helen Cohen, que vivía en la casa de al lado, y su amigo… ¿Cómo se llamaba?

—Pulda. Herman Pulda.

—Eso es, Pulda. Le llamaban Herky. Después, rompieron, y él entró en la carnicería de la avenida 16 y la calle 54. Carne no permitida. Pero, todas las noches, los dos solíais traernos una bolsa de fruta, no sólo fresas, sino también cerezas, melocotones, peras, piñas, todas las noches algo diferente. Y tú silbabas, y echábamos la cesta, sujeta con la cuerda, desde la ventana del tercer piso. Oh, me daba saltos el corazón.

—La ventana de tu habitación.

—A veces la de Helen. Era una chica muy guapa. Deslumbrante.

—No podía compararse contigo. Ni siquiera hoy.

—Bueno. No tienes más que mirarme —suspiró—. Parece que fue ayer, pero mírame, el pelo completamente gris y cuatro veces abuela.

—Preciosa. —Le pellizcó la polke por debajo de la mesa—. Eres una mujer muy hermosa.

—Estáte quieto —le reconvino ella.

Pero Abe se dio cuenta de que no le molestaba, y le dio otro pellizco antes de retirar la mano.

Después de comer, conversaron un rato, hasta que ella empezó a bostezar.

—¿Sabes qué me gustaría? —dijo Dorothy—. Echar una siesta.

—Pues échate una siesta —repuso Abe.

Dorothy se quitó los zapatos y se tumbó sobre el asiento.

—Espera un momento —dijo él—. Llamaré a Oscar para que te prepare la litera.

—No hace falta —respondió ella—. Tendrás que darle una propina.

—Se la daré de todos modos —dijo él, incomodado.

Dorothy se tomó dos tabletas de Bufferin y, después de que Oscar le hubo preparado la litera, se quitó el vestido y la faja, se acostó en ropa interior y durmió hasta que sonó la última llamada para la cena, cuando él la despertó con la mayor suavidad que pudo. En el coche restaurante, Dorothy pidió pollo frito, pastel de manzana y café. Por la noche, sin embargo, se agitaba y daba vueltas, impidiéndole también dormir a él.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Abe.

—No debería comer cosas fritas. Tengo acidez —respondió ella.

Abe se levantó y le dio un Alka Seltzer. Por la mañana se encontraba mejor. Fueron muy pronto al coche restaurante y tomaron zumo de frutas y café. Luego, volvieron a su departamento. Dorothy cogió de nuevo su labor de punto. Tenía un ovillo enorme de lana azul.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó él.

—Ganchillo, para Max.

Abe intentó leer mientras ella hacía punto, pero no era muy aficionado a la lectura y, además, estaba cansado de leer. Al poco rato, dio una vuelta por el traqueteante tren, terminando en el salón de caballeros, donde Oscar Browning estaba amontonando toallas y contando pequeñas pastillas de jabón.

—No tardaremos mucho en llegar a Chicago, ¿Verdad? —preguntó, sentándose junto al mozo.

—Unas dos horas, señor Kind.

—Yo vendía en esa ciudad hace años —dijo—. Marshal Field.

Carson, Pirie y Scott, Goldblatts. Es toda una ciudad.

—Sí, señor —dijo el mozo—. Yo vivo allí.

—¿Sí? —dijo Abe. Reflexionó unos momentos—. ¿Tiene hijos?

—Cuatro.

—Debe de ser duro estar viajando siempre.

—No es muy cómodo —convino el mozo—. Pero cuando vuelvo a casa, Chicago sigue en el mismo sitio.

—¿Por qué no se coloca en el mismo Chicago?

—Saco más en el ferrocarril de lo que podría ganar en Chicago.

Prefiero reunirme con mis cuatro chicos de vez en cuando, llevando dinero para comprarles zapatos, que verles todos los días, sin dinero para comprar zapatos. ¿No le parece?

—Me parece —dijo Abe.

Se echaron a reír.

—Debe de ver usted mucho mundo en un oficio como éste, —dijo Abe—. Hombres y mujeres de todas clases.

—A algunas personas, el viajar les produce desasosiego. Y un tren es peor que un barco. No hay muchas otras cosas que hacer.

Durante un rato, se estuvieron contando anécdotas y curiosidades de sus respectivas profesiones. Luego, Oscar acabó con las toallas y los jabones, y Abe volvió al departamento.

El ovillo de lana azul había rodado hasta la puerta al caerse del regazo de Dorothy.

—¡Dorothy! —dijo. Lo recogió y se lo llevó—. ¡Dorothy!

—Volvió a decir, sacudiéndola.

Pero se dio cuenta inmediatamente de lo que ocurría y se abalanzó sobre el timbre, llamando al mozo. Habría parecido que estaba dormida, si no fuese porque tenía los ojos abiertos. Miraban sin ver a la pared lisa y verde que tenían delante.

Oscar cruzó la abierta puerta.

—Diga, señor Kind. —Se quedó mirando un momento—. ¡Cristo bendito! —exclamó en voz baja.

Abe puso el ovillo sobre el regazo de su mujer.

—Señor Kind —dijo Oscar—. Será mejor que se siente, señor.

Cogió a Abe por el codo, pero Abe se soltó bruscamente.

—Voy a buscar un médico —dijo el mozo en tono vacilante.

Abe le oyó alejarse y, luego, se dejó caer de rodillas. A través de la alfombra que cubría el suelo, podía sentir la vibración de los raíles y las oscilaciones del tren. Cogió la mano inerte de su mujer y se la apoyó contra su húmeda mejilla.

—Voy a retirarme de los negocios, Dorothy —dijo.

# 35

Ruthie llegó diez horas después de haberse celebrado el funeral. Estaban sentados en taburetes en la salita de estar de los Kind cuando sonó el timbre. Ella entró y rodeó con sus brazos a Abe, que empezó a sollozar convulsivamente.

—No sé por qué he tocado el timbre —dijo.

Luego, empezó a llorar mansamente, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre.

Cuando se calmó, besó a su hermano, quien le presentó a Leslie.

—¿Qué tal está tu familia? —preguntó.

—Muy bien. —Se sonó y miró a su alrededor. Todos los espejos habían sido tapados a petición de Abe, pese a la insistencia de Michael de que no era necesario—. Ha terminado, ¿No?

Michael asintió con un movimiento de cabeza.

—Esta mañana. Te llevaré allí mañana.

—De acuerdo.

Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Estaba muy morena, y sus cabellos negros estaban surcados de hebras grises. La combinación de piel oscura y pelo entrecano resultaba muy atractiva, pero había engordado, y bajo la barbilla se le marcaba la papada. Y tenía las piernas más gruesas.

Michael observó con desaliento que ya no era su esbelta hermana americana.

Empezó a llegar gente.

A las ocho, el aposento estaba lleno. Las mujeres cubrieron la mesa de cosas para comer. Michael fue a su antigua habitación en busca de cigarrillos, y vio a dos de los clientes de su padre, sentados en la amplia cama, de espaldas a la puerta y bebiendo whisky.

—Es rabino y se casa con una schckseh. ¿Cómo se puede compaginar eso?

—¡Dios mío, vaya combinación!

Cerró suavemente la puerta, volvió a sentarse al lado de Leslie y la cogió de la mano.

A la una de la madrugada, cuando, por fin, todos se hubieron marchado, se sentaron solos en la cocina y tomaron café.

—¿Por qué no te vas a la cama, Ruthie? —dijo Abe—. Has hecho un largo viaje en avión. Tienes que estar agotada.

—¿Qué vas a hacer, papá? —le preguntó ella.

—¿Hacer? —repuso Abe. Sus dedos desmigajaron un pastelillo casero que había sido preparado por la mujer de uno de sus cortadores—. No hay problema. Mi hija, su marido y sus hijos van a trasladarse aquí desde Israel, y seremos muy felices. Voy a vender la fábrica. Habrá dinero suficiente para que Saul emprenda cualquier negocio.

Socios a partes iguales. O, si quiere consagrarse a la enseñanza, puede dedicarse a acrecentar sus conocimientos. Tenemos aquí chicos que necesitan profesores.

—Papá —dijo ella.

Cerró los ojos y movió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Para vivir en Israel no hace falta ser un pionero. Tú serías como Rockefeller. Si vienes conmigo, hay una casita cerca de la nuestra, con un pequeño patio encalado a la sombra de unos olivos —dijo—. Puedes tener un jardín. Puedes hacer ejercicio al sol con tus pesas. Tus nietos irán todos los días a enseñarte hebreo.

Abe rió sin alegría.

—Deja que tu hija se case con un extranjero. —La miró—. Escribiría montones de cartas. Demasiadas cartas. Tardaría diez días en saber si los Yankees ganan a los Red Sox o los Red Sox ganan a los Yankees. Y a veces juegan dos partidos en un mismo día.

—Ni siquiera se puede adquirir allí un ejemplar del Women’s Wear Daily. Lo sé; lo intentamos la última vez mamá y yo…

Se puso en pie y se dirigió rápidamente al cuarto de baño.

Nada más cerrar la puerta a su espalda, oyeron el ruido del agua.

Hubo un silencio.

—¿Qué tal está ahora la instalación de fontanería por allí? —preguntó Michael.

Ruthie no sonrió.

A Michael le pareció que no recordaba, pero sí lo recordó enseguida.

—Ya no me importa en absoluto —repuso—. No sé si eso quiere decir que ha mejorado o que me he acostumbrado. —Miró en la dirección por la que había salido su padre y movió la cabeza—. ¿Qué sabéis vosotros? —prosiguió en voz baja—. ¿Qué sabéis realmente vosotros? Si supieseis, si comprendieseis realmente, estarías allí en vez de aquí.

—Papá lo ha dicho —dijo Michael—. Somos americanos.

—Pues mis hijos son judíos lo mismo que vosotros americanos —respondió ella —. Sabían lo que había que hacer cuando llegaron los aviones. Corrieron como diablos hacia el refugio y entonaron canciones hebreas.

—Gracias a Dios que ninguno de vosotros resultó herido —dijo Michael.

—¿Dije yo eso? —exclamó ella—. No, sé que no. Yo dije que estábamos todos bien, y lo estamos ahora. Saul perdió un brazo. El derecho.

Leslie dio involuntariamente un respingo. Michael se sintió cansado y enfermo.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el codo.

Había querido decir dónde había ocurrido, y así lo comprendió ella al ver que no decía nada.

—En un lugar llamado Petá Tikvá. Estaba con los Irgun Zve Leumí.

Leslie se aclaró la garganta.

—¿los terroristas? Quiero decir… ¿No eran una especie de organización clandestina?

—Lo eran al principio, con los ingleses. Después, durante la guerra, pasaron a formar parte del ejército regular. Fue entonces cuando Saul estuvo con ellos. Por muy poco tiempo.

—¿Vuelve a dedicarse a la enseñanza? —preguntó Leslie.

—Oh, sí. Casi siempre. La falta de un brazo le permite imponerse más fácilmente a los niños. A sus ojos, es un gran héroe.

Apagó su cigarrillo y les dirigió una inexpresiva sonrisa.

La mañana siguiente a la terminación del período de *Shivá*, Abe y Michael acompañaron a Ruthie a Idlewild.

—¿Vendrás de visita por lo menos? —preguntó Ruthie a Abe mientras le besaba.

—Veremos. Recuerda la fecha. No te olvides de decir el yahrzeit. —Ella le abrazó —. Iré —afirmó.

—Es una pena —dijo Ruthie al abrazar a Michael, poco antes de subir al avión—. No te conozco a ti ni a tu familia, y tú no me conoces a mí ni a mi familia. Tengo la impresión de que nos encontraríamos agradables unos a otros.

Le besó en la boca.

Se quedaron mirando hasta que el avión desapareció en el firmamento. Luego, volvieron al coche.

—¿Y ahora? —preguntó Michael, mientras marchaban por la carretera—. ¿Qué te parece California? Serás bien recibido en nuestra casa. Ya lo sabes.

Abe sonrió.

—¿Te acuerdas de tu Zaydeh? No. Pero…, gracias.

Michael no apartó la vista del tráfico.

—Entonces…, ¿Qué? ¿Florida?

Su padre suspiró.

—Sin ella, no. Sería incapaz. Iré a Atlantic City.

Michael emitió un gruñido.

—¿Qué hay allí?

—Conozco a gente que se ha retirado y vive allí. Conozco a otras personas que no se han retirado todavía, pero que van allí a pasar el verano. Fabricantes de ropas. Gente de mi clase. Acompáñame allí mañana —añadió—. Ayúdame a elegir un lugar para vivir.

—De acuerdo —dijo Michael.

—Me gustan las olas. Y toda esa maldita arena.

Le encontraron un dormitorio, cocina, pequeña sala de estar y cuarto de baño en

un hotel residencial, pequeño pero bueno, de Ventnor, a dos manzanas de distancia de la playa. Estaba amueblado.

—Es caro, pero ¡qué diablos! —dijo Abe. Sonrió—. Tu madre se había vuelto un poco tacaña los últimos cuatro o cinco años. ¿lo sabías?

—No.

—¿Quieres las cosas que hay en el apartamento? —preguntó Abe.

—Escucha… —dijo Michael.

—Yo no las quiero. Ninguna. Si las quieres tú, llévatelas. Un agente venderá el apartamento.

—Está bien —asintió Michael al cabo de un rato—. Quizá la cama del Zaydeh.

Se sentía furioso, sin saber por qué.

—Lo demás también. Lo que no puedas usar, regálalo.

Después de comer, dieron un largo paseo. Se detuvieron un rato en una subasta simulada, donde se vendían objetos a tres veces su valor; luego, se sentaron bajo un deslumbrante sol de mediodía, contemplando el río de gente que pasaba ante ellos.

A quince metros de distancia, dos buhoneros, separados por un puesto de cervezas, libraban una batalla de simbolismo sexual. Un hombre en mangas de camisa y tocado con sombrero de paja pregonaba sus perritos calientes.

—Aquí está la salchicha más grande del mundo, caliente y con cuarenta y cinco deliciosos centímetros de longitud —gritaba el hombre.

—Globos de todos los colores, redondos, atractivos, saltarines, alegres y bellos —le respondía un hombre de baja estatura y aire de italiano, que llevaba un jersey azul roto.

Un negro sudoroso empujaba una silla de ruedas, en la que estaba sentada una señora muy gruesa con un niño desnudo en brazos.

Una banda de muchachitas pasó en traje de baño, haciendo oscilar sus esqueléticas caderas en una imitación patética de la voluptuosa rotación que imprimían a sus grupas sus artistas favoritas de Hollywood.

En alas de la brisa salina llegó desde un kilómetro y medio de distancia el rumor ronco de una multitud lejana y gritos apagados de terror.

—Ha saltado al yam, al mar, en su caballo —dijo Abe, con satisfacción. Hizo una profunda inspiración—. Un verdadero placer —agregó.

—Quédate aquí —dijo Michael—. Pero, cuando te aburras, recuerda que también tenemos playas en California.

—Iré a visitaros —dijo Abe. Encendió un cigarro—. No olvides que aquí puedo montar en el coche y visitar su tumba cuando quiera. Eso no lo puedo hacer en California.

Quedaron unos momentos en silencio.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Abe.

—Mañana —repuso Michael—. Tengo una congregación. No puedo dejarla desatendida. —Hizo una pausa—. Si es que estás bien.

—Estoy perfectamente.

—Papá, no vayas continuamente a visitar la tumba.

Abe no contestó.

—No le hará ningún bien a nadie. Sé lo que me digo.

Abe le miró y sonrió.

—¿A qué edad tiene que empezar el padre a obedecer al hijo?

—A ninguna —respondió Michael—. Pero yo veo la muerte, en ocasiones, hasta media docena de veces por semana. Sé que no compensa a los vivos que se sacrifiquen. No puedes volver atrás el reloj.

—¿No te deprime tu oficio?

Michael miró a un turco sudoroso, tocado con un Fez que parecía demasiado pequeño para su cabeza rechoncha y calva, que rodeaba con su brazo a una delgada pelirroja que aparentaba dieciséis años. Mientras andaban, la muchacha levantaba la mirada hacia el hombre gordo. «Su padre, tal vez», pensó esperanzadamente Michael.

—A veces —repuso.

—La gente acude a ti acosada por la muerte y la enfermedad.

Un muchacho que se encuentra en dificultades con la lev. Una muchacha que se ha quedado embarazada detrás del granero.

Michael sonrió.

—Ya no, papá. Hoy sucede eso, pero no detrás del granero. En los coches.

Su padre agitó la mano, haciendo caso omiso de la distinción.

—¿Y cómo ayudas a esa gente?

—Hago lo que puedo. A veces, consigo ayudar. Muchas otras veces, no. A veces, nadie puede ayudar. Sólo el tiempo y Dios.

Abe asintió con la cabeza.

—Me alegro de que lo comprendas.

—Pero siempre escucho. Eso es algo. Puedo ser un oído.

—Un oído. —Abe miró al mar, donde se veía un barco aparentemente inmóvil, una manchita negra en el horizonte azul—. Supón que acudiese a ti un hombre y te dijese que estaba viviendo con sus rodillas hundidas entre cenizas. ¿Qué le dirías?

—Tendría que saber más —dijo Michael.

—Imagina un hombre que hubiera vivido como un animal la mayor parte de su vida. Luchando como una fiera para ganar dinero. Precipitándose tras las mujeres. Corriendo como un caballo de carreras, dando vueltas continuamente sin tener un jockey encima.

—Y supón —añadió en voz baja— que despertase una mañana y descubriese que se había convertido en un viejo, que todo lo que quería había muerto y que no tenía a

nadie que le quisiera realmente.

—¡Papá!

—Digo que le quisiera realmente, de tal modo que él fuese lo más importante en la vida de la otra persona.

A Michael no se le ocurría nada que decir.

—Tú me viste una vez en un momento terrible para ti —dijo su padre.

—No empieces otra vez con eso.

—No. No —dijo Abe, hablando rápidamente—, pero sólo quiero decirte que no fue la primera vez que poseía a otras mujeres mientras estaba casado con tu madre. Ni la última. Ni la última.

Michael agarraba con fuerza, con sus nudillos, los bordes de su silla.

—¿Por qué sientes la necesidad de descargar eso sobre mí? —dijo.

—Quiero que comprendas —repuso Abe—. En un momento determinado, todo aquello cesó. —Se encogió de hombros—. Quizá mis glándulas, quizás el cambio de vida. Se me ocurren hasta media docena de posibilidades. Pero me detuve y me enamoré de tu madre.

—Nunca tuviste oportunidad de conocerla, de conocerla realmente. Ni tampoco Ruthie. Pero ahora es peor para mí. ¿Puedes comprender eso, rabbi? ¿Puedes comprenderlo, melumad, mi hombre sabio? No la tuve durante mucho tiempo, la tuve luego por un poco de tiempo solamente, y ahora se ha ido ya.

—¡Papá! —exclamó Michael.

—Cógeme la mano —dijo su padre.

Michael vaciló. Abe alargó el brazo y cogió la mano de su hijo en la suya.

—¿Qué pasa? —preguntó con aspereza—. ¿Temes que nos tomen por invertidos?

—Te quiero, papá —dijo Michael.

Abe le apretó la mano.

—Calla —dijo.

Las gaviotas describían círculos en el aire. Pasaba la gente. Se veían muchos feces, toda una convención de turcos. Poco a poco, se iba acercando el barco negro.

«Hay muchos pretendientes al título, pero sólo ésta es la mayor salchicha del mundo».

La muchacha del caballo debía de haber saltado de nuevo al mar. Se oían, lejos, débiles gritos. Frente a ellos, sus sombras se iban haciendo más largas y menos nítidas.

Cuando llegó el momento de marcharse, Abe llevó a Michael al puesto de cervezas y levantó dos dedos. Detrás del mostrador había una muchacha de pelo castaño y aire aburrido, una chica ordinaria, de unos dieciocho años, de tipo atractivo, pero con dientes torcidos y facciones irregulares.

Abe la miró mientras retiraba los vasos de la bandeja y accionaba la espita.

—Me llamo Abe.

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas tú?

—Sheila. —Tenía hoyuelos en las mejillas.

Los midió con el pulgar y el índice; luego, se acercó al hombre de los globos, compró uno de un vivo color rojo, volvió y ató el hilo en torno a la muñeca de la muchacha, de modo que el globo flotaba sobre ellos como un ensangrentado astro.

—Éste es mi hijo. Mantente alejada de él. Está casado.

Ella cogió fríamente el dinero que le tendía y le dio la vuelta. Cuando se separó de la caja registradora, reía y se movía más sinuosamente que antes, con el globo balanceándose sobre ella, un poco hacia atrás.

Abe acercó a Michael un vaso grande de cerveza.

—Para la carretera —dijo.

## 36

La vida, empezaba a comprender, era una serie de compromisos. El rabinato del templo Isaías no había dado los resultados que esperara, con enjambres de personas sentadas a sus pies para escuchar sus brillantes interpretaciones actualizadas de la sabiduría talmúdica. Su esposa era ya madre, y, a veces, buscaba subrepticiamente en sus ojos a la muchacha con la que se había casado, la que se había estremecido cuando él la miraba de cierta manera. Ahora, cuando por las noches hacían el amor, se oía a veces un débil llanto en la otra habitación. Entonces, Leslie se apartaba con brusquedad y corría hacia el niño, y él se quedaba tendido en la oscuridad, odiando a la criatura que amaba.

Llegaron las grandes festividades, y el templo desbordó de personas que recordaron súbitamente que eran judías y que había llegado el momento de henchirse de arrepentimiento para otro año. La vista del abarrotado templo le excitó y le colmó de nueva esperanza y de la firme resolución de acabar ganándoselos a todos al fin.

Decidió realizar un nuevo intento mientras estaba todavía fresco en sus mentes el sermón de *Yom Kippur*. Uno de sus antiguos profesores, el doctor Hugo Nachmann, estaba pasando una temporada en la sección de Los Ángeles del Instituto rabínico. El doctor Nachmann era un experto en el período de los manuscritos del mar Muerto. Michael le invitó a que acudiera a San Francisco para dar una conferencia en el templo.

Asistieron a la conferencia dieciocho personas. Michael observó que menos de la mitad de ellas eran miembros del templo. Dos de los asistentes resultaron ser periodistas científicos que habían acudido para entrevistar al doctor Nachmann sobre los aspectos arqueológicos del descubrimiento de los manuscritos.

El doctor Nachmann hizo fáciles las cosas para los Kind.

—Esto no es nada raro, ya saben —dijo—. Simplemente, en ciertas noches, la gente no siente ningún interés por las conferencias. Ahora, si se les hubiera ofrecido una cena con baile…

A la mañana siguiente, apoyado en la cerca que rodeaba a la semiterminada iglesia, Michael se encontró a sí mismo hablándole de ello al padre Campanelli.

—Sigo fracasando —dijo—. No hago nada que les haga entrar en el templo.

El sacerdote se acarició la sonrosada marca que tenía en la cara.

—Muchas mañanas, doy gracias a Dios por los días de precepto —dijo con suavidad.

Una mañana, varias semanas después, Michael yacía tendido en la cama, ligeramente abatido ante la perspectiva de un nuevo día. Sabía lo suficiente acerca de la psicología de la frustración personal para comprender que su estado de ánimo era un remanente del funeral de su madre, pero ello no le servía de consuelo mientras

yacía con el pensamiento ausente, buscando alivio en el cálido muslo de su mujer y mirando una grieta que había en el techo de la habitación.

Había pocas cosas en el templo Isaías que le atrajesen lo suficiente como para hacerle saltar de la cama; ni siquiera un suelo limpio, se dijo a sí mismo.

Justo antes de las fiestas, el celador del templo, un desdentado mormón que durante tres años había cuidado de la limpieza del local, había anunciado que se retiraba a la casa de su hija, en Utah, para calmar su ciática y reavivar su espíritu. El Consejo del templo, con el que se reunía muy raramente, no se había mostrado muy activo en la tarea de reemplazarle. Mientras Phil Golden rezongaba y se encolerizaba, la plata y el bronce permanecían sin abrillantar y la cera amarilleaba en los suelos. Michael podía haber contratado un celador, seguro de que los cheques de su sueldo habrían sido extendidos por orden del rabino. Pero contratar un nuevo celador era misión del consejo del templo. «Por lo menos, mantendrían ese compromiso con el templo», pensó sombríamente.

—Levántate —dijo Lesslie, encogiendo la cadera.

—¿Por qué?

Pero setenta minutos después estaba aparcando su coche a la puerta del templo. Para su sorpresa, la puerta estaba abierta. Dentro, oyó el ruido de un cepillo de fregar contra el linóleo y, siguiendo el sonido escaleras abajo, vio al hombre que, vestido con un mono blanco manchado de pintura, fregaba el suelo, apoyado en las manos y las rodillas.

—Phil —dijo Michael.

Golden se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Me he olvidado de traer los periódicos —dijo—. Cuando usted era niño, ¿Fregaba su madre los suelos los jueves por la tarde y extendía luego periódicos?

—Los viernes —repuso Michael—. Los viernes por la mañana.

—Los viernes por la mañana, ella preparaba chaleh.

—¿Qué está usted haciendo? ¿Un decrépito momser como usted fregando suelos? ¿Quiere que le dé un ataque al corazón?

—Tengo un corazón de toro —replicó Golden—. Un templo tiene que estar limpio. No puede tener usted un templo sucio.

—Pues que contraten un celador. Contrate uno usted mismo.

—Ya cuidarán de ello al cabo de algún tiempo. Empiece a hacer cosas por ellos, y nunca se molestarán en pensar en el templo. Entretanto, los suelos estarán limpios.

Michael movió la cabeza.

—Phil, Phil…

Dio media vuelta y subió la escalera. En su despacho se quitó la chaqueta y la corbata y se remangó la camisa. Luego, rebuscó en varios armarios, hasta que encontró otro cubo con su cepillo.

—Ustedes, no —protestó Golden—. ¿Quién necesita ayuda?

¡Usted es el rabino!

Pero ya estaba arrodillado en el suelo, haciendo girar el cepillo en el agua jabonosa. Suspirando, Golden volvió a su cubo. Fregaron juntos. Los dos cepillos sonaban amistosamente. Golden empezó a cantar trozos de ópera en voz baja.

—Le hago una carrera hasta el final del pasillo —dijo Michael—. El que pierda irá a buscar café.

—Nada de carreras —dijo Phil—. Eso son juegos de chicos. Hay que trabajar.

Golden llegó el primero al final del corredor y, de todas formas, salió a buscar café. Pocos minutos después, sentados en un aula vacía, de las destinadas a las clases de hebreo, lo tomaron lentamente, y se miraron el uno al otro.

—Esos pantalones —dijo Phil—. Que no los vea la rabbitzen, la esposa del rabino.

—Así verá que por fin me gano el dinero que me da el rabinato.

—Se lo está ganando usted todos los días.

—No. Vamos, Phil. —Agitó el café en su vaso de papel—. No hago otra cosa que estudiar el *Talmud*. Me paso todo el día con los libros, buscando a Dios.

—¿Y?

—Si lo encuentro, mi congregación no se enterará hasta el próximo *Yom Kippur*.

Golden sonrió y, luego, suspiró.

—Ah, intenté decírselo —dijo—. Es esa clase de congregación.

—Puso la mano sobre el hombro de Michael—. Le quieren. Tal vez no lo crea, pero le quieren mucho. Van a ofrecerle un contrato por bastante tiempo. Con un sustancioso aumento anual.

—¿Para qué?

—Para que esté aquí. Para que sea su rabino.

Tal como ellos lo entienden, desde luego, pero su rabino. ¿Es mala cosa para un rabino tener seguridad económica y poder dedicar todavía al estudio la mayor parte de su tiempo?

Cogió el vaso de papel de la mano de Michael y lo echó al cesto, juntamente con el suyo.

—Permítame que le hable como si fuera usted uno de mis hijos —dijo—. Ésta es una buena posición. Descanse. Viva cómodamente. Enriquézcase. Deje que su hijo crezca con el resto de los lujuriosos y vaya a Stanford y desee solamente que viva bien.

Michael no dijo nada.

—Dentro de otro par de años, le compraremos un coche. Y después una casa.

—¡Dios mío!

—¿Quiere trabajar? —dijo Golden—. Pues vamos a fregar más suelos. —Su risa

sonaba como un redoble de tambor—. Le garantizo que cuando diga a ese piojoso consejo quién ha hecho hoy de celador, se apresurarán a contratar mañana mismo a un hombre con carácter permanente.

Al día siguiente, sus músculos se resentían del desacostumbrado ejercicio. Se detuvo en Santa Margarita y se apoyó en la valla, mirando a los obreros que hormigueaban por el nuevo edificio. Los agarrotados tendones de sus muslos le hacían sentir una nueva afinidad con los trabajadores del mundo. El padre Campanelli no estaba allí. Ahora, el sacerdote salía raras veces a vigilar el trabajo; permanecía dentro de la vieja iglesia, atento al momento en que oyera el sonido de la bola de hierro.

Michael no podía censurarle. La iglesia nueva tenía un tejado que parecía un sombrero hongo de cemento. Sus paredes, de vidrio coloreado, se inclinaban hacia dentro en ángulo agudo, haciendo que aquella parte del edificio semejara un gigantesco cucurucho de helado con la punta rota. Un corredor de aluminio y cristal conducía a una edificación circular que tenía todo el aspecto espiritual de una central eléctrica. Sobre el tejado de la redonda estructura, los obreros estaban levantando una reluciente cruz de aluminio.

—¿Cómo está? —gritó uno de los hombres que se hallaban en el tejado.

Un hombre que se encontraba cerca de Michael se echó hacia atrás el sombrero y levantó la mirada.

—Muy bien —respondió.

«Muy bien», pensó Michael.

Ahora, nadie podría distinguirlo de un puesto de venta de salchichas.

Se alejo, sabiendo que no volvería por la misma razón por la que el sacerdote no iba ya a contemplar los trabajos. Era una casa de culto concebida sin el más mínimo gusto.

De todas maneras, no había nada más que mirar; estaba terminada.

También su investigación sobre arquitectura religiosa estaba terminada. Había obtenido lo que le parecía una razonable imagen verbal de lo que debía ser una moderna casa de oración. Puesto que la antigua iglesia de San Jeremías podía hacer frente cómodamente a las poco exigentes necesidades del templo Isaías, no parecía haber nada más que hacer con los datos acumulados: sólo publicarlos. Escribió un artículo que envió al periódico de la Conferencia Central de Rabinos Americanos, donde posteriormente fue publicado. Remitió ejemplares del periódico a su padre, a Atlantic City, y a Ruthie y Saul, a Israel; luego, metió todas sus notas en una caja de cartón y las llevó a casa, donde las guardó en el pequeño desván, de la cómoda del apartamento de sus padres, que Leslie y él no habían podido decidirse a vender.

Terminado su proyecto, se encontró con más tiempo libre que nunca. Una tarde, llegó a casa a las dos y media, y encontró a Leslie confeccionando la lista de

compras.

—Hay carta —dijo ella.

Había llegado el nuevo contrato, tal como había aventurado Phil Golden. Lo examinó y vio que era muy generoso; abarcaba un lapso de tiempo de cinco años, y contenía un sustancioso aumento de sueldo al comienzo de cada año. Michael comprendió que al término de los cinco años habría un contrato vitalicio.

Leslie lo leyó sin hacer ningún comentario cuando él lo dejó sobre la mesa.

—Es tan bueno como una renta vitalicia —dijo Michael—. He estado pensando en empezar a escribir un libro. Tengo tiempo de sobra.

Ella asintió con la cabeza y volvió a ocuparse de la lista de compras.

Michael no firmó el contrato. En vez de ello, lo guardó en el cajón superior de la cómoda, en el dormitorio, debajo de su caja de gemelos.

Volvió a la cocina y se sentó a la mesa con Leslie, fumando y mirándola.

—Iré yo a hacer las compras —dijo.

—Puedo ir yo. Debes de tener muchas cosas que hacer.

—No tengo nada que hacer.

Leslie le miró y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión.

—Está bien —dijo.

La carta llegó dos días después.

*Rabbi Michael Kind*
*Templo Isaías*
*20103 Hathaway Street*
*San Francisco, California*

*Estimado rabbi Kind:*
*23 Park Lane*
*Wyndham, Pensilvania*
*3 de octubre de 1953*

*El consejo ejecutivo del templo Emeth, de Wyndham, ha leído con interés su sugestivo articulo publicado en el excelente periódico de la CCRA, recientemente fundado.*

*El templo Emeth es una congregación Reformista establecida hace sesenta y un años en la comunidad universitaria de Wyndham, a cuarenta kilómetros al sur de Filadelfia. El número de sus miembros no es muy extenso, pero durante los últimos anos hemos desbordado las posibilidades de nuestro edificio, construido hace veinticinco anos. Enfrentados a la necesidad de decidir lo que debería ser un nuevo templo, hemos encontrado su articulo particularmente fascinante. Desde su publicación, ha sido aquí el tema de numerosas discusiones.*

*El 15 de abril de 1954, el rabbi Philip Kirschner, nuestro dirigente religioso durante los últimos dieciséis anos, comienza lo que espera haya de ser un feliz y sosegado retiro en su ciudad natal de St. Louis, Missouri Estamos buscando para sustituirle a quien sea, a la vez, un inspirado dirigente religioso y un hombre que haya reflexionado sobre la clase de lugar que debe ser un templo judío en la América moderna.*

*Le quedaríamos sumamente agradecidos si nos dispensara una oportunidad de tratar este tema con usted. Yo estaré en Los Ángeles del 15 al 19 de octubre para asistir a la reunión anual de la Asociación de Idiomas Modernos. Si usted pudiera acudir a Los Ángeles durante este periodo, a expensas del templo Emeth, le agradeceríamos que lo hiciese. Si ello es imposible, tal vez pueda ir yo a San Francisco.*

*He notificado al Comité de Colocación de la Asociación de Congregaciones Hebreas Americanas nuestra intención de tratar con usted acerca de nuestra necesidad de un rabino. En espera de sus noticias, le saluda muy atentamente.*

*(Firmado) Dr. FELIX SOMMERS*
*Presidente*
*Templo Emeth*

—¿Vas a ir? —preguntó Leslie, cuando le enseñó la carta.

—Supongo que no pasaría nada si fuera a verle —repuso Michael.

La noche en que regresó de Los Ángeles entró sigilosamente, esperando que estuviese dormida, y la encontró tendida en el sofá, viendo el programa final de la televisión. Leslie le hizo sitio, y él se echó a su lado y le dio un beso.

—¿Bien? —dijo ella.

—Serían mil dólares menos de lo que gano ahora. Y el contrato sería por un año.

—Pero puedes tenerlo, si quieres.

—Habría el acostumbrado sermón de prueba. Pero puedo tenerlo, si quiero.

—¿Qué vas a hacer?

—Leslie, ¿Qué quieres tú que yo haga? —preguntó Michael.

—Eso tienes que decidirlo tú mismo —respondió Leslie.

—¿Sabes lo que les ocurre a los rabinos que recorren una serie de contratos a corto plazo? Se convierten en pelotas de fútbol. Solamente les aceptarán las congregaciones problema, y eso con sueldos mínimos. Como la de Cypress, Georgia.

Leslie no respondió.

—Le he dicho ya que iremos.

Leslie volvió bruscamente la cara, de modo que lo único que él podía verle era la nuca. Alargó la mano y le acarició el pelo.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿la idea de enfrentarte con otro lote de mujeres? ¿los

yentehs?

—Al diablo los yentehs —dijo ella—. Siempre habrá gente para la que tú y yo seamos dos ejemplares raros. Eso no importa. —Se volvió y le rodeó con sus brazos —. Lo que importa es que harás algo más que recibir un buen sueldo por ser rabino sólo de nombre. Porque tú eres mucho mejor que eso, ¿No lo comprendes?

Michael notaba en el cuello el húmedo contacto de su mejilla y se sintió lleno de admiración.

—Tú eres la parte mejor de mí mismo —dijo—. Lo más excelente.

Estaba rodeándola también con sus brazos, para impedir que se cayera del estrecho sofá, y la apretó con fuerza.

Leslie le puso las yemas de los dedos sobre la boca.

—Lo que importa es que se trata de algo que quieres realmente hacer.

—Así es —respondió él, acariciándola.

—Estoy hablando de Pensilvania —dijo ella, al cabo de un rato.

Pero dio la vuelta en sus brazos y levantó ansiosamente la cara.

Más tarde, en la cama, cuando él se estaba quedando dormido, ella le tocó en el hombro.

—¿le has hablado de mí? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir.

—Oh. —Levantó la vista hacia el techo, en la oscuridad—. Sí, lo hice.

—Eso está bien. Buenas noches, Michael.

—Buenas noches, Leslie.

# 37

Fue sólo para pronunciar el sermón de prueba, y le agradó lo que vio cuando el comité designado para recibirle le llevó desde la estación del ferrocarril hasta la casa del doctor Sommers, para cenar antes del servicio del *Shabbat*. Era una ciudad pequeña, de aspecto engañosamente sosegado vista desde el automóvil, como suelen ser la mayoría de las ciudades universitarias. Había cuatro librerías y un tablón verde en la plaza de la ciudad, donde se anunciaban próximos conciertos y exposiciones de arte, y por doquier se veía gente joven. El aire palpitaba con el frío del otoño y la energía de los estudiantes. Sobre el estanque que se abría en el centro de los terrenos de la universidad había una delgada película de hielo. Las desnudas ramas de los majestuosos árboles se extendían rígidas y llenas de belleza.

Durante la cena, los dirigentes del templo le asediaron a preguntas respecto a sus ideas en relación con el nuevo edificio que proyectaban construir. Sus largas semanas de solitaria investigación le suministraban abundantes argumentos, y la franca admiración con que fueron acogidas sus palabras le hizo levantarse de la mesa rebosante de confianza en sí mismo, por lo que, cuando más tarde subió al *Bemá*, se encontraba en inmejorables condiciones para pronunciar un deslumbrante sermón. Les habló de por qué una antigua religión podía sobrevivir a todas las cosas que conspiraban en el mundo para extinguirla.

Cuando, a la tarde siguiente, se marchó de Wyndham, sabía ya que el puesto era suyo y, cuando menos de una semana después, recibió la llamada, no le produjo ninguna sorpresa.

En febrero, Leslie, él y el niño estuvieron cinco días en Wyndham. Pasaron la mayor parte del tiempo con agentes de fincas. Al cuarto día encontraron la casa, un edificio de estilo colonial, con ladrillos rojos y negros y remozado tejado de pizarra gris. El precio estaba dentro de los límites señalados por ellos, dijo el agente, porque la gente quería más de dos dormitorios. Había otros inconvenientes. Los techos eran altos, y las habitaciones serían difíciles de limpiar. No había trituradora de basuras ni lavaplatos, cosas ambas que tenía la casa de San Francisco. La instalación de fontanería era muy vieja, y las cañerías emitían gorgoteantes sonidos. Pero los suelos eran de madera de roble y habían sido amorosamente conservados. Había una vieja chimenea de ladrillo en el dormitorio principal, y otra de mármol en la salita de estar. Las altas ventanas de la fachada principal, de dieciocho cristales, daban sobre los terrenos de la universidad.

—Oh, Michael —dijo Leslie—. Es maravillosa. Esta casa puede ser nuestro hogar hasta que nuestra familia se haga demasiado numerosa. Max podría ir a la universidad desde aquí.

Esta vez, Michael tenía motivos para hacer algo más que asentir con la cabeza,

pero sonrió mientras extendía un cheque para el agente de fincas.

En Wyndham, estuvo desde el principio muy atareado. Al cabo del día, había hablado con infinidad de personas. Hillel y la Federación Sionista Intercolegial de América tenían sucursales en la universidad, y se hizo capellán de ambas organizaciones. De vez en cuando, realizaba viajes con varios miembros del comité de edificación, inspeccionando los templos nuevos de otras comunidades. Leslie se matriculó en la universidad como estudiante especial de lenguas semíticas, y, dos veces a la semana, estudiaban juntos con varios de sus condiscípulos. El templo Emeth era una congregación intelectual encuadrada en una comunidad intelectual, y Michael se encontró con que pasaba la mayor parte del tiempo en discusiones con grupos similares de estudio. Observó que las reuniones de sociedad se asemejaban a las sesiones, enconadamente polémicas, de los antiguos talmudistas, con la diferencia de que estos modernos discípulos discutían sobre profetas tales como Teller, Oppenheimer o Herman Kahn. Las funciones sociales de las hermandades, tanto masculina como femenina, atraían a numerosos miembros. Los Kind se encontraron participando en una gran diversidad de actos; una noche de invierno sirvieron de carabinas a un grupo de jóvenes esquiadores en trineo, cogidos de la mano mientras se deslizaban sobre la nieve y confiando en que las risas contenidas y los crujidos de paja que sonaban a su alrededor en la oscuridad fueran sonidos de inocente diversión.

Las semanas transcurrieron tan rápidamente que Michael se quedó sorprendido cuando el Consejo del templo le ofreció un nuevo contrato. Había pasado un año. El nuevo documento preveía una duración de dos años. Lo firmó sin vacilar. El templo Emeth era suyo.

Los viernes por la noche asistía bastante gente al servicio, y su sermón promovía animadas discusiones en el Oneg *Shabbat*. Cuando llegaron Rosh ha Shaná y *Yom Kippur*, se vio obligado a celebrar los servicios en sesiones dobles.

En medio del segundo servicio del último día de *Yom Kippur*, recordó súbitamente cuán solitario y ocioso había estado en San Francisco.

Daba algunos consejos matrimoniales, los menos posibles. Descubrió que él tenía su propio problema matrimonial. El mes siguiente a su traslado a Pensilvania, él y Leslie decidieron que Max era lo bastante mayor como para tener un hermano o una hermana y dejaron de aplicar el control de la natalidad, en la confiada esperanza de que la creación, una vez lograda, se duplica fácilmente.

Leslie envolvió el diafragma en polvos de talco y guardó la cajita en la cómoda de madera de cedro, juntamente con las mantas sobrantes. Hacían el amor dos o tres veces a la semana, llenos de esperanza, y, cuando hubo pasado un año, Michael se encontró con que, por las noches, cuando se separaba de su mujer y ésta, despreciando ulteriores caricias, le daba la espalda y se disponía a dormir, él continuaba despierto en la cama.

En vez de dormirse, miraba a la oscuridad y veía los rostros de niños no nacidos y se admiraba de que fuese tan difícil hacer llegar a uno de ellos al mundo.

Rezaba a Dios suplicando ayuda y, después, entraba muchas veces descalzo en el cuarto de su hijo, ajustando nerviosamente el borde de la manta para que quedara junto a la pequeña mandíbula, y miraba a la diminuta figura que tan indefensa se encontraba en el sueño, privada de la creencia de que él podía eliminar toda clase de mal con sólo acariciarle el estómago. Y volvía a rezar, rogando por la salud y la felicidad del niño.

Y así pasaban muchas de sus noches.

Morían las personas, y él las encomendaba a la expectante tierra. Predicaba, rezaba. Hombres y mujeres se enamoraban, y él legalizaba y santificaba sus uniones.

El hijo del profesor Sidney Landau, que enseñaba matemáticas, se fugó con la rubia hija del sueco Jensen, el profesor de educación física. Mientras la señora Landau se acostaba tras haber tomado un sedante, Michael fue aquella noche con su marido para reunirse con los señores Jensen y su director espiritual, un luterano llamado Ralph Jurgen. Tras una penosa velada, Michael y el profesor Landau atravesaron juntos los silenciosos terrenos de la universidad.

—Unos padres muy apenados —dijo Landau, suspirando—. Igual de apenados que nosotros. Igual de asustados.

—Si.

—¿Hablará usted con esos jóvenes locos cuando vuelvan?

—Ya sabe usted que lo haré.

—No servirá de nada. Los padres de ella son muy religiosos.

Ya ha visto al clérigo.

—No anticipe las cosas, Sidney. Espere a que vuelvan. Déles una oportunidad de encontrar su camino. —Hizo una pausa—. Da la casualidad de que conozco bien su problema.

—Sí, eso es cierto —dijo el profesor Landau. Movió la cabeza—. No debería estar hablando con usted. Debería estar hablando con su padre.

Michael no dijo nada.

El profesor Landau le miró.

—¿Conoce la vieja historia del padre judío que acudió profundamente afligido a su rabino y le habló de la huida de su hijo con una shickseh y de su subsiguiente conversión?

—No —repuso Michael.

—«Yo tuve un hijo, rabbi —dijo el hombre—, y se hizo goy.

¿Qué debo hacer?».

—Y el rabino movió la cabeza. «Yo también tuve un hijo —dijo al hombre—. Y se casó con una shickseh y se hizo goy».

—«¿Y qué hizo usted?», preguntó el judío al rabino.

—«Fui al templo y recé a Dios —respondió el rabino—, y, de pronto, una gran voz llenó el templo».

—«¿Qué decía la voz, rabbi?», preguntó el padre judío.

—«La voz decía: «YO TAMBIÉN TUVE UN HIJO…»

Rieron los dos, sin alegría. Cuando llegó a su calle, el profesor Landau pareció sentirse aliviado al despedirse.

—Buenas noches, rabbi.

—Buenas noches, Sidney. Llámeme si me necesita.

Michael le oyó sollozar suavemente mientras se alejaba.

Y así pasaron muchos de sus días.

# 38

Michael y Max estaban de pie en el polvoriento andén de la estación cuando hizo su entrada el tren de Filadelfia de las 4.02. Max le apretó con fuerza la mano al pasar con gran estruendo la máquina junto a ellos.

—¿Asustado? —preguntó Michael.

—Un poco.

—No te asustarás cuando seas mayor —dijo Michael, sin creerlo él mismo.

—No —dijo el niño, pero no soltó la mano de su padre.

Leslie parecía cansada cuando bajó y se dirigió hacia ellos. Les besó, y, luego, subieron al Tudor Ford verde que había sustituido al Plymouth azul hacía casi dos años.

—¿Qué tal? —preguntó Michael.

Leslie se encogió de hombros.

—El doctor Reisman es un hombre muy amable. Me examinó, estudió los resultados de tus análisis y dijo que cuando tú y yo estemos juntos debería haber una explosión de vida. Luego, me dio unas palmaditas en la espalda y dijo que siguiéramos intentándolo. Yo le di nuestra dirección a su enfermera para que pueda mandarte una buena cuenta.

—Excelente.

—Me dio algunas instrucciones. Cosas que hay que hacer.

—¿Cuáles?

—Haremos un ensayo después —repuso Leslie, atrayendo hacia sí a Max y apretándole con fuerza—.Por lo menos,tenemos a este granujilla, gracias a Dios, Michael —añadió, hundiendo el rostro entre el pelo del niño—. Tomémonos un par de días de vacaciones.

De pronto se dio cuenta de que eso era exactamente lo que él quería hacer.

—Podíamos ir a Atlantic City, a ver a mi padre.

—Hemos estado hace poco. Tengo una idea mejor. Podemos tomar provisionalmente una niñera y marcharnos los dos solos. Dos o tres días al Poconos.

—¿Cuándo?

—Qué te parece mañana?

—Pero aquella noche, mientras bañaba a Max, sonó el teléfono. Michael habló unos minutos con Felix Sommers, presidente del comité de edificación. El grupo acababa de regresar de una gira de inspección.

—¿Han visto ese nuevo templo de Pittsburgh? —le preguntó Michael.

—Es un hermoso templo —repuso el profesor Sommers—. No exactamente lo que estamos buscando, pero muy bonito. El rabino le conocía a usted y me encargó que le saludara de su parte. Rabbi Levy.

—Joe Levy. Buena persona. —Hizo una pausa—. Felix, ¿Qué número hace este templo de todos los que hemos inspeccionado?

—Veintiocho. ¡Dios mío!

—Sí. ¿Cuándo vamos a dejar de inspeccionar y empezar a aplicar lo que hemos visto?

—Por eso le he llamado, Michael —respondió Sommers—. Hemos hablado con el arquitecto que dirigió el templo de Pittsburgh. Se llama Paolo di Napoli. Nos parece grande, en el significado exacto de la palabra. Nos gustaría que le conociera usted y viera sus cosas.

—Me parece excelente —asintió Michael—. Dígame qué día.

—Hay una dificultad. Sólo puede reunirse con nosotros mañana o el domingo que viene.

—Ninguna de las dos fechas es buena para mí —dijo Michael—. Tendremos que hacerlo algún otro día.

—Ahí está la cosa. Se marcha a Europa. Estará allí tres meses.

—El próximo domingo tengo una boda —dijo Michael—. Y mañana… —Suspiró —. Bien, que sea mañana —concluyó.

Se despidieron. Michael entró en la habitación para decir a Leslie que el viaje quedaba suspendido.

Por la mañana, él y Felix Sommers marcharon a Filadelfia. Salieron temprano y se detuvieron a desayunar en la carretera.

—Estoy preocupado por el hecho de que Di Napoli no sea judío —dijo Michael en el restaurante.

Sommers, que estaba partiendo un panecillo, levantó la mirada.

—Me extraña que diga usted eso.

Michael insistió.

—No creo que un cristiano pueda introducir la adecuada sensibilidad en el diseño de un templo. La identificación, la debida emoción. La concepción está expuesta a carecer de lo que mi abuelo llamaba el Yiddishé Kevetj.

—¿Qué diablos es el Yiddishé Kevetj?

—¿Ha oído alguna vez a Perry Como cantar Elí, Elí?

Sommers asintió con la cabeza.

—¿Recuerda cómo lo cantaba Al Johnson?

—¿Y…?

—La diferencia es Yiddishé Kevetj.

—Si Paolo di Napoli acepta este encargo —dijo el profesor Sommers—, conseguiremos algo mejor que un arquitecto judío. Conseguiremos un gran arquitecto.

—Veremos —objetó Michael.

Pero, una vez en el despacho del arquitecto, ya de buenas a primeras Di Napoli agradó a Michael. Sin mostrarse arrogante, no presentó excusas por su arte. Permaneció sentado, fumando su corta pipa y mirándoles, mientras ellos contemplaban su obra. Tenía muñecas fuertes, ojos tristes y oscuros, espesos cabellos grises y un enorme bigote, parecido a un pequeño cepillo, sobre el labio superior; un bigote, pensó Michael, que le declaraba inmerso en cualquier juego que el mundo estuviera realizando. Entre sus obras, había cuatro templos verdaderamente excepcionales y media docena de iglesias, así como una insólita y sorprendente biblioteca infantil para una ciudad del Medio Oeste. Miraron los planos y bocetos, deteniéndose preferentemente sobre los de los templos.

En cada uno de los planos de los templos, había sido dibujado un pequeño sol en el este, de frente a la fachada principal.

—¿Por qué los soles? —preguntó Michael.

—Idiosincrasia personal. Esos soles son mi intento particular por establecer un débil eslabón con el pasado muerto.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sommers.

—Cuando el templo de Salomón fue construido, hace tres mil años, en el monte Moriá, Yahvé era un dios solar. El templo estaba situado de modo que su puerta principal se hallaba en línea recta con la cumbre del monte de los Olivos, el cual se alzaba exactamente al este y a unos sesenta metros de altura. Dos veces al año, los días del equinoccio, los primeros rayos del sol naciente que brillaban sobre el monte de los Olivos penetraban por la abierta puerta oriental. Los rayos atravesaban el corazón del edificio hasta llegar al apartado nicho de la pared occidental, que era el lugar más sagrado del templo. —Sus labios se curvaron—. Sucedió, simplemente, que para esos cuatro templos resultaba adecuada una orientación al este. Si no lo es para el suyo, no tengo el menor inconveniente en adoptar otra distinta.

—Me agrada la idea —aprobó Michael—. «Alzad, oh puertas, vuestras frentes… Alzaos más, sempiternas entradas; que va a entrar el Rey de la gloria».

Intercambió una mirada con Sommers, y se sonrieron el uno al otro.

Yiddishé Kevetj.

—¿Tiene la lista de detalles que le pedí que trajera? —preguntó Di Napoli a Sommers.

Sommers la sacó de su cartera de mano. El arquitecto la estudió largo rato.

—Algunas de estas cosas pueden ser combinadas con vistas a una mayor economía sin sacrificar el proyecto —dijo.

—Tiene que ser un lugar de oración —manifestó Michael—. Eso sobre todo.

Di Napoli se acercó a un archivador y volvió con una satinada reproducción de un dibujo arquitectónico. La base del edificio en él representado era una estructura de un solo piso, baja y tan rígida como la base de una pirámide.

El segundo piso del proyecto abarcaba una superficie menor y se alzaba en un grupo de majestuosos arcos paraboloides hasta convertirse en un techo abovedado, sensual y etéreo a la vez, bellamente proyectado hacia arriba y apuntando al cielo tan firmemente como la torre de una iglesia de Nueva Inglaterra.

—¿Qué es? —preguntó finalmente Sommers.

—Una catedral que será construida en New Norcia, Australia.

Diseñada por Pier Luigi Nervi —repuso Di Napoli.

—¿Puede usted darnos algo que invoque el mismo espíritu de Dios? —preguntó Michael.

—Lo intentaré —respondió Di Napoli—. Tendría que conocer el emplazamiento. ¿lo tienen ya?

—No.

—El emplazamiento determina muchas cosas. Pero… me inclino hacia el uso de materiales combinados. Ladrillos de superficies no terminadas. Hormigón áspero, con colores cálidos que den vida al edificio.

—¿Cuándo podrá mostrarnos los bocetos preliminares de sus ideas? —preguntó Michael.

—Dentro de tres meses. Los prepararé durante mi estancia en Europa.

Felix Sommers se aclaró la garganta.

—¿Cuánto costará, aproximadamente, un edificio así?

—Naturalmente, tendremos que trabajar dentro de los límites de la suma de que se disponga —repuso el arquitecto, encogiéndose de hombros.

—Tendrá que ser recolectada en su mayor parte —dijo Michael—. Ya ha visto usted nuestras condiciones y detalles. Contemple la clase de templo que usted quiere crear. Con economía. Pero algo que sea arte, un bello santuario para la adoración de Dios, como la catedral de Nervi. ¿Cuánto se necesita para un lugar así?

Paolo Di Napoli sonrió.

—Rabbi Kind, está usted hablando de medio millón de dólares.

## 39

Varias semanas después, un amplio y elegante letrero de caracteres azules era plantado en el solar del templo Emeth:

---

VAMOS A PONERNOS A LA OBRA, Nehemías 2, 20.

---

Junto a él se pintó un termómetro negro de tres metros y medio de altura, con divisiones de miles de dólares en vez de grados de temperatura.

En lo alto del termómetro, junto a las palabras «lo que necesitamos», figuraba la cifra 450.000. La línea roja estaba en la parte baja a sólo cuarenta y cinco o cincuenta mil dólares.

Desgraciadamente, su vista deprimía a Michael, puesto que le hacía pensar en el termómetro que el doctor Reisman había dado a Leslie y que ella se metía ahora en la boca todas las noches al acostarse.

Recostada contra la almohada, con la lámpara de la mesilla de noche encendida y un libro abierto sobre el regazo, el termómetro colgaba de sus labios como una barra de caramelo. Mientras él yacía a su lado esperando el veredicto que decidiría cómo había de pasar el cuarto de hora siguiente.

Treinta y seis con seis, o más, y podía dormirse. De treinta y cinco y medio a treinta y seis con seis, significaba que durante las doce horas siguientes estaba a la vista su objetivo, y él tendría que aprovechar virilmente la ocasión.

Malhumorado, se acercó a la repisa de la cocina y examinó el correo que había llegado. Facturas. Y el primer esfuerzo de Felix Sommers para recaudar fondos. Se sirvió un vaso de leche y volvió a sentarse a la mesa para beberlo.

> *Querido miembro de la congregación:*
>
> *Existen casi setecientas razones por las que el templo Emeth necesita un nuevo hogar. Y usted y su familia son algunas de ellas. Estas razones están aumentando constantemente en número, y pueden continuar incrementándose.*
>
> *En poco más de tres años, el número de nuestros miembros se ha duplicado. En doce comunidades vecinas que carecen de templos, los constructores están levantando cientos de viviendas nuevas. Habiéndose abierto sólo ligeramente la espita de familias no ingresadas, no hay duda de que se experimentará un aumento correlativo en los años inmediatamente venideros…*

En el cuarto de baño, cesó el rumor de la ducha. Oyó el áspero sonido de las arandelas de que pendían las cortinas de la ducha al deslizarse por la varilla de metal

y, luego, el ruido que hizo Leslie al salir de la bañera.

*Sin embargo, es un hecho que no nos encontramos actualmente en situación de hacer frente a las necesidades ni siquiera de nuestros presentes miembros.*

*Nuestra escuela hebrea carece de las comodidades que tan necesarias son a una institución educativa. Nuestro templo es, simplemente, una sala grande, sin bancos, que es utilizada como sala de banquetes, sala de diversiones y sala escolar. Durante las festividades sagradas, ha sido preciso celebrar servicios dobles, separando a los parientes en la más santa de las ocasiones. Demasiadas fiestas, simjás familiares, tales como bodas y Bar misvás son celebradas fuera del templo. Las razones son sencillas. Existen pocas comodidades para celebrar comidas. La cocina es pequeña y está inadecuadamente equipada. Los proveedores encuentran dificultades para trabajar aquí.*

*Evidentemente, necesitamos un nuevo hogar. Ha sido contratado un arquitecto para que nos lo diseñe. Mas, para que nuestro sueño se convierta en realidad, debemos sacrificarnos todos y cada uno de nosotros. ¿Empezará usted a considerar cuál será su aportación? Un miembro del comité de fondos para la construcción le visitará en un futuro próximo.*

*Al hacer nuestro donativo, debemos comprender que no estamos dando a extraños, sino a nosotros mismos y a nuestros hijos.*

*(Firmado) FELIX SOMMERS*
*Presidente,*
*Comité de edificación*

Unido a la carta, había un limbo graduado de cartulina, con una ventanilla deslizante en la que se leía «Sus ingresos anuales». Movió la ventanilla hasta ponerla sobre la cifra 11.000, y vio que la aportación correspondiente era de 3.500 dólares. Con un gemido, dejó caer la carta sobre la mesa.

Oyó a Leslie entrar en el dormitorio y el crujido de la cama al acostarse.

—Michael —llamó ella con suavidad.

¿Cómo se le podía pedir a un hombre la tercera parte de sus ingresos anuales? ¿Cuántos miembros del templo podrían hacer frente a semejante petición? Seguramente, el comité estaba pidiendo mucho más de lo que esperaba obtener, en la confianza de que, de ese modo, las aportaciones «De compromiso» serían más elevadas de lo que hubieran sido en otro caso.

Le desagradó; no era un modo adecuado de empezar, se dijo.

—Michael —volvió a llamar Leslie.

—Voy —respondió él.

—Así es como funciona —le dijo Sommers el día siguiente, cuando le expuso sus

objeciones a la carta para conseguir fondos—. Otras congregaciones han descubierto que hay que hacerlo así.

—No —replicó Michael—. No es honrado, Felix. Usted lo sabe, y lo sé yo.

—De todas formas —dijo Sommers—, hemos contratado a un recaudador profesional. Su profesión consiste en conseguir fondos. Pongámonos en sus manos.

Michael, con una sensación de alivió, asintió.

Dos días después, llegó el hombre al templo Emeth. Su tarjeta decía que era Archibald S. Kahners, de «Hogan, Kahners y Cantwell». Recaudador de fondos para iglesias sinagogas y hospitales. $1.611 Industrial Bankers Building. Filadelfia, Pensilvania, 10.133. Requirió los servicios del celador, y descargó tres grandes cajas de la trasera de una furgoneta negra marca Buick, nueva. Hicieron tres viajes. Las cajas eran pesadas, y al término del segundo viaje estaban ya sudando. Cuando todas las cajas se encontraron sobre el suelo del despacho de Michael, Kahners se dejó caer en un sillón y cerró los ojos, echándose hacia atrás. Parecía un disipado Lewis Stone, pensó Michael, con el pelo gris, tez colorada y exceso de peso, de tal modo que la carne de su cuello desbordaba de manera un tanto desagradable del cuello de su bien cortada camisa. Tanto los zapatos como el traje tenían un aspecto muy inglés.

—No queremos una campaña desorbitada, señor Kahners —dijo Michael—. No queremos ofender a nuestros miembros.

—Rabbi… —dijo Kahners, y Michael comprendió que había olvidado su nombre.

—Kind.

—Sí, rabbi Kind. «Hogan, Kahners y Cantwell» han recaudado fondos para 273 iglesias católicas y protestantes. Para 77 hospitales. Para 193 sinagogas y templos. Nuestra misión es recaudar grandes sumas de dinero. Hemos desarrollado técnicas experimentales que sirven para conseguirlo. Rabbi, usted quédese a un lado y déjeme manejar el asunto.

—¿Qué puedo hacer para ayudarle, señor Kahners?

—Confeccione una lista de media docena de nombres. Necesito reunirme con seis personas que puedan hablarme de todos los demás miembros de la congregación. Cuánto gana aproximadamente cada uno, a qué se dedica, edad, clase de casa que tiene, cuántos coches posee, si sus hijos van a escuelas públicas o privadas y adónde va cuando está de vacaciones. Y proporcióneme una lista de donantes locales a la Unión Judía.

Michael volvió a mirar la tarjeta.

—¿Trabajarán con usted en la campaña el señor Hogan y Cantwell?

—John Hogan murió. Hace dos años. Tenemos ahora un empleado que se encarga de los católicos. —Al bajar la mirada, Kahners reparó en que tenía un pequeño tiznón sobre su traje gris y un trocito de papel, procedente de la caja de cartón, sobre la corbata. Dio un papirotazo al papel y se frotó el tiznón con el pañuelo, extendiéndolo

—. No necesito a mi socio protestante para una recaudación judía de cuatrocientos mil dólares solamente.

La máquina multicopista y las dos mecanógrafas llegaron a primera hora de la mañana siguiente, y a media tarde ambas secretarias estaban sentadas delante de sendas mesas plegables, haciendo listas. El tableteo de las máquinas hizo que Michael saliera del despacho para efectuar visitas pastorales; cuando volvió, a las cinco de la tarde, el templo se hallaba desierto y sumido en el silencio. Los papeles cubrían el suelo, los ceniceros estaban llenos, y vio que dos círculos de café habían aparecido sobre la brillante superficie de su mesa de caoba.

Aquella noche, asistió, con Kahners, a la primera reunión del comité de recaudación de fondos. Fue más una sesión de adoctrinamiento que una reunión, corriendo a cargo exclusivamente de Kahners la labor docente. Utilizó como libros de texto las listas de donantes a la Unión Judía durante los últimos cinco años.

—Examinen éstas —dijo, echando sobre la mesa los pequeños folletos verdes de la Unión Judía—. Vean quién ha sido el mayor contribuyente cada año.

Ninguno de los que estaban sentados en torno a la larga mesa necesitaba mirar.

—Harold Elkins, de Géneros de Punto Elkhide —dijo Michael—. Da quince mil dólares todos los años.

—¿Y el siguiente? —preguntó Kahners.

Michael cerró los ojos, pero no tuvo que consultar los libros.

—Phil Cohen y Ralph Plotkin. Dan siete mil quinientos cada uno?

—Exactamente la mitad de lo que da Elkins —dijo Kahners—. ¿Y quiénes siguen a éstos?

Michael no estaba seguro.

—Yo se lo diré. Un hombre llamado Joseph Schwartz. Cinco mil dólares. La tercera parte de lo que da Elkins. Ahora bien…

—Hizo una pausa y les miró, como mister Chips dando su última clase—. Hay aquí una importante lección a extraer. Echen un vistazo a esto. —Depositó sobre la mesa otro folleto de la Unión Judía—. Ésta es la lista de hace seis años. En ella se ve que, ese año, Harold Elkins dio diez mil dólares, en vez de quince mil.

—Phil Cohen y Ralph Plotkin dieron cinco mil, en vez de siete mil quinientos.

—Joseph Schwartz dio tres mil quinientos, en vez de cinco mil.

Les miró escrutadoramente:

—¿Captan la idea?

—¿Quiere decir que siempre hay una escala descendente, proporcional a lo que da el contribuyente más alto? —preguntó Michael.

—No siempre, desde luego —repuso pacientemente Kahners—. Siempre hay excepciones. Y la escala no abarca toda la línea; es muy difícil predecir la cuantía de las donaciones pequeñas. Pero, por regla general, así es como funciona respecto a los

principales donantes, los realmente importantes para el éxito de la campaña. En todas las comunidades con las que hemos entrado en contacto durante muchos años hemos visto que sucede así.

—Miren —prosiguió—, Sam X da menos de lo acostumbrado para obras de caridad. Entonces, Fred Y se dice: «Si Sam, que tieneel doble de dinero que yo, puede dar menos este año, ¿Quién soy yo para negar cómo han ido los negocios? Generalmente, doy los dos tercios de lo que da Sam; este año daré la mitad».

—¿Y si Sam aumenta su donativo? —preguntó Sommers, evidentemente fascinado.

Kahners sonrió.

—¡Ah! Se aplica el mismo principio. Pero con más fortuna.

Fred se dice: «¿Qué diablos se cree Sam que es? Yo no puedo competir con él, él puede comprarme o venderme; pero puedo permanecer en la misma asociación que ese fisgón. Siempre doy los dos tercios de lo que da él, y eso es lo que daré ahora».

—Entonces, ¿Usted cree que el donativo de Harold Elkins es la clave de toda nuestra campaña? —preguntó Michael.

Kahners asintió.

—¿Cuánto cree usted que debemos pedirle?

—Cien mil dólares.

Alguien soltó un silbido al otro extremo de la mesa.

—Ni siquiera suele frecuentar la shul —dijo Sommers.

—¿Es miembro del templo? —preguntó Kahners.

—Sí.

Kahners movió la cabeza, satisfecho.

—¿Cómo se puede interesar a un hombre de ese modo? —preguntó Michael—. Quiero decir, hasta el punto de inducirle a dar una suma tan grande.

—Hágale presidente general —repuso Kahners.

# 40

Michael y Kahners fueron juntos a visitar a Harold Elkins. La puerta de la remozada casita de campo en que vivía el fabricante de tejidos les fue abierta por la señora Elkins, una mujer rubia vestida con una bata de seda rosa.

—El rabbi —dijo, estrechándole la mano. Su apretón fue firme y frío.

Michael presentó a Kahners.

—Hal le está esperando. Está en la parte de atrás, dando de comer a los patos. ¿Por qué no van a verle allí mismo?

Les condujo alrededor de la casa. Andaba con paso desenvuelto, exento por completo de artificiosidad, pensó Michael. Bajo el oscilante borde de su bata, vio ahora que estaba descalza. Sus pies eran esbeltos y alargados, con una palidez que destacaba blanquecina en la penumbra del crepúsculo y pintadas uñas que semejaban pequeñas conchas rojas.

Les llevó hasta donde estaba su marido, y, luego, regresó a la casa.

Elkins era un anciano de cabello gris y redondas espaldas, sobre las que se había echado un grueso jersey, pese al calor del atardecer. Estaba echando maíz a unos cincuenta bulliciosos patos a la orilla de un pequeño estanque.

Continuó echando maíz mientras ellos se presentaban. Los patos eran soberbios, grandes, con iridiscentes plumas y patas y picos rojos.

—¿Qué son? —preguntó Michael.

—Patos de bosque —repuso Elkins, sin dejar de arrojar maíz.

—Son magníficos —dijo Kahners.

—Hum.

Uno de ellos se alzó con un ruidoso batir de alas, pero se separó muy poco del agua.

—¿Son salvajes? —preguntó Michael.

—Tanto como pueda imaginar.

—¿Por qué no huyen?

Los ojos de Elkins brillaron.

—Tienen las alas atadas y recortadas.

—¿No les hace daño eso? —preguntó Michael, aun contra su voluntad.

Elkins resopló despreciativamente.

—¿Qué notó usted la primera vez que le recortaron las alas? —sonrió—. Ellos también se sobreponen.

Se colocó un grano de maíz entre sus incoloros labios y se agachó. Un gran pato, con brillos de arco iris en sus plumas, se acercó anadeando, estiró majestuosamente el cuello y cogió el maíz de la boca del anciano.

—Los quiero mucho —dijo—. Me encantan. Me encantan en salsa de naranja. —

Les arrojó los últimos granos de maíz y, luego, hizo una pelota con la bolsa y la tiró. Se frotó las palmas de las manos en el jersey—. Ustedes no han venido aquí para admirar mis patos.

Le explicaron su misión.

—¿Por qué quieren hacerme presidente? —preguntó, mirándoles desde debajo de sus alborotadas cejas.

—Queremos su dinero —dijo claramente Kahners—. Y su influencia.

Elkins sonrió.

—Entren en la casa —dijo.

La señora Elkins estaba tendida en el sofá, leyendo una novela que mostraba un cuerpo desnudo en la portada. Levantó la mirada y les dirigió una sonrisa. Sus ojos encontraron los de Michael y sostuvieron su mirada. A pesar de la presencia de Kahners a su derecha y de la del señor Elkins a su izquierda, perversamente, no apartó la vista. Después de lo que pareció mucho tiempo pero no fue sino unos breves instantes, ella volvió a sonreír y rompió el contacto reanudando su lectura. Tenía un buen tipo bajo la bata rosa, pero había pequeñas arrugas en las comisuras de sus párpados, y, a la amarillenta luz de la lámpara de la salita, sus pálidos cabellos parecían de paja.

Elkins se sentó a una mesa Luis XIV y abrió un gran talonario de cheques.

—¿Cuánto quieren? —preguntó.

—Cien mil —repuso Kahners.

Sonrió. Levantó el talonario de cheques y sacó una lista de los miembros del templo Emeth.

—He echado un vistazo a esto antes de que vinieran ustedes.

Trescientos sesenta y tres miembros. Entre ellos, algunos hombres que conozco. Hombres como Ralph Plotkin, Joe Schwartz, Phil Cohen y Hyman Pollock. Hombres que pueden dar un poco de dinero para apoyar una buena causa. —Extendió un cheque y lo arrancó—. Es por cincuenta mil dólares —dijo, entregándoselo a Michael —. Si estuvieran intentando recaudar un millón, lo habría extendido por cien mil. Pero, para cuatrocientos mil, que todos contribuyan con su parte.

Michael se guardó el cheque.

—Quiero una placa en la galería principal —dijo Elkins—. «En memoria de Martha Elkins, nacida el 6 de agosto de 1888 y muerta el 2 de julio de 1943». Mi primera esposa —dijo.

En el sofá, la señora Elkins volvió una página de su libro.

Se estrecharon la mano y se dieron las buenas noches.

Fuera ya, cuando se disponían a subir al coche, oyeron un portazo.

—¡Rabbi Kind! ¡Rabbi Kind! —llamó la señora Elkins.

Esperaron, mientras ella corría hacia el lugar donde se encontraban, levantándose

el vuelo de la bata para no tropezar.

—Ha dicho —informó, jadeando— que quiere ver el modelo exacto de la placa antes de que sea fundida.

Michael prometió que así se haría, y ella dio media vuelta y volvió a la casa.

Puso el motor en marcha. A su lado, Kahners rió brevemente, como un hombre que acaba de sacar un as a los dados.

—Así es como se hace, rabbi.

—Sólo ha conseguido la mitad de lo que quería —dijo Michael—. ¿No reducirá esto a la mitad todas las aportaciones importantes?

—Le dije que pediríamos, cien de los grandes —dijo Kahner—. Esperaba conseguir cuarenta.

Michael permaneció silencioso e inexplicablemente deprimido, sintiendo la presencia de los cincuenta mil dólares en su cartera.

—Llevo aquí de rabbi dos años y medio —dijo finalmente—. Esta noche ha sido la tercera vez que le he puesto los ojos encima a Harold Elkins. Durante todo este tiempo, ha estado dos veces en el interior del templo. En bar misvás, me parece. O, tal vez, en bodas. —Condujo un rato en silencio—. La gente que utiliza el templo… —prosiguió—, los que asisten a los servicios y envían a sus hijos a la escuela hebrea… Me sentiré mucho mejor recibiendo dinero de ellos.

Kahners le dirigió una sonrisa, pero no dijo nada.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono en su despacho del templo, y una voz femenina, vacilante, un poco apagada y ligeramente ronca, preguntando por el rabino.

—Soy Jean. Jean Elkins —añadió, revelando que había reconocido la voz de Michael.

—Oh, señora Elkins —dijo Michael, consciente de que Kahners había levantado la mirada al oír el nombre y que estaba sonriendo—. ¿En qué puedo servirla?

—La cuestión es en qué puedo servirle yo a usted —repuso ella—. Me gustaría ayudarle en la recaudación de fondos.

—Oh —dijo él.

—Sé mecanografía y puedo hacer labor de archivo y manejar una sumadora. Harold piensa que es una buena idea —añadió, tras una breve pausa—. Va a emprender un viaje y piensa que esto me impedirá hacer travesuras.

—¿Por qué no viene por aquí siempre que quiera? —dijo Michael.

Mientras colgaba el aparato, observó que persistía la misma sonrisa en el rostro de Kahners, sonrisa que le turbaba por razones que no acertaba a definir.

# 41

Un representante de la casa Buick, llamado David Bloomberg, hizo donación, en memoria de sus padres, de casi dos hectáreas de tierra para la erección del templo. Cuando Michael y los miembros del comité visitaron el lugar, se dieron cuenta de que era una zona ideal, completamente boscosa, situada en la cumbre de un elevado montículo de las afueras de la ciudad y a menos de un kilómetro de la universidad. Hacia el este se divisaba una dilatada pradera, atravesada por un serpenteante arroyo que desaparecía entre un grupo de árboles.

—Di Napoli puede edificar su templo sobre una altura y de frente al sol, como Salomón —dijo Sommers.

Michael asintió con la cabeza, mostrando su satisfacción con su silencio mejor de lo que hubiera podido hacerlo con palabras…

La adquisición del solar suministró a Kahners un nuevo tema de conversación, y programó una serie de fiestas para facilitar la colecta.

La primera fue un desayuno dominical para hombres, al que Michael no pudo asistir por tener que oficiar un funeral.

La segunda fue un champagne party en casa de Felix Sommers. Cuando llegaron los Kind, la sala de estar se hallaba atestada de personas que permanecían de pie bebiendo champaña. Michael cogió al paso dos copas de una bandeja, mientras se sumergían en el murmullo de conversaciones. Él y Leslie se encontraron charlando con un joven biólogo y un médico especialista en alergia.

—Hay un doctor en Cambridge —decía el biólogo— que se halla trabajando en técnicas de hibernación en un intento de conseguir una rápida congelación de los seres humanos. Ya sabe, suministrarles una violenta ráfaga de frío y mantenerlos en un estado de vida en suspenso.

—¿Y para qué diablos? —preguntó Michael, probando el champaña. Estaba caliente y flojo.

—Piense en las enfermedades incurables —repuso el biólogo—. ¿Que algo no se puede curar? Pues se congela al individuo y se le mantiene así hasta que se encuentra un remedio. Luego, se le despierta y se le cura.

—Es lo que nos faltaba; eso, y la explosión demográfica —intervino el alergista —. ¿Dónde iban a guardar a todos los individuos congelados?

El biólogo se encogió de hombros.

—Frigoríficos. Almacenes. Casas de huéspedes refrigeradas, la respuesta natural a la escasez de clínicas.

Leslie hizo una mueca y tragó un sorbo de champaña caliente.

—Piense en un corte de la energía eléctrica. ¿Qué pasaría con todos los inquilinos despertándose a derecha e izquierda y golpeando los radiadores para pedir menos

calor?

Como un efecto de sonido, alguien empezó a golpear una cucharilla contra una jarra de cristal en petición de silencio. Leslie se sobresaltó, y los tres hombres se echaron a reír.

—Ahora viene el discurso —anunció el biólogo.

—La parte comercial —dijo el médico—. Ya la he oído, rabbi.

Hice mi oferta en el desayuno del domingo. Estoy aquí esta noche sólo de gancho.

Michael no le comprendió, pero la gente se estaba moviendo hacia la habitación contigua, en la que habían sido dispuesta largas mesas. Sobre ellas se habían colocado tarjetas individuales para impedir que los concurrentes se sentaran de una forma desordenada. Encontraron sus nombres junto a un matrimonio que les agradaba, Sandy Berman, profesor ayudante de inglés en la universidad, y su esposa June. Felix pronunció una breve bienvenida y, luego, presentó a Kahners («un experto financiero que nos está ayudando desinteresadamente en la campaña»), el cual habló de la importancia de sus aportaciones y pidió que se hicieran ofertas verbales. El primero que se puso en pie fue el alergista. Ofreció tres mil dólares. Fue seguido por otros tres hombres, ninguno de los cuales ofreció menos de $1.200 dólares.

Cada una de las cuatro ofertas fue hecha rápida y animosamente. Demasiado deprisa y demasiado a propósito, obra de actores aficionados. Un embarazoso silencio quedó suspendido en la habitación, como el pecho de una opulenta señora. Michael vio que Leslie le estaba mirando y se dio cuenta de que ella también comprendía ahora lo que había querido significar el médico al decir que era un gancho. Cada una de esas ofertas había sido hecha antes. Y se estaban repitiendo en un esfuerzo mecánico de crear una atmósfera de generosidad.

—Bien —dijo Kahners—. No sean vergonzosos, amigos míos.

Ahora es la oportunidad. Ahora existe la necesidad de sacrificio.

Un hombre llamado Abramowitz se levantó y ofreció mil dólares. El rostro de Kahners se iluminó, hasta que consultó la lista que tenía en la mano y trazó una señal junto a su nombre. Evidentemente, había esperado más del señor Abramowitz. Cuando Abramowitz se sentó, otro hombre que estaba en su misma mesa se inclinó hacia delante y se enzarzó con él en una animada conversación. En todas las mesas, un hombre situado al efecto dio comienzo a su labor de captación. En la mesa de Michael, nadie urgía a nadie para que hiciese una oferta. Permanecían sentados, mirándose unos a otros en medio de un violento silencio. ¿Podría ser, se preguntaba Michael, que el comité hubiese esperado que él tomase la palabra para colaborar en la colecta? Pero Kahners se acercaba ya a ellos, con una amplia sonrisa en su rostro.

—La frustración llena la tierra, el apresuramiento frustra el botín allá donde la riqueza se acumula y degeneran los hombres.

—Goldsmith —dijo sombríamente, Sandy Berman.

—Ah, un erudito.

Kahners colocó delante de él una tarjeta de suscripción en blanco.

—Peor, un profesor.

Berman no hizo ningún movimiento para coger la tarjeta.

Kahners sonrió. Depositó una tarjeta delante de cada uno de los hombres sentados a la mesa.

—¿Qué temen, caballeros? —dijo—. Sólo son promesas. Saquen sus plumas y firmen. ¡Firmen!

—Mejor es no prometer que dejar de cumplir lo prometido —sentenció Berman.

—Eclesiastés —dijo Kahners, esta vez sin sonreír. Paseó la vista por la mesa—. Escuchen —agregó—, hemos estado trabajando como mulas en esta campaña. Como mulas. Para ustedes. Para ustedes y para sus hijos. Para su comunidad.

—Hemos recibido aportaciones de importantes donantes que podrían abrirles los ojos. Solamente de un hombre, de Harold Elkins, hemos recibido cincuenta mil dólares. Cincuenta mil. Así, pues, sean justos. Sean justos con ustedes mismos. Es un templo democrático el que estamos tratando de edificar. Tiene que ser mantenido por los pequeños, tanto como por los grandes.

—Lo malo es que no es democrático en absoluto —dijo un joven de cara de lechuza que estaba sentado a la cabecera de la mesa—. Cuanto más pequeño económicamente sea uno, más carácter de carga personal tendrá su aportación.

—Todo es proporcionado —dijo Kahners.

—No, no lo es. Mire, yo soy contable. A sueldo. Mi sueldo es de diez mil dólares al año, por ejemplo. Eso me sitúa en un escalón impositivo de un veinte por ciento. Si doy al templo quinientos dólares, puedo deducir cien dólares en impuestos, por lo que mi donación me cuesta en realidad cuatrocientos.

—Pero tomemos a otro individuo, un negociante que gana cuarenta mil dólares al año —siguió diciendo, ajustándose nerviosamente las gafas—. En su escalón deduce el 44,5 %. Si da dos mil dólares, lo que le hace cuatro veces más generoso que yo, se ahorra casi la mitad de su donación.

Los que estaban sentados cerca de él empezaron a discutir este fenómeno.

—Eso es un sofisma. Las matemáticas pueden decir lo que uno quiera. Caballeros —dijo Kahners—. ¿Hay alguien dispuesto a firmar ahora su tarjeta de suscripción?

Nadie se movió.

—Entonces, dispénsenme. Ha sido un placer conocerles.

Se fue hacia otra mesa. A los pocos minutos, la reunión empezó a disgregarse.

—¿Vamos a tomar café? —dijo Leslie a June Berman—. ¿Al Howard Johnson's?

June miró a su marido y, luego, asintió.

Al pasar junto a Kahners, Michael observó que estaba hablando con Abramowitz,

el hombre que había prometido mil dólares.

—¿Vendrá mañana, a las ocho y media de la noche, a casa de David Binder? —estaba diciendo—. Es muy importante; si no, no se lo pediríamos. Muchas gracias.

En el restaurante, encargaron sus consumiciones sin entusiasmo.

—Rabbi —dijo Sandy—, no quiero turbarle, pero no me ha parecido nada bien.

Michael hizo un gesto de asentimiento.

—Los ladrillos y el cemento cuestan dinero. Procurar sacarlo de alguna parte es un trabajo penoso y desagradecido. Pero tienen que hacerlo.

—No dejen que les impongan nada —intervino Leslie—. Sólo ustedes pueden decir lo que pueden dar. Den lo que puedan permitirse, y olvídenlo.

—¿Qué podemos permitirnos? —dijo June. Esperó a que se marchara la camarera, después de haber dejado el café y los emparedados—. No es ningún secreto cuánto se paga en Wyndham a los profesores ayudantes. Sandy recibe 5.100 de la universidad.

—Junie… —dijo Sandy.

—$5.100, más otros $1.200 por dar clases durante el verano.

Como necesitamos un coche, este otoño llevará dos clases nocturnas de inglés comercial; otros $1.800. Eso supone unos ingresos anuales de $8.100 dólares, y esos… necios… sugieren que aportemos 750 dólares para el templo.

—Eran sugerencias preliminares —dijo Michael—. Sé con certeza que el comité se sentiría encantado recibiendo menos.

Mucho menos.

—$250 dólares —propuso Sandy.

—Si es eso, entonces extiéndales el cheque y, cuando le den las gracias, dígales que está a su disposición —dijo Leslie.

Michael movió la cabeza.

—Van a fijar un mínimo de 750 dólares.

Se produjo un breve silencio.

—Yo no aceptaré, rabbi —dijo Sandy.

—¿Y qué hará respecto a las clases de hebreo para sus hijos?

—Pagaré las clases, como he hecho siempre. Ciento cincuenta dólares al año por los tres, más treinta dólares al mes por el transporte.

—No puede. El comité ejecutivo ha acordado que sólo los miembros que efectúen su aportación podrán enviar a sus hijos a la escuela hebrea.

June Berman soltó una exclamación.

—¿Qué ha sido de la antigua gran idea de que la shul era un lugar en que cualquier hombre, aunque fuese pobre, podía buscar a Dios? —preguntó Sandy.

—Estamos hablando de la cualidad de miembro, Sandy. Usted no será expulsado nunca del templo.

—Pero puede que no haya un asiento para mí.

—Puede que no.

—¿Y si alguien no puede, simplemente, pagar 750 dólares? —preguntó June.

—Han nombrado un comité de penuria —dijo Michael con voz cansada—. No será una prueba difícil. Yo figuro en él. Y su amigo Murray Engel, Felix Sommers, el jefe de su marido, Joe Schwartz. Todos personas razonables.

Leslie había estado observando el rostro de Berman.

—Es horrible —dijo en voz baja.

Sandy se echó a reír.

—Comité de penuria. ¿Sabe lo que puede hacer el comité ejecutivo? Yo no soy un caso de penuria. Soy un profesor. Un profesor universitario.

Terminaron el café y los emparedados. Cuando llegó la cuenta, Michael trató de hacerse cargo de ella. Por fin, sabiendo que esa noche Sandy insistiría interminablemente, le dejó pagar.

Una hora después, Leslie y él discutían mientras se disponían a acostarse.

—No critiques la colecta delante de los miembros de la congregación —dijo él.

—¿Tiene que ser esta clase de colecta? Los cristianos recaudan dinero para sus edificios sin esta… pérdida de dignidad. ¿No podían fijar diezmos, o algo?

—No son cristianos. Yo soy un rabbi, no un sacerdote.

—Pero es un sistema equivocado. Yo creo que los métodos que están utilizando son ofensivos. Un insulto a la inteligencia de los miembros de la comunidad.

—No hagas las cosas peor de lo que son.

—¿Por qué no se lo dices, Michael?

—Saben cómo pienso. El recaudar dinero es responsabilidad suya. Están convencidos de que éste es el único medio de lograrlo. Si me mantengo en un segundo plano, el templo será finalmente construido, y tal vez entonces pueda hacer algo muy bueno.

Ella no respondió. Dejó a un lado el cepillo. Michael se dio cuenta de que estaba sacando el termómetro, y algo en su interior le hizo echarse hacia atrás.

—No me esperes levantada —dijo—. Tengo que trabajar.

—Está bien.

Estuvo leyendo hasta las dos de la madrugada. Al irse a la cama, tenía la seguridad de que su mujer estaría durmiendo, y concilió el sueño casi inmediatamente. Pero, cuando se despertó, las agujas luminosas del reloj de la mesilla de noche señalaban las tres y veinte, y reparó en que ella no estaba ya tendida a su lado. Se hallaba sentada junto a la ventana abierta, fumando y mirando a la oscuridad. Se oía el penetrante chirrido de los grillos, y se dio cuenta de que había sido ese agudo sonido lo que le había despertado.

—Son estridentes, ¿Verdad? —dijo. Saltó de la cama y se sentó en la repisa de la

ventana, frente a Leslie—. ¿Qué estás haciendo?

—No podía dormir.

Cogió uno de los cigarrillos de Leslie, quien se lo encendió con su mechero. La llama iluminó sus dilatados ojos y su rostro triste y desvelado, resaltando en él suaves superficies y oscuros hoyos.

—¿Qué pasa, Leslie? —preguntó con suavidad.

—No lo sé. Insomnio, supongo. Últimamente no puedo dormir con facilidad. —Permanecieron unos momentos en silencio—. Ah, Michael —agregó—, nos hemos vuelto agrios, ¿Verdad? Demasiado agrios para hacer nada tan dulce como un niño.

—¿De qué estás hablando? —exclamó él ásperamente, y, al instante, se sintió descubierto como un mentiroso y un hipócrita, consciente de que ella le conocía demasiado bien para pretender disimular—. Es una gran teoría. Muy científica.

—Pobre Michael.

—Dará resultado —dijo—. Y siempre queda la adopción.

—No creo que me mostrara justa con el niño. —Levantó la mirada hacia él en la oscuridad—. ¿Sabes dónde radica realmente la raíz de nuestro mal?

—Ve a acostarte.

—Tú ya no eres el joven Lochinvar judío de las montañas. Y yo no soy ya la muchacha para la que pescaste aquel gran pez.

—¡Por amor de Dios…! —exclamó él, irritado.

Se volvió solo a la cama, pero, mientras ella continuaba sentada en la oscuridad, fumando, él permaneció tendido en el lecho, sin poder dormir, contemplando el rojizo fulgor de la brasa de su cigarrillo, recordando a aquella desvanecida muchacha con un evocado amor tan intenso que no pudo ser borrado por la almohada que se echó sobre el rostro como una tosca máscara de sueño.

Kahners había llegado a un punto de la campaña en el que estaba dispuesto a vender a trozos el templo. Se multicopió una lista titulada «Memoriales vivos y aportaciones» con destino a los miembros de la congregación. Les recordaba que era mejor la elección de un buen nombre que la posesión de grandes riquezas, y la amorosa protección mejor que el oro y la plata. «Ciertamente, la más alta virtud —decía— es un nombre que se agrega al mejoramiento de la comunidad, la educación de la juventud y el modelado del buen carácter». Ofrecía la oportunidad única de inscribir el nombre del miembro o el de un ser querido en un edificio que serviría a lo largo de los años como inspiración para las generaciones venideras.

Por veinticinco mil dólares se daría a la sinagoga el nombre de la persona que se especificase.

La capilla salía por diez mil dólares. Y también el auditorio, mientras que la escuela religiosa podía ser denominada por siete mil quinientos, juntamente con la sala de recreo y el sistema de aire acondicionado.

Podía darse nombre al *Bemá* por seis mil dólares. La *Torá*, a dos mil quinientos dólares, era una ganga comparada con la placa de bronce que sería colocada a la puerta de la vivienda del celador por tres mil quinientos.

La lista comprendía cuatro páginas mecanografiadas, cosidas con grapas. Kahners utilizaba la misma lista para todas las campañas judías. Se había traído varios paquetes de ellas en una de las cajas, por lo que bastaba con escribir el nombre del templo Emeth en la parte superior de la primera página y llenar las direcciones en los sobres.

Kahners se acercó quejumbroso a Michael.

—Las dos chicas han estado trabajando hasta muy tarde esta noche, poniendo direcciones. Pero las listas… Dependen de los ricos voluntarios. Esa mujer, Elkins, se las llevó ayer a casa para cortar estarcidos, y ahora dice que no puede venir hoy. Un resfriado de verano.

—Trataré de encontrar a alguien que pueda ir a buscarlas esta tarde —dijo Michael.

—Las necesitamos para las siete. Para las siete y media lo más tarde —repuso Kahners, separándose para atender a una consulta de sus secretarias.

El constante repiqueteo de los teléfonos, el monótono zumbido de la multicopista y el rápido tableteo de las dos máquinas de escribir se fundieron en una garra de sonido que le hurgaba incesantemente en el cerebro. Hacia media mañana, le dolía sordamente la cabeza y empezó a pensar en algo que tuviera que hacer y que le permitiera salir del despacho. A las once y media se escapó. Se detuvo en una cafetería a comer un emparedado y se dedicó luego a hacer visitas pastorales, en una de las cuales le invitaron a comer.

A las dos y media, entró en el hospital y estuvo con una mujer que acababa de ser objeto de la extracción de tres cálculos biliares, con la cual permaneció hasta las 2.48, cuatro minutos después de que ella le enseñara las piedras, colocadas como gemas sobre un paño de terciopelo negro, futura herencia familiar.

Estaba subiéndose a su coche, en la zona de aparcamiento del hospital, cuando se acordó de las listas. Se quitó la chaqueta, se remangó la camisa, bajó las ventanillas del coche y se puso en marcha hacia las afueras de la ciudad, entornando los ojos para protegerlos del relumbrante sol de la tarde.

Al llegar a la casa de campo, tocó el timbre de la puerta principal, pero no salió nadie a abrirle. Se puso la chaqueta y dio la vuelta a la casa. La señora estaba reclinada en una tumbona a la sombra de un corpulento roble, con las plantas de los pies apoyadas en aquélla y las rodillas separadas, de modo que, a través de la y de sus piernas, podía ver el cuenco de maíz que tenía sobre el desnudo estómago. Los patos estaban agrupados a su alrededor graznando mientras ella les echaba maíz con pequeños movimientos de sus largos dedos. Sus pantalones cortos revelaban lo que

los diseñadores de vestidos ocultaban fácilmente, el principio de las motas que tenía en la parte posterior de los muslos. Los pantalones eran blancos; la anudada blusa, azul, y los hombros, redondos pero llenos de pecas. Mas fue su cabello lo que lo sorprendió; en vez de un color rubio pajizo, tenía un suave y brillante color castaño.

—Rabbi —dijo.

Separó el cuenco de su estómago y se puso en pie, metiendo los pies en unas babuchas.

—Hola. El señor Kahners quiere las listas de los miembros —dijo Michael.

—Ya están terminadas. ¿Puede esperar unos momentos, mientras doy de comer a estos monstruos?

—Siga. Tengo tiempo de sobra.

Mientras ella echaba los granos de maíz, avanzaron por entre el grupo de voraces patos hacia una jaula de alambre colocada a la sombra de la casa. La puerta se abrió con un rechinar de oxidados goznes. La señora Elkins introdujo la mano por la abertura y depositó en el suelo el cuenco con el maíz que quedaba, cerrando la puerta a tiempo para impedir la huida de un enorme pato que se lanzó hacia ellos con un rápido movimiento de sus palmeados pies y con un convulsivo batir de alas.

—¿Por qué está enjaulado éste? —preguntó Michael.

—Acabamos de adquirirlo, y todavía no se le han recortado las alas. Harold lo hará cuando vuelva a casa. Siéntese, por favor. Es sólo un momento.

Se dirigió hacia la casa. Evitando cuidadosamente mirarla mientras se alejaba, Michael se acercó a la tumbona. Había unos cuantos nubarrones en el cielo, y, al sentarse, sonó un trueno lejano, coreado con algarabía por los patos. Ella volvió al poco rato, pero no llevaba las listas, sino una gran bandeja conteniendo hielo, vasos y líquidos en botellas.

—Tome. Pesa bastante —dijo ella—. Déjela sobre la hierba.

Él la cogió y la depositó en el suelo.

—No había necesidad de esto —dijo—. Estoy portándome como un intruso, y usted no se encuentra bien hoy. Su resfriado.

—¡Oh! —exclamó, echándose a reír—. No tengo ningún resfriado, rabbi. Le mentí al señor Kahners para poder ir a mi peluquero. —Le miró—. ¿Usted no ha mentido nunca?

—Supongo que sí.

—Yo miento mucho. —Se acarició los cabellos castaños—. ¿Le gusta este color?

—Mucho —repuso él, con toda sinceridad.

—Le he visto mirarlos. Antes, quiero decir, la primera noche, cuando estuvo aquí, y después, cuando fui al templo. Me di cuenta de que no le gustaba el otro color.

—Oh, era muy bonito —dijo él.

—Ahora está mintiendo, ¿Verdad?

—Sí —respondió Michael, sonriendo.

—¿Pero es mejor éste? ¿le gusta?

Volvió a tocarle la mano.

—Sí, lo es. ¿Cuándo vuelve el señor Elkins? —preguntó, dándose cuenta demasiado tarde de que la pregunta no era la más adecuada a sus deseos de cambiar de tema.

—Tardará varios días. Tal vez se vaya a Chicago desde Nueva York. —Empezó a entrechocar botellas—. ¿Qué quiere tomar? ¿Ginebra con tónica?

—No, gracias —respondió él con viveza—. Sólo algo fresco.

Cerveza, si tiene.

La tenía, y se la dio. Como no había más sillas, ella se sentó a su lado en la tumbona. Se sirvió un whisky con hielo.

Tomaron sus bebidas; luego, ella dejó su vaso sobre el césped y le dirigió una sonrisa.

—Tenía intención de pedirle una cita —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Michael.

—Tengo… algo que quiero contarle. Discutir con usted. Un problema.

—¿le gustaría discutirlo ahora?

Ella apuró su vaso, se acercó a la bandeja y volvió a llenarlo. Esta vez, volvió con la botella y la puso junto a ellos. Se quitó las babuchas y recogió las piernas; una fina capa de polvo cubría el rojo esmalte de las uñas de sus pies, a unos centímetros de la rodilla de Michael.

—¿Va a decirle al señor Kahners que he mentido? —preguntó—. No se lo diga.

—Usted no debe ninguna explicación a nadie.

—He disfrutado trabajando cerca de usted.

Las puntas de los dedos de sus pies le tocaron la rótula; contacto, pero no presión.

—El señor Kahners dice que es usted una de las mejores mecanógrafas que ha conocido.

—No lo parecía —dijo ella.

Machacó un trocito de hielo entre los dientes y alargó el vaso hacia la botella. Con una pequeña sensación de alarma, Michael vio que estaba otra vez vacío.

Le sirvió poco whisky, añadiendo los dos cubos de hielo más grandes que pudo encontrar. «Debo marcharme de aquí», se dijo, y empezó a levantarse, pero ella le puso de nuevo la mano en el brazo.

—Antes, era de este color —dijo.

Comprendió que se refería a su pelo. Apoyó su mano en la de ella, para quitársela del brazo, y se encontró con que la señora Elkins había girado la muñeca, de modo que sus palmas se emparejaron y se tocaron sus dedos.

—Mi marido es mucho más viejo que yo —dijo—. Cuando una chica joven se

casa con un viejo no se da cuenta de eso. De los años que quedan por delante. De cómo son.

—Señora Elkins… —dijo él.

Ella le soltó súbitamente la mano y echó a correr hacia la jaula. Rechinó la puerta, y el pato se lanzó hacia la abertura; luego, se detuvo, confuso al ver que no había sido echada la barrera para impedirle el paso.

—¡Adelante! ¡Sal, ya, bicho estúpido! —dijo la mujer.

El pato saltó ágilmente, impulsándose con sus grandes pies rojos, mientras sus coloreadas alas azotaban ya el aire. Permaneció un instante suspendido sobre sus cabezas, en un fugaz destello de blanco vientre y larga cola negra. Luego, sus alas batieron con más fuerza, y se elevó en un arco de proyectil que le llevó, emitiendo triunfantes sonidos, a los bosques que se extendían más allá de la casita.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Michael.

—Quiero que todo lo que existe en el mundo sea libre. —Se volvió hacia él—. Él. Usted. Yo.

Levantó los brazos y los enlazó en torno a su cuello. Michael la sintió contra sí, y sintió también el calor y la movilidad de su boca, pero con un sabor a hielo de frigorífico y a whisky. La empujó para apartarla, pero ella continuó aferrándose a él, como si se estuviera ahogando.

—Señora Elkins —dijo él.

—Jean.

—Jean, eso no es libertad.

La mujer frotó su mejilla contra el pecho de él.

—¿Qué voy a hacer respecto a ti?

—Para empezar, serenarse un poco.

Ella le miró un momento, y de nuevo rodó sobre sus cabezas el rumor del trueno.

—No te interesa, ¿Verdad?

—No es que no tenga interés —dijo él.

—No estás interesado en absoluto. ¿Es que no eres un hombre?

—Soy un hombre —repuso Michael con suavidad, dos pasos por delante de ella, para que no le afectara la burla.

La señora Elkins dio media vuelta y regresó a la casa. Esta vez, él se la quedó mirando apreciativamente, sintiendo en su fuero interno que se había ganado ese privilegio. Luego, recogió su chaqueta y, bordeando la casa, se dirigió a su coche. Al abrir la portezuela, algo silbó junto a su cabeza, tan cerca que lo sintió pasar, y chocó contra la capota del coche, abollándola. Se abrió la caja. Al caer en el suelo, la caja se abrió, desperdigándose parte de su contenido; pero, afortunadamente, la mayoría de las fichas estaban ordenadas y sujetas con gomas. Por un momento, bizqueó al sol, dirigiendo la vista hacia la mujer, asomada a la ventana del segundo piso.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que haga venir aquí a alguien para que se quede con usted?

—Quiero que se vaya al infierno —dijo ella, con toda claridad.

Cuando la señora Elkins desapareció en el interior, Michael se arrodilló, recogió las listas y volvió a guardarlas en la caja de madera, un costado de la cual se había resquebrajado. Luego, subió al coche, puso el motor en marcha y se alejó.

Condujo durante un rato; luego, sin saber por qué, detuvo el coche a un lado de la carretera, encendió un cigarrillo y permaneció inmóvil, tratando de no pensar en lo fácil que sería dar media vuelta al coche y volver. A los pocos minutos, aplastó el cigarrillo en el cenicero, bajó del coche y echó a andar por el bosque. La penetrante fragancia de las bayas azules le hizo sentirse mejor. Siguió caminando hasta que empezó a sudar, y ya no pensaba en Jean Elkins, ni en Leslie, ni en el templo. No tardó en llegar a un riachuelo de aguas cristalinas y poco profundas y una anchura de unos dos metros y medio. El fondo era de arena y hojas. Se quitó los zapatos y, con ellos en la mano, chapoteó en la fría agua. En el centro, le llegaba justo por encima de las rodillas. No vio ningún pez, pero, debajo de una roca, descubrió un cangrejo, al que siguió durante unos pocos metros antes de que desapareciese bajo otra roca. Sobre unos rápidos en miniatura, había una gran araña con franjas amarillas situada sobre su red, y pensó súbitamente en la araña del barracón que había visto el verano anterior a su ingreso en la universidad, cuando había estado trabajando en Cape Cod, la araña con la que había hablado. Consideró brevemente la posibilidad de hablar a esta araña, pero la verdad era que se sentía ahora demasiado viejo, o quizá era, simplemente, que esa araña y él no tenían nada que decirse.

—¡Eh! —dijo una voz.

Un hombre se alzaba en la orilla, mirándole. Michael ignoraba cuánto tiempo hacía que estaba allí vigilándole.

—Hola —dijo.

El hombre vestía como un granjero, jersey azul desvaído, botas manchadas de leche y una camisa azul con manchas de sudor. La barba que le crecía en el rostro tenía el mismo color grisáceo que el maltratado sombrero que llevaba y que le estaba demasiado grande, de tal modo que el ala del mismo descansaba casi sobre sus orejas.

—Éste es terreno acotado —advirtió.

—Oh, lo siento —dijo Michael—. No he visto ningún cartel.

—Mala excusa. El cartel está bien visible. No está permitido cazar ni pescar en este terreno.

—Yo no estaba cazando ni pescando —arguyó Michael.

—Saque sus cochinos pies de mi arroyo antes de que le suelte los perros —amenazó el granjero—. Conozco a la gente de su calaña. No respetan la propiedad ajena. ¿Qué diablos está haciendo con sus malditos pantalones remangados, como un

crío de cuatro años?

—He entrado en el bosque —dijo Michael—, porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que tenía que enseñar y no descubrir, en la hora de la muerte, que no había vivido.

Salió del riachuelo y se detuvo cerca del granjero para secarse lentamente los pies con su pañuelo, que, afortunadamente, estaba limpio. Luego, volvió a ponerse los calcetines y los zapatos y se bajó las perneras de los pantalones, que estaban completamente arrugadas. Echó a andar por el bosque, pensando en Thoreau y en lo que él habría dicho al granjero.

Cuando había recorrido la mitad del can1ino que le separaba de la carretera, empezó a llover. Continuó andando durante unos momentos y, luego, al arreciar la lluvia a medida que los árboles se distanciaban unos de otros, echó a correr. Hacía mucho tiempo que no corría, y, aunque no tardó en jadear y respirar con dificultad, siguió corriendo hasta que salió del bosque y tuvo que bajar la cabeza para no tropezar con un gran cartel que anunciaba al mundo que aquella tierra era propiedad de Joseph A. Wentworth, y que quienes transpusieran sus límites serían perseguidos por la ley. Jadeante y empapado, subió a su coche. Sentía una punzada en el costado, una pequeña palpitación en la boca del estómago y la impresión de que se había salvado por un pelo.

Tres noches después, él y Leslie asistieron a un seminario que se celebraba en la Universidad de Pensilvania. El coloquio versaba sobre La religión en la era nuclear y reunió a teólogos, científicos y filósofos en una atmósfera de prudente camaradería de la que surgieron respuestas a las cuestiones morales planteadas por la fisión nuclear. Max había quedado a cargo de una alumna de Wyndham que había accedido a pasar la noche en la casa. Así, pues, no tenían prisa por regresar. Después de la reunión, aceptaron la invitación de un rabino de Filadelfia para ir a tomar café a su casa.

Eran las dos de la madrugada cuando se acercaban en el coche a las proximidades de Wyndham.

Michael creía que Leslie estaba dormida. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, pero, de pronto, habló.

—Es como si todo el mundo se hubiese vuelto judío —dijo—. Sólo que, en vez de los hornos crematorios, nos enfrentamos ahora a la bomba.

Michael pensó en ello, pero no respondió. Conducía lentamente y, sin pensar en ello, trató de olvidar el problema de si Dios estaría allí Si el mundo se disolviera súbitamente en polvo atómico Era una noche serena, y una luna de agosto brillaba baja en el cielo como una rodaja de zanahoria. Permanecieron en silencio, y, al poco rato, ella empezó a canturrear. El no tenía ganas de volver a casa.

—Quieres ver el emplazamiento del templo?

—Sí —repuso ella, incorporándose al instante.

La asfaltada carretera que serpenteaba colina arriba se estrechaba, convirtiéndose en polvoriento sendero, a la mitad del camino, y desaparecía poco antes de llegar a los terrenos del templo. Condujo el coche hasta donde le fue posible, poco más allá de una casa, en la que la luz de uno de los dormitorios se encendió para apagarse luego al pasar el coche.

Ella se echó a reír, con un cierto deje de amargura.

—Deben de creer que somos amantes —dijo.

Michael detuvo el coche al final de la carretera, franquearon una valla, pasaron junto a la fantasmal sombra que proyectaba un montón de apiladas maderas y se encontraron en el terreno del templo. La luna proyectaba su acogedora luz, pero el suelo estaba resbaladizo por las hojas caídas en años pasados y presentaba una superficie irregular, por lo que ella tuvo que detenerse y quitarse los zapatos. Michael se metió uno en cada uno de los bolsillos de la chaqueta y la cogió de la mano. Vieron un sendero y lo siguieron lentamente; al poco rato, estaban en la cumbre de la colina. Él la levantó hasta una roca, y ella permaneció allí, en pie, con la mano apoyada en el hombro de su marido, contemplando el oscuro paisaje que se extendía a sus pies, sobre el que descendía la luz de la luna, como el escenario de un buen sueño. Leslie no dijo nada, pero su mano se cerró con fuerza sobre el hombro de Michael hasta hacerle daño. Y él la deseó como mujer por primera vez en muchos meses.

La hizo descender de la roca y la besó, sintiéndose joven. Y ella correspondió a su beso, hasta que vio lo que él estaba haciendo y le empujo hacia atrás.

—Tonto —dijo—, no somos chiquillos que necesiten adentrarse en los bosques en medio de la noche. Soy tu mujer, tenemos una amplia cama en casa y sitio de sobra para luchar desnudos, si es eso lo que quieres.

Pero no era eso lo que él quería. Luchó contra las manos de ella, que se agitaban rechazándole, primero riendo y, luego, repentinamente serio, hasta que ella dejó de resistir. Le cogió la cara entre las manos y le besó como una novia, deteniéndose sólo para hablarle en un susurro de la gente que estaba en la casa. Pero a su marido no le importaba nada.

Al principio, Leslie empezó a seguir las instrucciones del doctor Reisman, pero él la contuvo ásperamente.

—Esto no es para tener un hijo. Es para que tú y yo experimentemos un cambio —dijo.

Y se entregaron al amor a la sombra de la roca, sobre las crujientes hojas secas, dulcemente, pero como dos animales salvajes, como una pareja de patos, como leones. Después, ella volvió a ser su amada, su bebelé, su nena, su novia, la dorada muchacha para la que había cogido el gran pez.

Regresaron al coche con una cierta sensación de culpabilidad. Michael

escudriñaba las oscuras ventanas de la casa en busca de posibles curiosos insomnes. Durante el viaje de vuelta, ella se mantuvo muy cerca de él. Cuando llegaron a la casa, Michael insistió en que se cepillaran concienzudamente antes de entrar; y estaba quitándole trocitos de hojas y ramitas del vestido, con los zapatos asomándole todavía de los bolsillos, cuando se encendió la luz de la puerta y la muchacha que se había quedado de niñera les dijo, temblorosa, que había creído que eran ladrones. Diez días después, Leslie se acercó a él y le pasó la mano por la nuca.

—Me ha faltado la regla —dijo.

—Se te habrá retrasado unos días. Suele ocurrir.

—La mía llega con toda puntualidad. Y me siento como la chica del «antes de» de los anuncios de vitaminas.

—Vas a coger un resfriado —dijo él con ternura.

Dos días después, por la mañana, las náuseas le hicieron entrar precipitadamente en el cuarto de baño para vomitar.

Cuando la hormona de su orina hizo a una rana de laboratorio tan viril como un toro en primavera, el doctor Reisman, lleno de júbilo, dio pleno crédito a su embarazo. A ellos no les importó.

# 42

Siete semanas después de que Kahners entrara en la ciudad como un paladín transportado por un negro Buick en vez de por un caballo blanco, el colector de fondos embaló sus cajas, embaucó a tres desconocidos para que las sacaran del edificio, aceptó un cheque por $1.938 dólares y desapareció de sus vidas.

La línea roja había alcanzado la parte superior del termómetro instalado frente al templo.

Doce familias habían renunciado a la calidad de miembros.

Trescientos cincuenta y un miembros habían firmado promesas de aportar sumas cuya cuantía oscilaba desde quinientos dólares hasta los cincuenta mil de Harold Elkins.

Paolo Di Napoli regresó de Roma con unos bellos bocetos al pastel que revelaban la influencia de Nervi y de Frank Lloyd Wright. El comité los aprobó inmediatamente.

En octubre, pesadas máquinas remontaron lentamente la colina en la que había de construirse el templo. Roturaron la roja tierra en grandes pedazos, derribaron árboles que tenían más de dos siglos de edad, arrancaron viejos tocones de sus profundos hoyos y removieron rocas que no habían cambiado de sitio desde que el último gran glaciar las había arrojado allí.

Para el día de Acción de Gracias, el suelo se había endurecido hasta el límite de congelación, y había caído la primera nevada. Las máquinas fueron llevadas al pie de la colina. El gran agujero abierto para la instalación de los cimientos quedó forrado de una blanca y delgada capa de nieve.

Un día, el rabino subió la colina llevando un atractivo letrero blanco y negro en el que se informaba que aquél era el solar del nuevo templo Emeth. El propio Michael lo había pintado y clavado. Pero el suelo estaba tan helado que le fue imposible hincar el palo en la dura tierra; decidió, pues, esperar a que llegara la primavera y de nuevo se lo llevó.

Pero volvió allí con frecuencia.

Guardaba en el coche sus botas de pesca y, a veces, cuando necesitaba estar absolutamente a solas con Dios, iba en automóvil hasta el pie de la colina, se ponía las botas de goma y subía hasta la cumbre, sentándose bajo la roca donde él y su mujer habían hecho el amor. Contemplaba la helada excavación y se dejaba mecer por el viento. Se veían en la nieve muchas huellas de conejos y de otros animales que no llegaba a identificar. Confiaba en que la construcción del templo no los ahuyentara. Siempre se hacía el propósito de llevarles comida la próxima vez que fuera allí, pero nunca llegó a hacerlo. Imaginaba una secreta congregación de seres peludos y alados que le miraban con ojos que relucían en la oscuridad mientras él

predicaba la palabra de Dios, una especie de Francisco de Asís judío en Pensilvania.

Sobre la gran roca había un montículo de nieve que fue aumentando de volumen durante todo el invierno. Al aproximarse la primavera, empezó a achicarse en proporción inversa al crecimiento del vientre de su mujer, hasta que la nieve de la roca desapareció casi por completo y el vientre de Leslie quedó henchido y pleno, su milagro privado.

Siete días después de que hubiera desaparecido totalmente la nieve de la roca, los hombres y las máquinas regresaron a la cumbre de la colina para trabajar en el templo. Al principio, Michael se atormentaba al contemplar el lento y laborioso tendido de los cimientos, y recordaba la decepción del padre Campanelli cuando vio terminada su nueva iglesia de San Francisco. Pero desde el comienzo mismo resultó evidente que el templo sería un bello edificio y que él no quedaría defraudado.

Di Napoli había utilizado la dureza del hormigón para evocar el rudo esplendor de los antiguos templos. En el interior, las paredes eran de porosos ladrillos rojos, curvadas en el *Bemá* para favorecer la acústica. «Anime a sus fieles a pasar las manos a lo largo de estas paredes para ver cómo son —le dijo a Michael el arquitecto—. Esta clase de ladrillo necesita ser tocado para vivir».

Había diseñado reproducciones en cobre recubierto en oro de las Tablas de la Ley, que se elevaban sobre el arca, crudamente iluminadas contra el oscuro ladrillo por la llama eterna.

En el piso superior, las aulas de la escuela hebrea estaban pintadas en cálidos tonos apastelados, con salpicaduras, por doquier, de colores suaves. Las paredes exteriores de cada aula eran de vidrio deslizante para aprovechar mejor la luz y disfrutar de una mayor ventilación, con un enrejado exterior de finos bloques de hormigón para mantener a los niños dentro y evitar que entrara el resplandor del sol.

Un grupo de viejos pinos que se alzaba en las inmediaciones fue convertido en bosquecillo de meditación, y Di Napoli había diseñado una sukká permanente, que fue erigida detrás del edificio del templo, no lejos de la gran roca.

Harold Elkins, que estaba haciendo los preparativos para emprender una segunda luna de miel en el Mediterráneo con su mujer de cabellos castaños, anunció que había adquirido una obra de Chagall, que regalaría al templo.

Las mujeres de la hermandad femenina empezaron a hacer planes para una colecta independiente: recaudar dinero para un bronce de Lipchitz con destino al nuevo césped.

Tras un mínimo de educado regateo por ambas partes, el edificio del viejo templo fue vendido a los Caballeros de Colón por setenta y cinco mil dólares, y tanto el vendedor como el comprador terminaron las negociaciones altamente complacidos. La venta debería haber producido un superávit en los fondos del comité correspondiente, pero éste se vio obligado a enfrentarse con el hecho de que, aunque

Archibald S. Kahners había reunido multitud de ofertas, el recibir los pagos que hiciese honor a tales promesas era cosa muy distinta. Las repetidas cartas cursadas al efecto obtuvieron escasa respuesta de los que no habían pagado enseguida.

Por fin, Sommers se volvió al rabino. Dio a Michael una lista de las familias que no habían dado cumplimiento a sus promesas o que no habían prometido nada en absoluto.

—Si usted quisiera visitarlas… —sugirió con delicadeza.

Michael se quedó mirando a la lista, como si le desconcertara.

Era muy larga.

—Yo soy un rabino, no un cobrador —dijo.

—Desde luego, desde luego. Pero usted podría incluir estos nombres en su programa de visitas pastorales, sólo para recordarles que el templo conoce su existencia. Una discreta insinuación.

Sommers, por su parte, hacía insinuaciones. Después de todo, Michael había escrito un artículo indicando que él había sido llamado a Emeth en calidad, sobre todo, de «rabino de edificación». Y ahora necesitaban su ayuda para convertir en realidad el edificio.

Guardó la lista.

El primer nombre que figuraba en ella era Samuel A. Abelson. Cuando visitó a los Abelson, encontró cuatro niños pequeños, dos de ellos con un fuerte resfriado. Vivían en un apartamento sin muebles. Su madre, de veintidós años, había sido abandonada por su marido tres semanas antes. Había muy pocos alimentos en la casa, que olía muy mal. Comunicó el nombre y la dirección al director de la agencia familiar judía, el cual prometió enviar una asistenta social aquella misma tarde.

El siguiente nombre era el de Melvin Burack, un vendedor de tejidos al por mayor, que en el momento de la visita de Michael se encontraba de viaje en uno de los tres coches de la familia. Mientras tomaba el té con el rabino en la sala de estar de estilo español, Moira Burack prometió no volver a olvidarse de enviar el cheque al templo.

No resultaba tan malo como había temido. Ni siquiera el séptimo nombre de su lista: Berman, Sanford. June le sirvió café con pastas; Sandy Berman le escuchó y, luego, le pidió una cita con el comité de penuria para conseguir un arreglo que le permitiera matricular a sus hijos en la escuela hebrea.

Lo que para Michael desequilibró la balanza fue que, unos días después, June y Sandy Berman, al verle, cruzaron de acera para evitar encontrarse con él.

No fue un fenómeno aislado. Si algunos de los otros no cambiaban de acera al divisar a su rabino, tampoco llenaban el aire de gritos de alegría cuando se apresuraban a saludarle.

Observó que cada vez iba recibiendo menos llamadas de su congregación en

demanda de ayuda espiritual en momentos de crisis personal.

Comenzó a sentarse por las tardes en el todavía inconcluso templo, preguntando a Dios qué podía hacer, rezando, mientras el olor a cal húmeda y a cemento fresco llenaba su nariz. Por encima de él, los obreros dejaban caer ladrillos, rompían botellas de vino, maldecían entre sí y se contaban chistes verdes, creyendo que se encontraban solos en el templo.

Dos días después de la consagración del templo Emeth, el 18 de mayo, Felix Sommers sugirió que Michael preparase un discurso para pronunciarlo en una champagne party que iba a celebrarse antes de que empezaran las vacaciones de verano. Su finalidad sería asegurar promesas tempranas para las donaciones anuales de «*Kol Nidré*», cuya colecta se verificaría en el otoño. El templo necesitaba todo el dinero de *Kol Nidré* que pudiese obtener para hacer frente a los pagos hipotecarios que tenía que realizar en el banco, explicó Felix.

Mientras Michael estaba pensando en ello, sonó el teléfono.

—¿Michael? —dijo Leslie—. He empezado.

Masculló una despedida a Felix, fue a casa en el coche y la recogió. Había bastante tráfico en las salidas de los terrenos de la universidad, pero en las carreteras que conducían al hospital se circulaba con desahogo. Cuando llegaron, Leslie estaba pálida, pero sonriente.

La niña nació casi tan rápidamente como lo había hecho su hermano, ocho años antes: menos de tres horas después del primer dolor fuerte. La sala de espera estaba demasiado cerca de la sala de partos, de modo que, de vez en cuando, cuando una enfermera empujaba las oscilantes puertas situadas al extremo del pasillo, Michael podía oír los gritos y los gemidos de las mujeres, seguro de que reconocía entre ellos los gritos de Leslie.

A las cinco y veintiocho, entró el tocólogo en la sala de espera y le dijo que Leslie había dado a luz una niña que pesaba tres kilos y doscientos gramos. El médico le invitó a pasar a la cafetería del hospital.

Se sentaron a tomar café, y el doctor le explicó que la cabeza de la criatura se había hundido a través de la pared del cuello del útero, exactamente en el momento en que se hallaba dilatado al máximo por la mecánica del parto. El desgarrón había afectado también a una arteria, por lo que se habían visto obligados a practicar una histerotomía en cuanto la criatura hubo salido de su cuerpo y hubieron dominado la hemorragia.

Al poco rato, Michael se levantó y fue a sentarse a los pies de la cama de Leslie. Ésta tenía los ojos cerrados y azules los labios, pero no tardó en abrirlos.

—¿Es guapa? —le preguntó con un hilo de voz.

—Sí —respondió él, aunque, en su preocupación, no la había mirado, aceptando la palabra del doctor de que la niña se encontraba perfectamente.

—No tendremos más.

—No necesitamos más. Tenemos un hijo y una hija, y nos tenemos el uno al otro.

Le besó los dedos y sostuvo su mano entre las suyas hasta que se quedó dormida. Luego, fue a ver por vez primera a su hija. Era mucho más guapa de lo que había sido Max en el momento de nacer. Y tenía mucho pelo.

Volvió a casa con una caja de pasteles para la niñera, besó a Max dándole las buenas noches y, bajo un chaparrón de primavera, se dirigió en coche al templo, donde permaneció hasta la mañana siguiente; sentado, en la tercera fila, en una de las cómodas sillas tapizadas de espuma. Pensó en las cosas que en otro tiempo había querido hacer y en las cosas que había hecho con su vida, y pensó mucho en Leslie y en él mismo, y en Max y en la niña. En medio de sus conversaciones con Dios, descubrió que, aunque el templo tenía sólo unas cuantas semanas, un ratón jugueteaba sobre el *Bemá* cuando el edificio estaba en absoluto silencio.

A las seis menos veinticinco, salió del templo y se fue a casa, donde se dio una ducha, se afeitó y se cambió de ropa. Se encaminó a casa de Felix Sommers cuando éste estaba desayunando, y aceptó una mazal tob y una taza de café; luego, se dio cuenta de que estaba hambriento y aceptó un verdadero almuerzo. Por encima del plato de huevos revueltos, dijo a Felix que iba a dimitir.

—¿lo ha pensado bien? ¿Está absolutamente seguro? —preguntó Felix, sirviendo el café.

Y aunque Michael lo estaba, su ego sufrió un poco al ver que Sommers ni siquiera simulaba que tuviera interés en que se volviera atrás en su decisión.

Dijo que se quedaría hasta que se le hubiese encontrado un sustituto.

—Deberían contratar a dos personas —aconsejó—. Un rabino y alguien más, probablemente un lego, tal vez un voluntario. Con experiencia en cuestiones de administración. Dejen que el rabino sea solamente rabino.

Lo dijo sinceramente, y así se lo tomó Sommers. Felix le dio las gracias.

Esperó varios días antes de que, una tarde, se lo dijera a Leslie, mientras ésta amamantaba a la niña. No pareció sorprendida.

—Ven aquí —dijo.

Michael se sentó cuidadosamente en la cama. Leslie le besó, y le cogió la mano y se la pasó por la mejilla de la niña, de una suavidad tan singular que él la había olvidado ya.

Al día siguiente, las llevó a casa desde el hospital. A Leslie, la niña, media docena de botellas de leche condensada, porque la suya se le había cortado, y un frasco grande de cápsulas que el médico opinaba que le permitirían dormir. Las cápsulas cumplieron su misión durante unas cuantas noches; luego, perdieron su combate con el insomnio, que volvió para atormentar a la madre, aunque la niña dormía toda la noche.

El día en que Rachel cumplía las tres semanas de edad, Michael tomó por la mañana un tren con dirección a Nueva York.

El rabino Sher había muerto hacía dos años. Lo había sustituido Milt Greenfield, condiscípulo de Michael en el Instituto.

—Conozco una oportunidad que es un verdadero desafío —dijo el rabino Greenfield.

Michael sonrió.

—Tu predecesor, que en paz descanse, me dijo lo mismo en cierta ocasión, Milt. Sólo que la forma en que él me lo dijo fue:

«Tengo un piojoso trabajo para usted».

Los dos se echaron a reír.

—Es una congregación que acaba de votar por la Reforma —dijo Milt Greenfield —. Después de una especie de guerra civil.

—¿Ha quedado algo de ella?

—Casi la tercera parte de sus miembros son ortodoxos. Además de tus obligaciones regulares, tendrás que oficiar, probablemente, *Shajarité*, *Minjá* y *Maéarib*: todos los días. Tendrás que hacer de rabino piadoso, además de liberal.

—Creo que eso me gustará —dijo Michael.

Al final de la semana siguiente, fue en avión a Massachusetts, y, dos semanas después, él y Leslie se trasladaron en coche a Woodborough, con Rachel en un capazo y Max en el asiento posterior. Encontraron la vieja mansión victoriana, por la que parecía rondar el fantasma de Hawthorne, con ventanas que semejaban malignos ojos y un manzano frente a la puerta trasera. El árbol tenía varias ramas secas que era necesario podar, y había un columpio para Max, hecho con un viejo neumático colgado de una cuerda de una rama alta.

Y, lo que era lo mejor de todo, les agradó el templo. Bet *Shalom* era viejo y pequeño. No había en él obras de Chagall ni de Lipschit, pero olía a cera de suelo, a manoseados libros de oraciones, a tarima seca y a gente que, a lo largo de veinticinco años, se había congregado en él para buscar a Dios.

# CUARTA PARTE

LA TIERRA PROMETIDA

## 43

*Woodborough, Massachusetts*
*Diciembre de 1964*

*Asociación de Alumnos del Columbia College*
*Calle 116y Broadway*
*Nueva York, Nueva York, 10027*
*Muy señores míos:*
*Lo que sigue es mi aportación autobiográfica al Libro*
*del Cuarto de Siglo de la promoción del 41.*

*Es increíble que hayan pasado ya casi veinticinco años desde que abandoné Morningside Heights.*

*Soy rabino. He ocupado púlpitos Reformistas en Florida, Arkansas, Georgia, California, Pensilvania y Massachusetts, donde vivo en la actualidad en Woodborough, con mi esposa, de soltera Leslie Rawlins (Wellesley, año 46), de Hartford, Connecticut, nuestro hijo Max, de dieciséis años, y nuestra hija Rachel, de ocho.*

*Me encuentro ahora pensando con sorprendente anticipación en la vigésima quinta reunión. Estamos tan ocupados en el presente que no solemos tener con frecuencia oportunidad de volver la mirada al pasado. Y, sin embargo, es el pasado lo que nos guía hacia el futuro. Como clérigo de una religión con casi seis mil anos de antigüedad, voy adquiriendo cada vez mayor conciencia de ello.*

*Fruto de mi experiencia, he descubierto que la fe, lejos de ser un anacronismo, es más importante que nunca para facilitar al hombre moderno la búsqueda de su camino hacia el mañana.*

*Por lo que a mise refiere, agradezco a Dios que me dé la oportunidad de realizar esa búsqueda. Me he mantenido temerosamente atento al momento en que divisara el resplandor en el cielo; últimamente he dejado de fumar y he echado un poco de barriga; he observado recientemente que muchos hombres maduros han tomado la costumbre de utilizar el tratamiento de «señor».*

*Pero abrigo la intima confianza de que la bomba no llegará nunca a estallar. No creo que me vea nunca afectado de cáncer, al menos hasta que no sea muy viejo; a los cuarenta y cinco anos se es todavía un chiquillo. ¿Y quién quiere tener un estómago liso?, Es que somos una sociedad de chicos de playa?*

*Basta de sermones. Les prometo no abrir la boca en la reunión, excepto, naturalmente, para tomar otra copa y entonara coro con los demás ¿Quién es el dueño de Nueva York?*

*Su condiscípulo,*

Por fin se había quedado dormido, medio derribado sobre su mesa y con la cabeza apoyada en los brazos.

El teléfono estuvo silencioso toda la noche.

A las seis y media, sonó.

—No la hemos visto —dijo el doctor Bernstein.

—Yo tampoco.

Era una mañana fría. Los radiadores gorgoteaban y rechinaban a impulsos del vapor. Se le ocurrió preguntar a Dan cómo iba vestida, si había salido protegida contra los elementos.

Según dijo Dan, su grueso abrigo azul, así como sus guantes, sus botas y su pañuelo de cabeza, habían desaparecido con ella. La información le tranquilizó; una persona tan bien equipada no podía ir como una Desdémona sobre la nieve.

—Me mantendré en contacto con usted —dijo el doctor Bernstein.

—Sí, por favor.

Haber dormido en la silla le hacía sentirse rígido e incómodo. Estuvo largo rato bajo la ducha caliente; luego, se vistió y arregló a los niños para la escuela.

—¿Vendrás a la escuela esta noche? —le preguntó Rachel—. Cada clase gana dos puntos por padre. Yo tomo parte. Mi nombre está en el programa.

—¿Qué haces?

—Si quieres saberlo, tendrás que ir.

—De acuerdo —prometió.

Se dirigió al templo a tiempo para encabezar el *Minyán* durante el *Qaddish*. Luego, se encerró en su despacho y trabajó en la preparación de un sermón. Estuvo muy ocupado.

Poco antes de las once, Dan le volvió a llamar.

—Según la policía del Estado, ha pasado la noche en la YWCA.

Firmó el registro con su propio nombre.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. El detective dijo que salió de allí esta mañana temprano.

Tal vez haya ido a casa, pensó; tal vez esté allí ahora. Los niños estaban en la escuela, y Anna no iría hasta la hora de preparar la cena.

Dio las gracias a Dan y colgó. Luego, le dijo a su secretaria que estaría trabajando en casa el resto del día.

Pero cuando salía del despacho, sonó el teléfono, y, un momento después, la muchacha salía corriendo detrás de él.

—Es la Western Union, rabbi —dijo.

QUERIDO MICHAEL. VOY A PASAR SOLA UNOS DIAS. NO TE PREOCUPES. TE QUIERE, LESLIE.

Volvió a casa, se sentó en la silenciosa cocina, tomó café y se puso a pensar.

¿Dónde encontraría el dinero para poder vivir mientras estaba fuera? Él tenía en el bolsillo el talonario de cheques. Y, por lo que sabía, ella sólo tenía unos cuantos dólares en el bolso.

Estaba enzarzado con la cuestión como un perro con un hueso, cuando sonó el teléfono. Al oír a la telefonista del servicio interurbano, empezó a rezar; pero luego reconoció la voz de su padre entre una serie de ruidos.

—¿Michael? —dijo Abe.

—Hola, papá. Apenas te oigo.

—Yo te oigo muy bien —dijo acusadoramente Abe—. ¿Quieres que llame a la telefonista?

—No, ya te oigo. ¿Cómo van las cosas por Atlantic City?

—Hablaré más alto —gritó Abe—. No estoy en Atlantic City. Estoy…

Sonaron ruidos de interferencias.

—¿Cómo?

—Miami. Lo decidí en el último momento. Te llamo para comunicártelo. No debes preocuparte. Estoy en el 12 de Lucerne Drive. —Deletreó Lucerne—. En la casa Aisner. —Y le deletreó también.

Michael tomó nota.

—¿Qué es, papá, una pensión? ¿Un motel?

—Una casa particular. Estoy visitando a unos amigos. —Abe titubeó—. ¿Qué tal están los chicos? ¿Y Leslie?

—Muy bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Muy bien, papá. Todos estamos bien. ¿Cómo estás tú?

—Michael, voy a casarme.

—¿Qué has dicho? —exclamó, aunque no había habido ninguna interferencia y había oído perfectamente a su padre—. ¿Casarte, has dicho?

—¿No te gusta? —dijo su padre—. ¿Crees que es mishugine que un viejo como yo haga eso?

—¡Creo que es estupendo, maravilloso! ¿Quién es ella?

—Sentía tanto alivio como satisfacción, y se dio cuenta, con cierto sentimiento de culpabilidad, de que podía no ser en absoluto maravilloso, de que Abe podría liarse quién sabe con qué clase de mujer—. ¿Cómo se llama?

—Ya te lo he dicho, Aisner. Su nombre es Lillian. Es viuda, igual que yo. Fíjate,

es la mujer que me alquiló el apartamento en Atlantic City. ¿Qué te parece?

—Mucha casualidad —sonrió Michael.

—Su marido era Ted Aisner. Quizá te suene el nombre. Tenía una docena de panaderías judías en Jersey.

—No —dijo Michael.

—A mí tampoco me sonaba. Murió en 1959. Ella es una persona muy dulce, Michael. Creo que te gustará.

—Me basta con que te guste a ti. ¿Cuándo vais a casaros?

—Habíamos pensado en marzo. No hay prisa; los dos hemos pasado hace tiempo la edad de la vehemencia.

Por la forma en que lo dijo, Michael supuso que estaba repitiendo algo que había oído decir a Lillian Aisner, quizás a sus propios hijos.

—¿Tiene familia?

—Nunca lo adivinarías —repuso Abe—. Tiene un hijo que es rabino. Ortodoxo. Tiene una shul en Albany, Nueva York. Melvin, rabbi Melvin Aisner.

—No le conozco.

—Bueno, es ortodoxo, y, probablemente, no se cruzarán vuestros caminos. Lillian dice que está muy bien considerado. Un tipo excelente. Tiene otro hijo, Phil, que no me cae nada simpático. Hasta su madre dice que es un shnook. Hizo investigar mi pasado, el muy imbécil. Espero que le haya costado una fortuna.

De pronto, Michael se sintió triste al recordar la doble piedra de granito labrado que su padre había hecho colocar sobre la tumba de su madre, con el nombre de Abe grabado junto al de ella y el espacio para la última fecha en blanco.

—No puedes censurarle por proteger a su madre —dijo—. Oye, ¿Está ella ahí? Me gustaría hablarle del gigoló que ha pescado.

—No, ha salido de compras —respondió Abe—. Creo que iremos a pasar la luna de miel a Israel. Para ver a Ruthie y a su familia.

—¿Te gustaría celebrar aquí la boda? —preguntó Michael, olvidando por un momento sus propios problemas.

—Es muy rígida en lo que se refiere a los alimentos. No comería en tu casa.

—Vaya. Dile que también voy a investigar sus antecedentes.

Abe rió entre dientes. Michael pensó que parecía más joven, más alegre de lo que había parecido en muchos años.

—Sabes lo que deseo para ti —dijo Michael.

—Sí. —se aclaró la garganta—. Será mejor que cuelgue, Michael, ese Phil debe de pensar que estoy arruinando deliberadamente a su madre a golpe de llamadas telefónicas.

—Cuídate, papá.

—Tú también. ¿No está ahí Leslie para desearme mazal tob?

—No. Ha salido también.

—Dale recuerdos. Y a los chicos, un beso de parte de su Zaydeh. Les he enviado un cheque a cada uno. Dinero de *Janukká*.

—No debías hacer eso —dijo Michael, pero se había cortado la comunicación.

Colgó el aparato y se quedó inmóvil. Abe Kind, superviviente.

Esa era la lección del día, la herencia transmitida de padre a hijo: cómo continuar viviendo, cómo lanzarse del hoy al mañana. Conocía a hombres de la edad y circunstancias de Kind que decidían convertirse en sonámbulos permanentes, hundiéndose en un sopor tan profundo como la misma muerte. Su padre había elegido el dolor de la vida, el doble lecho en vez de la doble tumba. Se sirvió otra taza de café mientras se preguntaba qué aspecto tendría Lillian; y, mientras lo bebía, reflexionó sobre cuestiones tales como si habría sido erigida una doble piedra sobre Ted Aisner.

A las siete y media, llevó a Rachel a la escuela Woodrow Wilson, donde ella le abandonó en el corredor. Aceptó un programa escrito a multicopista de manos de un grave muchacho de pantalones largos y entró en la sala. Sentada sola en medio de la fila central, se hallaba Jean Mendelsohn.

—Hola —dijo, acercándose a ella.

—¡Vaya, rabbi! ¿Qué hace usted aquí?

—Lo mismo que usted, supongo. ¿Cómo está Jerry?

—No tan mal como yo me temía. Echa de menos la pierna. Pero no es como las historias que he oído sobre cómo sienten los miembros amputados, cómo 616 notan entumecidos los dedos de los pies, aunque se los hayan cortado ya. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No hay nada de eso. Por lo menos, con Jerry.

—Eso está bien. ¿Y cómo van sus ánimos?

—Podía ser peor, podía ser mejor. Paso mucho tiempo con él.

Mi hermana Lois ha venido de Nueva York. Tiene dieciséis años y es maravillosa con los niños.

—¿Está alguno de sus hijos en el programa?

—Toby, el diablillo.

Pareció un poco confusa al admitirlo, y él comprendió cuando miró el programa que tenía en la mano. La escuela celebraba su función anual de Navidad, acontecimiento del que esperó poder verse libre la primera vez que tuvo noticia de él. La última línea del programa citaba a Rachel como chica del coro.

—Mi Toby va a hacer de Rey Mago —dijo Jean con apresurado mal humor, y añadió—: Estos chicos… Le vuelven a una loca. Nos preguntó si podía. Le dijimos que ya sabía cómo pensábamos y que decidiera ella misma.

—Y es un Rey Mago —dijo Michael, sonriendo.

Ella asintió con la cabeza.

—En Roma, nos dicen que no tenemos que sentirnos culpables, y en Woodborough mi hija es un Rey Mago.

La sala ya estaba llena. La señorita McTiernan, directora de la escuela, toda busto y cabellos de color gris acero, se situó en la parte delantera.

—En nombre de los alumnos y profesores de la «Woodrow Wilson School», me complazco en darles la bienvenida a nuestra anual función navideña. Durante varias semanas, sus hijos han estado preparando vestidos y ensayando. La función de Navidad es una antigua tradición en esta escuela, y todos los alumnos se ufanan de participar en ella. Estoy segura de que lo mismo les pasará a ustedes cuando vean el programa.

Se sentó entre grandes aplausos. Los niños avanzaron a lo largo de los pasillos, nerviosos pastores con largos cayados, graves Reyes Magos de frondosas barbas, sonrientes ángeles llevando en las espaldas maravillosas alas de cartulina. Detrás de los actores caracterizados, marchaban en tropel los alumnos de los grados quinto y sexto, los chicos con pantalones oscuros, camisa blanca y corbata, y las chicas con falda y suéter. Rachel iba entregando unas hojas de música al resto de los niños a medida que llegaban a sus asientos. Luego, se acercó al piano y se quedó de pie junto a él.

Un niño pequeño, con el pelo todavía húmedo del cepillo, se levantó y empezó a hablar con voz increíblemente dulce.

—Aconteció en aquellos días que salió un edicto de César Augusto para que todo el mundo se empadronase…

Los actores representaron la Natividad. Jean Mendelsohn rebulló en el asiento cuando llegaron los Reyes Magos portando sus ofrendas. Cuando la pequeña función hubo terminado, disolviéndose en Noche de paz, los niños cantaron otros villancicos. Oh, ciudad de Belén, La primera Navidad, El tamborilero, Adeste fidelis, Noche santa. Michael observó que Rachel, no cantaba. Estaba de pie junto al piano, mirando al público, mientras las voces de sus compañeros se elevaban a su alrededor.

Cuando hubo terminado la representación, se despidió de Jean y fue a reunirse con su hija.

—Ha resultado bien, ¿Verdad? —dijo ella.

—Sí.

—Salieron del edificio, en el que reinaba un calor excesivo y subieron al coche, que él puso en marcha en dirección a casa, pero cuando llegaron se dio cuenta de que quería seguir disfrutando un poco más de la compañía de su hija.

—¿Tienes deberes para hacer? —le preguntó.

—La señorita Emmons no nos ha puesto, a causa de la función.

—Vamos a hacer una cosa. Vamos a dar un paseo y cansarnos de verdad. Luego, volvemos, tomamos chocolate caliente y nos acostamos. ¿Qué te parece?

—Bueno.

Bajaron del coche. La niña puso su mano enguantada en la de su padre. No brillaba ninguna estrella a través de las nubes. Soplaba un viento frío, pero sin fuerza.

—Dime si tienes frío —dijo Michael.

—Vamos a tener un programa de Año Nuevo. No para padres, solo para los niños —dijo ella—. En ése ya puedo cantar, ¿No?

—Claro que sí, cariño. —La atrajo hacia sí mientras andaban—. Te ha dado pena no cantar esta noche, ¿Verdad?

—Sí —repuso la niña, mirándole.

—¿Porque tú eras la única que no cantaba, estando delante de tanta gente?

—No sólo eso. Las canciones y la historia… Son muy bonitas.

—Lo son, sí —admitió él.

—Las historias del Antiguo Testamento también son bonitas —dijo con firmeza, y él volvió a abrazarla—. Si Max se compra patines de hockey, ¿Puedo yo comprar patines con el cheque de *Janukká* del abuelo Abe? —preguntó, sintiendo que el momento era propicio.

Michael se echó a reír.

—¿Cómo sabes que vas a recibir un cheque de *Janukká* del abuelo Abe?

—Siempre lo manda.

—Bueno, si lo manda también este año quizá debas coger el dinero y abrir con él una cuenta bancaria exclusivamente tuya.

—¿Por qué?

—Es bueno tener dinero propio. Para el colegio. O dinero que el banco pueda guardarte en sitio seguro por si algún día lo necesitas…

Se detuvo en seco. Ella se echó a reír y le estiró de la mano, creyendo que estaba jugando, pero él estaba recordando los mil dólares que Sally, la tía de Leslie, le había dejado antes de que se casaran. Nunca le había permitido que pusiera el dinero en una cuenta indistinta, por si algún nebuloso día podía utilizarlo en cualquier cosa que ella considerara oportuno.

—¡Papá! —gritó Rachel, regocijada, estirándole de la mano.

Y él se convirtió en un árbol que echaba nuevas raíces cada tres pasos durante todo el camino de regreso a casa.

A la mañana siguiente, una vez terminados los servicios, salió del templo y se dirigió a la Caja de Ahorros de Woodborough, donde él y Leslie tenían sus fondos. La placa de la ventanilla indicaba que el nombre del cajero era Peter Hamilton. Era un hombre joven, alto y delgado, de mandíbula afilada y una pequeña arruga entre los ojos. Sus cabellos negros estaban surcados de hebras plateadas y muy recortados por encima de las orejas, lo que con su traje de franela azul, le daba el aire de un segundo teniente de Marina.

Explicó a Peter Hamilton que deseaba información sobre un posible reintegro hecho por su mujer aquella mañana; y, mientras hablaba, notó que las dos personas que estaban detrás de él se inclinaban hacia delante.

Peter Hamilton le miró y le dirigió una sonrisita.

—¿Es una cuenta indistinta, señor?

—No —respondió él—. No, es suya solamente.

—Entonces, ¿No hay cuestión de… ah…, derechos de viudedad, señor?

—¿Perdón?

—El dinero que figura en la cuenta, ¿Es legalmente de ella?

—Oh, desde luego. Sí.

—¿Es imposible que usted simplemente… ah…, se lo pregunte?

Me temo que estamos moralmente obligados a no…

—¿Dónde puedo ver al director? —preguntó.

Era un hombre llamado Arthur J. Simpson y se hallaba en un amplio despacho con paneles de caoba y gruesas alfombras de color de herrumbre, una tonalidad muy atrevida para un banquero. Escuchó cortésmente a Michael, y cuando éste hubo acabado, pulsó el botón del interfono y pidió que le llevaran a su despacho los extractos de cuenta de la señora Kind.

—Era una cuenta de mil dólares al empezar —dijo Michael—. Sería un poco más ahora, con los intereses.

—Oh, sí —asintió el banquero—. Desde luego. —Cogió una tarjeta y la levantó —. La cuenta tiene mil quinientos.

—Entonces, ¿No ha sacado dinero hoy?

—Ah, sí que lo ha hecho, rabbi. Esta mañana el saldo de la cuenta ascendía a 2.099,44 dólares. —El señor Simpson sonrió—. El interés sube. Se calcula cada año, ya sabe, con tipos que van aumentando continuamente.

—Los ricos se hacen más ricos —dijo Michael.

—Exactamente, señor.

¿Hasta dónde podría ir con seiscientos dólares? Pero mientras se formulaba a sí mismo la pregunta, él mismo se dio la respuesta.

Bastante lejos.

Cuando aquella noche sonó el teléfono y oyó el nombre de Leslie, sintió que le empezaban a temblar las piernas, pero resultó ser otra falsa alarma, una llamada para ella, en vez de ser de ella.

—No está en casa —dijo a la telefonista—. ¿Quién llama, por favor?

—Aquí la Central, servicio interurbano —repitió la telefonista—. ¿Cuándo se espera a la señora Leslie Kind?

—No lo sé.

—¿Es el señor Kind? —preguntó una voz desconocida.

—Sí. Rabbi Kind.

—Hablaré con él. ¿Telefonista?

—Sí, señora, gracias por esperar. Siga por favor. —Y colgó.

—¿Diga? —dijo Michael.

—Me llamo Potree. Señora Marilyn Potree.

—Sí, señora —dijo Michael.

—Vivo tres portales más abajo de la iglesia Hastings. En Hartford.

«Santo Dios —se dijo a sí mismo—. Claro, se ha ido a pasar un par de días a casa de su padre». Luego recordó que la llamada era para ella y comprendió que no podía ser así. Pero, ¿Qué diablos estaba diciendo aquella mujer?, se preguntó, súbitamente lúcido.

—Yo fui quien le encontró. Fue un ataque fulminante. Las horas de visita son de una a tres y de siete a nueve, mañana y el jueves. El funeral en la iglesia, el viernes a las dos. El entierro, en el cementerio Érase, según sus instrucciones escritas.

Le dio las gracias. Escuchó sus palabras de condolencia y le repitió su agradecimiento. Prometió extender su condolencia a su esposa y se despidió. Luego, sin saber por qué, alargó la mano, apagó la lámpara y permaneció sentado en la oscuridad hasta que la armónica de Max le empujó escaleras arriba como una cuerda salvavidas de sonido.

# 44

El jueves no había vuelto todavía a casa. No había tenido más noticias de ella y se encontraba indeciso. Los niños debían ser llevados al funeral de su abuelo, se dijo.

Pero preguntarían por qué no estaba allí su madre.

Quizá estuviera allí, tal vez hubiera leído la esquela, o le hubiera comunicado alguien la muerte de su padre.

Decidió no decir nada a Max y Rachel. El jueves, después del Shajarit, cogió el coche y se dirigió solo a Hatford.

Dos policías uniformados ordenaban el aparcamiento. Dentro de la iglesia, vibraban suaves himnos en el órgano, y casi todos los bancos estaban llenos.

Recorrió lentamente los pasillos que quedaban entre las filas de bancos, pero si Leslie estaba allí él no la vio. Finalmente, ocupó un asiento —uno de los pocos que quedaban libres— en la penúltima fila, junto al pasillo, desde donde podría verla si llegaba con retraso.

Vio con alivio que el ataúd, cubierto de flores, estaba cerrado.

En los dos asientos contiguos al suyo, una mujer de cierta edad estaba hablando de su difunto suegro con otra más joven que se parecía notablemente a ella. Se dio cuenta enseguida de que eran madre e hija.

—Bien sabe Dios que no era perfecto. Pero durante más de cuarenta años ha desempeñado aquí su ministerio. Deberías haber ido a la casa mortuoria. Creo que puedes dejar a Frank solo una tarde.

—No me gusta ver muertos —replicó la hija.

—No te habrías dado cuenta de que estaba muerto. Tenía un aspecto distinguido, elegante. Su rostro no parecía maquillado ni nada. Nunca te habrías dado cuenta.

—Me habría dado cuenta —dijo la hija.

Aparecieron los clérigos. Uno era joven, otro, viejo, y el tercero, de una edad intermedia.

—Tres —murmuró roncamente la hija, mientras se ponían en pie para la invocación—. El señor Wilson, retirado, y el señor Lovejov, de la Primera Iglesia. Pero, ¿Quién es el joven?

—Han dicho que es de la Iglesia Peregrina, de New Haven. He olvidado el nombre.

El clérigo de edad intermedia recitó la invocación. Su voz era pastosa y bien modulada, una voz acostumbrada a flotar sobre cabezas inclinadas.

Un himno: «Oh, Dios, nuestra ayuda en los tiempos pasados». Las voces se elevaban a su alrededor.

La madre cantó sólo unos cuantos versos con cansado graznido. La hija tenía una dulce voz de soprano, sólo ligeramente desafinada.

Una cosa pido a Yahvé, y ésa procuro; habitar en la casa de Yahvé todos los días de mi vida…

Salmo 27. «Nuestro», pensó Michael, reconociendo que su orgullo era absurdo.

*Los días del hombre son como la hierba; como flor del campo, así florece; pues sopla sobre ella el viento, y ya no es más, ni se sabe siquiera dónde estuvo…*

*Alzo mis ojos a los montes. ¿De dónde me ha de venir el socorro? Mi socorro ha de venirme de Yahvé, el Hacedor de los cielos y de la Tierra…*

Salmo 103 y Salmo 121. ¿En cuántos funerales los había recitado el mismo?

*Pero alguno preguntará: «¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida?» ¡Necio! Lo que tu siembras no nace si no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de nacer, sino una simple simiente, de trigo, por ejemplo, o de algún otro grano. Pero Dios le da un cuerpo según ha querido, y a cada clase de semilla su cuerpo propio…*

«Nuevo Testamento, ahora. Si tuviera que adivinar, diría la primera epístola a los corintios». A su lado, la mujer mayor se revolvió en el asiento, pasando el peso de su cuerpo de la nalga derecha a la izquierda.

*En la casa de mi padre hay muchas moradas; si no fuera así, os habría dicho que voy a preparar un lugar para vosotros? Y, cuando me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Y vosotros conocéis el camino del lugar adonde yo voy…*

El clérigo de edad madura pronunció el panegírico del fallecido, y dio las gracias a Dios por la promesa de vida eterna y por el hecho de que el difunto reverendo Rawlins hubiese trabajado en su favor y en favor de la comunidad entera de almas.

Luego, volvieron a ponerse en pie y cantaron otro himno. «Por todos los santos que descansan de sus trabajos». Las voces se elevaban y descendían en torno a Michael, quien comprendió lo que había sentido Rachel en la escuela durante el canto de los villancicos.

El clérigo anciano dio la bendición, empezó a tocar el órgano y la muchedumbre confluyó en los pasillos, dirigiéndose hacia las puertas de salida. Michael permaneció en pie, buscando en vano a Leslie, hasta que hubieron salido todos los asistentes y quedaron sólo los componentes del duelo en torno al féretro; luego, salió, entornando los ojos para protegerlos del sol invernal. No sabía dónde estaba el cementerio Érase,

pero subió a su coche, aguardó unos momentos y se agregó a la fila de vehículos, bastante por detrás del coche fúnebre, que era un Packard negro, de brillante carrocería ligeramente salpicada de barro.

A ambos lados de la calle había montones de nieve sucia apilada a lo largo de las cunetas. El cortejo fúnebre atravesó lentamente la ciudad, entorpeciendo el tráfico a todo lo largo de su ruta.

Dos coches detrás de Michael, un conductor desistió y se salió de la fila. Era un Chevrolet blanco azul. Al pasar junto a él, la divisó fugazmente, sentada en el asiento delantero, medio vuelta de espaldas y hablando con el joven que estaba al volante: el pequeño sombrero le era desconocido, pero no los bronceados cabellos, ni el abrigo azul, ni la forma en que ella inclinaba la cabeza.

—¡Leslie! —gritó.

Bajó la ventanilla y la volvió a llamar.

El coche torció a la izquierda en la esquina siguiente. Cuando él logró sacar su coche de la fila y torcer a su vez a la izquierda, no se le veía ya por ninguna parte. Dejó atrás una furgoneta, rozando casi con sus ruedas la cuneta, adelantó velozmente a un autobús y fue detenido por la luz roja de un semáforo en el cruce con una ancha avenida.

El coche azul y blanco había dado la vuelta allí. Lo vio a dos manzanas de distancia, empezando a moverse mientras la luz roja cambiaba a verde.

No se atrevió a saltarse su luz roja; el tráfico era muy denso.

Cuando la luz cambió, dio la vuelta a la esquina sobre dos ruedas, como un alocado adolescente. Había una pequeña cuesta, y no divisó al otro coche hasta que llegó a la cima. Lo vio entonces girar a la izquierda, y, cuando él llegó a aquella esquina, torció por la bocacalle y se lanzó a toda velocidad, más de prisa de lo que había conducido nunca por la ciudad, serpenteando entre el tráfico.

Cuatro o cinco manzanas más abajo, tuvo suerte; estaban detenidos por otro disco rojo, y frenó en seco tres coches detrás de ellos.

—¡Leslie! —gritó, mientras bajaba.

Corrió hacia su coche y golpeó la ventanilla con la mano.

Pero, cuando ella se volvió, vio que no era su cara. Tampoco era su abrigo, de corte distinto y tono diferente, con grandes botones dorados, cuando los de Leslie eran más pequeños y negros. La mujer bajó el cristal de la ventanilla. Ella y el hombre se le quedaron mirando. No dijeron nada.

—Perdone —dijo él—. Creí que era usted otra persona.

Volvió a su coche y subió a él en el preciso momento en que se encendía la luz verde. El Chevrolet azul y blanco continuó en línea recta, y Michael hizo girar en redondo su coche. Regresó lentamente por el camino que había seguido, tratando de rehacer la ruta, pero, cuando hubo dado todas las vueltas, no vio ni rastro del cortejo

fúnebre.

Sin embargo, no tardó en llegar a un cementerio, y atravesó con el coche las abiertas puertas de la verja.

Era un cementerio grande que se extendía en bloques cercados por una maraña de carreteras. Enfiló una de ellas, y cambió luego de dirección, tratando de divisar el funeral. Las carreteras eran de tierra cubierta de arena.

Pero no se veían más que tumbas; ni una sola persona.

Luego, divisó un Mogen Doved. Y, luego, otro. Redujo la velocidad del coche y leyó algunas de las inscripciones.

*Israel Salitsk, 2 Feb. 1895-23 Jun. 1947.*

*Jacob Epstein, 3 Sep. 1901-7 Sep. 1962.*

*Bessie Kahn, 17 Ag. 1897-12 Feb. 1960. Una buena madre.*

«Oh, te has equivocado de cementerio».

Paró el coche. Sentía deseos de desistir y volverse a casa. Pero, ¿Y si ella estaba allí, junto a la tumba?

Avanzó durante otro bloque más de tumbas. Vio a un anciano que estaba sentado en una silla metálica plegable junto a una de las tumbas, envuelto en un largo abrigo marrón y con un gorro de punto sobre las orejas. Michael detuvo el coche a su lado.

—Ah, guten Tag.

El hombre movió la cabeza, mirándole escrutadoramente por encima de sus gafas de montura de concha apoyadas en la punta de la nariz.

—Cementerio Érase. ¿Cómo podría llegar hasta allí?

—El de los skotzim es el de al lado. Éste es *Bené Berit*.

—¿Hay una puerta que comunique los dos?

Se encogió de hombros, señalando con el dedo hacia delante.

—Tal vez al final.

Se sopló las manos desnudas.

Michael vaciló. ¿Por qué estaba el anciano sentado allí, junto a la tumba? No se decidió a preguntárselo. Tenía los guantes junto a él, en el asiento del coche. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, los cogió y se los tendió por la ventanilla.

El anciano le miró con suspicacia. Finalmente, los cogió y se los puso.

—Mañana hará más calor —dijo Michael, furioso consigo mismo.

—Gott Sedahnken.

Puso el coche en marcha. Había tumbas a ambos lados de la carretera en toda la extensión que alcanzaba la vista; era un ilimitado mundo de tumbas; se sentía como una especie de maléak hamávet de la era del motor, el ángel de la muerte.

Llegó al final del cementerio. Había un camino junto a la verja. Quince metros más allá de ésta, vio a los asistentes al funeral, de pie con las cabezas inclinadas, disponiéndose a enterrar a su suegro.

Detuvo el coche. No parecía haber ninguna puerta. ¿Necesitaban una verja inexpugnable para impedir la mezcla del polvo y de las almas?, se preguntó enfurecido.

Estaba seguro de que, si daba la vuelta al coche y deshacía todo el camino recorrido por el cementerio *Bené Berit* y cruzaba la puerta del cementerio Érase, el funeral habría terminado ya cuando él llegara.

Condujo el coche a lo largo del camino que corría junto a la verja. Al otro lado, había tumbas y algún que otro mausoleo. Detuvo el coche tan cerca de la verja como pudo, junto a una impresionante cripta de granito, y se apeó. El funeral quedaba oculto por los monumentos y una pequeña elevación del terreno. Se subió al motor del coche y, luego, al techo del mismo, desde donde le era posible izarse hasta la parte superior de la verja. Las romas puntas de metal le lastimaron el cuerpo a través de la ropa.

Había nieve sobre el tejado de la cripta. Caminó sobre ella hasta el otro lado y miró pensativamente por el borde. El suelo estaba a unos dos metros y medio de distancia. Pero no parecía haber otra forma de bajar.

¡Zas!

Aterrizó torpemente, como un tronco derribado; sus tacones resbalaron en la suave nieve y cayó de espaldas. Al abrir los ojos, vio detrás de él y por encima de su cabeza la inscripción que aparecía grabada en la piedra de la tumba.

(…)

Parecía que no se había roto nada. Se levantó y trató de sacudirse la nieve de la ropa. Frías partículas se le habían escurrido por el cuello.

—Perdonen —dijo a los Buffington.

No había ningún sendero, bajo la espesa capa de nieve, hasta el camino existente dentro del cementerio. Se le introdujo más nieve dentro de los zapatos y en los dobladillos de los pantalones; luego, pudo avanzar por el camino hasta el lugar donde se celebraba el funeral.

Se detuvo detrás de la multitud. Había mucha gente. Sin duda, ella estaría junto a la tumba. Se abrió paso hacia delante.

—Perdón… Dispense…

Una mujer se le quedó mirando.

—Miembro de la familia —murmuró él.

Pero la gente estaba demasiado apiñada y le fue imposible abrirse paso.

Oyó al clérigo recitar la bendición. *«La paz de Dios, que sobrepasa toda comprensión, guarde vuestros corazones y vuestras mentes en el conocimiento y en el amor de Dios, y de su hijo Jesucristo, nuestro Señor. Y la bendición de Dios Omnipotente. Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca con vosotros siempre. Amén».* Pero no pudo ver cuál de los tres clérigos era, ni a

nadie de los que estaban junto a la tumba, y comprendió que habría dado lo mismo que se quedase en el cementerio *Bené Berit*.

Se imaginó súbitamente a sí mismo metiendo la nariz entre los hierros de la verja, contemplando el funeral, un miembro del duelo igual a los demás pero separado de ellos; y, contra su voluntad y pese al horror que ello le inspiraba, sintió como si una burbuja de gas se estuviera formando en su interior: un deseo de reír, una incontrolable excitación a la risa, una necesidad de desatarse en carcajadas, mientras, a sólo unos pies de distancia, su suegro estaba a punto de ser depositado en su tumba. Se clavó las uñas en la palma de la mano, pero las cabezas que tenía delante empezaron a moverse, y pudo ver que el clérigo era el más joven. No había junto a él nadie que Michael conociese.

«Oh, Dios —clamó en silencio.

—Leslie, ¿Dónde estás?».

Cuando bajó del tren en la Grana Central Station, se dirigió directamente al hotel y alquiló una habitación que era más pequeña que la que había ocupado en la YWCA de Woodborough, y no tan limpia, con platos y vasos usados por todas partes y toallas sucias en el cuarto de baño. El botones dijo que llamaría a alguien para que lo pusiera todo en orden. Pero al cabo de casi una hora aún no había aparecido nadie. Harta de la confusión que reinaba, llamó al gerente y le dijo que por catorce dólares y sesenta centavos al día tenía derecho a una habitación limpia. Inmediatamente, llegó una doncella.

Cenó sola en la cafetería Hector’s, frente a Radio City. Todavía era un lugar decente para comer a solas. Mientras tomaba el postre, un hombre trató de entablar conversación con ella. Era un hombre educado, sin nada repulsivo en su aspecto, aunque, probablemente, un poco más joven que ella, pero ella le ignoró hasta que hubo acabado su pastel de chocolate y, luego, se marchó. Él empezó a seguirla, y ella perdió la paciencia. Había un policía sentado a una mesa cerca de la puerta, mojando un buñuelo en su café, y ella se detuvo a su lado y le preguntó la hora, mirando al hombre por encima del hombro. Este dio media vuelta y subió apresuradamente las escaleras que conducían al segundo piso del restaurante.

Volvió al hotel, todavía furiosa, pero conscientemente halagada, y se acostó temprano. Las paredes eran muy delgadas, y en la habitación contigua oyó cómo hacía el amor una pareja. La mujer era muy ruidosa y emitía constantemente pequeños y agudos grititos. El hombre no producía ningún sonido, pero se oía el ruido de la mujer y de la cama, y a Leslie le costó dormirse. Cuando, por fin, logró conciliar el sueño, próxima ya la mañana, fue por muy poco tiempo; los ruidos la despertaron de nuevo a eso de las cinco, y no pudo hacer nada más que escuchar.

En el exterior iba aumentando la luz; el sol se remontaba sobre la ciudad, y ella se sintió mejor. Abrió la ventana, se apoyó en el alféizar y contempló, allá abajo, cómo los neoyorquinos comenzaban a abarrotar las aceras. Había olvidado lo excitante que podía ser Manhattan, y sintió deseos de salir a verlo. Se vistió, bajó la escalera, desayunó en un restaurante y leyó The New York Times, simulando que tenía que acudir al trabajo en una oficina. Después de desayunar, bajó por la calle 42 hasta el viejo edificio, pero ya no estaba allí la revista. Buscó su dirección en la guía de teléfonos y vio que radicaba en la avenida Madison. Recordó entonces haber leído en alguna ocasión que se había trasladado. De todas formas, no trabajaba allí nadie a quien conociera lo suficiente como para ir a echar un vistazo.

Echó a andar, aspirando por la nariz y espirando por la boca, y viendo cosas. Pasaba lo mismo que en la universidad; edificios que recordaba habían desaparecido y otros nuevos habían sido construidos en su lugar.

Cuando llegó a la calle 60, torció automáticamente hacia el oeste. Mucho antes de llegar a la casa de huéspedes, ya la estaba buscando, preguntándose si la reconocería, y la reconoció al instante; los ladrillos estaban recién pintados, pero tenían la misma tonalidad de rojo. En la puerta había un letrero: Se alquilan habitaciones. Subió la escalera y llamó a la puerta del conserje, el cual la envió al apartamento 1B, donde vivía el propietario. Resultó ser un hombrecillo delgado, de edad madura, con una pecosa cabeza calva y un bigote gris de aspecto sucio, cuyas guías mordía con las comisuras de la boca.

—¿Puedo ver un apartamento? —preguntó Leslie.

La condujo escaleras arriba. Al llegar al segundo piso, ella le preguntó si estaba libre el 2C, pero él le dijo que no.

—¿Por qué tiene interés en el 2C? —preguntó, mirándola a los ojos por primera vez.

—Viví en él hace mucho tiempo —respondió ella.

—Oh.

El hombre continuó subiendo la escalera, y ella le siguió.

—Puedo darle una habitación en el tercero. Exactamente igual que la 2C.

—¿Qué fue de la mujer que tuve aquí de patrona? —preguntó.

—¿Cómo se llamaba?

Pero ella no lo recordaba.

—No lo sé —repuso el hombre con indiferencia—. Compré esta casa hace cuatro años a un individuo llamado Prentiss. Tiene una imprenta en alguna parte de la ciudad.

La había llevado a lo largo del pasillo; las paredes estaban todavía pintadas de aquel color marrón oscuro, increíblemente feo.

Leslie había decidido pasar el resto de la semana hospedada allí y pensando en cómo era cuando había vivido antes en la misma casa, pero, al abrir la puerta y ver la suciedad y la incomodidad, se sintió anonadada. Fingió examinar la habitación, preguntándose cómo había podido soportar nunca tanta fealdad.

—Lo pensaré y ya volveré más adelante —dijo por fin.

Pero fue un error; debía haberle preguntado el precio antes de decirle aquello.

—Es usted una mujer remilgada —dijo él, mordiéndose el bigote.

Ella se despidió y, sin esperarle, bajó rápidamente las escaleras y salió del edificio.

Almorzó en un restaurante especializado en mariscos, donde tomó camarones y cerveza negra, y pasó la tarde en el Museo de Arte Moderno, pensando con regocijado desprecio en el hombre de la Universidad de Wellesley. Cenó en un pequeño restaurante francés y, después, fue a presenciar una picaresca comedia musical. Aquella noche, la pareja a la que ella denominaba mentalmente «los de la

luna de miel», estaba de nuevo allí. Esta vez, el hombre pronunciaba rápidas palabras en voz baja, mientras la mujer continuaba con sus grititos, pero Leslie no pudo entenderlas.

El día siguiente lo pasó en el Museo Metropolitano de Arte y en el Guggenheim. El otro día, se dedicó a vagabundear por las salas de exposiciones. Pagó sesenta dólares por un cuadro pintado por un hombre llamado Leonard Gorletz. No había oído jamás ese nombre, pero quería el cuadro para regalárselo a Michael. Era el retrato de una niña con un gato. La niña tenía el pelo negro y no se parecía a Rachel, pero podía sentirse la clase de vulnerable felicidad de Rachel cuando se la miraba como ella estaba mirando al gato. Leslie estaba segura de que a Michael le gustaría el cuadro.

A la mañana siguiente vio a «los de la luna de miel». Estaba dándose unos toquecitos finales con el peine antes de bajar a desayunar, cuando oyó abrirse su puerta y, luego, cerrarse, y el sonido de sus voces. Dejó caer el peine, cogió el bolso y salió tras ellos. Quedó muy decepcionada al verles. Había imaginado que serían hermosos animales. El hombre era regordete y de aspecto blando, con caspa sobre el cuello de su traje azul, y la mujer era delgada y nerviosa, con un rostro afilado como el pico de un gorrión. Sin embargo, mientras bajaban juntos en el ascensor, Leslie no dejó de echarle furtivas miradas de admiración recordando la notable amplitud de registros de su voz de soprano.

Dedicó los dos días siguientes a hacer compras. Adquirió varias cosas que necesitaba y contempló en los escaparates muchas cosas que no deseaba, pero que eran agradables de mirar. En Lord Taylor compró una falda inglesa de mezclilla para Rachel y un grueso suéter de casimir azul para Max en Weber Hailbroner.

Pero, aquella noche, las cosas experimentaron un sutil cambio. No podía dormir, y estaba ya harta de las cuatro pequeñas paredes de la habitación del hotel. Era el sexto día, y quizá había llegado ya a saturarse subconscientemente de Nueva York. Para colmo, no se oían ya los apasionados sonidos de los enamorados; se habían marchado del hotel y la habían abandonado. En su lugar, había alguien que gargarizaba y accionaba continuamente la bomba del retrete, usaba maquinilla de afeitar eléctrica y ponía muy alto el aparato de televisión.

A primera hora de la mañana, empezó a llover, y se quedó hasta tarde en la cama, medio dormida, hasta que el hambre la hizo saltar de ella. Consumió toda la lluviosa tarde en un lugar llamado Ronald’s, una especie de Playboy Club para madres de familia, situado en Columbus Circle, donde las clientas, vestidas con túnicas multicolores, pasaban de la sauna a la masajista y a la peluquera. Se coció a 85 grados mientras los Boston Pops interpretaban Fiddle Faddle y, luego, una marquesa de Sade de musculosos dedos la amasó, la abofeteó y la pellizcó. Una muchacha llamada Theresa le aplicó un champú. Mientras una crema rosada empapaba sus

poros faciales, una muchacha llamada Hélene le hacía la manicura, al mismo tiempo que otra muchacha, llamada Doris, le arreglaba las uñas de los pies.

Cuando salió del salón, había amainado la lluvia, pero seguía cayendo una ligera llovizna. Las luces de Broadway rielaban sobre las carrocerías de los automóviles y la superficie de la calle. Abrió el paraguas y echó a andar por la ciudad, sintiéndose descansada y muy atractiva. La cuestión vital era dónde iría a cenar. Su estado de ánimo le pedía un restaurante elegante, pero, de pronto, cambió de opinión; le parecía estúpido estar esperando a ser colocada en una mesa y pedir una gran comida para ella sola. Se detuvo bajo una parpadeante barra de neón y atisbó a través del mojado escaparate a un cocinero de gorro blanco que estaba echando una montaña de huevos amarillos en una sartén. Estaba tratando de decidir si entraba o no. Por fin, anduvo media manzana más y entró en Horn Hardartés, un restaurante de autoservicio. Cambió en moneda suelta un billete de dólar y recogió zumo de tomate, un plato de verduras, bollos Parker House y fruta. La cafetería estaba abarrotada. Pasó junto a una mesa tras otra hasta llegar a una de dos sillas ocupada por un hombre gordo de rostro parecido al de Stubby Kaye, que leía el Daily News sobre su taza de café, con la cartera de mano apoyada contra las piernas. Leslie dejó sobre la mesa el contenido de la bandeja y depositó ésta en la carretilla de un botones que pasaba en aquel momento. Luego, se dio cuenta de que había olvidado el café. La máquina expendedora de café estaba sólo a unos pasos de distancia; fue hasta ella, cogió una taza demasiado llena y la llevó cuidadosamente a la mesa.

Alguien había dejado una hoja de papel apoyada contra su vaso de jugo de tomate.

La cogió y leyó las letras, escritas a multicopista, del título:

*EL VERDADERO ENEMIGO.*

Empezó a leer mientras bebía el zumo de tomate.

*El verdadero enemigo con que se enfrenta América en la actualidad es la conspiración judeocomunista para sojuzgarnos diluyendo nuestra raza blanca cristiana con la sangre de una raza negra inferior y caníbal.*

*Los judíos han controlado durante largo tiempo nuestros bancos y nuestros medios de propaganda a través de las maquinaciones de sus organizaciones económicas internacionales. Ahora, han puesto sus astutos ojos en la educación, para someter a un lavado de cerebro a nuestros hijos, en una época de su vida en que sus mentes son sumamente maleables.*

*¿Qué quiere usted para sus hijos?*

*—¿Conoce el número de comunistas que ocupan puestos de enseñanza en las*

*escuelas públicas de Manhattan?*

Dejó caer la hoja sobre la mesa.

—¿Es suyo esto? —preguntó al hombre gordo.

Él la miró por primera vez.

Ella cogió la hoja y se la tendió.

—¿Ha visto a alguien dejar esto?

—Señora, yo estaba leyendo el periódico. Jesús.

Cogió su cartera y se marchó. Una correa de la cartera estaba suelta. ¿lo había estado antes? Trató de recordar, pero no pudo. Miró a las personas sentadas en las mesas vecinas. Todas ellas comían con rostros inexpresivos, sin fijarse en ella. Cualquiera podía haber dejado caer la hoja.

«¿Por qué? —preguntó silenciosamente, hablando al desconocido rostro—. ¿Qué queréis? ¿Qué ganáis? Desapareced y dejadnos en paz. Id al bosque a celebrar misas negras a medianoche. Envenenad perros. Estrangulad pequeños animales peludos. Penetrad en el mar. O mejor, caed en un agujero y dejad que la limpia tierra se cierre sobre vosotros.

—¿Qué quiere para sus hijos?

—En primer lugar, quiero que tengan sitio para respirar —pensó—. Sólo respirar.

—Pero no se lo proporcionas ocultándote en la habitación de un hotel —se dijo a sí misma—. Empieza por volver a casa».

Pero se dio cuenta de que le quedaba por hacer una cosa muy importante. No había semejanza alguna entre su padre y la persona que había escrito aquella ponzoña. Tenía que mirar a los ojos de su padre y responder a la pregunta que él le había formulado de forma que le hiciera comprender.

A la mañana siguiente, en el tren, trató de recordar cuándo le había regalado algo por última vez a su padre, y sintió el deseo de hacerle un obsequio. Cuando el tren se detuvo en Hartford, se apeó y compró un libro de Reinhold Niebuhr. En el taxi, cuando se dirigía a la calle de Elm, vio por la fecha de impresión que había sido editado hacía varios años, y supuso que su padre ya lo habría leído.

En la parroquia, nadie respondió a su llamada, pero la puerta estaba abierta.

—¡Eh! —gritó.

Un hombre ya anciano salió de la biblioteca de su padre con una carpeta y una pluma en la mano. Tenía una cabellera blanca y leonina y erizadas cejas grises.

—¿Está aquí el señor Rawlins? —preguntó ella.

—¿Aquí? No. Ah… ¿No sabe? —le apoyó la mano en el brazo—. Hija mía, el señor Rawlins ha muerto.

—Vamos, vamos —prosiguió, con voz preocupada.

Ella oyó el ruido del libro al chocar contra el suelo y sintió que el hombre la llevaba a una silla.

Un tanto sorprendentemente, a los pocos minutos la dejó. Le oyó moverse por la parte trasera de la casa. Se levantó, se acercó a la chimenea y vio sobre la repisa una reproducción en escayola de su mano derecha.

Debió de utilizar la cera como molde, pensó. El hombre volvió con dos tazas de humeante té, y bebieron los dos lentamente; estaba muy bueno.

Se llamaba Wilson. Era un sacerdote jubilado y estaba ordenado los papeles de su padre.

—Es la clase de trabajo que dan a un viejo —dijo—. Debo decir que en este caso no se trata de una tarea.

—Era muy ordenado —dijo ella.

Se recostó en la silla, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. La había dejado sola de nuevo. Pero, al poco rato, él le preguntó si quería que la acompañase al cementerio.

—Sí, por favor —repuso Leslie.

Cuando llegaron, él le indicó el lugar en que se hallaba la tumba, pero aguardó en el coche, cosa que ella le agradeció.

Se notaba la tierra todavía recién removida.

Permaneció allí, mirándola y tratando de pensar en algo que decir que le hiciera saber a su padre cuánto le había querido a pesar de todo.

Le parecía oír el sonido de su voz entonando un himno, y cantó con él en silencio.

*Mora conmigo; raudo desciende el ocaso;*
*se espesan las tinieblas; Señor, mora conmigo*
*cuando otros auxiliadores fracasan y no hay consuelo,*
*auxilio del desvalido, mora conmigo.*

En el cuarto versículo le empezó a temblar la voz.

*Levanta tu cruz ante mis cerrados ojos;*
*resplandece a través de las tinieblas*
*y muéstrame el firmamento.*
*Ya apunta la mañana de los cielos*
*y se esfuman las vanas sombras de la tierra.*
*En la vida, en la muerte, oh, Señor, mora conmigo.*

Lo cantó entero; ése había sido el regalo. Luego, aunque era demasiado tarde para hacerle comprender, respondió a la pregunta con las oraciones que había estado rezando por su madre durante dieciocho años.

—*Yisgadal veyiskadash shamay raba, beolemo deebro hiréusay, veyamleeh malehusay…*

# 46

La noche anterior se había acostado con una temperatura de diez grados bajo cero, pero, al despertarse por la mañana, se había producido uno de los deshielos clásicos de Nueva Inglaterra. Al cruzar en coche la ciudad, las cunetas estaban convertidas en arroyos y el suelo, a través de la nieve, presentaba manchas oscuras que semejaban agujeros de una manta.

En el templo, se reunieron a duras penas nueve hombres, uno a uno. Finalmente, tuvo que llamar a Benny Jacobs, presidente de la hermandad, y le pidió que fuera a completar el *Minyán* como un favor especial al rabino. Como siempre, Jacobs fue. Era la clase de persona que le hacía fácil a un hombre el ser rabino, pensó Michael. Cuando trató de darle las gracias después del servicio, Jacobs rechazó con un gesto sus palabras de agradecimiento.

—Voy a recoger los licores para la fiesta de Año Nuevo del templo. ¿Quiere algo especial, rabbi.

Sonrió.

—Mi experiencia me hace confiar plenamente en sus gustos en materia de licores. Lo que quiera, Ben.

En su despacho, vio que no tenía ninguna cita en el calendario, por lo que salió del templo y se fue a casa para examinar el correo: facturas y el catálogo de semillas de Burpee. Pasó una hora agradable, contemplando las nuevas plantas y leyendo las seductoras promesas, antes de llenar su hoja de pedido exactamente igual al que había hecho el año anterior. Se echó un rato en el sofá de la salita de estar, escuchando la música que transmitía la radio por el programa de frecuencia modulada. Luego, el observatorio meteorológico predijo que la temperatura subiría unos cuantos grados más antes de que volviera a descender súbitamente y fuera seguida por una fuerte nevada a última hora de la tarde. Había olvidado abonar el jardín durante el otoño pasado y comprendió que tal vez no dispusiera de otra ocasión de hacerlo durante todo el invierno. Se puso unos pantalones gastados, una chaqueta vieja y los guantes de trabajo, se calzó las pesadas botas y se dirigió en coche al supermercado, donde adquirió media docena de cajas de cartón vacías.

Desde hacía tiempo, tenía un convenio con el dueño de una granja de pavos y se dirigió al campo donde, todos los años, después del día de Acción de Gracias y Navidad, el hombre levantaba una montaña de excrementos de aves. El abono estaba seco, con una consistencia que le daba aspecto de serrín, lleno de largas y fantasmales plumas blancas, que él sabía se desvanecerían en la tierra del jardín. Era inodoro a aquella temperatura, y todos los insectos que hacían desagradable el trabajo durante la primavera habían sido exterminados por el frío. Sirviéndose de una pala, fue llenando las cajas, procurando hacerlo de modo que no se derramase nada en el

coche, cuyo suelo había cubierto de periódicos. El sol era cálido, y, al principio, disfrutó con el trabajo, pero sabía por experiencia que necesitaba realizar cinco viajes con el coche para reunir la cantidad de abono que necesitaba el jardín. Cuando hubo transportado hasta la casa la tercera carga, llevándola a mano al jardín y vaciándola allí, el cielo empezó a cubrirse de nubarrones y bajó la temperatura, de modo que ya no sudaba. Al llegar con la última carga, había empezado a nevar con pequeños copos semejantes a granos de cebada.

—¡Eh! —Max había vuelto de la escuela, y se acercó al coche y miró las ropas de trabajo de su padre—. ¿Qué estás haciendo?

—Trabajar el jardín —dijo Michael, mientras la nieve se le arracimaba en las pestañas y en las cejas—. ¿Quieres ayudarme?

Llevaron juntos la última caja al jardín, la vaciaron. Después, Max bajó al sótano, sacó las palas y empezaron a extender el abono, mientras aumentaba el tamaño de los copos de nieve, que flotaban pesadamente en el aire gris.

—Tomates como calabazas —dijo Michael, mientras arrojaba una paletada y un metro cuadrado de nieve quedaba cubierto por una oscura capa de abono.

—Calabazas grandes como naranjas —dijo Max.

¡Suush!

—Maíces dulces como besos.

¡Suush!

—Rábanos llenos de gusanos. Calabacines cubiertos de mataduras negras.

—Chicuelo inútil —dijo su padre—. Sabes que tengo un pulgar verde.

—¿Esas manchas a través de los guantes? —dijo Max.

Trabajaron de firme hasta que quedó extendido todo el abono. Michael se apoyó en la pala, como el personaje de las viejas caricaturas de WPA, y se quedó mirando cómo su hijo terminaba el trabajo. El muchacho necesitaba un corte de pelo, y tenía las manos agrietadas y enrojecidas. ¿Dónde estaban sus guantes? Más parecía el hijo de un campesino que el de un rabino. Michael pensó en cómo Max y él revolverían juntos aquello en la primavera, plantarían las semillas y esperarían como moradores de un *Kibutz* a que brotaran las primeras espigas de la enriquecida tierra.

—Hablando de besos, ¿Necesitas el coche para Año Nuevo? —preguntó.

—Creo que no. Gracias.

Max echó una última paletada y se incorporó exhalando un suspiro.

—¿Cómo es eso?

—No tengo con quién salir. Dess y yo hemos terminado.

Michael le miró fijamente.

—La ha invitado ese otro chico mayor. Va ya a Tufts —dijo, encogiéndose de hombros—. Eso es todo. —Sacudió el estiércol de las palas—. Lo curioso es que no me importa nada. Siempre había imaginado que estaba loco por ella. Que si alguna

vez rompíamos, me dolería.

—¿Y no es así?

—Creo que no. La cosa es que aún no tengo diecisiete años; estas relaciones con Dess han sido algo sin importancia. Pero, más adelante, cuando uno es mayor, ¿Cómo lo sabe?

—¿Cuál es tu pregunta, Max?

—¿Qué es el amor, papá? ¿Cómo se sabe cuándo se quiere de veras a una chica?

Michael comprendió que era una pregunta seria, una pregunta que inquietaba al muchacho.

—No tengo ninguna definición que puedas utilizar —repuso—. Cuando llegue el momento, cuando seas mayor y conozcas a una mujer con la que desees pasar el resto de tu vida, no tendrás necesidad de preguntarlo.

Recogieron las cajas de cartón y las metieron unas dentro de otras para llevarlas con más facilidad.

—¿Es tarde para que consigas otra pareja para Año Nuevo?

—Sí. He llamado a muchas chicas. Roz Coblentz. Betty Lipson. Alice Striar. Todas estaban ya comprometidas. Desde hace varias semanas. —Miró a su padre—. Anoche llamé a Lisa Patruno, pero también ella tenía ya un compromiso.

«Tranquilo, Maydeh».

—Me parece que no la conozco —dijo Michael.

—Su padre es Pat Patruno, el farmacéutico. La farmacia Patruno.

—¡Ah!

—¿Te molesta? —preguntó Max.

—No.

—Pero… ¿Algo?

—Max, eres ya mayor, aunque no un hombre maduro todavía.

De ahora en adelante vas a tener que tomar decisiones por ti mismo. Decisiones importantes, cada vez más importantes a medida que vayas haciéndote mayor. Siempre que necesites mi consejo, aquí estoy para dártelo. No siempre tomarás la decisión acertada. Ninguno de nosotros lo hace. Pero va a costarme mucho sentirme molesto contigo.

—De todas formas, ella estaba ya comprometida —dijo Max.

—Hay una chica de Nueva York llamada Lois. Dieciséis años.

Ha venido a visitar a los señores Mendelsohn. Si quieres probar suerte, tendrás que llamar a Información. No figuran todavía en la guía telefónica.

—¿Qué aspecto tiene?

—Nunca la he visto. Su hermana mayor es lo que en otro tiempo yo habría llamado una cara bonita.

Echaron a andar hacia la casa. Max le dio una palmada tan fuerte que pareció

dejarle insensible el hombro para siempre.

—Eres un tipo estupendo para ser tan viejo…

—Gracias.

—Para ser un rabino que anda por ahí tirando excrementos de pájaro en medio de la nevada.

Michael se duchó y se cambió de ropa. Cenaron sopa de lata. Luego, Max le preguntó si podía coger el coche para ir a la biblioteca. Cuando el muchacho se hubo marchado, él se quedó un rato junto a la ventana, contemplando la nieve. Al poco, se le ocurrió una idea para un sermón y se sentó ante la máquina de escribir para desarrollarla.

Cuando terminó de escribir, fue al armario del vestíbulo, encontró una lata de Brasso y la llevó al piso de arriba. La cama del Zaydeh se estaba quedando deslucida. Trabajó sobre ella lenta y cuidadosamente.

Después de haber aplicado el pulimento, se lavó las manos y empezó a frotar la armadura de la cama con un paño suave, disfrutando al ver cómo desaparecía la suciedad y relucía el metal.

Aún le quedaba por hacer toda la cabecera, cuando oyó que se abría la puerta exterior y el sonido de unas pisadas en la escalera.

—¿Quién es? —gritó.

—Hola —dijo Leslie, apareciendo a su espalda.

Le besó en la comisura de los labios cuando se volvió, y, acto seguido, sepultó la cara en su hombro.

—Será mejor que llames al doctor Bernstein —dijo Leslie con voz que sonó ahogada.

—Tenemos tiempo —respondió Michael—. Todo el tiempo del mundo.

Permanecieron en pie, mirándose el uno al otro largo rato.

—He estado en el otro lado del espejo —dijo Leslie.

—¿Era bueno?

Ella le miró a los ojos.

—Me he metido en una habitación y he experimentado con whisky y drogas. Cada día recibía a un amante distinto.

—No. No lo has hecho. No.

—No —dijo ella—. He vuelto a todos los lugares en que había vivido sin ti, tratando de averiguar lo que soy. Quién soy.

—¿Y qué has averiguado? —preguntó Michael.

—Que para mí no existe nada importante fuera de esta casa.

Todo lo demás se desvanece como el humo.

Se dio cuenta de que el rostro de Michael estaba torturado por la necesidad de decírselo.

—Ya lo sé. He estado en Hartford esta mañana —dijo.

Él inclinó la cabeza, alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Te quiero —dijo.

«Esto —dijo mentalmente a su hijo—, es lo que yo siento por tu madre, por esta mujer».

—Lo sé —dijo ella.

Michael la cogió de la mano y vio sus imágenes reflejadas distorsionadamente en el metal de la cama. Abajo, se abrió la puerta de entrada, y oyeron el sonido de la voz de Rachel.

—¿Papá?

—Estamos aquí arriba —dijo Leslie.

Él le apretó tan fuertemente la mano que fue como si sus carnes se hubieran fundido en una sola, de tal modo que hasta el propio Dios hubiera tenido dificultad para separarlas.

# 47

La última mañana del año, Michael alargó la mano y accionó el silenciador del despertador. Mientras, Rachel entraba en su cama y se apretujaba contra él en busca de calor. En vez de levantarse, se acercó al hombro la cabeza de la niña, acariciando suavemente con las yemas de los dedos el pequeño cogote a través del espeso cabello. Al poco, los dos volvieron a quedarse dormidos.

Cuando se despertó por segunda vez, vio con sobresalto que eran más de las diez. Había faltado al servicio de la mañana por primera vez en muchos meses. Sin embargo, no había habido ninguna desesperada llamada telefónica del templo. Así, pues, se tranquilizó, comprendiendo que habían completado un *Minyán* sin el.

Saltó de la cama, se duchó, se afeitó y, después de vestirse, tomó un zumo de frutas y se sentó en su despacho, con los pies descalzos, y escribió una larga carta a su padre:

> *Leslie se ha alegrado mucho al saber la noticia. ¿Cuándo vamos a conocer a la novia?. ¿Podéis venir pronto? Avísanos con tiempo para que podamos preparar una adecuada bienvenida.*

Después de comer, fue al hospital. Vestidos como esquimales para protegerse del frío, Leslie y él echaron a andar en la luminosa tarde. Subieron al punto más alto de los terrenos del hospital, una boscosa colina que carecía de senderos. Cuando llegaron a la cumbre, Michael jadeaba y observó que Leslie tenía enrojecidas las mejillas. El sol brillaba con fuerza sobre la nieve, y, abajo y a lo lejos, se veía el lago, cubierto de nieve, pero despejado en algunos trozos para permitir el patinaje, sobre los que se divisaban las figuras de los jugadores de hockey. Se sentaron sobre la nieve, cogidos de la mano, y él sintió deseos de hacer perdurable aquel momento, colocárselo bajo la lengua como un trozo de duro caramelo que hubiera de ser paladeado largamente y a hurtadillas. Pero el viento proyectaba partículas de nieve contra sus rostros, las nalgas se les quedaron entumecidas por el frío, y, al poco rato, se levantaron y regresaron al hospital.

Elizabeth Sullivan estaba preparando café en su cubículo y les invitó a probarlo. Antes de que pudieran beberlo, entró Dan Bernstein a grandes zancadas y apuntó a Leslie con dedo acusador.

—Tengo un regalo para usted. Hemos estado hablando de usted en el Consejo. Vamos a despedirla antes de que pase mucho tiempo.

—¿Puede decirnos cuánto? —preguntó Michael.

—Oh, haremos otra semana más de tratamiento y nos tomaremos un par de días de descanso. Y, luego, adiós.

Le dio una palmadita en el hombro a Michael y entró en la sala.

La señorita Sullivan le siguió con las carpetas.

Leslie abrió la boca para hablar, pero le fue imposible hacerlo, y le dirigió una sonrisa. Levantó su taza, y él la tocó con la suya, tratando de pensar en algo divertido que lo dijese todo y comprendiendo rápidamente que sobraban las palabras. Así, en silencio, mirándola a los ojos, bebió el café, que le abrasó la lengua.

Aquella noche, Max detuvo el coche delante del templo y esperó a que Michael saliese.

—Buenas noches, papá. Feliz Año Nuevo.

Sin reflexionar en lo que hacía, Michael se inclinó y besó al muchacho en la mejilla, percibiendo al hacerlo el olor de su propia loción para el afeitado.

—¡Vaya! ¿Y eso por qué?

—Porque también tú eres demasiado viejo para que vuelva a hacer eso otra vez. Ten cuidado cómo conduces.

La sala del piso bajo en que se celebraba la fiesta se hallaba abarrotada de personas tocadas con ridículos gorros de papel. Tras un improvisado mostrador, varios miembros de la Hermandad masculina servían bebidas, recaudando dinero para la escuela hebrea. Cinco músicos interpretaban una movida bossanova, y una doble fila de mujeres, con los ojos entornados, contorsionaban sus cuerpos en la pista de baile.

—¡Ah, el rabbi! —exclamó Ben Jacobs.

Michael dio lentamente la vuelta a la sala.

Jake Lazarus le cogió la mano.

—No, doce meses más, otro año. Cincuenta y dos servicios de *Shabbat* —dijo el cantor, con ojos velados por la visión que con templaba mentalmente y por el whisky —. Unos cuantos años más, y estaremos doblando el cabo del siglo. Dos mil. Imagine.

—Imagine un poco mas y piense en cinco mil setecientos sesenta —dijo Michael —. Nosotros empezamos a contar antes.

—Dos mil o cinco mil setecientos sesenta, ¿Qué diferencia hay?

Yo seguiré teniendo ciento diez años. Dígame, rabbi, ¿Cómo será el mundo entonces?

—Jake, ¿Es que yo soy Eric Sevareid? —repuso, dándole una cariñosa palmadita en la mejilla.

Llegó al mostrador y se separó de él con un vaso de whisky en la mano, generosamente lleno. En una de las mesas cargadas de golosinas que había en la Hermandad femenina, entre bandejas de tayglej y bombones, descubrió un milagro, un plato de jengibre azucarado. Cogió dos pedazos, salió de la sala y empezó a subir la escalera.

Cuando la puerta del templo se cerró tras él, los sonidos que llegaban desde abajo parecieron quedar envueltos en una capa de terciopelo. La oscuridad era absoluta, pero era su templo, y no necesitaba luz. Avanzó por el pasillo central hasta la tercera fila, con una mano curvada en torno al borde de su vaso para evitar que se derramara el líquido.

Se sentó y empezó a tomar sorbitos de whisky y a mordisquear el jengibre. Un pequeño sorbo y tres o cuatro mordiscos, proporción errónea, probablemente; el jengibre se terminó pronto y quedó mucho whisky. Bebió, dejando vagar su mente en la oscuridad, mordisqueando pensamientos. A su alrededor, fue aclarándose la oscuridad a medida que se acostumbraban sus ojos; empezó a distinguir formas sólidas. Podía ver ahora su facistol, delante del cual estaría al cabo de veinticuatro horas, dirigiendo el servicio del *Shabbat*.

¿Cuántos sermones desde aquel primer sermón en Miami?

Muchos servicios, muchas palabras. Sonrió en la oscuridad. No tantos como los que aún le quedaban por delante; lo sentía en los huesos, casi podía alargar la mano y tocar una escala de *Shabbats* por la que había de trepar en el futuro.

Hablarás a los hijos de Israel y les dirás: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, y ésta es mi conmemoración para todas las generaciones.

«Gracias Señor».

Abajo, la orquesta empezó a tocar algo alegre. Si Leslie estuviera allí, bailaría con ella. Tenía ganas de bailar. Al año siguiente bailarían juntos.

El gusto del jengibre era débil ya. El regusto final y agridulce del jengibre. «No temas, Zaydeh —dijo silenciosamente en la oscuridad—. Seis mil años no es un parpadeo ni el batir de las alas de un pájaro. Nada nuevo existe sobre la faz de la vieja Tierra, y lo que no pudo ser borrado por baños de sangre ni por hornos crematorios no será borrado por cambios de apellidos, narices achatadas ni por la mezcla de nuestra sangre con sangres extrañas».

Debía decir a Jake Lazarus que, por lo menos, eso sabía del futuro, pensó. Pero, en vez de hacerlo, se arrellanó confortablemente y apuro el whisky que le quedaba, paladeando su ardor y tratando de dar forma a la idea.

Sería el tema de su sermón a la mañana siguiente.

# GLOSARIO

**Bar misvá.** «Hijo del mandamiento». A los trece años, el muchacho judío, desde el punto de vista religioso, se convierte en adulto, y desde ese momento él mismo, y no su padre, responderá ante Dios de sus propios actos. El sábado que sigue a su decimotercer cumpleaños se traslada a la sinagoga, en donde toma parte activa en el servicio.

**Bemá.** Estrado o púlpito desde el que se leen las secciones de la *Torá* o de los Profetas. Entre los judíos sefardíes recibe el nombre de almemar, forma corrupta del árabe almimbar.

**Bené Berit.** «Hijos del Pacto». Organización religiosa judía, fundada por Henry Jones en Nueva York en 1843. Se extendió rápidamente por Estados Unidos y por todo el mundo.

**Berakot.** «Bendiciones». Nombre de uno de los tratados del *Talmud*, integrado en el Orden Primero: Zeraim, «Semillas».

**Cábala.** Es un sistema místico que trata de explicar el sentido del texto bíblico por medio de ingeniosos raciocinios. Los dos libros más importantes de esta doctrina son el ójar y el Séfer Yesirá.

**Conservador.** Grupo del judaísmo actual caracterizado por su pragmatismo en materia religiosa. En Israel ha quedado englobado en el grupo nacionalista ortodoxo denominado Misrají. «Escamas, criaturas del mar carentes de…» En Levítico 11, 911 se prescribe la prohibición de comer todo tipo de pescado carente de escamas y de aletas. El judío ortodoxo sigue esta prescripción y no come, por ejemplo, mariscos, ya que no cumplen con los requisitos del precepto. Ésta, al igual que otras prohibiciones incluidas en el Pentateuco, a pesar de lo absurdas que puedan parecen en nuestros días, muestran el deseo del legislador de impedir ciertos tipos de alimentación que, según los conocimientos de la naturaleza que se tenían en el momento en que se dieron, no eran aconsejables comer.

**Filacterias.** (Tefil lin, en hebreo). Son unos pequeños pergaminos en los que aparecen inscritos algunos pasajes bíblicos y que se guardan en dos correas de cuero. Una de ellas se enrolla en la cabeza, en torno a la frente, y la otra, en el brazo izquierdo y en el dedo corazón. Su uso aparece legislado en Deuteronomio 6, 8.

**Golem.** «Cuerpo sin vida».

**Goyim.** (Singular, goy). Término con el que se designa a los no judíos, especialmente a los cristianos.

**Guemará.** (Gemará). Es el comentario que se hizo tomando como base la Mishná. De ambos surgirá el *Talmud*.

**Haftará.** Es el nombre hebreo de cada una de las secciones en que se dividen los Profetas (la Biblia hebraica incluye entre ellos los libros Históricos de la cristiana) y

que se recitan los sábados. La parashá, en cambio, es cada una de las partes en que está dividida la *Torá*, por su lectura también sabática.

**Hamán.** Primer ministro del rey Asuero, cuyas crueldades con los judíos aparecen descritas en el libro de Ester; ésta logró salvar la vida de todos sus compañeros, y el malvado *Hamán* sufrió al final el castigo de muerte que él intentaba imponerles. En la fiesta de Purim, en que se conmemora este hecho, se hace bufa de *Hamán*, figura que ya desde niños los judíos odian de un modo un tanto simbólico.

**Janukká.** Es la fiesta de los Macabeos, en la cual se conmemora la fugaz victoria que éstos lograron sobre las tropas de Antíoco Epífanes. Se celebra durante los ocho días que siguen al 25 del mes de Kislev.

**Jasidim.** Rabinos místicos, especialmente de Polonia y Galitzia. El movimiento surgió a fines del siglo XVIII como defensor de la ortodoxia en contra de las ideas «ilustradas» de la haskalá. Su fundador fue Baal Shem Tob —«El señor del buen nombre», en sigla, Besht, que vivió entre 1700 y 1760—. Entre sus seguidores más destacados de este siglo, hay que mencionar los nombres del poeta Bialik y del novelista Agnon.

**Jéder.** Escuela privada judía.

**Kibutz.** Es una granja comunal organizada según unos principios socialistas.

**Kol Nidré.** Oración que se recita en la sinagoga al comenzar el servicio nocturno del *Yom Kippur*. Escrita en arameo, recibe el nombre de las dos primeras palabras de la plegaria, «todos los votos»; en ella se pide la liberación de todas las obligaciones contraídas durante el año. No la aceptan muchas comunidades judías.

**Lejáyim.** Brindis hebreo, literalmente «¡Por las vidas!».

**Maéarib.** Oración de la noche.

**Masot.** (Singular, masá). Pan leudado que el judío, entre otros preceptos, ha de comer durante los ocho días que dura la Pascua.

**Mezuzá.** «Jamba». Es un pequeño pergamino que los judíos ocultan en las jambas de las puertas de sus casas, según aparece legislado en Deuteronomio 6, 6;11, 20. Los pasajes bíblicos que se inscriben en ellas son los de Deuteronomio 6, 49;11,1321.

**Minjá.** Oración de la tarde.

**Minyán.** Número de personas, igual a diez, requerido para la oración en comunidad. Los niños pueden formar *Minyán* desde el momento en que se convierten en *Bar misvá*.

**Miqvá.** Piscina, baño expiatorio.

**Mohel.** Encargado de llevar a cabo la circuncisión del niño. Pascua. (En hebreo, pésaj). Una de las fiestas más grandes del judaísmo, en la que se conmemora la liberación de los israelitas del yugo de los egipcios por mediación de Moisés. Se celebra durante ocho días a partir del 14 del mes de Nisán. La noche de la Pascua se

denomina noche del *Séder*.

**Pidyón haben.** «Rescate del primogénito». Fiesta que se celebra a los treinta días del nacimiento del niño y que tiene su origen (muy alteradas hoy las costumbres) en el precepto legislado en Exodo 13, 2. Los padres han de rescatar, simbólicamente, al recién nacido, para evitar que se lo lleve un hombre que se apellide Cohen, que acude a la ceremonia, nombre enraizado con la casta sacerdotal.

**Qaddish.** Plegaria, escrita en arameo, que se recita al final de las oraciones de la mañana, de la noche y en los funerales. Los hijos varones la recitan durante un año cuando mueren sus padres y después, en los aniversarios. Por esta razón, *Qaddish* se emplea también a veces para indicar «hijo».

**Rashí.** Sigla de rabí Shelomó ben Isaac (10401105) autor de comentarios a casi todos los libros de la Biblia (los más conocidos de los cuales son los del Pentateuco) y uno al *Talmud*, que se ha convertido en el comentario clásico que se incluye en todas las ediciones de esta obra.

**Reformista.** Grupo dentro del judaísmo, originado a principios del siglo pasado. Presenta hoy dos variantes en los países de habla inglesa: el *Reformista*, propiamente dicho, que está relativamente próximo a los conservadores, y el liberal, con un judaísmo muy atenuado y muy libre en su enfoque y en sus prácticas religiosos.

**Séder.** (Véase Pascua). «Seis días a la semana». Referencia a la prohibición, de tipo religioso, de no hacer fuego en sábado y, por lo tanto, de no fumar. El judío ortodoxo no podría fumar ni un cigarrillo que se le presentase ya encendido, ya que el mero hecho dar bocanadas al cigarrillo supondría, llevando las cosas al extremo, avivar la brasa y, por lo tanto, hacer fuego.

**Shabbat.** «Sábado», en hebreo. Fiesta semanal de los judíos. Debido al carácter tradicionalmente lunar de su cómputo, el día comienza para ellos cuando la primera estrella sale en la noche. Así, el sábado empieza en la noche del viernes al sábado y termina veinticuatro horas más tarde. Sus preceptos ya aparecen legislados en la Biblia y se complementan con el tratado homónimo del *Talmud*, incluido en el Orden Segundo (Moed, «Fiestas»).

**Shajarité.** Es la oración de la mañana y la más importante de las tres que se rezan al día.

**Shalom.** «Paz», saludo judío. Se responde con la misma palabra.

**Sheitel.** En *Yiddish*, «peluca» con la que se cubren la cabeza las mujeres para cumplir con el precepto de no llevar los cabellos al descubierto.

**Shemá.** Es la profesión de fe judía, «Escucha, Israel…». La integran los pasajes de Deuteronomio 6, 49;11,1321 y Números 15,3741.

**Shivá.** Siete días de luto que siguen a la muerte de alguien.

**Siddur.** Libro de oraciones.

**Sukkot.** Fiesta de los Tabernáculos. Tiene un sentido agrícola, conmemorándose

la terminación de la cosecha. Se celebra durante siete días a partir del 15 del mes de Tishrí. Tradicionalmente, se construyen cabañas (*Sukkot*) en las cuales se mora durante esos días El último recibe el nombre de Hoshaénna Rabbá y, según la tradición, todo aquel que en esa noche no vea su propia sombra tiene muy próxima su muerte.

**Tal lit.** Manto de oraciones que ha de ponerse el judío.

**Talmud.** Es el comentario, en arameo, que se hizo de la Mishná. Viene a ser un monumental compendio jurídico, bíblico consuetudinario, en el que aparecen analizadas y explicadas todas las facetas de la actividad humana. Existen dos redacciones del *Talmud*: el jerosolimitano, que se concluyó hacia el año 400, y el babilónico, terminado a fines del siglo y, según unos, o durante los siglos VI y VII, según otros. Está dividido, siguiendo a la Mishná, en seis grandes apartados u Cerdenes: 1. Zeraim («Semillas»); 2. Moed («Fiestas»); 3. Nashim («Mujeres»); 4. Nezikin («Prejuicios»); 5. Kodashim («Santidades»); 6. Taharot («Cosas puras»).

**Talmud Torá.** Escuela religiosa. Fue célebre, en su día, la que poseía la comunidad judía de Salónica y que estaba mantenida por todas las sinagogas de la ciudad.

**Torá.** «Ley». Es el nombre que recibe, en hebreo, el Pentateuco de los cristianos.

**Yeshivá.** Es la academia rabínica en donde los jóvenes judíos adquieren la etapa superior de su educación religiosa basada, sobre todo, en el estudio del *Talmud*.

**Yiddish.** Idioma hablado por los judíos askenacíes del este de Europa. Cuando, en la Edad Media, estos judíos emigraron de Alemania, se llevaron consigo su lengua que, con influencia de los idiomas de los países eslavos, y del hebreo y arameo, principalmente, ha dado lugar al moderno *Yiddish*.

**Yom Kippur.** («Expiación»). Es la fiesta en la que los judíos expían todos los pecados cometidos durante el año, y que aparece instituida en el capítulo 16 del Levítico. Se celebra siete días después del Rosh haShaná, o año nuevo, y es fiesta tan importante dentro del judaísmo que recibe el nombre arameo de Yomá, es decir, «el día» por antonomasia. El *Talmud* tiene un tratado (homónimo) dedicado a ella, que forma parte del Orden Segundo (Moed, «Fiestas»).



NOAH GORDON, es un escritor norteamericano de best-sellers, en los que predomina el drama histórico y algún aspecto de la medicina.

Nacido en una familia de origen Judío, Noah Gordon cursó estudios de medicina, pero los abandonó en favor de la carrera de periodismo. Ese primer interés por el tema médico influyó, sin duda, en su obra posterior.

Tras trabajar en distintos medios como freelance, Gordon volvió a su ciudad natal donde, además de su trabajo como periodista, comenzó a escribir artículos sobre medicina que fueron publicados en diversas revistas.

Con su primera novela, *El Rabino* (1979), logró unas buenas ventas, pero fue con *El Médico* (1986) —primera parte de la trilogía de *Los Cole*, junto con *Chamán* (1992) y *La Doctora Cole* (1996)— el detonante de su carrera como autor superventas, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo.

Tras varios libros más dedicados al mundo médico, con *El Último Judío* (1999) cambió de registro para contarnos la historia de un Judío en el Toledo del S.XV. Su última novela, *La Bodega* (2007), se centra en el mundo del vino y la enología.

Ha manifestado su reticencia a embarcarse en una nueva novela por temor a dejarla inconclusa debido a su avanzada edad.